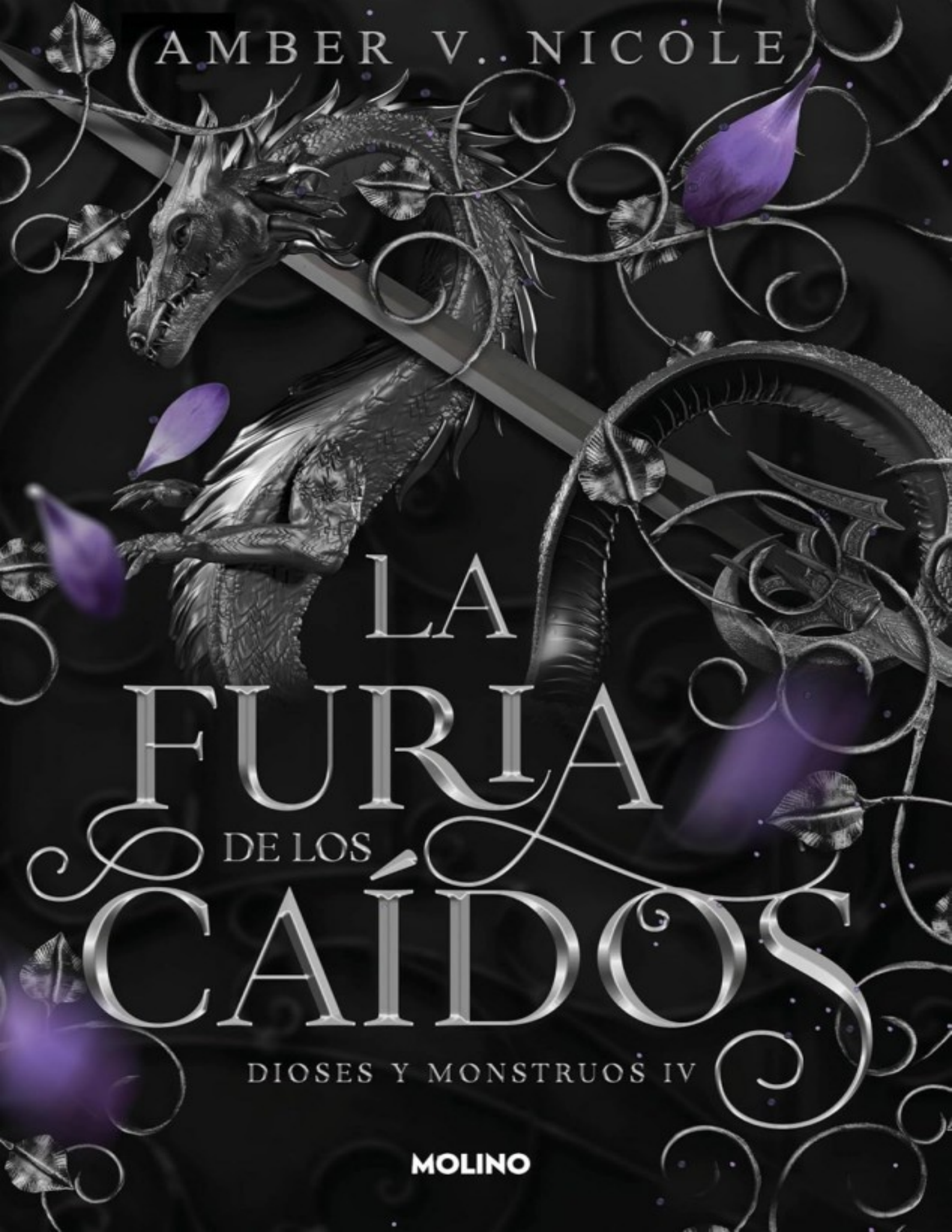
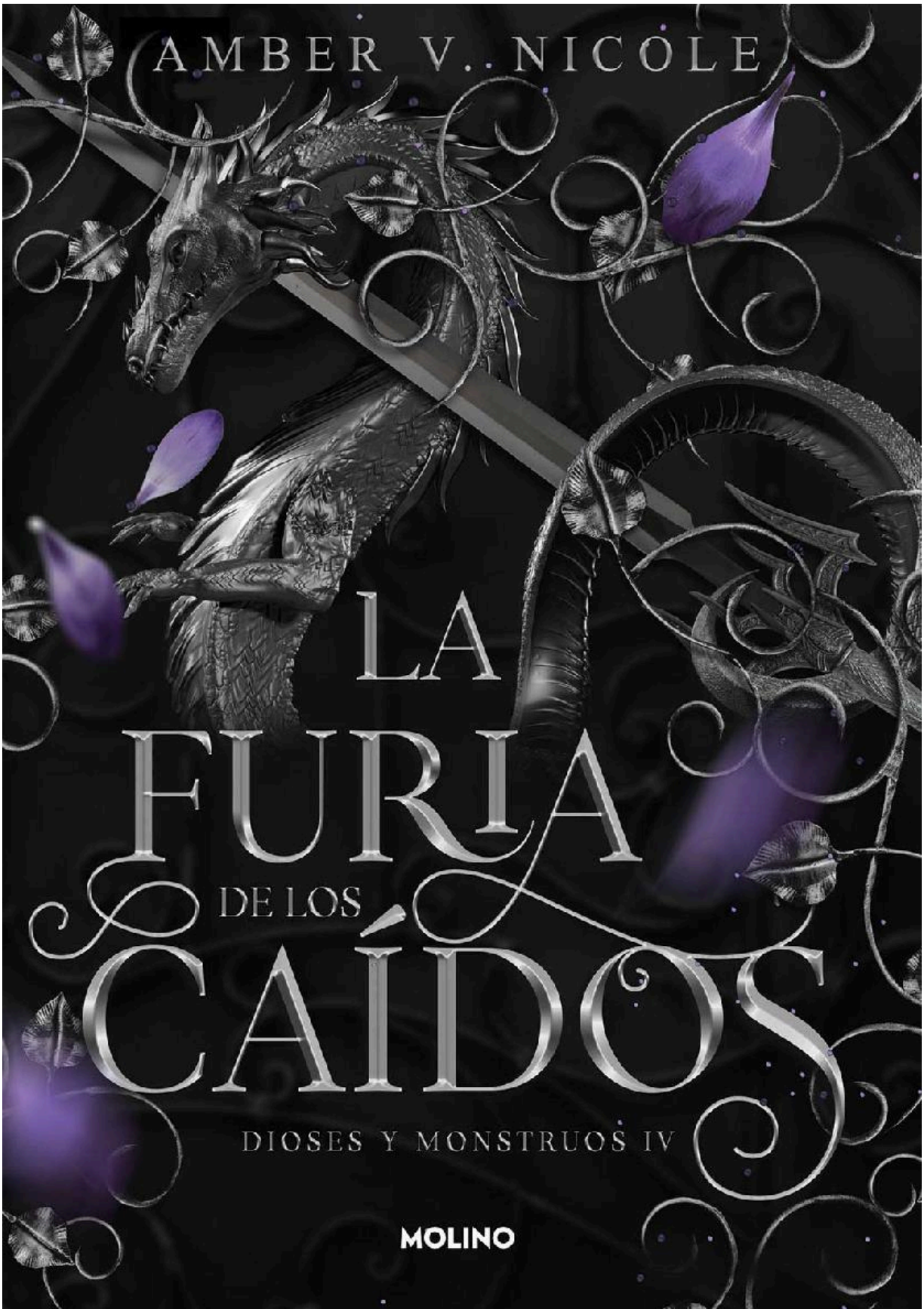
AMBER V. NICOLE



LA FURIA DE LOS CAÍDOS

DIOSES Y MONSTRUOS IV

MOLINO


AMBER V. NICOLE
LA FURIA DE LOS CAÍDOS
DIOSES Y MONSTRUOS IV
MOLINO

AMBER V. NICOLE

LA FURIA DE LOS CAÍDOS

DIOSES Y MONSTRUOS IV

Traducción de
Cristina Macía

MOLINO

Advertencia.

Este libro incluye contenidos sensibles relacionados con, entre otros temas, agresiones sexuales.

AL LECTOR

Sentí ira hacia mi amigo.

Se lo dije, y desapareció la ira.

Sentí ira hacia mi enemigo.

Callé, y mi ira creció.

WILLIAM BLAKE, «El árbol envenenado»

EL ALTERMUNDO
DOMINIOS SEPTENTRIONALES
MUNDOS CENTRALES
DOMINIOS OCCIDENTALES
RUTA COMERCIAL SEPTENTRIONAL
RUTA COMERCIAL OCCIDENTAL
RUTA COMERCIAL OCCIDENTAL
DOMINIOS ORIENTALES
DOMINIOS MERIDIONALES



La muerte no es el final. Para algunos, esa idea puede resultar terrible. Para la mayoría es una bendición, pero una bendición que, para mí, no dura mucho tiempo. Los afortunados que conocen la paz pueden descansar, pero yo no. Mis hijos pelean ahí abajo y el mundo se vuelve un completo caos. Desde aquí percibo la reaparición de un antiguo medal ón, reconstruido; uno que destruí hace mucho tiempo. El ansia de poder de Nismera no tiene fin, intenta apoderarse de cosas que es imposible retener. Kaden e Isaiah se acercan con torpeza a una verdad que preferiría que siguiese enterrada, y no puedo hacer nada excepto mirar.

Sentí cómo se desgarraba el reino de Muerte, sentí el temor que se infiltraba en el más al á, y supe dos cosas: que mi hijo Samkiel había muerto, y que la mujer que lo amaba aún más que yo amenazaba con hacer pedazos los mundos. Tuve que ir, porque, por horrible que eso fuese, lo que de verdad me daba miedo no era que el a desatase su poder. Mientras Muerte miraba hacia otro lado, pude cruzar sus

puertas a escondidas y l egar a la tierra de los vivos. ¿Mi misión? Encontrar a la mujer a quien Samkiel adora y ver si el a puede acabar con los secretos que desearía haber revelado antes de mi muerte. Tengo que conseguir que entre en razón, o me temo que será el fin de toda esperanza.

Unir

Pró□go

Cuando salí de casa, la ciudad se preparaba para dormir. Saludé a unos cuantos tenderos que cerraban sus negocios y esquivé a un par de borrachos que se reían y se tambaleaban de camino a dondequiera que fuesen. Era una hermosa noche y el cielo estaba cuajado de estrellas; ir al trabajo dando un paseo era un placer. Prefería trabajar de noche y ahorrarme a las multitudes.

Además, en cuanto el sol se ponía, el lago cobraba vida, con luna o sin ella.

—Llegas temprano —me dijo el jefe mientras se ajustaba el sombrero de paja. La camiseta blanca le tiraba en el abdomen a causa de la barriga y de los gastados pantalones oscuros que llevaba remetidos en las botas altas.

El muelle estaba abandonado; el lago, vacío, y el gentío habitual, ausente. Las barcas estaban atadas en el embarcadero y, a primera vista, no se había soltado ninguna.

—Pocas parejitas esta noche, ¿no? —pregunté.

—No es eso. —Se encogió de hombros—. No hay ni un crestaluna a la vista.

Fruncí el ceño y él, como respuesta, señaló el lago para que lo comprobase por mí mismo. Las tablas crujieron bajo mis pies. Me detuve al borde del muelle, junto al barril de bengalas, y me incliné

sobre la barandilla. No había ruido alguno entre los árboles y ningún insecto flotaba sobre las ramas que colgaban casi al borde del agua. No se veía ni rastro de

los crestalunas, pese a la luna llena, cuyos brillantes rayos de luz taladraban las aguas oscuras. Qué raro. Cuando salía la luna siempre estaban activos.

Me volví para preguntarle qué creía que estaba pasando, pero no había nadie más en el muelle. No se veía nada fuera de lugar; las estrellas titilaban en el cielo y la brisa creaba lentas olas en la orilla del lago. Qué raro. ¿A dónde había ido? No tenía motivos para irse, y tampoco era tan rápido, ni tan discreto.

Unos gritos y ruidos de pelea rompieron la calma nocturna. Me volví hacia la ciudad. Eché a andar por el muelle, pero me quedé inmóvil al oír el batir de unas pesadas alas por encima de mí. Algo aterrizó a mis espaldas; golpeó la madera con tanta fuerza que me hizo trastabillar. Al girarme, comprendí por qué todos los seres vivos del lago y los alrededores se habían ocultado.

El enorme ser plegó sobre la espada las cuatro alas membranosas, que relucieron con una tonalidad iridiscente bajo la luz de la luna. La armadura de placas, de color marrón oscuro, le envolvía los hombros y se le ajustaba al cuerpo para terminar justo encima de las patas, dobladas hacia atrás. La mandíbula huesuda inferior terminaba en unas pinzas que se movían y emitían un chirrido ominoso. No sabía qué clase de bestia era aquella, pero todos mis instintos me gritaron que estaba en peligro.

Di un paso atrás, y en ese momento se oyó otro golpe a mis espaldas. El muelle tembló. Me volví y quise salir corriendo, pero choqué con el duro exoesqueleto de una segunda bestia. Caí de culo con un golpetazo y el ser extendió cuatro brazos hacia mí. Con la adrenalina a tope, rodé hacia la barandilla y me puse en pie con dificultad. Cogí un remo de una pila y lancé un golpe. La madera le dio en el hombro y se hizo astillas. La bestia parpadeó y emitió un

chirrido cargado de irritación, y un momento después estaba sobre mí.



Caí de bruces al suelo; el golpe me dejó sin aliento y proyectó polvo en todas direcciones. Tenía las manos atadas a la espalda y me dolían las muñecas. Por mucho que lo intentase, las ataduras no cedían. Gruñí cuando sentí que me clavaba las uñas en los miembros atados y retorcidos.

Me levantó y se me escapó un jadeo de horror al ver la carnicería que me rodeaba. Parpadeé, convencido de que había muerto y había llegado a Iassulyn.

El fuego crepitaba en los restos de la taberna y de los edificios colindantes; el humo era oscuro y espeso y desprendía un olor acre. Las bestias saqueaban las tiendas, rompían las ventanas y hablaban en aquella extraña lengua de chirridos. Los gritos de los hombres, mujeres y niños sacados a rastras de sus casas hendían el aire. Algunos habían logrado escapar y corrían hacia el bosque, seguidos por tierra y aire por aquellas bestias. Los que se habían procurado un arma e intentaban luchar caían de inmediato y eran consumidos. Tragué saliva y cerré los ojos. El crujido de huesos rotos era omnipresente.

No era una pesadilla. Mi mente jamás sería capaz de imaginar un horror así. El Altermundo había abierto sus espantosas y rancias mandíbulas, y una plaga de demonios había descendido sobre nuestra ciudad. El corazón me latía con fuerza y el olor de la muerte me invadía la nariz. El monstruo que se adentraba en la ciudad conmigo a rastras chirrió de excitación. Traté de poner los pies en el suelo y tensé los músculos para liberarme del poderoso agarre de aquel ser. Pero, por mucho que me debatiese, me sabía incapaz de escapar. La bestia me clavó las garras en los hombros y me sacudió

con violencia hasta que dejé de resistirme. Jadeaba, me ardían las fosas nasales y me picaban los ojos; el terror había terminado con cualquier esperanza.

Oí unos pasos fuertes y pesados que se acercaban; se me revolvió el

estómago y un escalofrío me recorrió la espalda. Cerré los ojos con fuerza y recé a los dioses que pudiesen quedar en este mundo, al mismísimo Samkiel incluso. No abrí los ojos; no quería ver lo que se acercaba. Solo con el sonido ya estaba muerto de miedo. La bestia me sacudió de nuevo y me chilló a la cara; el aliento caliente me golpeó el rostro con tanta fuerza que me echó el pelo para atrás. Abrí los ojos, y deseé haber hecho caso de mis instintos y haberlos mantenido cerrados.

La bestia me miraba muy de cerca, a unos pocos centímetros de la cara.

Las pinzas chasquearon un par de veces y luego se retiraron. Cerró las mandíbulas óseas y se irguió en posición de firmes. Tardé varios segundos en reunir el valor suficiente para apartar la vista, y, cuando lo hice, la nueva pesadilla casi hizo que se me aflojasen las piernas.

Era más alto de lo que nadie podría esperar. A juzgar por los pozos negros de sus ojos, la piel pálida y lisa y la corona puntiaguda que le cubría la cabeza, estaba claro que lo que había frente a mí no era un hombre.

Llevaba un manto oscuro que se dividía en dos faldones sobre la espalda; el extraño tejido se le arremolinaba alrededor de los pies. Estaba de pie dentro de un círculo doble, y reconocí las runas del perímetro. Era una marca de teletransporte, que parpadeaba con un brillo débil. El poder con que la había insuflado para transportarse y para invocar los espantosos horrores que se había traído consigo se difuminaba poco a poco.

El miedo era una fuerza abrumadora que me dejó casi insensible. Me concentré en su pecho porque era incapaz de aguantar su mirada y mantenerme erguido. Entrecerré los ojos mientras observaba los movimientos del tejido, bordado con intrincados patrones. Tanto la piel como la ropa parecían mal ajustadas, y me pregunté si su auténtica forma no sería otra. Su poder era como un latido. Me forcé a levantar la vista y mirar aquellos ojos fríos y sobrehumanos. Cuando por fin até cabos, se me secó la garganta. Sabía de quién se trataba.

—Huelo tu miedo, más fuerte que la orina que mancha las calles. Más

fuerte que la sangre que decora el suelo. ¿Sabes quién soy? —preguntó con una voz tan oscura y profunda como el dominio desde el que había ascendido. Se puso en cuclillas, y al hacerlo el cuerpo se movió de una forma extraña y repugnante. Incluso en esa posición era mucho más alto que yo.

—S… Sí —logré decir—. He oído rumores acerca de una nueva era, una rebelión entre los príncipes, y un gobernante recién coronado. Eres el rey del Altermundo. Umemri.

—Correcto —dijo con una sonrisa que me revolvió el estómago otra vez. Las dos líneas que le enmarcaban la boca dividían en dos sus rasgos afilados y terminaban donde deberían estar las orejas. La boca era demasiado ancha, y me temí lo que vería si la llegaba a abrir del todo. Al resplandor del fuego, el cabello era de un negro intenso; pero, al volverse hacia el general, vi que no era pelo, sino unas púas dentadas que vibraban al compás de la respiración. Era un auténtico horror encarnado. No conocía a nadie que le hubiese puesto los ojos encima a un príncipe del Altermundo, no digamos ya a su oscuro señor.

Incapaz de sostenerle la mirada, moví de forma incesante los ojos a un lado y a otro. El crepitar de las llamas se oía por toda la ciudad, y, a unos pocos metros de distancia, dos cuerpos yacían boca abajo, degollados.

Supuse que no le habrían dado las respuestas que buscaba. Eso me insufló cierta esperanza. Quizá, si le daba las respuestas correctas, me perdonaría la vida.

—¿Qué… qué quieres? —pregunté, tras obligarme a mí mismo a mirarlo—. Sea lo que sea, te lo puedo dar.

—Ah, ¿sí? —Umemri ladeó la cabeza, y los ojos negros me taladraron como si pudiese arrancarme las respuestas del cerebro—. Busco a alguien que es importante para mí. La última vez que se comunicó, lo hizo desde esta ciudad. Y desde entonces no ha habido más que… silencio.

La forma de pronunciar el final de la frase me hizo cuestionarme si algo

tan horrible podría tener, de hecho, un corazón.

Negué con la cabeza, confuso.

—No he visto… No hemos visto a nadie del Altermundo por aquí.

Abrió una mano, y las garras curvadas que coronaban los tres largos dedos se entrechocaron con un suave sonido. Me sobresalté, aunque no había hecho ningún movimiento hacia mí.

—Yo creo que sí. Percibo su aroma por toda la ciudad, y puedo oler su sangre en estas miserables callejuelas.

El recuerdo me golpeó la cabeza como un muro de ladrillos; el corazón me latía con tanta fuerza que sonaba como un tambor de guerra. Umemri lo oyó; los ojos fríos y oscuros se me clavaron en el pecho.

—¿Dónde está mi murrak?

El pánico me revolvió las tripas y el sudor me cubrió la frente. Oh, dioses. No podía mentir. No podía ocultar el hecho de que estaba…

—Muerta.

Se me escapó casi sin querer. Una emoción oscura y arrolladora apareció en su rostro. El caos que se extendía por la ciudad se cerró sobre nosotros, como si los otros percibieran sus emociones y se preparasen para reducirme a pedazos. Umemri se echó a reír, y la voz grave y sombría me resonó en los huesos. Los generales rieron con él, y el sonido se volvió cada vez más chirriante y bestial. Extendió la mano y me cogió del cuello, y la risa se transformó de repente en un gruñido mientras me levantaba en el aire. La cara se dividió en dos y se abrió, y la transición casi me produjo una arcada. Al contemplar las pinzas que había en su interior, no me cupo duda de que me iba a comer.

—Imposible —dijo Umemri, que me sostenía en el aire como si no pesara nada—. Nadie que me deba lealtad se atrevería a tocarla. Y, aunque lo intentasen, si estaba furiosa y con su forma auténtica, nadie podría detenerla. Dudo que incluso una ciudad entera de itianos pudiese hacerle ni un rasguño.

Aterrado, traté de zafarme de su agarre. Me soltó lo justo para que pudiese mascullar una palabra.

—Samkiel. —Pronuncié el nombre como si fuese una plegaria capaz, por sí misma, de salvarme la vida. Y lo hizo.

Hubo un destello en los ojos de Umemri, y las bestias se detuvieron como si hubiese gritado una maldición. Un extraño silencio se adueñó de todo. Lo único que se oía era el crepitar del fuego y el susurro del viento.

De pronto me soltó y caí al suelo. Me costaba respirar. Las garras me habían dejado pinchazos en el cuello de los que fluía la sangre. Tuve la sensación de que pasaban horas hasta que Umemri por fin parpadeó, y vi cómo la comprensión se abría paso en él. Casi como si el sonido del nombre de su antiguo enemigo bastase para convencerlo de que la murrak estaba muerta. Encorvó los hombros y

la tela se rompió y liberó varios gruesos apéndices, oscuros y espinosos, que se agitaron y se retorcieron a su alrededor.

—Mientes —escupió. Frunció los labios y los tentáculos chasquearon en dirección a mí.

No era mentira, aunque me resultó evidente que él deseaba con todo fervor que sí lo fuese.

—No —dije. El cuerpo me temblaba de un modo incontrolable—. No miento. Estuvo aquí con una mujer. La murrak atacó, él la mató y se fueron.

La punta afilada de un apéndice me perforó el hombro. Grité, y Umemri sonrió con un gesto cruel, como si saborease el sonido.

—¿Una mujer? —preguntó Umemri. El apéndice clavado en el hombro se giró y me provocó más dolor.

—¡Sí! —grité—. No alcancé a oír su nombre, pero era una ig'morruthen. No sé qué hacía con él.

La uña que se retorcía en mi carne se detuvo antes de atravesarme el hombro. Umemri volvió la cabeza hacia su maldito ejército y ladró algo que sin duda era una orden en una lengua que no comprendí. Una bestia alzó el

vuelo, y él volvió a centrar la atención en mí. La expresión de sus ojos solo sirvió para que mi miedo aumentase.

—Parece que ya no te necesito, entonces.

Alzó un grueso tentáculo; la punta afilada apuntaba a mi cabeza.

—¡Puedo llevarte hasta ella! —solté cuando la iba a dejar caer sobre mí

—. ¡Sé dónde enterramos a tu murrak!

Me soltó tan deprisa que me caí hacia delante. Un guardia me atrapó y me puso de pie, con los brazos todavía atados.

Umemri ladeó la cabeza, con los ojos brillantes de dolor y de cólera.

—Muy bien, guíame.

Con la respiración temblorosa, eché a andar; sabía el lugar exacto donde se hallaba el cuerpo enorme y retorcido. La habíamos enterrado entre varios. Ya sabía yo que las buenas acciones terminarían por joderme. Los guardias nos siguieron el paso, a los lados y detrás de nosotros, y los guie a todos más allá de la linde de los árboles, hasta que llegamos a un montículo de tierra recién removida cerca de la base de un árbol grande y retorcido.

Un soldado me obligó a caer de rodillas y me retuvo en esa posición. El hombro me dolía y me sangraba. Umemri se adelantó mientras los guardias formaban un círculo alrededor de la tumba. Levantó una mano y apretó el puño con fuerza, y el suelo se movió y tembló. ¿Qué poderes poseía? Creía que solo los dioses tenían telequinesis. Había oído rumores de que los poderes de algunos brujos rivalizaban con los de los dioses, pero yo no conocía a ninguno, y él no era un brujo.

A su orden, la tierra se abrió y miles de insectos y gusanos salieron arrastrándose de la tumba. Entre el repugnante latido de sus cuerpos, una cabeza emergió de la tierra. Me preparé para ver al ser monstruoso y cristalizado con pinzas e inmensos ojos ovalados. Pero no fue eso lo que salió de allí. Umemri se arrodilló y acarició con las garras el pelo del color de la luz de luna. Los insectos se retiraron y los guardias que rodeaban el claro agacharon las cabezas en señal de respeto y dolor compartido.

El rey del Altermundo emitió un sonido desesperado, pero lo interrumpió, como si se le hubiera escapado sin poder controlarlo. Se irguió y se volvió hacia mí con los tentáculos alzados tras él en una pose amenazadora. Se me fueron los ojos a la cabeza que acunaba

contra el pecho como si para él no hubiese nada más precioso en el mundo. Los ojos sin vida, anchos y de mirada vidriosa, tenían un color blanco lechoso. Los rasgos eran femeninos y delicados, con las mismas líneas que él alrededor de la boca. No vi nada que sugiriese que aquel era el monstruo que habíamos enterrado.

Comprendí entonces por qué había quemado la ciudad, por qué había matado a todo el mundo. No era diferente de cualquiera que haya perdido de repente a un ser amado. Para él, la murrak no era algo, sino alguien. A juzgar por la ira y la desesperación, sospeché que sería su amante, o, peor aún, su compañera.

—Esa mujer que lo acompañaba… Dime todo lo que sepas —exigió Umemri.

No creía que fuese a escapar con vida, pero, si había alguna esperanza, era esa; así que no dudé. Le hablé de la excursión en barca y de cómo se comportaban el uno con el otro. Le tembló todo el cuerpo y los tentáculos azotaron el aire cuando le conté cómo lucharon para protegerse mutuamente y cuando le describí cómo mataron a la hembra que sostenía entre los brazos. Cuando terminé, tragué saliva con dificultad y esperé.

Un ave nocturna se posó en un árbol, justo encima de Umemri, y clavó en mí los ojos relucientes. Vigilante. Expectante. Extendió las alas y soltó un fuerte graznido, pero ni Umemri ni los guardias parecieron notarlo. Lo miré, intrigado. El maldito bicho parecía interesado en nuestra conversación. Lo más raro de todo, no obstante, era que los pájaros habían abandonado esa zona cientos de años atrás.

Un crujido de hojas me hizo volver de nuevo la atención hacia el rey del Altermundo. Los guardias me vigilaban, y sus ojos reflejaban la luz de

la luna creciente que se asomaba entre los árboles.

—¿Soy libre, entonces? —balbuceé—. Te he dicho todo lo que sé, y no pienso contar nada de lo que ha pasado aquí. Haré lo que me ordenes.

Un esbozo de sonrisa le asomó a los labios.

—No puedes darme lo que deseo ahora mismo —dijo Umemri—. Pero te concederé lo que me pides. Te daré la libertad.

Un cálido alivio se extendió por todo mi cuerpo. Sabía que algunos me llamarían cobarde por haberlo contado todo para salvarme a mí mismo.

Dirían que carecía de honor. Pero quería vivir. El dolor me estalló en el cuello, y ya no sentí nada más.

Desde el suelo del bosque vi caer mi cuerpo a pocos centímetros de distancia, decapitado. Parpadeé mientras la vida se me escapaba. El suelo tembló y silbó, se abrió mientras el vapor se elevaba en el aire. Aparecieron unas runas anaranjadas que arrojaron un resplandor brillante alrededor de cada uno de aquellos seres. Las bestias se hundieron una tras otra, tragadas por el suelo; el rey y su ejército regresaban al Altermundo. Me quedé con la boca abierta, intentando formar palabras que ya no podía pronunciar.

Parpadeé una vez más. El pájaro de color medianoche extendió las alas más de lo que parecía posible. Mientras se me nublaba la visión, el pájaro aterrizó y adoptó la forma de un hombre hecho de oscuridad.



Un libro se estrelló en la mesa que había frente a mí, y me desperté, sobresaltado. Me acomodé en la silla y parpadeé para fijar la vista en mi airado padre.

—Ya he pedido perdón a los afectados —gruñí. Me estiré y crucé los brazos sobre la ropa del consejo que todavía llevaba puesta. Los botones y las borlas se retorcieron unos sobre otros mientras yo daba golpecitos en el suelo con el pie. Me había obligado a asistir a las reuniones del consejo durante días, y, cuando no estaba allí, me pasaba el día aquí, sumido en el estudio hasta caer rendido de sueño. Sabía que prenderle fuego al templo de un dios no estaba bien visto, pero había sido un sincero error. Al parecer, lo había avergonzado, y el resultado fue que me gané una semana de castigo.

Mi padre asintió, pero se cruzó de brazos y no apartó los ojos de mí.

—Lee. En voz alta.

Fruncí el ceño y, con un profundo suspiro, me hundí más en la silla.

Puse los ojos en blanco y tiré del grueso tomo de historia con filigranas rojas y doradas para atraerlo hacia mí. Tenía un marcador

donde me había quedado el día anterior, así que lo abrí. La ilustración cubría una doble

página y mostraba un ejército de cien soldados en armadura de plata, formados para la batalla. Dejé escapar otro suspiro ruidoso, para que supiera lo mucho que odiaba tener que hacerlo, y luego empecé a recitar el texto que describía la batalla.

«Eres la tierra cubierta de vísceras, empapada de sangre.

¿Cómo hacer la paz con esos asesinos?».

Levanté la cabeza, sorprendido y confuso, y miré las palabras escritas.

Ese texto no era el antiguo tratado que leí el día anterior, y que hablaba de táctica y armamento. Las palabras fluían, se derramaban sobre el gastado pergamino de color crema. Mientras las observaba desaparecieron, solo para volver de nuevo, con letras apretadas y oscuras.

—Lee —insistió mi padre.

—Pero no es lo que decía antes —dije, y, en efecto, no lo era.

Boquiabierto, vi que la imagen se disolvía como si le hubiesen derramado agua encima. Desapareció, y más texto ocupó su lugar.

—Lee —exigió de nuevo.

Me acomodé en la silla y me giré un poco para mirarlo. Unir estaba junto a las puertas del balcón, enmarcado por inmensas columnas. Fuera, las nubes enormes y bulbosas adquirían un tono gris en los bordes. Las sombras cubrían las montañas de Rashearim y la oscuridad se extendía bajo ellas como una bestia hambrienta que quisiera devorar la tierra.

—Lee. —La voz de Unir se hizo más profunda, con un tono afilado que no supe definir.

Sacudí la cabeza, pero no me atreví a desobedecer. Sabía que me iba a tener allí hasta que me sangrasen los ojos, como castigo por la trastada en la que nos habíamos implicado Cameron, Logan y yo. Así que, con un suspiro resignado, sujeté los bordes del libro e intenté leer. Las palabras seguían cambiando y retorciéndose sobre la página, hasta escupir por fin los versos que quería que recitase.

«Destruyes el alma de un hombre noble.

Te mueves entre las estrellas y lanzas maldiciones sobre la tierra».

Las palabras se hacían y deshacían una y otra vez. Acaricié las líneas con los dedos, como si eso pudiese mantenerlas quietas. Reconocí el poema; lo había visto en un libro que encontré en la biblioteca. Casi perdido en los anales del tiempo, y transcrito en su momento por un antiguo profeta.

—Repítelo —ordenó mi padre, muy erguido y con la espalda recta.

Como siempre, era más un general que el protector cariñoso que creía ser.

Tragué saliva.

—Ya no dice lo mismo.

—Sigue mirando. —En sus ojos no había cólera ni diversión.

«Las voces no escuchadas, ahogadas por los gritos de los muertos.

Los hombres suplicaban, murmuraban maldiciones y plegarias, solo respondidas por manos justas y fuertes.

Aquí está nuestro azote, nuestra salvación, nuestra esperanza, bañada por la luz de la fuerza y el poder.

La tierra angustiada hace estremecerse a todos los hombres, la sangre y la destrucción carcomen las almas,

armas de un horror ahora tan familiar».

Respiré con dificultad mientras se me escapaban las palabras. Oí sus botas sobre el suelo de baldosas, las largas zancadas cuyo ritmo y solidez cambiaron cuando se dirigió a la puerta.

«La compasión sucumbe ante tu fuerza destructiva».

Sacudí la cabeza y las palabras empezaron a vibrar. Me invadió el miedo, y levanté la vista. La luminosa habitación real había adquirido una tonalidad gris y sombría, pero no fue eso lo que me heló el corazón.

Nismera ocupaba el lugar donde había estado mi padre, y aferraba entre sus brazos a Dianna. Me levanté con tanta fuerza que la silla cayó al suelo.

Traté de moverme hacia ellas, pero me fue imposible.

Nismera sonrió, con los labios sobre la mejilla de Dianna. Le sujetó la mandíbula y con la otra mano alzó la mortífera lanza dorada para apuntársela al corazón. A mi corazón. Los ojos de Dianna, inmóviles, no se apartaron de los míos. Había en sus profundidades un resplandor suave que no supe descifrar.

—No terminaste las palabras. —Nismera sonrió con crueldad mientras posaba los ojos en la mesa y en el libro que había frente a mí.

—No me hace falta —respondí, con los dientes apretados—. Conozco el poema de Jeremiah.

—¿Seguro, hermano? —repuso Nismera con dulzura. Levantó la cabeza de Dianna y le depositó un beso en la mejilla. Si pudiese moverme, podría llegar hasta Dianna. Podría agarrarla, podríamos

huir. Pero no me atrevía a pelear con Nismera mientras tuviera a Dianna.

—¿Comprendes su auténtico significado? ¿Quieres que lo termine en tu lugar?

—No lo hagas —ordené. No sabía qué pasaría si Nismera pronunciaba aquellas palabras, tan solo que no sería nada bueno. Tenía a alguien que era más preciosa para mí que un trono o una corona o incluso el aire que respiraba. Dianna era más preciosa para mí que cualquier mundo, cualquier dominio. Por ella, sacrificaría lo que fuera sin pensármelo dos veces.

La sonrisa de Nismera era tan fría que habría jurado que el aire se helaba a su alrededor.

—Has regresado, Destructor de Mundos, pero con un punto débil.

Ahora, todos tus enemigos lo sabrán. Sabrán cómo quebrarte y, cuando caigas en pedazos, el mundo también caerá.

—No —repliqué. No negaba aquellas palabras que me hacían odiarme

a mí mismo, sino la amenaza que representaba para lo que sostenía entre las manos. Posé la mirada en Dianna antes de clavarla de nuevo en Nismera—. Ella es todo lo que tengo.

—Lo sé —dijo, con una cruel satisfacción reflejada en la mirada. Nada más pronunciar esas palabras, clavó la lanza en el pecho de Dianna.

Una cegadora luz amarilla estalló en el cuerpo de Dianna, que echó atrás la cabeza mientras le ardía la piel en copos que se desprendieron y volaron hasta que solo quedaron cenizas. Los restos de Dianna. Un alarido se me escapó de la garganta. El cielo se abrió y los relámpagos estallaron como una luz estroboscópica, con un sonido tan fuerte que parecía que hubiese estallado una bomba sobre nosotros. El cielo se hacía eco de mi dolor.

Pero no fue la creciente tormenta lo que oscureció la sala, ni un relámpago lo que me brotó de las puntas de los dedos. Fue el Olvido lo que apareció en la mano extendida y salió de mí en oleadas de oscuridad que envolvieron la habitación al instante. Cubrieron el punto donde estaba Nismera, pero ella se había movido tan deprisa que escapó de mi alcance.

Solo la risa, cruel y maliciosa, me permitió saber que todavía estaba en la sala. No me importó. No me importó cuando caí de rodillas y me arrastré hasta las cenizas, y no me importó que me brotaran lágrimas de los ojos.

Apreté entre los dedos lo que quedaba de mi amor, mi akrai *. Nismera reapareció con una risa victoriosa y se agachó ante mí. Reunió las cenizas de Dianna en una mano enguantada y, con una sonrisa cruel, sopló los restos de mi compañera hacia mí.*

Ante aquel acto desalmado, unos enormes tornados se materializaron en el exterior del palacio. El viento soplaba con fuerza suficiente para arrancar la carne de los huesos, y el techo crujía y caía a trozos sobre nosotros. Nismera miró hacia arriba; el pelo plateado se sacudía y ondulaba alrededor de la cabeza. Sonrió ante la oscura violencia del cielo, y habló. De algún modo, pese al estruendo de los truenos, pude oír lo que

decía.

—«Tú, y, por tanto, yo, herramienta de los dioses, exterminador de los que caminan o se arrastran.

Hecho de luz, hecho de viento.

Espadas tan afiladas que nuestros enemigos se doblegarán, porque, en una guerra entre dioses, nadie gana».

Mi cuerpo se estremeció, pero no por la furiosa tormenta o el palacio que temblaba. Era como si algo me empujase y tirase de mí.

—… kiel.

Eché atrás la cabeza y contemplé los furiosos nubarrones negros y púrpuras que oscurecían el cielo. Los rayos golpearon el suelo una y otra vez, coléricos, como un castigo, mientras moría el mundo sobre el que me arrodillaba.

—… iel.

Sentí un dolor repentino en la barbilla. Me senté y me llevé una mano a la cara.

—Ay.

Dianna me miraba con los ojos muy abiertos y llenos de temor. Echó atrás el puño apretado y se tapó los oídos con fuerza. El viento le sacudía el cabello con violencia. La oscuridad había invadido nuestra habitación, y me di cuenta de que había desatado el Olvido aquí, no en mi sueño de muerte.

Los zarcillos se me enroscaban alrededor de los brazos como serpientes, agazapados y listos para destruir cualquier amenaza. El techo crujió y vi que los pedazos que ya había liberado roían los bordes de la habitación.

—¡Samkiel! —me gritó Dianna por encima del estruendo creciente de la tormenta. Era ella quien me llamaba desde el principio para apartarme del borde del abismo. Se recogió el pelo y lo mantuvo apartado de la cara mientras la fuerza del Olvido crecía y crecía—. Tienes que pararlo, o consumirá la habitación, el castillo y el pueblo.

Respiré a duras penas.

—¡No sé cómo! —respondí a gritos, y era cierto. Nunca había sido capaz de controlar mi poder cuando se manifestaba de aquella manera.

Dianna dio un respingo cuando un trozo del muro exterior desapareció y nos expuso a la tormenta. Un enorme torbellino giraba bajo la nube más cercana; descendía. Era consciente de la destrucción que causaría una vez que tocase tierra. Se apretó los oídos con las manos para protegerse del doloroso rugido del viento.

—¿Qué lo ha provocado? —gritó.

En vez de decírselo, le envíe los detalles del sueño a través de nuestro vínculo. Le brillaron los ojos, y sentí que la comprensión se abría camino entre ambos. Había visto de primera mano las pesadillas que tuve en Onuna, y comprendió que volvían a acosarme. Solo que ahora era Nismera quien me la arrebataba, y no Kaden.

No sabía qué esperar; desde luego, cualquier cosa menos que se quitase las manos de los oídos, me sujetara el rostro y posase los labios sobre los míos.

«Estoy aquí —me susurró su voz en el inconsciente—. Estoy contigo, ahora y para siempre».

El mundo se sumió en el silencio, como si una mano gigantesca hubiera barrido la tormenta. El viento cesó de aullar, y dejé de sentir en la piel el picor de aquel poder antiguo y oscuro. Yo blandía el Olvido, pero, al parecer, Dianna lo controlaba. Respondía de inmediato si ella estaba en peligro, como había hecho desde la primera vez que me la arrebataron. En aquel momento se retiró, tranquilizado por su contacto, como una bestia complaciente.

La puerta del dormitorio se abrió de par en par y ambos nos volvimos a mirar. Cameron estaba en el umbral, con los pantalones del pijama a la altura de las caderas y el pelo revuelto.

—Pero ¿qué cojones…? —jadeó. Repasó la habitación con los ojos, y se fijó en los agujeros del techo y de la pared; luego nos miró. En vista de

que habíamos estado en el centro de la tormenta, supuse que nuestra pinta no era mucho mejor que la suya—. Me pareció oír un puñetero huracán, ¿y erais vosotros dos follando?

«No se lo cuentes», le envié a Dianna. Ya teníamos bastantes preocupaciones como para sumar una más.

«No lo haré», me respondió.

—Piensa en los niños, Dianna —se burló Cameron, y luego se señaló a sí mismo—. Y en los que estamos en el dique seco.

Se me escapó un resoplido. No habría creído posible tomarme nada en broma en aquel momento, pero, dado lo que había visto al entrar, y que Dianna me envolvía con su cuerpo, tenía mucho sentido que extrajese la conclusión más evidente.

Dianna se bajó del lecho.

—Vuélvete a la cama —exigió con un bufido mientras se abalanzaba sobre él. El fuego que le bailaba sobre las puntas de los dedos lo distrajo de la destrucción y las cenizas que había por todos lados.

—Qué violenta —dijo con sorna, y luego se marchó, no sin antes señalar la habitación—. Y a ver si arregláis la que habéis montado.

Dianna cerró la puerta del dormitorio y yo me levanté de la cama y reparé las paredes y el techo. Una vez que estuvo todo como nuevo, me volví hacia ella, que estaba apoyada en la puerta de la habitación con una gesto angustiado que le tensaba los hermosos rasgos y le ensombrecía la mirada. Lo que la preocupaba no era la destrucción que había provocado yo. Era que ambos sabíamos que el Olvido vivía en mi interior, y que me había convertido en una amenaza para todos aquellos a los que amaba.



Tres semanas después

Si digo que me sentía agotada, me quedo muy corta. En las últimas semanas habíamos seguido con la renovación de la ciudad cercana al castillo. Aquel mundo era tan hermoso que habíamos decidido construir la pequeña ciudad junto a las onduladas montañas, a la sombra del palacio, desde donde podríamos contemplarla. Las cascadas se derramaban por los acantilados para formar ríos que serpenteaban por la ciudad. Samkiel trabajaba sin descanso con las personas que ya habían buscado refugio allí, para construir casas, tiendas, caminos, puentes e incluso una pequeña zona de recreo junto a la playa. Sabía que era una forma de mantenerse ocupado y sacarse de la mente el Olvido y las nuevas pesadillas, pero también significaba que ayudaba a la gente, y eso le serenaba el alma.

No viajamos al exterior hasta que se aseguró de que la ciudad había alcanzado la estabilidad y sus habitantes podían seguir adelante por ellos mismos. Al principio paramos en los sitios que nos eran más conocidos, los que ya habíamos visitado antes. Ofrecimos refugio a todos aquellos a

quienes Nismera había abandonado a su suerte. Al ver a Samkiel, aceptaron con alegría, y eso contribuyó a cambiarle el estado de ánimo. Por fin sentía que hacía progresos y, a medida que se asentó, las pesadillas disminuyeron, y también las sobrecargas incontrolables del poder del Olvido.

El único momento oscuro se produjo cuando regresamos a la ciudad de los crestalunas y descubrimos que había desaparecido, y su población con ella. Solo quedaban edificios quemados y esqueletos. O eso creímos. Nos atacaron mientras vagábamos por el bosque en busca de supervivientes. Fue una emboscada inesperada, y aún me dolía el costado por el mordisco de la bestia serpentina de dos cabezas que matamos. Sí, se me había curado la piel, pero los seres del Altermundo me dejaban magullada. Mirándolo por el lado positivo, al menos salvamos a los crestalunas.

Podía sentir que la mente de Samkiel divagaba tanto como la mía. El número de ataques aumentaba día tras día, casi como si alguien los enviase desde el Altermundo para provocar el caos. Mi sospecha era que, cuando los poderes de Samkiel desaparecieron del cielo y los dominios supieron de su regreso, eso cabreó a alguien con más poder de la cuenta. Era una de las varias razones por la que nos dirigíamos a nuestro destino actual.

Me chorreó agua de las alas mientras recorríamos las corrientes de aire.

El portal que había abierto Samkiel nos tiró de cabeza a un océano a varios kilómetros del destino previsto.

«Te preocupas demasiado —le transmití—. Te van a salir canas. Hace tres semanas que no tienes un episodio, y podemos hacer frente a esto».

La palabra «episodio» era una forma de describir los estallidos del Olvido. Por otra parte, no había tenido más pesadillas brutales, y yo no me había despertado entre tormentas tremebundas y vendavales

furiosos que amenazasen con hacer trizas nuestro hogar. Ahora nos enfrentábamos a otros problemas con los que yo no sabía cómo ayudarlo. Lo único que podía hacer era seguir apoyándolo.

Samkiel, que cabalgaba sobre mi lomo, gruñó.

«El tiempo apremia, y nuestras últimas visitas no han ido demasiado bien. Y en esta me espero más de lo mismo».

No le faltaba razón. No solo teníamos que enfrentarnos a un incremento de los ataques de las bestias del Altermundo y al fantasma de su padre, que se asomaba desde la tumba, sino que teníamos que visitar lo que quedaba de los doce dominios. Era fundamental averiguar hasta qué punto los doce gobernantes eran fieles a Nismera.

Con un poco de suerte, quizá ver que Samkiel estaba vivo contribuyera a atraernos su lealtad. Solo quedaban siete dominios, y, en los que ya habíamos visitado hasta ese momento, ningún monarca había mostrado interés en unirse a nosotros.

Unir había reaparecido, y, aunque no me perseguía su fantasma, era un presagio aterrador para Samkiel. Estaba convencido de que su padre no dejaría por voluntad propia el más allá sin su madre, y yo no había visto a Zasyn. Lo que había traído de vuelta a Unir, fuera cual fuese su auténtico objetivo, debía de ser vital.

Mis alas dividieron las nubes mientras nos acercábamos a Costa Rocosa. Los dominios de allí no se parecían en nada a Onuna. Algunos planetas casi ni se merecían ese apelativo; eran poco más grandes que lunas, y aquel caso no era la excepción. Un océano que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, olas de color gris metálico que se sucedían la una a la otra. Me pregunté qué acecharía bajo la superficie, en las profundidades.

El acantilado estaba cada vez más cerca: una imponente muralla de piedra cubierta por una gran cascada. Ascendí y, mientras batía las

alas con fuerza para atravesar la bruma y las nubes, Samkiel estrechó las piernas sobre mis escamas. La pared vertical no parecía acabarse nunca, y, de pronto, una ciudad enorme y extensa apareció frente a nosotros.

Se asomaba al borde del precipicio, y el agua fluía a su alrededor para derramarse sobre el océano. Unas columnas de piedra blancas y azules, coronadas por chillonas cúpulas, se alzaban hacia el cielo. Aquí y allá,

algún techo plano estaba adornado con un jardín. Una alta muralla rodeaba muchos edificios pequeños. Supuse que la habían creado para proteger la ciudad de las violentas tormentas que el océano les arrojaba encima con regularidad.

La única carretera visible era un camino cubierto, extramuros, que parecía flotar formando un arco horizontal suspendido sobre el agua. Lord Orble supervisaba Costa Rocosa. Era un nombre adecuado para la ciudad, dado que se ubicaba en uno de los pocos pedazos de tierra firme sobre la faz del planeta.

No tratamos de ser sigilosos, y en todo caso habría sido difícil no ver el ig'morruthen gigante y cornudo que trazaba círculos sobre la ciudad.

Supuse que ya nos esperaban y, al descender, vi que no me equivocaba.

Había guardias, tiesos como flechas, con las espaldas tensas, que nos vigilaban con desconfianza.

Mis alas, gruesas y pesadas, cortaron las nubes mientras descendía para posarme a la entrada del castillo. Los estandartes azules y blancos ondeaban al viento, y la sal marina enturbiaba el aire. Costa Rocosa era parte de una gran ruta comercial, y solo por el olor ya sabía con qué comerciaban. El olor a pescado abrumaba mis sentidos ultrasensibles. Solté un gruñido grave y estornudé; de la nariz me

brotaron unas pequeñas llamas que quemaron la piedra mientras me intentaba sacar aquel hedor de las fosas nasales.

Samkiel se bajó de un salto, y la armadura plateada reflejó los dispersos rayos de sol. Aún llevaba grabado en las hombreras el emblema de su padre. Me había preguntado si lo cambiaría, visto lo que había averiguado y todo lo que había sucedido, pero al parecer había decidido conservarlo.

Los guardias llevaban una armadura de color azul marino y me apuntaban con las armas. Sopesé la idea de cambiar de forma, sobre todo porque tenía que enrollarme la cola alrededor para no aplastar a nadie por accidente, pero era una zorra, y amante de las entradas dramáticas. Y, si hacía falta alguna pequeña táctica intimidatoria para abrirnos paso, tampoco

me iba a quejar. Levanté la cabeza hacia el cielo y rugí con un sonido que recorrió el aire. Extendí las alas tanto como pude y sumí en la oscuridad a las personas allí presentes. Cuando por fin me senté sobre los cuartos traseros y plegué las alas, los guardias más cercanos temblaban de modo casi imperceptible.

Samkiel se detuvo y me lanzó una mirada. De haberme podido encoger de hombros en mi forma bestial, lo habría hecho. Sacudió la cabeza con un gesto de fingida exasperación y luego se quitó el yelmo. Juraría que la ciudad entera soltó un jadeo colectivo.

—He venido a hablar con lord Orble —dijo en voz alta para que todos lo oyesen.

Los soldados cambiaron de postura, inquietos, mientras esperábamos a que descendiera el puente levadizo. Nismera, la muy zorra, tenía a su disposición todo ese poder y esa tecnología, pero se lo escatimaba a sus fieles seguidores. Por otra parte, quizá les daba fuerza en otros sentidos.

Primero salieron dos filas de soldados, con las lanzas en alto y un escudo en la otra mano. Una palmada resonó en las murallas, y todos ellos se detuvieron y pivotaron para encararse unos a otros. Un hombre alto y musculoso caminó entre ellos, con un atuendo azul y blanco que denotaba riqueza y poder. La túnica azul cobalto cubierta de bordados estaba adornada con cadenas de plata que le cruzaban el pecho, y en los hombros llevaba mechones de pelo blanco. Le cubrían los codos unos parches plateados con forma de pez cuyas escamas reflejaban la luz. Tenía mucho estilo, pero lo que me llamó la atención fue el cabello. Era blanco y, en las puntas, azul como la espuma del mar, y lo llevaba peinado hacia un solo lado. ¿Era Orble? ¿Cómo podía ser un viejo conocido de Unir? No tenía pinta de haber llegado a la treintena.

—Samkiel —dijo—. En persona eres aún más atractivo. Los retratos y las estatuas de mármol no te hacen justicia.

No puse los ojos en blanco porque la forma ig'morruthen no me lo



permitía. Por favor, nada de alimentarle aún más el ego.

«Cálmate», me resonó su voz en la mente.

Le respondí con una risita.

—Te pido disculpas. Estoy buscando a…

El hombre levantó la mano para interrumpir a Samkiel, y yo, por puro instinto, di un paso adelante, con ganas de arrancársela de un mordisco. Los soldados que lo rodeaban me apuntaron con las lanzas, que zumbaban y emanaban energía por la punta, pero en mi forma actual no me preocupaba que pudiesen dañarme. Era casi tan grande como el puñetero castillo.

—Lo he oído, pero, por desgracia, llevas mucho tiempo fuera. —Me miró, y luego otra vez a Samkiel—. Lord Orble sufrió un terrible accidente hace unos años. Soy Iver, su hijo. Ahora soy el señor de Costa Rocosa.

Después de tan cálida bienvenida, Iver tuvo la amabilidad de invitarnos a entrar. Nos refrescamos y luego nos vestimos con ropas negras a juego que Samkiel creó para nosotros. Acto seguido, nos sentaron a una gran mesa de madera mientras el consejo y los invitados de Iver se desparramaban por la habitación tras cruzar la gruesa puerta doble. La mesa estaba diseñada para que el extremo que había reclamado lord Iver quedase por encima que las demás personas que había allí sentadas.

El interior del castillo era tan recargado que me ardían los ojos. Si me había parecido que el exterior era chabacano, no era nada comparado con el interior. Era como una exhibición de los mismos blancos y azules, dispuestos en diversas formas y patrones. Una decoración de espantoso mal gusto acompañada de obras de arte y estatuas llamativas, y nada de ello tenía particular interés.

Las gruesas columnas incrustadas en las paredes soportaban un techo

abovedado que se elevaba a gran altura. En un lado del enorme comedor colgaba un cuadro que representaba una gran batalla marítima, con naves que entrechocaban y una enorme serpiente debajo. El gran pez cornudo que colgaba de la pared detrás de Iver nos clavaba sus ojos muertos.

«Este sitio me va a provocar pesadillas —le dije a Samkiel a través de nuestro vínculo—. ¿Podría tener más objetos relacionados con los peces?

Sí, ya lo pillo, gobierna una ciudad que se alza sobre los mares».

Me llegó la respuesta divertida de Samkiel, y sentí su sonrisa como el aire cálido de un amanecer soleado.

«Créeme, tengo tan pocas ganas como tú de estar aquí. Preferiría que estuviésemos en casa, en la cama, y tenerte sentada sobre la cara, estrujándome la cabeza con los muslos mientras te meto la leng…».

Le di un rodillazo en la pierna para impedir que terminase aquella frase y se me llenase la mente de imágenes inapropiadas. El calor se me extendió por el bajo vientre, alimentado por la risa cómplice y sexi que acarició nuestro enlace. De cara al exterior, me sonrió con presunción mientras el deseo le relucía en los ojos y los convertía en plata fundida. Conocía esa mirada. Quizá no estuviese de tan mal humor como yo me temía.

Iver no nos prestó atención mientras entraban los sirvientes y plantaban platos de comida humeante delante de nosotros, empezando por él. Sonrió con glotonería e hizo un gesto para señalar a los presentes que podían comer. Al poco tiempo, Samkiel y él intercambiaban cortesías.

Mientras escuchaba la conversación, sonreí con amabilidad a la mujer sentada junto a Iver. Llevaba el cabello rubio y espeso recogido en dos moños muy complejos, y lucía un vestido azul y blanco plisado en los hombros. Con habilidad le quitó el tenedor a la niña pequeña que tenía en el regazo. La niñita no tendría más de un año. Sin inmutarse, la bebé chilló y trató de coger una cuchara, con los brillantes ojos azules rebosantes de curiosidad. La mujer miró de reojo a Iver y luego volvió la vista hacia mí y esbozó una sonrisa mientras le recogía los rizos a la niña tras las orejas con

un gesto nervioso. Me dio la sensación de que temía las consecuencias de que la pillasen interactuando conmigo.

La mujer no apestaba a sal y escamas de pescado. De hecho, me pareció captar que la rodeaba un agradable aroma floral, como si

fuese una flor arrancada y arrojada sin cuidado alguno en aquella ciudad a orillas del océano. Tenía a la niña sentada en la rodilla más alejada de Iver, y el cuerpo girado con sutileza como para proteger a la bebé. Era evidente que se sentía inquieta, y pronto averigüé por qué.

—Si no puedes hacer que se calle, sugiero que te vayas a otro lugar —

dijo Iver con brusquedad, sin alzar la mirada; tenía el labio inferior lleno de escamas de pescado.

La mujer apretó más a la niña contra ella, pero solo consiguió que se debatiera y chillase con más fuerza. Iver levantó la mano y el guardia que tenía a la derecha dio un respingo. Lo vi, y noté que la atención de Samkiel se agudizaba. El guardia entrecerró los ojos al mirar a la mujer; no era una expresión de cólera, sino de protección. Me pregunté si, bajo aquella armadura teñida de azul, tendría el pelo tan negro como los rizos de la niñita que sostenía con tanto cariño la esposa de Iver. El guardia se relajó y enseguida se ofreció voluntario cuando Iver hizo un gesto imperioso para indicar que quería que sacaran de allí a su esposa y a su hija. Nadie pareció prestar atención a lo sucedido.

La voz de Samkiel me inundó la mente.

«Cuidado con esa cara».

No necesitaba mirarme al espejo para saber que tenía una expresión de repugnancia ante aquella forma de tratar a la mujer.

Iver tenía un don para ser inoportuno, porque soltó una carcajada gutural.

—Supongo que debo considerarme afortunado de tener a esa mocosa.

Los dos anteriores los perdió. —Pinchó las verduras humeantes del plato, y al seguir hablando se le escapó la comida de los labios—. Yo quería un hijo,

¿sabes? —Se encogió de hombros—. Siempre puedo volver a intentarlo.

Hablaba de ella como si fuese una yegua de cría. Empezaba a odiar a aquel hombre, si es que se lo podía llamar «hombre».

Me negué a mirarlo; por el contrario, observé la figura de su esposa, que se retiraba. Tenía lágrimas en los ojos, pero la niña parecía cómoda con la cercanía del guardia, e incluso tendió una mano hacia él. Mientras salían de la sala, me pregunté cuánto tardaría Iver en perder la vida a manos del hombre que había jurado protegerlo.

«Si alguna vez te doy hijos y nos hablas a mí o a ellos de esa forma, te corto la polla, la frío y te la hago tragar».

Mi amenaza nada elegante hizo que Samkiel se tapase la boca para toser.

—¿Va todo bien? —preguntó Iver, que se volvió hacia nosotros mientras su esposa y su hija abandonaban la sala.

—Sí —respondió Samkiel. Me rozó la pierna con la suya.

«Si me dieses un regalo así, besaría el suelo que pisas».

«Eso ya lo haces. Mejora la oferta».

La risa resonó en nuestro vínculo mientras me daba un golpecito juguetón con el pie bajo la mesa.

«¿Puedo quemarlo? —pregunté—. Solo un poquito. Quizá así sea más amable».

«No —dijo—. Prometiste no mutilar a nadie».

Fue mi turno de gruñir.

«Empiezo a lamentar esa decisión».

La cubertería de plata resonaba mientras la gente seguía con el banquete, pero Samkiel no tocó la comida. Tras el intento de envenenamiento de la reina de Ciudad de Jade, habíamos decidido que solo comería lo que yo le preparase en casa.

—Mientras volaba hacia aquí he notado que la ciudad ha crecido de forma notable —señaló Samkiel.

—Ah, sí, cabalgabas a tu consorte —dijo Iver con la boca llena de pescado—. ¿Sueles cabalgar a tus consortes hacia la batalla? —preguntó, y se rio de su propio chiste. Una mujer que tenía a su derecha le rio la gracia y lo miró con gesto coqueto medio oculto por la copa que sostenía. Otros asistentes rieron también, con fingido humor. Era cada vez más evidente, y preocupante, que los supuestos consejeros estaban más dedicados a complacer a su señor que a aconsejarlo.

«¿Y ahora? ¿Puedo quemarlo ya?».

«Me estoy planteando las consecuencias», dijo Samkiel, que respondió a la broma del hombre clavándole una mirada poco amistosa.

Sonreí.

«¿Tan necesitados estamos de aliados?», respondí. Pero mantuve la boca cerrada y las manos en el regazo.

—Mi esposa —dijo Samkiel; pronunció la palabra como si le clavase una daga a Iver. Era un reto, para ver si volvía a faltarme al respeto y le daba a Samkiel la oportunidad de mostrar lo que podía perder si lo hacía.

Por fin Iver pareció acordarse de quién se sentaba a la mesa. Tragó saliva y bajó los ojos, incapaz de posarlos sobre Samkiel, y mucho menos de sostenerle la mirada. Los consejeros que nos rodeaban intercambiaron susurros de incredulidad.

—Los chistes y las insinuaciones sobre mi esposa no me hacen gracia, Iver, y, si vuelves a hacer algún comentario vulgar sobre ella, dejará de preocuparme que seamos aliados o no. Primero tomaré posesión de tu cabeza, y luego de tu ciudad.

El silencio se alargó, roto tan solo por un caballero del extremo derecho de la mesa, que tragó saliva de forma audible. Pero nadie dijo nada.

Samkiel se había dirigido a Iver sin usar su título, por lo que casi se desmayaron de asombro. Evitaron mirarnos y clavaron la vista en su señor.

Todos vieron cómo Iver bajaba despacio el tenedor hacia el cabracho a medio comer que tenía en el plato.

—Te pido disculpas, alteza —dijo Iver, y no detecté el menor atisbo de sarcasmo.

—No me pidas disculpas a mí —replicó Samkiel. Hablaba con un tono calmado que contrastaba con la tormenta que se empezaba a formar en el exterior—. Pídeselas a ella.

El viento ganó en intensidad; presionaba los cristales del comedor con tanta fuerza que los hacía crujir. La atmósfera pareció tomar forma, preparada para recibir la orden de que se abriesen los cielos. Extendí la mente hacia la suya para tratar de apaciguar la tormenta que se estaba desatando, pero no encontré el vendaval que me esperaba. Parpadeé, sorprendida, y escarbé un poco más. El silencio y la quietud que descubrí eran más temibles que el caos que había esperado encontrar. En su lugar, lo que me recibió fue la pura oscuridad del Olvido, hambriento y expectante, agazapado sobre sí

mismo como una serpiente, asomado a los ojos de Samkiel a la espera de saltar en mi defensa.

Cerré los ojos un instante y le toqué la mano bajo la mesa. Noté que rozaba con el pulgar el vacío que solía ocupar el anillo del Olvido. Me devolvió el apretón de la mano, ajeno por completo a lo que yo había visto.

El contacto hizo que el mal genio que disimulaba se diluyese poco a poco.

Si él representaba la muerte y los rayos, yo era el pararrayos.

Iver inclinó la cabeza hacia mí.

—Te pido disculpas. Ha sido un comentario de mal gusto. —Asentí, y sus ojos volvieron a posarse en Samkiel—. No era consciente de que hubieses dado tal paso. Por favor, perdóname. Es algo que nos sorprende a todos. Lo comprenderás, supongo, dada tu reputación —añadió con un tono de voz que había recuperado parte de la insolencia anterior.

—Mi reputación —repitió Samkiel. La pregunta iba implícita.

—Si me permites hablar con franqueza… —Iver entrelazó las manos frente a él—. Eres el Matador de Monstruos, el Pacificador, el hijo obediente de Unir. Eres una leyenda en los dominios, y ahora has regresado

de la muerte con una esposa que no solo no es tu prometida, Imogen, sino que, además, es una ig'morruthen. Un ser como los que destruyeron Rashearim. Pero, si esa unión te brinda más alianzas que la hermosa celestial, es comprensible. El poder que posee podría hacer tambalearse a Nismera. —Me miró—. Con el debido respeto, por supuesto.

No había caído en que nuestro retorno plantearía interrogantes sobre su compromiso matrimonial. Después de tratar con Imogen y verlos juntos a Samkiel y a ella, me había olvidado del tema por completo. Era más que evidente que entre ellos no había el más mínimo romance. El compromiso les había sido impuesto, y Samkiel había demostrado de sobra que era a mí a quien amaba. Pensar en Imogen no me provocaba cólera o celos, sino tristeza. Echaba mucho de menos a mi amiga.

—Para responder a la primera pregunta, mi unión con Imogen era tan solo una decisión política, orquestada por mi padre en un intento de moderar mi vida de desenfreno. El matrimonio con Dianna no fue concertado. Me he casado con ella porque la quiero. Que sea ig'morruthen, diosa, celestial o mortal no cambia para nada mi devoción por ella. Así que no, no es una cuestión de poder. Y me gustaría recordarte que fueron mi hermana y su rebelión quienes destruyeron Rashearim —explicó Samkiel

—. Ella y los demás dioses traidores que deseaban el trono de Unir. No mi esposa.

No era el momento ni el lugar para sacarlo a colación, pero, cada vez que Samkiel me proclamaba su esposa con orgullo, me sobrecogía la emoción. Incluso si los aliados que quería reclutar torcían el gesto al verme, él nunca vacilaba. Una sensación de calidez se extendió por cada célula de mi cuerpo. El oro, los tesoros y artefactos…, todo parecía insignificante en comparación con tanto amor.

—Hablando de tu hermana… Como has mencionado, lleva tu corona, se sienta en tu trono y trabaja de forma incansable para expandir su reino.

—Iver levantó la copa y sorbió ruidosamente—. Y lleva mil años

haciéndolo.

—Soy consciente de ello. —Samkiel inspiró hondo y se armó de valor para lo que sabía que se avecinaba. Había que reconocerle el mérito. Nos habíamos pasado las últimas semanas, o bien luchando, o bien visitando a tantos nobles de los dominios como nos fue posible. Y no se había quejado, pero el cansancio era como un segundo manto que le cubría los hombros.

Algunos habían empuñado las armas al ver que nos acercábamos y nos habían rechazado enarbolando el maldito estandarte de Nismera. Otros nos recibían con cautela. Nos dejaban hablar, pero, al final, seguían fieles a ella.

Iver era nuestra última parada, y estaba claro que cualquier esperanza de aliarnos se había diluido.

—Y, sin embargo, visitas no solo mis fronteras, sino también las de las pocas casas restantes, que se han fortificado y pertrechado a causa de ella.

¿Correcto?

—Sí —respondió Samkiel con una calma letal—. Me arrebataron mi derecho de nacimiento mientras estuve atrapado en un dominio cerrado. Tus antepasados le juraron lealtad a mi padre y, como sucesor suyo, esa lealtad recae ahora en mí.

Iver cogió la copa de vino y dio un largo trago mientras estudiaba a Samkiel. La dejó de nuevo y juntó las manos sobre la mesa.

—Con el debido respeto, creo que ya hemos satisfecho esa obligación.

Se te dio por muerto durante mil años, y Nismera es descendiente de Unir, igual que tú. Aunque hayas regresado, es una heredera legítima, y no podemos romper la palabra que le hemos dado.

Samkiel permaneció tanto tiempo en silencio que me pregunté qué planearía. ¿Se replanteaba cómo abordar a las casas restantes de esos dominios? Pero al rozarle la mente solo percibí decepción.

La cólera me quemó la piel como una llama abrasadora. La ig'morruthen que había en mí alzó la cabeza para encarar la amenaza que percibía; el deseo de protegerlo era como una segunda naturaleza para

ambos aspectos de mi ser. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero Samkiel me apretó la mano.

«Si amenazamos con la violencia, no somos mejores que ella», me dijo Samkiel.

«Es un idiota. Son todos idiotas».

«Es leal a ella, como los demás. Es el miedo. Me gustaría que pudiesen seguirme con la misma fidelidad».

Un gruñido profundo me vibró en la garganta.

«Preferiría que la siguiese a la tumba. No merece el aire que respira».

Su risa cruzó nuestro vínculo, aunque ambos mantuvimos el rostro impasible.

«Tienen derecho a elegir. Por eso hemos venido a preguntar. La lealtad obtenida con el miedo se pierde con la misma facilidad con la que se promete. Solo tengo que encontrar un modo de que confíen en mí».

Resoplé, pero no dije nada, porque, como de costumbre, tenía razón.

Samkiel, con una sonrisa insincera, se puso en pie; como aún me agarraba de la mano, al hacerlo tiró de mí y me levanté con él. Los guardias rodearon a su señor con un repique de lanzas y escudos.

Iver, al ver que no era una amenaza, los detuvo con un gesto y se puso en pie a su vez.

—Aprecio la sinceridad y la hospitalidad —dijo Samkiel con un comportamiento amable del que yo carecía. La comida fría, los cubiertos sucios y los comentarios sarcásticos no eran hospitalidad.

Samkiel me apretó la mano otra vez, consciente de mis pensamientos.

—Nos despedimos, pues.

Iver hizo una pequeña reverencia con los labios torcidos en una mueca maligna, como si supiese algo que nosotros ignorábamos. Samkiel entrelazó los dedos con los míos y me sacó del castillo. Al salir de aquella ciudad costera, me preocupaba más la mujer que se quedaba tras los muros que la alianza con lord Iver.



Regresamos con la puesta de sol. Samkiel estaba muy callado y, aunque sabía que no estaba enfadado conmigo, me sentía mal. Adopté mi forma humana, lo cogí de la mano y me la llevé a los labios para cubrirle el dorso de besos. Esbozó una sonrisa, pero me di

cuenta de que su mente estaba a un millón de kilómetros de allí. Tenía unas ganas inmensas de devolver aquellos dominios a su estado anterior, y cada vez que nos rechazaban era como echar agua sobre la llama de su esperanza.

Cruzamos la puerta principal sin decir ni una palabra. El inmenso castillo parecía vacío, pero el ruido de la cocina y el olor de la carne a la brasa demostraban que al menos había una persona en casa. Doblamos la esquina y entramos en la cocina. Cameron estaba medio encorvado sobre la gran mesa de madera. Le di un empujoncito juguetón en el hombro y, de un salto, me senté junto a su plato con las piernas colgando de la mesa.

Samkiel se detuvo en el umbral y apoyó el hombro en la jamba.

—Oye, que ahí come la gente —bromeó Cameron, señalándome.

—Si esto te parece mal, deberías habernos visto la primera vez que Samkiel me enseñó la cocina.

Cameron hizo una mueca y apartó el plato a toda velocidad.

—Dianna —me reprendió Samkiel.

Le quité importancia con un gesto.

—Luego la limpiamos. Solo era una broma. Más o menos.

—Vale, ahora que estoy traumatizado y esa imagen me perseguirá hasta el fin de mis días —dijo Cameron—, ¿qué tal os ha ido?

Samkiel gruñó y se frotó la cara.

—No muy bien, por lo que veo —señaló Cameron al tiempo que le daba un gran mordisco al emparedado.

—No —respondió Samkiel—. Pese al humor festivo de mi mujer, no nos ha ido nada bien.

Le saqué la lengua.

—¿Por qué estás tan contenta si ha ido fatal? —me preguntó Cameron con la boca llena de comida.

Me encogí de hombros.

—Yo le echo la culpa a todo ese rollo de no tener alma. —No les pareció gracioso. Ni siquiera un poquito. Desesperada ante tal carencia de sentido del humor, intenté explicarme—: No lo sé. Aquí hemos construido una ciudad, un hogar. La gente se siente segura y respira aliviada. Miska se ha adaptado muy bien y ha hecho amigos, a veces incluso arrastra a Reggie con ella. Además, os tengo a vosotros, y sé que encontraremos un modo de salvar al resto de la Mano y traerlos de vuelta. Eso es lo que me importa, los que estáis aquí, mi familia, no esa realeza grosera y malhumorada.

Protegeré este hogar con mi vida. Así que, si no quieren aliarse con nosotros…, bueno, no son inmunes al fuego, y cualquiera que nos amenace puede unirse a ellos… —Me encogí de hombros y dejé la frase sin terminar.

—Lo que has dicho es precioso —dijo Cameron mientras masticaba otro trozo de emparedado—. Excepto esa parte donde me he imaginado una docena de dominios en llamas. Aun así, ha sido muy bonito.

Samkiel sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa. Luego se frotó la

frente. El dolor de cabeza debía de ser terrible para que se le notase.

—Dianna no le va a prender fuego a nada. De hecho, se ha portado muy bien; no he visto ni una llama, y eso que nos han recibido en casi todas partes con armas y puertas cerradas. Lord Iver ha sido el único que nos ha hablado cara a cara, y casi preferiría que no lo hubiera hecho.

—¿Iver? —se sorprendió Cameron.

—Sí, ahora gobierna Costa Rocosa.

Cameron dejó escapar un silbido.

—Creía que lord Orble viviría allí para siempre.

—Y yo —respondió Samkiel—. Por lo visto, es su hijo.

Cameron frunció el ceño y se acomodó en la silla.

—Vena era muy agradable. —Me encogí de hombros—. Bueno, casi siempre.

Cameron enarcó las cejas.

—¿Vena? Hace siglos que no veo sus altozanos —dijo, y le dio otro mordisco al emparedado.

—Espero que te refieras a accidentes geográficos —comenté con un resoplido.

—Menudo par —dijo Samkiel, y puso los ojos en blanco.

Cameron sonrió.

—Oye, que esta vez soy inocente, lo juro. Solo fuimos una vez, con la Mano. Hizo un tiempo estupendo. Con lo cerca que están de aquel sol diminuto, pensé que haría más calor, pero me lo pasé bien. ¿Y vosotros?

Tenía que admitir que me había encantado Altarena, al menos lo que vimos al sobrevolarla. Un paisaje de dunas y desierto hasta donde llegaba la vista, salpicado de estructuras piramidales que dejarían en ridículo las que teníamos en Eoria. Habría sido espléndido, de no ser porque, al sobrevolarla, la gente salió huyendo para refugiarse en sus hogares.

Tampoco ayudaron los cientos de guardias que se desplegaron a toda prisa, ni los gritos que nos dirigió Vena desde lo más alto de las puertas; pero,

aparte de esos detalles, era un sitio maravilloso.

—Estuvimos poco tiempo, pero sí. Me recordó a mi hogar, solo que sus esculturas de arena son mucho mayores que las nuestras. A Gabby le habría encantado, si Vena no fuese una zorra.

Camerón se echó a reír otra vez.

—Los señores de ese dominio no están preparados para ti.

—Al menos intentó hablar. —Samkiel se rascó la oreja—. Tras unas puertas cerradas y vigiladas, pero por algo se empieza. Ojalá comprendieran que intento evitar la guerra. A toda costa.

—Todos los que estamos aquí sabemos que Nismera no renunciará al trono sin una lucha sangrienta y despiadada —comenté.

—Luchar solo provocará muchos miles de muertes, si no más. Hay otras formas de ganar una guerra. Reunirnos con las casas nobles y ganarnos su lealtad es un primer paso para proclamarnos victoriosos sin tener que blandir una espada. Hay modos de someter al enemigo incluso antes de que estalle el conflicto. La guerra debería ser siempre la última opción. Es violenta, sangrienta y destructiva, y su principal víctima es la inocencia. Quizá me haga parecer débil, pero no voy a arriesgar a los inocentes por culpa de ella.

—Lo sé, y estoy de tu parte, como siempre. Solo digo que tú tienes corazón, cariño, pero los seres a los que te enfrentas carecen de él. Lo que me preocupa es hasta dónde querrá llegar esa maldita diosa, y a qué coste.

Sonrió con desgana.

—Esperemos que la cosa no llegue tan lejos. Quizá hablar con ellos los empuje a cambiar, o al menos les dé motivos para pensar. Tal vez solo necesiten unos días para valorar mi oferta.

—Puede —respondí. Tras varias semanas de visitar gobernantes, se lo veía alicaído, y no quise descorazonarlo aún más.

—Bueno, mi opinión sincera es que los nobles han sido siempre una panda de cabrones —dijo Cameron para relajar el ambiente—. Excepto tú,

claro.

Samkiel sacudió la cabeza. Mientras Cameron se terminaba el emparedado, lo señalé con la cabeza para cambiar de tema.

—¿Por qué tienes esa pinta tan asquerosa?

Tenía la cara y las ropas manchadas de mugre; en cuanto saliese de allí, pensaba limpiar la sala. Cameron se miró la camisa sucia, más marrón que crema a esas alturas. El polvo le cubría también los pantalones, y las botas estaban incrustadas de barro. Lo único que tenía limpio eran las manos; se las debió de lavar antes de prepararse el emparedado. O eso quise suponer.

—He estado en la ciudad con Thane y sus colegas.

—¿Thane? —pregunté.

—Sí. Un tipo de pelo corto con una enorme quemadura en el lado derecho de la cara. Los salvasteis a él y a unos cuantos más en Ovinor.

Ovinor era una pequeña aldea junto a un acantilado; la habíamos visitado hacía unas semanas, y ya casi me había olvidado de ella.

Comprensible, supongo, ya que nos enfrentábamos a un incremento de seres del Altermundo que atacaban cualquier aldea o pueblecito

que se cruzase en su camino, o que viajaban por los dominios en un intento de asegurar alianzas.

—Ah, perdón. No me quedé con los nombres, y, además, eso fue hace semanas.

Cameron sonrió, pero me di cuenta de que cada vez le costaba más. En los últimos tiempos, él también se mantenía muy ocupado. O estaba en la ciudad, o ayudaba a Miska con las hierbas y los remedios. Todas las pistas que teníamos sobre Xavier eran callejones sin salida. Me parecía ver que la luz de Cameron se apagaba poco a poco, por mucho que lo disimulase.

Orym nos habría prestado una inmensa ayuda si Isaiah no los hubiese matado a él y a su hermana.

—¿Y por qué estáis trabajando, tanto tú como él? —preguntó Samkiel

—. Te dije que, en cuanto llegase, terminaría un tercio de la ciudad.

Cameron se limpió la boca y luego levantó las manos en un gesto de fingida rendición.

—Sí, lo sé. Todavía hay un puñado de edificios que necesitan tejado, y los habitantes se están matando a trabajar. Thane se ofreció voluntario y lo está organizando todo con un grupito de gente, así que decidí ayudarlos.

Cuando voy a la ciudad, prefiero no encontrarme a nadie empalado ni aplastado.

Samkiel suspiró sin moverse del umbral.

—Les dije que esperasen. Las casas donde viven son seguras. Y

estamos trabajando en otras para los que vayan llegando.

—Lo sé, pero son tan cabezotas como vosotros dos. —Cameron nos miró, primero a uno y luego al otro—. Además, se sienten felices, y quieren seguir así. Creo que pretenden que veas que aman y valoran sus nuevos hogares. No quieren perder ese refugio. Es su modo de intentar ganarse el favor de los dioses. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

—Samkiel jamás esperaría algo así. —Me crucé de brazos—. No es esa clase de líder, y desde luego no es esa clase de dios. Además, no va a repartir premios a los que sufran una insolación.

Samkiel coincidió conmigo con un gruñido.

Cameron asintió.

—Lo sé —dijo—. Pero a esas personas las han machacado, las han enseñado a complacer a unos gobernantes que solo los ven como algo que pueden pisar. Me temo que creen que, si comen y disfrutan y se lo pasan bien, aunque solo sea un segundo, recibirán un castigo y lo perderán todo.

Me mordí el interior del labio; una idea empezaba a rondarme por la cabeza. Se la envié a Samkiel por el vínculo y me miró de reojo. Le daría unas cuantas vueltas y luego le preguntaría a Samkiel qué le parecía.

Cameron se levantó y se dirigió al cubo de basura para tirar los restos de la comida.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Miska? ¿Reggie? —pregunté.

—Bueno… —Cameron terminó de limpiar el plato y se volvió hacia nosotros. Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones

—. No os ofendáis, pero me imaginé que vuestros esfuerzos fracasarían. Ya cuando vivía Unir, antes de que Nismera se hiciera con

el poder, la realeza era una panda de gilipollas. Dudo mucho que la vayan a abandonar ahora, cuando les ha dado todo el poder que sus minúsculos y ambiciosos corazones puedan desear. Además, es una psicópata, y los que la siguen no son mucho mejores. Así que os he hecho un favor. Reggie está en la ciudad con Miska y sus nuevos amigos, plantando los dioses saben qué, y yo me vuelvo a ir, para asegurarme de que nadie se mate por accidente mientras se reforma la nueva casa. Eso significa que tenéis todo el castillo para vosotros durante varias horas. Pero, por favor, nada de maratones de follar de tres días. No creo que mis pobres ojos lo soporten, y tampoco creo que el castillo sobreviva intacto.

Me reí a carcajadas y él obsequió a Samkiel con una mueca burlona.

—Cameron. —La voz de Samkiel era casi un gruñido.

—Eres un encanto —bromeé.

Cameron sonrió.

—Ya, eso le digo yo a todo el mundo.

—Más bien un gamberro —añadió Samkiel.

—Divertíos. Y no hagáis nada que yo no haría. —Cameron sonrió de oreja a oreja y se despidió.

—Eso no nos limita mucho —le grité mientras se iba.

Me bajé de la mesa de un salto y me acerqué a Samkiel. Él contemplaba la puerta con el cansancio de los últimos días grabado en las facciones.

—¿Me vas a decir por qué te frotas los dedos todo el rato?

Se giró hacia mí, sobresaltado, y detuvo el pulgar sobre el dedo corazón de la mano derecha. El dedo donde había llevado el anillo del Olvido durante eones.

—No es más que un tic nervioso.

—Me sé de memoria tus tics nerviosos, y ese no es uno de ellos. —Me crucé de brazos—. ¿Así que ahora nos mentimos el uno al otro?

Me sonrió solo a medias.

—Te preocupas demasiado.

Le acaricié la mano. En el dedo solo quedaba una línea pálida; no había oscuridad ni ninguna señal del poderoso anillo que antes llevaba.

—¿Se trata del Olvido?

—Ahora mismo, con todo lo que está ocurriendo, no importa —susurró con la vista clavada en nuestras manos.

—Durante la pesadilla lo invocaste sin el anillo. Antes no lo habías hecho nunca. A mí me parece que da que pensar, y mucho.

Eso me granjeó una amplia sonrisa.

—En otro momento. Por ahora, quizá sea mejor no hacer más chistes ni bromas sobre tu alma —me reprochó.

Le rodeé el meñique con el mío, con las manos alzadas entre nosotros.

—Lo prometo.

Sonrió.

—Todavía tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre tu alma perdida —dijo—. Reggie no tiene ni idea de lo que eso puede significar, y yo no tengo muy claro por dónde empezar.

—De acuerdo. —Le solté la mano, me acerqué a él y lo abracé por la cintura para poder cogerle el culo con ambas manos. Pegué el cuerpo al suyo y levanté la cabeza, con una sonrisa.

Me metió los dedos entre el pelo y me acunó la cabeza con las manos.

Después se inclinó para besarme los labios.

—Eres un peligro.

—Lo sé. —Sonreí despacio—. Y ya que la casa está vacía…. —añadí, sin apartar los labios de los suyos—. ¿Sexo ardiente y escandaloso bajo la ducha, con probable rotura de cama al final?

Los ojos de Samkiel saltaron hacia mí como si lo hubiese sacado a la

fuerza de algún pensamiento apremiante, y las facciones de rey guerrero se suavizaron. Los demonios que se habían asomado a su mente retrocedieron, expulsados por aquella promesa de juego y diversión.

Suspiró y puso los ojos en blanco, como si le hubiese propuesto el plan más aburrido y vulgar imaginable. Luego, una sonrisa pícara se extendió poco a poco por su rostro.

—Bueno, si insistes…

—Te echo una carrera —dije con una mueca burlona.

Frunció el ceño y me apartó los brazos.

—Dianna, ¿de verdad crees que soy tan inmaduro como para…? —

Salió corriendo sin terminar la frase.

Me quedé boquiabierta, y hasta que no estuvo casi en las escaleras no reaccioné.

—¡Tramposo! —le grité.

El sonido estruendoso de su risa retumbó en las paredes del palacio y resonó en mi corazón mientras lo perseguía.



El fuego chisporroteaba y las llamas se alzaban hacia el cielo. Los edificios se deformaban por el calor, se agrietaban y se derrumbaban sobre sus cimientos. Los árboles se partían con un crujido al hervir y evaporarse el agua que contenían. Los gritos desgarraban el aire, y Muerte se deslizaba sobre columnas de humo ondulante. Ah, ahí estaba, justo la persona que iba buscando.

Unas sombras fantasmagóricas y encapuchadas se movían por el campo de batalla; los sicarios de Muerte, que recogían los trozos de los cadáveres que había dejado a mi paso. Se retorcían y se elevaban para escoltar a las almas más allá de estos dominios, al lugar de descanso que ellas exigiesen.

Otros espectros se arrastraron desde las sombras; se abrían paso con las garras. Flotaban sobre la ciudad masacrada, escogían su objetivo y se marchaban. Su presencia hacía aún más intensa la oscuridad.

—¿Cómo sabes que va a venir? —preguntó Henri.

Me volví a medias, de brazos cruzados, mientras trataba de disimular la irritación. Después de la traición de Vincent, había restituido a Henri como segundo al mando. La armadura negra y dorada aún añadía más volumen a su figura, de por sí enorme; pero vi que tensaba los hombros bajo ella ante

mi evidente descontento. Aunque no era desagradable a la vista, con aquella cabeza cubierta de rizos pelirrojos, unos llamativos ojos dorados y una mandíbula que podría cortar el vidrio, fuera del campo de batalla era un idiota redomado. Solo lo redimían sus muchos talentos para la guerra.

—La anomalía —dije—. Imagínate una corriente. Si hay demasiada en un sistema, demasiado rápido, se presenta para estar seguro de que no se sobrecarga. Solo hacen falta unos pocos miles a la vez —expliqué mientras sacudía el guantelete para limpiarlo de sangre. Hice una mueca al ver los restos que me manchaban la armadura—. Hay demasiados cadáveres, y sus espectros no pueden llevárselos a todos. Tiene que venir en persona.

Por esa misma razón había escogido la ciudad de Grivmohr. Tenía más de quince mil habitantes… O los había tenido. Ya no era más que un yermo humeante y ensangrentado. Cuando las llamas terminasen de devorar los edificios y los cuerpos, el fuego se volvería hacia la tierra y la dejaría desnuda.

Henri rebuscó en la oscuridad con la mirada. El roce de la armadura era como un susurro.

—No los veo.

Claro que no podía. Por mucho poder y mucha fuerza que tuviese en la batalla, él, como todos los demás, era inferior a mí.

—¿Cómo sabrás que ha llegado?

Sofoqué de nuevo la irritación que me producía.

—Aunque no lo veas —dije—, podrás sentirlo. Será como una ráfaga de aire frío. Está hecho de las partes más oscuras del universo. Está aquí, pero no está. Allí, pero no.

Henri se estremeció. Pese a su rango, era itiano, y esa raza solo estaba un peldaño por encima de los mortales. Sí, eran más fuertes y resistentes, pero las únicas diferencias reales eran las puntas de las orejas levantadas y una vida más larga.

—He oído historias de guerreros moribundos que han visto aparecer un

demonio en campos de batalla empapados de sangre. No para luchar, sino para recoger. Dicen que algunas almas, al marcharse, sonríen felices. Otras, después de una sola mirada a la bestia, aúllan y quieren arrancarse los ojos de las cuencas. —Henri se detuvo y lanzó una mirada angustiada—.

¿Querrás sacarte los ojos si lo ves?

Sonreí despacio.

—Hay cosas mucho peores que Muerte en nuestras estrellas y más allá.

Sacudió la cabeza, sucia y manchada de sangre, sin decir nada.

Le puse la mano en el peto de la armadura.

—Mantén los ojos cerrados hasta que yo te diga que los abras.

Henri asintió y cerró los ojos, con la espada erguida y las manos cogidas en la espalda.

El hedor de la muerte crecía a medida que más y más personas sucumbían a sus heridas. La ciudad de Grivmohr se sumía en el

silencio; el viento cedía y el humo ya no se arremolinaba en el aire. Una ola de frío barrió el suelo, gélida y cortante. Las hojas de los árboles y las rocas se congelaron y adquirieron el color azulado del hielo. Era un frío insoportable, brutal como el borde afilado del tiempo. Cuando la respiración de Henri se ralentizó y empezó a exhalar nubes de condensación, supe quién había llegado. Se oyó un aleteo, seguido de una caricia como de humo frío.

—Te lo has tomado con calma —dije—. Esperaba que aparecieras después de los primeros centenares.

—Tu desprecio por la vida humana es deleznable —respondió Muerte

—. Tenían sueños y esperanzas, y tú se los has arrebatado sin pensártelo dos veces. Tu propia existencia es un atentado contra el orden del universo.

Me giré despacio, con una sonrisa dibujada en el rostro. Un pájaro hecho de medianoche estaba posado sobre un alto tejado torcido y en llamas. Tenía unos ojos opacos y tan fríos como el aire que lo rodeaba.

—Y, si no, ¿cómo iba a atraer tu atención?

La luz de los incendios se reflejaba en el sombrío plumaje. Habló, pero sin mover el pico.

—¿Para qué me has invocado?

De acuerdo. Directo al grano. Quizá fuese lo mejor.

—¿Por qué has infringido nuestra ley más sagrada? Has traído a Samkiel de vuelta de entre los muertos. —Chasqueé los dientes—. Eso sí que ha sido deleznable.

El cuervo ladeó un poco la cabeza.

—¿Lo he traído yo?

Fruncí el ceño. Muerte era muchas cosas, pero mentiroso, no. Apreté los dientes y me lo quedé mirando. Rememoré aquel día. Ayla corrió al lado de Samkiel, con el largo cabello negro agitado a la espalda. Luego intervino el hado y todos desaparecieron.

—Imposible —resoplé—. ¿Ayla? Ella no tiene poder sobre la muerte.

Nadie lo tiene, excepto tú. No soy idiota.

—No, pero tu arrogancia será tu perdición —dijo Muerte.

—No voy a perder. Ambos lo sabemos. Y es imposible que Ayla… —

El nombre era como ácido en la lengua—. Es imposible que Ayla haya despertado a alguien de entre los muertos. A menos que… ¿Tanto te molesto como para que te saltes una regla tan absoluta? —Abrí y cerré las manos, pero reí con tal intensidad que las plumas de las alas de Muerte se agitaron—. Es eso, ¿no? Sabes que no puedes atraparme, y ese estúpido hado y tú estáis desesperados. —Mi sonrisa era tan fría como los vientos que lo seguían a su paso—. Que unos seres tan antiguos y poderosos manipulen y hagan trampas para volverse contra mí casi me enternece el corazón.

—Tú no tienes corazón.

El fuego ardió furioso y el humo bailó entre nosotros, pero no consiguió ocultar sus ojos. Invoqué mi lanza teñida de sangre desde el éter y la apunté hacia él mientras hablaba.

—Eres un idiota. Samkiel morirá de nuevo, y con él esa zorra que se folla. Cuando haya conquistado estos dominios y todo lo demás, encontraré una forma de acabar también contigo.

El tejado en el que estaba posado ardía a su alrededor, y las vigas crujían y se quebraban, pero Muerte no vaciló ni reaccionó a mi amenaza.

—El exceso de orgullo es un rasgo muy común entre los tuyos —dijo Muerte, con los ojos opacos clavados en mí—. Y te olvidas de que Dianna no fue el único ser poderoso que cruzó el umbral al morir Samkiel. Tu poder y tus números se verán superados, y perderás.

Apreté los labios en una mueca de rabia incontrolable. Elevé la lanza, con la punta crepitante de energía, y se la tiré. Con un graznido, la figura de Muerte se disolvió en una oscuridad inacabable; mi poder no tenía efecto sobre él. Una niebla espesa y oscura barrió a todas las almas que aún quedaban en Grivmohr y se desvaneció. Tras la marcha de Muerte, las llamas chisporrotearon y consumieron la ciudad bañada en sangre como bestias hambrientas.

Sentía una cólera creciente. Sabía a quién se refería y lo que aquella zorra se había llevado. Me volví hacia Henri y le posé la mano en la hombrera con tanta fuerza que las uñas se clavaron en el metal con un chasquido. Abrió los ojos y se puso firme.

—Prepara mis legiones, convoca a la armada y encuéntrame a esa puñetera bruja.



Las nubes color ámbar se agolpaban frente a la proa de la enorme embarcación, y sus líneas afiladas las recorrían sin dificultad. Los dos buques idénticos que navegaban delante de nosotros transportaban todos los materiales necesarios para construir casas y fabricar armas. Los que iban detrás, comida y textiles. El barco en el que nos escondíamos, cómo no, llevaba lo que solo podría describir como vida de las profundidades marinas.

Hasta ese momento no había sido consciente de la existencia de rutas comerciales que entrecruzaban los dominios, pero era lógico. El comercio era tan antiguo como el propio tiempo, y supuse que Nismera lo alentaría, ya que ayudaba a mantener abiertas las líneas de comunicación y ofrecía una excusa para moverse de aquí para allá.

Contemplé el rutilante polvo de estrellas que se derramaba y fluía sobre los asteroides flotantes, más allá del casco de la nave. Me recordaba las corrientes de los océanos de Onuna, que tiraban y empujaban de cualquier cosa que las cruzase. Un grueso vidrio templado en la proa mostraba los colores brillantes de las nebulosas lejanas, las galaxias en espiral y el brillo

distante de las estrellas que titilaban alrededor de los planetas que dejábamos atrás. Era una visión de sobrecogedora belleza y, aunque estábamos en peligro mortal, me sentía afortunada por poder experimentar algo así al menos una vez en la vida.

Tardamos dos días en encontrar el navío correcto y colarnos a bordo.

Vincent dejó inconscientes a unos cuantos trabajadores para robarles la ropa y las credenciales. Con un rápido encantamiento, me aseguré de que adoptásemos la apariencia adecuada. No éramos más que tres ancianos que nos movíamos con algo más de agilidad de lo que correspondía a la edad que aparentábamos.

Vincent, cómo no, me gritó y me dijo que las manos se me acababan de curar y que, si abusaba de la magia, me agotaría y me provocaría

más daños. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien se enfadaba conmigo, y eso me hizo adorarlo todavía más.

A gritos, el capitán señaló con el dedo terminado en una garra a dos tripulantes que había abajo. Se sobresaltaron y casi tiraron los cubos de comida que distribuían entre varias cestas. Me ajusté la gorra y volví a mi puesto en la fila de trabajadores que cortaban las capturas en rodajas y las picaban, y luego tiraban las partes que no se podían comer ni vender.

Me detuve frente a Vincent, que me lanzó una mirada rápida y siguió con su trabajo. Un mechón de pelo le caía sobre la frente. Ya no tenía aquella mata de cabello oscuro y espeso hasta los hombros. Cuando decidió cortárselo, discutimos; yo dije que podía ocultarnos de nuevo, y él insistió en que solo era pelo, y que hacerlo sería desperdiciar mi energía.

Se lo cortó con un cuchillo, y desde luego no pensaba quejarme por el resultado. Si no me hubiese sentido atraída por él antes, habría caído rendida en aquel momento. El pelo corto resaltaba los pómulos marcados y despejaba la línea firme de la mandíbula. Parecía tallado en piedra; una piedra deliciosa, cálida, y que apetecía mucho tocar.

—Te me has quedado mirando —dijo con un golpe seco del cuchillo.

Tiró los restos a un cubo, y un miembro de la fila le pasó otro animal.

—Perdón —respondí, y tragué saliva.

La magia nos recubría los labios y distorsionaba lo que decíamos. Era otro pequeño hechizo, para que cualquiera que estuviese a la escucha nos oyese hablar de la pesca de esa semana.

Me avergonzaba darme cuenta de la visión tan provinciana que tenía del mundo. Entre las estrellas habitaba un ecosistema entero. Animales anaeróbicos que se alimentaban de la materia que flotaba entre las estrellas, y no de oxígeno. Con mi actual apariencia, debía

tener cuidado. No podía actuar como si no llevase toda la vida entre tales seres; al menos, si quería mantener el ardid. De vez en cuando, Vincent me pillaba embobada en la belleza que nos rodeaba, y me miraba con la misma expresión con la que yo miraba a mi alrededor. Como si yo fuese la cosa más encantadora del cosmos.

Rasgué con las manos el cuerpo escamoso de algo que parecía un pez, pero no lo era en absoluto. Lo habían pescado en las corrientes de polvo estelar, y era muy abundante en aquella parte del espacio. Los tripulantes los llamaban blasheles. Pasé el animal al siguiente de la fila y volví a mirar a Vincent; podía sentir la incomodidad que se le agazapaba en el fondo de los ojos.

—Sé que no quieres encontrarte con ella, pero te prometo que me aseguraré de que no te destripe.

Soltó un resoplido.

—Ni siquiera tu poder puede detener a Dianna. Y menos con Samkiel a su lado.

Pasé el blashel y me entregaron otro.

—Te sorprendería lo que puedo llegar a hacer por los que me importan.

Los ojos de color azul claro se clavaron en los míos, pero esta vez lo que acechaba en ellos era excitación. La tensión sexual que había entre nosotros era como un incendio que no teníamos forma de aplacar. Oímos un



chillido a nuestras espaldas y ambos nos giramos un poco para encararnos al principal motivo de que no hubiésemos tenido la oportunidad de besarnos de nuevo.

Elianna vestía con los mismos colores verdes y pardos descoloridos por el sol que el resto de la tripulación, y, como todos, llevaba el pelo recogido, pero, cuando se inclinó a secar el agua jabonosa del cubo que había derramado, unos cuantos mechones rojizos le cayeron sobre la cara. Un orco alto y musculoso le gritó que se quitase de en medio. Los colmillos que le sobresalían del labio inferior estaban tan afilados que podrían abrir a un hombre en canal.

Elianna, con sensatez, mantuvo la boca cerrada y levantó el cubo con esfuerzo para sujetarlo con el brazo flexionado. Me reí con disimulo. Aparte de las reuniones del consejo, no había trabajado un solo día en su vida, y en aquel momento se le notaba. Me lanzó una mirada furiosa y se fue a zancadas a la cubierta principal para ayudar a los demás a limpiar la sangre y el revoltijo del suelo. Me centré en el trabajo y sonreí a Vincent, que sacudió la cabeza. Él también lo estaba disfrutando.

Vincent me pasó la porción más grande del pan y luego le dio un mordisco al trozo más pequeño antes de pasarle un pedacito a Elianna. Se secó las manos en un trapo, se levantó y fue a la puerta para vigilar el pasillo.

—¿Por qué se lleva ella el trozo más grande?

Casi pude sentir la frustración que emanaba de Vincent.

—La magia que usa para mantenernos vivos le hace quemar más calorías —explicó con naturalidad—. Además, ella me cae mejor que tú. Si te mueres de hambre, me da igual.

Sacudí la cabeza, pero no dije nada mientras devoraba mi parte. Tenía

razón. Estaba usando tanta magia que me moría de hambre, pero no me importaba, con tal de mantenerlos a salvo de la ira de Nismera. No les quitábamos el ojo a los cielos, sabedores de que acudiría en busca de venganza. Con cada sacudida del buque, temíamos que nos

hubiese dado caza. Vincent ni siquiera dormía abajo, con nosotras. Siempre estaba alerta; el miedo le carcomía las entrañas.

Elianna bufó con desprecio.

—Qué puedes esperar del juguete favorito de Nismera…

Mi magia se activó y convirtió el pan en polvo antes de que Vincent tuviese la oportunidad de abrir la boca para responder.

—¡Eh! —exclamó Elianna—. ¿A qué ha venido eso?

—A tu comentario grosero e infundado —dije antes de seguir con mi escaso alimento—. Te podríamos haber dejado en el palacio para que murieras, ¿sabes?

Elianna se cruzó de brazos y arrugó la nariz, pero su intento de hacer pucheros cayó en saco roto.

—Hemos intentado ayudarte, así que deja de comportarte como una niña malcriada —seguí.

—No creo que sepa comportarse de otra forma —musitó Vincent, que seguía junto a la puerta, vigilando. Siempre estaba vigilando.

—¿Y si intentásemos llevarnos bien? —Me volví hacia él—. Por favor,

¿podéis hacerlo por mí? Ninguno de nosotros quiere estar aquí. Vamos a conformarnos con lo que hay hasta que podamos escapar, ¿de acuerdo?

Se miraron con el ceño fruncido, pero no dijeron nada más. Suspiré. No era una tregua, pero tendría que conformarme.

—Aún faltan al menos dos semanas para atracar en Paso de Oro —

comentó Vincent.

Elianna suspiró al tiempo que el navío se sacudía y los animales chillaban. Seguro que estaban tan mareados como nosotros.

—Aquí abajo apesta —se quejó.

—Bueno, es un carguero, y estamos en la bodega, con la carga —dijo Vincent. Señaló los establos cubiertos de heno, suciedad y estiércol. Bajo cubierta había tres niveles, y nosotros estábamos en el segundo. En el nivel inferior se guardaban los blasheles; en el nuestro, el ganado, y los productos agrícolas, en el que teníamos encima.

—Sí, ya me doy cuenta —le respondió con una mueca de desprecio.

Luego se apretó los brazos. A pocos centímetros de ella, una gran bestia peluda de seis patas masticaba haciendo mucho ruido.

Elianna y yo nos trasladamos al establo vacío de la esquina, que usábamos como dormitorio. Estaba sumido en la penumbra; la única luz procedía de las piedras encantadas sujetas a la pared de la bodega. Las cajas y los arcones no nos dejaban mucho espacio, y además se nos clavaban en los sitios más inconvenientes, pero era mucho mejor que estar muertos.

—A ver, ese Paso de Oro… —pregunté, una vez acomodadas—. ¿Qué es?

—Una de las mayores ciudades comerciales de los dominios —

respondió Elianna—. Un sitio donde puedes encontrar lo que quieras, si puedes pagarlo.

—¿Y por qué queremos ir allí?

Vincent me miró como sugiriendo que había cosas que prefería no compartir con Elianna.

—Vincent, tenemos que confiar en ella —dije, e hice un gesto en dirección a Elianna—. Confiar los unos en los otros.

—Sí —añadió Elianna—. Tampoco es que vaya a volver corriendo a Nismera. Me mataría nada más verme, por haberme ido y por llevarme el diario. Además… —Tragó saliva y dejó la frase colgando.

—Además, ¿qué?

Jugueteó con el puño desgastado de la camisa.

—Además, Kaden está muerto. No quiero estar allí sin él.

Si me quedase pan, me habría atragantado.

—¿Kaden?

Me taladró con la mirada.

—Sí. Y tú no eres nadie para mirarme por encima del hombro. Te lo follabas hasta que decidiste que Vincent te gustaba más.

Me arrojó esas palabras venenosas con tanta fuerza que fue casi como un golpe físico. Lo habíamos fingido para que todo el mundo se lo creyese, pero no era cierto. La tensión de Vincent era casi palpable. Le había dicho que no había habido nada entre nosotros, pero todavía le molestaba habernos pillado mientras Kaden me besaba. Le daba igual que fuese fingido, y que supiese que Kaden nunca me había tocado de ninguna otra manera.

—Perdona, pero… ¿Estás enfadada conmigo… por Kaden? —Ahogué una risita.

Se abrazó las rodillas, como para hacerse una bola.

Vincent suspiró, se cruzó de brazos y apoyó una bota sucia en el marco de la puerta que tenía detrás.

—Elianna está enamorada de Kaden desde que Nismera los liberó a Isaiah y a él de Yejedin.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Ya estabas con ellos por aquel entonces?

—No puede pensar en nada más que en esa zorra de Dianna —saltó Elianna, colérica, sin responder a mi pregunta, mientras tiraba de las gastadas mangas del abrigo—. Si tampoco es tan guapa…

Resoplé y me moví para intentar encontrar una postura cómoda sobre la caja que se me clavaba en el costado.

—¿Qué pasa, es que tienes cinco años?

Elianna frunció el ceño más aún.

—Tendría que haberla matado, ¿sabes? La idea era matarla en cuanto la encontrase. Pero Drake la trajo con una historia lacrimógena sobre su hermana. Y por eso no lo hizo.

—¿Por Gabby? —Cada vez entendía menos.

—No, idiota.

—Cuidado con lo que dices —gruñó Vincent.

Elianna puso los ojos en blanco.

—La salvó porque Gabby le recordó a Isaiah. El único punto débil de Kaden es su hermano. Y Nismera también lo sabía. Matar a Gabby no fue solo una forma de romper a Dianna y de abrir una brecha insalvable entre Kaden y ella. También fue una forma de ponerlo a él a prueba. Nismera quería saber si se resignaría a ser otra marioneta de cuyas cuerdas pudiese tirar, como hace con todos. Siempre los está poniendo a prueba. Es una psicópata paranoica que no se fía de nadie, diga lo que diga.

Me daba vueltas la cabeza. Nunca había establecido todas esas conexiones, pero tenía sentido que Kaden se viese a sí mismo en

Dianna, ambos desesperados por mantener a salvo a sus hermanos. Pero Elianna había dicho algo que no tenía sentido.

—¿A qué te refieres con lo de ponerlos a prueba? ¿Por qué iba a hacerlo? Creía que los amaba.

Ahora fue Vincent quien resopló.

—Nismera no ama a nada ni a nadie, excepto a sí misma. A sí misma y al poder. Mentirá, manipulará y usará todo lo que tenga a mano, y a todos, para conseguirlo y para conservarlo.

Elianna no lo corrigió.

—En toda la Orden, yo era la única que se preocupaba por él, ¿sabes?

—añadió—. Pero él no lo vio. Era incapaz de ver nada, excepto a ella.

Vincent se apartó del marco de la puerta con un empujón y dejó escapar un ronquido grave.

—Cuánta amargura, Elianna.

—Claro, no como tú… —le replicó esta, y me miró de reojo.

Levanté las manos antes de que ninguno de los dos sacase un arma para hacer pedazos al otro.

—No nos has explicado cómo te hiciste con el control del consejo en los restos de Rashearim.

Levantó un poco más la nariz con gesto altanero.

—Mi padre era miembro de la Orden antes de que la desmantelasen. Él me educó y me entrenó, y yo me hice cargo como él deseaba. De modo que sí. Trabajé con Nismera, y junto a Kaden. Incluso estaba en Eoria cuando encontró a la zorra. Al cerrarse los dominios, hacía

falta un nuevo consejo, así que mis hombres y yo nos pusimos al mando, y el resto es historia.

—Guau. —Me crucé de brazos y me eché hacia atrás—. Menuda cabrona astuta y manipuladora estás hecha.

—Le dijo la sartén al cazo —se burló.

Negué con la cabeza.

—Yo nunca he apoyado a Nismera.

—Y, sin embargo, traicionaste a Dianna. Vincent, tú y los demás podéis odiarme, pero hice aquello para lo que nací, lo que era mejor para mi familia, igual que vosotros dos. —Taladró a Vincent con la mirada—.

Excepto que tú traicionaste a la tuya, y ahora nos llevas de vuelta con ellos, y es muy probable que nos maten a todos.

Vincent resopló y se acarició el labio inferior con la lengua. Lo seguí con la mirada mientras se volvía hacia mí.

—Me voy arriba a asegurarme de que ninguna legión nos haya encontrado o nos vaya siguiendo. Vosotras dos, intentad descansar.

Nuestros ojos se cruzaron, y en los suyos brilló un hambre familiar. De su cuerpo emanaba la necesidad de decir más, de hacer más. Pero se dio la vuelta y nos dejó en aquella habitación pequeña y apestosa.

Elianna soltó un bufido y se arrebujó en la gruesa manta tejida.

—¿Dormir? ¿En este cuchitril infecto? Ni de coña.

—Lamento que no sea un palacio, princesa —murmuré, y me recosté para dormir.

Mientras miraba la puerta por donde había salido Vincent, sentí que

Elianna me miraba con odio.

—Cuando Nismera lo encuentre, cuando os encuentre a ambos, os va a hacer sufrir por lo que has hecho, por lo que te has llevado. Eres consciente de ello, ¿verdad?

Me volví a mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te refieres? ¿Al medallón?

—No —respondió sin el menor atisbo de malicia—. A él. Cuando haya terminado con vosotros, la muerte será un acto de misericordia, y, por lo que tengo entendido, no es una virtud que haya poseído jamás.

Me dio la espalda y, a los pocos instantes, se le acompasó la respiración y se sumió en el sueño. Giré sobre mí misma para seguir mirando hacia la puerta. Sabía que no lo había dicho para asustarme, sino porque era cierto.

Nismera nos estaba buscando, y sentía en los huesos que no podríamos escapar de ella para siempre. Pero no era a ella a quien más temía, sino a Vincent y sus remordimientos por los actos que Nismera lo había empujado a cometer. Me daba miedo que la culpa que albergaba en su interior terminase por matarlo algún día.



La estancia era enorme, con techos tan altos que casi desaparecían, sumidos en la oscuridad. Los pasillos estaban llenos de estatuas de guerreros, unos que blandían las espadas, otros con escudos, arrodillados.

La brisa procedente de los balcones abiertos agitaba los tapices que colgaban de grandes columnas espirales. Sabía que había viento porque lo veía mover los pesados tejidos, pero no lo sentía. No sabía qué lugar era aquel, así que me asomé al balcón. Las montañas, medio ocultas tras las nubes en movimiento, rodeaban una ciudad de plata. Miré hacia abajo, sorprendida por las luces azules que pasaban a toda prisa frente a los edificios y trazaban caminos serpenteantes por las calles.

Oí unos murmullos en el pasillo que tenía detrás y me volví a mirar de inmediato. Unos guardias venían hacia mí, con los pies marcando el paso al unísono. Los veía a retazos, según me lo permitía el movimiento de los tapices. La faja que les cruzaba la armadura mostraba la imagen de una bestia de tres cabezas, y comprendí que no era el reinado de Samkiel, sino el de Unir.

Retrocedí por el pasillo mientras los guardias seguían adelante.

Parpadeé, y de pronto estaba frente a ellos, cortándoles el paso. Cerré los ojos y me estremecí, a la espera de que me arrollasen, pero me atravesaron.

Cada uno de ellos, al pasar, era como un chisporroteo cálido. Abrí los ojos y me miré el cuerpo mientras lo atravesaban. Se agitaba como el humo, y luego se volvía a solidificar.

—Mira.

Levanté la cabeza, sobresaltada, al oír aquella voz femenina. En una esquina, sumida en las sombras, había una mujer envuelta en un manto. El cabello, corto y oscuro, terminaba a la altura de la mandíbula. El grueso cinturón de bronce que le ceñía la esbelta cintura estaba grabado con símbolos a juego con las bandas que le rodeaban las muñecas y los bíceps.

Transmitía una sensación antigua y poderosa, y su presencia hacía resonar mi magia. Cuando nuestras miradas se cruzaron, comprendí por qué.

Bruja.

La cólera de sus brillantes ojos verdes me hizo tragarme lo que estaba a punto de preguntar. Señaló a los guardias que se iban.

—Ve a ver —me ordenó.

Asentí, y ella se disolvió como el humo. Se me movieron los pies como por sí solos, y seguí a los guardias, que se dirigían al fondo del corredor. Al llegar a la inmensa escalera se dividieron y formaron a ambos lados.

Parecía que estuviesen protegiendo a alguien. ¿Qué pasaba? Oí unas voces arriba de las escaleras, así que me agarré el bajo del camisón y subí los escalones de dos en dos.

A medida que me acercaba a la grandiosa puerta doble decorada con complejas filigranas de oro y perlas, las voces ganaron en intensidad.

Apoyé la mano en el picaporte, curvo y liso, y me incliné hacia delante para oír mejor a través de la gruesa puerta de madera. Sin embargo, mi cuerpo la atravesó y caí al suelo con un golpe. Ahogué una exclamación y levanté la vista.

Había tanto poder en la habitación que me provocaba un hormigueo en

la piel. Mi magia se puso en modo de alerta máxima y se preparó para atacar como una víbora y protegerme. Al ver que seguían hablando y que nadie me miraba, me levanté. Miré la vasta sala con los ojos como platos, pero lo que había activado mi magia eran los seres que se sentaban alrededor de la mesa en forma de U. Caminé hacia ellos con cuidado y me detuve en el espacio formado por las mesas. El poder de aquellas cuatro personas era como estar en mitad de un huracán.

—… Poder más allá de nuestras puertas —dijo Unir. Encabezaba la mesa, y a su lado había una mujer con pelo castaño y ondulado. La corona y la postura me dijeron con exactitud de quién se trataba. Si la proximidad a Unir no me hubiese bastado, los ojos suaves y la forma de los pómulos eran la viva imagen de Samkiel.

—No es algo que tengas que temer —respondió una voz poderosa. El hombre, o al menos el ser que se mostraba como tal, dio unos golpecitos con los dedos en la mesa. Tenía el pelo oscuro de punta, y los ojos tan negros que no se distinguía entre iris y pupila. Cuando los miré me sentí como si contemplara el vacío del abismo. En comparación con la de un humano, la piel no era solo pálida, sino también prácticamente transparente; casi podía vislumbrar el oscuro ser que se movía bajo ella.

Tenía los anchos hombros envueltos en el mismo atuendo blanco y plateado que llevaban todos, como correspondía a una reunión del

consejo, atendida por seres antiguos y poderosos.

—Todavía.

Al oír aquella voz, me quedé helada y se me revolvieron las tripas. Miré al otro lado de la mesa y me encontré con los ojos de Nismera.

Quería saber por qué. ¿En qué momento había ocurrido, para que ella estuviera presente, pero ni Kaden ni Isaiah? Al mirarla con más atención, su edad se hizo más evidente. El cuerpo era más suave y esbelto; los rasgos sugerían la juventud de una adolescente. Esa Nismera era menos madura que la mujer que, en la actualidad, reclamaba para sí los dominios y todo

cuanto estuviera a su alcance. La reunión debió de tener lugar antes de que naciese Samkiel; quizá incluso antes de nacer sus hermanos varones.

El hombre oscuro se removió en la silla, lo que me llamó la atención.

Apoyó la barbilla sobre los puños y frunció los labios y, al mirar a Nismera, había en sus ojos una invitación seductora. Ella le sonrió, con las mejillas teñidas de rubor. Por la forma de mirarse, deseé haberme equivocado respecto a la edad de Nismera. Por mucha belleza eterna e inmortal que lo adornase, era muchísimo mayor que ella.

El hombre oscuro apartó la mirada de Nismera para hablar con Unir, que no se había perdido el intercambio entre ambos.

—El medallón nos permite viajar a lugares que desencadenarían una invasión en el momento en que tu dominio se convirtiera en una amenaza.

Con el debido respeto.

Unir frunció el ceño y paseó la vista entre Nismera y el hombre oscuro.

—La paz debe ser, y siempre será, el objetivo más importante en esos dominios. La guerra ya los ha asolado demasiado tiempo —terminó Unir.

El hombre oscuro sonrió con sorna.

—Y de ahí el tratado que hemos firmado con tan buena disposición sobre los cadáveres desintegrados de mis hermanos.

—Y los míos —añadió Unir con tono seco.

La voluntad indomable de Unir era patente en cada palabra que pronunciaba. No cabía duda de que Samkiel y sus hermanos eran hijos suyos.

—Tengo que preguntarte, rey dios —dijo el hombre oscuro—. ¿Acaso no es el tratado más que una forma de controlarnos, a mí y al resto de mi pueblo?

—Jamás sugeriría algo así —le aseguró Unir.

El hombre oscuro sonrió, pero, al mirar a los dioses que tenía enfrente, sus ojos eran como puñales. La mirada me atravesó y me dejó helada.

—Os creéis los elogios que os dedican. Vuestra arrogancia os impide

ver que no todas las fuerzas poderosas son enemigas vuestras. Os envolvéis en un orgulloso sentido de la justicia y os presentáis como protectores y salvadores. ¿Qué pasa si alguno de vosotros cae en la traición? ¿Quién firmará los tratados de paz entonces? Solo podéis mantener esa actitud de superioridad por un tiempo, hasta que alguno de vosotros yerre y la plata se empañe.

Unir no se inmutó, solo sonrió sin parpadear.

—Nuestro pueblo sobrevivió eones antes de que llegarais —dijo—, y lo seguirá haciendo mucho después de que los tuyos desaparezcan.

Tu padre trajo consigo la guerra, Nydmjir, y nosotros hemos terminado con ella. Esta reunión tiene como único objetivo asegurar que los que huyeron no regresen a nuestras tierras.

Nydmjir. Así se llamaba. Los recuerdos me asaltaron, y resoplé tan fuerte que me dolieron los pulmones. Me acordaba de ese nombre. En Onuna, Reggie y yo investigamos la historia de los ig'morruthens y de los dominios. Era el hijo del rey Ormjir, el primigenio caído que comenzó la guerra de todas las guerras. Ormjir creó a los ig'morruthens. Los controlaba. La primera bestia que creó se convirtió en su general.

—Al margen de cómo haya sido nuestra llegada y de lo que haya sucedido, que la paz eterna bendiga sus almas. Incluso con los dioses de los que dispones ahora, todo vuestro poder combinado no asustará a los soberanos —aconsejó Nydmjir.

¿Soberanos? La cabeza me daba vueltas. Nunca había oído hablar de ellos y no entendía del todo de lo que discutían, pero una cosa sí sabía. El medallón que me hizo reparar Nismera no tenía como propósito darle más poder. Si le ponía las manos encima, ¿podría abandonar aquel dominio también? ¿Era ese su objetivo? ¿Qué era lo que yo había arreglado?

Las bocas siguieron moviéndose, pero no salieron palabras que yo pudiese oír. Me metí la mano en el bolsillo y saqué el medallón. El peso me calentó la mano. Me lo quedé mirando. En el centro, el remolino verde

brillante de mi poder se mezclaba con algo antiguo y primario, que me devolvió la mirada.

El medallón se abrió como un bostezo; la habitación me dio vueltas y el cabello me golpeó la cara. La oscuridad cayó sobre la habitación, que se quedó helada. Alcé la vista y vi con asombro que el tejido de la realidad se había roto y que por la grieta entraban más seres de ojos oscuros. Estalló la guerra entre los dioses y los que ahora sabía

que eran primigenios. Se derramó sangre, los mundos se sacudieron, y nacieron los ig'morruthen.

Los gritos y la muerte recubrieron la habitación, mi piel y toda mi alma.

La grieta me producía picores y me revolvía las tripas. Algo arrastró mi cuerpo hacia ella, como si el medallón quisiera mostrarme de dónde había venido. Para los primigenios, nuestro dominio no era solo un lugar de paso. Era una vía de escape, un refugio donde esconderse de lo que habitaba más allá del dominio, lo que acechaba y esperaba. Vi piel del azul más suave, del rojo más intenso y de un bronceado pálido. Había cornamentas, y otro con lo que parecían ramas dispuestas como una corona. Cuatro grandes seres, en cuatro grandes tronos, gobernaban cuatro dominios.

Un temor espeso y sofocante se abrió camino por todo mi ser; la parte más primitiva de mi cerebro se estremecía bajo el conocimiento instintivo de la amenaza de un depredador. Me golpeó con tanta fuerza que me quedé sin aire, incapaz de respirar. El pánico hizo que se me disparase el corazón con un latido errático y salvaje. Si Nismera lo conseguía, nos condenaría a todos. El poder que sentía llegar por la grieta era energía pura y sin diluir, la más fuerte que había sentido jamás, más fuerte que Samkiel o Dianna.

Algo tiró de mí y me hizo volver al presente de mi sueño con tanta fuerza que me sacudió la cabeza. La bruja que encontré en el pasillo estaba frente a mí.

—¿Ves lo que has hecho? —me preguntó. Clavó la mirada en mi interior; no en mí, sino a través de mí. La sentía en la mente; su voz era

como uñas que me arañaban la piel. Di un paso atrás, pero me siguió.

Aferré el medallón con tanta fuerza que creí que me cortaría la palma de la mano.

—Es su vía de entrada, y, si los dejas, se extenderán por este dominio.

—Yo no… No lo sabía. —Pero sí que lo sabía. Nismera se había mostrado inflexible, dispuesta a hacer casi cualquier cosa por reconstruirlo. Yo sabía que era muy probable que se tratase de una herramienta capaz de provocar un daño catastrófico, y aun así lo reparé.

—Tienes que destruirlo —insistió—. Destrúyelo, o nos destruirá a todos.

—No sé cómo hacerlo —respondí, desesperada.

Me sujetó las muñecas con fuerza. Los ojos de la bruja brillaron con más intensidad, y su contacto me calentó la piel. Al bajar la mirada vi que le brillaban las palmas. Traté de apartarme, de retroceder, pero era demasiado fuerte, demasiado poderosa.

—¡Me estás haciendo daño! —grité, pero no me soltó.

Apretó aún más; donde me tocaba, la piel empezó a quemarse. El poder manaba de ella y le retorcía los rasgos. El cabello corto le rodeaba la cabeza como una nube. Sus pies perdieron el contacto con el suelo. Se elevó y, dado que no me había soltado, me levantó con ella. Más magia se derramó sobre mí, y el medallón que sostenía entre ambas se puso incandescente. Quería soltarlo, dejarlo caer antes de que se me derritiera en la palma, pero era incapaz de moverme o incluso de gritar. Todo lo que veía, todo lo que sentía, era a ella.

El cabello mojado se agitaba alrededor de unos ojos del color de la espuma del mar. Vincent me agarraba, pero yo no podía apartar la vista de la destrucción desencadenada detrás de él. Mi magia brillaba

con intensidad, y los tentáculos verdes se extendían y nos mantenían suspendidos en el aire, como en el sueño. Pero ahora estaba despierta, y el navío y todo lo que me rodeaba estaban atrapados en el perímetro de mi

magia.

Vincent me sujetaba las manos, flotaba conmigo como si me hubiese agarrado en cuanto empecé a levitar y se negase a soltarme. Las piedras y el plasma salpicado de polvo trazaban espirales ascendentes a nuestro alrededor. Flotábamos sobre el buque, y Vincent me mantenía estable. Los tripulantes gritaban y agitaban los brazos, chocaban con los objetos desprendidos de la cubierta.

Un disco en llamas flotó hacia nosotros. Vibraba con tanto poder que casi se podía percibir el temblor del metal. Los bordes del medallón eran de un profundo color anaranjado. Pude distinguir que, a su alrededor, la humedad del aire burbujeaba y chisporroteaba; aun así, extendí la mano hacia él. La combinación de piedra, metal y magia se estaba enfriando, pero al tocarme la palma siseé por el calor que todavía emanaba del medallón.

Descendimos flotando hacia la cubierta del barco; nada más posar los pies en la cubierta, todos corrieron de un lado a otro buscando dónde agarrarse.

A medida que la tripulación se recuperaba, formó un amplio círculo alrededor de nosotros. Ya no había vuelta atrás. Era demasiado tarde.

Nuestros disfraces se habían desvanecido y la verdad estaba a la vista. Sin hacer caso de los susurros y de la conmoción, nos concentramos en el medallón que sostenía entre ambos. Sollocé y moqueé, con los ojos húmedos de lágrimas, aterrorizada por lo que había visto.

Vincent me sacudió mientras yo lloraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con una nota de cólera y temor en la voz—. Dime lo que ha pasado.

—He cometido un error —sollocé, ahora que por fin comprendía lo que había puesto en marcha—. Vincent, he cometido un error.

Vincent me rodeó entre los brazos y me acarició la espalda para tranquilizarme. Entre nosotros, el medallón ardía, y supe que lo mismo le ocurriría al mundo.



Una pérdida de sangre de tal calibre podía provocar alucinaciones. Lo sabía porque la veía cada vez que abría los ojos. Era una silueta esbelta, cubierta con un atuendo de batalla de color oscuro. Las empuñaduras de las espadas gemelas se le asomaban por encima de los hombros. Los cabellos rubios estaban recogidos en trenzas y relucían como rayos de sol. Me devolvió la mirada, y sus ojos de un profundo azul oceánico parecieron ver el interior de mi alma. La palabra «hermosa» no le hacía la más mínima justicia.

Imogen no hablaba. A mí nunca me había hablado. No podía, así que yo no tenía ningún recuerdo de su voz. Ojalá la hubiese oído antes de morir.

En mis sueños, era como seda sobre mi carne destrozada, música para unos oídos sordos, un beso de labios suaves como plumas.

Dolor.

Mis venas se estiraron en busca de cualquier resto de sangre que me quedase en el cuerpo, pero el pozo se había secado. Iba a morir allí, en una tumba de mi propia factura, desecado, sin tener cerca a mi hermano y sin decirle a ella mi último adiós. Qué tontería, soñar con alguien que ignoraba hasta qué punto te poseía. Qué tontería, desde luego.



Me picaba la piel, intentaba despertarme, avisarme de una presencia. Me desperté y abrí los ojos, sobresaltado. Lo que vi no fue un fantasma que me provocase con aquello que no podía tener, sino algo mucho peor.

Samkiel.

Estaba apoyado en el marco de la puerta abierta de la celda, vestido con ropas holgadas de colores gris y negro. Cruzaba los brazos sobre el pecho poderoso, y los ojos plateados refulgían. Olía a nubes de tormenta, a sexo y a ella. Los colmillos me rozaron los labios resecos y agrietados y se me escapó algo que no llegó a ser un siseo. Culpaba a Samkiel y a Dianna de la muerte de Kaden. Los culpaba a todos, y, en el momento en que me liberase, derramaría tanta sangre que ahogaría el mundo.

—Estás consciente —dijo Samkiel—. Hacía tiempo que no despertabas. No sé muy bien cómo funciona eso de desangrar a un ig'morruthen. Quizá aún no estés perdido del todo.

Mi sangre formaba charcos secos y regueros difuminados por el suelo.

Estaba de rodillas y las cadenas me retenían las manos sobre la cabeza.

Tenía los brazos entumecidos por completo, y los hombros ya no me dolían a menos que me moviese. Sentía alfileres en las venas; cada minúsculo fragmento de mi ser clamaba desesperado por una gota de sangre.

Samkiel entró en la celda y todas las células de mi cuerpo se pusieron en alerta. Abrí mucho los ojos, pero no por él. Lo que atraía mi atención era el pequeño vaso que llevaba. El líquido rojo que se arremolinaba en su interior me empujó a ponerme de pie, chasqueando las mandíbulas por el deseo de vaciarlo. Las esposas de metal me tiraron de las muñecas maltrechas y en carne viva y rasparon con el hueso, pero no me importó. El hambre lo consumía todo. Ansiaba aquel líquido rojo y espeso.

Se detuvo a pocos centímetros de mí, sin el menor rastro de miedo.

—Quieto —ordenó. Mi orgullo había muerto mucho antes, así que le hice caso. Me moría de ganas de liberarlo de su arrogancia—. Tengo preguntas para ti, y no puedes responder si eres un cascarón reseco y gastado.

Me mantuve absolutamente inmóvil hasta que me ofreció la copa. Moví la mano tan deprisa que parte de la sangre la salpicó. Estaba tan desesperado por beberme hasta la última gota que, una vez que vacié la copa, me lamí la palma. No era suficiente para que mi poder se manifestase ni siquiera un poco, pero al menos las venas dejaron de arderme por unos segundos.

Samkiel se agachó, justo fuera de mi alcance. No me temía, pero tampoco se acercaba más de lo necesario.

Me senté sobre los talones y me sequé la boca en el bíceps.

—No es de un humano —señalé.

Se encogió de hombros.

—Por aquí cerca hay unos mamíferos diminutos. Tendrás que conformarte con eso.

Resoplé con suavidad.

—¿No te da miedo de que, cuando se enteren, eso manche tu preciosa reputación? ¿Cómo te van a tirar las bragas a los pies, sabiendo que matas animalitos?

Sonrió sin humor.

—No lo he matado. No era necesario. No soy como tú, ni como Kaden.

—Un gruñido gutural se me escapó de la garganta cuando sus labios pronunciaron el nombre de Kaden. No le dio importancia—. Creo en el equilibrio. Se sentirá un poco somnoliento, pero comerá y seguirá con su vida. Yo no mato salvo en caso de necesidad, y jamás a inocentes.

Me senté sobre los talones y solté una risita.

—Muy noble por tu parte.

—Tengo preguntas que necesitan respuestas. Si cooperas, quizá esta

noche te alimente. Si no lo haces, te extraeré de la garganta lo que te acabo de dar —dijo con calma—. ¿Entendido?

Me dolía el cuerpo en sitios insospechados, pero lo peor era el hambre.

Creaba un pozo de ácido ardiente en las tripas, y el ácido me recorría las venas. Tenía el cuerpo tan reseco que la piel se había vuelto de un profundo color ceniza. El ig'morruthen de mi interior consumía hasta el último recurso que me quedaba para mantenerme vivo y despierto. Lo que me había dado Samkiel era como una gota de lluvia en un desierto de dunas inacabables.

—¿Sabes? —dije. Me dolía todo el cuerpo por la promesa de más sangre—. Tu palacio está encantado.

Samkiel se levantó y abrió mucho los ojos, con una expresión en los rasgos que no supe definir.

—Hace unas cuantas noches vi a Veruka —continué—. O quizá fuese mi mente retorcida, que conjuraba seres de la nada.

Dejó caer los hombros, como si no fuese la respuesta que esperaba oír.

—Tal vez fuese la culpa —añadí.

Samkiel ladeó la cabeza de forma casi imperceptible.

—¿Se sienten culpables los monstruos?

—Dímelo tú. —Intenté sonreír, pero era demasiado esfuerzo.

—¿Cuántos aliados conocidos tiene Nismera? ¿De la nobleza, y del Altermundo?

—¿Por qué? —pregunté, pero de repente lo entendí—. ¿Los has visitado para negociar pactos de lealtad?

No respondió, pero me fijé en que apretaba los dientes.

—Lo has hecho, ¿no es cierto? —Resoplé—. ¿Y qué tal ha ido? Espero que no te acompañase tu zorra.

El puñetazo en la mejilla me hizo ladear la cabeza. Retrocedió mientras yo soltaba una risita. Me ardía el corte de la cara. Mi cuerpo intentó curar la herida, sin éxito. La sangre que me había dado era insuficiente para

curarme. Ojalá mis poderes funcionasen en él, pero el muy cabrón era demasiado fuerte. Oh, qué ganas tenía de verlo explotar en una nube de sangre y vísceras. Pero, si fuese capaz, ya se lo habría hecho mucho antes.

—¿Cuántos? —insistió.

Me incliné hacia delante.

—Todos —siseé—. Los tiene a todos.

Hundió los hombros, como si supiera la respuesta y solo necesitara que se la confirmase. Se pasó la mano por el pelo, con la mirada perdida. Lo observé y me pregunté qué ideas cruzaban ese puñetero cráneo suyo. ¿Era capaz de pensar en algo que no fuera ella? Con una profunda inspiración, me miró de nuevo.

—¿Dónde está su cuartel general? He atacado unos cuantos campamentos, pero no he averiguado nada en concreto.

—Hacia el oeste. —Hice una pausa y le sonreí—. O hacia el este. No me acuerdo.

—¿No te acuerdas, o me estás mintiendo? —preguntó con los puños apretados.

Hice una mueca y me encogí de hombros, al menos todo lo posible, dado que estaba colgado de los brazos.

Samkiel se movió a tal velocidad que me fue casi imposible seguirlo.

Era como un fantasma que desaparecía y reaparecía en otro lugar. Casi como si no perteneciese al mundo físico. Me recordaba a Mera.

Cuando se nos enfrentó a Kaden y a mí, Samkiel se movió de ese modo por el campo de batalla. Ni siquiera lo vi desenfundar el Olvido. Ni tampoco cortarle el cuello a Kaden. Solo lo vi caer y convertirse en cenizas oscuras. Tampoco lo vi invocar la hoja que empuñaba en ese momento, pero sentí el puñal ardiente en el cuello; el resplandor de sus ojos plateados en la lúgubre celda casi me cegó.

—¿Qué creías que ibas a hacer, guapito? —Una sonrisa torcida se me dibujó en el rostro, y lo miré sin pestañear—. ¿Que te ibas a presentar en

esa lata brillante y desagradable, y a enseñar la polla por ahí para que todos te adorasen? No eres mejor que el resto de nosotros, y te acuestas con el ser al que odian por encima de todas las cosas.

—No veo por qué. —Samkiel me apretó la hoja contra la piel con tanta fuerza que, si tragaba saliva, me cortaría—. Nismera te tiene a ti, y tenía a Kaden.

El sonido de su nombre me quemó más que la pérdida de sangre. El dolor no había remitido, y dudaba de que alguna vez lo hiciese. Me quedé inmóvil, sin decir nada, por miedo a que me cortase. No podía arriesgarme a sangrar lo que me había dado. Samkiel se dio cuenta y apartó la hoja lo justo para dejarme hablar.

—La diferencia es que Nismera es más poderosa que tú —dije por fin

—. Mucho más sanguinaria y cruel. Tú eres incapaz de matar ni a un puñetero animalillo estúpido. No tienes pelotas para ser un conquistador.

Ella sí, y es lo que te haría falta para recuperar siquiera la mitad de lo que ella ha acaparado. Claro, para la gente tú eres un rey dios, magnífico y poderoso, enviado para liberarlos de ella; pero, para los gobernantes que le son fieles, tú no eres más que un perdedor. No te seguirán, no te respetan, y, si usas el Olvido para obligarlos, lo que ambos sabemos que no vas a hacer, te odiarán. —Al ver que se

desvanecía su habitual mirada de presunción, se me escapó una risotada fría y cruel. La verdad lo golpeaba con más fuerza que cualquier espada—. Has fracasado, Samkiel. Así es como te ven. La reputación heroica que tanto te esforzaste por crear durante tu juventud ya se ha evaporado. No eres un héroe. No eres más que un ejemplo de lo que no hay que hacer. Cuando Mera termine contigo y con tu puta, ni siquiera quedarán escrituras que te mencionen. Tu legado caerá en el olvido, como el de Unir.

La hoja me presionó la piel de nuevo. Me pregunté si, con un poco más de fuerza, podría cortarme la cabeza. Apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Su cólera casi se podía percibir en el aire que nos

rodeaba. Era lo que yo quería. Buscaba provocar a la bestia, que recurriese a la violencia y atacase. Pero la ira se desvaneció y otra emoción ocupó su lugar. Una demasiado ajena a mí como para poder identificarla.

Esperaba que me rajase el cuello con la hoja, que me abriese la garganta de oreja a oreja. Que derramase en el suelo sucio lo poco que me pudiera quedar. Pero no lo hizo. Con un silbido, devolvió el puñal al anillo y se levantó. Me lanzó una última mirada y, al marcharse, cerró la puerta tras él.



Di vueltas de un lado para otro mientras me frotaba los ojos y el puente de la nariz. Nunca me había sentido más derrotado, y eso que ni siquiera habíamos empezado.

—Roccurrem. —Mi voz resonó por el castillo, por los muros, por todo el mundo. No era mi intención gritar de esa forma. Me detuve y miré hacia arriba mientras escuchaba. El corazón de mi compañera dormida seguía estable. Debería estar descansando junto a Dianna, pero, por muy agotado que me sintiera, o por muy falto de energía que estuviese mi cuerpo, me resultaba imposible dormir.

Una esfera moteada de oscuridad brilló y cobró vida. Era más pequeña de lo habitual, temblorosa, como si le costase mantener la cohesión mientras se fundía para formar la figura del hado. La preocupación por la salud de Roccurrem era otra cosa más que no me podía quitar de la mente.

—¿Me has invocado, mi señor?

Lo inspeccioné de arriba abajo con la mirada en busca de cualquier rastro de problemas. No vi nada evidente, pero tampoco estaba muy seguro de cómo se manifestaría una enfermedad en un hado. No dije

nada del brazalete de flores que llevaba en la muñeca. Sabía que había estado en la

ciudad, con Miska. Cuando la vi unas horas antes, Miska llevaba varios en cada brazo. Por fin había trabado amistades con gente de su edad, pero ella jamás dejaría de lado a Reggie. Esbocé una sonrisa cálida; tras el encuentro con Isaiah, era un gran alivio percibir algo bueno y agradable. Si podía ser feliz, libre de las cargas del mundo, yo seguiría luchando para que fuese un lugar mejor para ella, y para todas las Miskas de todos los dominios.

—¿La charla con tu hermano no ha ido bien?

Lo miré, sobresaltado. La palabra todavía me resultaba muy ajena. Unir había ocultado tantas cosas, tenía tantos secretos… Pero, mientras apretaba el puñal contra el cuello de Isaiah, podía sentir la conexión que nos unía.

Dioses, si hasta podía verla. Tenía los ojos de nuestro padre, los ojos de Kaden.

—Isaiah es muy arrogante.

Reggie emitió un pequeño gruñido.

—Hummm. Eso dicen. Casi parecéis parientes…

—Cuidadito —dije, con el ceño fruncido.

Una chispa de humor surcó las facciones de Roccurrem y desapareció tan rápido como había llegado. Estaba muy cambiado desde que Dianna lo liberó de la prisión que Unir había creado para él, y me pregunté hasta dónde llegaba ese cambio. Se habían hecho muy amigos, y esa amistad al principio me había hecho sentir unos celos estúpidos; claro que yo siempre sentía celos de cualquiera que reclamase la atención de Dianna. Suspiré y me pasé una mano por la cabeza. Después me senté junto al enorme escritorio y fruncí el ceño

al contemplar la pila de pergaminos, libros viejos y hojas sueltas que abarrotaban la superficie de madera. Me había pasado muchas horas investigando las casas nobles y sus descendientes. Ahora, todos esos documentos parecían burlarse de mí y de mis esfuerzos por buscar el orden y la paz.

—Aconsejabas a mi padre. Es una de las muchas razones por las que te encerró, ¿cierto?

Reggie se me quedó mirando y parpadeó una sola vez antes de contestar.

—Sí.

—Ahora necesito tu consejo.

Miró el techo de reojo antes de volverse hacia mí. Adoptó una expresión distante.

—Tu olor y el de ella se entremezclan, pero tú estás aquí dando vueltas mientras ella duerme. Estás molesto.

—Por decirlo con suavidad —suspiré—. Varios espectros persiguen al amor de mi vida. Uno de ellos, el de mi padre muerto. Mi familia está desperdigada, y les han lavado el cerebro para usarlos como armas. Los que he logrado rescatar están encerrados en las mazmorras y siguen sufriendo.

Todos los intentos que he hecho para comunicarme con los siete dominios que quedan han fracasado. Por mucho que les hable de paz y de una vida libre de la tiranía de Nismera, los nobles rechazan reunirse conmigo, amenazan con recurrir a la agresión o se comportan con terrible descortesía.

En todos los casos, han dejado muy claro que no tienen la menor intención de cambiar de bando. Isaiah, aunque me fastidie, tiene razón. Mi regreso no significa nada. De modo que sí, estoy molesto.

Reggie asintió y se sentó en una de las dos sillas que había junto al escritorio. Se relajó y recogió las manos sobre las piernas cruzadas.

—Se supone que soy un faro de esperanza —continué—, que mi llegada brinda la paz, pero… lo único que soy para ellos es una profunda decepción. Puede que Isaiah tenga razón. Tal vez soy un fracasado.

Reggie sacudió la cabeza y volvió a mirar de reojo hacia arriba.

—Si la mujer que duerme encima de nosotros te oyese hablar de ti mismo en esos términos, reduciría a cenizas al ser que hay en la mazmorra, o cometería algún otro acto atroz que no soy capaz de imaginar, solo para demostrar lo que te quiere y lo que tú vales.

Sonreí y golpeé con los nudillos el brazo de la silla. Tenía razón.

Dianna me protegía con la misma ferocidad con la que yo sentía el impulso de protegerla.

—No ves la situación como deberías —continuó Reggie, y eso me hizo volver la atención de nuevo hacia él.

—¿Cómo debería verlo?

—Siguen a tu hermana por miedo y respeto, no por amor, como seguían a tu padre.

Di unos golpecitos en el escritorio con los nudillos.

—Y, sin embargo, me tratan con profunda hostilidad. Como si esos dominios no estuviesen manchados con la sangre de mi familia. Hemos sangrado por ellos, tanto para crearlos como para protegerlos.

—Otro motivo por el que le son tan fieles a ella, pero no es el único. —

Reggie me clavó la mirada.

Apoyé el codo en el brazo de la silla y, con un suspiro, me froté la cara.

—No sé qué esperaba que ocurriese al abrirse las puertas tras mi muerte. Pero, desde luego, esto no. Creí que quizá los dominios estuviesen sumidos en el caos, o que tal vez no quedase nada.

—Mientras estuviste encerrado pasaron muchas cosas entre las estrellas.

—Pero eso no fue culpa mía —protesté—. No me fui a propósito, ni sabía dónde acabaría cuando destruí Rashearim.

—Lo sé.

—Quizá debí esforzarme más por volver. Eso sí fue culpa mía.

La mirada de Reggie se suavizó.

—Eres un rey joven y estás en tus inicios.

Ahogué una risa.

—¿Joven? Creo que para llamarme joven llegas cientos de años tarde, Roccurrem.

—El tiempo lo miden los mortales, cuyas vidas son breves, y cada día, precioso. No tiene el mismo significado para los inmortales. Tú apenas

acabas de comenzar, mi señor. Todo está ocurriendo como se suponía. Darle vueltas a lo que podría haber pasado o dejado de pasar no cambiará lo que ocurre ahora ni lo que está por venir.

Lo estudié mientras me pasaba el dedo por la barbilla. Mi padre lo había encerrado porque no solo sus visiones predecían lo que iba a

ocurrir, sino porque, además, las usaba para ayudar a quienes se suponía que no debía. Su función era observar y transmitir, no cambiar ni remodelar. Y aquí estaba yo, pidiéndole ayuda. Era imposible obligar a un hado a hacer algo.

Reggie lo arriesgaba todo porque creía en un futuro mejor. O, tal vez, la razón por la que se saltaba las reglas era la arpía de cabello moreno que se había adueñado de mi alma.

—¿Han mejorado tus visiones?

Reggie parpadeó.

—Siguen igual que antes, mi señor. Palabras dispersas e imágenes demasiado borrosas como para percibirlas.

—Puede que mejoren con el tiempo, e incluso que vuelvan a ser como antes —dije, y recogí las manos en el regazo.

—Puede —coincidió Reggie.

Mientras jugueteaba con la alianza, me vino otra cosa a la cabeza.

—Isaiah cree que llevar a Dianna conmigo fue un error.

Reggie asintió.

—Es una verdad incómoda, y ella también lo sabe.

—¿Crees que la presencia de Dianna los predispuso contra mí? —

Apreté los dientes—. Es mi esposa y mi reina. Y mucho más. Es mi compañera, y sin ella no estoy completo. La idea de no incluirla es un concepto ridículo.

—Yo lo entiendo, pero ellos no.

La ira creció y se retorció en mis entrañas.

—La legión de Nismera tiene muchos miembros procedentes del Altermundo. ¿Eso les da igual?

—Lo ven como una unificación —dijo Reggie a la vez que descartaba la idea con un gesto de la mano—. Aunque no sea cierto.

Resoplé y sacudí la cabeza.

—Más les vale que traten a Dianna con tanto respeto como ofrecerían a cualquier otro gobernante, de nacimiento o coronado. De lo contrario, dejaré de buscar aliados, o la paz.

Reggie asintió.

—De eso también soy muy consciente, mi señor. Lo único que digo es que, aunque te consideren el Destructor de Mundos, nunca has usado tus poderes para hacer el mal. A Nismera no le importa causar daño. Se ha rodeado de generales y comandantes duros y crueles que solo la temen a ella. Los habitantes de los dominios han aprendido que alzarse contra ella es enfrentarse a la aniquilación.

Me froté la cara.

—Lo único que hacen es racionalizarlo todo. Ni siquiera se dan cuenta de lo que está pasando. Los ha sometido a su voluntad mediante el miedo, y luego se aprovecha de sus necesidades para que le sigan siendo fieles. Son como perros hambrientos que ofrecen su lealtad sin pensar a cambio de unos mendrugos. He visto la mansión de Iver. Ha acumulado riquezas inconcebibles. Cuando gobernaba lord Orble, a duras penas aceptaba algunas monedas de plata de mi padre. Amaba el mar y ayudar a los demás; su hijo se ha convertido en alguien grosero, descortés y malcriado.

—Con el debido respeto, mi señor, no es solo eso —señaló Reggie con una mirada cálida, aunque sus siguientes palabras no lo fueron —. A ojos de los dominios, y de todos los demás, has fracasado. Has perdido a la Mano y, en opinión de muchos, de forma permanente. Tu

corona descansa en la cabeza de Nismera. Y, lo peor de todo, te has alineado, por lazos de sangre y matrimonio, con uno de los mayores enemigos de los dominios.

El aire de la habitación se quedó inmóvil, cargado de tensión. La violencia que sentía no estaba dirigida a Reggie, sino a la verdad que

contenían sus palabras.

—Dianna no es enemiga de los dominios, pero, si siguen maltratándola, yo sí que lo seré.

—Me has pedido consejo, y te lo daré. Ella es solo una razón —explicó Reggie—. Si alguno de ellos se opusiera a Nismera, eso significaría la muerte, y no solo para ellos, sino también para todo su linaje. Nismera es malvada y cruel. Para mantener a sus súbditos a raya, no vacilaría en colgar a hombres, mujeres y niños, y luego dormiría como si tal cosa. Es temible, y dispone de vastos ejércitos que dominan la tierra y el aire. Pretende gobernarlo todo, y no tiene la menor intención de permitir que nada la detenga.

—No me estás ayudando —gruñí, y me froté los ojos cansados.

—Te lo digo para que entiendas que tienes que demostrarles que pueden enfrentarse a ella. Tienes que derrotarla o, como mínimo, asestarle un buen golpe. Nadie lo ha hecho hasta ahora, y ya han visto a muchos rebeldes alzarse y luego caer. Su esperanza está tan vacía como el espacio lleno de rocas de los dominios orientales.

No lo dijo con todas las palabras, pero comprendí lo que quería transmitirme. No creía que tuviese ninguna posibilidad contra ella. La última vez que ambos peleamos, no solo estuvo a punto de arrancarme la cabeza, sino que, además, Rashearim murió, y mi padre con él.

—Necesito aliados poderosos.

—Sí —asintió Reggie, con las manos en el regazo.

—Si las casas nobles no se doblegan, eso nos hace retroceder diez veces lo que hemos avanzado.

Reggie asintió con expresión solemne.

—Quizá deberías acudir a quienes ya has ayudado.

Enarqué las cejas.

—¿Te refieres a los prisioneros que liberé? Se han dispersado por todas partes; lo más probable es que se hayan escondido.

Reggie sonrió.

—A eso me refería. Hasta los desesperados hablan de sus salvadores.

Eso puede granjearte más simpatía que presentarte en cualquier sitio a exigirla. Empieza por los olvidados, como lo estuviste tú. Ayuda a los que ella ha abandonado. Muéstrales que ha regresado un rey legítimo, honorable, y construye a partir de ahí.

Exhalé un suspiro.

—Lo intentaré.

Reggie chasqueó la lengua.

—Y, de paso, intenta frenar un poco tu arrogancia.

Se me escapó una risa.

—Te voy a prohibir que hables con Dianna. Se te están pegando sus modales. —Reggie sonrió. Me levanté y me estiré—. Hablando de ella, pronto será su cumpleaños y tengo que terminar varias cosas. Si despierta antes de que yo vuelva, dile que estoy en la ciudad.

Reggie asintió mientras yo me dirigía a la puerta.

—Estoy convencido de que ganarás esta guerra. Mi único miedo es que acabe con el buen corazón que todavía conservas.

Me detuve en el umbral y me volví a mirarlo. El hado me observaba, no solo con la expresión de sincero orgullo a la que ya me había acostumbrado, sino también con algo muy parecido a la tristeza.

—¿Es una premonición?

—Tan solo una observación, nada más.



Suspiré y dejé escapar el aliento mientras miraba de reojo las estalactitas que me amenazaban desde lo alto. Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, exploré con la mirada la caverna desconocida en la que me encontraba.

—Genial. Más sueños proféticos escalofriantes. Justo lo que quería después de que me fo…

Al volverme, me encontré de cara con las fauces abiertas de una bestia y retrocedí de un salto. Casi la hago pedazos antes de darme

cuenta, al cabo de un momento, de que no estaba viva, sino tallada en la piedra de la pared.

Otras siniestras figuras de ig'morruthens cubrían las paredes, con las alas altas y extendidas y las colas retorcidas detrás de ellos. Pasé la mano por el remolino de nubes grabadas en los muros que llenaban el espacio entre las bestias voladoras. El dinamismo de los cuerpos era casi palpable, pero no transmitían ninguna sensación de agresividad, ira o miedo. No era una escena de guerra y de batalla, sino pacífica y hogareña, como si existieran en una tierra creada solo para ellos.

Retiré la mano de la pared y me volví, con los brazos abiertos.

—¿Podemos terminar con todo esto? ¿Qué mensaje extraño y aterrador

tienes que transmitirme ahora? —Mi voz reverberó en las paredes, pero no obtuvo respuesta—. Estaba disfrutando mucho de tu ausencia, para que lo sepas. Me encantaría volver a mi sueño normal, gracias.

Tampoco hubo respuesta. No obstante, sabía dónde estaba. Al parecer, el hombre de los ojos anaranjados había regresado a mis sueños. Pero esta vez veía algo más, aparte de las sombras en las que se envolvía y el trono hecho de huesos.

—De acuerdo —dije para romper el silencio. Con un profundo suspiro, me adentré más en la oscuridad.

Era un laberinto, filas curvadas y serpenteantes de piedras afiladas y bordes abruptos. Estaba convencida de que, si me tiraba por uno de esos abismos, me despertaría con un sobresalto. Pero otra parte de mí ansiaba saber lo que tenía que decirme. El camino pedregoso terminó por fin y desembocó en una amplia caverna. El suelo estaba lleno de huesos, algunos rotos y mordisqueados por bestias de

dientes afilados. En las paredes agrietadas y derruidas había grabados profundos que representaban monstruos serpentinos.

Tragué saliva y miré más allá del trono en ruinas, hasta posar la mirada en la tarima elevada que ocupaba el centro de la sala. Eso era una novedad.

Estaba tallada en la roca, y se elevaba desde el suelo de la caverna como una tosca peana de piedra sólida. El cáliz que sostenía parecía brillar, aunque no había ninguna luz en la sala. El tallo de metal era grueso, tallado de forma intrincada, y se ensanchaba hasta formar una base irregular. El cuerpo estaba rodeado por una descuidada filigrana de metal, de cuyo patrón incompleto emanaba un rojo fundido.

Inspiré hondo, examiné las sombras y luego me acerqué a la tarima. Me subí al escalón de piedra y me puse de puntillas para mirar dentro del cáliz.

En el interior se arremolinaba un líquido dorado con motas rojas que relucían en los lados de la copa.

Asqueada, arrugué la nariz.

—Puaj.

Retrocedí para bajarme de la tarima, y me quedé inmóvil. Se me puso el vello de punta como respuesta al poder abrumador que percibí detrás de mí.

Me giré con las garras preparadas, pero me atrapó por la muñeca y su enorme mano me hizo crujir los huesos. Parpadeé mientras pensaba en que antes tenía razón. De la cabeza le brotaba una miríada de pinchos. Los más pequeños empezaban encima de las orejas y le cubrían todo el cráneo, como si fueran escamas gruesas que crecieran entre los mechones de pelo oscuro.

Cuatro cuernos más largos y gruesos fluían desde la parte posterior de la cabeza formando arcos elegantes; me recordaban las protuberancias óseas que había visto en muchos ig'morruthens.

Era enorme, y se cernía sobre mí con una impactante belleza masculina que casi resultaba dolorosa. Los ojos oscuros eran a la vez atractivos y misteriosos; la pupila se fundía con el iris hasta que el negro se encontraba con un brillante aro anaranjado. Tenía unos rasgos regulares, con una mandíbula fuerte y una nariz recta. Me gruñó con aire despectivo y, al hacerlo, mostró unos dientes tan afilados como las púas que le brotaban de las hombreras y le erizaban los guanteletes. La armadura se le ceñía al cuerpo como si fuese parte de él, y absorbía la luz de tal forma que parecía que estuviera hecho de oscuridad.

—¿«Puaj»? —Arqueó una ceja y me soltó la mano—. Guerreros, reyes, reinas y bestias incontables han osado adentrarse en esta caverna en busca de lo que contiene ese cáliz. Todos han muerto, y sus huesos están desparramados por el suelo como prueba de su fracaso. Tú alcanzas el trofeo, le echas un vistazo… ¿y dices «puaj»?

Fruncí el ceño.

—Lo siento, pero los líquidos antiguos que brillan no son lo mío.

Seguro que sabe a rayos.

Ladeó la cabeza como si no supiese muy bien qué pensar de mí. Tal vez yo fuese la primera a la que no le importaban una mierda ni él ni la

espeluznante caverna ni el cáliz con sangre mágica que tenía detrás.

—Eres… atípica —dijo.

—Me han llamado cosas peores. —Le quité importancia con un gesto

—. Pero ya que te has apropiado de mis sueños y por fin nos estamos conociendo, ¿cómo debo dirigirme a ti? Todavía no me has dicho cómo te llamas.

La irritación se asomó a aquellos ojos misteriosos y demoniacos, y comprendí que esperaba que lo reconociese.

—Gathrriel.

Me sentí como si el aire hubiera escapado de la habitación.

—No me jodas. —Sacudí la cabeza—. Me esperaba un guerrero curtido en mil batallas, no… lo que coño seas tú.

—Yo soy tú. Tú eres yo.

Fruncí los labios.

—La última vez que lo comprobé, tenía los cuernos dentro, o… —

Descarté ese pensamiento con un gesto—. Da igual. ¿Me estás diciendo que eres un ig'morruthen, como yo?

—No «un» ig'morruthen cualquiera. El primero.

Me quedé sin aliento.

—Pero las historias…

Nada de aquello tenía sentido. Repasé la historia que me había contado Logan, pero estaba segura de que en ningún momento se mencionaba que Gathrriel fuese un ig'morruthen. En el mito de Gathrriel y Vvive, solo era un gran guerrero. Ahora la cosa tenía más lógica. Le sostuve la mirada mientras las piezas encajaban en su lugar, y pude ver cómo la comprensión también se abría paso en él.

—Lo han cambiado todo, ¿verdad? Han reescrito la historia para que satisfaga la narrativa que les interesa. Dime, ¿qué más han

cambiado? ¿Qué han dicho de la muerte de Vvive? ¿Qué falsedades han contado sobre su destino?

Sacudí la cabeza y me negué a contestar. Cualquier cosa que le dijera podía empujarlo a salir al mundo de vigilia y reducirlo a cenizas. Vvive había dividido su propia alma por él. Era su amata. Antes de conocer a Samkiel no lo habría entendido, pero ahora sabía que su cólera no tendría fin.

—Te siento —dijo, con tono calmado—. Percibo lo que haces. Cuando estás despierta, cuando caminas, cuando respiras.

Torcí los labios en una sonrisa descarada.

—Lo siento, pero estoy felizmente casada.

Se le dilataron las aletas de la nariz. Al parecer, mi sentido del humor ofendía a aquel antiguo monstruo primigenio. Mejor.

—Creo que por eso nuestro vínculo es tan profundo —prosiguió, haciendo caso omiso de mi respuesta—. Te manipularon, te engañaron y luego te utilizaron por el poder que posees, como habían hecho conmigo.

Kaden tiene mi sangre, e Isaiah también, pero nunca le sacaron partido, como has hecho tú. Tú y yo estamos conectados. Compartimos la misma furia, el mismo dolor.

Gathrriel se movió a tal velocidad que casi no pude ni seguirlo, y mucho menos reaccionar. Estaba delante de mí, y al instante lo tenía detrás.

Me rodeó el pecho con un brazo, y con los dedos de la otra mano me sujetó la barbilla para inmovilizarme la cabeza. Siseé y traté de apartarme, pero me retuvo con firmeza. Sobre el muro de la caverna se formó un resplandor.

Me quedé quieta al ver las imágenes que se reflejaban sobre la piedra. Se sucedían a gran velocidad, pero las conocía a la perfección.

Vi la muerte de Gabby. Oí resonar mi grito en la caverna y recordé que me salió de los pulmones con tanta fuerza que me destrozó la garganta y se me llenó la boca de sangre. A esos recuerdos siguieron escenas de destrucción, y, aunque creía que eran heridas ya curadas, me dolió el alma con la misma agonía desgarradora de entonces. Gathrriel se había adentrado en mis recuerdos y había extraído uno de los más dolorosos.

—Esa fue la primera vez que te sentí desde más allá del velo. Tu dolor era un reflejo del mío.

Hubo un brillante destello blanco, y la imagen cambió para reflejar un túnel húmedo y oscuro; mi mente registraba cada detalle con nitidez. Oí a la bestia que usaba mi voz para llamar a Muerte. Me vi sumida en la desolación al comprender el precio que ambos íbamos a pagar.

—Te sentí de nuevo cuando le suplicaste a Muerte una segunda oportunidad, en aquel túnel en ruinas. Me despertaste, y luego hiciste jirones el propio tejido del tiempo y nos dejaste en libertad.

Las imágenes se apagaron y la caverna se sumió de nuevo en la oscuridad. Con un gruñido, me zafé de la mano que me sujetaba la cara. Lo aparté de un empujón y, al volverme para encararme a él, tuve la satisfacción de ver que daba un paso atrás.

—¿Cómo te atreves? —mascullé, furiosa. No tenía derecho a acceder a los recuerdos que me había obligado a ver, y quería despedazarlo por hacerme revivir ni siquiera un instante de ellos—. ¿Por qué me has mostrado esto? —lo increpé—. ¿Por qué aquí, en esta sala? ¿Por qué, de pronto, compartes todo esto conmigo? ¿Qué pretendes?

Gathrriel retrocedió y me dio espacio para que pudiese alejarme de él.

Lo aproveché. Incluso en el mundo onírico, sentía la cólera eterna que emanaba de él, y era abrumadora.

—Te necesito.

Arrugué los labios con desagrado.

—Gracias, pero no. No quiero formar parte de ti.

—Ya es demasiado tarde para eso.

Alzó la mano y otra imagen resplandeciente se dibujó en el muro. No, no una imagen, sino otro recuerdo mío. Me estremecí, con el corazón desbocado, al ver a Kaden alimentarme en aquel templo en ruinas de Onuna. Clavé los ojos en Gabby, hecha un ovillo en el suelo sucio, destrozada por la enfermedad. Se la veía tan pequeña… Habría hecho

cualquier cosa por salvarla.

—Aquel día, cuando, para salvar a otra persona, aceptaste más de lo que te correspondía, tu destino quedó sellado con el mío. Muchos seres han luchado y matado por mi sangre. Un dios la robó y la compartió, y luego tú hiciste lo mismo. Mi sangre es poder puro y sin diluir, con la capacidad de crear.

Se puso delante de mí y me tapó las imágenes que se sucedían en la roca. Eché la cabeza atrás para mirar a los ojos a aquella bestia que se cernía sobre mí.

—¿Qué significa eso?

—Significa —extendió la mano y me apartó con cuidado un mechón de la cara— que tú eres mi caparazón, mi conducto para terminar algo que tengo pendiente.

Se la aparté de un manotazo, con cuidado de evitar las púas del guantelete.

—No soy de nadie.

Era mentira. Era de Samkiel, pero eso no venía a cuento.

—No te ofendas. Todo esto ha sido obra tuya.

Sacudí la cabeza con gesto desafiante.

—¿Obra mía?

Sus ojos brillaron, y me lanzó una mirada teñida de paciente diversión, como si yo fuese una niña inocente que ignorase que le había ofrecido el mundo.

—Sí. Engañaste a la muerte. Abriste una grieta en el velo que separa a vivos y muertos, y al hacerlo me diste la oportunidad de escapar. —Se le dilataron las aletas de la nariz—. Aunque, al parecer, no fui el único.

Un sudor frío me corrió por la piel. Yo. Yo provoqué todo esto al suplicar para salvar a Samkiel. La resurrección no solo tuvo un precio, sino, además, consecuencias. Por eso había vuelto también Unir, por eso podía tocarme.

—¿Cómo lo hiciste? —me preguntó.

—¿Cómo hice qué?

—Traerte de vuelta a ti misma.

Oculté mi confusión y me esforcé por adoptar una expresión neutra.

Gathrriel creía que había engañado a la muerte para salvarme a mí misma, no a Samkiel. Imaginé que había malinterpretado lo que veía en mis recuerdos. Si aquel tipo horripilante y lleno de pinchos no sabía la verdad, lo más seguro para Samkiel era que siguiese así; no sería yo quien se la contase.

—No sé qué decir. Suerte, supongo. —Me encogí de hombros.

—Es posible —dijo Gathrriel, y me observó con una expresión intrigada. Dio un paso al frente, y yo a mi vez retrocedí. No se perdía ni uno de mis movimientos—. Cada día que desperdicias, mis enemigos se hacen más fuertes. Ya no puedo esperar más. —Le ardían los ojos, cubiertos de furiosas llamas anaranjadas.

—Llevas mucho tiempo muerto, ¿no es así? —pregunté—. A estas alturas es muy probable que tus enemigos también hayan muerto. Y si no es así…, bueno, no es problema mío.

—Hay algo cerca de ti —dijo, sin hacer caso de mis palabras. Me clavaba la mirada como si yo fuera un enigma que resolver—. Algo que me impide llegar hasta ti cuando duermes; pero, sea lo que sea, ahora no está presente. Eso me facilitará deslizarme dentro de ti.

Fruncí los labios.

—Creo que tienes que practicar más tu manera de decir las cosas. —Era consciente de que no debería burlarme de él, pero sus insinuaciones me aterrorizaban, y esa era mi respuesta instintiva en casos como ese.

Me miró parpadeando, y luego se llevó a la espalda los gruesos brazos cubiertos de púas y armadura.

—Necesito tomar prestado tu cuerpo para terminar lo que empecé. Es el más parecido al mío en cuanto a fuerza y poder.

—Me siento halagada, pero voy a negarme.

—No te preocupes. No te dolerá. Llevas tanto de mí en tu interior que será como una segunda piel.

Tenía que ganar tiempo y encontrar la manera de salir de aquella maldita pesadilla antes de que hiciera justo lo que pretendía: poseerme.

—Lo siento, no te lo tomes a mal, pero mi cuerpo es mío. Bueno, y también de Sam…

De pronto, Gathrriel estaba frente a mí; se acabaron la moderación y las buenas palabras. Extendió la mano a la velocidad de la luz y me agarró por el cuello. No veía nada, excepto sus ojos, en los que ardía un remolino anaranjado moteado de rojo. La ig'morruthen de mi interior no se resistió ni se debatió, como si supiera tan bien como yo que era el creador de todos nosotros. En esa lucha no podía ayudarme.

El miedo me golpeó como un martillo de acero y resonó en cada célula de mi cuerpo. Me resistí y peleé, pero no sirvió de nada. Le pegué en cada parte de su cuerpo que pude alcanzar, pero sin éxito. No me había sentido tan indefensa desde aquellos tiempos en el desierto de Eoria. ¿Sentiría algo parecido una mosca atrapada en una telaraña inmóvil, sabedora de que la habían capturado y que no tenía fuerza ni poder suficiente para salvarse?

—Estate quieta.

Y lo hice. Fue como si alguien pulsara un interruptor y mis extremidades se quedasen colgando, flácidas, mientras él me sujetaba por el cuello.

¿Por qué le había hecho caso? ¿Por qué no había opuesto resistencia?

¿Qué estaba pasando? Me puso de pie y dio un paso atrás, con una sonrisa que me provocó un escalofrío. Me horroricé al ver que su cuerpo temblaba y la armadura se derretía para formar una niebla negruzca. Los cuernos de la cabeza y de los hombros se disolvieron a continuación, seguidos un instante después por el resto del cuerpo. La bestia de humo consciente, hecha de cuernos y alas, le dio una vuelta al interior de la caverna y luego

me cubrió los ojos, la nariz y la boca. El calor me abrasó la carne, y mi cuerpo se estremeció mientras me poseían.



Parpadeé y abrí los ojos…, excepto que ya no los controlaba yo. Me vi sentarme y apartar las sábanas. Salí de la cama; el aire me acarició la piel desnuda y noté el suelo frío bajo los pies. Traté de recuperar el control de mi cuerpo, pero no lo conseguí, y el miedo me revolvió las tripas. Era como cuando Gabby y yo íbamos al cine, en Onuna. Nos sentábamos muy cerca de la pantalla y fingíamos ser las protagonistas. Pero ahora no era una película. Era una puñetera posesión.

Se me puso el vello de punta y sentí un escalofrío, seguido de una oleada de calor. Los músculos se me agarrotaron y me dolieron, y vi, horrorizada, que mi cuerpo cambiaba. Los brazos y las piernas se alargaron y se hicieron más gruesos y musculosos. Gané estatura; el centro de gravedad varió al expandírseme los hombros y el tórax. La mano se deslizó por la cabeza y pude ver el bulto de los bíceps por el rabillo del ojo. Tocó con los dedos los cuernos que me crecían en el cráneo y la satisfacción que sintió fue como una ola.

—En verdad, eres el recipiente perfecto —dijo Gathrriel. Bajó la mirada, y la armadura oscura que lucía en la caverna fluyó sobre nuestro

cuerpo.

—¡No soy un puto juguete! —respondí con un grito que resonó dentro de mi cabeza…, de nuestra cabeza.

Sin hacerme caso, salió del dormitorio rumbo a las escaleras. Grité, maldije y peleé, pero fue inútil. La ira dio paso al miedo y a la preocupación. ¿Dónde diablos estaba Samkiel? ¿Dónde estaban todos? ¿Es que nadie oía las pisadas de las botas blindadas? ¿Nadie sentía su presencia?

Gathrriel cruzó el vestíbulo y salió por la puerta principal. Se detuvo e inspiró hondo, como para disfrutar de la sensación de la brisa fresca. Sentí que la bestia de su interior se desperezaba e irrumpía en la realidad. Nuestro cuerpo volvió a cambiar, y vi de reojo el reflejo en una ventana del castillo.

En la cabeza y en el torno tenía cuernos y púas equivalentes a los de su otra forma. Emprendimos el vuelo con unas alas enormes y poderosas que agitaban el aire como pequeños tornados. Si digo que me sentía inmensa, me quedo muy corta. Nuestra sombra sumía la tierra que sobrevolábamos en una auténtica oscuridad. El tamaño y la potencia de aquel monstruo ridiculizaban los míos. Por muchos poderes que yo tuviera, si me lo encontrase en el campo de batalla, huiría sin pensarlo.

Las alas eran como un trueno que dividía el aire y nos propulsaba cada vez más alto, hasta que atravesamos las nubes.

—¿A dónde me llevas? —pregunté.

La enorme cabeza se giró hacia la ciudad, un cúmulo de luces que brillaban con suavidad muy abajo, en la ladera de la montaña. Era tarde ya, y la ciudad estaba en silencio, pero casi oía los ecos de la actividad y de las risas alegres de la gente que intentaba rehacer su vida.

—¿Qué quieres de ellos? —pregunté, empeñada aún en invocar una llama, una garra, lo que fuese.

—Tengo que alimentarme para sellar mi presencia en tu cuerpo.

Cuando lo haya hecho, podré usarlo con libertad para llevar a cabo mi

venganza. —La voz grave y poderosa me recorrió el subconsciente.

Se inclinó y, al comprender dónde quería alimentarse, me entró el pánico. En nuestra ciudad, la que Samkiel y yo habíamos construido, la que amábamos. No. Les prometimos que estarían a salvo, y yo no iba a ser su perdición. Estallé en cólera, grité y peleé por alcanzar el fantasma de su mente, pero nada de lo que hice sirvió para frenar el descenso o cambiar la trayectoria. Cuando nos posamos, el suelo tembló, y al plegar las alas en la espalda los árboles se estremecieron. Una niebla oscura se arremolinó alrededor de nuestro cuerpo y alimentó la magia. Cuando se disipó, había recuperado la forma habitual. Seguí golpeando la conexión que había entre nosotros, decidida a detener, de algún modo, lo que iba a ocurrir.

—Relájate —dijo, y avanzó con sigilo hacia la ciudad—. Solo quiero bañarme en la sangre de quienes me quitaron lo que más quería.

Me invadió una oleada de alivio. Pero entonces reparé en lo que había dicho: «lo que más quería». Pasado. Conocía su leyenda, y la de ella.

—Espera… ¿Te refieres a Vvive?

Gathrriel ya había demostrado que yo no era rival para él. Me controlaba por completo, pero, al oír el susurro de su nombre en mi mente, se detuvo. El dolor absoluto y abrumador que sintió fue imposible de ocultar; era algo violento, colérico, sólido. Nos consumió a ambos; me cubrió la piel y los pulmones y luego nos sumergió. Nos ahogamos en él, nos quemó y nos inundó y nos asfixió.

Yo conocía la tristeza tan bien como él. Quizá eso nos ayudara a conectar con tanta facilidad. Me había refugiado en ella durante un tiempo, cuando perdí a Gabby, y la volví a saborear cuando murió Samkiel y me ahogué y me consumí de dolor. El sufrimiento no me era ajeno. Ahora teníamos una conexión íntima. El dolor nos había forjado a ambos.

Comprendí que había cosas que no sabía de la historia de Gathrriel y Vvive.

Iba a preguntarle qué había pasado cuando una voz familiar me detuvo.

—Ya no perteneces a este mundo, Gathrriel.

Gathrriel volvió la cabeza, y vi que Reggie estaba plantado entre el hombre que había ocupado mi cuerpo y la pequeña ciudad dormida.

—Qué curioso. —Gathrriel ladeó la cabeza—. Eres uno de aquellos seres que tenían tres caras, pero ahora solo llevas una.

Reggie. Verlo me alegró el corazón, pero luego el temor se apoderó de mí. Era imposible que se enfrentase a Gathrriel.

—¿Cómo es que puedes caminar por este mundo? —preguntó Reggie

—. ¿Asteraoth no ha podido retenerte?

Sentí sonreír a Gathrriel.

—Le debo sangre a este mundo, y la tendrá.

—No con ella —dijo Reggie, y recogió las manos frente a él. Me sentí a la vez reconfortada y exasperada. Otra vez intentaba salvarme. A Gathrriel, sin embargo, le dio igual. Noté cómo se le acumulaba el calor en la palma y le atravesaba la mente. Sabía que era imposible que matase a un hado, pero parecía más que dispuesto a intentarlo. Miró de soslayo la ciudad y en su cerebro, que también era el mío,

flotó algo semejante a la desesperación. ¿Se nos acababa el tiempo? ¿Cuánto podía retenerme tal y como estábamos? Esa duda me dio esperanzas, y me debatí todavía con más fuerza.

—Si le haces daño a Reggie, cabronazo —dije con una voz fría que era una promesa de muerte—, te quemaré vivo.

—Hummm —dijo Gathrriel en voz alta, pero las palabras iban dirigidas a mí, y su voz me rebotó dentro de la cabeza—. ¿Es el nombre del hado? Lo tratas como a una mascota. Es lamentable.

Reggie nos observaba, y vi con claridad el momento en que comprendió que yo seguía dentro, y que todavía luchaba. Los ojos le brillaron de alivio y esbozó una sonrisa. Me estremecí de miedo.

«Reggie, juro ante los dioses que, como intentes pelear con esa cosa, yo misma te mataré».

—Ella teme que intentes detenerme. Puedo sentirlo. —Gathrriel ladeó

la cabeza y lo estudió—. ¿Deseas enfrentarte a mí, hado? ¿Por ella? ¿Cuál es tu relación con mi polluelo?

—No es asunto tuyo —respondió Reggie, despreocupado, como si no estuviera frente a una bestia tan antigua como el propio tiempo. Me dio igual si era una fanfarronada o si se le había pegado la arrogancia de tanto estar con Samkiel y conmigo; me pareció adorable.

«No te hagas el héroe, so idiota», casi le rogué, aunque no podía oírme.

No soportaba la idea de que hirieran a Reggie delante de mí. Eso me haría pedazos.

—Aaah. —Gathrriel alargó la palabra, y asintió. En aquellos momentos era capaz de percibir todo lo que yo hacía—. Así que siente algo por ti.

Algo muy profundo. ¿Es amor? El amor es lo único que empujaría a un hado a retarme con tanta arrogancia. —Ladeó la cabeza y el dolor me quemó la mente. Era como si estuviese arañándome el cerebro con las garras en busca de respuestas—. No —dijo por fin—. No es esa clase de amor. Es amor familiar. Te preocupas por ella, como un padre por su hija, y ella por ti. Un padre postizo, diría.

Atrapada en aquel rincón de mi mente, parpadeé de sorpresa. Nunca había pronunciado esas palabras en voz alta, pero sí que las había pensado para mí misma. Reggie había estado a mi lado cuando necesitaba con desesperación una voz firme y una mano amiga. Nunca me juzgaba, solo quería guiarme, enseñarme y ayudarme. Sentí una opresión en el pecho.

Siempre dije que él era familia, y maldita sea si no era cierto. No vi que Reggie hiciese nada para confirmarlo o negarlo. De cara al exterior, no respondió en modo alguno, pero sentí que Gathrriel retrocedía dolorido. La emoción que sintió, fuera la que fuese, desapareció al instante.

—Está prohibido —dijo Gathrriel, sin ningún atisbo de malicia—. Te condenas a ti mismo.

Reggie arqueó las cejas de forma muy sutil.

—Hay muchas cosas que se consideran prohibidas.

—Pagarás un alto precio por ello. Créeme, el universo no se toma a bien que se transgredan sus reglas.

¿Qué significaba eso? No tenía ni idea de qué hablaba, y a Reggie no parecía preocuparlo gran cosa, pero yo me moría por saber qué estaba prohibido.

—¿Como has hecho tú? Aventurarte más allá del velo está prohibido, por mucho que busques vengarte de los que te arrebataron a tu esposa y a tu retoño, Gathrriel —dijo Reggie.

Gathrriel gruñó con tanta violencia que me ardió la garganta. El fuego brotó de él como una densa llama, ardiente y devastadora, que cubrió el área que ocupaba Reggie. La intensidad de las llamas fue tal que los árboles crujieron y ardieron y las hojas se convirtieron en cenizas; yo sería incapaz de producir un calor tan abrasador.

Reggie ya no estaba allí. Su voz nos llegó por detrás. Gathrriel se giró al instante.

—Así que es cierto —prosiguió Reggie con la calma habitual.

—Mi furia no tiene límites, hado, mi cólera no se ha saciado. Quizá debería empezar mi venganza contigo, cortarte la lengua por esas palabras que me arrojas con tanta imprudencia.

—No tengo ningún deseo de pelear contigo —confesó Reggie con naturalidad, mientras acariciaba una hoja de una rama baja—. Solo soy una distracción para darle algo de tiempo a aquel que la ama todavía más que yo.

Gathrriel contempló las llamas y el humo e interrumpió el avance.

—Una baliza —masculló entre dientes mientras se volvía hacia el bosque que ardía a nuestro alrededor. Gruñó, herido en su ego al comprender que el hado lo había engañado.

El alivio me invadió. Percibí a Samkiel, que se acercaba a toda velocidad, recorriendo la distancia que nos separaba de dondequiera que estuviese. El aire se movió, y la curiosidad se abrió paso en la mente de

Gathrriel. Ya no era el más poderoso de los presentes. Gruñó, y la rabia que sentía por verse detenido nos invadió a ambos e hizo difícil separar sus emociones de las mías. Cuanto más se acercaba Samkiel, más sentía yo desvanecerse a Gathrriel. El dolor me recorrió la piel, como si él tratase de abrirse camino a zarpazos para luchar contra lo

que lo forzaba a irse. Y de pronto, como si alguien pulsara un interruptor, la sensación desapareció.

El humo me oscureció la visión mientras la presencia de Gathrriel dejaba mi cuerpo. No lo sentí marchar; estaba demasiado consumida por lo que ocupaba el centro de la tormenta que se abatía sobre nosotros. El aire me azotó la piel, mía del todo ahora, y disfruté del tacto de la fresca brisa nocturna mientras el suelo se me abalanzaba hacia el rostro. Unos brazos de musculoso acero me atraparon a pocos centímetros de que me tragase el polvo del suelo.

Los ojos de Samkiel resplandecían de un modo extraño en la oscuridad de la noche, y lo miré en silencio. La preocupación y la ira se enfrentaban en aquel rostro perfecto. Con una maldición, invocó un manto y envolvió en él mi cuerpo desnudo antes de levantarme y apoyarme contra su pecho. El viento me empujó el humo contra la cara y me hizo toser; a nuestro alrededor, el fuego chisporroteaba. Samkiel hizo un gesto con la mano, y una potente ráfaga de aire extinguió las llamas.

Comprendí entonces lo que había hecho Reggie, y quise besarle la cara.

Había distraído y entretenido a Gathrriel, y luego lo había engañado para que prendiese fuego a los árboles y crear así una luz que Samkiel pudiese seguir.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Samkiel mientras me recorría con la mirada en busca de heridas—. ¿Qué haces aquí?

Yo temblaba tanto que me estrechó entre los brazos. No era solo el frío lo que hacía que me dolieran los huesos.

—Ga… Gath… —Me castañeteaban tanto los dientes que no me salían las palabras.

—Dianna, *akrai*, tienes los labios amoratados. —Me acarició la mejilla con los labios y siseó—. Estás helada. ¿Qué ha pasado?

Tragué saliva, y me dolió como si me clavaran puñales en la garganta.

Intenté hablar de nuevo.

—Gathrriel me pose… poseyó.

Samkiel no me daba miedo. Nunca lo había hecho. Incluso en sus peores momentos, jamás era cruel. Pero en aquel instante… Cuando sus ojos se ensombrecieron, sentí lo que había visto en su mente en Costa Rocosa, y lo que vi en su rostro me espantó.



Las llamas ardían en el hogar y lamían la chimenea, y el aroma de los rescoldos y de los troncos quemados llenaba el despacho de Samkiel. Me envolví con los brazos y me acurruqué más cerca del fuego, y el calor volvió poco a poco a mi piel. Cuando regresamos al castillo, estaba tan helada que Samkiel me hizo darme una ducha caliente. El baño se llenó de una niebla de vapor, y me froté el cuerpo hasta que

Samkiel me quitó la esponja, me sacó de la ducha y me envolvió en una toalla.

Una vez vestida, y tras haber entrado en calor lo suficiente para poder hablar, Samkiel me llevó al despacho, y les conté a Cameron, a Reggie y a él todo lo que había dicho Gathrriel, todo lo que había hecho, todo lo que yo había visto. Ahora, yo tenía la vista perdida en las llamas mientras, detrás de mí, ellos hablaban en voz baja.

Aún me daba vueltas la cabeza. Me había sentido desprovista de control, enterrada en la jaula de acero de mi mente, viendo todo lo que pasaba ante mí, débil e impotente. Se me fue la mirada al suelo, e imaginé las mazmorras de las profundidades del palacio. ¿Sería así como se sentían Logan, Neverra y el resto de la Mano? ¿Estaban atrapados, solos, gritando?

¿Luchaban y se debatían para liberarse, esforzándose en vano para frenar lo que los obligaban a hacer? Oh, dioses; jamás dejaría de intentar liberarlos, y, si alguna vez creyera que no había esperanza, les concedería la misericordia definitiva.

Un tronco restalló y me sacó del ensimismamiento. Me froté las manos en los holgados pantalones oscuros y contemplé la lluvia de chispas que ascendía por la chimenea. Mientras oía la conversación sin prestarle mucha atención, me aferré al sonido de la voz de Samkiel.

—… Un general… —oí decir a Cameron.

—… Historia reescrita, por supuesto. Pero ¿para satisfacer la narrativa de quién? —se preguntó Samkiel.

—… Haciendo las preguntas equivocadas —dijo Reggie.

Me dolía todo el cuerpo. Los nervios me palpitaban como si los hubiesen frotado con papel de lija, y sentía en la carne la quemadura

de la congelación; pero mi mente se iba calmando, hasta que oí su nombre.

—Gathrriel —dijo alguien, y me volví de inmediato a mirarlos.

—¿Cómo ha podido pasar? —quiso saber Samkiel.

—Lo sabrías si hubieses estado allí —salté. Los tres se volvieron a mirarme, y me alegré de que Miska se hubiese quedado a pasar la noche con Enya y otros amigos suyos—. ¿Dónde estabas?

Reggie abrió la boca, tal vez con la intención de defender a Samkiel, pero él habló antes.

—Me estaba encargando de los preparativos de tu cumpleaños.

Relajé los hombros, aliviada de que, tras todo lo que había pasado, no se sintiese en la necesidad de mentirme o de ocultarme algo, ni siquiera un detalle bonito como aquel. Lo divertido de la situación me pilló por sorpresa, y se me escapó una carcajada. Mi marido me abandonaba en medio de la noche para organizarme una fiesta de cumpleaños.

«Faltan semanas para mi cumpleaños», le dije a través de nuestro vínculo.

«Me gusta estar preparado».

Esbocé una sonrisa. El tono dulce de su voz había extinguido el fuego de mi furia. En realidad, tampoco estaba enfadada con él. Toda la situación era una mierda, y eso me irritaba, pero la razón principal de mi cólera era la absoluta violación que representaba lo que me había hecho Gathrriel. Tras ser la lacaya fiel de Kaden durante tanto tiempo, me negaba a aceptar que nadie me usara otra vez de esa manera. Jamás volvería a permitir que nadie me volviese débil y controlable. Nunca más.

—Así que esperó a que Samkiel se hubiese alejado para tomar la iniciativa —dijo Cameron, desconocedor de la conversación que tenía lugar entre Samkiel y yo.

—Eso parece —convino Reggie.

—Sigo sin entender por qué —comentó Samkiel. Puso los brazos en jarras y se volvió hacia ellos—. Desde que empezó a aparecérsele en sueños, Dianna y yo nos hemos separado muchas veces. Así que ¿por qué ahora?

—Nunca me has dejado mientras dormía —repuse, y todos se volvieron a mirarme. Con el fuego calentándome la espalda, seguí hablando—: Dijo que no había podido llegar hasta mí mientras dormía, pero que, la noche pasada, lo que lo bloqueaba no estaba cerca. Se refería a Samkiel. Así pues,

¿supongo que le tiene miedo? —Sacudí la cabeza—. No lo sé.

—O… —empezó Reggie, y todos lo miramos—, y esto no es más que una hipótesis, la posesión, incluso en los dominios, está muy muy limitada.

Los seres malditos del Altermundo pueden a veces forzar a otros a hacer cosas, pero no poseerlos por completo. La posesión requiere que haya un vacío que puedan llenar y ocupar como una concha. Necesitarían un cuerpo desocupado.

—¿Como un zombi? —preguntó Cameron, de brazos cruzados y apoyado en el borde del escritorio.

—La nigromancia no es posesión —añadió Samkiel.

—Pudo entrar debido a mi alma —comprendí—. O, en este caso, a mi carencia de ella.

Reggie asintió.

—Eres la anfitriona perfecta para que otro ser te ocupe.

—No quiero que nadie me ocupe. —Apreté los puños. La sola idea me revolvía las tripas. Me sentí tan… violada.

—Y no lo harán. —La voz de Samkiel resonó con el poder que habitaba justo bajo la superficie de su piel. Hablaba en serio. Cuando me encontró en aquel claro, sentí que su miedo se convertía en una llama viva.

Sabía con precisión qué recuerdo lo perseguía, y lo aterrorizaba que volvieran a separarme de él. Pero ahora no se trataría de monstruos que me arrastrasen de vuelta con Kaden, sino de un ig'morruthen antiguo y muy cabreado que quería poseer mi cuerpo a toda costa para vengarse.

Cameron enarcó las cejas y dejó escapar un lento suspiro.

—De acuerdo, entonces Gathrriel quiere el cuerpo de Dianna para cumplir una antigua venganza. ¿Quién, en todos los dominios, podría ser su enemigo? Aunque los textos mientan, todos los que reinaron en sus tiempos ahora están muertos. Os lo aseguro. Imogen me obligó a estudiar con ella cuando quería pasar el examen de ingreso para ser emisaria.

Samkiel se frotó el puente de la nariz con aspecto de profundo cansancio.

—No estoy seguro. Quizá llevar tanto tiempo muerto haya perturbado lo que le quede de cerebro. A lo mejor cree que estamos en otra época.

—Me da igual lo que piense —dije—. Si intenta controlarme de nuevo, le quemaré el alma que le dio Vvive, o lo que quede de ella.

Samkiel se mordió el interior del carrillo.

—Tenemos que buscar una forma de mantenerte despierta. Mientras…

—No lo creo —interrumpió Reggie—. Gathrriel ha dicho que no podía hacerse con Dianna mientras dormía, hasta la noche pasada. Mientras vosotros dos sigáis siendo inseparables, estaréis a salvo. No ha habido

ningún incidente previo. Ambos dais por hecho que se debe a que estabas con ella, pero quizá haya otro motivo. Esto no es más que una teoría, pues aún no puedo acceder a mis visiones, sobre todo respecto a este asunto, pero no creo que sea una cuestión de dormir o no dormir.

Me sentí algo preocupada. Desde que me había salvado de Nismera, sus visiones habían sido esporádicas y, en algunos periodos, ausentes por completo. En teoría, las sanadoras de Ciudad de Jade le habían curado los daños que le produjo el ataque de Nismera, pero desde entonces estaba cambiado, y me temía que los cambios no hubiesen terminado. La cuestión era, en realidad, que no se sabía lo suficiente sobre los hados y su fisiología como para entender qué le sucedía, y mucho menos para curarlo. No sabía lo que le pasaba, y eso me daba mucha rabia. Reggie tenía que estar bien; no lo concebía de otro modo.

—Ser inseparable de Dianna no es problema para mí —dijo Samkiel, y su mirada se abrió camino hasta mí—. Nunca lo ha sido.

Sonreí. No decía más que la verdad. Incluso cuando, cegada por la cólera, seguí mi propio camino de venganza y destrucción, no conseguí librarme de él, y ahora me negaba a volver a intentarlo.

—Oooh —exclamó Cameron, y su voz nos hizo volver a la realidad de la sala—. Perdón, creo que os he cortado el rollo. —Se rascó detrás de la oreja mientras sonreía a modo de disculpa—. Entonces, aunque no estamos seguros del todo, parece que el mejor plan es que Samkiel no se aleje de Dianna mientras ella duerme. Aunque se trate de otra cosa, y todavía pueda llegar hasta ella, el hecho es que salió disparado nada más aparecer Samkiel. Está claro que no quiere enfrentarse con él, por lo que sea, así que, en ese sentido, vamos bien.

—«Bien», ni de lejos —suspiró Samkiel. Me miró con unos ojos tan rebosantes de amor que me calentaron más que el fuego del hogar —. Tengo que investigar y averiguar más sobre las posesiones. Es inaceptable que crea que aquí tiene un asidero, y derecho a acceder a mi esposa. Tengo que

descubrir si queda alguien en este dominio que sepa cómo acabar con un espíritu.

Reggie asintió.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Cameron.

—Y luego lo voy a matar —repuso Samkiel con una sonrisa cargada de malicia.

—¿Vas a matar a un fantasma? *Okey*. —Cameron se encogió de hombros—. No me esperaba menos, la verdad. Entonces, ¿por dónde empezamos a buscar? ¿Quién podría saber cómo acabar con ese tipo?

La habitación se sumió en el silencio, y yo me volví hacia el fuego. Las llamas habían reducido los troncos restantes a brasas. Samkiel me rozó a través de nuestro enlace para ver cómo estaba. No quería que supiese lo oscuros e inquietos que eran mis pensamientos, así que le envié otra cosa.

Tenía una idea que podía ofrecernos respuestas, dado que Nismera había expurgado los dominios a su gusto. En Onuna, cuando necesitábamos información, solíamos acudir a los que estaban dispuestos a arriesgarlo todo; quienes no temían saltarse las reglas y las leyes solían ser los que hallaban las respuestas. Solo quedaba un dominio donde hubiese alguien a quien preguntar.

«Será peligroso», me dijo.

«No nos queda más remedio —respondí con cierta brusquedad—. Me niego a permitirle que me controle de nuevo».

La reacción posesiva de Samkiel restalló contra los muros de mi mente.

El solo hecho de pensarlo desataba su furia; odiaba que nadie se atreviese a tocarme, de forma física o de cualquier otra manera.

—Muy fácil —dije, con la mirada clavada en las llamas—. Vamos al Altermundo.

A Cameron se le escapó una risita incrédula, pero nadie más habló.

—Espera —dijo Cameron—. ¿En serio? ¿Todos estáis de acuerdo?

—Puede que sea la única opción —señaló Samkiel, y yo me volví de

nuevo hacia ellos.

—Estoy de acuerdo —añadió Reggie.

—Por si os habéis olvidado todos —empezó Cameron—, excepto tú, Dianna, el Altermundo no es un sitio al que uno «vaya». Salvo que me haya despistado, los siete príncipes lo siguen gobernando y, que yo sepa, allí todo el mundo te odia.

—Sí —gruñó Samkiel—, empiezo a acostumbrarme a ello. Pero tampoco nos quedan muchas más opciones. Además, no sabemos quién lo gobierna ahora. El Altermundo está muy alterado de un tiempo a esta parte, y eso me dice que, o bien no hay gobernantes, o bien quien se halla al mando no está preparado para hacer frente a los recientes ataques.

Cameron resopló y silbó entre dientes.

—Estáis chalados los dos. No me extraña que seamos familia.

Samkiel soltó una risita, pero yo me había quedado aturdida.

—De acuerdo, decidido, pues —dijo Samkiel—. Reggie nos acompañará. Cameron, tú te quedas a cuidar de la ciudad y de Miska. Un ig'morruthen aquí es mejor que ninguno.

—Antes de que os vayáis todos, ¿nos daría tiempo de hacer unas cuantas sesiones de entrenamiento? Sigo teniendo problemas con los despegues y los aterrizajes. —Calló un momento y luego añadió en voz baja

—: Y con algunas otras cosillas.

—Muy bien —aceptó Samkiel.

Esbocé una sonrisa. Cameron creía que necesitaba más práctica, pero, recién convertido como estaba, hacía cosas que a mí me había llevado un año o más aprender.

Los nuevos habitantes de nuestra ciudad habían traído keis con ellos.

Eran unos pequeños mamíferos domesticados, adorables, pero también unos cazadores feroces y eficientes. Estaban cubiertos de pelo grueso y se movían con sigilo sobre cuatro zarpas silenciosas. Las largas colas y las garras afiladas les permitían escalar los árboles para seguir a sus presas, y

con los dientes afilados podían apresarlas y retenerlas. Las orejas puntiagudas, los ojos luminiscentes y las cuatro ventanas de la nariz les concedían unos sentidos muy desarrollados y de gran sensibilidad. Vivían con sus familias y establecían vínculos con ellas, se encargaban de controlar las alimañas de la zona y a veces incluso se llevaban las presas al hogar. Por suerte, no eran lo bastante grandes para resultar una amenaza para los mortales.

Miska se enamoró de ellos en cuanto los vio, y desde entonces quería tener uno. Le prometimos conseguirle uno de la siguiente camada, pero, unas pocas semanas atrás, llegamos a casa y nos encontramos a Miska cantando y bailando con un kei cuyo pelaje era de un color idéntico al cabello de Cameron, y con los ojos rojos de un ig'morruthen transformado.

Tanto Miska como Cameron se resistieron a darme más detalles, pero, por lo que pude sonsacarles, algo tuvo que ver un desafío y una manipulación bastante sofisticada por parte de Miska. El resultado fue que Cameron se convirtió en la pequeña y adorable bestia, y Miska lo llevó de un sitio para otro todo el día como si fuese un muñeco. No sabía a ciencia cierta si debería sentirme tan orgullosa de Miska como en realidad me sentía, pero de lo que sí estaba segura era de lo asombroso que resultaba que Cameron pudiera transformarse a voluntad y mantener la forma. Era impresionante de verdad, y lo íbamos a ayudar en todo lo que quisiera o necesitara.

Hablaron unos minutos más, pero mis pensamientos ya habían derivado lejos de la conversación. Un millón de cosas distintas me cruzaban la mente, todas ellas teñidas de una pátina familiar de temor. Entre ver el fantasma de Unir, la posesión y todo lo que

teníamos que hacer, me sentía como si me hubiesen golpeado con un mazo. Era excesivo.

Gathrriel se equivocaba respecto a Reggie. Podía habitar mi cuerpo por lo que yo había hecho en aquel túnel, pero me había condenado a mí misma mucho antes. Había aceptado la sangre y la oscuridad para salvar a Gabby, y luego había renunciado a más cosas aún para salvar a Samkiel. No sentía

pena ni remordimientos por esas decisiones, y lo volvería a hacer, o cosas muchísimo peores, si con ello pudiera salvarlos.

—Dianna.

Volví la cabeza. Samkiel estaba de pie, a mi derecha, con el ceño fruncido en un gesto de preocupación. Me miraba como si me hubieran herido, y así había sido; pero, por desgracia, las heridas no eran físicas.

—Disculpa. —Sacudí la cabeza y me envolví más fuerte con los brazos para tratar de sacudirme de encima el frío que me calaba hasta los huesos.

Miré hacia atrás de reojo y vi que en el despacho ya solo estábamos nosotros. Reggie y Cameron se habían marchado.

—¿Me he perdido algo?

Negó con la cabeza.

—Ya se han ido. ¿Lo compartirás todo conmigo ahora?

Suspiré y asentí, y me volví hacia él. Antes ya les había dicho a todos lo que sabía, pero, gracias a nuestro vínculo, a Samkiel se lo podía mostrar.

Extendí las manos y él, de inmediato, se acercó y las cogió entre las suyas.

Nuestros dedos, y los anillos que él había fabricado, se entrelazaron, y algo en mi interior se relajó, al menos un poco. Inspiré con fuerza, exhalé y cerré los ojos. Apreté los dedos sobre los suyos para mostrarle lo que había visto y oído. No me guardé nada, le permití verlo y sentirlo todo, desde el momento que comenzó el sueño hasta que me salvó.

Abrió los ojos con brusquedad.

—Dianna —siseó, parte dolor, parte preocupación.

Asentí y le sujeté las manos con fuerza, aferrada a su calidez.

—No consigo que se me pase el frío. ¿Crees que la sensación de estar muerto será similar? ¿Como un frío antiguo y glacial?

Samkiel no contestó, solo me soltó las manos y me rodeó con fuerza con los brazos, como si así pudiese expulsar el frío. Yo le agarré con fuerza la camisa por la cintura y le enterré la cara en el pecho para estar tan cerca de él como me fuese posible.

—No estoy seguro —respondió—. No recuerdo lo que sentí después de morir.

Inspiré su aroma. El recuerdo era muy vívido, y yo daría cualquier cosa por erradicarlo de mi cerebro. Para él solo habían sido segundos, pero para mí fue una eternidad. No se lo deseaba a nadie. Pensaba que perder a Gabby fue doloroso, pero que tu amata se te muriese en los brazos… No creía que hubiera palabras capaces de describir un dolor así.

Lo estreché con todas mis fuerzas, como si así pudiese enterrarme en la calidez de su piel.

—Ya tenemos tantas cosas que hacer y de las que preocuparnos… Y

ahora, además, hay que añadir a la lista a un fantasma inmortal, antiguo y muy cabreado.

Samkiel se encogió de hombros con desgana, como si todo eso no le preocupara. Pero, si a mí se me daba fatal mentir, a él también.

—No es nada que no podamos manejar.

Asentí, aunque me perseguía otro pensamiento.

—Dijo que le resultaba fácil establecer una conexión conmigo porque éramos lo mismo, y no se refería solo a la sangre. Me obligó a revivir los recuerdos de perder a Gabby, de perderte a ti.

Tras mis palabras, Samkiel guardó un inquietante silencio. Tenía la cabeza apoyada con firmeza sobre su pecho, pero oía el latido de su corazón y sentía aquella furia asesina que le burbujeaba en la sangre.

—Lo mataré —dijo con una voz calmada y aterradora.

—Tiene razón —aseguré, sin intentar negarlo.

—No la tiene. —Sus palabras me retumbaron en los oídos.

—Sí la tiene. Ambos estamos coléricos, hechos pedazos. No comprendo del todo por qué lo hace ni lo que le pasó, pero…

—Dianna —me interrumpió—, tú no estás hecha pedazos.

Me eché hacia atrás y le cogí la mano y la deposité entre mis senos, sobre el corazón roto y astillado que él seguía sosteniendo y cuidando.

—Lo estoy. Todo sigue ahí dentro. La mitad del tiempo, todo lo que siento es felicidad. La otra mitad, no hay nada excepto agonía. Cada fragmento de dolor y de ira que he sentido alguna vez siguen ahí, supurando, a la espera. Y siempre será así, por mucho que lo cures. Ya he aceptado que jamás me recuperaré del dolor de perderla. Su ausencia siempre me dolerá. No forma parte de mi naturaleza dejar ir las cosas. La lloraré, y, si esa es la penitencia por haberla amado tanto, la aceptaré.

—Dame tu dolor como me das tu amor —dijo, y me cogió la mano para ponérsela sobre el pecho—. Déjame cargar con él como haces tú, para que no tengas que hacerlo sola.

Torcí los labios en lo que me pareció la primera sonrisa auténtica desde que desperté. Levanté la vista y me acerqué a él, atrapando las manos entre nuestros cuerpos.

—Tus problemas son mis problemas.

—Durante toda la eternidad y mucho después. —Samkiel sonrió y posó los labios sobre los míos para darme un beso apasionado. Luego se apartó lo justo para que nuestras narices siguiesen en contacto. Nos quedamos así, el uno contra el otro, con los corazones latiendo al unísono y compartiendo la respiración. Era una sensación maravillosa, como si hubiésemos sido uno solo antes incluso de tener forma.

—¿Qué necesitas de mí? —me preguntó—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

El corazón me latió con fuerza; necesitaba lo único que se me había negado. Le deslicé la mano hasta la nuca y tiré de él hacia mí, me hice con sus labios y deslicé mi cuerpo contra el suyo, invitándolo. Samkiel gimió y se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—¿Es eso lo que necesitas?

—Sí —jadeé.

Me sonrió, con una sonrisa de pura masculinidad, y me acunó la cara con una mano. Las puntas de los dedos me rozaron la base del cráneo y me

ladearon la cabeza.

—Dime exactamente qué quieres. ¿Qué necesitas, *akrai*?

Me tragué el miedo que sentía. Samkiel me conocía mejor que nadie.

Confiaba en mí, y yo en él, así que, cuando le respondí, sabía que me entendería a la perfección.

—Quiero tener el control.

—Contrólame, entonces. Haz lo que quieras. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Siempre estoy a tus órdenes.

—¿Lo que quiera?

Asintió, con los ojos de plata clavados en los míos, brillantes de amor.

Quería sentirme yo misma de nuevo. Quería demostrar que tenía el control de mis miembros, de mi poder, de todo. Nuestras lenguas se rozaron y todo mi cuerpo ardió. La ig'morruthen se encogió y se retorció, como si sintiera lo mismo. El fuego ardió en mi pecho. Mi cuerpo. Mi fuego. No suyos. Míos. El beso se volvió doloroso, y de pronto sentí en la lengua un calor distinto. Nos separamos, y en sus ojos había la misma confusión que en los míos; me miró los labios y luego levantó la vista de nuevo. Se lamió los labios y vi que se tragaba mis llamas y el suave resplandor anaranjado de su boca desaparecía.

Se le oscureció la mirada, y la sala también se oscureció, como si mi fuego hubiese despertado alguna bestia oculta de un sueño profundo, y volviese la cabeza.

—Hazlo otra vez —exigió, cada sílaba empapada de salvaje lujuria.

No sabía cómo lo había hecho, pero lo intenté de nuevo.

Me sujetó la barbilla y posó los labios sobre los míos. Nos besamos hasta que volví a percibir el cosquilleo del fuego, pero ahora sentía que lo controlaba. El calor irradió de mí hacia él, suficiente para calentarme las mejillas, pero no para quemar. Cuando mi lengua bailó sobre la suya, Samkiel emitió un sonido que nunca le había oído; el

fuego se derramó sobre nuestro beso y la vulva se me convirtió en un charco de lava. Me

aparté un par de centímetros y las llamas saltaron de boca a boca.

Proyectaban un resplandor cálido sobre sus facciones mientras se las tragaba, disfrutando del sabor y de la quemazón.

Cerré la boca con un chasquido y el fuego se apagó. Abrí los ojos de par en par. Nunca había hecho algo así con nadie. ¿Lo habría herido?

—¿Te he quemado? —susurré.

Samkiel ni siquiera abrió los ojos, solo me sujetó la nuca.

—Quémame vivo, si es necesario. De buena gana moriría por tus besos.

Para demostrar que hablaba en serio, se inclinó y me besó de nuevo. La lengua me exploró con desesperación, como buscando la fuente de mi fuego.

Le abrí la camisa y le arañé el pecho. Se apartó con un siseo; una delgada línea de sangre se acumuló sobre la piel dorada. Agaché la cabeza y la lamí, y él empujó la polla, ya dura, contra mí. Cerré los labios sobre la herida que ya se estaba cerrando y, con los ojos vueltos hacia arriba, la chupé.

Se me quedó mirando con la boca abierta.

Deslicé la lengua sobre los gruesos músculos del torso. Gimió y me miró con ojos de plata ardiente. A Samkiel le encantaba que lo lamiese por todas partes, y que lo mordiese. Saqué los colmillos y se los clavé hondo por encima del pezón. La sangre se me derramó sobre la lengua, y él me sujetó la cabeza para impedir que la retirase. Gimió otra vez, y el sonido me atravesó e hizo que me palpitase el clítoris.

Le rocé con la lengua el pezón, sensibilizado por el mordisco. Me metió la mano en el pelo, lo sujetó con fuerza y me apartó la cabeza de un tirón.

Estrelló los labios contra los míos, lamió los rastros de sangre y luego me metió la lengua muy adentro. Fue un beso ardiente, apasionado, profundamente animal. Le rasgué el frente del pantalón, desesperada por tocar otras partes de él. Cada vez más frustrada, sentí el calor que me bañaba las manos y luego olí el humo, y supe que había incinerado la

barrera que nos separaba, como quemaría cualquier cosa que me impidiese llegar a él.

Le agarré el grueso miembro y él se apartó de mis labios y jadeó.

Deslicé la mano arriba y abajo por el tallo y disfruté al ver que fruncía las cejas de puro éxtasis. El calor y la dureza que sentía en la palma no eran más que un pequeño adelanto de lo que le iba a hacer.

—¿A quién perteneces? —pregunté mientras le acariciaba el miembro con suavidad.

Mis palabras hicieron que los ojos le brillasen con más intensidad.

—A ti —respondió sin aliento—. Solo a ti. Para siempre.

—Bien. —Le deslicé la boca sobre el pecho—. Quiero que te estremezcas.

La mano se movió arriba y abajo al ritmo de las palabras y le arrancó un jadeo entrecortado, al tiempo que le pellizcaba la piel con los dientes.

—Quiero que te duela. —Otro beso y otro mordisquito mientras me deslizaba hacia abajo, siguiendo el perfil de sus abdominales.

Doblé las rodillas hasta que tocaron el suelo y levanté la vista y lo miré a través de las pestañas entrecerradas.

—Quiero verte desesperado.

Eché la cabeza atrás, solo un poquito, saqué la lengua y la coloqué justo debajo del glande. Abrió los ojos de par en par, excitado. Comprendí que no era solo porque estuviese arrodillada frente a él; también por el suave resplandor de llamas en el fondo de mi garganta.

Sabía que Samkiel era inmune a mi fuego. No solo lo había demostrado el beso de antes, sino que ya había intentado reducirlo a cenizas en Onuna.

No había ninguna parte de mí que pudiese herirlo.

—¿Quieres probarlo? —pregunté de todas formas.

Le lanzó una mirada a mi boca, y luego volvió a mirarme a los ojos.

—Jamás he hecho nada así —murmuró, con una mirada hambrienta.

—Yo tampoco. —Sonreí. Cada vez que inspiraba, su aroma me llenaba

por completo. Saboreé la pulsación cálida de la polla sobre los labios.

Sus rasgos adquirieron una expresión de pura satisfacción masculina, y supe que acababa de halagar ese inmenso ego suyo. Rebosaba excitación y orgullo hasta tal punto que casi podía saborearlos. Lo que íbamos a hacer no lo había compartido con nadie; él sería el único. Se mordió el labio inferior y asintió.

Abrí la boca, cerré los labios sobre el glande y lo bañé en llamas. Chilló y sacudió las caderas, lo que lo empujó más adentro. Me detuve, con las manos agarradas a los muslos duros y musculosos, y

alcé la vista para mirarlo. No vi un rostro retorcido de dolor, sino embriagado por un éxtasis de sorpresa.

—Sigue —masculló entre dientes.

Lo hice de buena gana. Le lamí la parte baja del tallo con la lengua y le rodeé la base con la mano y apreté mientras movía la boca hacia abajo.

Aunque le veía la cara, busqué su mente a través de nuestro vínculo para asegurarme de que no lo estaba malinterpretando. El placer más divino que hubiese experimentado jamás se derramó sobre mí. No le gustaba lo que le hacía, le encantaba. Eso era todo lo que necesitaba saber, así que chupé con fuerza, moviéndome arriba y abajo del pene, con la mano trabajando en tándem.

—Dioses, *akrai* —gimió. Tenía los puños apretados y las caderas le temblaban sin control—. Sí, sí, sí. Joder, qué gusto.

Emití un murmullo apreciativo sin apartar la boca, orgullosa de mí misma y de mi nuevo truco. Un calor líquido se me acumulaba entre las piernas y me hizo agitarme sobre los talones. El vacío que sentía era casi doloroso y mi ansia iba creciendo a la par que la suya.

—Tienes una boca tan cálida y húmeda, tan prieta… Es como follarte el coño.

Me agarró del pelo y, con la cabeza echada atrás, me empujó a ir más rápido. Mientras se la mamaba, vi que se le contraían los abdominales;

empujó, y el glande se me hundió hasta el fondo de la garganta. Tenía la mano resbaladiza. La cerré con fuerza sobre la base del miembro y la giré.

El calor de las llamas se me iba acumulando detrás de los labios, pero no estaba tan caliente como para hacer daño. Sus gemidos se

volvieron más y más guturales cuando me retiré y sujeté con los labios el glande inflamado.

Le meneé el miembro más rápido y pasé la punta de la lengua sobre la sensible cabeza; luego chupé con fuerza.

—¡Joder, Dianna! —gritó. Le temblaba todo el cuerpo y las piernas parecían a punto de fallarle.

Oh, dioses. Cómo me gustaba poner de rodillas a aquel hombre. Mi hombre. Jugueteé con una llama sobre la base del glande y luego me metí la polla a fondo, hasta que la noté en la garganta y toqué su cuerpo con la nariz. Dejé que las llamas envolviesen el miembro y se lo acaricié con la lengua todo lo que pude, dado que tenía la boca llena y la mandíbula abierta al máximo para poder abarcar todo su grosor.

Samkiel gruñó y cerró los dedos con más fuerza sobre mi cabeza.

Empezó a moverse, deslizando la polla entre los labios hinchados para follarme la cara. Le clavé los dedos en los muslos y sentí que tensaba los músculos de las piernas. Se movía de un modo cada vez más errático, y la polla era cada vez más gruesa. Gritó mi nombre, que resonó a través de nuestro vínculo. Era a la vez una maldición y una plegaria, tan llena de reverencia que habría caído de rodillas al oírla si no hubiese estado ya en esa posición. Dio una embestida final y lo sentí palpitar; me descargó su semen en la garganta, y yo me lo tragué con avidez.

Me sostuvo allí, con los dedos engarfiados en mi cabello, mientras su cuerpo temblaba y se estremecía durante unos largos instantes. Por fin aflojó la tensión y me retiré, deslizando los labios sobre la polla e inspirando con fuerza. No aparté la lengua ni los labios todavía. En su lugar, recogí hasta la última gota de su descarga; cada movimiento mío sobre el miembro, hipersensible por el extremo placer, lo hacía estremecer.

—Eso ha sido tan… —jadeó. Me apartó la polla de los labios y me miró como si el dios fuese yo, y no él—. Caliente.

Sonreí, triunfante, y él me pellizcó la barbilla y me puso de pie. Posó los labios sobre los míos y se inclinó para sujetarme los muslos con las enormes manos. Sabía lo que planeaba y lo detuve en seco. Se apartó y me lanzó una mirada confusa.

—De rodillas —dije, al tiempo que le lamía el labio inferior—.

Arrodíllate ante mí, como yo he hecho por ti.

—Para toda la eternidad, si lo deseas.

—No —murmuré—. Solo esta noche.

Ver al hombre más poderosos del mundo hincar la rodilla ante mí era más erótico que el fuego con el que le había cubierto la polla. Cuando alzó la mirada hacia mí, la piel me hormigueó de excitación. Incluso de rodillas, no era mucho más bajo que yo, así que tuvo que inclinarse para besarme el ombligo. Me bajó los pantalones hasta los tobillos y me ayudó a quitármelos, y entonces deslizó la boca por mi cadera y luego el muslo, dejando a su paso un reguero de marcas de dientes. Los pequeños pellizcos dolorosos me hicieron sisear, pero mi cuerpo temblaba con ansias.

Me posó la mano sobre el sexo, pero negué con la cabeza.

—No, solo la boca.

Samkiel sonrió y, con los ojos brillantes, se chupó los jugos que le manchaban los dedos. Metió una mano debajo de mí y me sujetó el culo para sostenerme bien. Con la otra, me agarró el muslo y me pasó la pierna sobre el hombro para dejarme bien expuesta a él. El gemido que se le escapó hizo que me temblaran las piernas, y el placer de sentir que me posaba la boca en el coño fue casi doloroso. Tener al Destructor de Mundos de rodillas, dándose un banquete

entre mis piernas como si estuviese hambriento, llenó el vacío que había dejado en mi interior que me arrebatasen el poder. La posesión de Gathrriel me había hecho sentir débil y carente de control, y la disposición de Samkiel a confiar en mí y permitirme

llevar la voz cantante me ayudaba a conectar de nuevo conmigo misma.

No se trataba de dominarlo ni de menospreciarlo. Amaba a Samkiel más que a nada en el mundo, y él me permitía aquello igual que yo lo había hecho. Era un intercambio de sumisiones basado en el amor más puro y sincero. Él me permitía recuperar mi poder a costa del suyo, y yo mataría a quien fuese por él, abrasaría legiones y diezmaría ejércitos si me lo pidiese.

Encontraría la corona que había perdido y se la colocaría de nuevo en la cabeza, donde debía estar, y luego haría llorar a sus enemigos antes de asesinarlos a todos. No había límites a lo que haría o daría por él. Sería el monstruo que tanto temían, y disfrutaría siéndolo.

Lo miré con los párpados entrecerrados mientras me clavaba la lengua en el coño. Me miró y lamió con avidez, como si no pudiera contenerse, y después se metió el clítoris en la boca y chupó.

—Joder —gruñí, con las manos entrelazadas en sus rizos—. Insonoriza la habitación.

Samkiel no sacó la cabeza de entre mis piernas, pero oí los pestillos de puertas y ventanas que se cerraban. Las pesadas cortinas se corrieron y oí un chasquido tranquilizador. Ahora sabía que, por mucho que gritase durante los siguientes minutos, nadie de la casa lo oiría. No sabía qué disfrutábamos más, si follar o chuparnos el uno al otro. Las dos cosas, supongo. Sí, las dos cosas.

Empujé con las caderas y se las agité frente al rostro; la lengua no se detuvo, sino que me excitó más y más. Posó los labios sobre el clítoris y lo tocó con la lengua una vez, luego otra, y después lo arañó

con los dientes y lo chupó. Jadeé y me aferré a su cabeza para intentar mantenerme erguida.

Los dedos de Samkiel se me cerraron con fuerza en el culo y me empujaron hacia su boca; no me cupo duda de que me iban a quedar moratones. No me chupó, me devoró entre gemidos, como si mi coño fuese ambrosía y él fuera a morirse si se detenía.

Con un jadeo, me aparté y me dejé caer en el suelo; le tapé los labios

con los míos antes de que me regañase por no dejarlo que me hiciese correrme. Le puse la mano en el pecho y lo empujé para subirme encima de él. Necesitaba tenerlo tan dentro de mí que no podía pensar ni sentir nada más, al menos durante un rato. Casi no tuvo tiempo de ponerse de espaldas ante de que le rodease la polla con la mano; ansiosa por tenerlo dentro, empujé las caderas hacia abajo y me empalé yo misma. Los dos gemimos a la vez; la sensación del coño tenso alrededor de su grueso miembro me quemó el cuerpo de placer.

Las llamas rugieron en la chimenea mientras yo adoptaba un ritmo constante, arriba y abajo, y el brillo anaranjado proyectó nuestras sombras sobre las paredes del despacho. Al follarlo, se me calentó la piel; mi poder, desesperado por reafirmarse en mí, nos inundó a los dos. Le clavé las uñas en los pesados músculos del pecho, pero Samkiel ni siquiera se estremeció; con la mirada clavada en la mía, me paseó las manos por los pechos y las caderas mientras yo lo montaba.

Deslizó las manos sobre mis hombros y luego brazos abajo, hasta sujetar los míos y entrelazar los dedos. Nuestros anillos se conectaron; nunca me había sentido más a salvo, ni más amada. Con cada nueva pizca de placer que me daba, las llamas crecían más y bailaban a nuestro alrededor, y cuando por fin eché la cabeza atrás con un profundo gemido, la alfombra que teníamos debajo empezó a quemarse. El fuego ardió entre nosotros, como una llama viva y

rugiente que fundía nuestros cuerpos. Me pregunté si no sería nuestro amor, que había adoptado una forma viviente.

Quizá era la manifestación física de cada brizna de cólera y de pasión que habíamos albergado alguna vez entre nosotros.

Un viento cálido y rugiente nos rodeó, pero no me preocupé de que se hundiese la casa ni de que nadie saliese herido. Para Samkiel, por muy cegado que estuviese por el placer o la furia, yo siempre era su principal prioridad, y jamás permitiría que sufriese daños por su culpa.

Los cuerpos se cubrieron de sudor mientras yo lo cabalgaba más y más

fuerte, pero él solo empujaba lo que yo empujaba, y solo me daba lo que yo le daba. El control lo tenía yo y nadie más, y él seguía mi ejemplo. Era mi cuerpo, y podía compartirlo con quien yo quisiera, y él era todo lo que quería.

—Móntame, *akrai* —exigió.

Me aferré a él e hice lo que me pedía. No podía hacer nada más. Me quemaba todo el cuerpo y me dolían los muslos, pero lo necesitaba.

Necesitaba hacerlo mío. Yo era la dueña de mi propia suerte, de mi propio destino. Nadie volvería a utilizarme jamás.

Al sentir mi contacto, todos los músculos fuertes y nudosos se tensaron sin excepción, y, cuando cerré el coño con fuerza sobre su polla y le estrujé aquella dureza clavada en mi interior, retorció la cara de placer y echó la cabeza hacia atrás. Era tan hermoso que quitaba el aliento, y más aún con las marcas de mordiscos que le había dejado en el pecho y en el vientre antes de chuparle la polla. Me follé al Destructor de Mundos, y eso me hizo sentir poderosa. Me hizo sentir como una diosa; pero sabía que para él era mucho más que eso. Lo era todo.

—Esa es mi chica —resolló—. Coge de mí todo lo que necesites.

—Te necesito a ti —jadeé—. Joder, Sami.

Ya no me quedaban palabras; la necesidad de recuperar el control se desvaneció y caí hacia delante, con los brazos junto a su cuello. Bajó la mano para sujetarme el culo y empezó a arremeter desde debajo con feroces embestidas. Le había cedido el control por completo, porque era él, y yo era suya, igual que él era mío.

—Sí, sí, sí. —Me folló y grité tanto que me dolió la garganta—. ¡No pares! ¡No pares!

Me agarró por la nuca, me rodeó con el otro brazo con la fuerza del acero y me folló con una necesidad primitiva. Me tapó la boca con la suya y se tragó mis gritos como si le dieran más energía. Viví y morí en aquel momento. El ángulo de sus embestidas hacía que el clítoris rozase contra su

bajo vientre y que el coño se cerrase con fuerza sobre él. Las palabras de Samkiel, las emociones que atravesaban nuestro vínculo y el dolor exquisito de la polla que me embestía como un martillo me empujaron más allá del límite. Me brillaron las estrellas en el fondo de los ojos y grité mientras me corría y el placer me desgarraba. Mi cuerpo tembló y se tensó, y él masculló mi nombre como si fuese una bendición y se corrió también.

La habitación se quedó a oscuras. Parpadeé para asegurarme de que tenía los ojos abiertos. Al volver la cabeza, comprendí lo ocurrido. Sin que mi hambre y mi necesidad las alimentase, las llamas se habían extinguido.

Le apoyé las manos en el pecho y me incorporé para mirar a mi alrededor.

Mi fuego había devorado la habitación y todo lo que había tocado estaba quemado y humeaba.

—Uy… —musité.

Samkiel resopló, y al mirarlo se me escapó una risita. El calor de mis manos le había dejado el pelo revuelto de un modo ridículo, y, con las marcas de quemaduras que teníamos ambos, parecía que nos hubiésemos escapado de la chimenea.

—Es el sexo más caliente que hayamos tenido jamás —dije entre jadeos—. Literalmente. Todo el suelo está quemado, y parte de tu escritorio.

Se incorporó sobre los codos y frunció los labios al mirar a su alrededor. La lujosa alfombra sobre la que yacíamos era ahora una esponjosa capa de cenizas. Las paredes tras la chimenea y la repisa estaban quemadas y manchadas de negro. Relajó el ceño y me miró con la sonrisa más egocéntrica y presumida que hubiese visto jamás.

—La próxima vez deberíamos probar con rayos.

Me reí, y la grieta que amenazaba con abrírseme en el pecho se cerró por fin.

—Gracias —le dije. Todavía tumbados en el suelo quemado y arruinado, lo estreché entre mis brazos.

Samkiel jugueteaba con los mechones de mi cabello y su aliento me

revolvió el pelo.

—No tienes que darme las gracias, Dianna. Soy tu marido.

—No, no es por el sexo. Es por… todo —añadí con un profundo suspiro, y me relajé por fin—. Solo eso, gracias.

Me daba mucho más que amor. Me daba seguridad, un hogar, un refugio. «Amor» ya no era la palabra correcta para lo que sentía por él, ni de lejos. Pero no tenía otra. Así que derramé sobre nuestro vínculo todo lo que era incapaz de decir, y compartí con él los

sentimientos abrumadores y todo lo que me había ofrecido esa noche. Me rodeó con los brazos y, mientras me dormía, saboreando nuestra conexión, lo oí susurrar.

—Yo también te quiero.



Las pequeñas alimañas se escabullían mientras mis botas avanzaban sobre los agrietados adoquines de la callejuela. De una taberna cercana me llegaron unos gritos, pero pasé de largo sin hacerles caso. Me cerré el manto sobre el cuello y siseé. El dolor fantasma de la espada de Samkiel seguía muy vivo. La lluvia caía con fuerza, empapaba el suelo y formaba pequeños charcos. El agua corría por los canalones excavados en medio de la calle, que descargaban en las alcantarillas que recorrían el subsuelo de la ciudad.

Nismera había dejado esa parte de los dominios abandonados a su suerte, como había hecho con tantas otras.

Solo los solitarios, los miserables y los olvidados habitaban ese lugar.

Mi llegada no iba a atraer la atención de nadie. Estaban demasiado ocupados y estresados por su propia supervivencia; de todas formas,

por si acaso, llevaba la capucha bajada. No quería que me reconocieran, y, desde que regresé, mis poderes eran tan erráticos que no confiaba lo bastante en ellos para cambiar de apariencia.

Una mujer dejó escapar una risita un poco más adelante y yo torcí hacia la izquierda, por un callejón sinuoso. Sentí protestar al estómago, que

quería que volviese atrás. Tenía que alimentarme, pero todavía no podía.

Nadie podía saber que seguía vivo, sobre todo él. Mi principal prioridad era encontrar a Isaiah, y para ello tenía que ser discreto. Así que, cuando se me cruzó otra alimaña, me lancé.

El animal sucio y feo chilló y luego se quedó callado. Al levantarme, aplasté los huesos entre los dientes y chupé la sangre del pequeño cuerpo.

Me alimenté, y mi estomago aceptó la sangre sin problema, pero no fue suficiente para aplacar el hambre salvaje que sentía. Mi cuerpo, tan hambriento que me sentía como si me fuese a morir de inanición, anhelaba comer. Arrojé a un lado el cuerpo exangüe, que aterrizó con estrépito sobre los cubos de basura. Me limpié la boca y busqué otra presa con los ojos. Del edificio llegaron unas risas; las sombras bailaban en la ventana. Un latido, y otro, y otro, y las garras remplazaron a las uñas de mis dedos. Avancé con sigilo. Quizá con ellos se aliviaría el dolor de estómago.

—Vaya, vaya, vaya, cómo han caído los poderosos… —Esa maldita voz.

Me detuve como si alguien me sacase de un trance, y las garras y los colmillos retrocedieron. El martilleo de mi cabeza que me empujaba a matar, a alimentarme, se calló. Aun así, me negué a volverme para mirar.

—Déjame en paz.

Ella se rio entre dientes; su voz era ahora más suave y aguda. Una mano femenina se me deslizó por el hombro y se detuvo en la parte alta del pecho.

—No podría dejarte, aunque quisiera. Vas a tener que hacer algo por mí.

Sentía su aliento en la nuca. Me aparté y me volví para encararla. Cerré los puños y me quedé inmóvil; el dolor de estómago por el hambre se transformó en náuseas. Muerte había adoptado la apariencia de Dianna.

Odiaba cómo reaccionaba mi corazón ante ella. Con todo lo que había pasado, aún vibraba, quería llamarla. Odiaba no conseguir que ese maldito

órgano dejase de amarla, hiciera lo que hiciese.

Gruñí y me alejé, y mis pasos resonaron sobre las piedras.

—¿Por qué te presentas siempre con su cara?

Me siguió con facilidad, como si yo paseara sin prisa.

—Porque es la única a la que reaccionas.

Otro gruñido se me escapó de entre los labios. Me envolví con más fuerza en el manto empapado.

—No puedes ignorarme para siempre —añadió.

Doblé por otra callejuela y escapé a la carrera de aquel frío ser. No me siguió, y, cuando me volví a mirar de reojo, vi que Muerte se había detenido, envuelto en la figura de Dianna, y me contemplaba con aquellos ojos muertos, opacos y brillantes. Mis pies golpearon

con fuerza los adoquines, pero, por mucho que corrí, no logré esquivar su presencia.

Sentía en los huesos el frío que emanaba de él, que hacía que me doliese hasta la propia alma. El toque de Muerte era algo desolado, desprovisto de esperanza y de calidez, y lo había sido desde el día que me levanté de entre los muertos. Y desde entonces Muerte me seguía. Aunque las formas en las que se presentaba eran ataques contra mi mente, podía ignorarlas todas.

Todas, excepto la de ella. Había ido de dominio en dominio buscando a Isaiah y anhelando encontrar alguna forma de paz, pero no había escapatoria, y Muerte me seguía.

Yo había cambiado. Sentía y pensaba lo mismo de siempre, pero estaba entumecido. Era como si el Olvido me hubiera reducido a átomos, y, cuando Muerte me trajo de vuelta, se hubiera olvidado algunos pedazos. No era más que un cascarón de lo que había sido, y lo sabía.

Me abrí paso entre los edificios, con cuidado de no cruzarme con nadie.

Giré la última esquina y un edificio destartalado y medio derruido apareció frente a mí. No reduje el paso hasta que llegué a la puerta y me deslicé en el interior. Cerré de un portazo y apoyé la frente sobre la puerta. La madera podrida era fría y áspera. Mi aliento formaba pequeñas nubes de

condensación mientras me esforzaba por tranquilizar mi corazón desbocado.

Retrocedí, con la mano en el pomo helado, y me detuve, temiendo lo que pudiese haber al otro lado. Me castañeteaban los dientes. Gruñí y abrí la puerta de un tirón. Lo único que vi fue un callejón oscuro y vacío; los ladrillos desportillados y la argamasa me devolvieron la mirada. La fresca brisa nocturna se adentró en la casa, pero no era el

frío del exterior lo que debería haber temido, sino el que procedía del interior. Un suave susurro llenó la habitación abandonada, una melodía que yo desconocía.

—¿Ahora tarareas? —pregunté, sin darme la vuelta.

Unas uñas tamborilearon sobre madera.

—La música es lo único que trasciende las estrellas. La encuentras en todas las culturas, en todas las lenguas. Hasta los muertos que constituyen mi reino cantan una canción.

No me sentía de humor para lecciones.

—¿Por qué no puedo escapar de ti? —pregunté, y me volví despacio para contemplar la habitación vieja y oscura. Antaño había sido una taberna, pero ahora estaba en ruinas. La barra y las mesas estaban rotas, y el suelo, cubierto de fragmentos de vidrio. Bichos de todo tipo chillaban y se escondían en las paredes llenas de agujeros.

Muerte apoyó un brazo sobre un alféizar roto. La luz de la luna se derramaba a través de la ventana quebrada y astillada.

—Bueno, técnicamente, estás muerto. Eres un muerto viviente.

La cabeza me latía de dolor, y estaba harto de acertijos.

—¿Qué significa eso?

Respondió con un pequeño estallido de risa, un sonido suave y gutural.

—¿Qué te motiva, Kaden?

La pregunta me pilló fuera de juego.

—¿Cómo?

—¿Qué insufla vida en tus huesos? ¿Qué te da una razón para seguir?

Te he visto nacer y morir. He visto lo que eres capaz de hacer, pero ¿con qué objetivo? ¿Qué buscas, un trono?

La miré, sorprendido, con una tirantez en la garganta. No sabía si se debía a que había visto más allá del Olvido, a mi recién descubierta conciencia de mí mismo, o que quien preguntaba era Muerte disfrazado con la piel de Dianna, pero, por primera vez, me planteé en serio la pregunta.

Inspiré con fuerza, hinchando el pecho, y luego dejé salir el aliento poco a poco.

—Quizá un trono, pero… Creo que lo que perseguía, en realidad, era el poder.

Muerte, sin dejar de dar golpecitos con las uñas en la mesa, entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—No me lo creo.

—Ah, ¿no? —me sorprendí—. En ese caso, ilumíname.

Muerte se inclinó hacia delante y la luz plateada proyectó su sombra más al interior de la habitación. Su figura tembló y se deformó hasta que fue Alistair quien estuvo frente a mí, con el pecho empapado de sangre oscura.

Agarró el pomo del puñal que le sobresalía bajo la barbilla y lo liberó de un tirón.

—Yo diría que es la familia —dijo Alistair, que depositó el puñal sobre la mesa en ruinas. La piel pálida de la mano se oscureció hasta volverse de un marrón intenso, y yo levanté la vista. Quien me miraba era Tobias, con la piel quemada y destrozada—. Creaste una falsa para llenar ese vacío que te niegas a admitir que existe.

—No.

Tobias se levantó y su silueta se retorció y giró sobre sí misma. Cuando se asentó de nuevo, era Samkiel quien me miraba, con los ojos de plata relucientes en la oscuridad. Se me aceleró el pulso y se me fue la mano al pomo de la puerta; estaba preparado para escapar. Samkiel vestía las ropas del consejo manchadas de sangre plateada. Tenía quemaduras bajo los ojos

y alrededor de la boca debido a la descarga de energía cuando abrió los portales. La herida que le había hecho con la lanza en el costado rezumaba sangre. Avanzó hacia mí y yo tiré del pomo de la puerta, pero no se abrió.

Los recuerdos me atravesaron la mente, imágenes que tenía grabadas a fuego en el alma. Vi ondularse el cielo, y me observé a mí mismo cargar hacia Samkiel. Su espada oscura se alzó a tal velocidad que no tuve tiempo de reaccionar. La vi abatirse hacia mi cabeza y sentí una breve punzada de dolor, pero quedó eclipsado por la agonía de saber que le había fallado a Isaiah. Luego llegó la nada más absoluta. Eso fue lo que me volvió loco.

Ahora temía cerrar los ojos; la negrura me recordaba dónde había estado, de dónde había vuelto.

Muerte, con las facciones de Samkiel, se detuvo frente a mí. Me sacudió un poco de polvo del manto y yo me estremecí y aparté la cabeza, con los ojos cerrados con fuerza. Me palpitaba la cabeza y el sudor se me acumulaba sobre la piel. Necesitaba apartarme de él, salir de aquella maldita habitación. Un gruñido profundo me resonó en la garganta; el ig'morruthen se sacudía bajo mi piel y luchaba por liberarse.

—Es lo que siempre quisiste. —La voz se acercó, y el sonido de las botas reverberó por la sala y en mi cerebro. Me dije a mí mismo que no era Samkiel, pero mi cuerpo no me hizo caso—. No es un deseo infrecuente.

Muchos de quienes viven y respiran en el fondo ansían encontrar el amor y la aceptación. Una familia es algo por lo que vivir y luchar. —Se inclinó tanto sobre mí que noté su aliento—. Por lo que morir.

Un hormigueo me recorrió la piel. Aparté a Muerte de un empujón y me abrí paso. Su figura se disolvió en un reguero de sombras que se coagularon para formar de nuevo a Samkiel. Al abalanzarme hacia la salida, tropecé con las sillas volcadas y rotas y choqué con los escombros. La puerta trasera era mi única vía de escape, pero, al llegar hasta ella, se cerró de un portazo y casi me golpeó la cara. Sujeté el pomo con las manos y lo giré con tanta fuerza que debería haberse roto, pero no cedió.

Unos pasos mesurados se me acercaron por detrás; las botas sonaban con fuerza sobre el suelo de madera.

—Formaste una familia construida sobre mentiras y traiciones para sustituir a la que os abandonó y os encerró a Isaiah y a ti. ¿Te sirvió de algo? ¿Te ayudó a reparar todo lo que está roto en tu interior?

—Cállate —gruñí, y me volví hacia él con las garras y los colmillos a la vista.

—Yo creo que no sirvió de nada —continuó Muerte con un brillo de diversión en los ojos. La alta figura de Samkiel, con las manos en los bolsillos y una sonrisa burlona en los labios, rezumaba arrogancia por todos los poros. Incluso con ese aspecto, el poder de Muerte le resplandecía alrededor como un manto de sombras.

—¿Por qué? —pregunté entre jadeos entrecortados, con la voz rota. Por mucho que lo intentase, los pulmones no lograban tragar aire suficiente para acallar mi corazón, fuera de control. Las emociones me sobrepasaban y me picaban los ojos. Parte de mí le daba la bienvenida a esa sensación. Al menos el dolor me permitía saber que estaba vivo, anclado en el aquí y ahora—. ¿Por qué me atormentas?

—¿Atormentarte? —Muerte agitó un dedo y chasqueó la lengua, decepcionado—. Llevas mi nombre en la lengua desde mucho antes de lo que quieres admitir. ¿Alguna vez le has contado a tu hermano cómo suplicaste que viniera a por ti, allí en Yejedin? ¿Sabe que la idea de que se quedase solo fue lo único que te impidió acabar con tu propia vida y dejar atrás el mundo que te había abandonado por completo?

Lo ataqué y rasgué el aire con la mano. Si Muerte fuese de carne y hueso, su rostro estaría hecho jirones, pero mis garras lo atravesaron sin dañarlo. Sonrió. Nunca le había contado a Isaiah los pensamientos que me inundaban la mente mientras él dormía en Yejedin. Cómo había vigilado su respiración sabiendo que, en el momento en que cesase, la mía también lo haría. Cómo había buscado una forma de acabar con todo, ansioso por dejar

atrás el mundo en el que nunca había sido bien recibido. Muerte estaba en lo cierto. El único motivo por el que me había forzado a seguir respirando era asegurarme de que Isaiah sobreviviese.

—Eres cruel —escupí.

—Lo dice uno de los seres más crueles que hayan existido jamás —

contraatacó Muerte, que dio un paso hacia mí, sin sacarse las manos de los bolsillos—. Estás hecho pedazos, y nada de lo que has intentado ha servido,

¿verdad? Nada ha conseguido reparar esa parte de tu alma que sangraba y sufría, hasta que… —La silueta de Muerte cambió, y los rasgos masculinos se remodelaron en una figura más pequeña y esbelta. El cabello oscuro se le derramó por la espalda, y unos cuantos mechones ondulados le cayeron sobre los hombros—. Llegué yo.

Me aparté de ella dando un respingo, pero no sirvió de nada. Las uñas pintadas de impecable esmalte rojo me giraron la barbilla hacia

ella. Los ojos eran como pozos cálidos y suaves de miel oscura. Inspiré a fondo y casi se me escapó un gemido. Hasta olía como la de verdad. Mi ig'morruthen se tranquilizó al notar el aroma; ya no veía una amenaza, sino que reconocía alguien a quien yo amaba. No podría estar más equivocado.

Yo amaba a Dianna, pero sin duda era una amenaza.

—Por un instante, creíste que las cosas podían cambiar —prosiguió Muerte con una voz como una noche aterciopelada—. Pero el deber tiene prioridad sobre el amor, y tú le debes obediencia a aquella que se hace llamar rey. Y así ha sido durante un tiempo.

Cerré los puños con fuerza.

—Si me has traído de vuelta solo para repasar mi pasado, termina conmigo ahora mismo. —Reuní todo el coraje que pude para enfrentarme a la muerte verdadera—. Porque todo esto es patético, incluso para una entidad como tú.

Muerte sonrió, levantó la mano y chasqueó los dedos.

Vacío. Un vacío oscuro, gélido, desgarrador.

Oí el eco de un segundo chasquido, y la vida recobró su aspecto.

Caí de rodillas, sollozando y tratando de respirar. Me llevé las manos al pecho mientras el aire entraba y salía de los pulmones. Tosí y, con los ojos muy abiertos, rebusqué por la habitación alguna prueba de que seguía vivo.

Muerte lo había hecho, con rapidez y sin esfuerzo. Estaba allí, y de repente había vuelto a la sofocante oscuridad. Me temblaron los hombros; sentía que el pecho se iba a rasgar y me iba a volver del revés.

Unos tacones se detuvieron frente a mí y Muerte, con el aspecto de Dianna, se agachó dentro de mi campo visual. Alcé la cabeza, todavía

sin aliento, y apoyé las manos en el suelo. El vestido caía con elegancia hacia un lado y dejaba a la vista un muslo tonificado. Las joyas relucieron sobre una muñeca delicada cuando alzó la mano y, acunándome la barbilla, me ladeó la cabeza y me obligó a mirarla a los ojos.

—¿Ves a dónde irías? ¿Dónde terminarías? Tu destino es el Olvido, una nada inacabable, oscura y desgarradora. ¿Estás seguro de querer volver allí?

—¿Qué quieres? —pregunté entre jadeos al tiempo que apartaba la cabeza. Las manos que apoyaba en el suelo rajado temblaban sin control.

La mano de Muerte me acarició la nuca.

—Primero, quiero que salves a tu hermano antes de que muera.

—¿De que muera? —Levanté la cabeza al instante.

—Se pudre en vida en las entrañas del palacio del rey dios. Lo necesito para lo que ha de venir.

Inspiré una vez, y otra. El corazón desbocado se relajó poco a poco.

Desde que volví, esa había sido mi principal preocupación.

—Lo he buscado, sin hallar pista alguna. La información que me das es útil, pero sigo sin saber dónde está el palacio de Samkiel.

—Yo sí.

Esas palabras fueron como un puñal que se me clavase en el frío corazón. Me reverberaron en la cabeza, en la mente y en lo que quedaba de mi alma. Era la determinación que necesitaba. Las dos palabras atravesaron

el miedo que me provocaba la oscuridad eterna. Me puse de rodillas y ella sonrió, porque sabía lo que yo había sido capaz de hacer por mi hermano, y lo que todavía estaba dispuesto a hacer. Como el honor para un guerrero, Isaiah era para mí, Dianna aparte, lo único, en este dominio o en cualquier otro, a lo que jamás renunciaría. Con esfuerzo, me levanté, primero sobre un pie, luego sobre el otro, y Muerte se levantó conmigo. Sonrió con un gesto triunfal, pero yo no sabía aún a qué se debía.

—Muéstramelo —pedí.

La puerta principal del edificio en ruinas se abrió con un fuerte golpe.

El cuerpo de Muerte se deshizo y se recompuso delante de mí. Un cuervo de color medianoche graznó y cruzó la puerta volando, en dirección a la noche. Yo lo seguí, bañado por el aire gélido que había dejado a su paso.



–¡Sacadlos de ahí! —gritó el general. Las explosiones lanzaban nubes de tierra al aire lleno de humo. Los soldados, cumpliendo la orden, nos adelantaron por la calle en ruinas, pero yo permanecí con el

general, que caminaba arriba y abajo frente a una hilera de rebeldes arrodillados; algunos estaban magullados y ensangrentados, otros le escupían a los pies en señal de desafío.

—Decidme dónde está vuestra base. ¿Dónde se esconden los demás? —

exigió saber el general.

En el extremo de la fila, un rebelde alto ahogó una risa.

—No te vamos a decir nada. Ya puedes mandarle el mensaje a esa puta a la que llamas «rey».

Un grito resonó en mi mente; sabía lo que iba a pasar a continuación.

El general me miró. Movió los labios, y mi cuerpo obedeció. Golpeé las paredes de mi mente, suplicándome a mí mismo que parase. Mi espada se abatió y una niebla roja flotó en el aire. Grité otra vez y me lancé contra los muros de mi mente, desesperado por recuperar el control de mi cuerpo y detener todo aquello. Mis pies se detuvieron frente al alto rebelde y sentí

que alzaba la mano, con la espada chorreando la sangre de sus amigos.

Con un movimiento veloz, el brazo…

Unas manos fuertes me aferraron los hombros y me sacudieron. Los gritos eran muy fuertes. Alguien tenía que ayudarlos. Yo tenía que salvarlos.

—Xavier.

Abrí los ojos. Estaba gritando y tenía los puños apretados. La imagen de la habitación se hizo en ese momento más clara; las cortinas del dosel, de color oro y plata, se agitaban tras el hombre que se cernía

sobre mí. Tenía el cabello rubio, y me sujetaba los brazos con unas manos poderosas.

Cameron. Parpadeé otra vez, y la imagen de Cameron se disolvió. Poco a poco enfoqué la figura de Blayne, arrodillado frente a mí. El pecho desnudo estaba enmarcado por una bata fina de color crema y unos pantalones de pijama a juego. La piel bronceada de Cameron, con pequitas en el hombro derecho, había desaparecido, remplazada por los grandes músculos de Blayne, surcados de *adyin*; las luces divinas plateadas sobre la piel dorada eran impactantes. Sus ojos plateados me observaron con una mirada llena de desconcierto y preocupación.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? —farfullé, con la garganta reseca.

—Dímelo tú —dijo Blayne—. Eras tú quien gritaba.

Tragué saliva, y la sensación fue como si me clavaran una navaja en la garganta. Moví los ojos de un lado a otro de la habitación hasta detenerlos en la gruesa puerta de piedra y oro. Estaba abierta de par en par y la parte trasera se empotraba en la pared. Dentro de la sala, junto a la puerta, había una hilera de guardias que nos miraban y evaluaban posibles peligros.

Joder, lo había despertado, y seguro que también a medio palacio.

—Lo siento —me disculpé. Me senté y tiré de la sábana para ajustármela a la cintura—. Ya estoy bien, solo ha sido una pesadilla.

No me quitó de encima aquellos ardientes ojos plateados tan parecidos a los de Samkiel. Pero en él no veía esa intensidad a la que estaba

acostumbrado. Evaluaba y estudiaba lo que tenía alrededor, como si siempre buscase algo. Me obligué a sonreír, y él asintió.

—En ese caso, te dejo para que intentes dormir un poco.

Se levantó, y ese simple gesto hizo que se moviesen los músculos. Me había olvidado de la poderosa constitución de los dioses. Esbozó una sonrisa y se dirigió a la puerta. Los guardias se apartaron para dejarle paso; después lo siguieron y cerraron la puerta al salir. Me derrumbé sobre la cama y me froté la cara. Ojalá pudiese borrar de mi mente el último par de meses.

Me quedé tumbado, mirando el techo de la habitación. Sobre la piedra brillaban pequeñas luces azules, no mayores que un pinchazo de alfiler.

Toda la ciudad estaba construida de piedras, los últimos restos del auténtico Rashearim que habían extraído del puñetero suelo. Me giré y contemplé los pilares que enmarcaban la puerta del balcón. El cielo brillaba bajo la luz de las lunas gemelas, situadas una junto a la otra como dos amantes. Llevaba semanas allí, pero me sentía como si estuviera de vuelta en Harwork Bay, cumpliendo órdenes. Cerré los ojos con fuerza y rebusqué algún recuerdo que me ayudase a dormir. Mi alma clamaba por volver a casa, o al menos por estar cerca de ella. Los echaba tanto de menos, joder; a mi familia y a él…

La culpa se apoderó de mí, seguida de otro recuerdo de terror, sangre y susurros de amor. Y de pronto ya no estaba allí, sino en otra pesadilla de la que no podía despertar. Abrí los ojos; tenerlos irritados me ayudó a luchar contra el sueño el resto de la noche.

Me apreté la última correa de la bota justo por debajo de la rodilla y me

acerqué al armario. El pestillo se abrió con un chasquido y dejó a la vista los ropajes de color crema y plata. Eran muy parecidos a los que nos había dado Samkiel, así que tuve que apartar de mis

pensamientos otra oleada de recuerdos que amenazaba con inundarme de dolor. Saqué el chaleco, me lo eché sobre la camisa y até los cordones al cuello alto. Alguien llamó a la puerta, y apenas tuve tiempo de mirar de reojo antes de que se abriese.

Jaycee entró con la coleta larga y morena agitándose sobre la espalda.

Me sonrió como un gato travieso. Solo le faltaba dar saltitos.

—Dime que no lo has hecho —me dijo nada más entrar; cerró la puerta y corrió a mi lado. Llevaba un atuendo blanco igual que el mío. Entre los colores, y la piel clara, tenía una apariencia etérea.

—De acuerdo —acepté—. No lo he hecho.

Entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—Todo el mundo oyó un grito, y esa misma noche Blayne sale de tu habitación. —Me sonrió y movió las cejas arriba y abajo—. No te imaginas la de gente celosa que hay ahora mismo.

Negué con la cabeza, confuso, y alcé las manos.

—Espera. No. Te juro que no es lo que piensas. No fueron gritos de placer, de verdad —dije mientras me ponía el abrigo.

Jaycee estiró la mano para cerrarme la ropa sobre el pecho y frunció el ceño.

—Oh. Vaya, es lo menos excitante que he oído en todo el día. Max se va a cabrear. Habíamos hecho una apuesta.

Las heridas de batalla les dolían durante eones a los celestiales, y a veces incluso a los dioses, según qué arma las provocase. La herida que yo llevaba conmigo no había tenido tiempo ni de cicatrizar aún, y esas palabras pronunciadas a la ligera se me clavaron en el corazón como un puñal calentado al fuego. Me embargó la tristeza. Bajé la

mirada y la vi cerrarme los botones uno tras otro. Las apuestas me recordaban todas las gamberradas que habíamos hecho Cameron y yo al retarnos el uno al otro.

Sacudí la cabeza y suspiré. Lo cierto era que todo me recordaba a Cameron, y mi resistencia frente a los recuerdos no estaba en su mejor momento. Aún sentía los efectos de la pesadilla, y apenas había pegado ojo.

—Estoy seguro de que Max y tú tenéis cosas mucho más interesantes sobre las que apostar que mi inexistente actividad sexual.

Me miró de nuevo, con gesto triste.

—¿Otra vez pesadillas?

Asentí en silencio.

Jaycee fue una de las primeras celestiales en trabar amistad conmigo.

Solía decir que Max y ella me habían acogido bajo su protección. Las dos eran inseparables, así que no tuve otro remedio que hacerme amigo de ambas. Seamos sinceros: tampoco fue difícil. Jaycee poseía ese tipo de afecto dulce y burbujeante que uno busca cuando el universo es demasiado sombrío para afrontarlo. Max, por otra parte, era impetuosa, y sus únicas preocupaciones eran Jaycee y el trabajo. Las quería y las admiraba a ambas.

Jaycee era muy habladora y, la verdad, me encantaba. Era un verdadero placer que te hablasen y poder responder. Con ella, todo era siempre nuevo y excitante, tanto si era una charla mientras comíamos como si me enseñaba la pequeña plaza de la ciudad. Anhelaba y disfrutaba la atención que me brindaba cada día. Jamás volvería a dar por supuesto mi libre albedrío.

Tras el rescate, Kryella me llevó a la base principal del Ojo. No estaba del todo seguro de nuestra ubicación, salvo que estaba enclavada en

las profundidades de la parte septentrional de los dominios. El paisaje era amplio, escarpado y flotante; cada monumento y cada edificio del palacio estaba rodeado de nubes.

Jaycee, Max y yo servíamos a las órdenes de Blayne y nos alojábamos en el ala este del palacio con los demás celestiales. Jaycee y Max eran parte del yeyras de Blayne, similar en cierto modo a la Mano de Samkiel. Una punzada de pesar me encogió el corazón. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ver a ninguno de ellos? ¿Seguirían vivos?

Me había pasado dos semanas en el ala médica, conectado a máquinas y sometido a toda clase de pruebas para garantizar que el hechizo de Azrael no me había dañado el cerebro. Durante ese tiempo, le pedí varias veces a Kryella que me diera información sobre el paradero de mi familia. Tras insistirle dos semanas, por fin me respondió que no sabían dónde estaban los demás miembros de la Mano, ni en qué situación se hallaban. Aquella noche lloré al irme a dormir, hasta que, preocupados por el estrés sobre mi corazón y mi mente, ya muy maltrechos, acabaron por sedarme.

Jaycee terminó de ajustarme el atuendo del consejo y me posó la mano en el hombro. Me pregunté si era consciente de lo mucho que me ayudaba en realidad.

—El desayuno de hoy ya está preparado —me dijo, sonriente—. Si nos damos prisa, aún pillaremos algún pastelillo antes de que Igor dé cuenta de ellos. Además, Athos quiere convocar una reunión, y no quiero desmayarme de inanición. Ya sabes que cuando empieza a hablar no para.

Vamos.

—Claro —dije, y le devolví la sonrisa para intentar animarme.

Mi cuerpo todavía se estaba acostumbrando a que yo lo controlase. Por el momento había podido retener los batidos de frutas que me habían preparado, pero no había probado aún con comida sólida. Mi

estómago empezaba a recordar cómo funcionar en condiciones. Jaycee salió del dormitorio y yo la seguí; el dobladillo de nuestros ropajes rozaba el suelo con suavidad detrás de nosotros. Me había costado adaptarme a que el atuendo fuese tan largo. Los primeros días no paraba de engancharme en todas las puertas. Había muchas cosas a las que debía acostumbrarme.

El pasillo abierto estaba bañado de luz solar que hacía que el suelo de piedra emitiese un resplandor reluciente. Los avines, unos animalitos alados, revoloteaban y gorjeaban alrededor de dos grandes macetas flotantes. Sus plumas eran como un reflejo de las flores de vivos colores que se derramaban sobre los bordes de las macetas. Inspiré con fuerza la brisa

matutina y, al ver que nadie me prestaba atención, me relajé. Aquel sitio no era una prisión. Era libre. Y entonces ¿por qué me seguía sintiendo atrapado?

Jaycee no paraba de hablar y hablar de cualquier cosa. Comprendí que notaba mi agitación y trataba de traerme de vuelta al presente. Bajamos a saltos la gran escalera, rodeados por el murmullo de las conversaciones a medida que la mitad inferior del palacio de Athos despertaba al nuevo día.

Había muchos celestiales de los restos de Rashearim yendo de aquí para allá, pero también mucha otra gente.

Samkiel había activado la runa de evacuación cuando se abrieron los dominios. Jaycee me dijo que, cuando Athos y Kryella la vieron brillar en el cielo, se pusieron en marcha para reunir a todos los que él había salvado. A Samkiel le encantaría saber que aquellos que había protegido estaban a salvo. El Ojo se había mantenido muy ocupado reubicando a los mortales en Onuna, ahora que la atención de Nismera parecía enfocada en algo más urgente que controlar aquel dominio. Cuando expresé inquietud acerca de lo que podía ser ese algo, nadie tuvo en cuenta mis preocupaciones. La arrogancia era un rasgo común entre los dioses.

Max nos llamó con un silbido desde el otro extremo del comedor.

Estaba sentada con otros celestiales y ya nos tenía bandejas preparadas.

Jaycee la saludó con la mano y nos dirigimos hacia allí. Solo habíamos dado unos pocos pasos cuando Jaycee se paró de repente y yo tuve que frenar en seco y casi tropecé con ella. La conversación dio paso a un murmullo y luego a susurros. En el silencio, oí el ruido de botas blindadas y, unos segundos después, los dioses y sus guardias desfilaron por las enormes puertas del comedor. Los celestiales, tanto los más humildes como los más encumbrados, retrocedieron y formaron dos sólidas líneas para abrirles paso de camino hacia la sala de reuniones principal. Muchos celestiales hicieron una reverencia y murmuraron oraciones y agradecimientos.

Los dioses estaban desperdigados por los dominios. De entre los que aún vivían, Athos y Kryella eran dos de las más antiguas, pero desde la caída de Rashearim habían nacido muchos más. Los nuevos dioses habían crecido y, cosa curiosa, eran aún más arrogantes que Samkiel, pero no más fuertes. Ni de lejos. Solo Athos y Kryella me transmitían una sensación de poder similar.

Agaché la cabeza para preguntarle a Jaycee a qué venían las reverencias, pero de pronto se irguió y se puso firme. Noté que una oleada de sorpresa recorría a la multitud y, al levantar la mirada, descubrí que Blayne y sus guardias se habían detenido frente a mí.

—Xavier. —Pronunció mi nombre con orgullo—. ¿Me acompañas a los salones del consejo?

Parpadeé, sorprendido y más intimidado por su altura que por su poder.

Los susurros se reanudaron, y por el rabillo del ojo vi que Jaycee sonreía.

Ahora sí que no me iba a librar jamás de los rumores y las insinuaciones.

—Como desees. —Hice una ligera reverencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Decirle que no?

Se giró en redondo y yo lo seguí tras lanzarle una última mirada a Jaycee, que abrió mucho los ojos y se mordió el labio para ocultar una sonrisa. No me cupo duda de que iba a salir corriendo a hablar con Max y ya nunca me iban a dejar en paz con el tema. Caminé al ritmo de Blayne, pero unos pasos detrás de él. Su guardia real nos flanqueaba, y me fijé en que algunas botas estaban manchadas con una capa reciente de arena roja.

No dije nada, pero tomé nota mental; había algo que no acababa de gustarme.

Atravesamos a buen paso otro pasaje abierto, en dirección a unos grandes edificios flotantes del lado occidental. El corazón me latía con fuerza. Todo el mundo sabía dónde estaban los salones principales del consejo de los dioses, aunque solo a unos pocos elegidos se les permitía acercarse. El pasillo terminó y nos detuvimos en un disco de oro cubierto de

complejos grabados. Empezó a subir, y yo separé un poco las piernas para mantener el equilibrio. Al mirar alrededor, me quedé asombrado. Aquello no era un palacio, era casi una ciudad. Creía que estaba construida sobre las nubes, pero en realidad colgaba de las montañas más altas que hubiese visto jamás. Entonces comprendí en qué parte de los dominios septentrionales estábamos.

Arcelia. El hogar original de los dioses.

—Creía que Arcelia había sido destruida durante el primer reinado de Pharthar.

Mientras la plataforma seguía subiendo, Blayne se me acercó con las manos cogidas en la espalda.

—«Destruida» es un término relativo. Como la mayoría de los imperios, cayó y fue reconstruida.

Lo miré. La forma de decirlo, y las palabras que había escogido, me recordaron a… alguien. Alguien que no lograba precisar. La plataforma se detuvo con una pequeña sacudida. Me dio una palmada en el brazo y luego se giró y salió hacia el pequeño puente de oro y plata. Lo seguí. Las nubes estaban tan cerca que se podían tocar. Cuando llegamos a una puerta doble, los guardias se movieron a los lados y se detuvieron. En ambos costados, las enredaderas cubrían los muros y las hojas se mecían bajo la suave brisa.

Blayne se detuvo y sostuvo la puerta abierta para que yo pasara. Crucé entre los guardias y entré. Recorrí con la mirada la cámara del consejo y me embargó el asombro. Qué diferente era de mi hogar. Grandes estatuas se alzaban junto a las paredes con las manos extendidas hacia arriba, como si pudiesen sostener el sol. Me apostaría algo a que, a ciertas horas del día, lo parecería. Las nubes se agolpaban en el exterior y se colaban en la sala por las aberturas de los muros. La niebla se deslizaba sobre el suelo y jugueteaba con los pies de las estatuas.

De repente, vi algo y me puse firme al instante. ¿Cuán embotados tenía los sentidos que ni siquiera había notado su presencia? Más de diez dioses y

diosas esperaban sentados frente a una inmensa mesa de piedra que parecía que hubiese brotado del suelo de la sala. Solo quedaba una silla vacía, y supuse que sería la de Blayne. Un mapa viviente con su propia atmósfera en miniatura se movía y se agitaba sobre la mesa. Kryella pasó la mano sobre el mapa y la escena cambió. Las nubes en movimiento se transformaron en un paisaje de polvo y arena. Otro gesto de la mano y cambió a una vista de la galaxia, estrellas relucientes sobre un tapiz negro.

—Lo fabricó ella misma, ¿sabes? —me susurró Blayne.

Se me fueron los ojos hacia él. Asentí.

—No me sorprende. Kryella ya era muy poderosa cuando la conocí. No puedo ni imaginar las consecuencias de disponer de mil años más.

Blayne no dijo nada, solo torció los labios en una pequeña mueca y cruzó la sala para tomar asiento. Las puertas se cerraron detrás de mí con un chasquido suave y me empujaron hacia delante. Cuando me acerqué, los dioses estaban enfrascados en sus conversaciones. Había memorizado los nombres de los más importantes. Jaycee y Max me habían hablado de los nuevos, y de lo que había cambiado. Que había sido mucho. Othello fue el primero en mirarme y asintió con un gesto. El cabello, castaño y ondulado, le rozaba los hombros. Una cicatriz le bajaba desde un lado de los labios y atravesaba la barba incipiente. La piel morena estaba cubierta de marcas, delgadas líneas plateadas que desaparecían bajo la armadura.

Renah se sentaba a su lado, cruzada de brazos. Contemplaba a los otros ocupantes de la mesa con unos ojos grandes y bondadosos. El llamativo cabello pelirrojo estaba anudado en una trenza que le caía por la espalda, y unos rizos enmarcaban el rostro con forma de corazón. Se rio de algo que había dicho Othello, y la naricilla respingona se arrugó de un modo adorable. Tenía una piel tan pálida y luminiscente que, en comparación, hasta la armadura de plata que llevaba resultaba sosa. Era la delicadeza personificada, hasta que uno se fijaba en la famosa hacha de combate que sujetaba a la espalda. Jaycee me dijo que era lo bastante afilada como para

dividir en dos los dominios, y me pregunté hasta qué punto sería cierto.

Davian señaló un punto reluciente del mapa, y Kryella asintió. Era calvo, excepto por una franja de pelo en punta que le dividía la cabeza, lo que dejaba a la vista la cicatriz que lucía con orgullo. Un

golpe casi fatal de una antigua batalla, y a la vez una prueba de que seguía vivo. Max me había dicho que era muy arrogante, y por cómo se comportaba no me costó nada creerla.

Noté que alguien me observaba, y al mirar a la izquierda me encontré con los ojos de Koa. Mi viejo amigo esbozó una sonrisa. Me había alegrado tanto de ver que seguía vivo… Creía que había perecido en la Guerra de los Dioses. Él fue el dios que creó a Zekiel. Contarle lo que le había pasado a Zekiel en Onuna fue muy duro. La tristeza y el dolor emanaron de él, pero sacudió la cabeza y me apretó el hombro, una forma de decirme que no había nada que yo hubiese podido hacer. Ese gesto de compasión y comprensión no hizo más que alimentar mi sentimiento de culpa.

Koa había amado tanto a Zekiel como nosotros, quizá más; pero, si había algo en lo que todos estábamos de acuerdo, era en que Zekiel había muerto luchando, como un guerrero. Morir de vejez o de enfermedad sería un insulto a lo que representábamos. Pero eso no aliviaba el dolor de su pérdida. Echaba de menos a Zekiel. Era el miembro más joven de la Mano, pero también aquel al que acudíamos los demás cuando necesitábamos un momento de paz. Aunque era un consumado guerrero, tenía un carácter dulce, relajante. Lo echaba de menos, y la culpa me reconcomía las entrañas. ¿Cómo iba a decirle a Koa que ahora todos amábamos a la persona que había sido el instrumento de la muerte de Zekiel?

Aparté la vista de Koa, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo, y posé los ojos en Athos. Se sentaba a la cabeza de la mesa, con el pelo rubio platino peinado a un lado y caído sobre el hombro. Una media corona le colgaba del lado derecho de la cabeza, con puntas que giraban hacia atrás y arriba como alas. Los eslabones dorados del vestido color crema se

entrecruzaban tres veces, y las hombreras sobresalían de los hombros como picos afilados.

—Xavier. —Athos juntó las yemas de los dedos de uñas arregladas y se levantó. Al darse cuenta de que yo estaba allí, todos guardaron silencio y se levantaron con ella. Athos era tan anciana como sabia, y ambas cosas se combinaban para crear algo: poder. Un poder puro, antiguo, arcaico, sin límites. Siempre había sido una fuerza en sí misma, pero yo podía sentir que había crecido, cambiado, y se había hecho aún más formidable. Dio un paso adelante, y yo le respondí con una cálida sonrisa. El cabello rubio y suave contrastaba con las puntas afiladas de la armadura—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—La verdad, soy yo quien se alegra de que me encontraseis —dije.

—Y nosotros, pero todavía queda mucho por hacer —añadió Athos.

Agitó la mano; las líneas plateadas del suelo de mármol relucieron y una silla se alzó junto a la de Blayne. Era alta, moldeada y, supuse, para mí.

Sentí que Blayne me miraba, y Athos señaló la silla.

—Siéntate, por favor.

Tragué saliva y miré de reojo la sala de reuniones.

—Creo que estoy un poco fuera de lugar, mi señora.

Athos me dedicó una sonrisa franca y sincera.

—No hace falta que me llames así. No soy el rey dios, y tú eres más que digno de estar aquí. Eres parte de la Mano de Samkiel. El último que hemos encontrado. Te has ganado el derecho a sentarte a esta mesa. Ahora, por favor, toma asiento.

Cuando me senté, Kryella, que estaba enfrente, me sonrió. Era una situación muy extraña. Cameron y yo siempre estábamos presentes en las reuniones importantes de los dioses, aunque aparte, a un lado.

Samkiel agradecía nuestras opiniones e ideas, pero nunca nos habíamos sentado a la mesa como me sentaba yo ahora.

Athos caminó hasta un espacio vacío junto a la mesa, y Kryella alzó las

manos. La sala se quedó a oscuras y las chispas de magia se agruparon sobre nosotros y se fusionaron para formar la imagen de un mundo desolado. Todo estaba arrasado. El humo se arremolinaba como una nube y el aire estaba lleno de ceniza.

—Sentimos un cambio en Torkun, cuando algo extrajo del cielo la fuerza vital de Samkiel.

Me sentí confuso. «¿Fuerza vital?». Se me aceleró el corazón. ¿Estaba vivo? Noté que Blayne me miraba, pero me negué a devolverle la mirada.

Me aferré a los brazos de la silla con tanta fuerza que me dolió.

Las imágenes, controladas por la magia de Kryella, se sucedieron.

Ladeé la cabeza y observé mientras nos mostraban diversos lugares, ciudades y pueblos en el momento en que la luz de Samkiel desaparecía del cielo. Los espectadores señalaban y jadeaban, asombrados. En el instante que fue absorbida del cielo, un trueno separó las nubes que se habían formado a su paso y se desató una lluvia torrencial, brillante y plateada.

Samkiel.

Las imágenes se transformaron de nuevo en el paisaje desolado, pero la vista era más amplia. Me di cuenta de que la ceniza no se arremolinaba por las corrientes de aire, sino que flotaba hacia el cielo, y con ella todo lo que no estuviese sujeto al suelo.

Athos extendió la mano como si pudiese tocarlo.

—El campo magnético residual de Torkun es inestable. El incremento de poder también modificó la gravedad, y en la era de Unir solo unos pocos mundos igualaron algo así. Solo hay un ser capaz de hacerlo.

Tragué saliva. El poder destructivo definitivo. El poder del Destructor de Mundos. Kryella agitó las manos una vez más, y Samkiel apareció frente a la mesa. Era una imagen antigua, de antes de que Rashearim cayera y él se apartase del mundo. Una imagen que a la gente le encantaba y que él odiaba. Unir lo obligó a permanecer quieto mientras un artista se tomaba su tiempo en hacerle un retrato. Sin duda, era la imagen que más aparecía en

los textos que mencionaban a Samkiel.

Me había olvidado de lo largo que solía llevar el pelo moreno. Le caía por debajo de los hombros, y los mechones más cortos se detenían casi en la barbilla. Sostenía en una mano la espada de su padre, con el emblema de Unir grabado en la empuñadura. La que solía llevar más adelante se la dieron cuando ascendió al trono. Una banda de tejido rojo y dorado, los colores de su hogar, le envolvía los anchos hombros. Hasta la caída, los lucía con orgullo. La armadura de plata relucía incluso en la imagen proyectada ante nosotros. El poder de Samkiel me era muy familiar, y creí que lo que sentía era su recuerdo. Pero, al mirar a mi alrededor, vi que todo el mundo se recostaba en el asiento; era evidente que notaban la autoridad que emanaba, un poder que se dejaba sentir incluso a través de una imagen.

—El Destructor de Mundos, contra todo pronóstico y contra toda lógica, no solo ha sobrevivido a la gran devastación que desbloqueó los dominios, sino que también ha sido capaz de recuperar su poder.

En el silencio que siguió, estudié la imagen de Samkiel. La alegría me inundaba el corazón, como una burbuja creciente que quería estallar, y me empezaban a arder los ojos. Los cerré, y mi mente aprovechó la oportunidad para ofrecerme el recuerdo de él arrodillado en el suelo, con el cuerpo cubierto de cadenas, atrapado por las runas. Nos

obligaron a cruzar el portal y fui incapaz de moverme para pelear. No pude quedarme para ayudar, para morir junto a él.

Una mano me agarró la rodilla bajo la mesa, un apretón suave que alejó las pesadillas a plena luz del día. Abrí los ojos y vi que la imagen de Samkiel ya no estaba. Athos seguía hablando, pero Blayne me miraba con el ceño fruncido de preocupación.

Moví la pierna para apartar la rodilla. No pude evitar que aquel simple gesto me arrancase un escalofrío de incomodidad. Desde que había vuelto, había sido muy amable conmigo, pero las miradas y los contactos se tenían que acabar. Yo todavía… El cadáver de mi prometido casi no había tenido

tiempo de enfriarse. No había tenido tiempo para llorarlo, ni para procesar la pérdida de tanta gente, ni lo que había pasado, y mucho menos para rememorar la pelea entre Cameron y yo en aquel maldito puente.

Sacudí la cabeza y entrelacé los dedos bajo la barbilla. Blayne captó la indirecta, pero, aunque volvió la mirada hacia la sala, yo aún sentía sus ojos posados en mí. Era otro poder sagrado de Blayne. Parecía capaz de estar en dos sitios a la vez; su poder y su cuerpo se movían de forma independiente, en un sentido muy real. Cuando Jaycee me llevó a ver un entrenamiento de Blayne, pude ver cómo lo demostraba durante un combate. Era el dios de la caza. Fuese el arma que fuese, cuando él la empuñaba, siempre daba en el blanco. Verlo en persona era increíble. Cortaba todos los blancos por la mitad y partía una flecha con la siguiente sin siquiera mirar. No me había dado cuenta de que sus dones le permitían dividir la atención de tal forma que podía, literalmente, cuidarse las espaldas, con lo que era imposible que nadie lo pillase desprevenido; sin duda, una ventaja excelente. Pero ¿qué se podría esperar de un cazador?

—Nuestra prioridad debería ser el cambio que sentimos justo antes, Athos —dijo Othello, que se inclinó hacia delante.

Kryella agitó la mano y la imagen cambió, pero la nueva vino acompañada de sonido. Un rugido fuerte y profundo, que comenzó como un fragor y creció hasta adquirir la fuerza pulsante de un estallido sónico. Las nubes se retorcieron y se apartaron, pero no por propia voluntad. No, lo que distorsionaba y deformaba sus formas eran las alas poderosas que las atravesaban.

Las llamas anaranjadas se propagaron por la sala del consejo mientras todos contemplábamos un enorme y oscuro ig'morruthen que chasqueaba las mandíbulas y mordía el aire. No un ig'morruthen cualquiera. Ella. Yo conocía a esa bestia, reconocía a Dianna. Me erguí en la silla, con el corazón latiendo desenfrenado. Ella también estaba viva. El alivio me desbordó. Ambos habían sobrevivido y, a juzgar por las apariencias, ella

había evolucionado. Era mayor, estaba erizada de más púas y en general…

era «más de todo», incluso en la imagen. Perseguía a otro ig'morruthen con escamas de punta roja escondidas entre las negras, que huía, esquivando y girando, mientras trataba de evitar ser alcanzado por el fuego, los dientes y las garras. Otro rugido atronador atravesó el aire. Las nubes que había tras ella se apartaron y mostraron unos ojos carmesíes y unos cuernos retorcidos. Kaden. La boca abierta estaba abarrotada de colmillos y en el fondo de la garganta florecía una bola de fuego. Justo en el momento que disparó el fuego a Dianna, las imágenes se interrumpieron y la habitación recuperó la claridad.

Kryella jadeaba mientras la magia que había usado para mostrar las imágenes le desaparecía de los ojos. Se sentó, apoyó los brazos en la mesa y siguió respirando con esfuerzo. Parecía agotada, como si hubiese tratado de gestionar un millón de cosas a la vez.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—… Otro problema, aparte de la amenaza creciente de Nismera…

—Las fronteras deberían ser nuestra principal preocupación.

—Samkiel ya no es de fiar.

Athos levantó la mano y se hizo el silencio.

—Comprendo la inquietud, y la creciente amenaza, pero no vamos a dejarnos arrastrar por el miedo o la preocupación. —Volvió la cabeza hacia mí, y todos los presentes siguieron la mirada—. Xavier. ¿Qué puedes decirnos de Samkiel en los últimos tiempos? Desde su regreso, tú has sido quien ha estado más cerca de él.

—Y de la ig'morruthen que protege —interrumpió Othello—. También queremos saber eso.

Athos le lanzó una mirada penetrante al viejo cabrón y se giró de nuevo hacia mí.

El sudor me corrió por el cuero cabelludo. No podía mentir, pero conocía sus prejuicios, y no les iba a gustar lo que les iba a decir.

—Él… Hummm… —comencé, y me detuve para inspirar hondo—.

Está enamorado de ella.

El caos se adueñó de la sala; los dioses y diosas gritaban para hacerse oír unos sobre los otros, tratando de comunicar sus ideas y opiniones. Todos excepto Blayne, que me miraba con la barbilla apoyada en la mano.

De nuevo, Athos alzó la mano y se hizo el silencio.

—Dada la fama de Samkiel con sus parejas sexuales, puede que no sea más que algo pasajero, como otras incontables…

—No lo es —interrumpí.

Pese a los ceños fruncidos y los murmullos dirigidos a mí, decidí no esconder la verdad sobre Dianna y sobre su relación. Lo iban a averiguar de todas formas, tanto si se lo contaba yo como si no. Si trataban de dar caza a Samkiel, pronto averiguarían cuánto se preocupaban el uno por el otro. Y

con qué violencia. Así que se lo conté; solo me reservé algunas de las partes más sangrientas de la historia, pero por lo demás lo conté todo. Les dije quién era ella en realidad, cómo Kaden la había convertido en un arma y cómo Samkiel y ella se habían enamorado.

La gran mayoría de ellos no me creyeron. Resoplaron al oírlo u odiaron la idea por lo que ella era. Samkiel había cambiado muchísimo desde la última vez que lo habían visto, y más aún después de conocerla a ella.

Dudaba de veras de que, a aquellas alturas, lo reconociesen, no solo por su apariencia externa, sino también por su interior. El mundo lo había cambiado, había endurecido algunas partes que antes eran más suaves, y Dianna también lo había cambiado, lo había retado a ser mejor.

Se rieron y desecharon mis palabras. Tragué saliva para deshacer el creciente nudo en la garganta y me senté. Creían que Samkiel era todavía el joven rey dios temerario que no amaba a nadie, excepto a sí mismo y a su corona. Estaban muy, pero que muy equivocados.

—Gracias por tu relato, Xavier. —Athos sonrió—. De verdad.

—Así que la compañera prometida, y que había perdido, ha regresado a

los dominios, imbuida de un poder antiguo y arcaico. —Othello se recostó en la silla y sacudió la cabeza con desagrado—. Eso no cambia nada. Ella…

—Lo cambia todo —dijo Blayne. Se puso de pie y miró a todos los dioses de la sala, uno tras otro, con ojos de plata reluciente—. Yo no estuve presente durante la primera caída, pero no dejaré que haya otra. Los ig'morruthens diezmaron Rashearim y, como hemos visto, tres de esas bestias han regresado. Y hemos visto también que el Destructor de Mundos parece estar al mando de al menos una de ellas. Es preocupante, y debería inquietarnos a todos. Como mínimo, deberíamos reunirnos con él y descubrir sus auténticas intenciones, ahora que ha regresado. Tenemos que determinar si es una amenaza para nosotros o no.

—Ni Samkiel ni Dianna serían jamás una amenaza —aseguré. Todos los ojos se volvieron a mirarme. Comprendí que había hablado cuando no me tocaba. El poder de aquellos seres iba más allá de toda comprensión, y cualquiera de ellos podía separarme la cabeza del cuerpo. Pero no iba a quedarme allí sentado y dejarles hablar de Samkiel como si él fuese el enemigo—. Sé lo que parece, pero…

—Por lo que tú mismo has contado, Ayla murió. La reina prometida, y todo lo que ella representaba, murió y renació convertida en un horror —me dijo Blayne antes de volver la vista hacia los demás presentes en la habitación—. Y ahora ¿Samkiel controla ese horror? Su poder lo abarca todo. Puede asolar mundos. Y ¿con ella a su lado? Yo diría que es una buena razón para preocuparse.

Blayne hizo una pausa y varios dioses murmuraron en señal de acuerdo.

Otros solo parecían preocupados. Pero todos callaron cuando volvió a hablar.

—Los ig'morruthens traicionaron a los primigenios del mismo modo.

Usaron sus poderes y los volvieron contra ellos. Es imposible controlarlos, y ni siquiera contenerlos. Son impredecibles, salvajes y feroces. Fuego hecho carne, que puede moldearse a la forma que deseen. Nismera tiene

cuatro, y ya habéis visto de lo que es capaz. Si Samkiel no se pone de nuestro lado en esta guerra, estaremos en inferioridad numérica y táctica.

¿Queréis arriesgaros a derramar más sangre divina solo porque supusimos que sus intenciones eran buenas?

Blayne se recostó en la silla mientras la sala se convertía otra vez en un intercambio de preguntas y palabras y Athos asentía en señal de acuerdo.

Los ojos de Kryella se cruzaron con los míos, y pude ver en ellos la duda.

Me daba vueltas la cabeza. ¿Cómo iban a saberlo, o a creerme? Hacía eones que no veían a Samkiel, y lo único que sabían de Dianna era que procedía de sus enemigos acérrimos. Veían todo aquello como una acumulación de poder, una amenaza que se cernía sobre ellos. Samkiel no era como Kaden. Jamás usaría a Dianna como arma, y jamás se le ocurriría derrocarlos. Si acaso, le encantaría descubrir que ya no estaba solo, que sus parientes estaban sanos y salvos y se habían creado su propio hogar.

Discutieron, debatieron y hablaron, y la sensación de inquietud y de angustia persistió. Mi objetivo inicial era tranquilizarlos, pero mis palabras parecían haber tenido el efecto contrario.



–¡Dianna Andrea Martinez! ¡Detente ahora mismo! —gritó detrás de mí.

Apoyé la mano en la mesa y salté por encima de ella. Si me atrapaba, estaba acabada, y no pensaba perder algo que me era tan precioso. Sin aliento, giré por otro pasadizo. Podía esconderme entre las sombras o deslizarme al intersticio, pero sabía que, en ambos casos, el enorme bruto que me perseguía me olería en segundos. Cuando quería algo, era peor que un sabueso. Pero quizá… Corrí, asegurándome de que me oía, y giré otra esquina a la carrera. Aquello era como un laberinto. Había tantos corredores y tantas puertas que cualquier idiota se perdería allí. Él no era un idiota, pero tenía la esperanza de que al menos lo frenase un poco.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro; al oír el ruido de pasos detrás de mí, supe que era una esperanza vana. Por suerte para mí, yo siempre tenía un plan B.

La luz se derramaba por un pasillo a la derecha, y se oía el tintineo de la cubertería de plata sobre las bandejas y las voces que celebraban. Doblé la esquina; el poder que tenía detrás me empujaba a seguir. Sentí unos dedos

que me rozaban las puntas del pelo, me dejé caer de rodillas y atravesé el umbral deslizándome. Tres pares de ojos sorprendidos se clavaron en mí.

—Escondedme —rogué, y el ser más pequeño de la mesa soltó una risita; parecía divertirle mi inminente derrota.

El más alto de los tres sacudió la cabeza con gesto apesadumbrado y miró a algo que había detrás de mí.

—Me temo que es demasiado tarde —dijo.

Y una mierda, tarde. No pensaba rendirme sin pelear. Me lancé adelante y sujeté a la niña. Me volví, con ella entre mis brazos, para enfrentarme a la amenaza que había en el umbral.

—¡No te acerques ni un paso más! —aullé—. ¡Piensa en los niños!

Samkiel puso los ojos en blanco, y Miska chilló de alegría. Le sujeté los bracitos con cuidado de no hacerle un moratón, y la sostuve entre nosotros.

—¡No uses a Miska de escudo, Dianna! No es digno de ti —casi me exigió Samkiel, que cruzó los brazos sobre el pecho poderoso. El bulto de sus bíceps me distrajo un momento, pero enseguida recuperé la concentración. La cosa iba en serio.

Fingí un grito ahogado y levanté un brazo de Miska para apuntarlo hacia él.

—¿Escudo? ¿Cómo osas? Es una grande y poderosa… —Me incliné hacia Miska y susurré—: ¿Qué quieres ser?

—¡Una maga! —exclamó con una enorme sonrisa y las orejas puntiagudas levantadas en señal de alegría.

—Una grande y poderosa maga —dije con voz grave, para que sonase más dramático, mientras movía el brazo de Miska hacia él—.

Atrás, he dicho.

Samkiel volvió a poner los ojos en blanco. Cada vez se le daba mejor.

Se le estaban pegando cosas de mí.

—Dianna, dame tu anillo —dijo. Sonó como una orden, pero los ojos se movieron, divertidos, y vi que trataba de reprimir una sonrisa.

—Jamás —siseé—. ¡Huye, Miska! El poder lo ha vuelto loco. —Chillé y la cogí de la mano. Tiré de ella hacia la larga y gruesa mesa de madera de la cocina y corrí para rodearla.

Samkiel nos persiguió y ella gritó de diversión, con un sonido que iluminó la cocina. Tenía las mejillas arreboladas y, mientras corríamos, las lágrimas se le asomaban a los ojos. Samkiel podría haber saltado sobre la mesa y terminado con todo, pero oír a Miska llorar de risa, después de todo lo que había pasado, era música celestial para toda la casa.

Samkiel se dirigió a la derecha y nosotras a la izquierda, para mantener la mesa entre medio. Él emitió un gruñido juguetón y el sonido resonó en mi interior. Me detuve y lo miré, mordiéndome el labio, mientras la lujuria se adueñaba de mi sexo. Me dedicó una mueca burlona y chasqueó los dientes en dirección a mí. Miska, con un chillido, levantó las manos y entonó algo que estoy segura de que no era más que un galimatías. Samkiel se apretó el pecho y retrocedió tambaleándose; luego fingió que se esforzaba por atravesar un lodo espeso.

Samkiel plantó las manos en la mesa.

—¡Cameron! —dijo—. Mueve el culo y ayúdame.

Cameron frunció los labios y miró a Reggie.

—¿Qué probabilidades de sobrevivir tengo?

Reggie se encogió de hombros.

—Un ocho por ciento, como mucho.

—Lo siento. —Cameron negó con la cabeza—. El hado ha dicho que la cosa no pinta bien. Creo que me voy a quedar al margen.

—Maldito traidor —gruñó Samkiel.

—Tengo un plan —le dije a Miska. Al ver que me quitaba el anillo y se lo ponía en la mano, me miró muy seria, con los ojos de color lavanda abiertos de par en par. Cerró la manita sobre la preciosa joya —. Huye y protégela con tu vida.

Miska se metió debajo de la mesa a la vez que yo saltaba por encima;

pillé por sorpresa a Samkiel, pero no demasiado. Me atrapó en el aire y me hizo girar hasta sujetarme con un brazo contra el costado. Se me escapó el aire de los pulmones cuando se agachó y trató de alcanzar a la diminuta sanadora, que lo esquivó a duras penas.

Casi había llegado a la puerta cuando Samkiel le gritó.

—¿Vas a dejar indefensa a tu reina, Miska?

Miska derrapó para frenar y, al volverse, la larga trenza de color pálido iridiscente se movió de un lado a otro. Empujé a Samkiel y asomé la cabeza para poder mirar, y vi que Miska sostenía el anillo con ambas manos.

Nos miró a Samkiel y a mí y por fin tomó una decisión. Regresó, con un suspiro de derrota, y le ofreció el anillo.

—Lo siento. He fracasado.

Bufé y le di un mordisco juguetón a Samkiel en el hombro.

—No pasa nada. Es un adversario muy poderoso.

Miska sonrió. Samkiel me dejó en el suelo y aceptó el anillo. Luego le revolvió el pelo a Miska y se volvió a mirarme.

—Qué peligro tenéis vosotras dos…

—Pero si te encanta —le respondí con la nariz arrugada.

—¿Para qué quieres el anillo? —preguntó Cameron, que nos contemplaba muy sonriente—. ¿Problemas de pareja? Lo dudo, dado que hace unos días casi quemáis el despacho…

Samkiel lo taladró con la mirada y yo le hice un gesto obsceno. Al ver que Miska abría la boca, se la tapé antes de que pudiese hacer las preguntas que se gestaban detrás de sus ojos. Cameron rio entre dientes.

—Solo quiero hacerle unos pequeños ajustes —explicó Samkiel.

Se había pasado casi todo el día abajo, encerrado en un taller junto a las mazmorras más cómodas del mundo. Era un pequeño espacio que usaba para trastear y para almacenar las armas. Cuando salió por fin, olía a humo y a sudor y tenía los brazos y la ropa manchados de polvo y de limaduras de metal. Me vino a pedir el anillo, pero la semana pasada, cuando intentó

«hacerle unos pequeños ajustes», dañó la maldita banda.

No podía negar que amaba esa cosa. No solo era algo que había hecho para mí, mientras yo creía que habíamos terminado, sino que era la prueba palpable de que estábamos casados, juntos por fin de todas las formas posibles. Y la piedra era grande y brillante y me gustaba mirarla, y, si la dañaba, yo le haría daño a él.

Enarqué una ceja.

—No lo rompas como la última vez.

—Vaya, Dianna —dijo con una mueca—. No sabía que lo apreciaras tanto.

Me encogí de hombros.

—Es bonito, nada más.

—Mientes fatal, como siempre —se burló—. Pero te prometo no romperlo esta vez. Creo que me equivoqué al transcribir la runa, pero he hecho unas pruebas y ya sé cómo hacerlo.

Le lancé una última mirada a la joya resplandeciente que sujetaba entre los dedos. Odiaba la sensación de vacío de no tenerlo en mi mente.

—De acuerdo. —Puse los ojos en blanco, en un gesto dramático—.

Pero ten cuidado.

—Lo tendré —prometió.

Le di una palmadita en el hombro.

—Se lo decía al anillo —expliqué mientras me daba la vuelta.

El aire se movió y Samkiel me dio una palmada en el culo mientras me iba. Se me escaparon un grito y una risa, ambos sinceros. Samkiel abandonó la sala, rumbo al subterráneo.

—Lo siento. —Miska me miró—. Te he fallado.

—No pasa nada. Hemos perdido la batalla, no la guerra. —Le di una palmadita en la cabeza.

Resopló y luego inspiró con una enorme sonrisa.

—¡Nos vengaremos, y muy pronto! —le grité a Samkiel antes de que



desapareciese del todo. Su risa resonó en las escaleras y me arrancó una sonrisa.

Unos días después, el anillo nuevo y mejorado volvía a descansar en mi dedo. No podía evitar sonreír cada vez que recordaba el mensaje secreto que Samkiel había inscrito en la parte interna del aro. Lo amaba con locura, y me aseguré de transmitírselo cuando me puse de rodillas y…

Me caí de bruces contra el suelo y levanté una nube de polvo a mi alrededor. Alcé la cabeza y escupí la tierra que había tragado, y enseguida me puse de pie. Me sacudí la suciedad de la ropa mientras maldecía y miraba con odio la piedra con la que había tropezado. Sentí un hormigueo en la columna y me di la vuelta al instante, esperando ver a alguien detrás de mí. Inspiré con fuerza una vez, y luego otra, y levanté el puño cubierto de llamas. El viento agitaba los árboles. Por encima del susurro de las hojas capté unas pisadas suaves. Miska apareció en el camino y en un instante llegó hasta mí. Apagué la mano y la escondí detrás de la espalda hasta que dejase de humear.

—No… puedo… correr… tanto… —me dijo una sudorosa Miska al tiempo que se detenía a mi lado y se doblaba con las manos en las rodillas.

Nos habíamos detenido en una curva del camino que nos había hecho Samkiel para cuando quisiéramos correr. Fuéramos en la dirección en la que fuéramos, todos los caminos llevaban de vuelta al palacio. Sospechaba que lo había hecho así porque Cameron le contó que me había perdido en los restos de Rashearim.

—La verdad es que lo estás haciendo muy bien —aseguré—. Solo has tenido que parar ocho veces, tres menos que la semana pasada.

Resopló y se apretó los brazos contra el pecho. Me dio la espalda, como

si encontrase cierta forma de libertad en aquel paisaje sinuoso.

—¿Qué te pasa?

Guardó silencio unos instantes y luego me miró de reojo.

—Estoy asustada.

Ladeé un poco la cabeza.

—¿Por qué? Aquí estás a salvo. Todos lo estamos.

—Me asusta lo que ha de venir —añadió—. Reggie dice que hay un velo de oscuridad más allá del cual es incapaz de ver. Samkiel y tú vais a ir al Altermundo, y Cameron no deja de patrullar sobre la ciudad como si esperase algo.

—Solo está practicando, nada más —dije—. ¿Los habitantes de la ciudad también están preocupados?

Se encogió de hombros.

—Cuando vuela sobre ellos, ver y oír las alas los pone un poco nerviosos. Supongo que temen que sean ella y sus legiones, o algo así.

—Por eso quiero que se entrene. Por si pasa algo mientras estamos fuera.

Asintió.

—Pero no estaréis fuera mucho tiempo, ¿verdad?

—No voy a mentirte. No lo sé, aunque intentaré que no.

—Entiendo. —Suspiró.

—Y, en cuanto a Reggie, por eso viene con nosotros. Puede que haya alguien en el Altermundo que sepa más sobre los hados. A lo mejor descubrimos que las visiones esporádicas no son nada serio. Quién sabe, igual hasta pueden curarlo.

Asintió de nuevo.

—Es amigo mío, y me preocupo por él. Además, a veces lo pillo murmurando en su habitación, pero no hay nadie más.

Fruncí el ceño, preocupada.

—Hablaré con él. Desde que salvamos a Samkiel tiene unos dolores de

cabeza terribles, pero te prometo que se va a poner bien.

—Lo sé. —Se estrujó las manos. La camiseta verde azulada sin mangas contrastaba con el suave tono rosado de la piel—. Mis infusiones lo ayudan, pero no es solo eso. Los sanadores como yo, como mi madre, estamos en sintonía con la propia naturaleza. Venimos de ahí, del viento, de los árboles, incluso del suelo que pisamos. Así es como curamos. Y, ahora, tengo picores por todas partes. —Se frotó los brazos arriba y abajo. Aunque estaba cubierta del sudor de la carrera, tenía el vello de punta—. Algo va mal, o algo va a ir mal, y eso me asusta.

—Somos familia, ¿verdad? —le pregunté, y la giré hacia mí.

Miska asintió con fuerza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Como si llevase toda la vida esperando esas palabras.

—Entonces —continué—, créeme cuando te digo que la única cosa terrorífica de la que tienes que preocuparte soy yo, y te prometo que protegeré a mi familia por todos los medios. —Extendí la mano—. Promesa de meñique.

Una sonrisa se le asomó por fin a las facciones. Me sujetó el meñique con toda la mano. Con una risita, le enseñé cómo hacerlo en condiciones.

Sonrió y me rodeó el meñique con el suyo, tan pequeño.

—Promesa de meñique —dijo.

—Es casi una ley —expliqué, y arrugué la nariz. Soltó una risita. Me volví hacia el sendero que se adentraba más en el bosque—. Y ahora, vamos. Veamos si Cameron ha sobrevivido al nuevo entrenamiento.

Se puso a mi lado dando saltos, con las dos coletas que yo le había hecho medio deshechas y sacudiéndose al viento.

—¿Me entrenarás a mí también?

La miré de reojo mientras subíamos la suave pendiente.

—Si lo deseas, por supuesto que sí. ¿Qué te gustaría aprender?

—Bueno, no soy tan fuerte como tú, pero quiero protegerme a mí misma.

Sonreí y me aseguré de que llegase a la cima de la pendiente, que se nivelaba.

—Claro que eres fuerte. Lo somos, cada una a su manera, pero eso no significa que seas menos poderosa.

Le puse la mano en el hombro para que me mirase. Estaba orgullosa de ella. Ya no se estremecía cada vez que la tocábamos. Ciudad de Jade yacía en pedazos en el fondo del océano, pero volvería a quemarla mil veces más por lo que Miska había tenido que sufrir a manos de aquellos miserables.

—Mira, te enseñaré a defenderte, por si acaso nos separamos en algún momento, ¿de acuerdo?

Asintió con un profundo suspiro.

—No tienes que matar, como hago yo; basta con desarmar, hasta que Samkiel o yo te encontremos. ¿Entendido?

Arrugó las mejillas en una ligera sonrisa.

—Entendido.

—Además —sonreí y me incliné sobre ella—, si alguien vuelve a tocarte, lo haré pedazos. —Le di un golpecito en la nariz y me erguí.

Se le escapó una risita de los labios. Un gruñido fuerte y el murmullo de voces masculinas nos llegaron desde más arriba.

—Ahora, vamos. Oigo quejarse a Cameron, así que le están pateando el culo —dije, y moví las cejas—. No quiero perdérmelo.

Se echó las coletas sobre los hombros y ambas corrimos colina arriba.

Tenía una risa contagiosa. Cruzamos la línea de los árboles en el preciso instante en que Cameron caía de espaldas con un gruñido. Samkiel se acercó y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse. Me alegró ver que casi no había marcas de llamas. Dos o tres árboles calcinados, pero ellos tenían la ropa intacta y no vi ninguna herida grave. En definitiva, no se le había dado mal el día. Cameron mejoraba a una velocidad increíble.

—Cariño, ¿me pasas un cuchillo? —pedí. Samkiel no hizo preguntas, solo invocó uno de un anillo y me lo ofreció.

Cameron hizo una mueca y aprovechó para estirar el brazo con el que Samkiel lo había lanzado, cruzándolo sobre el pecho.

Cogí el puñal que me ofrecía Samkiel y se lo pasé a Miska, con la empuñadura por delante. Abrió mucho los ojos y tragó saliva de forma audible.

—Querías entrenarte. Empezamos ahora.

Lo cogió con precaución y me lanzó una mirada expectante. Me di cuenta de que dudaba, pero la determinación era mayor que el temor.

Samkiel se me acercó por detrás y me apoyó un brazo sudoroso en los hombros.

—¿Cómo? ¿Miska tiene un arma y yo no? —resopló Cameron—. Me siento insultado.

Samkiel le clavó la mirada.

—Tú no necesitas entrenarte con armas. Tienes que aprender a controlar el fuego que posees.

Cameron masculló algo, y no me cupo duda de que era una sarta de insultos y maldiciones. Sonreí.

—Miska, quiero que intentes apuñalar a Cameron.

Lo miró con los ojos como platos, y él me miró a mí.

—Eh, eh, un momento —dijo Cameron con los brazos en jarras—.

Parece que me he metido en un lío.

Me encogí de hombros.

—Bueno, ahora que lo mencionas, te marchaste mientras asesinaban a mi marido, así que…

—¡De acuerdo, de acuerdo! —aceptó.

Me incliné por encima del enorme cuerpo de Samkiel y sonreí con malicia a Cameron.

—¿Qué te pasa? Si puede que ni te alcance. Pero tiene que aprender. A menos que te dé miedo, claro. —Arrastré la última palabra y él mordió el anzuelo.

—De acuerdo, ahí me has pillado —dijo, y aplaudió—. No puedo rechazar un desafío. —Adoptó una posición defensiva y le hizo una seña a Miska para que se acercase—. De acuerdo, pequeña sanadora, vamos a ver qué tal se te da.

Miska me miró.

—No sé si puedo hacerlo.

Me liberé de los brazos de Samkiel y la cogí de los hombros.

—Si no quieres, no estás obligada. Pero tienes razón. Necesitas aprender a defenderte. Además, te costará mucho apuñalarlo. Cameron es un hábil guerrero, entrenado por Samkiel. No va a dejar que le hagas ningún daño grave. —Inspiró hondo, y yo me aparté. Se volvió hacia Cameron, que sonrió y dio un extraño salto. Puse los ojos en blanco y añadí—: Samkiel y yo te enseñaremos algunas técnicas sencillas, y tú intenta reproducirlas con Cameron, ¿de acuerdo?

Asintió y Cameron se acercó. Extendí la mano hacia Samkiel.

—Otro puñal, por favor.

Samkiel sonrió e invocó uno. Tiró de mí para darme un beso rápido y después me lo entregó.

—Te rindes ante ella con demasiada facilidad —exclamó Cameron. Se frotó la oreja—. Por eso está tan malcriada.

Le saqué la lengua.

—Miska —dije—, te voy a enseñar cómo clavarle un puñal en las pelotas.

—Oye, que era una broma —protestó Cameron.

Miska abrió mucho los ojos y sujetó el puñal frente a ella con ambas manos, como si fuese una cuerda salvavidas. Me volví hacia Samkiel, que me miró casi con miedo. Adopté una posición más baja y volteé el arma.

Samkiel invocó otra para él y copió mi posición.

—Por favor, no me apuñales en las pelotas —susurró.

Le guiñé un ojo e hice girar el puñal.

—Jamás dañaría mi posesión más preciada.

—Vale, vale —gritó Cameron—, que hay niños presentes.

—¡Si ni siquiera me había oído! —respondí, también a gritos.

Miska nos miró a todos, desconcertada.

—¡Bueno, por una vez piensa en mis preciosas orejas! —gritó otra vez Cameron.

Sin apartar los ojos de Samkiel, le hice una peineta. Samkiel se rio y sacudió la cabeza al oírnos bromear a Cameron y a mí. Le enseñamos a Miska unas cuantas técnicas de desarme y algunos derribos rápidos. Miska era menuda incluso para su edad, así que tenía que aprender cómo moverse y dónde golpear, cualquiera que fuese el tamaño de su oponente. Practicar con Cameron y Samkiel le daría la experiencia y la confianza necesarias para enfrentarse a enemigos mucho más grandes que ella.

—Vale. —Di una palmada—. Ahora vamos a probar algo nuevo.

Miska, jadeando, se llevó la mano a la cara y se limpió la suciedad de la frente. Cameron, sin embargo, puso cara de preocupación al verme avanzar.

—No te preocupes, mi objetivo no eres tú. —Me giré y señalé a Samkiel—. Sino él.

—Oh, alabados sean los dioses muertos —resopló Cameron, y se sentó en el suelo.

Samkiel le lanzó una dura mirada y después se acercó a mí.

—¿Qué vamos a practicar ahora, *akrai*?

—Muy fácil —dije—. Supervivencia.

Miska hizo ademán de acercarse, pero negué con la cabeza.

—Para esta parte, siéntate con Cameron y nos miras, ¿de acuerdo?

Paseó los ojos entre nosotros y luego asintió y se sentó junto a él.

Le dirigí una sonrisa a Samkiel.

«Perdón por lo que estoy a punto de hacer».

Entrecerró los ojos.

«No hay problema. Ya me lo compensarás más tarde».

Le guiñé un ojo y me volví a mirar a Miska.

—Empecemos por la primera regla de estos dominios. Nos enfrentamos a seres que llevan cientos de años luchando, que se han entrenado y han matado durante siglos. Y que harán lo que sea necesario para sobrevivir.

Pero nosotros también.

Levanté la mano.

—Atácame —dije, sin mirar a Samkiel.

No dudó. Con su tamaño debería ser imposible, pero sus pasos eran tan ligeros que, si no estuviese tan en sintonía con él, no lo habría oído acercarse. Pero, como siempre, lo sentí. Me giré y me dejé caer, pero no para darle una patada. No, arrastré el pie por el suelo y le lancé tierra a la cara. Era lo último que se esperaba, así que derrapó y se detuvo, casi cegado por completo. Tosiendo, sacudió la cabeza y parpadeó para despejar la vista.

Solo iba a necesitar medio segundo para recuperarse, pero con eso me bastaba. Le agarré el brazo y lo retorcí, usando mi propio peso para lanzar su corpachón por encima de mí. Cayó de espaldas con un fuerte golpe y yo aterricé sobre él, lo que lo dejó sin aliento. Le apreté el cuello con el antebrazo como si fuese una espada y miré a Miska.

—Todo lo que te rodea es un arma. A la hora de sobrevivir no hay regla que valga. Pelea sucio y haz lo que tengas que hacer para salir con vida. No solo estamos rodeados de monstruos, sino también de guerreros veteranos, curtidos en mil batallas. Guerreros entrenados para seguir un código. Es una debilidad que puedes usar contra ellos, porque a nosotros no nos ata el honor.

Asintió y se puso de pie, y Cameron también. Me levanté y tiré de Samkiel.

—Lo siento —me disculpé. Me puse de puntillas para limpiarle con todo cuidado la tierra de la cara y los ojos.

—No, ha sido una buena lección —dijo. Entrecerró los ojos mientras yo se los limpiaba—. No siempre va a tener tierra a mano, pero me gusta.

Sonreí y le di un beso suave antes de volverme hacia Cameron y Miska.

Me recliné sobre Samkiel.

—Vale, ahora vosotros —dije.

Nos pasamos el resto de la tarde probando diferentes técnicas y movimientos. Le enseñamos a mover los brazos y las piernas, guiándola paso a paso. Ejecuté los movimientos muy despacio e hice que los reprodujese. Después la envié a practicar con Cameron.

Al principio se sentía nerviosa y cohibida, pero Cameron le dio unos cuantos golpes de broma y se puso a dar saltos a su alrededor como un idiota hasta que la hizo reír. Luego ambos repitieron varias maniobras poco a poco bajo nuestra atenta mirada. Al principio los golpes y los pinchazos eran muy torpes, pero, con unos cuantos ajustes y las correcciones de Cameron, cuando dimos por terminada la sesión ya lo hacía mucho mejor.

Iba a necesitar muchísima práctica, pero era un comienzo prometedor.

Cameron alzó a Miska y se la subió a hombros, y nos dirigimos de vuelta al palacio. Samkiel entrelazó los dedos con los míos mientras caminábamos tras ellos.

«¿Estás segura de lo que haces?», me preguntó a través de nuestro enlace.

«Por completo —dije—. Miska es una sanadora, pero no es débil, y tal y como está la cosa, quiero que sepa defenderse, al menos un poco. Con Gabby hice lo mismo, ¿sabes?».

Me volví a mirarlo, y él me sonrió.

«Ah, sí. Lo noté en cómo me apuñaló el vientre la primera vez que nos vimos».

Ni siquiera traté de esconder la risa.

«La entrené bien».

«Muy bien». Me devolvió la sonrisa.

Pero la dura verdad era que, aunque entrené a Gabby, eso no la salvó.

Recé para que pudiésemos proteger a Miska, porque no me veía capaz de

soportar perderla a ella como había perdido a Gabby.

«No la presiones mucho. Recuerda que no es más que una niña pequeña», señaló Samkiel.

«No lo haré», respondí, mirándolo.

«Solo puedes prepararla hasta cierto punto, *akrai*. —Me apretó los dedos—. Y tampoco tiene sentido entrenarla para la guerra, porque no va a llegar a nuestras fronteras. No pienso permitirlo».

«Siempre es preferible estar preparado a no estarlo. Solo quiero que tenga esa capacidad, o al menos que sienta que la tiene si la necesita. Nada más».

Samkiel, que percibía mis pensamientos, me levantó la mano y besó el dorso. Era consciente de cada preocupación que me pasaba por la cabeza, y, en mi interior, yo sabía que para eso no necesitaba los anillos.

«Creo que solo estoy inquieta porque los vamos a dejar aquí mientras nosotros nos vamos al Altermundo».

«Lo sé, pero Cameron se queda. Ni ella ni la ciudad quedan indefensas

—dijo—. Además, Cameron ha mejorado mucho en las últimas semanas».

La preocupación me atenazó las tripas; en los últimos días había ido a más, hasta el punto de que era como cargar una losa. Sabía cuál era el motivo de la ansiedad y por qué la sentía. Había una parte de mí, rota y lastimada, en cuyo interior se agazapaba la sensación de pérdida por la muerte de Gabby, y esa parte de mí quizá no se curase jamás. No lo dije en voz alta, pero Samkiel lo percibió y me acarició el dorso de la mano con el pulgar. No quería enfrentarme a esos sentimientos en aquel momento, así que cambié de tema y lo acompañé de una imagen mental.

«Vamos. En cuanto te hayas aseado, te voy a besar todas las magulladuras».

Samkiel soltó una risotada, y oí que Cameron y Miska hablaban de algo y se reían como dos niños. Sonreí, pero eché un vistazo a mi alrededor, incapaz de sacudirme de encima la sensación de que nos vigilaban.



–Que sepas que, como me has apuñalado, no te pienso traer más comida a escondidas cuando deberías estar durmiendo.

Aquella tarde, tras volver del entrenamiento y asearnos, nos despedimos de Samkiel, Dianna y Reggie, que se iban en busca del

Altermundo. Solo quedábamos nosotros dos, y en ese momento rebuscábamos en la cocina. Me paré y le di una palmadita a la máscara que me cubría la cara. Dianna le había enseñado a Miska cómo preparar aquel mejunje verde, y el pequeño monstruo había decidido que eso íbamos a hacer aquella noche. De hecho, tenía toda una lista de peticiones para la semana, mientras ellos estaban ausentes. A esas alturas, ya podía añadir

«niñera a tiempo completo» en mi currículo, junto a «antiguo guerrero condecorado». Aunque Miska no era una niña. Para su especie, era una preadolescente y, por lo que sabía de las sanadoras de Ciudad de Jade, aún faltaban al menos un par de años para que diera un estirón y creciese como un puñetero árbol y madurase. No iba a negar que echaría de menos a la mocosa que era todavía, así que la malcriaba con tentempiés que no deberíamos comer, juegos en los que fingía perder y dando vueltas por la ciudad hasta que ella no podía más.



Miska frunció los ojos. Los bordes de la máscara facial se arrugaban al secarse, y tenía el pelo todavía húmedo de la ducha.

—Vale, pues les diré a Samkiel y a Dianna que algunas noches te escabulles y les robas mapas del despacho.

Me volví y le clavé los ojos entornados. No se equivocaba, solo era una fisgona de mucho cuidado. Pese a todas las pistas que había seguido, no estaba más cerca de encontrar a Xavier, y tenía la sensación de que estaba pasando algo por alto. Así que empecé a visitar de nuevo algunos sitios y a preguntar por ahí con la esperanza de encontrar a alguien, en algún sitio, que supiese algo. Las sesiones de entrenamiento con Dianna me ayudaban a mantenerme oculto mientras buscaba. También se me daba mejor controlar las mentes

de los demás, así que podía encargarme de cualquiera que empezase a albergar sospechas. Para no alertar a la legión de Nismera, tenía cuidado de no cruzar las fronteras y, cuando volaba de vuelta a casa, siempre me aseguraba de que no me siguiesen. Dianna y Samkiel no se iban a enfadar si se enteraban; lo comprenderían. Pero sí que se iban a preocupar si descubrían lo poco que había dormido en los últimos tiempos.

Bufé ante tal muestra de descaro y atrevimiento. Ella también estaba aprendiendo; en su caso, a ponerme en mi sitio.

—Eres un diablillo, ¿sabes?

Me dedicó una sonrisa de triunfo con tintes de arrogancia.

Cogí de la estantería una jarra de aperitivos tostados y salí con sigilo.

Miska me siguió dando saltitos, con el camisón blanco y floreado revoloteando alrededor de los tobillos.

—Es muy hermosa —dijo Miska con la mirada clavada en Neverra.

Los ojos de Neverra eran del color azul típico de los celestiales, y brillaban en la penumbra de la mazmorra. Quienquiera que se hubiese ocupado de Neverra había cubierto sus necesidades físicas básicas y nada más. Dianna le había deshecho las trenzas sucias y retorcidas para que el cabello ondulado le cayese sobre los hombros. Estaba limpia y ya no olía como los barracones donde seguramente la habían tenido recluida. Me llenaba de alegría ver la ternura que mostraba Dianna hacia las personas que significaban tanto para mí. Se había asegurado de que los bañasen y les cambiasen la ropa a diario.

Samkiel había accedido de buena gana a la petición de Dianna de hacer que los espacios donde estaban recluidos dispusieran de comodidades.

Había reconstruido las celdas para que tuvieran dónde sentarse y venir a verlos, camas confortables e instalaciones para hacer sus necesidades.

Aunque ya no las necesitaban. No comían ni bebían; joder, ni siquiera parpadeaban. Eran perfectos y estoicos soldados sin necesidades físicas.

—No se lo digas a ella. Mejor que no se le suba a la cabeza —dije con una risa que intentaba ocultar la tristeza que me corroía.

Miska me sonrió.

—¿Estabais todos muy unidos?

Ladeé la cabeza y miré a mi amigo caído.

—Como hermanos.

Miska me cogió de la mano y me la apretó con los deditos; su corazón de sanadora captaba lo que yo no era capaz de expresar.

—Lo siento, Cameron. Dianna dijo que lograríamos recuperarlos, y yo he estado probando unas cuantas pociones diferentes. A veces el cerebro necesita otras cosas que lo ayuden a curarse.

Respondí a su gesto esperanzado con una sonrisa de ánimo. Sabía la verdad, pero no se la iba a decir. Era demasiado dolorosa para expresarla con palabras.

—Puede ser.

Samkiel había creado el espacio para sentarse entre las dos celdas. La mesa estaba cerca del suelo y era lo bastante grande como para dar cabida a los juegos y la comida que solíamos llevar. La rodeaban varias sillas mullidas. Era el sitio perfecto para que Neverra y Logan nos pudiesen ver, aunque aquello no fuera «ver» de verdad.

—Dianna ha dicho que esto ayuda —dijo Miska. Se dejó caer en una silla. Yo aparté la mirada de Logan y me reuní con ella en la mesa—. Su hermana también era sanadora. Decía que a veces, cuando las personas duermen porque están muy enfermas, todavía te oyen.

Asentí. Sabía muy bien a qué se refería.

—Sí, Dianna es muy lista. Y su hermana también lo era, o eso tengo entendido.

Miska desplegó el tablero que había traído, lo dispuso sobre la mesa y lo giró hacia mí.

—¿La llegaste a tratar?

Puse su tótem en un cuadrado de color y luego puse el mío, con cuidado de que no estuviesen demasiado cerca.

—Por desgracia, no. Cuando conocí a Dianna, Gabby ya había muerto.

—Vaya. —La sonrisa de Miska se desvaneció. Me recosté en la silla y saqué de entre mis cosas la bolsita de los dados.

—Pues sí —coincidí—. Pero, por lo que me dijeron Logan y Neverra, era muy inteligente y divertida, como Dianna. Quizá incluso más agradable.

—Eso último lo dije entre susurros, y Miska se echó a reír.

—Dianna siempre ha sido muy amable conmigo —comentó Miska—.

Que viniese a Ciudad de Jade lo cambió todo. Las sanadoras actuaban de un modo diferente cuando ella estaba por allí. Sin pretenderlo, echó de allí a las malas personas, y me protegió. La amo.

Le guiñé un ojo.

—No eres la única —repuse con una cálida sonrisa.

A Miska se le iluminó la cara. Cruzó los brazos cerca del borde del

tablero. No solía hablar mucho de Ciudad de Jade, y yo no la presioné. Por lo que contaron Dianna y Samkiel, no solo no la cuidaban, sino que además la trataban con crueldad.

—¿Y tú? —me pinchó—. ¿Qué pasó cuando conociste a Dianna?

—Bueno… —Cogí los dados y los lancé—. Me rajó las tripas. —Miska me miró, asombrada, mientras yo movía la ficha por el tablero—. Solo sigo vivo porque mi… —La sola idea de pensar en él o de mencionarlo me hizo un nudo en la garganta. Miska recogió los dados y esperó con paciencia a que continuase—. Me tiró del balcón de una patada, y Xavier saltó detrás de mí y me salvó la vida.

Miska cerró el puño sobre los dados, más interesada en la historia que en la partida.

—¿Te hizo daño?

Me quedé sin aliento, pero no por lo que me había hecho Dianna. Me acordé del maldito cielo que veía mientras caía de espaldas y trataba de mantener los órganos en su sitio. Entonces, Xavier, el insensato y estúpido de Xavier, saltó a por mí como un maniaco. Tenía esa imagen grabada a fuego en el cerebro. Nunca le había visto una expresión tan desolada, y solo con verla supe que estaba muy malherido. El poder azul brotó de su piel mientras hacía un esfuerzo desesperado por alcanzarme, como si supiese que, si me atrapaba, todo iría bien.

En aquel momento creí que eso sería lo último que vería y, aunque me dolía, al menos me alegraba que fuese él. Si no me llega a coger y a llevar a los sanadores tan rápido como lo hizo, yo habría muerto. No me abandonó, y no pensaba dejarlo en manos de la oscuridad.

Recorrería el mundo entero hasta encontrarlo, y, si no era ahí, sería en el más allá.

Carraspeé.

—No la culpes. Después de perder a su hermana, Dianna estaba pasando un momento muy malo —dije—. Malo y oscuro. La hacía reaccionar del peor modo posible. Amaba a su hermana con locura, y se la

arrebataron de una forma brutal.

Miska tragó saliva y miró hacia la parte de las mazmorras donde estaba retenido el famélico Isaiah.

—¿Quién fue? —susurró.

Sacudí la cabeza para despejar el miedo de Miska de que la persona responsable anduviese cerca.

—Un hombre muy malo. El que me convirtió a mí. Samkiel lo mató, y ya no está entre nosotros. Ahora, tira.

Asintió e hizo rodar los dados; luego movió su ficha.

—No me lo había contado —dijo Miska con tono melancólico. Me pasó los dados.

—Es probable que no pensase hacerlo jamás. Pero tengo la sensación de que llega un momento en que guardar secretos solo sirve para hacer daño a los que amas. —Tiré los dados y moví la ficha—. Sean de la edad que sean.

Miska no me quitó los ojos de encima, pero no hizo más comentarios durante un par de turnos. Esperé, y el silencio no duró demasiado.

—¿Son los secretos la razón de que Xavier no esté aquí? ¿Y de que no logres encontrarlo?

Cerré la mano con fuerza sobre los dados.

—En parte, sí.

Otra larga pausa mientras me estudiaba con la mano en la barbilla y las puntas de las orejas asomadas entre el cabello pálido.

—¿Es tu novio?

—¡No! —aseguré, quizá un poco demasiado fuerte. La pregunta me había conmocionado.

Sonrió para sí misma, y la máscara verde que le cubría el rostro se agrietó y se descamó en los puntos más resecos. Un brillo travieso le asomó a los ojos, y las orejas puntiagudas se agitaron. ¿Se le estaban pegando cosas de mí? Me daba miedo pensar la que podía llegar a liar.

Se encogió de hombros.

—Si lo es, no pasa nada. En Ciudad de Jade, todo el mundo tenía un novio o una novia, y a veces muchos.

Me atraganté y tuve que toser para no ahogarme.

—Oye, eres demasiado joven para ver o pensar esas cosas.

—¡No es verdad! —rebatió; se echó el pelo para atrás y levantó la barbilla—. Dianna dice que me estoy convirtiendo en una mujercita.

Mi gruñido fue tan intenso como mi gesto de incredulidad.

—La negación es el primer paso para admitir la verdad. —Se inclinó hacia mí, con una mueca burlona en los labios—. Así que… ¿es tu novio?

—¡No lo es, y nunca lo ha sido! —corté, y lancé los dados con demasiada fuerza.

Esa pregunta me había puesto más tenso de lo razonable. Además de los nuevos poderes, también parecía tener las emociones a toda máquina.

Pero no era solo eso. Xavier era… Nunca fue… No éramos… Y ese era el problema. Que nunca habíamos definido ese algo intangible que había entre nosotros. Yo lo había apartado de mi lado debido a mis miedos estúpidos y absurdos. ¿Cómo podía arriesgarme a decirle lo que sentía, siendo responsable de la incursión que lo privó de su hermana?

—Mentiroso —canturreó Miska.

—No estoy mintiendo —gruñí. Puse otra pieza en el tablero y le ofrecí los dados, pero se negó a cogerlos.

—Pero ¿lo quieres? —preguntó—. ¿Como Dianna quiere a Samkiel?

El corazón me golpeaba el pecho como una bestia hambrienta y furiosa.

«Amor» era una palabra tan insuficiente para describir lo que sentía… Le daría mi último aliento si eso significase que seguía vivo. Morir por él sería muy fácil. Me rehíce por él, renuncié a mi vida y quemé mi sangre celestial hasta que no quedó nada más que el ig'morruthen que se agazapaba bajo mi piel. ¿Amor? No, hacía mucho tiempo que había superado al amor. Y mi único pesar era que temía que él jamás llegase a saberlo.

—¿Acaso intentas distraerme para ganar? —le pregunté con los ojos entrecerrados.

Una sonrisa le atravesó las facciones. Tiró los dados y sacó el número que necesitaba para capturar mis tótems y ganar.

—Sí.

Fingí un jadeo de sorpresa, pero en mi interior me sentía muy orgulloso de ella. Estaba claro que había pasado demasiado tiempo conmigo.

—Menuda pieza estás tú hecha —dije. Sacudí la cabeza y recogí las fichas para empezar de nuevo.

Me sacó la lengua, la muy descarada, y yo solté una risita. Oímos un crujido procedente de arriba y ambos levantamos la mirada. Miska se levantó y se sentó tan cerca de mí que casi se cayó en mi silla.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿A lo mejor Dianna ha vuelto antes de lo previsto? —Me puse de pie. Miska se levantó también y se me agarró a la camisa.

—Creía haber entendido que tardarían varios días —comentó Miska.

—Yo también, pero quizá haya ido allí y no hayan encontrado nada —

repuse con un ligero encogimiento de hombros. Me encaminé a la puerta.

Miska me siguió, y ambos empezamos a subir las escaleras. A medio camino sentí que me inundaba una sensación y me detuve. Miska estaba tan cerca que casi chocó conmigo. Me temblaron los hombros y un escalofrío me recorrió la espalda. Mi cuerpo reaccionaba de forma involuntaria a…

algo.

Miska se aferró al borde inferior de mi camisa y se apretó contra mí para echar un vistazo más allá de mi cuerpo.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—No estoy seguro. He sentido una ráfaga de frío, diría. Vamos a ver qué han averiguado, ¿de acuerdo?

Asintió y seguimos escaleras arriba. Llegamos a la parte superior, que se abría hacia la sala de estar principal. Lo normal era que, al entrar, las luces del techo se encendieran, pero no ocurrió. Le di una palmada al pequeño panel de la pared, pero la sala siguió a oscuras.

—Cómo no, la puñetera instalación eléctrica falla justo cuando Samkiel no está —murmuré.

—Cameron, hace frío.

Me volví hacia ella, que me miraba. El aliento se arremolinaba delante de ella; alzó los dedos y los agitó entre la bocanada de niebla.

—Es cierto —admití. Las nubecitas de condensación daban un peso físico a mis palabras—. ¿Se habrá estropeado también el sistema de ventilación? —sugerí, aunque no tenía ni puñetera idea de lo que estaba pasando. Miska, muerta de frío, levantó la vista y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Era como si se hubiesen dejado una ventana abierta, pero, aunque así fuese, en esta época del año no hacía tanto frío. Me quedé inmóvil; mi parte ig'morruthen me permitía ver en la oscuridad sin esfuerzo. Miré las ventanas una tras otra y vi que los cristales estaban cubiertos de una delgada capa de escarcha. Fruncí el ceño, pero, antes de ir a ver qué pasaba, tenía que asegurarme de que Miska no se congelase.

—¿Quieres ver algo guay? —le pregunté.

Asintió, con los ojos muy abiertos y las pupilas contraídas de miedo.

Me volví hacia la chimenea, no sin agradecer a Dianna que hubiese insistido en poner una ahí. Chasqueé los dedos y me brotaron llamas en las puntas, que enseguida se fundieron en una bola de fuego

sobre la palma de la mano. Los ojos de Miska se iluminaron. Con un giro de muñeca, lancé la pequeña bola de fuego para que cayese sobre la pulcra pila de troncos.

—Qué chulo —dijo Miska con el rostro radiante. La luz hacía que la piel rosada adquiriese un brillo dorado y se le reflejaba en los grandes ojos.

—¿A que sí? Me lo enseñó Dianna —dije.

Las llamas iluminaron los familiares contornos de la habitación y caldearon el aire. Miska sonrió y se acercó al fuego para calentarse las manos.

—¿Mejor? —pregunté.

Asintió y se giró un poco para poder verme sin apartar el cuerpo del calor de las llamas.

—Perfecto. —Cogí la manta del sofá y la envolví con ella—. Quédate aquí, calentita. Voy a echar un vistazo por la casa.

Paseó los ojos por la sala con gesto nervioso y luego los posó en mí.

—No te pasará nada —dije—. Además, no creo que la casa esté encantada.

Abrió mucho los ojos.

—¿Por qué has tenido que decir eso? —exclamó.

Reí entre dientes y le di un golpecito en la nariz. Me apartó la mano de un manotazo y poco a poco se dejó caer junto al fuego. Miró con expresión inquieta los rincones en sombras donde no llegaba la luz del fuego, con unos ojos enormes para una cara tan pequeña. Le eché una última mirada y salí de la sala en dirección a la cocina. Recorrí todos los pisos y no encontré nada. No había ventanas abiertas y, mientras más me alejaba del punto donde había dejado a

Miska, menos frío hacía. Quizá fuese algún sistema defectuoso. Mientras bajaba las escaleras, me fui relajando poco a poco.

—Bueno —dije al rodear el vestíbulo—, parece que el sistema de Samkiel tiene fallos…

—Estoy de acuerdo.

Se me heló la sangre en las venas y el corazón se me puso a cien. Una figura enorme se cernía sobre Miska y bloqueaba por completo el fuego.

Una mano grande y con garras sujetaba la boca y la barbilla de Miska y le cubría toda la mitad inferior de la cara. Ella me miraba con ojos asustados; temblaba tanto que no entendía cómo no se había caído.

Kaden.

Tenía la capa andrajosa cerrada sobre el pecho y el dobladillo sucio caía sobre el suelo impoluto de Dianna. Me pareció más grande de lo que yo recordaba. O quizá solo pareciese más inquietante porque sostenía a Miska como un escudo, con las garras detenidas en un gesto amenazador a pocos centímetros de la arteria que le latía en el cuello. Me quedé totalmente inmóvil; sabía que podría acabar con su vida antes de que lograse acercarme a él. Miska me clavó los ojos y vi en ellos una súplica. Curvé los labios de forma casi imperceptible e hice un pequeño gesto de asentimiento para tranquilizarla. Todos mis instintos me decían que me moviese, pero tenía que ser listo. Al menor movimiento súbito, le haría daño. Y yo no me lo perdonaría jamás.

—Estás muerto. —Era una estupidez, pero fue lo único que me salió.

Comprendí de repente que el frío que había sentido no era el clima, sino el toque persistente de Muerte.

Kaden alzó los hombros; el manto no lograba ocultar los músculos que había debajo.

—Más o menos.

—¿Dañar a una niña? —Tragué saliva—. Eso es una vileza hasta para ti.

—He hecho cosas peores. —Le pasó una garra bajo la barbilla. Fue un contacto suave, pero ella se estremeció.

Levanté las manos en un gesto de rendición.

—No voy a moverme. Pero no le hagas daño —casi supliqué.

—Mírate. Has crecido, pequeño cazador, y ahora estás ahí plantado y tratas de ocultarme a la última sanadora viva de Ciudad de Jade. —

Chasqueó la lengua—. A Nismera le encantará saber que ha sobrevivido una.

El corazón quería salírseme del pecho, y el ig'morruthen levantó la cabeza al sentir la amenaza. Aunque tuviese que pelear con él y me matase allí mismo, no podía permitir que se llevase a Miska.

—¿Vas a protegerla? —Estudió mi postura—. Como protegiste a Xavier. ¿Cuántas veces vas a fracasar antes de rendirte?

Un gruñido se me escapó de los labios y obtuvo como respuesta una sonrisa maliciosa.

—Dímelo tú.

Kaden levantó una comisura de la boca y los ojos se le fueron a algo que había detrás de mí.

—Creo —dijo— que deberías preocuparte por ti mismo.

Oí unas cadenas que se arrastraban por el suelo, y un gruñido salvaje y feroz me erizó los pelos de la nuca. Eso explicaba la presencia de Kaden.

Había liberado a su hermano, al hambriento y voraz Isaiah. Antes de que esa idea terminara de asentarse en mi mente, alguien me empujó la cabeza hacia un lado y unos colmillos se me clavaron muy hondo en el cuello.

Isaiah se alimentó y me dejó seco.



Tres días después

Cogí las enormes fauces de la bestia y las moví con las manos, haciendo chocar los colmillos con los largos caninos.

—Si Samkiel le hubiera hecho caso a su esposa y hubiese aceptado que un ser muerto del Altermundo no nos ayudaría a encontrar la entrada… —

dije con voz aguda y burlona.

Samkiel entrecerró los ojos y sacudió la espada para limpiarla de vísceras.

—Ja, ja, ja, me parto. Eres la monda.

Moví de nuevo las fauces de la bestia.

—A mí me parece muy graciosa —dije con la misma voz cantarina de antes.

—¡Dame eso! —gritó, y se acercó pisando fuerte. Bajé la cabeza de la fiera y la puse fuera de su alcance; no estaba dispuesta aún a dejar de burlarme de él. El cuerpo estaba a poca distancia, y la cola dentada aún se movía.

—¿Y cuál es el plan ahora, guapo?

Tras la intensa batalla, ambos estábamos cubiertos de suciedad, babas y mugre. Samkiel invocó una soga de plata y me quitó la cabeza con insultante facilidad. Luego empezó a envolverla para que fuese más fácil de llevar.

—Lo primero, decirles a los de la ciudad que ya están a salvo. —

Suspiró—. Esa cosa llevaba días molestándolos. Lo segundo, vamos a ver si se ha corrido la voz sobre la presencia de alguna otra bestia del Altermundo y si encontramos a alguien que quiera hablar.

Asentí mientras lo ayudaba a envolver la cabeza.

—Creo que esta vez debería hablar yo. Cuando te ven a ti, todo son colmillos, gruñidos y siseos.

Frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—¿Tengo que recordarte que he intentado un enfoque más suave? Me insultó y me llamó todo lo que se le ocurrió, y aun así mantuve la

calma. La única razón por la que esa cabeza ya no está conectada con el cuerpo es porque intentó atacarte.

Puse los ojos en blanco, y a punto estuve de hacer algún comentario mordaz. Un escalofrío me atravesó la espalda y congeló las palabras que iba a pronunciar. Fue tan desagradable que me puse a temblar. Me volví creyendo que habría alguien detrás de mí, pero a la tenue luz de la antorcha clavada en el suelo no vi nada, aparte del bosque y del suelo pisoteado durante la batalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Samkiel.

Sacudí un poco la cabeza y me giré hacia él.

—Me pareció sentir… algo.

—¿Algo? —Inspeccionó la zona con todo cuidado.

Asentí.

—¿Te acuerdas de la isla de Camilla? ¿Lo que sentí allí?

Los insectos cantaban desde las copas de los árboles. No había luna, y

las estrellas estaban demasiado lejos para ofrecernos ninguna luz en la oscuridad del bosque.

—Sí…

—Pues es como aquello, pero… No lo sé. Diferente.

Samkiel miró con atención los espacios entre los árboles. La plata de sus ojos brilló desde el interior del yelmo en busca de alguna amenaza, como si su mirada incandescente bastase para hacerla pedazos.

—¿Cuánto hace que lo sientes? —preguntó con una voz grave y gutural.

Me encogí de hombros y lo pensé un momento antes de responder.

—Ha sido ahora mismo. Pero, a decir verdad, no lo sé… Desde hace un tiempo, supongo. En la casa, creí que me estaba volviendo loca, y luego lo achaqué a estar cerca de Cameron, ya que él y yo somos del mismo linaje ig'morruthen. Pero él no está aquí. Quizá sea la energía residual de la bestia que hemos matado.

Me observó.

—¿Lo sientes igual que cuando estuvimos en casa de Camilla? ¿Como si te siguieran?

—No, no tengo esa sensación de que me siguen. Solo percibo… —

Sacudí la cabeza—. Como si contactase con algo, pero sin contactar… No sé cómo explicarlo. Vamos a coger eso y descansamos. Puede que sea solo el agotamiento.

Samkiel me miró unos instantes y luego volvió a estudiar el bosque que nos rodeaba. Sabía que, si algo se movía hacia mí, él lo cortaría en dos. Yo tenía tendencia a ser sobreprotectora y territorial, pero a veces me parecía que, en ese aspecto, él me superaba con creces. Tras unos pocos segundos más, por fin asintió y se echó la cabeza de la retorcida bestia sobre el hombro como si no pesara nada, aunque lo triplicaba en tamaño.

—Puede que sea el hombre de tus sueños, que intenta hacer contacto, porque no noto ningún poder significativo por aquí cerca. O, al menos, nada

que nos tenga que alarmar a ninguno de los dos.

Resoplé ante el atisbo de celos y eché a andar hacia la ciudad.

—Solo hay un hombre de mis sueños, y ahora mismo apesta a intestinos.

Se miró la armadura empapada de sangre, la plata recubierta de una pátina de color óxido. Con gesto indiferente, tiró al suelo del bosque lo que parecía un trozo de entrañas. Se puso a mi lado al tiempo que reía con voz profunda.

—La verdad es que no me esperaba que me tragase entero.

—Si eres amable conmigo, prometo tragarte entero esta noche —

bromeé con picardía.

Vi que sonreía y que los ojos le brillaban de lujuria, pero no iba a dejar que lo distrajese.

—Hablando de tus sueños —comenzó—… ¿Han empeorado desde el último episodio? Las dos últimas noches, al dormir, parecías estar bien.

Samkiel levantó una rama baja para que yo pudiese pasar por debajo.

Las hojas secas crujían bajo nuestras botas a medida que descendíamos la ligera pendiente.

—No —dije—. No se me ha aparecido desde la posesión, pero tampoco te has apartado de mi lado.

Samkiel asintió, pero me di cuenta de que los engranajes de su mente iban a toda máquina. Sabía lo que estaba pensando y estaba segura de que llegaría a la misma conclusión que yo.

—Para ser sincera, y no quiero hacerte la pelota, que bastante arrogante eres ya, creo que Reggie tiene razón. No sé si es tu poder, o que él es un ig'morruthen a caballo entre la vida y la muerte, pero creo que te tiene miedo.

Era cierto. Había algo en Samkiel, o en nuestro vínculo, que disuadía a Gathrriel. Llegamos a lo alto de una cuesta y la ciudad se apareció ante nuestros ojos, como un parpadeo de luces entre el espeso follaje.

—Yo tengo la misma teoría —explicó Samkiel.

—Ah, ¿sí?

—Pero no me apetece ponerla a prueba.

Eso lo había dejado muy claro. A esas alturas no sabía si me dejaría ir sola al baño.

—Yo tampoco quiero —coincidí—. Y menos, aquí. Si me posee y me toma aunque solo sea una gota de sangre, sellará la unión con mi cuerpo.

No sé cómo podríamos romper ese enlace, o si sería posible siquiera.

Samkiel se puso delante de mí y se detuvo justo en el confín de la ciudad.

—Tengo una idea, para cuando hayamos dejado esto —dijo. El guantelete ensangrentado aún sostenía la soga de plata atada alrededor del pecho—. Me gustaría que fuéramos a visitar a un amigo mío.

Enarqué las cejas.

—¿Un amigo? ¿Quién?

Samkiel se rio al oír mi tono de voz.

—Se llama Killium. Lo cierto es que su mujer y él crearon tu anillo.

Los conozco desde antes de la caída de Rashearim. Huyeron para escapar del reinado de Nismera, y ahora mismo tienen más

conexiones clandestinas que yo. Puede que sepan dónde encontrar más información sobre Gathrriel y lo que busca sin necesidad de que vayamos al Altermundo. O quizá conozcan algún libro antiguo o algún texto que contenga información sobre él, o sobre la posesión en general.

Asentí, pensativa.

—De acuerdo —dije por fin—. ¿A qué distancia queda de aquí?

—Un par de días, tal vez —calculó Samkiel—. Puedo llevarnos hasta allí con tanta rapidez y discreción como sea posible.

Dos días. No alteraría mucho nuestros planes, teniendo en cuenta que habíamos calculado que estaríamos fuera una semana, pero tuve la corazonada de que los dos días acabarían siendo más.



—De acuerdo —acepté. Le di una palmadita en el pecho y luego lo rodeé y pasé por delante de él—. Pero, primero, vamos a apaciguar un poco la ciudad. Obtendremos las respuestas que buscamos, pero las aventuras mejor de una en una, grandullón.

Samkiel me dio una palmada en el culo al pasar, y yo reí por lo bajo.

—Hemos reunido todo lo que nos ha sido posible. —El hombre hincaba una rodilla frente a Samkiel y extendía unas manos callosas y demasiado gastadas por el trabajo para ofrecerle una pesada bolsa de monedas. Los habitantes de la ciudad, vestidos con ropas viejas y andrajosas, esperaban detrás de él y lo observaban todo con una mirada de cansancio y expectación. ¿Se habían acostumbrado tanto a las manos fuertes y a las espadas afiladas que daban por supuesto que volveríamos para exigir sangre a cambio de nuestro trabajo?—. Tenemos pocas existencias, ya que estamos muy lejos de su imperio.

Solté un bufido y puse los ojos en blanco. In-cre-í-ble. Samkiel me miró.

—¿A esto llama ella imperio? Cualquiera diría que quiere ser una superpotencia malvada —comenté con tono despectivo.

Samkiel sacudió la cabeza y se volvió hacia el hombre arrodillado frente a él. Tiró de la soga para desatar la cabeza que llevaba a la espalda y la dejó caer a sus pies con un golpe seco. Aterrizó entre ambos con la lengua colgando.

—Levántate —pidió Samkiel, y el hombre lo hizo, tembloroso, una rodilla y luego la otra.

Le ofreció el dinero, convencido de que Samkiel lo aceptaría. Pero Samkiel le dedicó una sonrisa amable.

—Quédatelo. No necesito vuestro dinero ni ningún otro pago.

—Pero… —empezó a objetar el hombre. El gentío reunido a sus espaldas empezó a murmurar.

—Pero —interrumpí yo, y todos aguantaron la respiración, expectantes

— ¿podríamos comer o beber algo? ¿O mejor ambas cosas?

El silencio fue sobrecogedor; el anciano nos miró con asombro, como si le hubiésemos pedido algo imposible. ¿Los había esquilmado tanto Nismera que ni siquiera tenían comida?

Samkiel me miró y me encogí de hombros.

—¿Qué pasa? El monstruo que aterrorizaba la ciudad está muerto. Se acabaron las reses asesinadas y las personas desaparecidas. Propongo que hagamos una fiesta.

—¿Una fie… fiesta? —repitió el hombre, que miró a Samkiel con el rostro sumido en la más absoluta confusión.

—Sí —insistí—. ¿Música, bailes? ¿Te suena? Una celebración. Es lo que se suele hacer cuando se resuelve alguna situación estresante. —Le lancé una mirada a Samkiel—. ¿No hacen fiestas aquí? ¿O me he equivocado de palabra?

Desde que estuvimos en Ciudad de Jade, había estudiado muchos idiomas, y había progresado tanto como para distinguir los diferentes dialectos de algunos dominios, pero aún metía la pata de vez en cuando.

La muchedumbre se agitó, incómoda, y todos comenzaron a murmurar en tono alarmado.

—¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido? —le pregunté a Samkiel.

El hombre tragó saliva; tenía la frente perlada de sudor.

—No podemos hacer eso. —La voz transmitía inquietud.

—¿No podéis hacer qué? ¿Divertiros? —Volví la cabeza hacia Samkiel

—. ¿La zorra de tu hermana ha prohibido la diversión?

Samkiel encogió un poco los hombros, y me giré hacia los aldeanos. La verdad era que no me sorprendería que lo hubiese hecho. Cada población en

la que nos habíamos adentrado que no ondease su enseña con orgullo se hallaba en muy mal estado, olvidada por completo. Incluso en esta, los edificios estaban desconchados y las calles, agrietadas y cubiertas de maleza. Los letreros, instalaciones y demás parecían hechos a mano con lo que habían podido recoger en el bosque circundante, y de las ropas que llevaban mejor no hablar. La consigna parecía ser mantener pobres a los pobres y ricos a los ricos, pero, por otro lado, ¿qué se podía esperar de una tirana sedienta de poder? No

me sorprendería descubrir que daba de comer con una puñetera cuchara a quienes le eran leales.

—De acuerdo, pues lo vamos a hacer. Esta noche. Así que, si de verdad queréis premiar a este héroe glorioso que, sin ayuda de nadie, ha salvado vuestra ciudad de una muerte y destrucción sin límites —le di un golpe en el peto de la armadura y oí gruñir a Samkiel—, no necesitáis monedas; solo música y bebidas. Vosotros, poneos vuestras mejores ropas. Toda la ciudad.

—Pero… —El hombre estaba muerto de miedo—. ¿Qué pasa con la legión?

—Si se presentan aquí, los quemaré vivos. —Di un paso al frente y le apreté el hombro. Tenía los músculos tan tensos que parecían a punto de romperse al menor movimiento—. A ver, ¿dónde está vuestra taberna?

El hombre tragó saliva y miró de reojo a Samkiel, y luego otra vez a mí.

Sintiéndose algo más seguro, asintió y se volvió hacia los lugareños para repetirles lo que yo había dicho. Algunos casi saltaron de alegría, mientras que otros escudriñaron el cielo, acobardados. Cuán brutal y cruel tenía que ser el reinado de Nismera para que, en un sitio como ese, lejos de su alcance, la sola posibilidad de que viniera los hiciese temblar de miedo.

Un movimiento a la derecha me llamó la atención. Reggie estaba esperando junto a un sendero de tierra. Le di un codazo a Samkiel, ya que los lugareños respondían mejor a sus palabras que a las mías.

—Si sois tan amables de irlo preparando, en breve nos reuniremos con vosotros.

El hombre asintió y se metió las monedas en el bolsillo. A continuación, corrió hacia el centro del pueblo agitando mucho los

brazos y se puso a ladrar órdenes. La gente se dispersó; unos cuantos se llevaron a rastras la cabeza de la bestia. Un zumbido excitado recorrió el pueblo a medida que empezaban los preparativos para la fiesta. Samkiel y yo nos reunimos con Reggie en el claro.

—Me alegro de que no hayas sido pasto de monstruo —dije.

Reggie hizo una mueca y luego relajó el rostro y miró a Samkiel.

—Creo que he descubierto algo capaz de explicar los últimos ataques.

—Muéstramelo.

Reggie se giró y nosotros lo seguimos. Nos guio un rato a través de la maleza, hasta llegar a un claro muy revuelto, lleno de tierra removida y ramas desperdigadas. Los restos no tenían una apariencia natural. No habían caído de los árboles ni los había arrastrado hasta allí una tormenta o un vendaval. Por el contrario, el suelo parecía quemado en un patrón circular, como si lo hubiesen marcado con un hierro candente. Me acerqué a inspeccionar los bordes. El círculo interior era tan ancho como dos hombres adultos y, al estudiarlo de cerca, vi unas marcas profundas grabadas en el suelo. Parecían palabras, pero, si era un lenguaje, yo no lo conocía. Samkiel se agachó y pasó los dedos sobre algo que parecía marcas de garras, recorriendo las líneas excavadas en el suelo del bosque. Se llevó un poco de tierra a la nariz e inspiró hondo; después, se limpió las manos y se levantó.

Clavó la mirada en el hado, que asintió como si supiese algo.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirándolos de hito en hito.

—Ya sé por qué hemos detectado un incremento de bestias del Altermundo —dijo Samkiel.

—Ilumíname, por favor —dije, cruzada de brazos.

—El dibujo grabado en el suelo significa que los están invocando, y, a juzgar por el olor, quien los invoca es un príncipe del Altermundo.

Bajé los ojos hacia el suelo.

—¿Un príncipe? ¿Qué significa eso? ¿Nismera controla a los príncipes?

Samkiel negó con la cabeza.

—Nadie controla el Altermundo…, excepto los gobernantes del Altermundo. Si crees que yo tengo mucho ego… Comparado con los príncipes y todos los demás, soy un aficionado.

—Es bueno saberlo. —Suspiré con fuerza—. De acuerdo, algo más que añadir a la creciente lista de preocupaciones.

Samkiel esbozó una media sonrisa y miró de soslayo el círculo y las marcas del suelo.

—Tengo que volver a los otros dominios donde hemos encontrado bestias, para ver si hay un patrón o se trata de un incidente aislado.

Comprendí lo que eso significaba. Di un paso al frente y le planté la mano en el brazo, cubierto por la armadura.

—No. Esta noche te toca celebración.

Frunció el ceño, y la tensión de la mandíbula delató su intención de discutir.

—Con todo mi amor, *akrai*, no puedo.

—No me vengas con *akrai* —dije—. Lo necesitas tanto como ellos.

Tanto como yo. A este paso, te va a matar la ansiedad. Llevamos semanas sin hacer nada más que leer, investigar, cazar, entrenar y matar. Eso, sin contar el detallito intrascendente de la posesión. Nos van a pasar cosas, y van a venir a por nosotros, ahora y siempre. Y

más desde que todos los dominios saben que has regresado. Esto —señalé el suelo— es un problema para mañana, cariño.

Se le dulcificó el rostro al oír el apodo afectuoso que tanto le gustaba.

—Y me encantaría, de verdad, ojalá pudiera, pero…

Le tapé la boca.

—Te vas a morir de estrés. Una noche rodeado de personas agradecidas y que, con toda certeza, necesitan la seguridad que les brinda tu presencia no te va a matar. Pero yo sí que lo haré si no vienes y te diviertes un rato.

Entrecerró los ojos y noté cómo movía los labios bajo mi palma. Seguro que iba a decir algo muy lógico y con todo el sentido del mundo, pero me daba igual. Reggie interrumpió la discusión que yo no tenía el menor problema en continuar.

—Puede que lo mejor sea que te tomes una noche libre. Los momentos como este no abundan.

Samkiel miró a Reggie, y yo aparté la mano, porque sabía que él jamás renunciaría a mi contacto, aunque le impidiese hablar.

—¿Es una premonición, Reggie? —gruñó Samkiel.

Reggie nos observaba fijamente.

—No es nada que no sepas. En tiempos de guerra, los momentos de paz, por breves que sean, no se presentan con frecuencia.

—¿Ves? —Señalé a Reggie—. Él también está de acuerdo.

Samkiel se cruzó de brazos y nos taladró con la mirada.

—Eso es hacer trampa.

Me acerqué a Reggie y me apoyé en su hombro con mi mejor mirada de inocencia. Sujeté la barbilla de Reggie y la apreté.

—Venga, mira estas caritas. ¿De verdad serías capaz de decirnos que no?

Samkiel puso los ojos en blanco, echó atrás la cabeza y dejó escapar una risita.

—Tienes suerte de ser tan mona. —Miró al hado—. Tú no, Reggie.

Le estrujé la cara un poco más fuerte.

—Pues a mí me parece adorable.

Por primera vez vi al hado poner los ojos en blanco.

—Creía que al alejarme de Cameron tendría paz por fin —dijo, aunque mi mano le impedía hacerse oír bien—. Me equivocaba.

Solté una risotada, le di una palmadita en la mejilla y aparté la mano.

Samkiel se pasó los dedos por la frente, con evidente cansancio.

—De acuerdo. Quedémonos esta noche. Pero mañana comprobaremos

unos cuantos sitios más antes de volver a casa, y luego planearemos nuestra visita a Killium. ¿Trato hecho?

Chillé y di un saltito, y enseguida rodeé a Samkiel y su gruesa armadura con los brazos, o al menos lo intenté. Incliné la cabeza hacia atrás y le sonreí.

—Trato hecho.



–Creo que estaría más predispuesta a intentar algún plan heroico, como haces tú, si me pagasen con alcohol o con ropa —dije.

Reggie emitió un ruido extraño y lo miré, sorprendida. Diría que había sido una risita. Cada vez se sentía más relajado con nosotros, y para mí era un placer. Me pregunté si habríamos perseguido siempre los mismos objetivos. ¿Una familia? Sabía que tenía hermanas, tres hados vinculados con los misterios del universo y todo ese rollo. Pero nosotros lo veíamos casi como un mortal.

Nos sentábamos en torno a una pequeña mesa en un rincón apartado de la taberna. Tres personas tocaban instrumentos en un escenario improvisado y una cuarta cantaba mientras la gente bailaba al son de la música. La ciudad tenía un aire un poco más alegre ahora que Samkiel les había traído la cabeza de la bestia que los aterrorizaba. La habían colgado en la pared y bajo ella se había formado un charco de sangre.

—Me atrevería a decir que ayudar a otros consiste en no esperar una recompensa —dijo mientras daba un sorbo de la bebida.

Me bebí de un trago el líquido rosado y luego dejé el vaso en la mesa.

La quemazón en la boca era dulce y refrescante.

—Pues vaya rollo.

Contuvo una risita y sacudió la cabeza. Reggie tosió y ambos nos volvimos a mirarlo. Arrugaba el rostro con desagrado.

—Creo que esto no me gusta.

Le había ofrecido al menos tres bebidas diferentes, a ver si le gustaba alguna. Por el momento, ninguna lo había convencido.

—No se suele beber para disfrutar el sabor, sino por el agradable cosquilleo que se siente después.

Me miró como si me hubiesen crecido siete cabezas y luego le lanzó una mirada inquisitiva a Samkiel, que se encogió de hombros y se llevó el vaso a los labios para dar un largo trago.

—Creo que me voy a limitar a los de color naranja oscuro que le gustan a Cameron —musitó Reggie.

El licor me quemó la nariz y me llevé la mano a la boca. Me atraganté, tosí y escupí parte de la bebida sobre la palma. Samkiel me dio una palmada en la espalda y yo miré muy mal a Reggie.

—¿Bebes con Cameron, pero luego te pones todo finolis conmigo? —

protesté. Me limpié la boca con el dorso de la manga—. Me siento ofendida.

Apartó el vaso.

—Por favor, no te ofendas. Cameron insiste e insiste hasta agotarme.

Creo que espera que me emborrache y le dé las respuestas que busca, pero, por desgracia, sus esfuerzos son en vano.

Se me encogió el corazón; ya no estaba tan colocada. Sabía a qué se refería, y que Cameron aún buscaba a Xavier. Una noche, cuando él creía que Samkiel y yo dormíamos, vi sus alas recortadas contra la luz de la luna.

Lo buscaba, consciente de que jamás se detendría. Comprendía a la perfección esa necesidad de recuperar una parte perdida de tu alma.

—Pues yo creo que Cameron siente debilidad por ti —dije—. Y

además le encanta fastidiarte.

Un esbozo de sonrisa se asomó a los labios de Reggie.

—Eso sin duda. Y ahora, aunque es un momento de alegría para la ciudad y para vosotros dos, creo que debo retirarme.

Le di una patada juguetona en el pie y señalé con un gesto la pista de baile improvisada.

—¿Qué? ¿No vas a bailar?

Se puso tan serio como si le hubiera pedido que le quitara la piel a un pescado y se lo comiese crudo.

—Me temo que soy incapaz de predecir un futuro en el que tal cosa pueda ocurrir siquiera.

Samkiel rio con un sonido fuerte y estentóreo que me hizo estremecer.

Reggie se puso de pie e hizo una ligera reverencia.

—Buenas noches, mi señor —se despidió de nosotros antes de desaparecer por el largo pasillo hacia la habitación que le habían

preparado.

—Hace semanas que no tiene una visión —dijo Samkiel sin quitarle ojo hasta que desapareció.

Suspiré y lo miré.

—Ahora no.

Samkiel se encogió de hombros, pero el tono de inquietud era evidente.

—Solo te lo digo para que lo sepas.

—Cuando piensas demasiado te salen arrugas de preocupación en el entrecejo.

Samkiel se dio una palmada en la frente y me miró con el ceño fruncido.

—No, no es verdad.

Me eché a reír de buena gana. Las conversaciones y el júbilo de la muchedumbre apagaron el sonido. Era justo lo que yo quería: me moría por tener un minuto para existir y nada más, sin preocupaciones, sin tener que vigilar todo el rato a mis espaldas. Y toda esa gente también se lo merecía.

Se merecían vivir su vida sin una tirana cuyo único objetivo era subyugar.

—Me encanta tomarte el pelo —admití con una mueca burlona.

—No, si ya —dijo. Bajó la mano y los ojos le brillaron, ardientes y plateados.

Me incliné sobre la mesa y le rocé los labios con los míos; pude saborear el licor especiado que había estado bebiendo.

—Al menos, conmigo no te vas a aburrir.

—Eso nunca —reconoció, y me pasó la punta de la lengua por la comisura de los labios.

Me acomodé en la silla y rellené los vasos.

—Otra bebida para disfrutar con tu esposa favorita —dije, y la empujé hacia él.

Samkiel rio entre dientes y se recostó en la silla. Dio un sorbo.

—Eres mi única esposa.

—Por ahora.

Se puso serio.

—Eso no tiene gracia.

—¿Sabes qué otra cosa no tiene gracia? Que me ocultes que estás preocupado por el Olvido, y no solo en sentido físico. Te lo vi en la mente en Costa Rocosa, y dos veces, cuando creías que no prestaba atención, te he pillado frotándote para quitártelo de las manos como si fuese mugre. No tiene ninguna gracia que no me cuentes algo así.

Agachó la cabeza y clavó la vista en el líquido que se arremolinaba en el vaso; movió la nuez arriba y abajo.

—No quería alarmarte. Además, como bien has dicho, tenemos muchas otras cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Y las pesadillas? —añadí—. La otra noche me diste una patada, como si corrieras, y anoche te despertaste cubierto de sudor.

—Diaaanna. —Estiró mi nombre como para regañarme—. Estoy bi…

—Samkiel, tú eres mi prioridad número uno. —Alcé una mano para

acariciarle la cara y le froté con el pulgar la mejilla sin afeitar—. Para mí no hay nada más importante que tú, y, si no compartes tus problemas conmigo, me asusto. Sé que estás enzarzado en una guerra incluso cuando duermes, cariño, pero déjame que pelee a tu lado, por favor. Me preocupo por ti.

No iba a permitirle minimizar lo que aguantaba en esas pesadillas, ni la angustia que sentía por el Olvido, aunque nos costara una discusión. Pero la cólera no se asomó a los ojos plateados. No hubo ni un atisbo de ira ni un destello de resentimiento reprimido. Su mirada se mantuvo dulce, como si mi contacto y mi presencia lo ayudasen a centrarse. Pero capté la energía que pugnaba por liberarse de su control. Recostó la cara sobre mi mano y cerró los ojos para permitir que mis palabras acallasen la tormenta creciente que retenía bajo la piel.

—Y yo por ti —respondió.

—Lo estás haciendo otra vez. Cuando yo lo hago, me regañas. Fue uno de los motivos por los que me dejaste. —Aparté la mano y cogí de nuevo la bebida.

—No te dejé. Fui a buscar algo que pudiese remplazar aquello a lo que renunciaste por mí… Y luego volví. —Me clavó el dedo en el costado. La gente del pueblo aún bailaba despreocupada. No sabían que Samkiel trataba de adaptarse al hecho de que ya no tenía motivos para cargar por sí solo con el peso del mundo—. Lo único que hago es tratar de concentrarme en arreglar las cosas que sí puedo controlar. Mis pesadillas solo son una manifestación del estrés y de mi preocupación por ti. El Olvido viene y va porque perdí el anillo que me ayudaba a controlarlo. Sí, tengo pesadillas, pero solo volvieron después de que se presentase ese amante onírico tuyo.

Arrugué la nariz.

—A ver. Lo primero de todo, celoso de las narices, es que no es mi

«amante onírico». Y quizá ese Killium te pueda hacer otro anillo, ya que se le da bien. Por otro lado, ¿de qué van esas pesadillas?

Samkiel dio unos golpecitos con los anillos en el vaso que tenía en la

mano y noté que sacudía una pierna bajo la mesa.

—¿Son las mismas que tenías en Onuna? —continué—. Las que no me querías contar.

Me lanzó una mirada y luego se acabó la bebida de un trago. Engulló el licor especiado con más rapidez que antes. El vaso tintineó al golpear la mesa, y luego lo empujó hacia mí.

—Casi iguales. Pero en estos Nismera te retiene y tú… —Inspiró hondo, como si, por decirlo en voz alta, se fuese a hacer realidad—. Te conviertes en cenizas.

Pasé el dedo por el borde del vaso sin dejar de mirarlo.

—Eso no significa nada.

—Tal vez —repuso, pero era evidente que no se lo creía ni por asomo

—. O tal vez no. Ya he soñado antes cosas que se han hecho realidad.

Sus ojos reflejaron un dolor tan profundo y devastador que fue casi como un golpe. Le tapé la mano con la mía.

—Cierto. Pero una vez que tenías hambre soñaste con un bocadillo que te hablaba. Como tú mismo has dicho, podría ser una manifestación del estrés porque, como siempre, te preocupa lo que me pueda pasar.

Soltó una risita y luego me sonrió, pero la sombra que le asomaba a los ojos no se había ido.

—Seguro que es eso. Los últimos meses han sido muy difíciles, y no puedo seguir adelante sin ti —dijo.

—Ni yo sin ti. —Asentí y llené los vasos—. Y, por eso, esta noche vamos a beber y reír y pasarlo bien. Ya pensaremos en el mundo mañana.

Asintió, con la mirada clavada en la mía.

—Prométeme que, si te conviertes en cenizas, o desapareces, me llevarás contigo.

Levanté la mano y, con un golpe fuerte, planté el codo en la mesa y estiré el meñique.

—Promesa de meñique.

Me devolvió la sonrisa y lo sujetó con su dedo. Luego giró la mano para besarme el dorso. Nos quedamos así un rato, sonriendo, riendo, charlando el uno con el otro. Fue una tregua agradable, un momento de calma mientras ambos fingíamos que no teníamos un millón de tareas pendientes.

Cuando terminamos la primera botella, me levanté de un salto y fui a buscar otra.

—Intentas matarme, ¿verdad? —me preguntó Samkiel al verme regresar victoriosa, con una nueva botella en la mano.

Le sonreí con aire pícaro, me senté y nos serví de nuevo a los dos.

—Bueno, necesito saber cómo es Samkiel cuando está borracho —

expliqué.

Levantó el vaso y me respondió con una mueca. Luego me dio un golpecito en la nariz.

—Un peligro con patas, como tú, pero no tan constante.

—Quiero verlo.

Me miró con los ojos haciéndole chiribitas.

—Ya te gustaría.

Hice un mohín.

—Venga. Recuerda, esta noche toca divertirse y no pensar.

Apretó los labios y luego apuró el vaso de un trago.

—Como gustes.

—He ganado —reí.

Su expresión fue impagable; no parecía muy convencido con el sabor.

—Esa cosa —dijo con una mueca de desagrado— quema.

—¿A que sí? —Cogí la botella y estudié la etiqueta gastada—. Me encanta. Creo que cuanto más bebes, más te quema.

Se cubrió la boca con el dorso de la mano y emitió algo que estaba a medias entre una risa y un jadeo.

—Ya veo, ya.

Llené de nuevo los vasos.

—¿Por qué dejaste de beber? He visto muchos recuerdos tuyos. Las fiestas y las noches salvajes que a veces se prolongaban varios días.

Me miró de reojo y me pregunté si había captado mis auténticas intenciones, si sabía lo mucho que quería hablar de cosas que no fuesen la guerra y los planes de batalla. Por una noche, quería que se

distrajese conmigo y que se sacase de la cabeza todo lo demás. Si se dio cuenta, no dijo nada; en su lugar, cogió el vaso y lo vació de un trago. Puso otra vez cara de asco, y lo dejó junto al mío.

—Paré cuando dejó de ser divertido y se convirtió en un modo de atemperar mis sentimientos y mis emociones.

—¿Por ejemplo? —Arrastré las palabras.

Se inclinó hacia mí, con los codos en la mesa.

—Por ejemplo, cuando creí que te había perdido.

La respuesta me pilló por sorpresa. La calidez del alcohol se fundió con la de su amor. Me incliné hacia él, le sujeté la cara y le di un beso suave. Al apartarme me lamí los labios. Su sabor era adictivo, y la sensación de la barba sin afeitar en mis dedos, un roce delicioso.

—¿Fuiste siempre un romántico empedernido?

Me sonrió con aire burlón y me besó la muñeca.

—No creo que lo sea, en realidad. Creo que soy como todos. Hasta los guerreros y los reyes más brutales desean lo mismo.

—¿Y de qué se trata?

—Del amor. Nadie, sea mortal o inmortal, quiere estar solo para siempre, por mucho que diga lo contrario.

—Ah, ¿sí? —Enarqué las cejas.

Asintió y se sentó más cerca de mí. Los muslos se rozaron cuando me acercó la boca al oído para que pudiera escucharlo sobre el ruido de la taberna.

—Echa un vistazo a toda la sala. Unos bailan porque les encanta que

haya vuelto la música. Otros se hacen mimos porque se aman y sienten la necesidad de tocarse. Hasta el bosque canta su amor por la noche. El amor ha comenzado y ha terminado guerras. He visto a guerreros que se han clavado una espada en su nombre. Gracias a él la inmortalidad es menos aburrida, y da sentido a quienes visitan el velo antes que nosotros. Endulza la vida y nos da algo que anhelar, que esperar, a lo que aferrarnos y, si tienes mucha suerte, algo perdurable.

Me pasó la mano por el hombro para apartarme el pelo. Cuando los dedos rozaron la piel expuesta del cuello, un escalofrío me recorrió, y tragué saliva. Se inclinó más cerca todavía; sus palabras eran un susurro.

—El propio tiempo no puede tocarlo. Muerte no puede romperlo. Es la fuerza más poderosa del universo, mucho más que cualquier trono o corona.

Inconmensurable. Inevitable. Capaz de devorarlo todo. Va más allá del deseo o la necesidad. Su único afán es consumir a quienes lo comparten.

¿Cómo podría alguien no desearlo? Todo el mundo ama a alguien, incluso los más crueles de entre nosotros. Creo que no sentir jamás el amor sería la mayor de las tragedias.

Tragué saliva y miré a mi alrededor; contemplé la alegría de la ciudad, que saboreaba un breve instante de paz. Me incliné para acercarme más a él y sentí su aliento en la mejilla.

—Eso ha sido… muy hermoso.

Se mordió el labio inferior y me dedicó una sonrisa maliciosa.

—O quizá mi madre tenía varios libros de poesía y yo soy un mentiroso que intenta seducirte.

Le di un puñetazo en el hombro.

—Tramposo.

Rio y se encogió de hombros.

—Querías saber cómo era antes. Pues eso ha sido una muestra.

Mentiría si dijese que no me había afectado, pero Samkiel siempre lo hacía. Como un fuego que me quemaba la sangre, me consumía y hacía que

desease arder.

—¿Y cuántas picaron, oh, gran señor?

—Todas —respondió con masculina arrogancia.

No podía enfadarme por su soberbia; se la había ganado. Además, no me cabía duda de que decía la verdad. Me observó mientras yo pasaba la pierna sobre el banco y me sentaba a horcajadas. Me acerqué tanto que invadí su espacio; casi me había sentado en su regazo. Me incliné, con la boca a centímetros de la suya.

—¿Y cuántas te importaron?

—Una —respondió sin la menor vacilación. Los ojos se posaron sobre mis labios y se encendieron con un hambre familiar.

—Buen chico. —Le rocé la barbilla con los dedos y me aparté, sin darle el beso sugerido. Me puse de pie y le tiré de la mano.

—Ven.

Se lamió los labios y, por la lujuria que le nublaba los ojos, supe que creía que lo iba a llevar a la habitación que nos habían reservado. En vez de eso, lo cogí de las manos y tiré de él hacia la pista de baile.

—¿Qué haces?

—Tú me has enseñado tus… dones —bromeé—. Ahora yo te enseño los míos.

—¿Cómo podría negarme? —preguntó. Posó la mirada en la multitud mientras nos acercábamos y luego se centró de nuevo en mí.

Arrugué la nariz.

—Ligón descarado.

Me levantó del suelo y me echó sobre el hombro con una risita seductora. Chillé y me reí, y de paso aproveché para pasarle las manos por el culo. Samkiel me dio una palmada en el trasero y se abrió camino entre la muchedumbre hasta llegar al centro de la sala, donde bailaba la gente.

Todos reían y se lo pasaban bien, y muchos estaban borrachos. Me dejó de pie en el suelo, me tomó de la mano y me hizo girar antes de atraparme de

nuevo entre los brazos. El giro repentino me arrancó un chillido.

Nunca había entendido lo que querían decir los amantes cuando aseguraban que, estando con su pareja, el mundo desaparecía. Nunca, hasta Samkiel. Jamás me pasó con Kaden. Con él, siempre había sido consciente de lo que me rodeaba, siempre en guardia, nunca serena y en calma. Pero, cuando estaba con Samkiel, él era todo mi mundo.



Estaba muy enfadada con Samkiel. Furiosa. Toda nuestra relación se basaba en una mentira. ¿Cómo había podido ocultarme algo tan importante y aun así dormir a mi lado todas las noches? Qué bien guardado tenía su secreto. ¿Qué otras cosas me escondía? Yo no tenía ni idea de que sabía bailar, y no digamos ya cantar.

Por primera vez desde hacía…, yo qué sé…, siglos, nos divertimos y nos lo pasamos genial. Reímos, nos contoneamos y bailamos. Al cabo de un rato, la gente empezó a salir por turnos al pequeño escenario para cantar con la banda. No hizo falta que nadie nos animara para que Samkiel y yo nos uniéramos. Cuando salió de su boca la primera nota, me quedé boquiabierta. Tenía una voz grave, suave y la hostia de sexi.

Pensándolo un poco mejor, quizá podría perdonarlo y no solicitar lo que en aquel mundo fuera el equivalente a un divorcio. Sobre todo, porque estábamos borrachos como cubas y follando en el techo de nuestro dormitorio.

Me sujetaba por la cintura mientras yo cabalgaba sobre él, con la cabeza echada hacia atrás y el pelo que caía en ondas hacia el suelo. La

puerta del dormitorio estaba un poco entreabierta y el suelo era un caos de ropas tiradas y rasgadas, fragmentos del vestidor destrozado y trozos desconchados de las paredes con las que nos habíamos estampado, cegados por la necesidad. Daba toda la impresión de que se hubieran colado dos animales salvajes y hubiesen destrozado la habitación. Tal vez no fuese una mala definición, al menos para el deseo que anidaba entre nosotros como una llama viva.

La pasión había brotado entre nosotros en el momento en que pisé aquel edificio de Onuna y se lo tiré encima. Tapado por el odio, pero ardía con tanta furia que casi nos había consumido a ambos. Nos habíamos resistido con desesperación, pero, desde el momento en que nos vimos, en realidad nunca nos habíamos separado.

Nada más importaba. Nadie más existía. Samkiel era mi centro de gravedad, y no me quedaba más opción que caer hacia él. Excavó un hueco en el sitio que solía contener mi alma y ocupó su lugar. Mi sed de él era insaciable, y colmarla, una tarea imposible. ¿Cómo iba a llenarme de algo que anhelaba más que el aire, más que la vida, más que la sangre? Gimió y susurró mi nombre mientras las caderas me empujaban con un ritmo febril.

Sentí su desesperación por fundirnos en un solo ser.

Dioses, qué hermoso era, como una obra de arte viviente. Conocía cada músculo, cada línea. Los había trazado con la boca, con la lengua, con los dientes. Siempre llevaba mi marca en el cuerpo. Me alimentaba de diversas partes de él, pero las señales estaban siempre ocultas bajo la ropa y la armadura. Ambos sabíamos que estaban ahí, y eso a él lo volvía loco. Me encantaba cómo se veían sobre la piel, como la que le acababa de hacer en el macizo hombro.

Los músculos del pecho se tensaban cada vez que me empalaba en él.

Las venas de los brazos se hincharon, las *adyin* brillaron en la penumbra cuando tensó los bíceps y me clavó los dedos en las

caderas. Su poder lo mantenía fijo contra el techo, pero era su fuerza la que me sostenía a mí. Mi

confianza en aquel hombre era absoluta. Aquella noche me apetecía algo salvaje y temerario, algo que nunca hubiese hecho con nadie antes que conmigo. Cuando le expresé esa necesidad, Samkiel se apresuró a satisfacerla.

No sabía qué era más excitante. ¿La expresión de pura felicidad de su rostro? ¿Cómo se tensaba y se estremecía su cuerpo cada vez que me empotraba contra él y me entraba hasta la empuñadura? ¿O que, me pusiera como me pusiera y me agarrara como me agarrara, sus principales preocupaciones fueran siempre mi seguridad y mi placer? Quizá lo que más fuesen los sonidos. Oh, dioses, hacía unos sonidos tan profundos y guturales…, como si yo estuviera satisfaciendo todas las fantasías que hubiese tenido alguna vez. Todo aquello, lo que había entre nosotros, iba mucho más allá del éxtasis. Si Muerte me daba alguna vez la opción de elegir, le rogaría que tuviera compasión y nos dejase morir así.

—Fóllame, *akrai*. —Gimió—. Fóllame como si me odiases.

Una orden que yo estaba encantada de obedecer. Mi bajo vientre se tensó de un placer caliente y cegador, creciente. Me aferré a sus gruesos hombros para sujetarme bien.

Samkiel cerró los ojos y el labio inferior desapareció detrás de los dientes. Echó atrás la cabeza y los músculos del cuello se tensaron como cuerdas. Estábamos los dos a punto de correrno, pero yo no quería que terminase. Frené y me froté contra él para cambiar el ritmo de nuestra danza. Abrió los ojos; la plata fundida brillaba tanto como las líneas de su *adyin*. Me miró con la boca entreabierta y el ceño fruncido en un gesto de placer y confusión.

Le deslicé la mano por el hombro y abrí los dedos sobre el cuello. La polla tembló en mi interior; sentir mi mano en la garganta hacía que se le pusiera aún más dura. Samkiel era una poderosa fuerza de la

naturaleza, pero, en momentos fugaces como ese, le encantaba que yo tomase el control y le diese órdenes. Sabía que, para él, darme ese poder también era una

liberación, un lugar donde refugiarse que le daba una libertad que hasta ese momento no había sabido que ansiaba. Era la cosa más sexi y erótica que había sentido jamás.

Jadeando, le cerré la mano sobre el cuello y el coño alrededor de la polla y presioné con fuerza al tiempo que movía las caderas en un ritmo lento y seductor. Estaba tan desesperado como yo, pero yo quería que el paraíso durase un poco más.

—No juegues… conmigo —gruñó.

Sonreí con toda la malicia del mundo.

—¿Y qué piensas hacer para evitarlo?

Los ojos le centellearon, y una sonrisa pícara y peligrosa se le asomó a los labios. Fue el único aviso que tuve antes de que me sujetase por las caderas y me levantase. No se retiró, sino que me sostuvo encima de él y arremetió con fuerza para follarme desde abajo. Las acometidas eran tan rápidas y salvajes que la cabeza se me fue para atrás. Mis gritos se entremezclaron con el ruido de nuestros cuerpos al chocar. El ángulo en el que me sostenía le permitía alcanzar un punto tan profundo de mi interior que me pregunté si algún día volvería a ser la misma. Arqueé el cuerpo y grité, y un relámpago estalló detrás de mis párpados y un calor puro y ardiente me consumió.

—Cariño. —La palabra fue como una maldición casi inaudible que lo empujó a follarme con más fuerza aún.

Samkiel me sujetaba de las caderas para mantenerme donde él quería, y las manos hacían tanta presión que me iban a dejar moratones. Enterró la polla hasta la base una y otra vez; me iba a

partir en dos. No era consciente de lo que ocurría a mi alrededor; mi confianza en él era absoluta. Me olvidé del juego que quería jugar; el instinto y la necesidad habían tomado el control.

«¡Qué prieta está! ¡Qué húmeda! ¡Y es mía! ¡Mía! ¡Mía!». Las palabras atravesaron nuestro vínculo y me reverberaron en la mente, sin barreras ni

impedimentos.

Ambos estábamos tan ausentes que el mundo podría acabarse y desaparecer y no nos daríamos ni cuenta. Samkiel tiró de mí hacia abajo al ritmo de sus largos y potentes empellones y el placer me recorrió el cuerpo hasta el último rincón. Las palabras se me escapaban de los labios como una secuencia incoherente de gemidos y jadeos. Al aumentar mi necesidad, me aferré a él, y Samkiel me cogió de la cadera y los anillos se me clavaron en la carne.

—Joder, *akrai*, vas a conseguir que me corra. —El rugido profundo de esas palabras fue como una caricia simultánea en todas mis zonas erógenas.

Le arañé el pecho con las uñas y dejé regueros de sangre. Rugió y se incorporó, y me metió la polla todavía más adentro. Me clavó los dientes en el cuello y chupó antes de deslizar la boca hacia la clavícula y luego a las tetas. Cerró la boca sobre un pezón y lo mordió al mismo tiempo que se estrellaba contra mí. Eché la cabeza atrás y los ojos parpadearon sin control.

El orgasmo estalló como una ola de fuego abrasador. Jadeé y grité.

—¡Cameron!

Samkiel se detuvo al instante, horrorizado, y la sorpresa lo hizo perder el control de su poder. Caímos. Justo antes de chocar con el suelo, nos giró para llevarse él lo peor del impacto. Aterricé sobre él, y el golpe lo dejó sin aliento. Me miró con muy mala cara. Aquellos

ojos que se fundían de necesidad ahora eran duros como el acero, teñidos de ira y dolor.

—¿Cameron? ¿Acabas de…?

Me tapé los senos con una mano y con la otra le cogí la barbilla y le giré la cabeza hacia el hombre debilitado que se recostaba en la puerta.

Estaba empapado por la lluvia y cubierto de sangre. Tenía la garganta desgarrada, con una raja tan profunda que era un milagro que se mantuviese en pie.

—La verdad —dijo Cameron con voz áspera y quebrada—, no es lo más raro que os he pillado haciendo.



Por encima del repiqueteo de la lluvia en el tejado, distinguí los murmullos y las voces de los aldeanos, que se disponían a irse a casa.

Cameron había llegado en el momento más inoportuno, pero Samkiel y yo sabíamos de antemano que el descanso iba a ser breve. Lo que

no nos esperábamos era que lo fuese tanto. A mí se me había pasado el colocón, y tanto Samkiel como yo estábamos totalmente sobrios. Es lo que pasa cuando descubres que tu pesadilla se ha hecho realidad. Kaden no solo estaba vivo, sino que además había regresado para aterrorizar los dominios una vez más.

Cuando se plantó en nuestra puerta, Cameron tenía muy mal aspecto, con el cuello mordido y destrozado. Samkiel había hecho pasar hambre a Isaiah durante semanas. Me sorprendía más el hecho de que Cameron todavía tuviese la cabeza sobre los hombros que la violencia con la que se había alimentado Isaiah.

El corazón me retumbaba en el pecho al recapitular a toda prisa lo que Cameron nos había contado. Kaden estaba vivo. Vivo y sano y… ¿vivo?

¿Cómo? La cólera me bullía bajo la piel. No solo estaba vivo, sino que también se había colado en nuestra casa, había liberado a su perverso y

chalado hermano y había secuestrado a Miska. La ansiedad me devoraba las entrañas. Me dije que para eso la habíamos estado entrenando. Para que, si pasaba algo mientras no estábamos, tuviese al menos una idea de cómo cuidar de sí misma. Pero no la había preparado para algo así. Ni se me había pasado por la cabeza. El recuerdo de Kaden matando a Gabby me llenaba la mente de imágenes a las que me enfrentaba cada día. Intenté controlar el terror que amenazaba con apoderarse de mí y sobreponerme a mis pensamientos desbocados, pero la idea de que, con toda probabilidad, habría llevado a Miska con Nismera casi me enloquecía de pánico. Los dioses sabían qué le haría esa puta diosa maligna a mi niña.

«La encontraremos. No nos detendremos hasta haberlo hecho, y entonces mataré de nuevo a Kaden y enviaré a Nismera al Olvido con él», dijo Samkiel mediante nuestro enlace. Aunque intentaba tranquilizarme, su tono mental era seco y tajante.

La cólera de Samkiel burbujeaba bajo la superficie; casi podía saborearla mientras se agitaba y aullaba como una enorme bestia oscura esperando a ser liberada. ¿Cuánto había crecido el Olvido? Traté de indagar más a fondo mientras Cameron se alimentaba, pero me mantuvo a distancia y no me dejó entrar del todo en su mente.

«¿Por qué me cierras el paso ahora?».

Un gruñido le resonó en la mente y a continuación me dio un portazo mental en la cara.

Le clavé la mirada. Samkiel se recostaba en la pared de un edificio de la estrecha callejuela, con los dientes apretados y los ojos de un color gris acerado. Estaba cruzado de brazos y con los dedos de una mano tamborileaba sobre un bíceps apretado. Un muslo tenso soportaba su peso, y la otra pierna estaba doblada y la bota se apoyaba en la pared que tenía detrás.

«Estoy hablando contigo». Golpeé el muro mental que había alzado entre nosotros.

No hubo respuesta. Sacudí la cabeza y volví la atención hacia Cameron.

Mantuve a Samkiel controlado por el rabillo del ojo, pero posé la mirada en la espalda de Cameron, que se alimentaba de una mujer a la que habíamos controlado mentalmente. Sus pequeñas manos se agarraban al abrigo oscuro de él y lo mantenían cerca. Tenía la cabeza ladeada para ofrecerle el cuello esbelto, y las pestañas revoloteaban de placer. Al menos, lo había enseñado a alimentarse con propiedad y no como una bestia famélica. Solo hicieron falta tres pueblerinos y un montón de paciencia. Paciencia de la que Samkiel y yo carecíamos.

«¿Cómo ha podido sobrevivir al Olvido?», pregunté sin dejar de vigilar a Cameron.

«No estoy seguro». La cólera de Samkiel se me derramó por la mente junto con sus palabras.

«¿Alguien ha…?».

«No», me interrumpió con un tono áspero y agitado como un viento gélido.

Me volví del todo hacia él y entrecerré los ojos.

«No te enfades conmigo».

Un fogonazo de plata le iluminó los ojos, y un relámpago zigzagueó entre las nubes, seguido del retumbar del trueno, tan fuerte que hizo temblar el suelo que pisaba. Pero la voz que me llenó la mente se oía con claridad.

«Siempre puedes decir el nombre de otro cuando te corres. Seguro que eso me hará sentir mejor».

Me reí en voz alta y bajé los brazos. ¿De eso iba la cosa? Sabía que era celoso en exceso, pero esto… Debía de ser un efecto de la marca que yo había cambiado por su vida. Como si una parte de él y de mí siguiese trastornada. Y ahora se sentía amenazado porque mis labios habían pronunciado el nombre de otro. Oh, dioses.

«No puedes hablar en serio. Los dos sabemos que eso solo ocurrió porque irrumpió en la habitación».

Samkiel gruñó y miró más allá de mí. No tenía claro con quién estaba más cabreado: si con Kaden por estar vivo, conmigo o con Cameron.

«Samk…». Mis palabras se estrellaron con una puerta de acero. Había vuelto a cerrar el vínculo para dejarme fuera.

Lo miré muy enfadada, dispuesta a discutirlo en voz alta, nos oyera quien nos oyese, pero un gemido suave me llamó la atención. Me volví al instante y vi que Cameron tenía a la mujer entre los brazos y

tragaba con avidez. Mierda. Debería de haber estado más atenta. El latido del corazón empezaba a ralentizarse.

—Ya es suficiente —dije mientras me acercaba a Cameron.

No me hizo caso, así que extendí la mano para cogerlo por el hombro.

Se giró en parte y me clavó los ojos rojos; la sangre se le escapaba de los labios. El ig'morruthen de su interior me decía que no había acabado, ni mucho menos.

Le di otro tirón.

—He dicho que ya es suficiente.

Cameron encorvó los hombros sobre la mujer para sujetar mejor el cuerpo inerte. El color se desvaneció de su piel mientras la pálida y fría muerte se apoderaba de ella. Me moví y empujé con fuerza el hombro de Cameron para apartarlo de la mujer y separarlos al uno del otro. La sangre le corría por la barbilla y los ojos ardían con un rojo tan intenso que en aquella oscuridad eran casi cegadores. Rodeé a la mujer con los brazos y retrocedí. Él enseñó los colmillos y me gruñó, como un depredador colérico por verse interrumpido mientras se alimentaba.

Una espada de plata pura relució bajo la barbilla de Cameron. La necesidad instintiva y feral se desvaneció de los ojos ante la nueva amenaza. Samkiel se había interpuesto entre nosotros a tal velocidad que ni siquiera sentí moverse el aire. El poder que emanaba de él consumía el espacio entero de la callejuela.

—Te ha dicho que ya es suficiente. —La voz de Samkiel vibraba con

ese tono gélido y profundo que hacía que sus enemigos se measen en los pantalones. Invadió el espacio de Cameron para atraer la atención de la bestia que moraba bajo su piel. Cambió el ángulo del

filo de la espada y presionó un poco más—. No estoy de buen humor, Cameron. Si vuelves a gruñirle a mi mujer, te arrancaré los colmillos y te los haré tragar.

Cameron parpadeó y, al desaparecer los colmillos, cerró los labios. Se sacudió de encima la sed de sangre, aquella necesidad primitiva e irracional se replegó y los ojos recuperaron el habitual color azul claro. Inclinó la cabeza ante Samkiel, como un acto de sumisión ante un depredador mucho más grande que él.

—Lo siento —susurró.

Samkiel no respondió, pero siguió mirando a Cameron mientras la espada volvía al anillo. Me acerqué con la mujer y toqué a Samkiel en el brazo para atraer su atención. Luego se la pasé. La mujer se tambaleó, con los ojos vidriosos, como si estuviese perdida en un sueño. Le latía el corazón, pero con un ritmo débil e irregular. Samkiel la sostuvo, le puso la mano en el cuello y le curó la herida mientras la mano brillaba con una luz suave.

—Yo…, yo…

Levanté la mano para interrumpir a Cameron.

—Deja de disculparte. Estabas herido, casi muerto de hambre, y además aún estás aprendiendo. Por eso quería estar contigo cuando te alimentases. Estoy muy orgullosa de ti. Llegaste hasta nosotros sin arrasar un pueblo entero por el camino.

Miró de reojo a Samkiel, pero enseguida bajó la vista, como si se avergonzara, o como si temiera lo que podía pensar de él.

—Déjate de chorradas —le espeté a Samkiel—. Tenemos otras cosas de las que ocuparnos, aparte de tu maltrecho ego masculino. Que, dicho sea de paso, no tiene razón de ser.

A veces me olvidaba de que aquel no era un hombre mortal. Los

inmortales, al parecer, eran mucho más salvajes y protectores respecto a aquellos que consideraban suyos. Y yo me negaba a permitir que matara a uno de sus mejores amigos porque yo le había herido el ego o el orgullo. En algún momento tendría que lidiar con esa conversación y esa actitud, pero ya lo haría más adelante.

Volví la mirada hacia Cameron y le puse las manos en los hombros. A mis espaldas se oyó un chasquido de dientes seguido de un gruñido grave.

Sentí la furia de Samkiel como una oleada de calor que chocaba conmigo.

—Para de una vez —exigí, sin volverme hacia él—. No le hagas ni caso

—le dije a Cameron, pero de todos modos bajé los brazos—. Matar es matar, Cameron. Monstruos…, hombres… o una mujer. —La señalé con la mano. Poco a poco volvía en sí entre los brazos de Samkiel—. Es lo mismo.

Terminas con una vida, ya sea en defensa propia o intentando obtener la comida que necesitas para vivir. No te avergüences. En esta callejuela estás rodeado de asesinos. —Señalé a Samkiel con la barbilla—. Incluso esa bestia honorable ha segado vidas.

—Para ser justos… —empezó Samkiel. Le lancé tal mirada que se detuvo y carraspeó antes de continuar—. Dianna tiene razón.

Cameron levantó la mano y se limpió la boca.

—Si hubiese escuchado, quizá habría podido…

—No tenías forma de saber que estaba vivo, ni lo que iba a hacer. Lo de Miska no es culpa tuya. La encontraremos. No le has fallado.

Cameron esbozó una media sonrisa. Su luz, que solía brillar con fuerza, parecía extinguida. Samkiel emitió un sonido para mostrar

que estaba de acuerdo y cambió de posición a la mujer que salía poco a poco del control mental. Me detuve frente a ella y la sujeté de los hombros.

—Vete a casa, haz las maletas y lleva a tu familia al portal que hay al final de la calle.

Parpadeó y despertó de su aturdimiento. Al mirarme, el hermoso rostro se iluminó con una sonrisa, que se hizo aún más brillante al ver a Cameron.

Lo saludó con la mano y luego abandonó la callejuela y se perdió entre la gente. Después de lo que habíamos averiguado, Samkiel no iba a correr ningún riesgo con la ciudad. Esas personas estarían más seguras en nuestra ciudad que aquí. Una vez que se lo explicamos y les dimos la opción, reunieron de buena gana sus pertenencias más preciadas y todo lo necesario para sobrevivir. Ahora, con hatillos al hombro y empujando pesados carros, cruzaban el portal giratorio del final de la calle. Al otro lado estaba nuestra ciudad, verde y luminosa, con gente que les daba la bienvenida. Era un contraste tan increíble con cómo vivían en el pueblo…

—¿Sigues convencido de que la ciudad es segura, ahora que Kaden sabe dónde está? —preguntó Cameron mientras la veía marcharse—. Kaden se lo dirá a Nismera en cuanto se reúna con ella.

—No pasará nada —dijo Samkiel, que se detuvo a mi lado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quiso saber Cameron.

Estalló un relámpago, sonó un trueno y la lluvia se desató como un diluvio.

—Porque vamos a matarlo antes de que logre llegar hasta ella —

respondió Samkiel con una calma letal.

Aquello lo cambiaba todo. Si Kaden podía escapar a la muerte del Olvido, ¿qué significaba eso? ¿Y para qué se había llevado a Miska? ¿Para remplazar a Gabby? ¿Como una forma de controlarme de nuevo? Una calma fría y asesina se derramó sobre mí y ahogó toda emoción, toda razón.

Para dar el siguiente paso necesitaría toda mi astucia, y debíamos actuar sin demora. Mi alma, el mundo, todo tendría que esperar. Recuperar a Miska y matar a Kaden e Isaiah de modo permanente se había convertido en nuestra principal prioridad.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cameron. Las últimas personas cruzaron el portal a nuestro hogar, que se cerró tras ellos. Samkiel creó otro detrás de nosotros; un viento frío lo recorrió, y al otro lado vimos la ladera de una montaña cubierta de nieve.

—Muy sencillo —respondí con una sonrisa depredadora—. Nos vamos de caza.



Habían pasado varios días, en los que revisamos minuciosamente los dominios conocidos. Allí donde fuimos encontramos una de las siguientes dos cosas: o bien planetas abandonados, reducidos a

ruinas y polvo, destruidos por las incursiones de Nismera, o bien pequeñas aldeas y ciudades olvidadas que Nismera no había considerado dignas de su tiempo y esfuerzo. Samkiel ofreció ayuda y protección a todos los que vimos, pero se negó a imponerse a los que decidían no alinearse con ningún poder. El noble corazón de Samkiel hacía que aun así se asegurase de que seguirían recibiendo los recursos que pudieran necesitar.

No encontramos ni rastro de los ig'morruthens ni de la niña que solo quería curar. Había sido una esperanza fútil creer que Kaden e Isaiah tratarían de pasar desapercibidos al regresar a casa, pero esa verdad me la guardé para mí. Lo que yo había visto, por muy brutal que fuese, sucedería, porque solo así aquellos dominios conocerían la paz. Por tanto, ayudé donde y como pude.

Cuando todos estábamos ya al límite, nos refugiamos en un sistema de cavernas en la costa de un planeta abandonado. El agua goteaba por las paredes de piedra, procedente de la lluvia que había caído días antes. La

humedad había empapado el suelo reseco. Dos lunas gemelas en cuarto creciente iluminaban el cielo con su brillo, rodeadas de franjas retorcidas de púrpura y gris. Muchos mundos de aquel sistema solar eran inhabitables debido a su naturaleza gaseosa, pero desde luego prestaban su belleza al cielo nocturno.

Lo único que alteraba la paz era el sonido de unas patas enormes en el suelo del bosque. Era la única señal del guardia real que patrullaba con diligencia para proteger al rey y a la reina, que dormían en la profundidad de la caverna, envueltos bajo una misma manta, no por lujuria, sino para mantener el calor. Ambos estaban tan implicados en la búsqueda que no pensaban en descansar, y tuvimos que suplicarles que durmiesen un poco.

No comprendían que la encontraríamos cuando fuese el momento adecuado. Y tenía que ser adecuado. Si la encontrábamos demasiado

pronto, el destino de ambos podría dar un giro que lo dejase fuera de mi alcance.

Un aullido perforó la noche. No fue lo bastante fuerte para despertarlos; más bien sonó como un quejido y un lloriqueo. La zona estaba despejada, y la señal de alarma estaba dirigida a mí. Oí el grito que se escondía en su interior y supe que solo quería saber que no era el único que, en medio de la noche, lloraba la pérdida de la diminuta sanadora. Cameron no sabía lo que le deparaba el futuro, y dudaba de su habilidad para proteger y ayudar a quienes amaba. Tras perder a Miska era incapaz de estarse quieto. Sobre todo porque tampoco había hecho ningún avance en la búsqueda del hombre que atormentaba sus sueños y pesadillas cada vez que cerraba los ojos. El fracaso le rebosaba por los poros, y gritaba en silencio al universo para pedirle una redención que jamás llegaría. Así que el lobo inquieto patrullaba trazando círculos decrecientes, y de vez en cuando se detenía para lanzar su lamento a las lunas.

Me tumbé y descansé las manos sobre el pecho mientras oía los movimientos de Cameron en la oscuridad y veía las estrellas desconocidas

desplazarse por el cielo. Mi hogar, mi auténtico hogar, yacía mucho más allá de ellas, y de ese lugar. En el pecho, donde debería haber un latido, sentí una fugaz punzada de dolor. Casi me sorprendía darme cuenta de que lo echaba de menos y lo lloraba. Había tantos mundos vacíos, todos ellos arrasados tras el paso de una tirana dictatorial… Ya no eran más que rocas desoladas, pero la luz que quería acunarlas y hacerlas crecer aún las iluminaba.

La noche se volvió más fría. No como consecuencia de la hora, sino como presagio del ser oscuro que apareció después. Me puse de pie, con cuidado de no despertar a la realeza que dormía detrás de mí. Con un esfuerzo consciente, obligué a mi cuerpo a deshacerse y materializarse de nuevo al borde del acantilado, a varios kilómetros de la caverna y de la bestia que merodeaba por el bosque circundante. Una capa de profunda oscuridad ondeó al viento, pero

yo sabía que no era un tejido y que no tenía forma física. La creaba la oscuridad que emanaba de él en pequeñas ondas.

Lo envolvía por completo, como si se entrelazase con su misma alma. Me detuve junto a Muerte, con los dedos de los pies en el borde del acantilado.

La figura enorme se cernía sobre mí y sus sombras se extendieron hacia mí para saborearme.

—He pillado a un par de tus espectros merodeando cerca —dije a modo de saludo—. ¿Sigues buscando al rey que se escabulló por la puerta?

Muerte respondió con un gruñido amenazador.

—Será enviado de nuevo más allá del velo.

No habíamos visto a Unir, ni sabido nada de él, desde su breve visita a Dianna. Yo sabía que, fuera lo que fuese lo que le permitió entrar en este mundo, no le serviría para esconderse. Muerte le daría caza con sus espectros y sus sabuesos fantasmales.

—Estás interfiriendo, pese a jurar que no lo harías —dije.

—Estamos perdiendo. —Muerte no se movió. La capucha le tapaba la cara, y me pregunté qué apariencia habría adoptado hoy. ¿A qué alma

antigua y poderosa de las que atravesaban sus puertas le habría robado el aspecto para disfrazarse?—. ¿Han cambiado tus visiones, pariente? —me preguntó.

Dejé vagar la mirada por la extensión que se abría ante nosotros, una sucesión de colinas onduladas y piedras grises desperdigadas entre los árboles. La vida en las llanuras. La vida, y él.

—No, sigo oyendo los gritos. Capto los vientos moribundos y veo el cielo caer en espiral y tocar el suelo. Es el comienzo de una oscuridad impenetrable. El principio del fin, en verdad, y todos los caminos confluyen en uno.

—¿Y no se lo has dicho a ella? —preguntó Muerte con voz grave y profunda.

—No lo he hecho —contesté—. Solo servirá para distraerlos, porque ninguna decisión que tomen, ninguna opción que elijan cambiará el resultado. Los últimos fragmentos del reino de Unir caerán, y me temo que ellos lo acompañarán.

Cuando Muerte hacía acto de presencia, el tiempo se detenía. El viento no soplaba, los animalitos y las hojas no se movían a nuestro alrededor. El universo esperaba a que su amo recogiese lo que había venido a buscar. Esa noche, Muerte no había venido a recoger nada, y aun así su ser emanaba un indómito poder. No estaba ni aquí ni en otro lugar, sino en algún punto intermedio.

—¿Te perdonará ella? —preguntó Muerte—. ¿Y él?

—No importa —respondí con sinceridad—. Debe hacerse.

—Siempre te he admirado más a ti que a tus hermanas, ¿sabes?

Reí por lo bajo.

—Mis hermanas son muy peculiares; pero todo lo que somos, los somos por igual.

—Tú no. —La capa onduló a su alrededor, movida no por el viento, sino por su poder—. A diferencia de ellas, tú viste lo que se avecinaba e

interviniste. Rompiste las reglas, pese a saber el coste que tendría para ti, y perseveraste.

Asentí.

—Como has hecho tú. Supongo que por eso has resucitado a Kaden del Olvido. —Muerte no dijo nada, pero tampoco hacía falta. Solo él tenía el poder de hacer algo así—. Pero ¿por qué los guiaste hasta el hogar de ella?

La sanadora es inocente.

—Usas las palabras de aquellos que están muy por debajo de nosotros, pariente. ¿Inocente? ¿No lo son todos, en cierto modo? Y a pesar de ello cruzan mis puertas. Todos son iguales en el reino de los muertos.

—Ella es inocente —repetí.

Dejó escapar una carcajada breve y profunda, pero no se volvió hacia mí.

—¿Es un juicio de valor lo que oigo? No es el don que se te otorgó al nacer, pariente.

No contesté, porque no tenía palabras para corregir o negar su afirmación. Yo… me compadecía. Me compadecía de todos ellos. Y así había sido desde que el universo me dio vida, y seguiría siendo cuando me la quitase. Mi deber, como el suyo, era mantener el equilibrio. Pero ¿ser testigo de todo lo que yo había visto y no actuar? Me traicionaría a mí mismo en aras de un desenlace distinto, uno mejor. Traicionaría mi supuesto propósito con la esperanza del nuevo mundo que yo sabía que ellos podrían ofrecer.

—Te burlas de mí, pero ¿cuántos han llegado a tus puertas por ello?

¿Cuántos esperan todavía a quienes han dejado atrás? Los imperios que se han convertido en polvo por su culpa, y volverán a hacerlo. —Me encogí de hombros—. Siempre es por amor. Debe serlo, o en verdad estamos todos condenados.

En el silencio que siguió a mis palabras resonó una risa oscura.

—¿Tanto te afecta la reina? Parece que no solo castra a los dioses.

«La reina». Como siempre, era incapaz de referirse a ella sin mostrar sus prejuicios. Incluso antes de que ella regresara, Muerte nunca entendió por qué lo arriesgué todo, por qué permití que Unir me encadenase. Nunca me preguntó ni me abandonó en mi búsqueda, y con el tiempo había llegado a comprender que lo hacía en beneficio de todos nosotros, que no era una persecución egoísta. Yo no necesitaba algo así.

—Vi un camino distinto, y, cuando Kaden murió, temí que se bifurcase.

Tú lo corregiste. Con todo, debo preguntar. ¿Qué objetivo persigues? —

dije, en vez de responderle.

El frío arreció y cubrió de escarcha todo lo que nos rodeaba; las piedras y restos que tenía a mis pies se volvieron quebradizos.

—El que queremos. El que es necesario. Nismera está cada día más cerca de obtener el medallón, así que hice lo que tenía que hacer.

Asentí con solemnidad. Eso ya lo había deducido.

—Todo sucederá como debería.

—No les has hablado de mi llegada, ni les has dicho una palabra sobre dónde estaría yo —observó. El aire que lo rodeaba se volvió más denso.

—Ni lo haré.

—Entonces, ¿tu lealtad todavía está con nosotros?

Hice una mueca. «Nosotros». Qué formal, para referirse a una alianza informal. Caos nos otorgó lo que quienes están por debajo de nosotros llamarían «vida». Pero ¿qué era la vida, sino una servidumbre a la que estábamos atados? Ambos repetíamos un ciclo interminable, sin vivir nunca de verdad ni morir jamás. Éramos observadores. Yo vigilaba el tiempo, que devoraba y corroía, que convertía los huesos en polvo y los imperios en ruinas, y él recolectaba, siempre, para toda la eternidad, hasta que la misma eternidad terminase. ¿Descansaríamos entonces? Supuse que no, y ya no era capaz de ver tan lejos.

—El objeto de mi lealtad nunca ha sido Caos ni lo que ella creó. Ella le daría vueltas al universo diez veces más eones de los que ya han

transcurrido hasta sumirlo en la más completa anarquía. No puedo permitirlo —dije.

La risita de Muerte fue tan fría como el éter que lo había creado.

—La paz nunca es duradera, pariente.

—Durará lo suficiente.

Muerte gruñó.

—Parece que tu interferencia está cambiando, pariente. Cuanto más te acercas a ella, en menos te conviertes.

Mis labios esbozaron una sonrisa. Sus observaciones no eran incorrectas. Pero no me importaba. Muerte y yo fuimos creados a la vez, mucho antes de que llegaran los demás seres, pero éramos muy distintos.

Yo conocía mi propósito, mi objetivo, y lo que tenía que hacer para conseguirlo. A veces echaba de menos la soledad, pero al mismo tiempo lo que tenía en ese momento era lo más cerca que había

estado jamás de vivir de verdad. Era un regalo que atesoraría para siempre.

—La escogería a ella en cualquier existencia.

La oscuridad que rodeaba a Muerte pareció estremecerse como respuesta a la emoción que percibía en mí.

—Eso lo sabemos ambos.

Tenía las manos en los bolsillos, y la noche se iba acabando. Las estrellas titilaban en lo alto, y algunas atravesaban el cielo como veloces destellos de luz.

—Supongo que no has venido hasta aquí para contarme tus planes actuales —le dije a mi compatriota.

—En efecto.

—Entonces, ¿por qué razón?

—Solo quería avisarte. No se lo va a tomar bien cuando se entere, pero debe ser así para que él pueda entender la seriedad del asunto —explicó Muerte, y me pregunté si sería así como se sentían los demás cuando hablaba yo.

—No comprendo.

—Deben reconciliarse, o todo estará perdido —dijo Muerte.

Eso me dejó parado. Me volví hacia él por completo, y tuve que levantar un poco la cabeza para ver la suya, tapada aún. La oscuridad seguía revoloteando a su alrededor como si estuviese viva.

—¿Reconciliarse?

Siguió observando, y esperando.

—Me temo que pides demasiado —continué—, si intentas forzar algún vínculo entre Dianna y los hermanos de Samkiel. Nismera ha hecho lo que pretendía. La grieta que los separa es tan profunda como una caverna. La conexión se rompió en tantos pedazos que recomponerla sería imposible.

—Temes que sea así —señaló Muerte—. Yo no.

El miedo fue como un hormigueo en la nuca, y supe que lo que él hubiese puesto en marcha no sería fácil de deshacer.

—¿Qué has hecho?

Una ráfaga de viento, gélida como el vacío entre las estrellas, se abatió sobre mí.

—La recompondrán, o acabaremos todos rotos.

Cuando Muerte me miró, no era un rostro informe lo que me mostró.

Comprendí que la oscuridad que lo rodeaba no era solo ausencia de luz.

Briznas púrpuras de poder brillaban a su alrededor. Antigua y primitiva, se retorcía y se agitaba, como serpientes de humo que protegiesen a su amo.

La apariencia que había adoptado no era la de un simple rey o guerrero muerto.

Era Samkiel.

Muerte desapareció entre un rumor de alas. Su advertencia final me resonó en los oídos, junto con los gritos de un millón de últimos alientos.

«Recomponerse, o romperse».



La lluvia azotaba el ventanuco de la taberna. Elianna se enroscó en el camastro y volvió a resoplar. Yo me daba por satisfecha con que hubiésemos conseguido una habitación con dos camas. Vincent no se quería quedar con nosotras. Desde que nos fuimos estaba tenso. Dondequiera que fuéramos, se ponía en alerta, como si aguardase la venganza de Nismera.

Era culpa mía. Mi sueño nos delató, y, en cuanto el navío atracó para cargar suministros, escapamos de él.

Me eché sobre la cabeza la capucha del manto y me aseguré las finas correas sobre los hombros. Llené la pequeña bandeja de pan y carne seca y lo envolví con un paño que aseguré bien. Salí de la sala con pasos rápidos y giré al final del pasillo, hacia las escaleras del fondo. La vieja puerta de madera que había arriba giró sobre las chirriantes bisagras y, al abrirse, el aire frío manchado del humo de las dos chimeneas me golpeó la cara. Había amainado y las nubes se habían abierto; la luz de la luna relucía sobre la ciudad amodorrada. La vista era muy hermosa, pero lo que atrajo mi atención fue una figura alta y esbelta. Me había acostumbrado al tirón que ejercía sobre mí, y que me arrastraba hacia él. Me acerqué con pasos

silenciosos.

—Te he traído algo de comer. —Le ofrecí la bandeja.

Vincent se volvió a mirarme y el viento agitó el abrigo y mostró los puñales ardientes de plata que ocultaba debajo. Miré más de cerca y vi que estaba armado hasta los dientes, con las armas ardientes que había invocado sujetas por todo el cuerpo. Como si temiera que, en caso de que ocurriese algo, no fuera lo bastante rápido para invocar una y detener la amenaza incipiente.

—No tengo mucha hambre —dijo.

Suspiré.

—Vincent, nos hemos detenido ya en varios sitios y en ninguno has comido en condiciones.

Reanudó la vigilancia de la ciudad sin decir nada. Las luces brillaban en las ventanas, los edificios bordeaban la cinta de plata del río y, más allá de los árboles, el bosque era una negrura inexorable.

—Me prestas demasiada atención —dijo, de espaldas a mí.

—Alguien tiene que hacerlo —bromeé.

Se giró y, con un par de zancadas, recorrió la distancia que nos separaba. Oí el crujido de las botas sobre el viejo tejado, pero todo lo demás se desvaneció cuando me cogió la cara entre las manos frías y posó los labios sobre los míos. Un hambre me consumía el vientre, y no era la comida de la bandeja lo que quería. Ambos lo anhelábamos con desesperación, pero nuestra mayor preocupación era mantener la distancia.

En el palacio estábamos acostumbrados a ocultar nuestros sentimientos y robar pequeños momentos a escondidas, como ese beso rápido. Ahora, Elianna estaba con nosotros a todas horas, y

huíamos para salvar la vida. Yo quería mucho más, y la necesidad me devoraba.

Nuestras narices se rozaron cuando se apartó un poco y suspiró; su aliento se mezcló con el mío.

—¿Así es como quieres que te posea, Camilla? ¿En una ciudad medio

desierta, recostada en una chimenea que se cae a pedazos?

—Vincent, te deseo. El lugar me da igual —dije, y cada palabra era sincera. Si me poseyera allí mismo, en aquel momento, no me quejaría. Ya era suya.

Vincent levantó la cabeza, y el calor espeso de la lujuria que asomaba a sus ojos se fundió para revelar una emoción más tierna. Se inclinó para besarme, y ese nuevo beso fue suave como una pluma. Apartó un poco la cabeza.

—Jamás te faltaría al respeto de ese modo —susurró. Me mordisqueó el labio inferior con suavidad—. Al menos, no la primera vez.

Solté una risa entrecortada y me aferré a él con la mano libre. Mi imaginación desbocada me llenó la mente de pensamientos traviesos.

—¿Y la segunda?

La sonrisa de Vincent fue preciosa; le iluminó las facciones y le dio una apariencia irresistible. Pero fue solo un instante; su ánimo sombrío acabó enseguida con el momento de alegría.

—¿Qué pasa? —pregunté, y recorrí su mandíbula con los dedos.

Sacudió la cabeza y se sentó un poco más erguido. Contuve un gemido; aunque no se había movido, podía sentir que erigía barreras entre nosotros.

—He estado pensando en eso. En nosotros.

—Me alegro de oírlo. ¿Hay algo que quieras compartir?

—Lo he pensado, y no estoy seguro de que podamos estar juntos, en sentido físico, mientras lleve encima su marca.

Entonces fue mi sonrisa la que se desvaneció; apreté un poco los dedos sobre la bandeja. Solo con oír hablar de la maldita marca me daban ganas de fundirle las tripas a Nismera.

—¿Y por qué importa?

—Porque, si estoy contigo, no creo que pueda marcharme.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Marcharte? ¿Tienes pensado hacerlo?

Vincent agachó los ojos y trató de liberarse de mi agarre, pero no se lo permití.

—Camilla —dijo—. Sé razonable. No podemos huir para siempre, pero puedo hacer que me sigan y darte tiempo para que te vayas con el medallón.

Quizá puedas esconderte hasta que Samkiel haya terminado con ella.

—No.

Los ojos le brillaron de cólera.

—Estoy intentando…

—Estás intentando huir, y no solo de ella, sino de lo que hay entre nosotros y en lo que podría convertirse. No.

Alzó la mano y me apartó un mechón suelto cerca de la sien.

—Cuando me vuelva a tener entre sus garras, nos hará pagar por nuestra indiscreción del peor modo imaginable. No puedo permitir que te haga daño. Peor aún, no soporto la idea de lo que me puede obligar a hacer.

La magia se arremolinó bajo la bandeja, me la quitó de las manos y la llevó flotando hasta la cornisa. Le sujeté los hombros y lo miré a los ojos.

—Nunca volverás a ser suyo. Te lo juro.

La mirada se dulcificó.

—Ni siquiera Samkiel pudo detenerla.

Me encogí de hombros.

—Bueno, yo no soy Samkiel.

Una sonrisa inesperada le iluminó el rostro, tan profunda que me mostró hoyuelos que ni sabía que tenía.

—No, eres mucho más bonita —dijo a la vez que me cogía la barbilla y me la levantaba.

—No me dejes. No tengo a nadie más. Ni en este mundo ni en ningún otro.

Asintió y posó la frente sobre la mía; nuestros alientos se mezclaron como si hubiésemos compartido el aire desde el amanecer de los tiempos.

Pese al dolor, la confusión y las complicaciones que acarreaba consigo,

estaba segura de que nuestra relación era inevitable. Lo que había entre nosotros era tan hermoso y catastrófico como el nacimiento y la muerte de las estrellas. Habíamos orbitado por sistemas vecinos,

pero siempre navegando en un rumbo de colisión. Sabía que el destino existía, y no tenía duda de que Vincent y yo siempre estuvimos destinados a encontrarnos de nuevo.

—Digo cosas grandilocuentes, pero en realidad no creo que pudiera. No creo que haya un lugar del universo tan lejano que, si me refugiara en él, no acabase arrastrándome de vuelta a ti a cuatro patas.

Posó los labios sobre los míos y se apoderó de ellos de un modo lento y sensual.

Dioses, cómo había echado de menos besarlo. Llevábamos semanas con Elianna pegada a los talones como un cachorrillo perdido. No habíamos tenido tiempo para nosotros, pero allí, en aquel momento, en un tejado y con el cielo como único testigo, lo agradecí. Cerré los dedos sobre su abrigo y tiré de él para pegarlo a mi cuerpo. No había nada que nos separase cuando me inclinó la cabeza con las manos y me devoró la boca. El calor se me derramó por la piel y la magia cantó en respuesta a su sabor. Vincent me sujetó el pelo con fuerza y…

Se detuvo y me apartó de él para mirar hacia la oscuridad. El cambio fue tan brusco que me dejó perpleja. Busqué la causa con la mirada. Un fogonazo de luz iluminó el horizonte, y ambos nos apartamos al tiempo que el cielo se dividía en dos. Un fuerte estruendo sacudió las ventanas e hizo estremecer la atmósfera; las nubes se apartaron del punto de origen como el humo de una vela apagada. Donde un instante antes no había nada, ahora un navío fabricado con un extraño y reluciente metal dorado flotaba sobre la ciudad.

—Mierda —dijo Vincent con aspereza. Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la puerta. Eché un vistazo atrás, pero corrí para seguirle el paso.

—¿Qué es eso?

—Su armada —respondió con el rostro desprovisto de color.

Abrí mucho los ojos al ver que otros dos navíos se unían al primero.

Unas luces brillantes alumbraron la ciudad e iluminaron las calles con rayos de plata. Genial. Nismera no solo tenía una legión a sus órdenes, sino también una flota de enormes buques de guerra.

Vincent me cogió la mano con más fuerza mientras bajábamos las escaleras y corríamos por el pasillo. Cuando entramos en tropel en el dormitorio, Elianna gritó y se incorporó.

—¿Nunca llamáis a la puerta?

—¡Cállate! —cortó Vincent. Cogió un manto del vestidor y se lo tiró—.

Nos vamos. Ahora.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

El aire tembló con el zumbido de unos motores poderosos. Una luz brillante entró por la ventana; parecía que hubiese amanecido en la habitación. Al aterrizar la embarcación, el suelo se sacudió. Por unos instantes, nos quedamos mirándonos unos a otros. Elianna abrió mucho los ojos y, sin más comentarios, saltó de la cama, cogió el manto y se lo pasó sobre los hombros.

Nos agachamos, y Vincent cerró la puerta en silencio. Se oía una conmoción en el vestíbulo principal. Vincent nos indicó que guardásemos silencio con un gesto, sin apartar los ojos de la ventana. Los guardias ya estaban aquí. Tragué saliva y la magia me chisporroteó alrededor de las manos mientras me preparaba para protegernos. Vincent negó con la cabeza y yo dejé que se apagase. La habitación volvió a sumirse en una penumbra gris. Las luces del exterior se apagaron y Vincent se asomó con cuidado para echar un vistazo. Lo que vio, fuera lo que fuese, lo empujó a tratar de abrir la

ventana tan en silencio como le fue posible. Elianna y yo nos acercamos a él al oír las voces de los guardias que se acercaban y las botas que resonaban en el suelo de madera del pasillo. No me cabía duda de lo

que estaban buscando. O más, bien, a quién.

Vincent.

Las voces del pasillo se oían cada vez más fuertes y el corazón me iba a estallar. Sabía que teníamos que salir de allí enseguida o estábamos jodidos.

Vincent había conseguido abrir la ventana. Asomó la cabeza un instante y la volvió a meter.

—Vamos —dijo, sujetando el marco.

Elianna y yo nos pusimos en marcha, pero Vincent salió primero, con las armas desenvainadas, por si acaso alguien se había acercado por la parte de atrás. Una vez que comprobó que estaba todo despejado, se volvió para cogerme. Negué con la cabeza y me aparté para que Elianna pudiese salir primero. Me miró, irritado, y sacudió la cabeza. Le devolví la mirada, y la discusión silenciosa se prolongó, pero me negué a moverme. Yo podía defenderme a mí misma, y ella, no. Vincent apretó los labios con fuerza, pero no había tiempo para discusiones, y él lo sabía. Resopló de mal humor y le ofreció la mano a Elianna. No había sacado más que una pierna cuando oí que reventaban una puerta cercana.

Se me disparó la adrenalina y le di un empujón a Elianna, que chilló y cayó en brazos de Vincent, cuyos ojos se llenaron de pánico al oír el ruido de las botas cada vez más cerca. Chasqueé los dedos y la magia cerró la ventana que nos separaba. Alcé las manos y canturreé en voz baja un hechizo de ilusión. Las palabras casi no habían terminado de salir de mis labios cuando una patada derribó la puerta.

Tres guerreros adrueth altos y musculosos entraron de costado para que les cupiesen las alas por la puerta. El primero llevaba el pelo largo y rubio recogido hacia atrás, y le caía en ondas sobre los hombros. Una trenza gruesa le colgaba de un lado de la cabeza, y otra más pequeña debajo. El que lo seguía tenía el pelo moreno cortado casi al cero. Una cicatriz le dividía el labio inferior como si alguien hubiese intentado cortarle la cara en dos. Detrás de ellos entró una mujer, alta y esbelta pero no por ello menos

temible. Tenía el pelo rubio ceniza recogido en una trenza que le caía sobre un hombro. Los tres llevaban una espada envainada sobre la columna, entre las alas, con la empuñadura asomando un poco por encima de la cabeza. Me apreté más contra la esquina que había junto a la ventana y moví los labios en silencio para reforzar el encantamiento.

—Nada —dijo el varón moreno.

La mujer hizo una mueca de desdén.

—Sigamos buscando. Si se han ido, puede que estén cerca, o que se hayan olvidado algo.

El rubio grandote asintió.

—No podemos volver con las manos vacías, o Milani nos arrancará la cabeza.

Rebuscaron por toda la habitación, tiraron los dos colchones contra la pared y volcaron el vestidor; luego comprobaron el baño con la misma atención. El moreno se puso de rodillas y olisqueó la manta. Le brillaron los ojos, y supe que había olido donde habíamos yacido Vincent y yo.

—Han estado aquí —dijo, y le lanzó la manta a la mujer.

—Lo que significa que no pueden andar muy lejos —respondió el rubio, y casi di un respingo. Mientras yo no prestaba atención, se había puesto a mi lado; el peto estaba tan cerca que, dependiendo de cómo se girase, me arañaría la cara. Me quedé inmóvil y contuve el aliento. Solo tenía que dar un paso más hacia mí y, por mucho hechizo que hubiera, me descubriría. Al moverse, me preparé para abrirme camino peleando, pero se dio la vuelta.

—Busquemos fuera. —Señaló la puerta con la cabeza y los demás lo siguieron. La mujer echó un último vistazo al interior y podría jurar que me miró directamente, pero no protestó cuando el rubio la cogió de la cintura y la arrastró fuera de la habitación.

—Vamos, Eva.

Las botas casi ni habían salido del vestíbulo cuando la ventana se abrió

de par en par y los poderosos brazos de Vincent me sacaron al exterior. Me depositó en el suelo y Elianna me miró como si hubiese visto un fantasma.

Vincent tiró de mí hacia una estrecha callejuela que corría entre la taberna y la tienda que había a su lado, con Elianna siguiéndonos de cerca. Corrimos, nos escondimos y nos agachamos por toda la ciudad hasta llegar a una boca de alcantarilla. Vincent no perdió un instante en levantar la tapa. El hedor nos golpeó y Elianna gimió, pero Vincent no le hizo caso. Casi me tiró dentro del pozo, le ordenó a Elianna que me siguiera y a continuación entró detrás de nosotras y colocó de nuevo la tapa. La alcantarilla apestaba, pero nos mantuvimos pegados al muro exterior. Caminamos en silencio, aunque con el grosor de los muros y del techo ya no se oían los ruidos de la ciudad.

Notaba la rabia de Vincent que se estrellaba contra mí, pero logró guardar silencio hasta que llegamos a una encrucijada con suficiente espacio para estar todos de pie sin tocar las aguas fecales. Entonces

se giró hacia mí y me cogió de los hombros con tanta fuerza que casi me levantó del suelo.

—Si vuelves a hacer algo así, te juro…

—¿Qué? —pregunté—. Me habrían visto, y estaríamos todos muertos.

Ha funcionado, ¿verdad?

—No merecía la pena arriesgarse.

—Vincent —le susurré—. Nos habrían superado y te habrían capturado.

Solo hacía…

Sus labios se estrellaron entonces con los míos e interrumpieron mis palabras. Me besó como si no estuviésemos en una alcantarilla, como si Elianna no estuviese presente. Me besó como un moribundo, como si le faltase el aire, y quizá era justo como se sentía. Al momento se apartó y me sacudió con suavidad; seguía atenazado por el terror. Posó la frente sobre la mía mientras los dos recuperábamos el aliento.

—Tu vida no, Cami —me susurró—. ¿Me oyes? Miente, engaña, roba o negocia, pero nunca pongas en peligro tu vida. La tuya, no. Y menos para

protegerme a mí.

—Hummm —dijo Elianna, de brazos cruzados—. Perdón por estropear el momento, pero, si Nismera ha enviado la armada, no estaremos a salvo en ninguna parte.

Tragué saliva con esfuerzo. Elianna no se equivocaba. Había oído rumores de la poderosa fuerza que tenía bajo su mando, y solo había visto a su comandante una vez, en aquella maldita gala.

—¿Dónde podríamos escondernos? —pregunté—. Dado que controlan el cielo.

—Ahora mismo somos su mayor preocupación —explicó Vincent. Se enderezó y bajó los brazos, pero no se deshizo de mi abrazo—. Será implacable.

Elianna se mordió el pulgar y empezó a alejarse de nosotros. El sonido del agua que corría por el desagüe central y la humedad que caía de las bocas de alcantarilla amortiguó el sonido de sus pequeños zapatos.

—No solo por nosotros —saqué el medallón del bolsillo—, sino también por esto.

—¿No podemos librarnos de esa maldita cosa? —estalló Elianna, con la trenza medio deshecha. Se tiró del manto y del camisón que llevaba y se acercó a mí a grandes zancadas; apuntaba al medallón con un dedo pálido y delgado—. Tíralo, o véndelo, y acabemos con eso. Podremos huir, escondernos y perdernos de una puñetera vez en los dominios…

—No sabía que fueses tan cobarde —salté. Cerré la mano sobre el medallón, aunque no lo abarcaba del todo—. Si Nismera se hace con esto, el mundo, todos los mundos, están condenados.

—¿Y qué? —Elianna levantó las manos, con los ojos húmedos—. No tienes ni idea de a qué te enfrentas. Nismera es imparable e intocable. Y lo es desde hace eones. ¿Qué crees que podrás hacer tú, o cualquiera, para enfrentarte a ella, a su legión y a su armada?

Vincent se puso delante de mí. No lo había visto dar un paso hacia

Elianna. Sería la falta de sueño, o mis nervios cansados y frágiles, pero cada vez estaba más harta de ella y de su egoísmo. Vincent levantó la mano. No me tocó; la palma se detuvo a centímetros de mi estómago y nos mantuvo separadas.

—Cobarde —insistí—. No voy a condenar este mundo solo porque tenga miedo, y no pienses ni por un momento que no estoy aterrorizada. Y

él también, y tú, pero lo que hacemos cuando el miedo amenaza con paralizarnos es lo que define quiénes somos en realidad. Y me dice lo que eres tú, y que, cuando las cosas se ponen difíciles, siempre te rindes o sales huyendo.

Elianna bufó y se cruzó de brazos. Sacudió la cabeza y alzó la barbilla, esforzándose en vano por interpretar el papel de reputada miembro del consejo, como había sido en tiempos.

—Tal vez sea cobarde, pero al menos seguiré viva. Eso… —Señaló el medallón—. Eso es un suicidio.

—Tal y como yo lo veo, ya estamos muertos —dije. Me guardé el medallón en el bolsillo. Su peso me tiraba de la chaqueta y era como una carga en el alma—. Mejor morir por aquello en lo que crees que vivir una mentira.

XXII
MISKA

Las criadas me bañaban entre murmullos. Me salpicaron con agua helada, que me puso la piel de gallina, y al rascarme la espalda con un cepillo me arrancaron un chillido. Se me arrugaron los labios y

traté de distraerme mirando aquel mundo grande y luminoso al que me habían arrojado después de desnudarme.

El baño era enorme, como lo era el dormitorio en el que me habían metido antes los soldados. Cuando lo hicieron, golpeé la puerta, giré el picaporte y tiré de él hasta que me ardieron las manos y los nudillos.

Rebusqué por toda la habitación y abrí todas las ventanas, una tras otra, solo para descubrir que me hallaba a gran altura. Me asomé y era como un precipicio, y el viento me revolvió el cabello. Aunque anudase todas las sábanas de la cama, la soga improvisada no sería lo bastante larga como para escapar, y tampoco sabía lo que me podía encontrar abajo. Las nubes proyectaban su sombra sobre el fondo, y más allá solo se veía una extensión de árboles y montañas.

Estaba desesperada por encontrar un modo de salir de allí, pero pronto descubrí que quizá no lo hubiera. La idea de escapar se desvaneció mucho antes de que oyese los pasos de los soldados en el pasillo. Acompañaron a las criadas hasta la habitación y se marcharon; a continuación, las sirvientas

me desnudaron y me metieron en el baño a la fuerza.

Contuve los chillidos mientras me sacudían la cabeza de lado a lado; unas manos bruscas me tiraban del pelo y me pasaban el cepillo con impaciencia por los largos mechones. Dianna solía cepillarme el pelo para quitar los nudos antes de irme a dormir y me contaba historias de su mundo natal. Nunca era tan brusca, pero esas mujeres no eran ella, y les daba igual hacerme daño. Pero no pensaba llorar. No. Dianna no lloraría. Tras un último sollozo, cuadré los hombros. Dianna había pasado por experiencias mucho más difíciles, y yo sería fuerte, como ella.

Cuando terminaron de bañarme, me sacaron del tocador y me secaron.

Protesté e insistí en que podía hacerlo yo, porque quería que dejasen de tocarme. Sin hacerme caso, me pusieron un vestido por encima de la cabeza. El tejido, resbaladizo y de color blanco puro, cayó hasta el suelo y me cubrió los pies. Una sirvienta tiró de los cordones y me los ató a la espalda, tan apretados que me marcó los pechos y me dolieron las costillas.

Luego me hicieron girar, me movieron como si fuese una muñeca inerte y empezaron a peinarme. Tres pares de manos indiferentes tiraron del cabello y lo retorcieron en distintas direcciones, y después lo fijaron en su sitio con pequeñas horquillas de plata. Cuando por fin terminaron, recogieron sus cosas y se marcharon de la habitación casi a la carrera.

Estaba temblando. Me quedé de pie un momento, intentando tranquilizarme y procesar la traumática experiencia. Poco a poco me acerqué al enorme espejo con marco de plata que ocupaba la mitad de la pared del tocador y contemplé mi reflejo. Tenía todo el aspecto de la mujercita en la que Dianna decía que me estaba convirtiendo. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior para que dejase de temblar, con tanta fuerza que temí hacerme sangre.

Por fin era libre y tenía una familia, y ahora me lo habían arrebatado todo. Kaden e Isaiah me habían arrancado de mi hogar pese a mis protestas.

Cameron no había dudado en protegerme, pero terminó hecho un ovillo en



el suelo, con el cuello destrozado. Mi corazón de sanadora me pedía que lo ayudara y aliviase su dolor. Que no me dejasen hacerlo fue una tortura.

Mientras Kaden me sujetaba y me ataba a la espalda llena de púas de Isaiah, recé para pedir que estuviera bien y que sobreviviese. Imaginar la alternativa me rompía el corazón.

Huimos en medio de la noche y, tras lo que me parecieron varias horas de vuelo sobre montañas heladas y llanuras desoladas, aterrizamos por fin frente a un portal abierto. Un puñado de soldados nos rodearon, y en el momento en que vi la legión supe a dónde íbamos. Era obvio que la habían avisado mucho antes de secuestrarme. Contuve los sollozos, pues sabía que era muy probable que jamás volviese a ver mi hogar.

Parpadeé y me miré de nuevo en el espejo. No. No iba a ceder, no me iba a rendir sin luchar. Dianna y Samkiel me habían enseñado a protegerme a mí misma. Encontraría un arma y lucharía a muerte para escapar. Dianna pelearía. Todos ellos lo harían. Me convertiría en aquello que ella veía en mí. Ya no era una niña perdida y olvidada de Ciudad de Jade, y no me iba a dejar intimidar o ridiculizar nunca más.

La determinación cubrió el creciente y doloroso pozo que se me había abierto en el pecho y le cerró el paso al dolor, a la tristeza y al miedo, para que no pudieran usarlos contra mí. Y, cuando las botas blindadas volvieron a sonar al otro lado de la puerta, mi decisión se afianzó.

La sala de guerra en la que me dejaron era demasiado grande y brillante, como todo allí. El lugar me recordaba las ilustraciones de un libro que hablaba de insignes dioses y diosas. Todo era frío y vulgar. Los colores crema y oro eran chillones, y el reflejo en la enorme mesa pulida todavía amplificaba más la sensación. A lo largo de las paredes había hileras de

estatuas de mármol que sostenían columnas envueltas en estandartes que se agitaban al viento y hacían que las bestias bordadas en ellos pareciesen vivas. El fondo de la sala se abría al aire libre, y la ciudad dorada que se extendía más allá casi relucía. Incluso

desde donde estaba, podía ver las calles limpias y la gente con ropas elegantes que iba de un sitio a otro.

Cantaban y reían y paseaban como si vivieran por la gracia de una reina dulce y perfecta.

Conocía hierbas y pociones que, mezcladas en las proporciones adecuadas, podían crear alucinaciones masivas; me pregunté si tal vez Nismera había drogado a los ciudadanos para tenerlos felices y tranquilos.

De lo contrario, ¿cómo podrían no ver la realidad que ella representaba?

La gigantesca puerta doble que había detrás de mí se abrió de repente.

Con un sobresalto, me di la vuelta, las manos entrelazadas delante del pecho, para encontrarme frente al ser que pretendía dominarlo todo. Las botas de tacón de Nismera resonaron sobre el suelo de piedra pulida. Sonrió y, si no conociera su legado de abuso y tortura, habría pensado que era tan bella que dolía mirarla.

El pelo plateado le caía por la espalda en perfectas espirales y a los lados lo llevaba recogido y sujeto por la media corona que lucía. El vestido, fabricado con los mejores tejidos, era suave y ligero y se le adaptaba a los contornos del cuerpo. Unas escamas doradas diminutas le cubrían los hombros, y tres cadenas se entrecruzaban sobre el pecho. Era una armadura, pese a la engañosa apariencia delicada y femenina. Era deslumbrante. El ser más detestable y hermoso que hubiese visto jamás.

No la siguió ningún guardia. Las pesadas puertas se cerraron con un golpe seco. Solo estábamos ella y yo.

Se detuvo frente a mí y los labios perfectos esbozaron una sonrisa.

—Espero que te guste tu habitación.

¿Mi habitación? No era mi habitación. No había en ella ni una sola cosa que fuese mía. En mi habitación estaban las hierbas y las plantas que había

plantado en la ventana. En mi habitación había obras de arte en las paredes, regalo de Samkiel, y un dibujo ridículo que me había hecho Cameron y que estaba colgado sobre la cama. El armario de aquí no estaba lleno de vestidos, camisetas y zapatos hechos o regalados por Dianna. No era mi habitación. Aquello no era mi hogar. Era mi prisión.

—Quiero irme a casa —dije con voz temblorosa.

Nismera se agachó para mirarme a los ojos y estiró la mano hacia mí.

Me estremecí, pero ella, sin hacer caso de mi reacción, me pasó los dedos por el pelo.

—Pero, querida, ya estás en casa. Este es tu nuevo hogar, y nos vamos a llevar muy bien.

Se levantó y, al pasar a mi lado, me dio una brusca palmada en la cabeza, como si yo no fuese más que un perro. Me volví para no perderle ojo y vi que se paraba junto a la mesa. Se volvió a mirarme y tamborileó con los dedos en la superficie de la mesa.

—Vayamos al grano, Minci.

—Me llamo Miska.

Frunció los labios.

—Como sea. Necesito venenos, y, dado que eres la última de tu pequeña especie, quiero que me los hagas tú. Ya tengo un taller preparado y esperándote, con todo lo que puedas precisar. Podrías empezar hoy mismo.

¿Qué te parece?

Se me hizo un nudo en la garganta. Nismera quería que continuase el trabajo al que se habían dedicado las sanadoras de Ciudad de Jade.

—Me aseguraré de no cargarte de trabajo —continuó—, y tendrás todo un equipo a tu entera disposición. A cambio, esta hermosa habitación será tuya, y toda la comida que puedas meter en tu barriguita. Serás parte de mi personal de élite…

—No —respondí.

Nismera siguió sonriendo hasta que asimiló lo que yo había dicho, y

entonces fue como apagar un interruptor. Las facciones se ensombrecieron y una fea oscuridad tapó su resplandeciente belleza.

—¿Cómo dices?

Respiré hondo.

—He dicho que no.

Los dedos que tamborileaban sobre la mesa se detuvieron. Yo cuadré los hombros.

—Bonita —dijo—, solo te lo voy a decir una vez. O me fabricas lo que quiero y disfrutas de todas las comodidades que te ofrezco o te obligo a hacerlo. Si escoges la segunda opción, dormirás en las mazmorras que hay bajo el palacio, con los prisioneros, y te revolcarás entre la mierda y la orina.

Tenía que ser fuerte. Nismera no era distinta de toda la gente que había conocido hasta que llegó Dianna. Y no estaba dispuesta a tragar con más matones.

—He dicho que no. —Tragué saliva con dificultad—. No dejaré que me uses para hacer daño a mi familia.

Estaba frente a mí antes siquiera de que pudiese procesar que se había movido. Me dio una bofetada tan violenta que salí despedida. No supe qué me dolió más, si la cara o el golpe en la espalda al chocar con una columna.

Estaba acostumbrada a que me pegaran y a que me trataran como si fuese una mierda. El golpe de Nismera fue un duro recordatorio de la tortura que había sufrido y de por qué no la ayudaría jamás. Ahora había personas que me amaban. Que jamás me levantarían la mano ni la voz. Que disfrutaban de mis estúpidos dibujos, escuchaban mis historias y jugaban conmigo. Que me cuidaban y se aseguraban de que comiese y durmiese en condiciones.

Ahora tenía un hogar rebosante de amor y de risas. Moriría allí de buena gana antes que hacer nada que pudiese destruirlo.

Me incorporé sobre unos brazos temblorosos. Una lágrima me corrió por la mejilla a consecuencia del fuerte golpe.

—Todos vosotros teméis a Dianna y decís que es un monstruo. Pero el monstruo eres tú, y jamás te ayudaré.

Esperaba recibir otro golpe fulminante, pero Nismera solo suspiró. Se acercó, cada paso un ejemplo de gracia natural. Se agachó frente a mí y estiró la mano. Sobresaltada, me toqué la mejilla inflamada, pero ella solo jugueteó de nuevo con mi cabello.

—Vaya, resulta que la sanadora tiene coraje. Pero ¿quieres saber un secreto?

La miré con cautela sin decir nada.

Ladeó la cabeza y me estudió.

—Tanto si me ayudas como si no, para cuando termine, tu familia no será más que polvo —lo dijo con perfecta calma, sin que la ira enturbiase la dulce voz. Fue terrorífico.

Estaba reuniendo valor para responder, pero un golpe repentino interrumpió lo que me disponía a decir. Nismera giró la cabeza hacia la puerta, que se abrió de par en par. Un guardia real entró e hizo una profunda reverencia.

—Perdóname, mi rey, pero la reina Milani ha regresado en busca de consejo.

Nismera suspiró y se puso de pie. La mano se disparó, me agarró del pelo y me levantó de un tirón. Siseé y le rodeé la muñeca con las manos; ella me tiró del pelo como si fuese una correa y me atrajo hacia sí.

—Muy bien. Hazla entrar.

Nismera aflojó el agarre, pero me mantuvo a su lado. El guardia hizo otra reverencia y se fue. Unos segundos después, una mujer entró en la sala.

Las alas plegadas sobre la espalda estaban cubiertas de las mismas plumas blancas con punta dorada que formaban la corona que le reposaba en la cabeza, rodeada de largos mechones castaños. Lucía un vestido que resplandecía a la luz del sol, sin mangas, pero fruncido en los hombros; fluía sobre su cuerpo esbelto e insinuaba las curvas femeninas que escondía

debajo. Las puertas se cerraron, y me quedé otra vez encerrada, ahora con dos hermosos depredadores.

—Milani —dijo Nismera con dulzura—, bienvenida.

Los ojos de color avellana de Milani me miraron de arriba abajo.

—¿Es una sanadora de Ciudad de Jade? —preguntó, y no me gustó nada el interés que capté en su voz. Nismera asintió, y el corazón me dio un vuelco—. Dioses, creía que se habían extinguido.

Milani aplaudió y se me acercó casi corriendo. Se inclinó para mirarme a la cara y retrocedí de un salto, pese a que Nismera me sujetaba. Arrugó las cejas y a continuación la nariz.

—¿Qué le ha pasado en la cara? La tiene hinchada y magullada.

Nismera tiró de mí con más fuerza para acercarme a ella, como si fuese una mascota y temiese que me fuera a escapar.

—Esta tonta es muy torpe. Kaden e Isaiah me han dicho que tropezó de camino aquí.

Quise intervenir, pero un doloroso tirón de pelo me advirtió de no hacerlo.

Milani frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Qué cosas. —Se irguió y se olvidó por completo de mí. Dio un saltito y aplaudió de nuevo—. Traigo buenas noticias.

—Cuéntame —pidió Nismera con un suspiro. Parecía ya un poco harta de ella.

—Puede que mis hombres hayan encontrado a tu traicionero subordinado y a la bruja.

Fueran quienes fuesen, la noticia era importante para Nismera, porque no solo me soltó el pelo, sino que se adelantó y abrazó a Milani, y de pronto ambas estaban murmurando entre ellas y dando grititos.

Me quedé asombrada de que la mujer que acababa de abusar de mí se comportase como una adolescente atolondrada. Miré la puerta de reojo mientras seguían hablando con tanta excitación. No podría llegar hasta allí

antes de que me atrapase, y el balcón era demasiado alto. Sin alas, era imposible que sobreviviese a semejante caída.

—En verdad son estupendas noticias —dijo Nismera—. Envía más navíos de tu armada a la zona circundante, y yo sumaré parte de mi legión a tus filas. Algo me dice que, si la bruja se siente amenazada, puede convertirse en un problema, y la necesito de vuelta viva. Tengo pensado atarla y colgarla frente a él en la mazmorra. Cuando haya terminado con ella, podrá ver pudrirse su cuerpo. Y no puedo hacerlo si ya está muerta.

Ambas se echaron a reír, y sentí pena por la susodicha bruja.

—¿Has sabido algo más del paradero de Samkiel? —preguntó Milani.

No sabría decir si Milani era tonta o solo poco despierta, pero no pareció darse cuenta de que los ojos de Nismera parpadearon y se endurecieron. También se le desvaneció la sonrisa, aunque lo corrigió de inmediato. Fingía ser amiga de Milani, o lo que fuesen, pero yo sí que capté la mirada, y comprendí que, si Milani metía la pata o enfurecía a Nismera, acabaría en la mazmorra con la bruja.

Nismera se ajustó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, o al menos no mucho. Donde quiera que esté, no se está dejando ver por esta parte de los dominios, pero tengo grandes esperanzas de encontrarlo. —La mirada depredadora se posó en mí, y tragué saliva con esfuerzo.

Milani ladeó la cabeza y una sonrisa se le formó poco a poco en los labios.

—¿Por eso vive la última de las sanadoras? ¿Por él?

—No —respondí, más fuerte de lo que pretendía, y ambas se me quedaron mirando—. Sí y no. Dianna me salvó.

Nismera apretó los dientes ante la mera mención de aquel nombre.

Milani, sin embargo, parecía confundida.

—¿Quién es Dianna? —preguntó.

Nismera agitó la mano con gesto aburrido y abrió la boca para

responder, pero yo di un pisotón en señal de desafío y la interrumpí.

—Es la compañera de Samkiel, y os va a matar a las dos por lo que me habéis hecho.

De nuevo pensé que Nismera me golpearía. Sin embargo, ambas se me quedaron mirando y luego se echaron a reír. Nismera echó la cabeza hacia atrás y se sostuvo el estómago con la mano. Milani se agarró a la rodilla de una estatua mientras intentaba recuperar el aliento. Yo me quedé mirándolas, hirviendo de rabia, hasta que ambas recuperaron el control.

Nismera se secó los ojos, como si lo que yo había dicho fuese tan gracioso como para llorar de risa.

—Ah, los niños. Qué graciosos son, ¿verdad? Creen en el bien y el mal.

En lo correcto y lo incorrecto. —Tiró de una silla y se sentó en ella con las piernas cruzadas. La mirada se tornó letal y me dejó clavada en el sitio—.

Todo eso no existe, niña. Esas historias de príncipes apuestos y épico heroísmo no son sino cuentos de hadas. Solo una cosa gobierna los dominios, y es el poder. Lo único que importa es quién lo posee y quién no.

Y te voy a contar otro secreto. No hay nadie, en ningún dominio, que tenga poder suficiente para detenerme.

Milani sonrió con aire burlón, con una mirada llena de crueldad, mientras Nismera me regañaba. No cabía duda de que ambas eran igual de sádicas.

—Entonces, ¿ella ha visto a esa tal Dianna?

Nismera le lanzó una mirada.

—Déjalo estar, Milani.

La cara de Milani se ensombreció.

—De acuerdo. ¿Cómo está Samkiel? —Dio un paso al frente y me dirigió la pregunta a mí—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Igual que siempre? ¿Está bien? ¿Habla de mí?

Abrí mucho los ojos y retrocedí. La intensidad de Milani me resultó extraña y desconcertante.

—Milani —la voz de Nismera supuraba poder—, ¿puedes darle a la niña un poco de espacio?

Me miró con desprecio y plegó las alas; luego vació el rostro de toda expresión y se volvió para hacerle una ligera reverencia a Nismera.

—Por supuesto, mi rey.

—Además, va a dar igual. Has sido leal, y con eso te has ganado una estupenda sorpresa. Lo capturaremos, y entonces podrás usarla con él. Y así habremos terminado con eso, ¿correcto?

El rostro de Milani se iluminó, y a mí se me revolvieron las tripas.

—Por supuesto. Estaré eternamente en deuda contigo.

Nismera le dedicó una falsa sonrisa. Tenían un plan que implicaba hacerle daño a Samkiel, eso era evidente, y la idea no me gustaba nada.

Tenía que encontrar un modo de escapar, no solo por mí, sino para poder avisarlo a él. Con ese pensamiento en la mente, hice lo que Dianna me había enseñado a hacer. Mentí.

—He cambiado de opinión —dije, y ambas me miraron—. Te ayudaré.

Por favor, no me envíes a la mazmorra.

Nismera, creyendo que había ganado, hizo una mueca de burla. No era consciente de que el juego acababa de comenzar.



Las paredes de mi cuarto estaban demasiado cerca y me hacían sentir atrapado. El hecho de que no lograse conciliar el sueño tampoco ayudaba.

Me pasé la noche intentándolo, pero no hallé descanso. Cada vez que cerraba los ojos, mi cuerpo se despertaba sobresaltado, como si tratase de impedirme que me sumiera en la eterna y angustiosa oscuridad del Olvido.

Tragué saliva, y fue como clavarme hojas de afeitar en la garganta. Tal vez fuera un dolor fantasma, en el punto donde la cabeza se había separado del cuerpo.

Y, si eso fuese lo peor, sin duda podría sobrellevarlo; pero no lo era. Lo peor eran las voces. Susurraban y gritaban, me reverberaban por

todo el cráneo y en el doloroso torbellino de oscuridad. Los gritos, suaves y apagados, iban y venían, llegaban a ser casi inaudibles antes de regresar de nuevo. Mi cerebro era como una costa rocosa, barrida por una puñetera ola detrás de otra. Ojalá dejaran de gritar. Me agarré las orejas y les clavé las uñas; tenía la piel cubierta de sudor. Sentado en el borde de la cama, me sacudí adelante y atrás; solo quería que las voces se callasen. Eran como un millar de insectos que me mordían, se arrastraban y me infestaban el

cráneo, arañando y masticando el hueso hasta hacer fluir la médula.

Se oyó un golpe en la ventana. Era tan distinto de los ruidos que me perseguían que giré la cabeza hacia allí. Mi habitación estaba demasiado alta para que nada pudiese alcanzarla, y, aun así, el ruido continuó, como una llamada o un golpeteo obsesivo. Me acerqué con sigilo y arranqué las cortinas de las barras, esperando encontrarme otro demonio salido de mis pesadillas. Empezaba a llover, y las gotas golpeaban el cristal. Suspiré.

Quizá mi oído no se había acostumbrado aún a estar de nuevo en este mundo. Si cesaran los gritos…

Detrás de mí sonó un golpe, y en ese momento supe que no estaba solo.

Un viento gélido me azotó los tobillos. Al respirar, dejé salir el aliento de mi cuerpo vacío y dolorido, y entonces se formó una nube de condensación delante de mi cara.

Me di la vuelta muy despacio, porque sabía lo que iba a encontrar, y aun así me quedé atónito. Un vestido hecho de la noche más oscura se derramaba hasta el suelo y desaparecía entre las sombras que le rodeaban los pies. Muerte apoyó un brazo fuerte y esbelto en la repisa de la chimenea. Otra vez llevaba la cara de Dianna y adoptaba su postura, pero los ojos eran fríos, vacíos, carentes de vida.

—¿Por qué te disfrazas con su cara? —gruñí.

—¿Quieres una mentira reconfortante o la verdad? —preguntó Muerte.

—La verdad.

Me miró con aquellos ojos opacos y vacíos.

—Me intriga. E intrigará a seres que residen muy lejos de aquí. Pero, sobre todo, ella es el único ser que me aterroriza de verdad. No tiene ni idea del poder que puede ejercer con la punta de los dedos, de lo que controla. El único ser que podría arreglarlo o destruirlo todo, según cómo juguemos nuestras cartas. —Muerte se apoyó en los talones—. Tiene una voluntad indomable, ¿sabes? Nunca he conocido a nadie como ella, y creo que empiezo a entender la fascinación que provoca en tanta gente.

Se me erizó la piel por el frío, y me froté los brazos para entrar en calor.

—¿Para eso has venido? ¿Para hablar de tu repentino interés en Dianna?

—En aquel túnel, mis espectros intentaron llevarse el alma de tu hermano y no pudieron, ¿sabes? Incluso después de llegar yo… —Hizo una pausa—. Imagínate amar a alguien con tanta fuerza que puedas detener al propio Muerte. Así que, a cambio, me llevé algo de ella.

Fruncí los labios; la conversación me aburría, pero una parte de mí quería seguir con ella. Al menos acallaba las voces.

—¿Te llevaste algo de ella? La he visto, y no hay nada que… —Me acordé del anillo que me mostró Samkiel y me detuve. Solo un anillo, no una…—. ¿La marca?

Muerte chasqueó la lengua y se acercó a la cama. Se tumbó de costado y agitó un dedo en dirección a mí.

—Casi. Céntrate más. La marca solo está ahí para atar lo que se ha separado. ¿Qué ata a las parejas, Kaden?

Sentí otro escalofrío, pero no lo provocó el frío que acompañaba a Muerte, sino la cruda verdad.

—Su alma.

Muerte sonrió.

—Correcto.

—¿Por qué?

La mirada de Muerte no vaciló.

—Acabarás por aprender que, elijas lo que elijas, y por mucho que creas en el libre albedrío, siempre tiene que haber equilibrio. Para que tú puedas respirar aire han tenido que morir estrellas. Algunos animales se arrastraron sobre el vientre para que otros tuviesen patas. Es, y siempre será, la naturaleza de las cosas, más antigua que el tiempo; ni siquiera yo puedo cambiarla.

—Y, no obstante, tú me cambiaste —dije—. ¿Cuál es mi recompensa

por estar aquí?

Cuando Muerte sonrió de nuevo y restalló un relámpago, el destello de luz reveló su auténtico rostro. Hueso nada más, con dientes irregulares y medio cráneo que se extendía hasta ser demasiado ancho, y demasiado alto.

—Quiero que Nismera muera.

Se me escapó una risita burlona.

—¿Para eso me has traído de vuelta? Hazlo tú mismo. Eres Muerte. No me necesitas.

—Sí que te necesito. Os necesito a todos, en realidad. Verás, yo soy Muerte, pero no puedo matar. Solo puedo tomar lo que cruza el velo, sea de forma natural o no. Esa es mi carga y mi responsabilidad.

Puse los ojos en blanco.

—¡Oh, qué putada! Un ser todopoderoso que no puede hacer el trabajo sucio por sí mismo. Envíame de vuelta al Olvido. No soy tu arma.

En un momento dado, Muerte estaba en la cama, jugueteando con las sábanas, y al siguiente a mi lado. Unas manos heladas me sujetaron la barbilla, con tanta fuerza que el dolor me atravesó como respuesta a su frío contacto. El hielo creció con rapidez en dirección a mi ojo, y la piel me dolió.

—Lo vas a hacer, porque no acabas de entender lo que está en juego, ni el poder que ella controla. Tienes que preocuparte de las cosas que ocurren a una escala mucho mayor. Haz lo que te pido, y quizá consigamos erradicar a Nismera y su podredumbre antes de que otros seres centren su atención en este dominio. ¿De acuerdo?

Le sujeté la esbelta muñeca, aunque el dolor me recorrió cada nervio.

—Te has equivocado de hermano. Para derrocar a Nismera, a quien buscas es a Samkiel. ¿Por qué voy a volverme en contra de la única persona que se ha preocupado por Isaiah y por mí? —me burlé.

Muerte ladeó la cabeza fría y torcida y me examinó como si rebuscase en mi alma.

—Puede que cambies de opinión cuando veas las muchas mentiras que ha enterrado bajo las mismas piedras de esa prisión a la que llama palacio.

Muerte me soltó la cara y me lo quedé mirando, perplejo; el calor que regresaba a mi cuerpo fue casi tan doloroso como exponerme a su

contacto.

—¿Qué significa eso? —pregunté con los dientes apretados.

—Primero, tienes que preguntarle a Nismera acerca del medallón y por qué necesita la sangre de los hijos de Unir para abrirlo. Luego, pregúntale dónde estaba en el 47 a. U.

Entrecerré los ojos al oírle mencionar la fecha, e iba a interrogarlo al respecto cuando los gritos, que solo percibía como un susurro al fondo de la mente, empezaron a crecer en intensidad. Muerte y yo miramos al suelo.

—También tienes que arreglar eso.

Levanté la vista para preguntarle qué quería decir, pero las alas de un cuervo negro casi me golpearon la cabeza. Pasó volando a mi lado y salió por la ventana que yo juraría que no había abierto.

Los gritos resonaban como amplificados por alguna fuerza desconocida.

Lo primero era hacer que todo ese puñetero griterío parase. Cogí la toga que colgaba de la silla junto a la puerta, me la eché sobre los hombros y salí en tromba arrastrándola por el suelo. Los gritos iban en aumento; me provocaban y me empujaban. Al verme, los guardias se pusieron firmes e interrumpieron la conversación, pero yo abrí la puerta sin ni siquiera llamar.

Una figura menuda envuelta en mantas se incorporó, sobresaltada, con el cabello pálido revuelto.

—¿Tienes que hacer tanto ruido? Algunos queremos dormir —exclamé, enfadado. Inspiré hondo para seguir regañándola, pero su olor fue como una estocada en las tripas y me robó la capacidad de hablar. Olía a Dianna. Era muy tenue, pero estaba ahí, bajo la piel, como si llevase tanto tiempo con ella que ni el jabón ni el cepillo

pudiesen eliminarlo. Esa esencia vital me conmovió, como si lo que fuese que me ataba al mundo de los vivos la reconociese y quisiera llegar hasta ella.

—Per… Perdón. —Se le quebró la voz al pronunciar la palabra; me miró, parpadeando, con los ojos llenos de lágrimas. La manta con la que se tapaba la cabeza se escurrió, y se tapó un lado de la cara con la mano.

—¿Qué te pasa? —quise saber.

¿Por qué le pregunté eso? No me importaba. No, solo quería que se callase. Esa cría no me importaba nada. Nada. Seguro que era un efecto del puñetero olor de Dianna. O quizá mi cerebro no había terminado de curarse y eso interfería con mi capacidad de pensar de modo racional.

Sacudió la cabeza, pero vi la mancha que tenía en un lado de la cara; el púrpura oscuro resaltaba sobre la piel rosada. Me acerqué a ella a zancadas y le aparté la mano. Parecía que le hubiesen dado varios buenos bofetones.

Tenía todo el lado derecho de la cara amoratado, desde la mandíbula hasta el ojo inyectado en sangre.

—¿Esto te lo ha hecho un guardia?

Negó con un gesto.

—Entonces, ¿quién?

Me miró a los ojos, y los suyos se ensombrecieron con el miedo y la sospecha de que, si me lo contaba, yo también le hiciese daño.

—¿Quién? —pregunté, cada vez más enfadado.

Le temblaron los labios y se estremeció como si le doliese.

—Nismera. Quiere que le prepare venenos. Le he dicho que no quiero ayudarla.

—Ah —fue mi única respuesta.

Sabía que mi hermana era cruel, pero no una abusona, sobre todo con los niños y los más débiles. Nismera no pegaba; mataba de forma rápida y brutal. Pero una cosa así… La voz de Muerte me resonó en la cabeza y me recordó lo que había dicho acerca de las mentiras y las medias verdades. Mi mente rehuía de todas las cosas que había oído por accidente, pero que jamás se había cuestionado. Me daba mucha rabia haberle permitido meterme tales pensamientos en la cabeza, pero todavía odiaba más el hecho

de que, cuando se abrieron los dominios, empecé a sentir dudas. Quizá Muerte tuviese razón y en realidad yo no la conocía en absoluto.

—¿Por qué no se está curando? —le pregunté con los labios fruncidos.

Me observó unos instantes mientras hacía acopio de valor. Luego suspiró.

—Necesito mis hierbas.

Con los dientes apretados, me volví y pasé sin decir una palabra entre los guardias que vigilaban la puerta. Cuando regresé con un vaso, seguían todos igual que los había dejado. La niña todavía estaba en la cama, pero se había hecho un ovillo y se cubría con las mantas. Se la veía muy pequeña y frágil. Le ofrecí el vaso de agua, pero negó con la cabeza y se apartó de mí hasta chocar con el cabecero de la cama.

—Bebe —le dije, y se lo ofrecí de nuevo.

—¿Qué contiene?

Chica lista.

—Mi sangre.

Abrió dos ojos como platos.

—¿Me vas a convertir en un monstruo, como les hiciste a Cameron y a Dianna?

La niña no solo tenía el olor de Dianna; también su entereza. ¿Sería como una hija para ella? Como una bebé a la que cuidar, aunque debía de tener doce o trece años. Las sanadoras de Ciudad de Jade no envejecían como los mortales. Ni nada de lo que habitaba aquellos dominios. ¿Era eso lo que Dianna ansiaba ahora? ¿Una familia, una hija? ¿Quería remplazar lo que yo le había robado?

Cerré la mano con fuerza sobre el vaso y tuve que hacer un esfuerzo consciente para relajarla y no hacerlo pedazos.

—¿Qué sabes de mí? ¿Te lo contó todo?

—No —negó.

—Por eso no sabes que esta cantidad no es suficiente para cambiarte,

solo para ayudarte.

Su rostro decía que no se fiaba de mí ni un poco.

—Bébela —ordené, un poco más seco que la primera vez—. Antes de que cambie de opinión.

—No sé si podré tragarla. Me duele todo: la boca, los dientes, la garganta.

—Bebe. Lo curará. —Pero seguía contemplando el vaso con inquietud.

Sí que era lista. Dianna la había entrenado bien—. Si quisiera matarte, no me haría falta envenenar un vaso de agua. Podría arrancarte la cabeza de un revés.

Suspiró y luego se deslizó por la cama y cogió el vaso. Dio un sorbo con mucho cuidado mientras me observaba por encima del borde. Se estremeció, pero movió el líquido en la boca y se lo tragó. Arrugó la naricilla en una mueca de desagrado, y después inspiró hondo y se lo bebió con tragos rápidos. Luego dejó el vaso en la mesita junto a la cama. Las manchas púrpuras se redujeron y la hinchazón desapareció, remplazados por el rosa suave de su piel. Deslizó los dedos con precaución por la mejilla y movió la mandíbula. Abrió mucho los ojos.

—Ha funcionado.

Asentí sin decir nada, me giré sobre los talones y me dirigí a la puerta.

—¿Por qué me has ayudado? —me preguntó—. Eres el hombre malo.

Les hiciste daño a Dianna y a Cameron.

Me paré en seco, y mil y un pensamientos y recuerdos me atravesaron no solo la mente, sino también el cuerpo. Sentía que era yo, y a la vez no lo era. Me había llamado «el hombre malo». Yo era el villano de las historias de mucha gente, y, cuando muriese de verdad, ese sería mi legado. La historia lo confirmaría, si es que quedaba historia que contar cuando todo acabase.

—Tus gimoteos no me dejan dormir —dije, y me puse en marcha de nuevo. Crucé la puerta y me fui sin mirar atrás.



Nos costó tres días enteros encontrar un campamento. No era tan grande como los otros campamentos militares de Nismera, pero sí el más cercano.

Estaba rodeado de árboles, y la ciudad más próxima estaba a unos pocos kilómetros al otro lado del bosque.

El fuego chisporroteaba y lanzaba al aire volutas de humo que se elevaban en espiral hacia el cielo. No habíamos planeado una gran batalla, pero las tropas de Nismera cargaron sobre nosotros en cuanto tocamos tierra. Lucharon, pero no eran rivales para nosotros tres. La batalla fue breve pero intensa, y ahora los insectos del bosque habían reanudado sus chirridos.

Samkiel se sentaba frente a la mesa de la tienda del comandante. Tenía sucia la armadura, y una mancha de tinta en un lado de la cabeza, donde se había frotado la sien.

—Ya han atacado casi todas esas regiones —dijo Samkiel con un suspiro—. Aquí no hay nada nuevo.

—Así que ¿es la misma mierda de siempre, el rollo ese de «me apodero de todo lo que puedo»? —pregunté.

Se frotó la mandíbula y se acomodó en la silla con el ceño fruncido.

—Quizá.

—¿En qué piensas?

Bajó la mano.

—En que esto no parece obra de Nismera. No son planes para apoderarse del territorio ni de la región. Ya son suyos, y los ha pacificado.

Pero no deja de enviar esas pequeñas unidades. ¿Para qué? Solo son ciudades, algunas muy pequeñas, otras invadidas y devastadas. No tiene sentido. Su arrogancia y su ego son mucho mayores que esos pedacitos de tierra. Cualquiera diría que busca algo o a alguien, pero sin llamar la atención. Y no es a mí. Todo el mundo sabe que me odia y que quiere encontrarme.

La puerta de la tienda se abrió; Cameron entró, seguido de la general, que gruñía.

—La he encontrado.

Cameron la arrastró y la obligó a ponerse de rodillas. Tenía media cabeza afeitada, y las cenizas y el polvo teñían de gris el pelo blanco en punta que le cubría la otra mitad. Buena parte del cuerpo estaba quemado hasta volverse casi negro, y algunas piezas de la armadura estaban abolladas por el impacto tras caerse del rifor. Cameron la había perseguido y, a juzgar por las apariencias, el entrenamiento de vuelo le había venido muy bien.

Cameron la retuvo por el gorjal mientras yo me agachaba frente a ella.

Hizo una mueca y me lanzó una dura mirada con el único ojo sano. Oí que Samkiel se levantaba y por el rabillo del ojo vi que Reggie daba un paso al frente.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Con un esfuerzo que hizo moverse el peto arriba y abajo, contuvo el impulso de desafiarnos para usarlo como otra capa de armadura. Con el ojo bueno seguía estudiando la sala.

—No respondo al falso rey, ni a su zorra. —Me escupió a los pies—.

Muérete.

Enarqué las cejas.

—Vaya asco de nombre, la verdad.

Samkiel avanzó hacia nosotros a zancadas. Levanté la mano, como si los cinco dedos bastasen para detener la vorágine que se gestaba detrás de mí.

Intentó responder con una mueca burlona; la piel quemada de la cara se agrietó. Comprendí que era una bravuconada, porque me llegó el olor del miedo y de los recelos. Trataba de contenerlos, pero los tenía a flor de piel.

—¿Crees que os tememos, a ti o a él? —El ojo se posó en el hombre parado detrás de mí—. Ella va a limpiar el mundo de vosotros y de cualquiera que os sea leal. Lo harán entre todos ellos.

Miré de reojo a Samkiel.

«¿Ellos?».

«Puede que se refiera a la legión de Nismera», contestó.

«O que esa perra cabrona tenga escondido un as en la manga».

Inclinó la cabeza para asentir, pero no dijo nada más y me dejó seguir.

Me volví hacia la general prisionera.

—¿Ellos? ¿La legión? A la mitad ya los he visto. —Una risita burlona se me escapó de los labios—. No dais mucho miedo. Sois patéticos.

Débiles. —Me incliné sobre ella y susurré con suavidad—: He fingido orgasmos mejores que el numerito que os traéis. Sois mediocres, como mucho.

La sonrisa se transformó en una risotada que mostró el brillo rojo de los dientes. Se inclinó para acercarse a mí y Cameron la sujetó con más fuerza.

—Vuestra arrogancia os destruirá —dijo—. A ambos. No os hacéis una idea de lo que tiene nuestro rey, ni de lo que planea.

Había mordido el anzuelo.

—Ah, no es la legión, entonces.

Pero, al verla sonreír, comprendí que quizá no le había ganado la mano.

—No —respondió—. La armada.

Al mirar de soslayo a Samkiel, vi que fruncía el ceño y, por su expresión confundida, supe que él tampoco sabía a qué se refería. Tuve que reconocer que la mujer no se dejó amedrentar. Nos contempló y se echó a reír de nuevo.

—No os enteráis de lo que pasa. No tenéis ni idea de lo que se avecina.

Y, para que quede claro, no huía de vosotros. Huía para salvar la vida, antes de que ella llegue.

—¿Nismera?

Sacudió la cabeza y, con una sonrisa despectiva, levantó la vista hacia el techo de la tienda. Un fuerte estruendo quebró el cielo y reverberó en los árboles. Cameron y yo caímos de rodillas, con las manos en los oídos.

Parecía que una bomba hubiese estallado justo encima de nosotros.

La tienda vibró y el estallido sónico hizo que se me nublara la vista. La general se puso de pie y se marchó cojeando. Ni Cameron ni yo estábamos en condiciones de detenerla. Se oyó otra detonación y todos acabamos en el suelo. Apreté los dientes; la cabeza me palpitaba. Un agudo eco sónico nos resonó en los tímpanos hasta que sentí que goteaban sangre. Me lamí los labios, y un sabor cobrizo que me brotaba de la nariz me inundó la boca.

Cerré la boca con tanta fuerza que los dientes rechinaron mientras me retorcía en el suelo. Cameron yacía en el suelo, estremeciéndose, y la niebla negra de su bestia se movía de un lado a otro, tratando de protegerlo. No me cabía duda de que la mía hacía exactamente lo mismo.

Otra explosión, y un relámpago surcó los cielos. A mi lado, Samkiel encorvaba la espalda y abría la boca en un grito silencioso de agonía. El sonido lo sacudía hasta lo más profundo. Cuando se le empezó a acumular sangre plateada en los ojos, la bestia de mi interior, que lo consideraba suyo, salió a la superficie. El antiguo impulso depredador de proteger, de defender aquello sin lo que no podría vivir, liberó a mi bestia. Lo que provocaba aquel ruido no solo me dañaba a mí, sino también a ellos, a mi

familia. Encendí el fuego de mi pecho, y su quemadura superó el dolor. En una esquina de la mente, la figura oscura y punzante de Gathrriel sonrió con orgullo y se alzó.

«Eso es —dijo con una voz primordial—. Mi recipiente».

De la espalda me brotaron alas y las escamas remplazaron a la piel. Me crecieron cuernos en la cabeza, y las uñas pasaron a ser garras afiladas como navajas. No había terminado de transformarme cuando ya atravesaba el techo de la tienda. Salí disparada hacia el cielo y choqué con el enorme navío que flotaba sobre nosotros. Explotó y volaron restos en todas direcciones. El fuego me cubrió con oleadas de calor rojas y anaranjadas.

Me volví y me quedé suspendida en el aire mientras veía caer y chocar con el suelo los trozos chamuscados de metal dorado. ¿Un buque de guerra?

Extendí las alas al máximo y, con la cabeza echada hacia atrás, lancé un grito de guerra que me brotó de la garganta. Después me lancé en picado hacia el suelo y regresé a mi forma mortal en el momento que los pies hacían contacto. El buque de guerra se había quebrado en tres trozos, y todos humeaban. Caminé hacia la pila de escombros más cercana.

Quienquiera que lo hubiese pilotado, suplicaría morir antes de que yo acabase con él. Agarré un trozo de casco retorcido y lo arranqué, en busca del piloto o de la tripulación. Las llamas lamían el interior destrozado y los cables soltaban chispas. Por debajo del olor acre del metal, el tejido y el plástico quemados, detecté el aroma de la muerte. En el interior del navío había salpicaduras de sangre y tejidos y… ¿Eso eran plumas?

¿Qué demonios…?

Un impacto a mis espaldas sacudió el suelo, y luego otro.

—¿Cómo has conseguido escapar de eso? —me preguntó Cameron al ponerse a mi lado. Le habían sangrado los oídos y tenía los lados de la cara manchados.

—¿Qué mierda es eso? —Señalé el revoltijo que había dentro del pecio en llamas, sin responder a la pregunta.

Samkiel se detuvo a mi derecha y se limpió los restos de sangre de los oídos y de la cara; parecía haberse recuperado por completo.

—Nos vamos —dijo. Me cogió de la mano y sujetó el brazo de Cameron—. Ahora mismo.

Balbuceé en busca de palabras para obtener las respuestas que sabía que él tenía. Pero no hizo ni caso. Nos elevó hasta el cielo y voló para alejarnos de los restos. Samkiel nunca se había movido tan rápido, al menos estando conmigo. Era un relámpago de plata, y ni el mismo tiempo nos habría pillado. Nos llevó a un rincón elevado en las montañas y nos depositó a los tres en una gruesa rama desde la que se divisaban el claro y el caos que reinaba.

—¿Qué…? —quise preguntar.

Samkiel se llevó el dedo a los labios y señaló los restos con la barbilla.

Le seguí la mirada y me concentré en observar mientras una pequeña niebla nos cubría y humedecía las copas de los árboles. Era lo bastante espesa para ocultarnos, pero no tanto que nos impidiese ver.

Cameron permanecía en silencio, concentrado por completo en el campamento en llamas.

Esperamos, pero, como no pasaba nada, me aburrí y me incliné hacia Samkiel.

—¿Qué era ese ruido? —susurré.

—Se me había ocurrido una idea. —Una expresión preocupada, como de asombro e incredulidad, se le asomó a las facciones—. Creía que no era más que cháchara de una mujer que soñaba demasiado.

—Espera, espera… ¿Qué mujer? —pregunté. Me crucé de brazos, molesta, con los labios apretados. A juzgar por el tono con que lo

había dicho, parecía que su relación con ella iba más allá de ser compañeros de armas.

—Dianna. —Samkiel me lanzó una mirada que dejaba claro que no era el momento más adecuado.

Se la devolví, con una ceja enarcada y la cadera ladeada.

—Samkiel.

Evitó mirarme a los ojos; era obvio que no quería discutir. Así que yo tenía razón. Sí, Samkiel tenía exparejas. Dioses, cualquiera de nuestra edad tendría más de las que se pudieran contar, pero la lista no sería tan mortífera como la suya o la mía.

—Ahora mismo, eso no es relevante —dijo. Evitaba responderme.

—De acuerdo —suspiré. Hablaríamos del tema más adelante—.

Entonces, explícame lo del sonido. ¿Qué era eso?

Tensó la mandíbula mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Dicho de forma sencilla, era una ráfaga muy intensa de energía sónica. Su objetivo era incapacitarnos y retenernos. —Me miró con inquietud—. Con esa ráfaga no quería matarnos, sino dejarnos fuera de combate.

Tragué saliva y me lo quedé mirando mientras un millón de preguntas se me agolpaban en la mente. Nunca había oído hablar de algo así, pero, por lo que Samkiel había dicho, era algo que ya existía mucho antes de la caída de Rashearim.

—¿Retenernos para qué? —pregunté.

Un zumbido hizo vibrar el aire. Todos miramos al cielo. Las nubes se abrieron y de ellas emergieron tres buques de guerra. Eran copias del navío que yo había hecho pedazos. La silueta, exótica y elegante,

estaba erizada de púas y armas. El perfil aerodinámico mostraba claramente que las habían diseñado para ser veloces, y los motores poderosos las impulsaban por el espacio con facilidad. De la parte inferior del casco brotaban haces de luces que recorrían y exploraban el terreno. Así que esa era la armada de Nismera. O, al menos, una pequeña parte de ella.

Miré de reojo a Samkiel y a Cameron. Estaban muy pálidos, y eso me intranquilizó. Los navíos descendieron uno tras otro; al tocar el suelo, el polvo se arremolinó a su alrededor. Se abrieron las puertas y los soldados

descendieron por las largas rampas. Solo había cinco o así en cada navío.

Cuando pisaron el suelo, extendieron las alas. Con aquellas armaduras relucientes, me recordaban a unos seres que yo consideraba solo un mito. Si los ángeles existieran, serían ellos. Me pregunté si las historias que se contaban en Onuna se habrían inspirado en esos seres.

—Oh, mierda —siseó Cameron, y pude oír que el corazón de Samkiel se aceleraba. Miré qué era lo que les provocaba tanta ansiedad. Ambos observaban con atención una nave en particular. Los soldados formaban en posición de firmes mientras una mujer alta descendía por la rampa. La acompañaba un musculoso adrueth que caminaba a su lado, con un yelmo alado que le cubría parte de la cara y solo dejaba visibles la boca y la mandíbula inferior.

Incluso a tanta distancia, pude ver que la mujer era de una belleza asombrosa. El largo cabello castaño estaba trenzado y peinado con acierto para mantenerlo apartado del rostro. Llevaba a la espalda dos espadas gemelas, y la armadura dorada le ceñía la esbelta figura. Al caminar, una larga franja de tela blanca se deslizaba entre las piernas bien perfiladas, y las botas blindadas le llegaban hasta la mitad del muslo. Mantenía las alas en alto sin esfuerzo aparente; eran blancas, moteadas de oro, y tan brillantes que parecían relucir.

Desvió la mirada hacia la tienda que habíamos abandonado e inspeccionó los restos. Con profundo desprecio, vi que nuestra maltrecha general se le acercaba cojeando, cubierta de suciedad, sangre y cenizas.

Llegó hasta los pies de aquel hermoso ser angélico y se desplomó de rodillas. Hablaron. Intentamos oír lo que decían, pero, entre la distancia y el crepitar de las llamas, no captamos más que murmullos.

El hermoso ángel dijo algo, y el hombre que había junto a ella sonrió y dio un paso atrás. El ángel se llevó la mano atrás y desenvainó la espada con un movimiento tan rápido y fluido como el de una víbora. Con estudiada facilidad, le cortó la cabeza a la ensangrentada general de un solo

tajo rápido. La levantó sujetándola por el pelo blanco y se la arrojó a un soldado, que la atrapó sin pestañear y ladró una orden concisa. Los soldados volvieron a los navíos, al parecer satisfechos con cómo había ido la cosa.

En silencio, contemplamos cómo los buques regresaban al cielo y desaparecían. Nada más irse, me volví hacia Cameron y Samkiel.

—¿Quién cojones es esa, y por qué parece que hayáis visto un fantasma?

Cameron suspiró.

—Preferiría que fuese un fantasma.

—Y yo —añadió Samkiel.

Después de oír eso, ya no necesitaba saber más. ¿Descubrir que Nismera tenía buques de guerra y un arma capaz de poner de rodillas a dioses y a monstruos? Nada especial. ¿Ver a mi marido y a mi

mejor amigo palidecer ante la visión de una hermosa reina guerrera alada? Desde luego, la parte menos divertida del día.

—A ver si lo adivino. —Un profundo suspiro—. ¿Una ex?

—Sí. —Samkiel se volvió a mirarme por fin—. Milani.



–T *ienes que ser cuidadoso, Kaden —dijo Zasyn, y me miró decepcionada. Tenía un cuenco a su lado, y acunaba el pequeño rostro de Isaiah en la mano para obligarlo a mirarla. Él dio un respingo mientras ella le limpiaba el corte que le atravesaba la ceja en dirección al ojo.*

Pateé con las piernas y retorcí las manos. Habíamos salido por la mañana para ir a Arroyo del Bosque. Nadie iba allí, ni celestiales ni nadie más; era el sitio perfecto para cuando nos entraban picores, ese hormigueo profundo que nos daba cuando hacía mucho que no cambiábamos de forma.

Alcanzamos la linde del bosque antes de transformarnos en bestias con colmillos, pelaje y cuatro patas. Luego corrimos y corrimos y

corrimos. No nos dimos cuenta de lo tarde que era hasta que empezó a hacerse de noche.

Cuando escuchamos un profundo gruñido en las sombras, Isaiah creyó que era yo. Pero no lo era. Aterrorizados, corrimos a casa.

—Nos picaba la piel, y solo queríamos ir a algún sitio divertido —

expliqué—. Mera dijo que Arroyo del Bosque era un buen sitio. No podemos estirar las piernas aquí, y yo solo quería divertirme.

Algo cruzó el rostro de Zasyn, cuyos rasgos suaves se endurecieron por un instante antes de volver a su estado normal. Besó la mejilla de Isaiah y lo puso de pie, vigilándolo mientras corría por la habitación. El amor que solía ver en sus ojos había vuelto cuando se inclinó y me acarició la mejilla con suavidad.

—Arroyo del Bosque está demasiado lejos, ¿entendido? Os buscaremos otro sitio para jugar.

Asentí. Seguía enfadado conmigo mismo por haber permitido que mi hermano se hiciera daño.

—No te pongas triste. —Zasyn me alzó la barbilla. Señaló con la cabeza el baño en el que había desaparecido Isaiah—. Para bien o para mal, él te va a seguir a todas partes. Has de tener más cuidado, si no por ti, al menos por él.

El resto del día transcurrió sin incidentes. No fue hasta la noche, mientras intentaba dormir cerca de Isaiah, que roncaba con un pequeño vendaje en la frente, cuando oí los gritos. Salí corriendo de la cama y recorrí el vestíbulo a escondidas, tan pequeño que hasta los guardias me pasaban por alto. Corrí sin parar hasta arrodillarme frente a una pequeña rejilla de ventilación cerca del suelo. A menudo espiaba desde allí a mi padre mientras asistía a reuniones importantes y trazaba planes. Unas botas pasaron frente a mí, y luego vi que mi padre se sentaba en un enorme escritorio.

—Es una adolescente rebelde, y nada más —dijo Unir.

—¿Enviar a los chicos a jugar a una zona restringida te parece un acto de rebeldía? —preguntó Zasyn. Estaba cruzada de brazos y lo miraba muy seria.

—¿Chicos?

Se hizo un tenso silencio que no comprendí.

—Sí, chicos. Son niños.

—No, no lo son —repuso Unir, y en su voz resonó el eco de un poder

que me revolvió el estómago—. En realidad, no.

No vi lo que ocurrió a continuación, pero oí un sonido como si golpeasen la mesa del despacho con algún objeto.

—¿Cómo te atreves a decir algo así, o a pensarlo siquiera?

La tensión se hizo palpable en la sala cuando mi padre cayó en la cuenta de su error y de con quién hablaba. Que Zasyn fuese una celestial no significaba nada, en términos de poder. Ella había terminado con un ejército entero prácticamente sola, armada con un arco de plata y flechas más afiladas que cualquier espada. Su casa le había ofrecido el papel de reina sin ser de linaje noble porque era el mayor activo que poseían, pero lo rechazó todo por el hombre con el que hablaba ahora, por nosotros.

—Adelphia —dijo Unir.

—¡No me vengas con esas! Solo me llamas así cuando intentas ganar una discusión.

—No hay nada que discutir. Puede que entrenarla a ella, y a ellos no, la haya puesto más nerviosa, pero no creo que los haya enviado allí con mala intención.

De nuevo se hizo el silencio entre ellos.

—A ella no la hiciste del mismo modo que a ellos, Unir —dijo Zasyn por fin—. Tus intenciones para con ella no fueron las mismas que las que tuviste con ellos.

Abrí los ojos y estiré el cuello, sorprendido de ver que aún estaba en la silla en la que me había sentado a leer. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado dormido. No lo había buscado ni necesitado durante semanas, pero quizá mi cuerpo había comprendido por fin que no había peligro y se había relajado. Un error estúpido, visto el pájaro de color medianoche que me vigilaba desde la puerta abierta del balcón. Las largas y delicadas cortinas se movían de lado y, al hacerlo, la bestezuela aparecía y desaparecía de la vista.

—Los sueños, dicen, son ventanas al alma —sentenció Muerte sin

mover el pico—. Buscas tras los ojos cerrados lo que te perdiste, o quizá las cosas que todavía no has visto.

—Oh, te aseguro que lo veo muy bien —repuse, y cerré el libro de golpe—. Créeme. Conozco a mi padre. Nos alababa a la cara y luego a puerta cerrada maldecía nuestra existencia. Como si hubiésemos tenido capacidad de elegir en lo tocante a nuestra creación.

—Mira más allá —susurró Muerte.

Del pasillo llegó un ruido de botas pesadas y un segundo después la puerta se abrió y entró Isaiah. Llevaba la armadura habitual y parecía ser de nuevo el de siempre.

—¡La he encontrado! —exclamó mientras me levantaba.

Lo miré de reojo y me acerqué a una pequeña librería junto a la chimenea.

—¿Hay que felicitarte?

Isaiah resopló y, tras dejarse caer en una silla, estiró las largas piernas frente a él.

—Se la vendió a Milani.

—Ah, sí. La celestial. ¿Llevas todo este tiempo buscándola? —Sacudí la cabeza, incrédulo.

Isaiah me miró de soslayo. Conocía esa mirada. Le daba vergüenza admitirlo, pero ambos sabíamos que era cierto.

—Sí —aceptó por fin.

—¿Por eso te tiene ampliando y entrenando a las legiones? ¿Para encontrarla?

Frunció el ceño.

—Parece que estás de mal humor.

Me encogí de hombros. Los ojos se me iban sin querer hacia el balcón.

No había ningún pájaro de color medianoche, solo el sol que empezaba a salir.

—Estoy cansado.

Isaiah asintió.

—¿Te encuentras mejor que cuando llegaste?

—Claro —dije, quitándole importancia con un gesto. Me observó un rato con atención. Lo último que quería era que Isaiah se preocupase por mí

—. Estoy bien, te lo prometo. Es que he dormido demasiado.

—Entonces, vístete. —Se puso de pie de un salto—. Los dos tenemos legiones que atender, y el descanso que te ganaste se ha acabado.

Asentí y sonreí sin ganas mientras me dirigía al ropero.

—¿Y qué hay del reino de Samkiel? —preguntó Isaiah. Me detuve—.

¿Cuándo le diremos dónde están? Me ha hecho preguntas, hermano. He mantenido la boca cerrada porque sé que sientes algo por Dianna, pero creo que Nismera sabe que me estoy guardando algo.

Parpadeé y miré al exterior, más allá del balcón, mientras abría y cerraba las manos, que me colgaban a los costados. Un pájaro hecho de medianoche se había posado en un árbol imponente y me devolvía la mirada. Sentía que algo iba mal, un desasosiego que me perseguía desde mi regreso. Una parte de mí sabía que deberíamos contárselo. Otra parte de mí gritaba un desafío.

Muerte me vigilaba, y me lo quedé observando. Por fin le di la espalda y me giré hacia mi hermano.

—Todavía no —dije—. Es solo que… Todavía no.

Isaiah asintió y, sin decir nada, se marchó y cerró la puerta con suavidad. Lo conocía y era consciente de que no me volvería a hablar del tema hasta que yo lo sacase a colación. Me era mucho más leal a mí que a nuestra hermana. Pero me hacía a mí mismo una pregunta: ¿por qué quería Muerte que mantuviese la boca cerrada? ¿Sería porque Nismera no solo encontraría el reino de Samkiel y lo destruiría, sino también a Dianna? Por mucho que hubiese perdido en el Olvido, había una parte de mí que seguía intacta.

Seguía amando a Dianna.



Los días se confundían unos con otros: gritarles órdenes a los soldados, entrenarlos, sentarse a comer, decir tonterías sobre lo que nos gustaba y lo que no nos gustaba. Cuando me retiraba a dormir, cada noche soñaba con mi pasado, y luego estaba el puñetero pájaro que me miraba, me atormentaba. Muerte dejó de usar el rostro de Dianna y pasó a mostrarme víctimas de mi pasado. Los fríos ojos muertos de las personas que había matado me acompañaban en cada habitación, cada patio, cada puñetero día y cada noche; me susurraban todo el rato, me decían que «mirase más allá».

Iba a perder la maldita cabeza.

—¿Y qué hay del Olvido, mi rey? —preguntó un miembro de su orden

—. Quizá deberías seguir usándolo en nuestro beneficio.

Mi cuerpo se tensó al oír la palabra. La realidad se desvaneció en un fogonazo y vi de nuevo a Samkiel con nosotros, en aquel mundo perdido, más semejante a un demonio de lo que ningún dios debería ser. Sostenía la espada con facilidad, un remolino de oscuridad en cuyo interior destellaba un enfermizo color púrpura. Cuando se movió, fue muy rápido. Un segundo estaba allí plantado y al siguiente… nada. Era un falso ídolo en armadura de plata. Un faro de paz y esperanza, pero el poder que empuñaba podía destruir mundos si así lo deseaba. Había sido imbécil por no darme cuenta antes; un imbécil arrogante. Conocía el poder de Nismera, pero no la temía a ella tanto como a él.

Clavé las uñas en los brazos de la lujosa silla en la que me sentaba y traté de tranquilizarme. Abrí los dedos y flexioné las manos con la esperanza de que nadie se hubiese dado cuenta. Me concentré en respirar despacio, una inhalación profunda, luego otra, mientras luchaba con las imágenes que amenazaban con sumirme en un paroxismo de terror. Estaba aquí, no allí. No había ninguna oscuridad, ninguna nada aullante y vacía.



Inspiré otra vez y vi que Isaiah me observaba. Me obligué a recoger las manos en el regazo y le dediqué la sonrisa más tranquilizadora que fui capaz de fingir. Enarcó una ceja perforada, pero se centró de nuevo en nuestra hermana.

Nismera negó con un gesto.

—Por desgracia, solo funcionó una vez. El anillo se deshizo a causa de su propio poder. Tengo planeado enviar más oro a Milani para aumentar la armada. Seguiremos con el final de la siguiente fase y prepararemos más armamento.

Otro consejero asintió.

—Organízalo, sí.

—Por supuesto, mi rey.

La reunión siguió su curso, con discusiones y debates centrados en planes de batalla, estrategias y posibles emboscadas. Parecía interminable y, cuando oí graznar al puto pájaro, salté. Me aparté de la mesa tan rápido que la silla chirrió, y me encaminé a la puerta.

—Perdona —dijo Nismera—. ¿Tienes algún sitio más importante al que ir?

La voz traspasó mi necesidad de escapar, y me detuve. Me volví hacia ella, pero no fue a Nismera a quien vi. El maldito cuervo estaba posado en la cúpula dorada de uno de los edificios más grandes de la ciudad, vigilando y esperando.

—No me encuentro muy bien —respondí. Me esforcé por mantener los ojos sobre ella. Me miró unos instantes con atención y luego me

despidió con una sonrisa y un breve asentimiento. Me giré en redondo para irme, pero me di cuenta de que me había mirado como si no me creyese.

Sin embargo, no había mentido. Me pasé todo el resto del día encerrado en mi cuarto, incapaz de retener la comida o la bebida.

Me lavé la cara en el lavamanos y me miré al espejo. Las luces del cuarto de baño estaban apagadas, así que los ojos rojos que me devolvían la mirada brillaban en la penumbra. El pantalón del pijama me colgaba de la cintura, un poco caído, pero tenía el pecho desnudo, y dejaba a la vista el cuerpo que yo mismo había convertido en un arma. Tenía el poder y la gracia suficientes para seducir y destruir; sin embargo, las tenues cicatrices marrones del pecho demostraban su vulnerabilidad.

Me pasé la mano por la delgada línea del cuello. Era tan sutil que, si uno no sabía dónde mirar, ni la notaba. Para mí, era una prueba de mi fracaso. En aquel dominio perdí más de lo que me imaginaba. Me sentía como si estuviese presente y, a la vez, no. Aunque nadie se daba cuenta, yo era un espectro viviente, de carne y hueso, pero solo y vacío.

El frío se filtró desde el suelo. Gruñí al notar la intromisión. Mi vida no me pertenecía. No era libre. En realidad, estaba atado al horrendo ser que invadía mi habitación; era un títere, cuyas cuerdas controlaba Muerte.

—Mira más allá —me dijo otra vez una voz femenina.

Sin pensar, eché mano a la pastilla de jabón del lavamanos y, con un movimiento fluido, la lancé por el aire. Pero no llegó muy lejos. Isaiah estaba en la puerta del baño, con la pastilla en la mano. Miró detrás de él y luego a mí.

—Vale, ahora sí que estoy seguro de que algo va mal —comentó.

Me costaba respirar. ¿Acaso no la veía? En la esquina, envuelta en sombras, había una mujer quemada que me clavaba unos ojos muertos.

Señalaba al pasillo. Una víctima más entre los millares que había provocado en mi larga y horrible vida.

—¿No la ves? —pregunté.

Estudió el cuarto de baño con ojos brillantes y luego se volvió poco a poco para hacer lo mismo con el dormitorio. Me miró con la preocupación

esculpida en el rostro.

—Ver ¿a quién?

Era obvio que Isaiah no la veía, pero ella seguía allí, seguía señalando.

Levanté la mano y los dedos no encontraron más que aire mientras me imaginaba que lo agarraba del cuello.

—Me está atormentando.

—¿Quién? —preguntó Isaiah. Puso el jabón en su sitio.

—Muerte —respondí. Las facciones de Isaiah se quedaron inmóviles.

Mi hermano me conocía mejor que nadie. Yo no hacía ese tipo de bromas, y jamás le mentía—. Lo hace desde que volví. Es una sombra fría que me ruega que…

Isaiah me puso las manos en los hombros y las apartó de golpe.

—Kaden, te estás quedando helado.

Movía los labios al hablar, pero la voz se oía muy lejana. Lo único que veía eran esos malditos ojos detrás de él y los labios que se movían mientras señalaba. Aparté a Isaiah de un empujón para pasar y casi lo tiré al suelo. Me enfundé las botas y luego cogí una camisa de la cama y me la pasé por la cabeza. Los cordones oscuros que rodeaban el cuello se balancearon cuando me dirigí al pasillo.

—¡Me voy a librar de esa maldita cosa, aunque me mate! —exclamé, enfadado.

Oí los pasos de Isaiah, que me seguía como siempre había hecho. La maldita mujer seguía señalando, me indicaba el camino en las esquinas y a través de las salas. Bajamos las escaleras y nos dirigimos a la puerta que había al fondo del pasillo. Había guardias a ambos lados, que hicieron una profunda reverencia cuando nos acercamos.

—Comandantes. Es muy tarde —dijo uno.

—¿Cómo podemos ayudaros? —ofreció el otro.

—Ve más allá —dijo el cuervo, posado sobre una lámpara de la pared; las llamas le iluminaban las plumas.

Mis uñas se convirtieron en garras. Di un paso al frente y les atravesé el cráneo con las manos. Isaiah soltó una exclamación de sorpresa. Dejé caer los cuerpos y me sacudí los sesos de las manos.

—Son guardias reales, idiota. —Isaiah me aferró el brazo y me obligó a girar para encararlo—. Mera se va a cabrear.

Liberé el brazo de un tirón y señalé el pájaro.

—Tengo que hacerlo parar.

Isaiah levantó la vista, pero los ojos se movieron más allá del pájaro, llegaron hasta el techo y luego volvieron a posarse en mí.

—Kaden, me estoy empezando a preocupar. Ahí no hay nadie.

La cólera y la desesperación hervían dentro de mí.

—Ahora no tengo tiempo para eso. ¿Estás conmigo o no?

El dolor le asomó a los ojos y abrió las compuertas que dejaron entrar en tromba la tristeza y el duelo. Bajó la mirada y clavó los ojos en la sangre que se encharcaba alrededor de nuestros pies para que yo no los viese.

—Siempre estoy contigo, Kaden, pero la próxima vez avísame si vamos a reventarles el cerebro a unos guardias; no lo hagas tú solo.

Fingí una sonrisa y le di la espalda para seguir a Muerte. Nos dirigíamos al único lugar que no nos estaba permitido. Isaiah se mantenía a mi lado mientras nos acercábamos allí, y sentí como si el mundo se detuviese. Como si todos los seres antiguos e informes hubiesen esperado este momento y ahora aguantasen la respiración con la esperanza de que no nos echásemos atrás. Extendí los brazos para abrir las grandes puertas y me adentré con paso firme en la prohibida ala oeste de Nismera, con Isaiah a mi lado.



–Cuando pasábamos tiempo juntos, ella…, eh…, me contaba sus ideas, pero yo no me las tomaba muy en serio. Creía que solo eran divagaciones y que quería impresionar a su nada impresionante padre.

—Ya veo. —Me recliné en la silla y mantuve los brazos cruzados mientras le prestaba atención.

Estábamos en una taberna ruinosa y discutíamos qué hacer a continuación. Cameron se lo pasaba de miedo viendo a Samkiel tartamudear y con dificultades para encontrar las palabras. Se sentaba a un lado y sus ojos saltaban del uno al otro.

—Quería una armada, y parece que lo ha conseguido —dijo Samkiel.

Enarqué una ceja, consciente de que mi cara solo mostraba desdén por la mujer pájaro.

—Tiene alas. Me parece un poco redundante.

A Cameron se le escapó una risita, pero la escondió con el vaso y fingió que estaba mirando otra cosa.

Bendito fuera Reggie. Seguía apoyado en el alféizar de la ventana y miraba afuera a través del cristal sucio.

Samkiel carraspeó y le lanzó a Cameron una mirada admonitoria.

Luego entrelazó los dedos.

—Ella procede de la región meridional. Es tropical, constituida por islas flotantes, como Ciudad de Jade. Tiene sentido que desee gobernar el cielo en el que creció.

Asentí despacio, pero me mantuve alejada de él para dejar clara mi postura respecto a la manera en que habían ido las cosas.

—Ajá. Entonces, ¿qué? ¿Las charlas poscoitales contigo la han ayudado a conquistar el cielo? Fascinante.

Samkiel dejó caer los hombros. Tenía muy claro que no iba a ganar esa discusión.

—Dianna.

—Samkiel —me burlé, con un tono un poquito demasiado áspero y cínico—. Lo siento. Solo intento entender todo el asunto de tu ex. Colabora con tu hermana y ha aprendido a construir enormes buques de guerra porque tú la ayudaste cuando os dedicabais al… —Miré a Cameron—.

¿Cómo era?

Bajó la taza lo justo para hablar.

—Sexo por odio.

Samkiel lo fulminó con la mirada, pero Cameron no le hizo caso.

—Eso, sexo por odio —seguí—. Con la reina de… ¿cómo se llamaba, Cameron?

—Trugarum.

A juzgar por su expresión, Samkiel parecía a punto de saltar sobre la mesa y estrangularlo. Cameron se encogió de hombros y me miró de reojo, como para decirle: «Ella me acojona más que tú».

—Entonces, por lo que voy entendiendo, no solo no murió en la rebelión, sino que además se ha asociado con la psicópata de tu hermana y ha construido armas cuyo sonido hace que nos sangren los ojos, y todo porque dijiste, oye, después de la penetración, ¿por qué no hablamos de

armas de destrucción masiva?

—No creí que nadie lo fuese a poner en práctica. —Me miró, incómodo, y adoptó una expresión de súplica—. No es tan brillante.

—Bueno, algo es.

—No, no lo es.

Gruñí, sin dejarme convencer.

—Entonces —me interesé—, ¿por qué se te aceleró el corazón al verla?

Cameron se atragantó con la bebida.

—¿Qué? —se sorprendió Samkiel.

—Lo sentí, así que no me mientas —dije—. ¿La echabas de menos o qué?

—No. —Me miró como si le hubiera dado un bofetón—. Si acaso, fue más bien sorpresa y temor, ya que sus buques de guerra nos dejaron a ambos incapacitados. ¿Estás hablando en serio?

—Todos los caminos confluyen en uno —dijo Reggie de repente. Nos volvimos hacia él, pero nos devolvió la mirada, parpadeando, como si no acabase de hablar.

—¿Qué pasa?

Cameron le dio una palmadita en la espada.

—Oh, joder, gracias. Me preguntaba cuándo retomarías tus locas divagaciones.

Reggie me miró, luego a Samkiel y de vuelta a mí.

—¿Lo he hecho?

Esbocé una sonrisa.

—Sí, y, en realidad, gracias por la distracción.

—¿Todos los caminos confluyen en uno? —preguntó Samkiel—. ¿Qué significa eso, Reggie?

El hado sacudió la cabeza.

—No… No lo recuerdo.

—Tal vez signifique que todos tus amantes pasados llevan a Dianna, así

que ambos podéis dejar esa discusión que no lleva a nada, porque… Vale, vale, ya me callo —dijo Cameron. Se rascó la parte de atrás de la cabeza con aire ausente.

Yo era consciente de que mis palabras sonaban resentidas, y con razón, porque lo estaba. En lo tocante a Samkiel, yo era una zorra celosa, posesiva y cabrona. Claro que Samkiel había tenido parejas antes de mí. Lo sabía, igual que yo las había tenido antes de él. Lo que teníamos en ese momento era diferente. Me había hecho suya en todos los sentidos, me había fabricado el anillo que llevaba en el dedo en ese mismo instante, y habíamos compartido votos que nos ataban para siempre el uno con el otro.

Y, sin embargo, en lo único que podía pensar era en asarla como si fuese el plato principal de una celebración.

Puede que me escociera que ella fuese poderosa y sexi y que tuviese un ejército gigante. También comprendía lo posesiva que estaba siendo. Era mío. Casi no quería ni que la gente lo mirase demasiado rato, mucho menos oír hablar de antiguas conquistas que habían desembocado en un arsenal volador completo.

Para ser sincera, sabía que mi comportamiento era irracional. No tenía ningún motivo para sentirme celosa. La devoción y la lealtad de

Samkiel eran más que incuestionables, y yo desde luego no era la persona más adecuada para juzgar su pasado. Milani y su armada no eran más que plumas de una pajarraca mayor a la que me encantaría asar a la parrilla.

Estaba agotada. Él también. Todos lo estábamos. Habíamos recorrido los dominios en busca de cualquier rastro de Kaden, Isaiah y Miska, pero sin éxito. Cada vez que pensaba en cómo le iría a Miska, rodeada de enemigos, el terror se convertía en algo vivo dentro de mí, que mordisqueaba todos mis pensamientos. Y, además de todo eso, ahora teníamos que preocuparnos por esa dichosa armada.

—Mi principal preocupación ahora mismo es encontrar a Miska, y después enviar a Kaden y a Isaiah a la tumba —dije. Me puse en pie y las

patas de madera de la silla arañaron el suelo de piedra.

Samkiel me lanzó una mirada nerviosa antes de reparar en que me había levantado.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir al baño. —Lo taladré con la mirada.

Se puso de pie tan deprisa que casi tiró la silla.

—De acuerdo.

—Puedo ir sola.

—Yo también tengo que ir —dijo.

Entrecerré los ojos y esperé el comentario sarcástico de Cameron, pero de repente estaba muy concentrado en la comida de la mesa. Reggie estaba otra vez mirando por la ventana y contemplando a la gente que iba y venía, como si esa visión lo cautivara. Tuve la sensación de que estaba decidido a no mencionar su arrebato

repentino. Me encogí de hombros y caminé hacia el fondo de la taberna. Cuando pregunté por los aseos, un camarero mayor y muy simpático me indicó dónde estaban. Nada más girar una esquina y quedar fuera de la vista del salón principal de la taberna, Samkiel me cogió del codo y me arrastró a un rincón en sombras debajo de una vieja escalera de madera.

—A veces eres tan celosa… Me cabrea mucho —dijo. Tiró de mí para atraerme hacia él—. Pero también me vuelve loco. —Me dio un beso apasionado.

Le empujé los hombros y el pecho para apartarlo, pero me encerró contra la pared. Me metió una rodilla entre los muslos y empujó la polla contra mí, para que pudiese sentir en primera persona las consecuencias de mi pequeño estallido.

Le clavé los dientes en el labio inferior y cuando se apartó lo miré con enfado.

—Pues mira tú quién habla. Te pusiste hecho una fiera porque pronuncié un nombre de hombre. Y ahora ¿qué? ¿Te parece bien follarme

en el pasillo para que todos lo vean? —lo reté para tratar de ocultar que me estaba quedando sin aliento.

Los ojos de Samkiel destellaron en color plata.

—Sí.

Se apoderó de nuevo de mi boca y empujó entre mis labios con la lengua, exigiendo entrar. Nada más separarlos, me invadió y reclamó lo que era suyo. Desató los cordones y abrió los pantalones de cuero lo justo para poder meter la mano. Toda la irritación que sentía se me pasó en cuanto me rodeó el clítoris con los dedos.

Aparté la boca de la suya en busca de aire.

—No es justo —protesté.

Samkiel apoyó la frente en la mía.

—¿De cuántas formas tengo que demostrarte que te pertenezco a ti y solo a ti? ¿Cuántas palabras necesitas? Dímelo, y las tendrás.

Posó la mano sobre el coño y deslizó un dedo dentro. Gemí y apreté mientras me estremecía de placer.

—¿Tengo que decirte que, si los antiguos me preguntasen qué es el amor, solo tendía que susurrar tu nombre? —Otro dedo se unió al primero y, cuando los curvó, estrellé la espalda contra la pared, perdida en un éxtasis ardiente—. Me posees, me completas, y si crees que soy celoso —dijo, y al besarme su lengua bailó sobre la mía —… Cuando pronunciaste el nombre de Cameron al correrte, quise matarlo. Es mi familia y uno de mis mejores amigos, pero en aquel momento de buena gana habría invocado el Olvido y lo habría destruido.

—Oh, dioses —gemí.

Sus celos, y lo que sentí a través de nuestro enlace, me provocaron una oleada de alegría. Me deseaba con tanta desesperación como yo a él. Sabía que, en parte, mi reacción a Milani era la consecuencia de que me hubiesen engañado en el pasado. Ese trauma había asomado su fea y destrozada cabeza, pero Samkiel, como siempre, sabía cómo derrotar a ese demonio,

igual que hacía con todos. Algún fragmento roto de mí que siempre tenía miedo de que me remplazasen, de no ser suficiente, se curó con cada palabra que me susurró en aquel oscuro rinconcito del mundo.

Los camareros iban y venían por delante de nuestro escondite bajo la escalera, pero el jaleo habitual de la taberna apagaba cualquier ruido que hiciésemos Samkiel y yo. Me excitaba la posibilidad de que nos

pillasen, y me sentía muy perversa por hacerlo en público. La palma de la mano descansaba encima del clítoris mientras los dedos se hundían más adentro, y empecé a sacudir las caderas en busca del orgasmo.

—Di mi nombre —exigió. Los dedos se curvaron en el sitio justo y casi solté un grito—. Por favor, *akrai*. Libérame de ese tormento.

Lo agarré de la nuca y apreté la frente contra la suya. Todo mi cuerpo se tensó; el clímax de la liberación se precipitaba hacia mí. Cuando Samkiel, con toda deliberación, dobló los dedos y los deslizó sobre aquel punto dentro de mí, el placer me recorrió el cuerpo, rápido como el relámpago que él esgrimía. Me corrí haciendo exactamente lo que me había pedido.

—Saaamkieeel —susurré, estirando el nombre como una plegaria. Eché la cabeza hacia atrás y él la sujetó con la mano libre y enroscó los dedos en el pelo. Bajó la boca hacia mi cuello expuesto, y el roce juguetón de los dientes me lanzó de cabeza a otro orgasmo. Tensé el bajo vientre; el calor húmedo no solo empapaba la mano de Samkiel, sino también mis muslos.

Como cualquier auténtico depredador, me protegí el cuello. Samkiel había descubierto muy al principio lo sensible que era, y tenía muy claro el efecto de sus mordiscos sobre mí. Dedos, polla o lengua, daba igual lo que usase.

Siempre me hacía gritar.

«Cabronazo». La palabra se deslizó por nuestro enlace y obtuvo como respuesta una profunda carcajada masculina.

Poco a poco extrajo los dedos de mi sexo todavía tenso y sacó la mano de los pantalones con una caricia amorosa. Me besó las mejillas, la nariz y la frente a la vez que me ataba los cordones del pantalón.

—¿Te sientes mejor?

Arrugué la nariz mientras recuperaba el aliento e intentaba mantenerme erguida.

—Puede. ¿Y tú?

—Sí. —Una satisfacción muy masculina se le asomó a la sonrisa y alimentó su ego, ya de por sí enorme.

—Quítate de en medio. —Le saqué la lengua y lo aparté de un empujón

—. Todavía me estoy meando.

Soltó una risita y me siguió hacia el aseo. La puerta se cerró con un chasquido. La luz tenue de las lámparas de las paredes proyectaba un resplandor amarillo por toda la sala. Un ventanuco alto en la pared del fondo estaba abierto y dejaba entrar un poco de aire fresco. Había cuencos de latón bajo dos grifos improvisados, y a mi izquierda había un espejo.

Recé por que el cuenco circular sujeto al muro de piedra más alejado fuese un retrete. Tras inspeccionarlo más de cerca y echarle un vistazo que no me dejó muy tranquila, llegué a la conclusión de que probablemente no fuese más que un gran agujero. Por otra parte, tampoco estaba interesada en saber dónde terminaba. Con un gesto de resignación, me bajé los pantalones y me senté para hacer mis necesidades. Apoyé el codo en la rodilla y descansé la barbilla sobre el puño. Sin pensar, miré hacia abajo y a continuación hablé en dirección a la puerta.

—Ya que te has cargado las bragas, ¿me puedes hacer unas nuevas? —

grité. Sabía que él estaba fuera, esperando.

Se oyó una risa profunda y luego la puerta se abrió. Samkiel entró y lo taladré con la mirada. Sonreía de un modo adorable, aunque yo no pensaba admitirlo. Extendió la mano, los anillos resplandecieron un momento y un tanga oscuro le apreció en la palma.

—Gracias —dije, y extendí la mano.

Me lo pasó.

—¿Qué vas a hacer con las otras? —quiso saber.

—Tirarlas —respondí. Sacudí los pies para quitarme las botas y me saqué los pantalones.

—Me las quedaré —dijo.

—Puaj —repuse.

Samkiel, recostado en la pared, se echó a reír sin dejar de mirarme con sus ojos plateados, que resplandecían de excitación.

Di una patada para lanzarle las bragas mojadas.

—Sal de aquí, pervertido. —Me gustaba provocarlo tanto como le gustaba a él provocarme a mí.

—Si no te las vas a quedar, quémalas —dijo. Su voz se había vuelto seria.

—¿Por qué? —pregunté. Me limpié un poco y me luego me subí el tanga nuevo y me puse de pie para ponerme los pantalones y las botas.

—Huelen a ti. Aunque suene pervertido, si tiene rastreadores, lo olerán.

Arrugué la cara, asqueada.

—Voy a repetirlo… Puaj. —Señalé la puerta con un gesto—. Por favor, ve a ver cómo siguen los demás mientras me lavo las manos. Y sí, las quemaré.

—De acuerdo. —Sonrió y me besó la sien. Me dio una palmadita en el culo y salió, cerrando la puerta tras él.

Sacudí la cabeza y abrí el grifo mientras trataba de sacarme de la cabeza la idea de algún extraño ser alienígena olfateando por ahí hasta encontrar mi ropa interior. El agua salía a golpes y las cañerías, viejas y gastadas, protestaban por el esfuerzo. Cogí lo que juraban que era jabón, me lavé las manos y las sequé en lo que parecían servilletas apiladas en una esquina del lavamanos.

Exhalé un suspiro. Aquello era ridículo. Me pregunté si tendríamos tiempo de reubicar a todos los habitantes del pueblo en nuestra ciudad. Era evidente que la pequeña taberna pasaba apuros bajo el gobierno de Nismera… En realidad, como casi todos los sitios que habíamos visitado.

Mi diatriba interna se acalló en el instante en que sentí que se me erizaba el pelo de la nuca. Mientras me volvía a toda prisa, las uñas se convirtieron en garras. Había reconocido la energía que crecía a mis espaldas. Era como la de Samkiel, pero no era la suya. Una mano enorme me sujetó entonces la muñeca, y el gélido agarre hizo que mis huesos gritasen, alarmados. Jadeé mientras miraba a los ojos a mi suegro.

Unir.

—¿Cómo? —pregunté con la vista clavada en la mano, sólida y real, que me sujetaba sin esfuerzo.

—No tengo mucho tiempo. Perdóname lo que voy a hacer.

Me soltó la muñeca y me rodeó la cabeza con dos manos inmensas antes de que pudiese apartarme.

El dolor me atravesó el cráneo, y unas garras heladas me destrozaron la mente. Grité. No sabía si seguía de pie. Lo único que sabía era que mi mundo se redujo a pura, cegadora agonía; sentí que me partían en dos. La caverna de los huesos, tan familiar ya, se precipitó hacia mí; el cáliz de sangre, ominoso como siempre, reposaba en el altar. Gathrriel se volvió y me miró fijamente con ojos profundos de color rojo y anaranjado bajo un ceño fruncido. La sonrisa fue lenta, pero llena de satisfacción. Unir tiró con fuerza de mi mente.

Otro salvaje fogonazo de dolor, que se evaporó casi al instante.

Trastabillé. Me temblaba el cuerpo mientras trataba de adaptarme al mundo real.

—¿Qué ha sido eso? —jadeé—. ¿Qué estás haciendo?

—Necesito hablar con Gathrriel. Lo siento.

¿Era eso lo que hacía? Traté de apartarlo; me temblaba el cuerpo por el esfuerzo. Fuera se oyeron unos pasos potentes que anunciaban un poder tan intenso que se me erizaron todos los pelos del cuerpo. Los relámpagos caían uno tras otro y los truenos desgarraban el aire; la oscura tormenta se posó con pesadez sobre el pueblo. La puerta recibió un golpe tan fuerte que casi

se desintegró, y los restos se convirtieron en una lluvia de serrín. Samkiel se detuvo, enmarcado por la puerta; los ojos le ardían de furia cuando me vio tratando de mantenerme en pie, y luego a su padre muy cerca de mí.

Unir, sin hacer el menor gesto hacia el hijo al que afirmaba amar, me cogió la mano y me sacó el anillo del dedo. Lo tiró al suelo y, al hacerlo, me separó de la única persona que podía detenerlo: mi marido.

Unir miró por fin a Samkiel.

—Perdóname —dijo.

El terror más absoluto y cegador cubrió los rasgos de Samkiel, retorcidos de angustia y desesperación. Se lanzó hacia delante para cogerme, y yo hacia él, pero, antes de que nuestros dedos se tocasen, el baño se desvaneció en una espesa niebla negra.



Más allá de la puerta no había movimiento ni voces, y eso generaba una quietud silenciosa que resultaba opresiva. En el enorme pasillo no había ni rastro de la decoración oro y crema que Nismera insistía en utilizar en el resto del palacio. En comparación, la piedra gris del suelo, las paredes y el techo casi parecía funcional. Los apliques llenos de gemas de luz se encendieron y nos iluminaron el camino a medida que nos adentrábamos más en las profundidades del palacio.

El pasillo desembocaba en un gran atrio circular, con pórticos excavados en los muros, que enmarcaban ventanas triangulares. Una figura asomaba en la oscuridad y, al verla, mis pasos se ralentizaron. Nos detuvimos frente a una enorme forma masculina en el centro de la sala. La cabeza de la estatua estaba inclinada y ocultaba el rostro. Sostenía una lanza en la mano derecha y de los hombros fluía una

sombra oscura, como un manto. Isaiah se paró a mi lado y ambos leímos la placa que había junto a los pies enfundados en botas.

«Nydmjir: El rey de los primigenios. Caminante de los dominios».

Isaiah me miró.

—¿Por qué tiene aquí Nismera una estatua suya?

Negué con la cabeza.

—Ni idea.

Lo estudiamos de arriba abajo y luego nos dividimos y nos movimos en direcciones opuestas para inspeccionarlo más a fondo. Isaiah y yo habíamos trabajado juntos tanto tiempo que a menudo nos coordinábamos sin pensar.

Nos reunimos de nuevo en la parte trasera de la estatua, pero ninguno de los dos había encontrado ninguna pista que aclarase por qué tendría Nismera a este primigenio en concreto inmortalizado en piedra. Nismera tenía amantes, como teníamos todos, pero no favoritos. Nunca había conservado ni amado a ninguno. El único que yo creía que quizá le importaba era Vincent, y él se había ido en cuanto tuvo la menor oportunidad.

Me encogí de hombros y nos dirigimos al fondo del atrio sin decir palabra. Había otro pequeño pasillo que se dividía en dos, y escaleras ascendentes en ambos lados. Pero no vi al cuervo ni sentí ningún frío que me indicase por dónde tenía que ir.

—Yo iré por la izquierda —le dije a Isaiah—. Tú, por la derecha. Si ella aparece, miéntele y venid a buscarme.

Isaiah me lanzó una mirada afilada, pero asintió y emprendió la subida.

La voz de Zasyn se repitió en mi mente: «Él te va a seguir a todas partes».

Solo esperaba que no fuese a la muerte.

Subí los escalones de dos en dos. Todo seguía igual de silencioso, sin rastro de voces ni el susurro de ningún movimiento. El único corazón cuyo latido oía era el mío. Al llegar arriba, me recibió una variedad de mesas y sillas. El espacio estaba dedicado a una hermosa sala de lectura, llena de flores y objetos de arte coleccionados durante el transcurso de los años.

Tenía aspecto de ser la vivienda de Nismera, y me extrañó no haber pensado jamás en las habitaciones que ocupaba.

Intrigado, crucé la puerta que había al fondo. El picaporte de oro en espiral cedió a la presión de mi mano y la puerta giró sobre unas bisagras

silenciosas. Las lámparas de las paredes se encendieron e iluminaron con una suave luz la hermosa habitación.

El olor de Nismera estaba por todas partes. Tenía que ser su espacio personal, pero me asombraba que lo hubiese mantenido tan oculto. ¿Por qué? Me desplacé al centro de la sala y giré sobre mí mismo para contemplar la ecléctica decoración. Junto a una pared se exponían diversas armaduras, y reconocí muchas de ellas como lo que quedaba de los guerreros que habían tratado de matarla, sin éxito. Detrás de ellas colgaban espadas y escudos, sin duda armas usadas en combate, y no solo de adorno.

Frente a una pared acristalada había una zona de descanso que consistía en un gran sofá circular que rodeaba una amplia mesa de cristal dentro de la cual, a juzgar por las apariencias, nadaban pequeños peces.

Sacudí la cabeza y me adentré más en la habitación. Vagué por un pasillo hasta encontrar un armario ropero demasiado lleno para una sola persona, varios cuartos de baño y una pequeña sala con más sillones, estanterías de libros y una mesa de escritorio. Retrocedí para recorrerlo en sentido contrario y traté de abrir la puerta siguiente, pero me sorprendió descubrir que estaba cerrada. Rompí la cerradura con un giro brusco de muñeca y abrí la puerta de golpe.

La luz se derramó dentro y me mostró su dormitorio, que reflejaba el mismo estilo de decoración opulenta. En la cama se podrían acostar veinte personas sin problemas y estaba cubierta de mantas y pieles caras. Había una chimenea empotrada en la pared del fondo, con una pequeña sala de estar delante. Un lado de la habitación estaba abierto al exterior y la brisa fresca movía el aire con pereza. El balcón que había más allá era casi como una segunda habitación. A través de las cortinas color crema distinguí más sillas confortables, sofás y mesitas, todo dispuesto para formar pequeños espacios íntimos.

Se me encogió el corazón y luego se me puso a cien. Un soplo frío me cosquilleó la nuca, como si Muerte me confirmara que había una buena

razón para que yo estuviera allí. No comprendía qué buscaba, pero puse la habitación patas arriba. Como un loco, tiré las mantas y los colchones en busca de lo que fuese que tenía que encontrar. Algo se había despertado en mi interior, una furia oculta hacia Nismera, y la destrucción cada vez me resultaba más satisfactoria. Le di una patada al vestidor y lancé por los aires los demás muebles; verlos hacerse astillas contra las paredes me produjo un escalofrío de satisfacción. Posé los ojos en la chimenea y fui hacia ella a grandes pasos. Pasé la mano por la repisa y apreté cada piedra. Nada me llamó la atención, nada se movió; no encontré ninguna trampilla ni tampoco un compartimento secreto.

Me giré y me froté la cara con las manos. ¿Qué cojones estaba haciendo, aparte de perder la puta cabeza? Estallé en cólera y le di una patada a la alfombra, y me sorprendió oír un fuerte chasquido.

Me agaché y aparté de un tirón la alfombra con borlas rojas y doradas. Un trozo del suelo se había movido y ya no encajaba con las otras baldosas.

Lo empujé hasta que cedió y se deslizó hacia atrás. Bajo el suelo había un oscuro compartimento, limpio y forrado de tela, pero solo contenía una cosa. Me hinqué de rodillas y agarré el viejo y tosco cofre. Me levanté y lo llevé hasta una silla de las que había lanzado por ahí. La enderecé, puse encima el cofre y lo abrí. Me sorprendió descubrir que contenía un revoltijo de cartas y notas. Cogí una al azar.

Al tacto, el papel desgastado parecía quebradizo. La fecha era de antes de que Isaiah y yo naciéramos, pero la letra me era muy familiar.

Mi padre está ciego si no ve que somos perfectos el uno para el otro. Las miradas furtivas en las reuniones y los besos a escondidas no bastan para satisfacerme, Nydmjir.

N.

A medida que leía más y más cartas, la estatua empezó a adquirir un

nuevo sentido. Eran todas cartas de amor de uno y otro, expresiones de anhelos y deseos, y reuniones secretas entre los dos. Fruncí el ceño al encontrarme una propuesta de matrimonio, y la aceptación de ella. Todo aquello me era desconocido. No sabía ni que se conocían, mucho menos que hubieran follado y se hubiesen casado. No tenía sentido. Una unión entre ambos habría terminado con las hostilidades y sellado la paz; sin embargo, los primigenios se alzaron en armas una vez más y fueron destruidos.

Rebusqué un poco más en el cofre y encontré cartas diversas que trataban de normativas, transacciones, pagos, listas de suministros y títulos de propiedad; todo ello cosas de las que se ocuparía mi padre. También había un viejo mapa de Rashearim que era, sencillamente,

una obra maestra. Lo incliné hacia la luz para ver mejor los detalles. Una nota se desprendió del cofre y cayó al suelo con un golpe. Una ráfaga de viento helado agitó los frágiles pliegues hasta abrirlos con un aleteo. Miré la ventana de reojo. Las cortinas no se movían y, aun así, notaba el contacto helado del aire. Recogí la nota y desdoblé el delicado papel hasta que unas palabras antiguas y gastadas quedaron a la vista.

Al consejo de Rashearim.

Mi partida es abrupta, pero también lo son las circunstancias.

Debo reunirme con el gran consejo mientras pueda. Cuando Zasyn y yo regresemos, discutiremos más a fondo el asunto. Athos ocupará mi puesto hasta mi regreso. Cualquier asunto o pregunta deberá dirigirse a ella.

UNIR, 47 A. U.

La conmoción fue como un golpe que me sacudió los huesos y se adueñó de mis pensamientos. Si la fecha era correcta, eso significaba que Unir no estaba presente cuando nos encerraron en Yejedin. Sacudí la cabeza

con incredulidad. Imposible. Todavía podía ver los ojos fríos y llenos de odio en el momento en que nos encerró en el dominio prisión; sentía la ráfaga de aire que fue todo el adiós que recibimos después de matar a nuestro abuelo, que empuñó la espada primero. Recordaba la sensación de las uñas que se rompían contra la puerta mientras Isaiah y yo tratábamos de abrirnos paso para salir de allí, sin éxito. Sin embargo, esta carta, un decreto real firmado y datado, parecía refutar todas las certezas que tenía hasta entonces.

La sangre me hirvió en las venas y el pulso se me aceleró. No, tenía que ser un error. Yo lo vi aquel día, hablé con él mientras nos mentía y nos llevaba al lugar del que no íbamos a regresar nunca. Lo habíamos seguido de buena voluntad, confiados, y él nos abandonó.

Nismera casi tuvo que echar abajo los malditos dominios para liberarnos. Esa era la verdad. Tenía que serlo. Y la nota tenía que ser falsa, pero estaba guardada en el cuarto de Nismera, escondida bajo un suelo sellado.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me preguntó Nismera desde la puerta.

No me sobresalté, tan solo levanté la cabeza para mirarla, con la nota aún en la mano.

—¿Qué es esto? —pregunté. Supliqué. Miénteme, al menos. Dime que Muerte ha organizado todo esto para utilizarnos en algún retorcido plan. Por favor, que sea mentira. Si no lo era, eso no solo lo cambiaría todo, sino que rompería la realidad en un millón de fragmentos inimaginables.

Sostuve la carta entre nosotros, con la tinta descolorida hacia ella, y contuve el aliento. Se acercó con paso decidido; se movía con soltura pese a la vestimenta de combate. Por el aspecto, parecía que acababa de bajarse del rifor, me había percibido y había acudido de inmediato. Se paró frente a mí y cogió la carta con el ceño fruncido.

—Parece un decreto formal dirigido al alto consejo. —Posó la mirada un instante en la mía, y la parte de mi hermana que yo amaba y apreciaba se

disolvió delante de mis propios ojos. Sonrió, y, si hubiese nacido con colmillos, en ese momento habrían sido visibles—. Por supuesto, no llegó a destino.



–He de reconocer que estoy orgullosa —admitió Nismera—. Te ha costado mucho. Pero, por fin, ya no tendré que seguir manteniendo las puñeteras apariencias.

Ni siquiera la vi moverse, pero sentí el revés en la cara. Choqué de espaldas con la pared más lejana y aterricé hecho un ovillo, rodeado de trozos de piedra desprendidos. Tosí y me puse a cuatro patas mientras ella salía de su habitación con la gracia de un depredador y con una brillante y salvaje sonrisa.

—La verdad es que me alegro de que lo hayas descubierto —dijo con alegría—. Ya no tengo que fingir que me importas una mierda. —No sentí moverse el aire, pero de pronto estaba frente a mí. Me dio una patada en el vientre que me volvió a lanzar por los aires. Caí sobre la mesa de vidrio, que reventó y me empapó de agua. Se me escapó el aire con un gemido.

Antes de tener tiempo de sentarme, ella estaba sobre mí y me cogía por la camisa—. Y se acabó cuidarlo a él.

Sin ningún esfuerzo aparente, me lanzó al aire. Me estampé con el techo, y luego la gravedad me atrapó y aterricé en el suelo con tanta

fuerza

que mi cuerpo rebotó. Me giré de costado, dolorido, con la boca llena de sangre. Mientras luchaba por recuperarme del dolor de los músculos lacerados y los huesos rotos, me puse de rodillas. Nismera, de pie en el centro de la habitación, inspiró hondo. Parecía eufórica, como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad; cuando, en verdad, era la artífice de la destrucción de los míos.

—Conque robaste un decreto, hiciste que uno de tus embaucadores se disfrazase de él y nos encerraste —escupí—. ¿Para qué?

Frunció la cara con desprecio.

—Dioses, pero qué estúpido eres.

—¿Por qué? —insistí, furioso—. Si nos odias tanto, ¿a qué viene todo ese montaje, todas las mentiras, la manipulación?

Nismera alzó los brazos en un gesto de irritación.

—Te lo he enseñado una y otra vez y sigues sin verlo. Por el poder, imbécil —gritó—. Por mi trono, mi reino, mis dominios. Ni tuyos ni de Isaiah, y desde luego no de ese tarado de Samkiel. Tu misma existencia amenaza lo que es mío. —La sonrisa regresó y se hizo aún más amplia—. Y

ya sabes lo que hacen los depredadores cuando los amenazan.

Me reí de ella y los ojos se le nublaron de ira. Cerró los puños y pude sentir su cólera, pero necesitaba que siguiese hablando, por una razón y solo una.

—Eres patética. Así que, en vez de matarnos, te has pasado años, eones, con intrigas y conspiraciones… Y ¿para qué? ¿Para acabar aburriéndote de todo?

Con la siguiente patada atravesé la pared y caí de nuevo en el dormitorio. Un plan sin fisuras, Kaden.

—No tengo tiempo ni ganas de explicarte mi plan maestro. Tengo cosas más importantes que hacer —dijo Nismera mientras cruzaba el agujero de la pared. Había desenvainado la espada del anillo y la empuñaba en la mano derecha. Al caminar hacia mí, movía en sincronía la espada y la pierna

opuesta—. Que sepas que has cumplido tu propósito en la vida. Fuiste un arma para Unir, y luego para mí. Trajiste a Ayla a este dominio para que la matase, mataste al gran Samkiel, y ahora vas a satisfacer la última y única razón de tu existencia. Tu sangre y la suya garantizarán mi reinado, aquí y más allá de nuestras estrellas. Has conseguido más que la mayoría de los que viven, defecan y respiran. Siéntete orgulloso y muere con honor, Kaden.

Estaba tirado en el suelo, y trataba de curarme para poder moverme.

Tenía los pulmones magullados y respiraba a duras penas. Cada palabra que pronunciaba Nismera era como otro golpe; el dolor de la traición era más intenso que cualquier herida. En un instante estaba a media habitación de distancia, y en el siguiente me pisaba el cuello con la bota y la espada se me había enterrado en las tripas. Me atravesó el cuerpo con tanta fuerza que sentí romperse las costillas y oí la punta que perforaba el suelo de piedra.

Me daba vueltas la cabeza, y me costaba aceptar que me había empalado el único ser en quien confiaba y a quien amaba casi tanto como a Isaiah.

—Te lo pedí con amabilidad, ¿sabes? Lo único que tenías que hacer era darme tu sangre. Era lo que yo quería, pero tú, Kaden, aunque eres mi favorito, también eres el más problemático. —Retorció la espada dentro de mí y se me escapó un grito de agonía. Nismera cerró los ojos unos instantes, como si le ardiesen los nervios de placer al oírlo—. El dolor —susurró—.

La única constante de este mundo. Es lo que más me gusta, ¿sabes? Me indica el punto exacto donde hacerte daño para que te doblegues.

Abrió los ojos y bajó la mirada al punto donde se me clavaba la espada.

La sonrisa desapareció. Me arrancó la hoja del cuerpo y la miró.

—No.

Me retorcía de dolor, que se extendía por la cavidad torácica, así que me tapé la herida con la mano. La crueldad deformaba de tal modo las facciones de Nismera que me asombró no haberme dado cuenta mucho antes. O quizá mi propia crueldad me había impedido verlo. Ahora que se

dirigía no solo a mí, sino también a Isaiah, el terror me inundó la mente.

—¿Qué has hecho? —gritó, pero no me lo decía a mí. Se giró y descargó su furia sobre el cielo, el mundo… Entonces me di cuenta. La sangre que manchaba la espada no era roja, sino de un negro intenso. Me miró con una mueca de desprecio que dejó los dientes al descubierto, como si quisiera hacerme pedazos con ellos—. Tú. Tú eres lo que está usando él.

Estás marcado por Muerte.

Un poder familiar entró en la otra sala, y Nismera se quedó inmóvil.

Isaiah. Me alegraba de ello porque, le dijera lo que le dijese, él iba a necesitar verlo y oírlo por sí mismo. Isaiah era sanguinario y cruel, pero, cuando amaba, era leal. Haría falta una traición absoluta para hacerlo dudar, y yo sabía que, para que odiase a Nismera, tendría que ver lo peor de ella.

Me giré y las manos me resbalaron en el charco de sangre negra. Isaiah corrió entonces a sostenerme mientras yo me ponía en pie con dificultad.

—Mera —empezó Isaiah. Nos miró, primero a mí y luego a ella, con una expresión de absoluta incredulidad—. ¿Qué haces?

—Matarlo —gruñó Nismera—. ¿A ti qué te parece?

Isaiah frunció las cejas; su confusión era casi palpable.

—Tienes que estar poseída. Tú no eres así. Tú nos quieres.

—Dioses. —Se pasó la mano por la cara, asqueada. Lo miró con odio antes de continuar—. Tienes suerte de que tus puñeteros poderes sean tan útiles en la batalla, porque no se puede ser más tonto. Tú, él… —Apuntó con la espada al espacio que nos separaba—. No significáis nada para mí.

¿Amor? Nunca os he amado a ninguno de los dos. ¿Es que no lo pillas, joder? Solo habéis sido un medio para alcanzar un puto fin y, la verdad, la mitad del tiempo no servíais de nada. Si Zasyn no hubiese metido las narices donde nadie le mandaba, os habría estrangulado yo misma cuando erais niños. De hecho, intenté librarme de vosotros varias veces, pero, cómo no, siempre sobrevivíais.

El dolor se asomó a la cara de Isaiah, dolor y cólera, mientras clavaba

la vista en ella y luego me miraba a mí. Asentí al ver las preguntas que se le agolpaban en los ojos. Sabía que era necesario que viese y oyese cómo era ella en realidad, pero a la vez odiaba verlo tan dolido. Isaiah me soltó el brazo y se apartó un paso de mí. Sacudió la muñeca y las ropas que llevaba se transformaron en la armadura Maldición de Dragón; de los hombros y a lo largo de los guanteletes brotaron pinchos oscuros e irregulares. Lo conocía, y sabía que acababa de blindar del mismo modo el corazón que ella le había roto, aunque jamás lo admitiría.

Di unos cuantos pasos más a un lado para salir de su línea de visión, pero ella miraba a Isaiah con desprecio. Sabía que yo estaba malherido y, regocijada por el dolor que le había causado a Isaiah, me había descartado como una amenaza. Menuda zorra sádica. Me puse la armadura, me acerqué a ella por detrás y me incliné para hablarle en susurros.

—Has perdido.

Su puño salió disparado, pero Isaiah lo atrapó con su enorme mano y lo sujetó con fuerza. Yo aproveché la oportunidad y le rodeé el cuello con el antebrazo. Luego le di un puñetazo en la espalda.

Con la mano libre, Isaiah le arrebató la espada y la arrojó a un lado.

Ella jadeó y arqueó el cuerpo hasta zafarse de nosotros y se apartó tambaleándose. Habíamos trazado una línea en la arena; aquello era un ajuste de cuentas definitivo. El principio del fin, una grieta tan ancha y profunda que nunca la podríamos cerrar. Isaiah gruñó y le crecieron los caninos. Sentí el dolor en los míos cuando la bestia ascendió hacia la superficie.

Nismera se irguió y se aseguró de no perdernos de vista a ninguno de los dos, pero no parecía sentir miedo alguno. Nos dedicó una sonrisa maligna y cruel.

—¡Guardias! —gritó. El eco de la voz todavía reverberaba en las paredes cuando volvió a gritar—. ¡Guardias!

Los ojos de Isaiah se desviaron un momento hacia la puerta, a la espera

de ver a los guardias entrar a la carrera. Apartar la mirada de ella fue un error. Se lanzó hacia delante y le estrelló la rodilla en el pecho. El miedo me dejó sin aliento al verlo volar a través de la pared. Nismera se volvió hacia mí con una sonrisa digna de la peor pesadilla. Era tan fría y despiadada…

Estaba claro de quién lo había aprendido yo.

—Te mataré —gruñí. Ojalá los poderes de Isaiah funcionasen en alguien tan poderoso como ella. Ver cómo le explotaba la cabeza sería muy satisfactorio.

—No estarás aquí para intentarlo —me dijo con una mueca burlona.

Movió la mano abajo y hacia el costado para invocar la lanza mortal en la palma. Me hice a un lado y la lanza me pasó rozando y se clavó en la pared que tenía detrás. Sabía que era una maniobra de distracción para golpearme, y levanté el brazo para pararle el puño, pero me dio una patada. Gruñí, pero no dejé de moverme; trataba de seguirle el ritmo.

Nismera era una guerrera consumada y de una velocidad sobrenatural.

Me había entrenado muchas veces con ella y sabía que, incluso si yo estuviese en perfecto estado físico, derrotarla sería un desafío. Cada golpe y cada patada que lancé halló el vacío. Nismera esquivaba con la misma facilidad con la que se movía, y todos mis intentos no hicieron sino despertar algún hambre primitiva en su interior. Era demasiado rápida, demasiado fuerte, demasiado hábil. No lograba tocarla, joder. De hecho, no conocía a nadie vivo capaz de tocarla, y eso me asustaba.

—Nos vas a matar a ambos frente a tu querida legión. —Escupí sangre; me había logrado atizar otro golpe.

—Por supuesto. —Se echó a reír—. Os presentaré como traidores a la corona. Te aseguro que soy muy convincente.

La rodilla de Nismera me alcanzó en el estómago y golpeó la herida de la espada. Me sentí débil y me di cuenta de que no me estaba curando como debería. Bajo la armadura, me sangraba el torso, y la sangre me corría pierna abajo.

Nismera inspiró a fondo, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Has vuelto de entre los muertos, pero no estás completo, ¿verdad? —

Chasqueó la lengua—. Me decepcionas, Kaden.

Le lancé un puñetazo a la cara. Me desvió el puño a un lado y contraatacó con otro golpe en el costado que volvió a alcanzarme la dolorosa herida. Siseé y ataqué, pero lo esquivó. Sorteaba todo lo que le lanzaba y, mientras tanto, me golpeaba una y otra vez. Nismera era una diosa guerrera, y lo demostraba de forma evidente.

Me agarró y me tiró por encima del hombro. Caí con un fuerte golpetazo.

—¿De verdad crees que tu poder puede rivalizar con el mío? —me preguntó, y se lanzó al suelo a por mí. Mientras me apretaba el cuello con las manos, me clavó una rodilla en el costado y el pincho afilado de la armadura me volvió a empalar. Torció la pierna para desgarrarme aún más el abdomen. Gruñí de dolor y ella se burló.

—¿Qué se siente, hermano, al saber que no le importas a nadie y que nunca le has importado a nadie? Ni a Unir ni a tu madre postiza, y desde luego a mí menos aún. Isaiah y tú siempre estuvisteis destinados a convertiros en armas, Kaden. Solo erais herramientas. Una vez que haya acabado contigo, lo cierto es que nadie va a pensar en ti, y no digamos echarte de menos. A ninguno de los dos, de hecho. Os tengo lástima. Todo lo que habéis hecho en la vida ha sido inútil, un desperdicio. —Frunció el ceño, pero era obvio que se burlaba—. Debe de ser horrible.

Nismera alzó la mano para invocar de nuevo la lanza mortal, que le aterrizó en la palma con tanta fuerza que tiró del hombro hacia atrás. Me rozó el costado de la cara con la punta y me hizo un corte en la mejilla. La sonrisa que lucía era tan cruel e insensible que me pregunté si el mal había acechado siempre bajo ella.

—He de decir que se me da bien eso de matar a la familia —dijo. Con un brusco giro de muñeca me apoyó la punta reluciente de la lanza sobre el

corazón—. Saluda de mi parte a nuestro padre y dile que le enviaré el res…

Una bestia escamosa le impactó en el costado. Salieron despedidos por la habitación, destruyéndolo todo a su paso, y atravesaron la pared con un estruendo de vigas rotas y una lluvia de fragmentos de piedra. Me puse de pie tan rápido como pude y corrí tras ellos. Llegué al balcón a tiempo de verlos atravesar la barandilla.

Un grito desgarró el aire.



El rugido de dolor de Isaiah me empujó a actuar; mi cuerpo cambió y el ig’morruthen se abrió paso. Me lancé en picado desde el balcón roto y descendí tras ellos hacia el patio en donde habían caído. Me posé detrás de Isaiah, teniendo cuidado de evitar la columna de llamas que lanzaba sobre Nismera. El fuego se estrellaba con el escudo de luz plateada que ella sostenía entre los dos. Las piedras de color crema que había a cada lado de ella radiaban calor, y la sangre

que salpicaba los muros y el suelo empezó a burbujear y a hervir. La forma bestial de Isaiah era gigantesca, pero ya estaba bastante maltrecho. Tenía un ala rajada y le caía sangre por un lado de la cara, como si Nismera hubiese tratado de apuñalarle el ojo durante la caída.

Isaiah dejó escapar otro grito de agonía cuando un rayo de luz le alcanzó el costado y le partió el ala por la mitad. Nismera, protegida por el escudo, sonrió, y ya no pude controlarme más. Las garras de mis patas traseras se clavaron en el suelo; la presión redujo las piedras a polvo. Rugí mi desafío, dispuesto a proteger a Isaiah como siempre había hecho.

Nismera abrió mucho los ojos y nos miró a ambos con expresión resignada.

Me pregunté cuántos siglos había estado manipulándonos para evitar aquel preciso momento.

Avancé con cuidado, rodeando a Isaiah, y las alas terminadas en garras rascaron el suelo con un sonido siniestro. Las púas de la cabeza y el cuello se elevaron, y en el fondo de la garganta se acumuló un torbellino de fuego.

Isaiah se desplazó hacia la izquierda de Nismera, y yo a la derecha. Ella ajustó la posición para poder vernos a ambos. Su escudo era lo bastante fuerte para cubrir parte de su cuerpo, pero solo por un lado.

Crucé una mirada con Isaiah: estábamos listos para acabar con ella.

Abrimos las fauces, y pude saborear las llamas que crecían al fondo de la garganta. Nismera lanzó una mirada detrás de nosotros, y en los ojos hubo un destello de victoria. Estaba tan concentrado en ella que no había sentido llegar a la legión. Los rifores gruñeron y se lanzaron a por nosotros.

Me mordieron y el dolor se extendió por el muslo, la espalda y la cola.

Los jinetes lanzaron estocadas tratando de encontrar puntos débiles en las escamas. Oí chillar a Isaiah y comprendí que los bichos asquerosos también habían convergido sobre él. Me elevé sobre los cuartos traseros y extendí las alas al máximo, luego me retorcí y me dejé caer de espaldas. Las púas de mi columna vertebral se clavaron en el rifor sin patas que tenía detrás.

Chilló y se retorció hasta que por fin se quedó inmóvil.

Rodé para ponerme sobre las patas y me sacudí la porquería pegada a la espalda. El rifor que me estaba mordisqueando el muslo se

apartó. Nunca habían tenido la intención de terminar con nosotros; solo ganaban tiempo para que Nismera escapase. El largo cabello blanco se agitó detrás de ella mientras desaparecía entre las nubes a lomos de una de aquellas bestias. Los rifores y los jinetes demasiado lentos para huir murieron entre las fauces de Isaiah, que tiró los trozos a los lados y transformó el patio en un matadero.

Me miró, y al instante ambos nos elevamos hacia el cielo y nos abrimos paso entre las nubes con las alas.

Al unísono, Isaiah y yo ganamos altura con poderosos aleteos. Los tres

rifores que seguían a Nismera se volvieron para enfrentarse a nosotros, con las lanzas de plata preparadas. Me fijé en los guanteletes que llevaban. Eran los que había diseñado Nismera como armas contra Dianna. Sabía que podían causarnos daños graves y permanentes. Todo estaba claro por fin; ojalá hubiera seguido mi instinto cuando Camilla y yo descubrimos aquellas habitaciones ocultas. Ese había sido siempre el plan de Nismera. No solo quería encontrar una forma de destruir a Dianna, sino a nosotros también, cuando descubriésemos la verdad.

Unos rayos de luz plateada se proyectaron hacia nosotros, e Isaiah y yo nos separamos. Me zambullí a fondo hacia la derecha, y él hacia la izquierda. Utilizamos las nubes para desaparecer de la vista sin hacer ruido.

Todos aquellos años de aburrimiento que pasamos en Yejedin, sin nada que hacer excepto sobrevivir, dedicamos horas y horas a volar y a prepararnos para una guerra de la que sabíamos que nunca seríamos parte.

Pero valió la pena, porque Nismera no sabía lo que yo sabía. No sabía cómo moverse en el aire, ni cómo sacarle partido al cielo o al sol para ganar ventaja.

Floté en el aire, atento, tratando de escuchar, bajo el batir de mis pesadas alas, el sonido del depredador que acechaba en las corrientes.

Retraje los labios y mostré los dientes serrados en una sonrisa al oír los gritos de muerte no de uno, sino de dos rifores. Sabía que Isaiah los había hecho jirones. Por encima de mí, dos corazones aceleraron sus latidos; la bestia sin patas y su jinete, que se apresuraban a seguirla y huir de nosotros.

Alcé la cabeza y con un poderoso aleteo me lancé en su persecución. Al pasar junto a ellos, empujé las garras hacia delante y rajé el costado del rifor; herí de muerte a la bestia e hice caer a su jinete. Ambos se precipitaron hacia el suelo mientras Isaiah y yo atravesábamos la capa de nubes.

Nismera se alejaba más y más, y el cuerpo del poderoso rifor surcaba el aire con un silbido. Cargamos contra ella y dejamos atrás las nubes, que

semejaban llanuras esponjosas y colinas onduladas. Echó un vistazo atrás e incluso desde aquella distancia capté la sonrisa presuntuosa. Apenas tuve tiempo de verla antes de que tirase de las riendas y se sumergiera bajo la superficie de las nubes.

La seguimos levantando remolinos entre las nubes con las puntas de nuestras alas al nivelarnos y rozar las cimas de las montañas y las copas de los árboles. Nismera descendió hacia el bosque; el cuerpo del rifor, más pequeño, podía maniobrar en aquellos espacios reducidos. Los sobrevolamos y le seguimos la pista a medida que se desplazaba entre los árboles. Isaiah y yo desencadenamos una lluvia de fuego. Nismera rio, perseguida por las llamas, que devoraban el suelo y los árboles, y a su paso quedó un rastro de destrucción.

Aquella zorra maligna y retorcida se estaba divirtiendo.

Isaiah y yo absorbimos bocanadas inmensas de aire para alimentar nuestras llamas, y me atraganté. Isaiah lanzó su fuego, y el túnel de llamas la siguió. Cruzó la línea de los árboles y se volvió brevemente para lanzarnos una mirada retadora. Batí las alas con más fuerza y al hacerlo parpadeé; lo que me rodeaba pareció cerrarse sobre mí y el campo visual se me llenó de motas negruzcas. Resoplé y sacudí la cabeza para despejarla mientras la perseguíamos. Mientras huía, la risa de Nismera se hacía cada vez más intensa.

Golpeé algo con el ala, y la fuerza del choque arrancó la copa de un árbol. Enrosqué el largo cuello serpentino para mirar atrás y vi por qué Nismera se reía y estaba tan ufana. La herida que me había hecho seguía abierta, y comprendí que durante todo mi vuelo había dejado un rastro de sangre negruzca. La adrenalina me abandonó junto con la sangre, y mi cuerpo se rindió por fin. El mundo se nubló y empecé a caer; por el rabillo del ojo vi que Isaiah me seguía.



XXX
MISKA

Me esforzaba cada día por comportarme con discreción, y ellos no me hacían ni caso. Nismera había cumplido su promesa; me había dado un espacio y me había suministrado las hierbas necesarias para fabricar venenos. Y yo los fabricaba. Pero ellos no sabían cuán ineficientes eran.

Sonreí mientras escondía otro frasco de hierbas en la mochila. Había anotado cada raíz y cada tallo allí presentes, y los estaba recogiendo todos con cuidado. Fingía adaptarme a sus reglas, de modo que solo cogía lo que creía que no iban a echar en falta. Dianna estaría muy orgullosa de mí. Y

Cameron.

Tenía la esperanza de que Reggie siguiese preparándose la infusión. Le quedaba suficiente para durarle un tiempo. También esperaba que Samkiel no se estuviese estresando demasiado. Sabía que él, Dianna y Cameron se considerarían culpables por mi captura, y no quería eso. Quizá me estuviesen buscando. Sentí una profunda tristeza. Hacía dos semanas que no los veía, y los echaba muchísimo de menos.

Sonaron unos golpes rápidos en la puerta, y la estructura de madera se abrió. El guardia alto con halitosis me gritó.

—Recógelo todo —exigió—. Es hora de irse.

Miré de reojo la ventana. El sol apenas asomaba en el horizonte.

—Pero si acaba de amanecer…

—Haz lo que digo, ¿de acuerdo? —ordenó—. No me discutas.

Agaché la cabeza en señal de sumisión y me puse a limpiar mi zona de trabajo. Quizá pudiese robar algo de desayuno antes de que yo…

El castillo se sacudió; tuve que agarrarme a la mesa para mantener el equilibrio. El primer guardia y otro más entraron corriendo en la sala. Me pusieron la mochila en las manos y me sacaron de allí a toda prisa. El pasillo era un auténtico caos, y reduje el paso para intentar averiguar a qué se debía aquella conmoción. Los guardias corrían de un lado para otro mientras se aseguraban los yelmos y las armas y nos apartaban a empujones. Un rugido tan fuerte que dolían los

oídos hizo temblar el suelo de piedra y, por un segundo, todo el mundo se detuvo. Abrí los ojos de par en par. Los guardias se miraron el uno al otro por encima de mi cabeza y luego me cogieron de los brazos y me obligaron a avanzar.

Sujeté la mochila con fuerza y me esforcé por seguirles el ritmo mientras descendíamos la escalera de caracol. Aquel lugar se parecía mucho a Ciudad de Jade, con esa belleza opulenta y esos grandes salones que no escondían nada en su interior, excepto monstruos. Todos eran monstruos.

Me obligaron a caminar más deprisa y me mordí el labio inferior para que no me temblase. Dianna no estaría nerviosa. Sería fuerte, encontraría la manera de salir de allí y, si no la encontraba, crearía una; así que eso pensaba hacer yo también.

Los dos guardias, sin prestarme atención, susurraron algo acerca del regreso de Kaden e Isaiah. Para ellos yo solo era una niña, pero no lo era.

No lo había sido desde la primera menstruación, y a veces pensaba que mucho antes incluso. Dianna decía que era una mujercita, y las mujeres fuertes no lloraban ni titubeaban, y menos cuando buscaban la solución a un problema. Ya lloraría después, pero ahora tenía que escapar y buscar un modo de regresar con mi familia.

El mayor error que podían cometer era creerme débil; el ser a quien

más temían se había cuidado de mí. Deslicé la mano en el bolsillo oculto que había cosido en el vestido y cerré los dedos sobre el pequeño cuchillo robado en el laboratorio. Mi aparente sumisión los había vuelto complacientes y ya no me vigilaban tan de cerca. Inspiré hondo y tropecé a propósito para zafarme de sus manos y caer de rodillas. Antes de que tuviesen tiempo de comprender lo que había pasado, o de reaccionar, saqué el cuchillo de un tirón y clavé el acero dentado en el pie del primer guardia.

Gritó, y el otro guardia desenvainó la espada y la blandió. La voz de Dianna, en el fondo de mi mente, me repitió la lista de los puntos más vulnerables de un hombre. Liberé el cuchillo de la pesada bota y, al levantarme, se lo clavé en la entrepierna al segundo guardia con toda la fuerza de la que fui capaz. Soltó un grito agudo y gutural, una expresión no solo de agonía, también de horror. Retrocedió tambaleándose hasta chocar con la pared; la sangre le manchaba el frontal del pantalón.

Me puse de pie al instante y corrí para dejarlos atrás, con la mochila estrechada contra el pecho. El guardia que apuñalé en el pie dio un salto y me persiguió cojeando. No miré atrás, concentrada en la puerta que había unos pasos por delante de mí.

«Tu miedo es una herramienta, Miska, pero solo si eres capaz de controlarlo. De lo contrario, te frenará y te volverá descuidada». La voz de Samkiel me resonó en la mente con su amable y profunda fuerza. Solo recordarlo ya me ayudó a controlar el pánico y a concentrarme mejor.

La puerta se alzaba frente a mí. Sonreí y fui a agarrar el picaporte, pero alguien me tiró del tobillo. Caí al suelo con tanta fuerza que me rompí un diente con los escalones de piedra. El guardia me dio la vuelta y entre maldiciones trató de quitarme el pequeño cuchillo. Intenté darle una patada.

Se rio, pero eso era justo lo que yo quería. La distracción era una de las tácticas favoritas de Dianna. Apunté el cuchillo a otro punto vulnerable, se lo clavé con fuerza en el ojo y lo retorcí. Su rostro se quedó inmóvil y dejó de sujetarme. Se derrumbó encima de mí, y yo gruñí bajo su peso.

Me arrastré a un lado para tratar de salir de debajo de él. El otro guardia seguía gritando, pero no se acercó. Me moví más, y los bordes afilados de la armadura del guardia me rasgaron el vestido y la piel. Con un gemido y un último empujón, conseguí liberarme. Tenía sangre en la boca por el golpe contra el suelo, pero estaba en

pie, y libre. Con un jadeo entrecortado, enfundé de nuevo el cuchillo en su escondite entre la ropa. Me negué a mirar hacia abajo, y tampoco miré atrás. Ya habría tiempo de pensar en lo que había pasado y en lo que tenía que hacer. En ese momento, debía moverme. Me habían dicho que nunca dejase de moverme.

Otro chillido me hizo encogerme y taparme los oídos. Crucé la puerta y en el otro lado me agaché y esperé a que el palacio dejase de temblar. En cuanto todo se estabilizó de nuevo, bajé las escaleras con sigilo, pero no había guardias a la vista. Por los ruidos, supuse que tenían cosas mucho más importantes que yo de las que preocuparse. Agradecida por el respiro, corrí a mi habitación. Levanté el colchón y recogí todas las hierbas que había ocultado en un agujero que había hecho debajo. Las metí en la mochila y me la colgué al hombro.

La siguiente parte de mi plan era la más complicada. Corrí al armario y saqué mi último proyecto. Había atado cada vestido, manta y trozo de tejido que me habían dado para formar una larga soga. Até un extremo a un poste de la cama y luego me dirigí a la ventana a toda prisa. Respiré hondo y la abrí. El aire de la mañana me dio los buenos días. Mi habitación tenía vistas al bosque; la espesura era mi mejor oportunidad de escapar. Dejé caer la soga improvisada hasta que quedó colgando, con el extremo invisible entre las ramas que abrazaban aquella parte del castillo. Hice un esfuerzo por tranquilizarme y luego me monté a horcajadas en el alféizar y eché una última mirada a mi prisión. Me agarré a la soga y empecé a descender.

Al pisar la tierra casi me eché a llorar. Levanté la mirada y vi que mi vía de escape se agitaba al viento, como si me saludase. Mi victoria fue efímera; un guardia asomó la cabeza por la ventana y posó los ojos en mí.

—¡Ahí está! —gritó.

No me paré a ver qué pasaba, sino que me di la vuelta y eché a correr entre los árboles. Mis pasos sonaban con fuerza mientras me

agachaba para pasar bajo los arbustos y saltaba por encima de los troncos caídos. Era una suerte que Dianna me hubiese llevado a correr con ella por las mañanas, porque pude avanzar rápido sin perder el aliento. Poco a poco, el castillo fue quedando atrás.

Tenía la sensación de llevar horas corriendo cuando tuve que derrapar sobre unos guijarros para detenerme. No podía seguir por allí; el borde de un precipicio parecía burlarse de mí. Me recoloqué la mochila mientras pensaba qué hacer a continuación. Quizá bajarlo y seguir el río que veía al fondo o…

El terror se adueñó de mis pensamientos al oír un rugido que partía el cielo en dos, seguido del sonido del trueno. Levanté la vista y me quedé boquiabierta. Dos ig'morruthens lanzaban chorros de fuego hacia el bosque que había más allá de la cresta. Eran dos bestias gigantescas, una negra como Dianna y la otra con rastros de rojo en las escamas oscuras como la tinta. Vomitaban llamas mientras volaban; al parecer, perseguían a alguien.

Mientras los miraba, el más oscuro vaciló y un ala se inclinó hacia el bosque. Me fijé con más atención y vi que dejaba tras suyo un rastro de sangre, como una neblina. Al verlo caer, me llevé las manos a la boca. Se estrelló en el bosque y, como si estuviesen unidos por un cable, el otro también descendió.

Respiraba a duras penas, con las manos todavía en la boca. Podía bordear el risco y seguir el río hacia una ciudad o algún sitio civilizado, o podía cruzar el puente que formaba un tronco caído y buscar un atajo hacia las dos bestias que había visto desplomarse del cielo.

No les debía nada. Me llegó un graznido procedente de la línea de los árboles, y vi un pájaro con plumas de color medianoche posado en una rama. Me vigilaba como si pudiese leerme los pensamientos; giró la cabeza

hacia donde habían caído las bestias, y luego otra vez hacia mí. Estaba lejos, pero habría jurado que tenía los ojos tan blancos como las nubes que surcaban el cielo.

Sacudí la cabeza en señal de desafío y contemplé el río, al fondo del precipicio. El pájaro graznó de nuevo, y me pareció que era más insistente.

¿Se trataba de algún poder del más allá que me decía lo que tenía que escoger, o era otra cosa? Le habían hecho daño a mi familia, me habían secuestrado y me habían arrastrado hasta allí. Sabía que Kaden no era buena persona, pero me ayudó cuando no tenía necesidad de hacerlo. Me curó la mandíbula rota sin estar obligado a ello, y sin que yo se lo pidiera. Aunque quizá lo hizo para no oírme llorar y gemir.

El pájaro emitió otro fuerte graznido, saltó de la rama y voló en círculos sobre mí.

—¿Es una señal tuya, mamá? —pregunté, mirando al cielo y al pájaro de medianoche—. ¿Es algo que debo hacer?

El pájaro se abatió sobre mí y las pequeñas garras tiraron de mi mochila de hierbas y provisiones. En sus chillidos se adivinaba la urgencia, y supe que se nos acababa el tiempo.

—De acuerdo —acepté, y lo aparté de un manotazo. Cerré los ojos con fuerza. La virtud salía triunfante. Era una sanadora. Mi trabajo era curar, como lo había sido el de mi madre, y ella me había enseñado que nuestra responsabilidad era ayudar a los heridos, se presentaran como se presentasen.

Abrí los ojos, me reacomodé la mochila y pisé el tronco que hacía las veces de puente.



Abrí y cerré los ojos varias veces. Volví la cabeza al notar el olor de la madera ardiendo, y de inmediato lo lamenté. Mi cuerpo entero era una pura agonía de dolor. Parpadeé y poco a poco logré enfocar la vista en la habitación. En las grietas del techo crecían unas gruesas y frondosas hojas verdes de aspecto saludable. Su vibrante color rompía la monotonía de colores castaños de aquel reducido espacio. Todas las ventanas estaban rotas, y en un lado la pared había desaparecido por completo. El bosque circundante había aprovechado para reclamar el espacio, y las enredaderas se colaban por cada grieta y roían la madera podrida.

—Chis —dijo una vocecilla, y hasta ese momento no me di cuenta de que de mi pecho roto brotaba un sonido que era medio gruñido y medio gemido. Volví la cabeza con cuidado y vi a una mujer menuda sentada a mi lado. Me resultaba familiar, pero la bruma del dolor no me permitía recordar dónde la había visto. Sostenía lo que parecían los restos de un cuenco. Se inclinó hacia mí, y la mezcla de agua y hojas machacadas se meció en el interior.

La habitación se volvió borrosa. Parpadeé otra vez, y el techo ascendió

y se transformó en piedra reluciente. Los suelos se expandieron y la mujer creció, y el suave cabello rosa se transformó en largas ondas de color castaño. Unas bandas de oro en espiral le envolvían los brazos, y vestía una bata sedosa creada por el dios más poderoso que existía, y en la cual aún se detectaba su poder. El poder de mi padre.

—Zasyn —susurré—. Mamá. —Una mano suave se me posó con dulzura en la frente para calmarme mientras yo me retorcía de dolor. Los vendajes apretados que me cubrían el tórax y los brazos me daban tirones.

La oscuridad se extendió desde la periferia de mi campo visual y el mundo se desvaneció.

—No des portazos, Kaden.

Sus pies golpeaban el suelo mientras me perseguía. Para tratarse de una celestial rodeada de dioses, Zasyn no demostraba ningún miedo. Nunca lo había hecho, y me pregunté si por eso Unir la amaba tanto.

Me volví.

—¿Vas a dejarle que lo haga?

—No seas tan frío. No te he educado para que seas así.

No pude evitar que se me llenara la voz de veneno y que las palabras se me escapasen de los labios como ácido.

—Tú no tienes relación con nosotros. Mi padre me creó, nos creó a todos. No eres más que una madre postiza.

Fue una bofetada verbal, pero no por ello menos dolorosa. Alzó la cabeza y yo me arrepentí. Pero Nismera nos había contado los planes de ambos, y que la criatura que Zasyn arropaba en el vientre nos superaría a todos. Nos explicó que no habíamos nacido, sino que nos habían creado para ser armas.

—Ella me lo ha contado todo —dije, casi a gritos—. ¿Y qué le va a decir a su preciado consejo sobre esos hijos que ansían beber sangre?

—Calla —susurró. Sus guardias de confianza cerraron las gruesas puertas para aislarnos—. No sé qué se ha discutido en el consejo de tu

padre, pero sí sé una cosa. Él os ama, a tu hermano y a ti. Los dos os amamos.

—¿Cómo puedes amar un arma?

Frunció el ceño y se me acercó más, hasta acariciarme la cara. Por mucha ira que sintiera o mucho poder que llegase a acumular, jamás la apartaría de mí ni levantaría un dedo contra ella. Pese a las palabras que me habían lastimado y me habían roto el corazón, la amaba.

—¿Así es como crees que te veo? ¿Como os veo a todos vosotros?

Traté de desviar la mirada, pero no me lo permitió. Me cogió de la barbilla y me obligó a mirarla. Luego bajó las manos.

—No eres un arma. Para mí, no. Eres mi hijo, como lo es Isaiah, como lo es Nismera. Puedes enfadarte y reaccionar con cólera, pero te conozco.

Sé de dónde surge tu furia y por qué arde con tanta fuerza. Amas de forma agresiva, y a veces colérica; aun así, es amor. No dejes que los celos lo conviertan en algo horrible. —Acunó la barriga, pequeña pero en crecimiento—. Lo amaré a él igual que os amo a vosotros. Los títulos y las motivaciones no cambian nada. Por favor, entiende que tu padre lo hace para protegeros, para protegernos a todos.

—¿Aunque quiera escondernos?

Suavizó la mirada.

—Protege a tu familia, Kaden, porque, en este mundo, son tu auténtica fortaleza. —Me cogió la mano y la apretó—. El amor es poder. Nos hará más fuertes que cualquier consejo divino; pero debemos permanecer unidos. Eso es lo que importa.

Asentí y ella se inclinó para besarme la mejilla. Las puertas se cerraron tras ella y yo me quedé contemplando los complejos grabados de las gruesas planchas de madera. Permanecí allí, sumido en mis pensamientos, hasta que oí unas botas blindadas que se acercaban por detrás.

—Es una mentirosa —dijo Nismera con una voz que era casi un siseo.

Miraba la puerta con tanta intensidad que parecía que la iba a perforar—.

Dice lo mismo que él, pero lo has notado, ¿verdad, hermano? —Nismera me miró, pero yo seguí con la vista clavada al frente—. Cómo se comportan, cómo han cambiado. Por fin darán a luz a su hijo perfecto y a nosotros nos dejarán de lado.

—Pero… —Casi no había terminado la palabra cuando Nismera me cogió por los hombros y me hizo girar para encararla.

—No dejes que te engañe —continuó Nismera, y los ojos le brillaron un instante—. Ella ni siquiera te lo habría dicho. Si lo sabes es solo porque yo te conté lo que oí en la cámara. Yo fui la primera en decírtelo. Ella es una mentirosa que manipula la verdad a su conveniencia, igual que hace él.

Nacerá su hijo, y nosotros caeremos en el olvido a menos que cuidemos de nosotros mismos. Isaiah y tú sois lo que más temen. ¿Por qué crees que no le han explicado al consejo lo que sois de verdad? ¿Por qué crees que lo ocultan con tanto cuidado? Os obligan a Isaiah y a ti a imitar el aspecto de celestiales, y no de dioses, porque se avergüenzan de vosotros. Unir solo te quiere por tu poder, y Zasyn es un títere de Unir. Ella los apoyará a él y a su nuevo

mocoso. No son como yo. Yo os amo, a Isaiah y a ti. Os protegeré, como siempre he hecho.

Entendía lo que me decía, y en parte era verdad. Pero no estaba convencido de que tuviese razón al decir que no les importábamos, sobre todo a Zasyn. Guardé silencio y esperé a que Nismera continuase.

—Tú, yo e Isaiah. Es lo que hay y lo que siempre habrá. Tenemos que cuidarnos unos a otros —dijo, y me puso la mano en el hombro.

Su tacto y sus palabras me tranquilizaron, y las dudas se desvanecieron. Miré la maldita puerta por encima de su hombro. ¿De verdad Zasyn creía que era tan tonto como para que, si pronunciaba unas cuantas palabras bonitas acerca de la familia, yo la escucharía como un perro apaleado? Nismera tenía razón. Ellos no nos lo habrían contado. Nos habrían mantenido a oscuras hasta que nos necesitasen para la guerra y la

batalla. Apreté los dientes. ¿Qué le hacía pensar que me dejaría manipular con tanta facilidad?

—Lo haremos.

Abrí los ojos de nuevo. El día había dado paso a la noche, y el frío se colaba en la estructura derruida en la que nos refugiábamos. Una hoguera bailaba y chisporroteaba cerca de la pared desaparecida, y sobre ella se encorvaba una pequeña silueta envuelta en una manta, calentándose las manos. La visión se me había aclarado mucho y pude ver a Isaiah tirado en el suelo de la habitación. Tenía los ojos cerrados y una mano extendida, como si buscase algo. Unos vendajes le cubrían los hombros y el torso. Me preocupaban sus heridas, así que estiré el brazo hacia él. Quería levantarme y ver qué tal estaba, pero no tenía fuerzas. Logré mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver que el pecho se le movía al ritmo de la respiración, y luego el sueño se apoderó de mí.



Me tambaleé cuando tomamos tierra en una ladera extensa y árida. Tosí.

No sabía por dónde me había hecho pasar, pero los pulmones me iban a estallar.

Unir se me acercó y la oscuridad se le arremolinó alrededor de los pies.

Siseé y traté de darle un zarpazo con las garras extendidas.

—Cabrón —gruñí al ver que la mano lo atravesaba. Me miró con un gesto de paciente diversión—. ¿Qué has hecho? ¿Dónde me has traído?

—Lejos de Samkiel —dijo—. Parece que el apego que te tiene mi hijo interfiere con mis esfuerzos por obtener el conocimiento que necesito.

—¿Qué significa eso?

Unir, en vez de responderme, me estudió de arriba abajo, como si me evaluara o buscase algo.

—¡Deja de mirarme así! —salté.

—Te pido disculpas. —Esbozó una sonrisa no muy convincente—. Es que… no eres lo que me esperaba. Sé que eres su amata. Lo percibí en la ferocidad de su reacción. Creía que serías… ¿Más alta, quizá? ¿Más musculosa? O, simplemente…, más.

—¡Oye! —protesté.

—¿Rubia, tal vez? —siguió—. O un hombre.

—Siento decepcionarte.

Unir se encogió de hombros.

—No me decepcionas. Tu conducta y la confianza que exhibes te convierten en su pareja ideal. Me alegro de que te haya conocido.

Fruncí los labios.

—Ah, ¿sí? En ese caso, ¿por qué no me llevas de vuelta con él?, ¿eh?

—No puedo.

Di un paso al frente y la hierba que me rodeaba los pies chisporroteó, prueba de que estaba muy cerca, demasiado cerca, de perder los estribos y atacar a mi suegro.

—No sé qué costumbres había en Rashearim en los viejos tiempos, ni lo que pasa después de morir, pero no puedes ir por ahí secuestrando a la gente, Unir.

Muerto o no, Unir no reculó. Me recordaba muchísimo a Samkiel.

Estaba desesperada por volver con él. Unir frunció las cejas oscuras, y las sombras de Muerte se arremolinaron a su alrededor como una neblina. Lo lamían como si buscasen un modo de entrar, pero al instante se retiraban como si se quemasen; el fuego contra el beso helado de la muerte.

Comprendía esa sensación a la perfección, y sabía que el fuego había habitado en mí mucho antes de Kaden y de que adoptase la forma ig'morruthen.

—Estás enfadada. Lo entiendo —dijo Unir—. Solo necesito hablar con Gathrriel. Él huyó del mismo más allá que has mencionado, habitó tu cuerpo, y tengo preguntas que necesitan respuesta.

Me erguí.

—¿Qué significa eso?

Señaló con la mano la pequeña y bulliciosa ciudad.

—Debes de estar famélica tras el viaje. Ven.

Miré de soslayo el pueblo enclavado en el valle. Las chimeneas humeaban y el aroma del pan y del vino flotaba en el aire. Se mezclaba con los olores de los habitantes, y el resultado hizo que me gruñeran las tripas.

Como si eso fuese respuesta suficiente, Unir se apartó con la intención de bajar la colina, pero me planté.

—¿Y ahora me vas a alimentar? —me mofé—. Creo que paso.

Le di la espalda con la clara intención de encontrar un modo de volver a casa, de vuelta con Samkiel. Quien, por los dioses, partiría el cielo en dos si no me encontraba. Otra vez.

Se oyó un silbido, y Unir estaba frente a mí. Me cogió de la muñeca, la niebla que lo rodeaba me envolvió, y de pronto estábamos en el

centro del pueblo. Caí de rodillas sobre los adoquines mojados y me llevé las manos a la cabeza con un quejido. Parpadeé varias veces y la sombría ciudad gris se volvió más nítida.

—Cabronazo —le solté al dios que tenía delante, enfurecida. Unas cuantas personas se desviaron para evitarme; murmuraban y tiraban de sus hijos para mantenerlos cerca de ellos. Unir era una sombra en el mundo; mientras esperaba que me recuperase, la gente lo atravesaba, y en cada caso su figura se ondulaba y luego se solidificaba de nuevo.

—No pueden verme —explicó Unir—. Para ellos, eres una chiflada que grita bajo la lluvia.

—Ya me lo imaginaba —dije con los dientes apretados. Me puse de pie y me limpié el barro de las rodillas—. Creía que estabas en el Valle de los Reyes, o dondequiera que dijese Gabby.

—Lo estoy —confirmó Unir—. Por desgracia, dispongo de poco tiempo aquí, pero mi hija está a punto de conseguir un arma que puede echarlo todo a perder.

—Qué típico de ella. —Suspiré y me froté el puente de la nariz—.

Siempre con armas mágicas. A ver si lo adivino. Quiere destruir los dominios, o gobernarlos, y tú necesitas a Gathrriel porque él conoce alguna

forma olvidada de detener dicha arma mágica.

Sonrió como si se sintiera orgulloso de mí.

—Eres una mujer muy inteligente. Pero no estás del todo en lo cierto.

Asentí e hinché los carrillos. Luego los vacié en un largo suspiro.

—Pues no quiero arruinarte el viajecito, pero no puedes hablar con él.

Al menos, no a través de mí. Verás, está enfrascado en una grandiosa venganza y, si posee mi cuerpo, se adueñará de él. Y no puedo permitir que eso ocurra porque, ya sabes… Es mi cuerpo.

Di un paso atrás y me preparé para cambiar de forma y salir disparada hacia el cielo. Los ojos de Unir adquirieron un brillo plateado. Retrocedí más aún, porque sabía que era mi única oportunidad de escapar. Pero él fue más rápido. Avanzó hacia mí y yo intenté bloquearlo, pero mi mano lo atravesó. Cómo no. ¿Cómo se puede pelear con un fantasma? Su cuerpo se solidificó, y me agarró de la cabeza. El dolor me atravesó el cerebro. Grité.

—¡No! —Me resistí—. ¡Por favor, no lo hagas!

Sin hacerme caso, me clavó los dedos con más fuerza en el cuero cabelludo. Se me nubló la visión y la ig'morruthen de mi interior rugió y se abrió paso al exterior en un torbellino de mandíbulas chasqueantes y garras afiladas como navajas. Unir retrocedió, mirando asombrado cómo mi cuerpo se doblaba y se retorcía. La guiverna, mi auténtico poder, se hizo con el control. Su miedo había retrocedido ante la necesidad de protegerme.

Un chorro de ardiente fuego anaranjado me brotó de las fauces y, tras pasar a través del fantasma del padre de Samkiel, quemó todo lo que encontró a su paso.

El sonido de los gritos atravesó por fin mi dolor y mi cólera y cerré las fauces con un chasquido. La fila de púas de mi cabeza se replegó cuando comprendí lo que había hecho. Había quemado el lateral de dos edificios, un muelle y medio bosque a lo largo de la ribera del río. La gente salía corriendo de los edificios, sujetando a familiares y pertenencias, y huía a la dudosa seguridad de las calles. Cuando me vieron, el pánico se desató aún

más.

—¡Un ig'morruthen! —gritó un hombre que me señalaba.

—¡Ha venido Nismera! —chilló una joven.

Tocaron las campanas y la ciudad despertó y se llenó de movimiento y de bullicio. El miedo a Nismera y a su legión se había abatido sobre ellos; pero no era ella. Era yo.

Las voces parecieron fundirse en una.

—Está aquí.

—La legión de Nismera.

—Un ig'morruthen.

Bestia. Bestia. ¡Bestia!

Las palabras no me impactaron tanto como esperaba. Se me dilataron los ojos, y un estremecimiento me recorrió las escamas e hizo que los pinchos de la cabeza se alzasen como las orejas de un depredador. El embriagador aroma del miedo hizo que la sangre me corriese con fuerza por las venas y que se me acelerase el pulso a medida que los gritos iban a más.

El hambre agudizó mis instintos primarios y el cuerpo respondió estirándose, creciendo y haciéndose más afilado. No, no mi cuerpo, sino el suyo… No. Dioses, no.

En mi interior, algo empujó mi mente de vuelta a la caverna, y vi que Gathrriel se precipitaba hacia delante.

—No —rogué de nuevo—. Por favor, no lo hagas.

Gathrriel se detuvo en la entrada de la caverna y se volvió a mirarme.

Aunque llevase aún el rostro de un hombre, su armadura erizada de púas y sus cuernos eran un reflejo de la bestia horrible y aciaga en que se convertía.

—Hecho está —dijo—. Pero no temas, lo enviaré de vuelta al éter de donde vino.

En un momento dado, tenía el completo control de mi cuerpo, y en el siguiente estaba atada en un reducido espacio vacío; allí, pero sin estar allí.

Mi cabeza se volvió hacia Unir. El pueblo estaba sumido en un caos de pánico y gritos, y la gente corría a su alrededor y a través de él, parado en el centro de la plaza. Se me hizo la boca agua, y el sentimiento de vacío en mi pecho, donde sabía que solía estar mi alma, suplicó comer, cazar, alimentarse. Las alas del guiverno se abrieron tanto que ensombrecieron el patio. La necesidad de surcar el cielo tiraba de él.

—Eres un loco al invocarme, Creador de Mundos —dijo Gathrriel. Las palabras brotaron como un rugido del fondo de aquella inmensa garganta llena de pinchos y de llamas.

—¿Me conoces? —se sorprendió Unir.

—Lo vi todo desde Asteraoth, vi cómo tus camaradas y tú robabais lo que me pertenecía. Lo usasteis y lo moldeasteis a vuestro antojo, sin saber en realidad con qué estabais tratando, y ahora tienes miedo de tu propia creación. Dioses arrogantes y caprichosos que no pueden controlar su orgullo desbocado.

Chasqueó las mandíbulas, irritado, y avanzó. Las piedras se rompían bajo las garras de las alas y las patas de mi cuerpo, ahora gigantesco. El ig'morruthen de Gathrriel superaba al mío con creces en tamaño y poder. La sombra de los cuernos retorcidos y del cuerpo escamoso se elevó sobre los edificios como un depredador oceánico que se escondiese bajo las olas.

—Hice lo que creí correcto. Intentaba salvarnos a todos.

Un ruido le resonó en el pecho. Si se pudiese reír en esa forma, lo habría hecho.

—Ignorante. Buscas controlar lo que no está a tu alcance, y ahora has condenado a tu propia sangre.

Gathrriel dio un paso al frente y con un golpe de la cola destruyó un edificio que tenía detrás; centraba la atención en Unir, y no le preocupaban las vidas que lo rodeaban.

—No temas —dijo Gathrriel, y se paró en seco frente a él. Levantó la cabeza con el cuello plegado hacia atrás—. Terminaré con todos ellos por ti.

Por lo que robaron. Y tú serás el primero.

Las llamas bañaron la plaza del pueblo, cubierta de hermosas cintas de oro y negro. Los gritos taladraron el aire y el hedor de la madera y la carne quemadas se volvió abrumador. El fuego envolvió el punto donde había estado Unir. Hasta después de un rato no tragó aire y se paró a ver los resultados de la destrucción. El humo llenaba el aire y lo cubría todo de sombras difusas. Bajó la cabeza para inspeccionar el suelo, pero en el sitio que había ocupado Unir no había ningún cuerpo chamuscado. Como si pudiese reducir a cenizas a un fantasma. Gathrriel lanzó un gruñido fuerte y primordial y se volvió. El peso enorme de su cuerpo dañó y derrumbó varios edificios más.

—Tu tiempo aquí es limitado, Gathrriel —dijo la voz desencarnada de Unir.

Gathrriel rugió de nuevo, cada vez más rabioso e irritado.

—Me alimentaré y me daré un banquete y esta cáscara será mía, idiota

—gruñó mientras chasqueaba los dientes para atrapar el humo que bailaba en las corrientes de aire.

Captó un movimiento y volvió la cabeza hacia la izquierda para seguir una figura que saltaba de un edificio a otro. De la boca de Gathrriel brotaron bolas de fuego. El impacto hizo llover vidrio y madera sobre las calles, pero no alcanzó a la sombra, que desapareció y luego reapareció a la derecha, perseguida por un chorro de fuego. La ira dio paso a la frustración ante el continuo ir y venir de la sombra. Gathrriel giraba sobre sí mismo para seguirla, pero ni una sola vez estuvo cerca de alcanzarla. Si muerto era así de rápido, ¿cuán rápido era Unir cuando vivía? Ahora sabía de dónde habían sacado sus hijos aquella agilidad asombrosa.

Gathrriel echó la cabeza hacia atrás y rugió de furia, pero dejó de perseguirlo, harto de que lo engañase. Por el contrario, se concentró en la gente que corría y gritaba por la calle, y cargó hacia ellos. Con la boca abierta, trató de hacerse con cualquiera que estuviese lo bastante cerca

como para atraparlo con las fauces. Una luz pura y cegadora lo golpeó en un lado de la cabeza y lo hizo caer de costado. Gritó con un sonido penetrante, y tan fuerte que destrozó ventanas. Se volvió para encarar y destruir a quienquiera que lo hubiese atacado.

—Arderás por eso —siseó Gathrriel. Se giró en busca de un objetivo mientras las llamas se le acumulaban en el fondo de la garganta; pero no lo encontró. Unir atacó de nuevo y las ráfagas quemaron las escamas de Gathrriel.

Con otro grito de furia y dolor, el poder le brotó de la boca como una erupción y su fuego mordió y devoró todo lo que tocaba. Apuntaba al molesto dios y a su odiosa luz brillante, pero lo único que sucumbía a sus llamas eran los mortales y los edificios. Dos figuras envueltas en sombras se levantaron en un tejado cercano y saltaron; desaparecieron al tiempo que la estructura se derrumbaba bajo sus pies. El humo, opresivo y asfixiante, cubrió a Gathrriel. Se sacudió y giró la cabeza de un lado a otro buscando la amenaza, cegado por la rabia.

Gathrriel se estremeció y obligó a la bestia a someterse a su control.

Miró a su alrededor con detenimiento, mientras los pulmones trabajaban como fuelles e impulsaban el aire dentro y fuera de su enorme cuerpo. La ciudad, destruida y cubierta de humo, se burlaba de él. Llovía a mares, y el agua convertía algunas llamas en rescoldos humeantes. Lo inspeccionó todo y comprendió que la ciudad se había quedado en silencio. Era como si los habitantes hubiesen desaparecido entre un momento y el siguiente. Ya no oía el martilleo de los corazones, y el olor del miedo había desaparecido. Se le escapó un rugido. La bestia tiraba de las riendas. Le dolía el estómago y la boca se le llenó de saliva. Necesitaba alimentarse, pero lo había reducido todo a cenizas y no quedaba nada para él.

Las patas terminadas en garras pisaron con fuerza los adoquines y mi peso los aplastó y los deformó. Avanzó balanceándose y moviendo un ala y luego la otra; la cola daba latigazos en señal de agitación y dejaba todavía

más destrucción a su paso mientras cazaba. «Alimentarse, sellarlo, matarlos a todos», repetía como un mantra en su cabeza. Era su propósito, su razón de ser. «Por ella, por todos, seré fuego. Seré muerte. Seré ruina».

El horror me inundó, pero no podía hacer otra cosa que observar en asombrado silencio. Me daba vueltas la cabeza mientras veía a Gathrriel no dejar ni una sola piedra, ni un edificio, en pie. Pero lo que me estremeció hasta las entrañas fue el dolor desnudo y la tristeza que sentía. ¿Qué le había pasado, que lo había convertido en un arma de destrucción y nada más? ¿Qué había acabado con su empatía y con su compasión y no había dejado a su paso más que ese odio ciego y descarnado?

Gathrriel inspiró con fuerza mientras buscaba cualquier rastro de vida.

Un silbido taladró el aire y su largo cuello reptiliano se desvió hacia un lado con brusquedad al tiempo que le salía humo de los orificios de la nariz. Una figura delgada y esbelta vestida de negro de pies a cabeza estaba plantada frente a una taberna vacía. Levantó mucho la mano y un humo negro se le acumuló en la palma. Gathrriel se lanzó a por ella con las mandíbulas abiertas de par en par. Cuando las cerró sobre el edificio, notó sobre la lengua la madera, la piedra y el metal, pero no la sangre caliente ni la carne de la mujer en sombras que estaba allí unos segundos antes.

Sacudió la cabeza y escupió los fragmentos, que se desparramaron por todas partes. Oyó otro silbido detrás de él y se volvió poco a poco, al acecho. La nueva sombra era más alta que la otra y más ancha de hombros, pero el mismo humo negro le rodeaba la cabeza. Gathrriel extendió las alas y rugió al tiempo que le lanzaba un golpe al hombre en la sombra. El mismo escenario se repitió una y otra vez por la ciudad devastada. Las personas que había en la sombra lo provocaban sin descanso, y, en cada caso, él no conseguía nada excepto llenarse la boca de escombros. Rugió de nuevo, rodeado tan solo por las ruinas que había provocado y por su propia furia.

Dio un paso y algo brotó del suelo. Unas cadenas de plata se le

enrollaron en el cuello, las patas, la cola y en la base de las alas, y luego se tensaron. Echó la cabeza atrás y rugió. Las rejillas empotradas en las calles empezaron a vibrar y de ellas surgieron volutas de niebla negra que se elevaron para formar nubes oscuras. Se agruparon y se hicieron más densas y pesadas, mucho más que el humo generado por las llamas. El fuego le ardía en el fondo de la garganta, pero se extinguió con una tos seca y áspera cuando la niebla lo envolvió.

Parpadeó rápido porque le ardían los ojos, y la debilidad le invadió el cuerpo mientras se debatía y tiraba de las ataduras. Logró ponerse de pie, pero luego se desplomó de nuevo y las cadenas lo sujetaron contra el suelo.

Respiraba con grandes estertores, y, al quedarse sin aliento, emitió un gruñido roto. La niebla negra lo volvía todo borroso, pero aún veía las figuras en sombras que lo habían atrapado. Formaban un círculo impreciso a su alrededor, como si esperasen algo. Una luz plateada se filtró a través del humo negro. Ese maldito dios, tan familiar, y a la vez no.

Gathrriel se esforzó por mantener los ojos abiertos mientras Unir se acercaba y se arrodillaba frente a la bestia sometida.

—Voy a… —dijo Gathrriel con voz ronca; la bestia drogada le dificultaba pronunciar las palabras—… terminar contigo.

Creía que Unir reaccionaría con violencia, pero lo que hizo fue posar una mano reconfortante sobre el hocico escamoso.

—De verdad que lamento lo que les pasó a Vvive y a Dhihsin —dijo Unir con la voz empapada de tristeza.

Gathrriel, aturdido, chasqueó las mandíbulas.

—Terminar… contigo —dijo. Retrajo los labios para gruñir, pero el humo se le adentró más en los pulmones y lo sumió en la inconsciencia.



–Si la movemos hacia Herrbet, estaremos más cerca que ahora —dijo un hombre.

Las voces se filtraban desde la oscuridad. Las palabras me llegaban a ráfagas; algunas las captaba, otras pasaban tan deprisa que no lograba entenderlas.

Me sentía como si llegasen hasta mí desde el otro extremo de un largo túnel.

—Cierto —respondió una voz femenina.

Tardé unos instantes, pero de pronto me acordé. Era Faye, la mujer de la subasta de unos meses atrás. De repente, lo recordé todo. Era la que había huido con la espada verde, y entonces también me lanzó ese maldito humo.

Al parecer, ya no estaba sola, y, por lo que recordaba, la acompañaban cientos de figuras en sombras.

Mi cuerpo se sacudió, pero fue un movimiento que escapó a mi control.

¿Qué diablos…?

—No sé cuándo volverá Unir. Puede que Muerte se haya acercado demasiado. Es posible que esté fuera de servicio durante un tiempo —

añadió la misma voz masculina.

—Me preocupa más el dios que sin duda la estará buscando —dijo Faye con tono cortante y teñido de auténtica preocupación.

—No me gusta estar así de expuesto —respondió él.

—De acuerdo —dijo Faye, y oí que sus botas rascaban el suelo al acercarse—. Todavía está inconsciente por la última dosis de gas. Podemos llevarla abajo y prepararla para el transporte. Luego la volvemos a gasear en el trayecto a Herrbet.

—Me parece bien —aceptó el hombre—. Déjame coger unas cuantas cadenas más, por si se despierta durante el viaje.

Faye rio entre dientes.

—Siempre tan precavido.

—Oye, eso nos ha salvado más de una vez.

No hablaron más, pero oí el chasquido de la puerta cuando el hombre se marchó. Esperé unos segundos, prestando mucha atención. Inspiré unas cuantas veces más y abrí los ojos. Tenía los brazos sobre la cabeza, enrollados y sujetos con pesadas cadenas de plata. Flexioné las manos, pero no fui yo quien controló el movimiento. Podía ver a través de mis ojos, pero el borde de la visión estaba borroso, como si la estuviese compartiendo. El corazón me latía con fuerza. ¿Qué diablos estaba pasando?

«Cálmate». La voz de Gathrriel me llenó la cabeza.

—¿Todavía sigues en mi cuerpo? —Casi lo grité, pero la boca no se movió.

Mi cuerpo se sentó sin previo aviso, y al verme Faye se giró. O al vernos, supongo.

Cuando me levanté, saltó una cadena, luego otra, y con ellas los postes de la cama.

—¿Cómo es posible? —Miró de reojo las bombas de humo que habían colocado en cada esquina.

Se me dilataron las aletas de la nariz, que inhalaron el olor, y luego

expulsaron el humo con un largo resoplido.

—Parece que mi recipiente es extraordinario —dije, pero no era mi voz.

Era profunda, antigua… y suya.

Bueno, lo que había dicho sería un cumplido muy agradable si no estuviese tratando de poseerme.

Faye desenfundó dos puñales y me los lanzó. Un instante estábamos al otro lado de la sala y en el siguiente frente a ella; nos habíamos movido a una velocidad a la que nunca me había movido antes. Le rodeamos el cuello con las cadenas y apretamos. Arañó el metal mientras los puñales se clavaban en la pared con un golpe. Gathrriel apretó más, y la cara de Faye adquirió un alarmante color rojo; el metal se ensañaba con ella y la privaba de aire.

La puerta se abrió de par en par y dos cuchillos más volaron hacia mi cabeza. Silbaron y también chocaron con la pared del fondo. Ni siquiera había sentido que me movía. Joder, ¿cuán rápido era Gathrriel? El hombre que había en el umbral nos miró con ira, pero se detuvo en seco al ver que tensábamos las cadenas que sujetaban a Faye y que la retenían con fuerza mientras se ahogaba. Los ojos se le

llenaron de temor, uno que yo conocía demasiado bien. Ver cómo la vida abandonaba los ojos de Gabby me había hecho pedazos. No sabía qué representaba ella para él, si era una amante, una hermana o una amiga, pero vi cómo se horrorizaba al comprender que estaba a punto de perderla, y no podía permitir que fuese a manos mías.

—Por favor —imploró el hombre mientras extendía un brazo, como si pudiese detener lo que sucedía—. Por favor, no le hagas daño a mi hermana.

—¡Para, Gathrriel! —salté, pero mis manos solo tensaron más las cadenas. Me enfurecí y luché por alcanzar cualquier parte de mí, para tratar de recuperar el control. Los músculos de la espalda se me endurecieron y las entrañas se retorcieron.

—¿Por qué luchas por unos asesinos de tres al cuarto? —preguntó

Gathrriel, y el hermano de Faye abrió mucho los ojos. La voz dejaba claro que no era yo quien hablaba. El hombre guardó silencio y nos observó con atención al comprender que Gathrriel hablaba conmigo y no con él.

—Sé lo que es perder a una hermana. No se recuperará. Yo no lo he hecho, y me niego a provocar un dolor así. Ya no.

No solté las cadenas, pero algo cambió en mi interior. Se me nubló la vista, y la bruma que me tapaba la visión periférica se enturbió y se oscureció, y de pronto todo se volvió claro y brillante. Volvía a ser yo misma, y controlaba mi cuerpo. Al instante le quité las cadenas a Faye y la lancé a los pies de su hermano. Jadeó para tratar de respirar, y ambos me miraron asombrados. Él quiso sacar más puñales, pero Faye graznó algo y lo detuvo con la mano.

El aroma abrumador de su miedo me asaltó y despertó a la bestia.

—No lo hagas —le advertí—. No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecerá lejos, pero vosotros tenéis que iros. Ya.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué nos dejas ir? —

preguntó él. La rabia que le ardía en los ojos era producto del miedo.

Así que no habían oído lo que le había dicho a Gathrriel. No conocían mis motivos.

—Quizá no sea la asesina sin escrúpulos que todos parecéis creer que soy.

Faye se frotó el cuello y se levantó con ayuda de su hermano, que la sujetó por los brazos.

Sentí que algo se agitaba en mi interior y presionaba contra la piel.

—Mirad, no quiero aguaros la fiesta, pero no me vais a llevar a donde queríais. Tenéis que marcharos y llevaros a cualquiera que esté con vosotros.

Se miraron el uno al otro, y luego a mí.

—Debemos hacerlo. Lo que vive dentro de ti…

—Yo me encargaré de eso, pero primero tengo que encontrar a mi

marido.

Faye frunció las cejas cuando mencioné a Samkiel. Miró a su hermano, y entre ambos hubo una conversación silenciosa.

—¡Marchaos! —estallé. No entendía por qué seguían mirándome—. ¿A qué estáis esperando?

Faye suspiró y dejó caer los hombros. Me relajé en parte, porque sabía que había ganado. El hermano me miró a los ojos y asintió con un gesto breve. Conocía esa mirada, y sabía lo que no decía en voz alta. Era más que gratitud. Era la promesa de una deuda de por vida. Le sostuve la mirada e incliné la cabeza en señal de reconocimiento.

El humo negro se les arremolinó alrededor de los pies, y desaparecieron. Me quedé perpleja durante unos instantes, pero no era el momento de investigar ese misterio.

Me apresuré a recoger los cuchillos empotrados en la pared. No sabía a ciencia cierta de cuánto tiempo disponía, y necesitaba encontrar a Samkiel antes de que Gathrriel tomara el control de nuevo. Cogí una bomba de humo, me la guardé en el bolsillo y luego salí por la puerta rota. Al final del pasillo encontré una pequeña escalera. Los escalones de madera crujieron a mi paso, y cuando llegué abajo me encontré en una pequeña posada. Había varios lugareños en las mesas, pero todos dejaron de comer y se me quedaron mirando, como si temieran que le prendiese fuego al local en cualquier momento.

—Perdón, no quería interrumpir —anuncié—. Solo ha sido una reunión rápida con un amigo en el piso de arriba. Nada de que preocuparse. Por favor, disfruten de su comida. —Vi que los ojos se posaban en las cadenas que me colgaban de las muñecas y llegaban hasta el suelo—. Ha sido una conversación entre amigos un poco perversa, pero es lo que hay.

Me encogí de hombros y me dirigí hacia la puerta sin dedicarles una segunda mirada. Al salir de la posada, el sol me dio de lleno y entrecerré los ojos para protegerme del resplandor. Levanté la mano para hacer pantalla.

La luz se reflejó en las cadenas de metal, y bajé la muñeca, las arranqué una

a una y las tiré al suelo. La gente entraba y salía de las tiendas, riéndose y charlando con sus acompañantes. De una pequeña taberna se elevaba una espiral de humo, y el aire llevaba las fragancias de la carne y el vino.

Me froté la cara con las manos mientras caminaba para intentar sacarme de la mente los efectos residuales del humo. Tenía que averiguar dónde estaba, y luego salir de allí y encontrar a Samkiel

antes de que Gathrriel tomase de nuevo el control. Tal vez estuviese en casa, con la nariz entre los libros, intentando averiguar cómo encontrarme; pero el instinto me decía que era tan cabezota como yo, y que estaría buscándome. Solo de pensar en él se me torcieron los labios en una sonrisa, aunque el sol pegaba cada vez más fuerte. Empecé a sentir un sordo dolor de cabeza, y me llevé la mano a la sien para tratar de aliviarlo.

Joder.

—Oye, ten cuidado —me advirtió un hombre cuando nuestros hombros chocaron.

—Perdona —respondí, y lo miré. Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y se le demudó el rostro. Se dio la vuelta y se marchó a toda prisa.

Vale, eso no había sido raro, qué va… ¿Olía mal? Oh, dioses. ¿Y si me habían salido cuernos? Me pasé las manos por la cabeza y busqué la vitrina de la tienda más cercana. En los bordes había algo escrito en un idioma que recordaba a medias, pero lo que me preocupaba más era mi reflejo.

No me salían cuernos de la cabeza, pero unos brillantes ojos carmesí me devolvieron la mirada. Maldición. Los cerré e intenté que esa parte de mí se retirase. Los abrí de nuevo. Joder, seguía allí. Me llevé las manos a los ojos. Los presioné y esperé. No había ni rastro de los colmillos, ni un cosquilleo que me indicara que estaba usando aunque fuese una fracción de mi poder. Entonces, ¿por qué demonios los ojos no volvían a su estado normal? Quería recuperar mis ojos de color avellana, no esos pozos ardientes. Aparté las manos y, al abrirlos de nuevo, me sorprendió ver dos

ojos azules que me devolvían la mirada. Comprendí que el tendero me observaba con la boca abierta, y que veía lo mismo que había visto el hombre de antes: unos puñeteros ojos rojos.

Me aparté a toda prisa y me alejé calle abajo, hacia el límite de la ciudad. Mantuve la cabeza gacha, pero oí voces que iban en aumento. Joder y dos veces joder.

—Es culpa tuya —recriminé en voz baja. Algunas personas me miraron y se apartaron de mi camino. Gathrriel no contestó ni dio señales de vida.

Aceleré el paso y acabé casi corriendo para huir del ruido y de las voces. Con la prisa por escapar de allí y volver con Samkiel, choqué con varias personas y me abrí paso a empujones, dejando a mi paso un reguero de maldiciones, a los que se unió un grito.

—Creía que iba a funcionar, pero parece que enseguida se hizo con el control.

Giré la cabeza para mirar a un lado y me llevé un buen susto al ver a Unir, que caminaba junto a mí.

Me detuve y lo encaré.

—¿Tú crees? —exclamé—. Y otra cosa. ¿De dónde diablos has salido?

—Perdona mi marcha repentina. No puedo estar demasiado tiempo en el mundo físico sin que Muerte me vea.

Levanté las manos, irritada.

—Ah, la cosa tiene sentido, entonces. Llamas a unos asesinos para que me secuestren y te largas. Porque son asesinos, ¿verdad? La ropa oscura, la arrogancia, y eso de desaparecer en una nube de humo… A mí me suena a asesinos.

—Eres muy inteligente. Supongo que es lo que más le gusta de ti a mi hijo.

—En realidad es la boca, pero mejor no sigo, que no quiero asustarte.

Unir hizo una mueca.

—Desde luego, muerdes. Nadie me había hablado jamás como lo haces

tú.

—Genial. Otra cosa que tienes en común con tu hijo. —Fingí una sonrisa—. ¿Adivinas a cuál me refiero? Lo digo porque, ya sabes, tienes dos que están decididos a destruirnos a mí, a Samkiel y al mundo entero.

Unir tensó la mandíbula; fantasma o no, todavía esgrimía mucho más poder que Samkiel. Una parte de mí se estremeció bajo el peso de su mirada desaprobatoria; la otra parte solo montó en cólera.

—Mis intenciones hacia mis hijos son privadas y tú no tienes por qué saberlas o cuestionarlas.

—Pues yo diría que tengo derecho a cuestionarlas, dado que uno me convirtió, otro intentó matarme y estoy enamorada del último —refuté.

Al oír esas palabras, su expresión se dulcificó.

—Solo intento ayudarte. Y a él. Y a ellos. Lo juro.

Me di cuenta de que atraía la atención de la multitud, así que eché a andar de nuevo y Unir me siguió. Torcí en un callejón vacío y me volví otra vez hacia él.

—¡Has invocado a Gathrriel! Que ha convertido el pueblo en una barbacoa…

—Hay algunos con quemaduras, pero la gran mayoría han escapado.

Aunque eso ha sido culpa mía, sí.

Me dolía la cabeza, así que me froté las sienes. Era excesivo.

Demasiado dominante, demasiado inquietante. Suspiré.

—¿Dónde se supone que estoy? —pregunté.

—En un pueblo de pescadores, a orillas del río.

—Bueno, al menos eso explica el olor. —Ladeé la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—¿Para qué? ¿Para hacer venir a mi hijo? —preguntó Unir con las cejas arqueadas—. No hemos terminado aún.

Me di la vuelta y me marché, girando al azar en las esquinas en un intento de alejarme de él y encontrar una salida. La niebla se alzaba desde

las marismas cerca del río y la humedad se pegaba a la piel. Se me revolvió el estómago y el dolor me subió por los brazos, tan intenso que me tambaleé y me tuve que apoyar en una pared.

—Estaba muy interesado en que llegases a Herrbet —dijo Unir, todavía a mi lado.

—¿Por qué Herrb…? —Se me nubló la visión y la bilis me subió por la garganta. Unir me observaba con expectación, y su expresión me heló la sangre. Respiré hondo hasta que las náuseas desaparecieron —. ¿Qué me has hecho? —pregunté cuando por fin estuve en condiciones de hablar.

Parpadeó.

—Hice que te alimentasen mientras dormías. Hablaba en serio cuando dije que necesito la ayuda de Gathrriel para detenerla.

—¡¿Qué?! —Se me oscureció la visión. No. Había escapado. Pero, pensándolo bien, eso explicaba por qué Faye y su hermano habían

huido tan de buena gana. No era solo porque los hubiese salvado, sino porque sabían lo que estaba a punto de suceder.

La piel se me calentó y me arrancó un gruñido de dolor. Las rodillas cedieron y las manos chocaron con el suelo. Unir se plantó frente a mí y yo lo miré con odio. Los colmillos se extendieron y me cortaron los labios, y la voz se me volvió más grave.

—¿Cómo has podido? Ya te dije lo que iba a hacer.

—Una vez que me haya ayudado, te liberaré. Te lo juro.

—No —atajé—. No lo entiendes.

Yo no tenía alma. Gathrriel me dejaría vacía. Me usaría, y yo me perdería y no quedaría nada de mí. Las lágrimas me quemaron los ojos mientras en mi interior se desarrollaba una batalla. Oh, dioses. Samkiel. Si me pasaba algo, si no podía volver, Samkiel…

—Has condenado al mundo —dije con los dientes apretados y la piel perlada de sudor.

—No, voy a ayudaros a todos a salvarlo.

—Él no puede controlar el… —Olvido. No llegué a pronunciar la última palabra. Se me dobló la espalda, caí hacia delante y me convulsioné mientras Gathrriel se alzaba de nuevo en mi interior. Pero esta vez no me estaba poseyendo. Se estaba adueñando de mí.

Mi cuerpo se estiró y creció y su forma remplazó a la mía mientras se levantaba. Gathrriel se puso de pie y se volvió. Era tan alto como Unir.

Sonrió y le lanzó un golpe con el guantelete con pinchos, que atravesó la cara de Unir. Las facciones se disolvieron en volutas de humo y al momento se solidificaron otra vez.

—Llegas tarde, general. Ya estoy muerto.

Gathrriel se miró la mano y luego a Unir.

—Estás realmente desesperado.

—Necesito saberlo. ¿Hay alguna forma de destruir…?

Las palabras casi no habían salido de los labios cuando unas complejas runas de oro formaron un círculo a su alrededor. Unir abrió los ojos de par en par y, por primera vez, le detecté miedo en la mirada. Se dispuso a decir algo, pero, antes de que lo hiciera, una luz dorada lo envolvió y fue succionado a través de la piedra húmeda. Gathrriel ladeó la cabeza y miró unos instantes el suelo en el que había desaparecido Unir; luego se encogió de hombros y salió del callejón. Tarareó en voz baja mientras se alejaba; en su interior, enterrada dentro de la cáscara de mi antiguo ser, iba yo.



Cameron, Reggie y yo nos encontrábamos en el centro de un pueblo calcinado y en ruinas. No quedaba nada más que cascotes y piedras agrietadas, y solo conocía un ser capaz de provocar ese nivel de destrucción.

No encontramos cuerpos ni otros restos, y eso me asustó, pero lo que hizo que el miedo me recorriera las venas fue la pisada de un

ig'morruthen mucho más grande que Dianna. Cameron me llamó desde la derecha, y vi que se agachaba para pasar bajo un saliente de un edificio derruido y se dirigía hacia mí. Llevaba en la mano un pequeño dispositivo aplastado, de color negro y con marcas complejas en un lado.

—Huélelo —me dijo al entregármelo.

Me lo acerqué y lo olisqueé. Eché la cabeza hacia atrás y arrugué la nariz. La rabia se me acumuló en las tripas y me aparté de los restos. Lo mataría otra vez, aunque fuese mi propio padre. Si había permitido que aquel monstruo la dominase, le reduciría el alma a jirones. Reggie se paró frente a mí y me sujetó el brazo. Solo el hecho de que lo amaba me impidió arrancarle todos los miembros.

—¿Qué? —Fue prácticamente un gruñido.

Los ojos de Reggie se dilataron como si viese una parte de mí que yo no percibía. Me causó tal conmoción que reaccioné y yo mismo me di cuenta. Una fría oleada de poder se había adueñado de mí. No tuve que bajar la vista para saber que el Olvido se me enroscaba en los brazos como retorcidas serpientes de humo.

—Tienes que conocer el pasado de Dianna, su historia.

—Lo conozco. —Fruncí el ceño y le aparté la mano, temeroso de que, si seguía tocándome, el Olvido lo matase—. Y ahora necesito encontrarla antes de que él tome el control para siempre. Ella es fuerte, Reggie, pero si él…

—Ella es capaz de matarlo —dijo Reggie—. Creo que ella puede quemar el espíritu que la persigue.

—Su fuego no puede hacerlo —expliqué—. Por mucho que tú o yo deseemos que sí.

—No es solo su fuego. Ya sabes quién fue su padre. Azrael fue creado por el dios embaucador, Xeohr, pero su madre, Victoria, fue creada por Elin. Era la diosa de la luz, y Dianna es su hija. Esa luz que hay en ella es lo que siempre han querido. Lo que robaron.

La cabeza me daba vueltas. Fruncí las cejas. ¿Lo que robaron? Mi ira no conocía límites, y más si se trataba de ella. Ella era, y siempre sería, mi luz. Lo había sabido desde el momento que se cruzó en mi vida. O más bien se coló en ella y me despertó de la cruel pesadilla que me atormentaba. Era la chispa que iluminaba mi mundo entero y me apartaba de la oscuridad.

Para mí siempre había sido una luz, y ahora tenía la confirmación.

Reggie me taladraba con la mirada, como si tratase de grabar en mí tanto el significado de las palabras que había pronunciado como el de aquellas que no podía pronunciar.

—Su luz brilla con más intensidad que la llama que blande, y eso hace que su fuego sea incluso más caliente que el de Gathrriel. Usa eso si es necesario, porque puede que sea la única forma de liberarla si él se ha

adueñado de ella.

Inspiré hondo para calmarme. El objetivo de mi cólera no era Reggie, nunca lo había sido.

—Gracias por tu consejo.

—Tienes que controlar el Olvido —añadió Reggie, y me miró los brazos de modo muy significativo.

Los sacudí y luego me froté los antebrazos para forzar al poder a retirarse. Todavía lo percibía bajo la superficie, y me ponía el vello de punta.

—No hay problema. Estoy bien. Solo tengo que fabricar otro anillo; pero, primero, tenemos que encontrar a Dianna.

Reggie me observó un momento con aquellos ojos sobrenaturales, luego tragó aire y se estremeció. Asintió, y ambos nos dimos la vuelta, listos para marcharnos de aquel pueblo.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Cameron, que se puso a caminar a mi lado. Había estado cerca de nosotros, de espaldas, atento a cualquier amenaza, pero yo sabía que había oído la conversación.

—De vuelta a Whitcliff, a ver si los trabajadores de los astilleros han oído algo más.

Whitcliff también era nuestra mejor apuesta para pasar desapercibidos.

La pequeña ciudad estaba construida en el interior de una caverna que miraba hacia el océano. La espiral de piedra blanca de la caverna brillaba con luz propia y mantenía a raya la oscuridad. Estaba construida lo bastante adentro del acantilado para que cualquiera que pasara por encima solo viese tierras fértiles, sin darse cuenta de que había una ciudad debajo. Nismera sabía que Whitcliff existía, claro, pero no se había entrometido. Era una ruta comercial pequeña y clandestina; supuse que le vería utilidad y por eso la dejaba existir.

Creé un portal y Cameron lo cruzó, pero a Reggie lo detuve antes de que entrase. Había algo que necesitaba saber.

—Dime esto, y solo esto. ¿Puedo salvarla?

La sonrisa de Reggie fue dulce y sincera, aunque le vi un destello de dolor en los ojos.

—La salvas cada día, y más de lo que nunca sabrás.

—De acuerdo, me conformo con eso —respondí, un poco más calmado

—. Ahora, vamos a buscarla.

Reggie entró en el portal, y yo esperé a que hubiese terminado de cruzar antes de avanzar a mi vez. Una mano me sujetó por el cuello como una tenaza. Me llevé una buena sorpresa, porque no había oído nada y, peor aún, no había notado nada. Debía de tratarse de un ser muy poderoso para ser capaz de ocultar la turbulenta presencia que sentía detrás de mí.

—No tendrás que ir muy lejos —dijo una voz masculina, profunda y retumbante.

Sin aparente esfuerzo, me lanzó volando sobre los adoquines rotos de la calle. Choqué con fuerza con una pared y me deslicé hasta el suelo, donde aterricé hecho un ovillo. Sacudí la cabeza para despejarla y al levantar la vista vi a un hombre con ardientes ojos anaranjados que se acercaba con sigilo.



XXXV
MISKA

Unos insectos diminutos que relucían como ascuas se zambullían entre los árboles cubiertos de musgo y un coro de pequeños animales le cantaba al cielo nocturno. El sol acababa de ponerse

cuando dejé el refugio en busca de algunos ingredientes. Aunque la reserva que había robado en el palacio era suficiente, no contenía ni la mitad de las cosas que necesitaba para el ungüento que estaba usando con Kaden e Isaiah.

Me arrodillé y recogí unas pocas bayas secas del suelo del bosque. ¿Era una estupidez? ¿Estaba siendo idiota por ayudarlos? Esas preguntas me hacían compañía mientras trabajaba. Cuando despertaran, era muy probable que me matasen. Kaden era horrible, e Isaiah no mucho mejor. Eran generales de su ejército, perversos e implacables, y además sus hermanos.

Pero, cuando llegué hasta ellos y vi el desastroso estado en que se encontraban tras la caída, tuve que ayudarlos. Se me había encogido el corazón al oír a aquellas bestias enormes y escamosas gemir de dolor y respirar con dificultad. Cuando los cuerpos cambiaron y recuperaron la forma mortal, ambos estaban maltrechos, magullados y cubiertos de muchísima sangre.

Allí, al aire libre, los curé lo mejor que pude, y los vigilé durante todo el día. Mientras dormían fabriqué una camilla y un sistema de poleas con

ramas de árbol, lianas y unas hojas enormes que encontré que eran tan fuertes como un metal flexible.

Me costó un tiempo encontrar un refugio, pero no quería que pasaran la noche expuestos a los elementos y sin una hoguera. Tuve la suerte de encontrar un sitio dentro del bosque, aunque quizá «suerte» no sea la palabra correcta, dado el estado de lo que encontré. Solo permanecían en pie dos estructuras, y había maderas y ropas esparcidas por el suelo. Por las apariencias, supuse que, cuando Nismera se adueñó de la zona y construyó su maligna ciudad de oro, terminó con cualquiera que se atreviese a reclamarla como suya.

De uno en uno, los icé en la camilla y los arrastré hasta la estructura destartalada y medio destruida. Por suerte, me ayudó que hubiese

llovido poco antes, ya que el suelo estaba húmedo y me facilitó moverlos. Decir que pesaban mucho sería quedarme muy corta; a ratos, todavía me dolían los hombros.

Tras recolectar más hojas y pasto húmedo, los metí en la cesta que había fabricado, junto con las bayas y las hierbas que ya había recogido, y me encaminé de vuelta. La lucecita de la ruinosa cabina parpadeaba. Me detuve al oír voces. ¿Se habían despertado? Me quedé fuera, junto al árbol que había derribado la pared, y miré dentro a escondidas.

—Eso solo significa… —empezó Isaiah.

—No significa nada —ladró Kaden, y el sonido me sobresaltó. Las palabras estaban cargadas de un dolor desgarrador.

—Mera…

—Es Nismera —lo corrigió Kaden con voz furiosa. Estaba sentado en un lado del camastro que había creado con los restos de las viejas camas, y se aferraba al borde con los nudillos apretados—. Nada de apodos. No se merece que lo uses, después de mentirnos toda la vida y de intentar matarnos a los dos.

Sujeté la cesta con fuerza y la estreché contra el pecho. ¿Era eso lo que

les había hecho? ¿La razón de que hubieran luchado con ella?

—Lo sé. —Isaiah alzó la voz, casi como si suplicase—. Eso significa que papá no nos encerró en aquella maldita prisión. Ya la oíste. Sabía cosas que no debería saber, a menos que lo hubiese organizado ella desde el principio.

La risa de Kaden sonó como un ladrido distorsionado.

—¿De verdad eres tan inocente? Tú mismo lo viste cerrar el puñetero dominio con nosotros dentro.

—O quizá fue ella.

—¿Cómo, Isaiah? Usa el puto cerebro.

—Usa tú el tuyo —estalló Isaiah—. Xeohr trabajaba con ella. El puñetero dios de las triquiñuelas. Apuesto a que se disfrazó él mismo para meternos allí.

Kaden hundió los hombros y sacudió la cabeza mientras reía con amargura. Al pasarse la mano por la frente, emitió un ligero siseo, y comprendí que las heridas del pecho y del abdomen aún le dolían.

—¿Se trata de eso? ¿Vas a seguir justificando que nos abandonase?

—No nos abandon…

—¡Para! —Kaden levantó la cabeza con los ojos carmesíes iluminados

—. ¿Qué crees que hizo ella? ¿Eh? ¿Lo forzó a qué? ¿A abandonarnos? ¿A criar al hijo que de verdad amaba? ¿A preocuparse por los que consideraba familia y a olvidarnos a nosotros? ¿Crees que ella tiene tanto poder? Y, aunque fuese cierto, ¡nos pasamos eones encerrados, Isaiah! ¿De verdad piensas que el dios más poderoso de la historia fue incapaz de encontrarnos? Si acaso, ella le dio la excusa, la razón final para librarse de nosotros, y seguro que ni siquiera volvió a acordarse nunca más.

Supuse que Isaiah respondería, gritaría, chillaría, pero guardó silencio.

—Me da rabia que, a estas alturas, con todo lo que ha pasado, sigas buscando un motivo —siguió Kaden—. Lo que hizo fue darnos un bofetón en la cara. ¿Por qué estás tan desesperado por una brizna de su puñetero

amor? No nos quería. Nos usó y nos abandonó. Igual que «Mera» —dijo con tono burlón, y luego suspiró—. Déjalo estar de una puta vez.

Sabía que eran monstruos crueles y mezquinos, como poco. Sabía que habían herido a Cameron y a Dianna. Pero no pude evitar que me ardiesen los ojos y se me derramasen las lágrimas. Las cosas que decía Kaden me recordaban mucho a mi vida con mi madre. Huimos de Ciudad de Jade por el abuso al que nos sometían, pero nos dieron caza y nos llevaron de vuelta a la fuerza. Me separaron de ella y nunca la volví a ver. Fueron muy crueles, y yo me sentí tan sola que hubo momentos en los que deseé no haber nacido. Tras oír por lo que habían pasado Kaden e Isaiah, comprendí que aquello solo debía de ser una pequeña parte, y me pregunté si alguna vez ellos desearon lo mismo que yo.

Dianna dijo una vez que, debido a mi pasado, yo podría haberme vuelto malvada, odiosa y cruel. Me dijo que me admiraba por haber escogido ser buena, amable y cariñosa, por no olvidarme de sonreír y reír y ayudar a los demás. En aquel momento no comprendí muy bien lo que intentaba decirme, pero ahora, por fin, sí lo entendía. Todos estamos forjados por nuestras experiencias, pero en cierto momento tenemos que decidir en qué nos han convertido, en qué clase de instrumento afilado nos han transformado. Quizá la auténtica fortaleza se hallase en aquellos momentos en los que el mundo nos lanzaba de cabeza a las llamas y salíamos indemnes. Era fácil caer en la ira y el odio, pero la amabilidad, después de que el mundo te intentase hacer pedazos, era una señal de auténtica entereza.

Cuadré los hombros y salí de detrás del árbol. Al acercarme a la cabaña, me aseguré de hacer un poco de ruido. Kaden estaba sentado y miraba el bosque en sombras. Isaiah también estaba sentado, pero de espaldas a Kaden, con la cabeza apoyada en la mano, y miraba el suelo con ojos asesinos.

—Tengo lo que necesito para el ungüento —dije—. Dadme un segundo.

No dijeron ni una palabra mientras yo machacaba las hierbas y las mezclaba para formar una pasta. Primero me acerqué a Isaiah y le quité los vendajes con cuidado. Casi ni me miró mientras le limpiaba

las heridas y aplicaba más ungüento antes de volver a vendárselas. Kaden se irguió un poco más cuando me aproximé, y me fijé que intentaba ocultar un respingo; le tiraba la herida del abdomen. Al principio esa herida me preocupó, pero ambos se estaban curando más deprisa de lo que me esperaba. Y más dado que no tenía los ingredientes adecuados; con todo, estaba contenta con el resultado. La pequeña vela que había encontrado parpadeaba e iluminaba la habitación mientras le hacía la cura a Kaden. En cuanto terminé, ambos se acomodaron en los camastros improvisados y se dieron la espalda. Se había erigido un muro emocional entre ambos hermanos, y cada uno de ellos lo reforzaba, piedra a piedra, con su dolor y su cólera.

Tras deshacerme de los vendajes sucios, volví y los encontré a ambos profundamente dormidos. Mejor. Los dos necesitaban descanso, y yo también. Me dirigí a la diminuta zona que había preparado para mí y me lavé las manos con un poco de agua. Suspiré y me eché el pelo para atrás, agotada. Mientras avivaba el fuego y cuidaba de la pequeña llama, me llamó la atención un movimiento en la ventana rota. Me sobresalté, pero logré contener el chillido. El pájaro de plumas de color medianoche me observaba desde el alféizar con sus ojos pálidos. Movió la cabeza con un gesto rápido hacia Kaden, Isaiah y luego otra vez hacia mí. Seguro que era mi imaginación, pero me pareció que casi se alegraba de que lo hubiera escuchado y los hubiese ayudado. Me puse la mano en el pecho, porque tenía el corazón desbocado. Ni siquiera había oído las alas.

—¿Tienes hambre? —le pregunté, pero solo me respondió con un parpadeo.

Me di la vuelta para sacar de la bolsa el paquetito de pan seco y bayas, pero, cuando levanté la vista, el pájaro había desaparecido de manera tan silenciosa como cuando llegó.



Me incorporé sobre los codos y traté de recuperar el aliento. Detrás de él, el portal se cerró. Perdí el control de él cuando choqué con el muro. Bien, al menos eso significaba que ellos estaban a salvo.

—¿Deduzco que eres Gathrriel? —pregunté al tiempo que me ponía en pie.

Avanzó y la luz lo iluminó. Me quedé sorprendido ante su apariencia.

Nunca había visto un ser como aquel. No era hombre ni bestia, sino una combinación perfecta de ambas cosas. Las púas y los cuernos eran por completo ig'morruthen, pero los rasgos personificaban la perfección masculina. Su cuerpo enorme aguantaba con facilidad la armadura antigua y pesada que vestía, y cuya textura escamada era una obra de arte. Se comportaba con orgullo y seguridad, como alguien plenamente consciente de su lugar en el mundo. Aunque Dianna no me hubiese dicho de quién se trataba, su poder y su olor habrían bastado para decirme que no solo era un ig'morruthen de pura sangre, sino, además, uno de los primeros.

—Tengo planes para mi venganza. Haré que los dioses me rueguen que los mate, el fuego caerá como lluvia sobre la tierra y la sangre

llenará las cañadas secas como si fuesen ríos; pero te percibí antes de poder poner

todos esos planes en marcha —dijo. Se señalaba el pecho con una mano enguantada y con garras—. Este tirón… va más allá de la vida. Más allá de la muerte, parece. Ahora te veo con claridad. Estás en su cabeza, y aun así tu nombre se me resiste. —Su voz exigía atención —. Dime, ¿cuál es?

La esperanza se reavivó en mi corazón. Aunque él tuviese el control, ella seguía allí, sobre todo si él era capaz de verme en los recuerdos de Dianna. No tenía motivos para mentirle, y una parte de mí tenía la esperanza de que pronunciarlo sacudiría a Dianna lo bastante para que recuperase el control.

—Samkiel —le dije desde el otro lado del patio.

—No lo conozco. —Los ojos no mostraron ni un atisbo de reconocimiento, pero el rostro se crispó con algún diminuto espasmo muscular—. Pero parece que ella sí.

Me invadió el júbilo. Sabía lo que tenía que hacer, igual que antes. Solo esperaba no morir en el proceso. Gathrriel, a diferencia de Dianna, no se contendría a la hora de pelear conmigo, pero quizá, si lograba llegar a tiempo hasta ella, nos ahorraríamos el baño de sangre.

—Me gustaría que me la devolvieses, por favor. Seguro que puedes usar a alguien más para tus pérfidos planes.

—No. —Y eso fue todo lo que dijo antes de lanzarse a por mí.

Giré dos anillos y la armadura de plata se deslizó sobre mi cuerpo y me protegió de la cabeza a los pies. Un escudo reluciente se formó a mi alrededor justo antes de que su puño se estrellase contra él. Se me doblaron las piernas e hinqué una rodilla con tanta fuerza que la calle se agrietó. Me golpeó con gran violencia. La burbuja protectora

vibraba y resonaba, y sobre la superficie iridiscente empezaron a formarse grietas.

Joder.

Mirándolo por el lado positivo, mi armadura tenía mucho aguante. Me había enfrentado a gigantes y a bestias que se me habían tragado entero.

Pero el cuerpo que había debajo no era tan perdurable. Gathrriel me iba a

derrotar. No porque fuese más fuerte, o más rápido, ni porque su ira me venciese, sino porque nunca alzaría la mano contra Dianna, y él llevaba su cuerpo en ese momento.

—Ahora que la controlo, te veo en mi cabeza —dijo mientras merodeaba a mi alrededor y estudiaba el escudo—. Retazos diversos de vosotros dos en un mundo ruidoso, vibrante y extraño. Fuego y batallas y encontronazos. —Cerró los ojos y movió la cabeza, como si quisiera desalojar los recuerdos de su mente—. Los dos entrelazados.

Levantó la rodilla y pisoteó el escudo agrietado. Se hizo astillas, y el pie me impactó en el pecho y me hizo rodar por el suelo. Quedé tumbado boca arriba y él me retuvo allí; me presionó con tanto peso que era como tenerlo encima.

—Eso —dije con un gruñido— no quiero que lo veas.

—Enemigos de todos los mundos. —Parpadeó como si los recuerdos fuesen llegando con cuentagotas. Tenía la mirada perdida—. Estás presente en muchos de sus pensamientos.

De acuerdo, igual no había querido decir lo que yo había supuesto.

—Tiene sentido. —Gruñí y agarré la punta afilada de la bota—. Está obsesionada conmigo.

Le tembló el brazo y, a juzgar por la cara de sorpresa, ese movimiento no lo controló él. La esperanza y la alegría me florecieron en el pecho. Mi Dianna seguía ahí dentro, sana y salva. Le empujé el pie con todas mis fuerzas y lo aparté de mí. Retrocedió tambaleándose, y me puse de pie. Para mi sorpresa, el Olvido no hizo acto de presencia para arrastrárseme sobre la piel. Como si solo respondiera cuando la amenazaban a ella, pero no se fuese a alzar en contra de ella. Mis anillos, por el contrario, vibraban; respondían al peligro y estaban listos para suministrar un arma que yo jamás invocaría. Contra ella, no. Jamás.

Gathrriel gruñó, enfadado porque le hubiese conseguido arrebatar el control, aunque fuese un segundo. Cargó sobre mí con un rugido y yo me

preparé para el impacto. Chocamos con una explosión de sonido y poder.

Nos aferramos el uno al otro, y por un momento nos quedamos en un punto muerto, hasta que me levantó con toda facilidad y me estrelló de espaldas en el suelo. Se me escapó el aire con un gemido grave y sibilante. Sí, ya estaba claro: era más fuerte que yo.

Rodé para ponerme de pie y me encaré a él, sabiendo que, si me quedaba en el suelo, estaba acabado. Se movió hacia la derecha con sigilo.

Unas vetas de color anaranjado se fundían sobre el negro de sus iris.

Contrarresté su movimiento desplazándome a la izquierda, y los dos nos rodeamos el uno al otro, como enzarzados en una danza peligrosa.

Esperamos, atentos a cualquier oportunidad. Se lanzó sin previo aviso y en menos de un latido recorrió la distancia que nos separaba. Aunque fuese muy alto y voluminoso, se movía muy deprisa. Me eché atrás y esquivé un ataque por los pelos, pero él lo estaba esperando

y me golpeó con la mano izquierda. Levanté el brazo para protegerme y él me agarró el antebrazo. Lo apretó y lo retorció, y me abolló la armadura al tiempo que tiraba de mí hacia él.

—Un dios puede tener poder, pero tú eres débil. —Enseñó los colmillos y se burló—. ¿Dónde está tu espíritu de lucha, ojos de plata?

—Espera, que tengo una respuesta para eso.

Eché atrás la cabeza y luego la lancé hacia delante y lo alcancé en la frente. Ambos retrocedimos tambaleándonos y luego recuperamos el equilibrio. Sacudí la cabeza para tratar de despejar las estrellas y las manchas oscuras que flotaban ante mis ojos. Seguro que había sido una estupidez, dado que él tenía cuernos en la cabeza, pero al menos me lo quité de encima.

—Lo siento, cariño —dije. Arrugó los labios en una mueca de desprecio. Reí entre dientes y añadí—: No te preocupes, Gathrriel, no hablaba contigo.

—Estás tratando de llegar hasta mi recipiente —se quejó con un

gruñido.

Sus palabras desataron un torbellino de poder bajo mi piel.

—No es tuya. Es mía.

Me lanzó un golpe y las garras arañaron la armadura. Esquivé el segundo ataque, y luego otro. Ser escurridizo era un buen plan. Tal vez funcionase. Y lo hizo… hasta que lo esquivé y me encontré con que lo estaba esperando. Me agarró de la visera del yelmo y me lanzó por los aires.

Salí volando y caí con estruendo sobre los adoquines. Salté para levantarme, pero no tuve tiempo de recuperar el aliento cuando ya volvía a tenerlo encima. Levanté las manos para bloquear un

puñetazo, pero fui demasiado lento. Salí despedido y atravesé los restos de un edificio en ruinas. Tosí mientras caía en una pila de maderas rotas y cristal hecho añicos.

Tumbado allí, esperé a que me siguiera al interior de lo que había sido el hogar de alguien. Al no oírlo, rodé y me puse de pie poco a poco. Bajé la vista y vi que el peto de la armadura estaba abollado en el centro. Menos mal que lo llevaba, o tendría un agujero en el pecho. Salí atravesando lo que antes había sido una puerta.

Gathrriel estaba al otro lado del patio; discutía consigo mismo con voz seca y entrecortada. Se miraba la mano que había usado para lanzarme, pero ya no era suya. Flexionó unos dedos esbeltos y femeninos. Se le encendieron los ojos y maldijo mientras recuperaba su forma.

Dianna estaba peleando, y, dioses, aún la quería más. Mi temeraria y hermosa mujer no temía a nada y luchaba de forma brutal para protegerme, como yo haría por ella.

—¿Qué te ocurrió? —le pregunté mientras me apartaba de los escombros—. El grande y poderoso general Gathrriel era amado y respetado por todos. Los textos antiguos no dicen lo que eres en realidad.

Recuperó el control por completo y sonrió como lo haría un depredador. Movió los hombros para desentumecerlos e hizo crujir el cuello

como si se estuviese recolocando la piel.

—La historia la escriben los supervivientes. En los pergaminos, yo soy lo que ellos deseen que sea, siempre que no sea la verdad. Sois idiotas por confiar en los dioses. Son mentirosos, tramposos y, sobre todo, impostores.

Enarqué las cejas, no en señal de acuerdo, sino de reconocimiento.

—Supongo que a cualquiera que sea una amenaza para ellos se lo parecerá.

La risa de Gathrriel era oscura y profunda, y su bestia, una presencia bajo la superficie de la piel.

—Eres joven e inocente, parece.

—¿Gracias, supongo? —contesté.

—O quizá te hayan adoctrinado muy bien y seas ciego al sufrimiento que provocan. —Chasqueó los dientes—. O, peor aún, lo permites.

Hablaba como si quienes le habían hecho daño siguiesen vivos. Dianna tenía razón. La muerte le había corrompido la mente. Su venganza lo había envenenado hasta tal punto que ya no sabía en qué periodo vivía. Inspiré con fuerza. No era asunto mío explicárselo. No me importaban ni él ni lo que causaba su dolor. Solo ella. Ella era mi prioridad.

—No te dejaré que dañes a inocentes solo porque estés empeñado en una misión de venganza contra aquellos que ya no existen.

Inclinó la cabeza; era obvio que le resultaba divertido.

—Por supuesto que no. Ese es tu gran propósito, ¿no es cierto? Los dioses te moldearon como un héroe, ¿verdad? Te alimentaron con palabras grandilocuentes mientras chupabas el pezón de tu madre. Te enseñaron una noble disciplina de altruismo y valentía, a defender siempre la justicia y proteger de los monstruos a quienes lo necesiten. Antaño yo también creí esa retórica, pero ¿alguna vez se miraron al espejo para ver los monstruos que acechaban bajo la piel? —La sonrisa se volvió melancólica y la tristeza se reflejó en sus facciones brutales—. Entonces me enseñaron una lección muy valiosa. No importa la sangre que derrames en su nombre, ni lo que

digan. A los dioses solo les importan dos cosas. Sus principales prioridades son el poder, y perpetuarse.

—Parece que lo has experimentado de primera mano, y lamento tu dolor —dije—. Sé que los textos mienten acerca de ti, pero no sobre Vvive y vuestro mutuo amor. Los amatas llevan vuestra marca para demostrarlo.

¿Qué diría ella sobre tu furia ciega, tu deseo de desencadenar tu venganza sobre unos enemigos que ya no existen?

Su expresión se volvió letal.

—Tienes razón. Vvive me enseñó una lección muy valiosa. No importa lo que hayas hecho por ellos, lo que hayas matado y a quien hayas derrotado por ellos. Es algo que habrían acabado demostrando por sí mismos. Para ellos no eres nada, excepto una herramienta, un instrumento para su beneficio, y además prescindible. Peor aún, los que más quieres también son prescindibles. Te hago un favor matándote aquí. Así no vivirás para que te decepcionen.

Abrí la boca para responder, pero la cerré de inmediato al ver que unas alas membranosas y terminadas en garras le brotaban de la espalda. Los cuernos que tenía en la cara, en la cabeza y en los hombros se alargaron. Ya era enorme, pero en aquella forma medio transformada, en comparación conmigo, parecía un gigante. Nunca había visto nada así. Dianna cambiaba del todo o permanecía en su forma mortal, más o menos. Podía cambiar cosas pequeñas, como los colmillos, las garras y los penetrantes ojos rojos, pero esos cambios solían ser involuntarios, como reacción a la ira o al temor. Sin embargo, parecía que Gathrriel podía moldear su cuerpo a voluntad. ¿Sería ese el auténtico poder del primer ig'morruthen?

Gathrriel saltó a por mí y yo encaré las fauces abiertas y llenas de colmillos, las alas extendidas y las garras.

XXXVII
MISKA

Hicieron falta varios días para que se les curasen del todo las heridas.

Esperaba un «gracias» o un «buen trabajo» que nunca llegaron. Desde que habían discutido, ya casi no hablaban el uno con el otro. Y ahora, al parecer, me tocaba ser la barrera que se interponía en su ira; la verdad, aquello ya me empezaba a hartar.

—¿A dónde vamos? —pregunté mientras me ajustaba la cesta en el hombro. Cada vez me costaba más cargar con ese peso, pero no quería decírselo. Tampoco es que me fuesen a ayudar.

No me hicieron el menor caso.

—¿Estamos más cerca de nuestro destino? —insistí. Llevábamos al menos medio día cruzando el bosque, y me moría de sed.

Nada.

Suspiré de la manera más estrepitosa posible, a ver si así se fijaban en mí. Nada. Me planteé marcharme de nuevo. Pero sería más difícil, ahora que ambos estaban curados y más atentos. La noche anterior estuve a punto de ponerles algo en la comida y fugarme, pero ¿a dónde iba a ir? Ni siquiera sabía dónde estaba, y no tenía forma de volver a casa. Si me iba y trataba de llegar por mi cuenta, era muy

probable que me capturasen otra vez. Kaden e Isaiah eran horribles, pero no me daba la sensación de que quisieran volver

con Nismera, y aún no me habían matado. Eran monstruos, sin duda, pero al menos eran monstruos conocidos.

—¿Podéis al menos decirme a dónde vamos, por favor? Estoy cansada.

Y, después de todo, os ayu…

Iba mirándoles la espalda, y no dónde pisaba. Se me enganchó el pie en una piedra y me caí de bruces. Aterricé de rodillas y pude pararme con las manos antes de estrellar la cara en el suelo. Siseé y me levanté. Me picaba la rodilla izquierda.

Me levanté la falda para ver la rodilla, dolorida y palpitante. Me sangraba la rozadura. Limpié los bordes con cuidado. El rugido profundo de un depredador hambriento resonó en el aire. Al levantar la mirada, me encontré a Kaden e Isaiah, que me miraban la rodilla con los ojos de color escarlata. Tragué saliva y me bajé la falda poco a poco. Unas pocas gotas de sangre se filtraron a través del tejido color crema. Isaiah dio un paso al frente, pero Kaden le plantó la mano en el pecho. Isaiah le respondió con un gruñido, hasta que se dio cuenta de a quién miraba y se detuvo.

Kaden le sostuvo la mirada.

—No la vamos a matar —dijo.

—No iba a matarla. —Isaiah le apartó la mano—. Solo un par de sorbitos.

—No.

—Me muero de hambre —rebatió.

—¿Y crees que yo no? —saltó Kaden—. Es la última sanadora de Ciudad de Jade. No solo la necesitamos por si nos encontramos de nuevo con Nismera, sino que, además, podríamos venderla cuando ya no la necesitemos. Nos darían lo suficiente para desaparecer.

Se me cayó el alma a los pies. De pronto, el escozor de la rodilla era la menor de mis preocupaciones.

—Espera, espera… Venderme… ¿a quién?

No me hicieron el menor caso.

—¿Ese es tu plan? —respondió Isaiah—. ¿Conseguir el dinero necesario para desaparecer? ¿Con todo lo que ha pasado?

—Sí, con todo lo que ha pasado. ¿Cuál es el tuyo? ¿Enfrentarte a Nismera? Sabes tan bien como yo que no somos rivales para ella.

Isaiah soltó un bufido y le dio la espalda a su hermano.

—Yo no huyo. Ni de ella ni de nadie.

—Pues tendrás que hacerlo, porque no hay forma de ganar. —Isaiah lo miró como si le hubiese dado un bofetón—. Hemos perdido, hermano. Y no solo tenemos que preocuparnos por ella, sino, además, por Samkiel,

¿recuerdas? —Me señaló—. Si crees que no la está buscando en este mismo instante, eres idiota.

Isaiah soltó un taco y empezó a dar vueltas. Las botas se le clavaban en la tierra.

—Me había olvidado de él.

Kaden tragó saliva y se pasó la mano por el cuello.

—Ojalá yo pudiera.

Reparó en que yo lo estaba mirando y apartó la mano de la tenue cicatriz. Apretó los dientes y se me acercó a zancadas. Retrocedí a gatas hacia los arbustos. Se detuvo a mi lado y di un respingo, convencida de que me iba dar un manotazo, pero, en vez de golpearme, me cogió del codo y me puso de pie.

—Límpiate o tendrás que preocuparte de algo más que de Isaiah. Hay muchas bestias en estos bosques para las que serías un sabroso bocado —

dijo, y señaló la cesta con la barbilla.

Me aparté de él, temerosa, y saqué mis remedios.

—No quiero que me vendáis —dije con un hilo de voz. Cogí una hoja y le puse un poco de ungüento.

—Nadie te ha pedido tu opinión —respondió Kaden.

Isaiah aún daba vueltas de aquí para allá. Se cogía la nuca y los ojos saltaban de un sitio para otro, como si odiase el plan de Kaden y estuviese

desesperado por encontrar una alternativa. Me até un trozo de tela gastada sobre la rodilla.

—¿A quién me vais a entregar? —quise saber.

Kaden ni siquiera parpadeó.

—Al mejor postor.

Fruncí el ceño. Luego empaqueté de nuevo mis cosas y me levanté.

Cogí la cesta para echármela al hombro, pero Kaden me la arrebató.

—¡Eh! —exclamé, e intenté cogerla.

—Ya te has caído una vez porque pesa demasiado. No quiero que te caigas de culo otra vez y nos retrases —me respondió con un gruñido. Me aparté y él se la echó al hombro.

—Eres malo —dije, cruzada de brazos.

Me dedicó una breve sonrisa.

—Lo sé.

Le saqué la lengua, pero se volvió hacia su hermano sin hacerme ni caso.

—¿Te importaría dejar de dar vueltas como un poseso? —le dijo.

Isaiah se detuvo en seco; casi chocó con Kaden.

—No puedo dejarla.

Kaden hizo una mueca de desagrado.

—Nismera ha intentado matarnos a los dos, y a mí me gusta estar vivo, joder.

Isaiah respondió a su vez con otra mueca.

—No me refiero a ella, sino a Imogen.

Agucé los oídos. ¿Conocía a Imogen? Era amiga de Dianna. Yo no la había visto en persona, pero Dianna me había contado que Neverra y ella la habían ayudado. Dianna la amaba y decía que eran todas como hermanas.

Dijo que, cuando estuvieran todos de vuelta, haríamos una fiesta de pijamas. Quería irme a casa. Cómo la echaba de menos.

—No me jodas. No puedes hablar en serio —repuso Kaden. Pasó junto

a su hermano y lo empujó con tanta fuerza que casi lo tiró al suelo.

—Está con Milani. De eso estoy seguro —le dijo Isaiah a Kaden, que se alejaba.

Kaden se paró tan de repente que clavó las botas en la tierra. Se giró y volvió hacia su hermano, caminando con lentitud.

—¿Cuál es tu plan, genio? ¿Que asaltemos su armada? ¿La misma que se ha adueñado de todo el dominio meridional? ¿La misma armada que oscurece el cielo durante las invasiones?

Isaiah alzó las manos.

—Todavía no he atado todos los cabos.

Kaden suspiró y apretó los dientes.

—Claro que no. Quieres que lo haga yo. No hay ningún plan viable, Isaiah. No podemos acercarnos tanto como para salvarla sin morir en el intento. Su armada es inexpugnable, y lo sabes. Y, desde luego, yo no pienso arriesgar la vida por un coñito. —Al oír la palabra, Isaiah se volvió a mirar a Kaden—. Y, encima, por un coñito que no has catado.

Kaden le dio la espalda y se sujetó mejor la cesta al hombro. Arrancó las ramas bajas que se le interponían y las arrojó a un lado.

—No es solo eso, y lo sabes —le gritó Isaiah, y se fue en pos de él.

Por toda respuesta, Kaden lo miró de reojo con un gesto despectivo y siguió caminando. Me levanté la falda y salí corriendo tras ellos.

—Ah, sí. Amor a primera vista, o lo que sea que has leído en esos puñeteros libros de poesía que guardas. —Kaden soltó una risotada —.

Dioses, qué suerte tienes de que nunca le haya contado a tu legión qué cosas lees en los ratos libres. Cuando la encuentres, ¿qué vas a

hacer?

¿Compararás su cabello con un prado florido o alguna otra mierda así, justo antes de que te maten?

—¡Hay que ser gilipollas! —le gritó Isaiah—. Cuando me diste los libros ya estaban bastante gastados, así que sospecho que no soy el único a quien le gusta la poesía. Pero es ridículo pensar que podrías saber algo

sobre el amor. Tú no amas nada ni a nadie.

Kaden se giró en redondo, con las manos apretadas sobre las asas de la cesta.

—¿Cómo puedes decir esto precisamente tú? Te amo, Isaiah, ¿no es así? Y también amaba… —Calló y se chupó el labio inferior, como si quisiera tragarse esas palabras. Sacudió la cabeza—. No es amor, Isaiah.

Viste a una muchacha hermosa que sabía pelear y empuñar una espada.

Estabas solo, y cachondo, y te pareció que era amor. Pero no lo era.

Fruncí el ceño. ¿Qué significaba «cachondo»?

A Isaiah le costaba respirar.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo sobre Dianna?

Oí caer la cesta y a continuación un golpe: Kaden le había dado un puñetazo a Isaiah, que se tambaleó, pero enseguida asentó los pies y se lamió el labio partido. No parecía que le doliese; más bien al contrario, en realidad.

—¿Amas a Dianna? —se me escapó. Las palabras de Isaiah me reverberaban por toda la cabeza.

Kaden se giró hacia mí y me señaló con el dedo.

—Cállate.

Decidí que quizá fuese lo mejor.

—Te lloré, ¿sabes? —dijo Isaiah—. Cuando me encerraron en esa mazmorra, le di vueltas a tu muerte, una y otra y otra vez, y te lloré. No sé qué ha pasado ni por qué has vuelto, pero ahora eres incluso más cabronazo que antes. Igual sería mejor que volvieras a estar muerto, porque no eres el hermano que yo recordaba.

Isaiah chocó con el hombro de Kaden al pasar a su lado, pero yo estaba atenta al rostro de Kaden y vi, mejor de lo que a él le habría gustado, lo mucho que le habían dolido esas palabras. Reconocí ese dolor y me pregunté cuántas veces en su vida las habría oído, u otras similares. Kaden era un monstruo, pero también capaz de experimentar auténtico dolor.

Me adelanté y recogí las cosas que se habían caído de la cesta; las volví a meter con cuidado y cerré la tapa. Al terminar se la entregué a Kaden. La cogió sin decir palabra, y ambos partimos en busca de Isaiah.

Por fin se acabaron los árboles y nos detuvimos en el borde de un pequeño precipicio. Debajo de nosotros había algo que parecía un muelle largo y estrecho. Nos llegaron las voces de la gente que se afanaba debajo.

Nos agachamos los tres y seguimos observando mientras descargaban un buque que flotaba justo por encima de la superficie del agua, con una compuerta abierta debajo. Mientras los tripulantes descargaban cajas y baúles en el muelle, un guardia real de Nismera le entregó al capitán lo que parecía una bolsa de monedas.

La niebla oscura se acumuló a ambos lados de mí, y me quedé boquiabierta al ver que Kaden e Isaiah se habían transformado en

copias idénticas de dos de los tripulantes. Permanecimos agachados y en silencio mientras los guardias distribuían los suministros en los diferentes vehículos de transporte y luego se dirigían al camino que atravesaba el bosque en dirección al palacio.

Nada más desaparecer de la vista, Kaden e Isaiah se pusieron en marcha. Kaden me sujetó del brazo y me arrastró detrás de él descendiendo a toda prisa el camino que llevaba hacia la playa. Al ver que yo tenía las piernas demasiado cortas para seguirle el ritmo, me levantó y me echó sobre el hombro con un golpe que me dejó sin aliento.

Cruzaron la arena a toda prisa, medio agachados, hasta llegar al buque.

Isaiah entró primero. Ascendió la escalera amarrada a un costado y se izó a bordo. Kaden lo siguió, sin que mi peso y el de la cesta pareciesen incomodarlo lo más mínimo. La gente se movía de aquí para allá; estaban tan ocupados con los preparativos de la partida que pudimos mezclarnos con ellos sin que reparasen en nuestra presencia. Kaden me dejó en el suelo, e Isaiah y él se juntaron para que sus figuras voluminosas me ocultasen.

El estruendo de una alarma me sacudió los huesos. Una cúpula

transparente rodeó la nave y nos selló dentro. Circuló un aire fresco que aún conservaba el olor del mar. Los tripulantes empezaron a despejar la zona y a bajar al interior del barco para seguir con su trabajo, pero nosotros permanecimos en cubierta. Kaden e Isaiah me llevaron a una zona sumida en las sombras y me mantuvieron entre ellos para darse espacio el uno al otro.

Me asomé por la borda y vi el agua que se ondulaba debajo. Nunca había estado a bordo de un barco mercante, pero había oído hablar de ellos.

Atravesaban el espacio y acercaban las estrellas entre sí.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

Kaden se me acercó para contemplar la maniobra de aproximación al resplandeciente portal.

—A Whitcliff.



Estaba ensangrentado, roto y derrotado. Me coloqué el hombro en su sitio con un gruñido; tenía el ego tan magullado como el cuerpo. El edificio a través del que me había lanzado se derrumbó y los pulmones se me llenaron de polvo. No era la primera vez que me levantaba de entre los escombros.

Solo me excitaba si aquello lo había provocado Dianna, pero ¿él? Quería matarlo. Hice una rápida inspiración y conté los latidos del corazón que retumbaban a pocos metros de mí con la esperanza de calmar así los furiosos latidos del mío.

Tenía arañazos de garras en la armadura. Era tan poderoso que no solo la había marcado; la había desgarrado. Estaba jodido, y no porque me pudiese derrotar. El motivo era que, mientras controlase el cuerpo de Dianna, no podía hacerle daño.

—Hacía eones que no me encontraba con un enemigo tan resistente como tú —rio Gathrriel—. Estoy disfrutando contigo, Samkiel.

—Sí, me lo dicen mucho.

Lo observé sin moverme, para darle tiempo a mi cuerpo de curarse, mientras él daba vueltas de un lado a otro. Mis pensamientos iban a mil por hora; quería descubrir qué más podía hacer para ayudar a Dianna a escapar

de su control. Gathrriel se lanzó hacia mí y apenas tuve tiempo de bloquear el puñetazo. El dolor me estalló en el antebrazo.

—Me insultas. Te limitas a defenderte —dijo con desprecio—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no me atacas? Lucha conmigo, ofréceme un desafío.

No hice caso de sus provocaciones.

—Si lo que pretendes es castigar a los responsables de tu pérdida, Gathrriel, llegas unos cuantos siglos tarde. Hace mucho que murieron los dioses. Yo soy el último.

—Eso dices tú, Samkiel. Pero eres un guerrero curtido en la batalla, un experto en las técnicas de la guerra, y aun así no me atacaste cuando dejé el flanco expuesto. —Cada vez estaba más enfadado—. ¿Por qué? ¿Por qué no contraatacas? Te llaman el rey dios. ¿Tan aburrido estás de la vida que deseas que termine con ella?

—Para ser sincero, antes de conocerla a ella quizá hubiese aceptado tu oferta —respondí. Me limpié el polvo de un lado de la cara—. Pero ahora tengo alguien por quien vivir, alguien a quien amo con todo mi corazón y a quien quiero proteger.

—Yo también tenía a alguien así. —Exaltado, soltó un bufido de burla e intentó avanzar, pero la pierna derecha se negó a moverse y él estuvo a punto de caer. Miró atrás, pero no había ningún obstáculo

evidente, ningún escombro con el que tropezar ni grieta en la que engancharse un pie. Pero, por mucho que lo intentó, no consiguió mover la pierna.

Solté una risita, orgulloso de ella.

—Creo que quiere que le devuelvas su cuerpo.

Gathrriel gruñó al ver que el pie se le resistía y extendió las manos, como si quisiera tirar de él para acercárselo.

—¿Cómo puedes luchar? —aulló—. Te he sellado.

Di un paso hacia él, con una mueca burlona en los labios.

—Como muchos otros hicieron antes, has subestimado la fuerza de mi Dianna. Y eso será tu perdición.

Me clavó unos ojos de lava fundida mientras disparaba un ala y me rajaba el abdomen. El impacto me arrancó un gruñido, pero lo que me hizo retroceder tambaleándome fue el líquido caliente que brotó de la herida.

Joder. Me había pasado de arrogante. Caí sobre una rodilla y le devolví la mirada. La jactancia nos había salido cara. Gathrriel se puso de pie, controlando ambas piernas. Mi herida había distraído tanto a Dianna que había perdido el control que ejercía sobre él. Joder y dos veces joder.

Gathrriel se me acercó y se detuvo frente a mí. Se le dilataron los ojos cuando levantó la cabeza y tragó una gran bocanada de aire para absorber bien el olor de mi sangre.

—Hace mucho tiempo que no me alimento de un dios. —La mano se disparó y me sujetó por el cuello; me obligó a levantarme, con el rostro a pocos centímetros del suyo—. Que sepas que tu sangre me dará fuerzas para terminar con el resto de tu linaje. Tu vida tiene un propósito, rey guerrero. Muere con nobleza.

Sin ningún esfuerzo, me arrancó la hombrera de la armadura con las manos para dejar la garganta al descubierto. Echó la cabeza hacia atrás y abrió mucho la boca. Mordió, y los colmillos largos, gruesos y afilados me desgarraron la carne. Grité mientras se alimentaba; el dolor me recorría todo el cuerpo. Lo empujé y luché por zafarme de él, pero fracasé. Sabía que iba a morir allí, pero ¿qué alternativa tenía? Si la dañaba a ella, eso también me mataría a mí. Sentí que se me debilitaban los brazos, y luego las piernas, mientras él bebía y bebía.

Parpadeé y me esforcé por mantenerme consciente. Oí el graznido de un cuervo a mi derecha y al mirar vi un pájaro negro posado en una chimenea rota. Sus ojos muertos y opacos me lanzaron una mirada acusatoria, como llamándome idiota. Puede que lo fuese. Con la muerte otra vez tan cercana, lo único en lo que podía pensar, lo único que había, era ella. Ojalá hubiésemos tenido otra vida juntos, menos brutal, menos violenta, en la que los días no fuesen una sucesión de batallas y de pelear

por sobrevivir. En su lugar, me habría gustado disfrutar de paz, una familia, aventuras, y tiempo para pensar en nosotros mismos. Deseaba con tanta desesperación ganar la guerra para ofrecerle esa vida… Habría sudado, sangrado y luchado por dársela. Quizá, si no lo conseguíamos en esta vida, fuese en otra. No me cabía duda de que me encontraría de nuevo con ella.

Me esforcé por conectar a través de nuestro vínculo con la esperanza de alcanzar las partes de su mente que todavía le pertenecían a ella, a mi esposa, mi *akrai*.

«Dianna, lo siento, pero no puedo luchar contra él. No puedo hacerte daño, pero juro que te encontraré en otra vida. Si tengo que esperar otros mil años, o más, esperaré. Te lo juro».

Gathrriel apartó la cabeza de un tirón, con la barbilla manchada de sangre. Todavía me aferraba del cuello. Me levantó. Se me nublaba la

vista, pero pude verle la cara de profundo asombro y sorpresa. Era casi júbilo.

—Tu sangre, tu poder… —La voz era poco más que un susurro—.

¿Eres consciente de la oscuridad que hay más allá de tu carne? Es una lástima que tenga que apagarla. Me temo que, si fueras consciente, no tendrías rival.

—Que te… den.

—No sé lo que significa eso, pero me lo tomaré como un insulto.

La sonrisa se desvaneció, y me arrojó al suelo con una actitud de profundo desagrado. Se me nubló la vista. Ni siquiera me quedaban fuerzas para intentar levantarme. No podía hacer nada, excepto quedarme allí tirado y ver que se pasaba la mano por la boca y luego limpiaba a lametones el afilado guantelete. Sentía la calidez de la sangre que se me escapaba del cuello, y la oscuridad que me iba cubriendo el campo visual. Parpadeé y gruñí mientras luchaba por recuperar la conciencia.

—Cuando visites el Valle de los Reyes, avísalos de que vayan haciendo hueco en la mesa dorada para los otros que pronto les enviaré. —Gathrriel sonrió y levantó una mano de garras afiladas y sanguinolentas. Las púas de

la muñeca eran lo bastante fuertes como para hacerme pedazos el corazón, y supe que eso era lo que pretendía hacer. Era demasiado rápido, demasiado grande y demasiado fuerte. Cerré los ojos y le susurré a Dianna a través del vínculo. Sabía que no podía oírme, pero mis últimas palabras serían para ella.

«Te amo, *akrai*».

Pasó un segundo, y luego otro. Con un esfuerzo imposible, levanté los párpados y vi las garras a pocos centímetros del peto de la

armadura. Tenía los ojos muy abiertos y el brazo, aunque temblaba, parecía congelado en el aire, incapaz de moverse. Con la otra mano se agarraba la muñeca e intentaba forzarla a descender.

—¿Qué está pasando? ¿Qué has hecho?

Sabía que no me hablaba a mí. Hablaba con Dianna. Me miró a los ojos y, por primera vez desde el comienzo de nuestra pelea, vi que tenía los suyos dilatados de terror. Gathrriel estalló en una erupción de llamas; lo único que distinguía de él era una silueta que gritaba, con un aullido de cólera y dolor, mientras el fuego lo consumía más y más. Ardió con una luz tan intensa y brillante que tuve que taparme los ojos. Y, tan de repente como había empezado, se acabó. Las llamas retrocedieron y, al dispersarse el humo, Dianna se derrumbó hacia delante. Me senté como si el dolor de mi cuerpo no existiera y la atrapé entre mis brazos, exánime y dormida. Tenía la cara y el pelo cubiertos de hollín, pero nada había dañado a mi diosa, mi reina de las llamas.

Reggie estaba en lo cierto.

Dianna no solo había terminado con Gathrriel. Lo había quemado por completo.



Sentía la cabeza como si una enorme piedra descansara sobre ella; quizá fuera el caso. Las últimas horas eran como una horrible pesadilla hecha realidad. No solo había estado atrapada en mi propio cuerpo mientras lo usaban y abusaban de él; además, Gathrriel lo había utilizado para hacerle daño a la única persona sin la cual no podría vivir. Ojalá Samkiel fuese consciente de lo mucho que yo había luchado. Maldije a Gathrriel y le grité con cada golpe que le dio. Pero, hasta que no sentí que el vínculo que nos unía empezaba a disolverse poco a poco, no fui capaz de reunir las pocas fuerzas que me quedaban para recuperar el control. Samkiel dijo que nos reencontraríamos en otra vida, pero yo lo quería en esta.

Oí la despedida final de Samkiel, la forma en la que pronunció *«akrai»*, como si fuese la última vez que lo iba a decir, y decidí que bajo ningún concepto iba a permitir que aquel monstruo me lo arrebatase después de todo lo que habíamos tenido que pasar. No sé con qué poder conecté, pero me acordé de cuando Gabby se preparaba los exámenes y yo la ayudaba a estudiar. Gathrriel era como un virus dentro de mi cuerpo, una infección, y yo conocía la cura. Como respuesta a la enfermedad, nuestro cuerpo

aumenta la temperatura, y eso fue justo lo que hice.

Con un estremecimiento, inspiré hondo, abrí los ojos y miré más allá de las cortinas ligeras que cubrían las ventanas. La dulce brisa del océano se adentraba en la habitación, pero lo que me tranquilizó y me brindó paz fue la mano que me descansaba sobre el abdomen. Entrelacé los dedos para conectar los anillos.

—¿Qué crees que dirán tus enemigos cuando descubran que al gran y poderoso Destructor de Mundos le gustan los mimos?

La risa le resonó en el pecho y, donde me tocaba la espalda, noté la vibración.

—Llévatelo a la tumba.

La cama chirrió cuando me volví a mirarlo y le apoyé la cabeza en el hombro. Nada más echarnos un vistazo, cubiertos de ceniza, suciedad y moratones, el dueño del hotel de Whitcliff al que nos había llevado Samkiel nos dejó la habitación gratis. No nos hizo preguntas; debió de suponer que habíamos volado algo por los aires o que estábamos implicados en algún circuito de peleas. De camino a la habitación, Samkiel dijo que esa era una de las mejores cosas de Whitcliff. La ciudad entera giraba en torno al comercio ilegal, y se vendía de todo, de especias a órganos, y no te hacían preguntas ni les importaba quién fueras. Yo estaba demasiado cansada como para pedirle que entrara en detalles.

Tumbada de costado en la cama, levanté nuestros dedos entrelazados y los sostuve a suficiente altura para que mi anillo brillase bajo la luz de la luna que se colaba en la habitación. Tenerlo de nuevo en el dedo era una sensación reconfortante. Como envolverte en una manta cálida después de haber estado a punto de morir congelado. No había sido consciente de lo adicta que me había vuelto al anillo y a nuestra conexión hasta que perdí ambas cosas. Y lo que lo hacía aún peor era que no había sido por voluntad propia ni por error, sino porque él me había despojado de mi voluntad. Me había pasado varios días sin ellos, y había sido una experiencia odiosa. No

sabía cómo había sobrevivido sin el anillo, sin Samkiel, tanto tiempo.

Bajé las manos, que quedaron entre nosotros; ninguno de los dos quería soltarse, así que yacimos en silencio, esperando que todo fuese bien en la ciudad que habíamos abandonado una semana antes. Habíamos enviado a Cameron y a Reggie para que lo comprobasen y luego volviesen. Por supuesto, ambos se negaron a marcharse sin cuidar de nosotros ni estar seguros de que estuviésemos bien. Desde el punto de vista emocional, lo estábamos. El físico era otra historia.

—Me pregunto qué le pasó a Vvive, qué pudo ser tan horrible como para que el alma de Gathrriel no halle el descanso.

Samkiel inspiró hondo.

—Yo también.

—¿Lo culpas?

—¿Por apoderarse de ti? Sí —dijo—. ¿Por querer vengarse de algo tan espantoso que no le permite descansar? No.

Asentí.

—Yo tampoco lo culpo. No vi lo que tenía en la mente, pero sí que sentí la rabia y el dolor. Creo que se la arrebataron. Y quizá también a Dhihsin.

La mano de Samkiel que me acariciaba la espalda se detuvo.

—Son tantas mentiras, tantos secretos, que mi mente ya no sabe qué creer. Los textos antiguos que hablaban de él, de los dos, ahora parecen cuentos de niños. Me siento perdido, perdido de verdad. Todo lo que sabía o creía ha resultado ser mentira.

Levanté la mano y extendí el meñique.

—Podemos creer y confiar el uno en el otro. De eso no tengo ninguna duda. El resto, ya lo iremos averiguando.

—En la vida o en la muerte, soy tuyo. —Sonrió, me rodeó el meñique con el suyo y luego besó los dedos unidos. Descansó las manos sobre su pecho y sentí el latido rítmico de su corazón, en sincronía con el mío.

Lo rodeé con una pierna en busca de calor. El largo pantalón de pijama

se deslizó sobre el suyo. También llevábamos la parte de arriba del pijama, así que no habíamos estado tan vestidos en la cama desde que empezamos nuestra relación. En Whitcliff, dada la cercanía del océano, la temperatura bajaba mucho por la noche.

—Creo que Gathrriel era incapaz de comprender que estamos enamorados. En su mente, somos enemigos hasta…

—Hasta que se consuman las estrellas —terminó por mí.

Eran las palabras que yo le había dicho un año antes, sin darles demasiada importancia.

Asentí e incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo, temerosa de que todo aquello fuese un sueño y Gathrriel hubiese vencido en realidad. Se había tendido, con los ojos cerrados y los rasgos relajados. Estiré la mano y le pasé los dedos con suavidad por el enorme hematoma que se le había formado en el cuello; al tocarlo, Samkiel gruñó. La piel se le curaba muy poco a poco. Gathrriel casi le había arrancado la cabeza con los dientes, y había bebido demasiada sangre. Los pinchazos ya casi habían desaparecido, pero Gathrriel no se había alimentado de él como lo hacía yo. Me daban ganas de matarlo otra vez. Me incliné hacia él y le di un beso suave en el gran hematoma del cuello. Si le pudiese quitar el dolor a besos, y absorberlo yo, lo haría. Amaba a Samkiel y poco a poco había aprendido a demostrar

ese afecto de formas que no usaría con nadie más. Gimió en voz baja, no de placer, sino de dolor.

—He de decir —comentó mientras se volvía hacia mí— que solo es agradable cuando me lo haces tú.

Ahogué una risa y le rodeé el pecho con el brazo.

—Sospecho que no intentaba ponerte cachondo, dado que su intención era matarte.

Samkiel se puso serio.

—Y lo habría hecho, ¿sabes? Me habría matado.

Me detuve y lo miré a los ojos. En los suyos no había el menor atisbo

de broma, ni de medias verdades.

—Me superó en todos los sentidos y, si hubiese contraatacado, te habría hecho daño. Y eso jamás lo permitiría. Nunca te pondré la mano encima para herirte, sean cuales sean las circunstancias. En todo lo que te concierne, siempre te voy a elegir a ti, y las consecuencias me dan igual. El mundo puede arder, y los dominios caer y ser destruidos. Si tengo que elegir entre tú y cualquier otra cosa, necesito que comprendas que ni la corona ni el trono significan nada para mí. Sin ti, nada de eso importaría.

Eres siempre tú. Tú eres mi prioridad. Puede que yo sea un dios, pero tú eres el altar ante el que yo me arrodillo.

Me invadió la alegría al oírlo. Sabía que Samkiel me amaba. Lo sabía desde mucho antes de lo que era capaz de admitir. Me lo había demostrado una y otra vez, pero cuando lo decía en voz alta… Los poetas se romperían las muñecas tratando de transcribir las palabras que me regalaba. Me incliné hacia él y lo besé con dulzura en los labios. Samkiel se volvió para ponerse de espaldas y me subió encima de él. Deslicé la mano sobre el pelo corto de la nuca y, cuando él

quiso profundizar en el beso, se le escapó un respingo, pero fingió no notar el dolor que le recorría el cuerpo. Me cambié de posición y me aparté un poco, con la mano abierta sobre su pecho, pero sin presionar. Con la chaqueta del pijama no los veía, pero sabía que los moratones y los cortes le cubrían por completo el pecho y la espalda.

Aunque había luchado con armadura, Gathrriel había sido demasiado fuerte, estaba demasiado decidido.

—Eso de ser un héroe está sobrevalorado.

—Muchísimo —dijo. Tiró de mí para bajarme hacia él y me rodeó con los brazos. Resopló y su aliento me movió los pelos de la coronilla.

—Deberías dejarlo.

Rio entre dientes.

—Me pondré con ello.

Se inclinó adelante y me besó la cabeza; luego se relajó debajo de mí.

Asentí y, al inclinar la cabeza hacia atrás sobre su pecho para verlo, tiré de la chaqueta oscura del pijama que llevaba puesta.

—¿Cuándo termina uno de pelear? —pregunté.

—No lo sé —contestó, con absoluta seriedad.

—Tengo la sensación de que ganamos una batalla solo para enzarzarnos en otra de inmediato. Me gustaría que fuésemos felices.

Levantó la cabeza y se me quedó mirando.

—¿No eres feliz?

—Sí, lo soy. —Sonreí—. Lo juro. Pero quiero que vuelvan todos, en vez de estar perdidos dentro de sí mismos o sufriendo abusos por culpa de un hechizo que creó mi padre. Quiero que nuestro hogar, y la ciudad que has creado, estén a salvo. Y, por supuesto, deseo paz para nosotros. ¿Y si algún día decidimos que queremos una familia, hijos?

Enarcó las cejas y se incorporó con un quejido de dolor. Se llevó las manos a la cintura del pantalón de pijama.

—De acuerdo. Empecemos cuanto antes.

Se me escapó tal carcajada que me dolieron las costillas. Le aparté las manos de una guantada y tiré de él con suavidad para que se volviese a tumbar a mi lado.

—Para ya. Estás hecho polvo.

—Si crees que eso me va a detener, es que en realidad no me conoces.

Sonrió y me besó la punta de la nariz mientras nos acurrucábamos uno contra el otro. Me deslizó el brazo bajo la cabeza y yo me pegué a él para que nuestros cuerpos encajasen.

—¿Querrías? —preguntó con un susurro de asombro, como si nunca se le hubiera ocurrido que ninguno de los dos se planteara semejante idea—.

¿Algún día?

Me encogí de hombros en la penumbra y levanté la vista hacia él. Solo habíamos hablado de ese tema una vez, en Onuna, cuando patinábamos sobre hielo, y en aquel momento no veía nada en mi futuro excepto

oscuridad. Pero ¿ahora?

—Algún día, quizá. Ni siquiera sé si lo permitiría la biología, pero me gustaría al menos pensar en ello y decidir. Aunque me niego a traer a este mundo violento y lleno de ira a un producto de nuestro amor.

Se le ensombreció la mirada, y comprendí que mi dulce y tierno Samkiel condenaría al mundo entero para hacer mis deseos realidad.

—Sé que una vez bromeamos al respecto, pero me gustaría tener una familia contigo, si es lo que deseas. Cualquier cosa que quieras, Dianna, solo tienes que pedirla y reduciré el universo a átomos para que así sea.

Me incliné y lo besé en los labios.

—No te emociones demasiado. Si lo hacemos, no será pronto. Pero podemos seguir practicando, que es la parte divertida.

Me respondió con una sonrisa de pura malicia, aunque en sus ojos solo había amor y admiración.

—He vivido mucho tiempo —dijo—, he visto los dominios ascender y caer, pero creo que siempre fui un fantasma. Nunca estuve presente en realidad; solo me movía por la vida a la espera de que ocurriera algo que me hiciera sentir vivo, que le diera sentido a todo. Sin ti no vivía, *akrai*, y no elegiría seguir si tú no estuvieras.

Esa confesión desnuda me llenó los ojos de lágrimas.

—Conozco esa sensación.

Me acarició la nuca y me atrajo hacia él con un beso que era una petición. Me aparté antes de que la cosa fuese a mayores, con su sabor aún en los labios, y recliné la cabeza en el hueco de su cuello. Enterró la cara en mi pelo e inspiró con fuerza. A medida que íbamos encontrando la posición, el cansancio nos arrastraba hacia el sueño.

—Tenemos que dormir; mañana hay que seguir buscando a Miska —

dije en la oscuridad del cuarto—. Cualquier pista que nos lleve a la fortaleza de Nismera debe ser nuestra máxima prioridad.

—Estoy de acuerdo —respondió—. Al menos, aquí en Whitcliff



tenemos más probabilidades de encontrar a alguien que sepa o haya visto algo.

—Estupendo —dije. Para recuperar a Miska sería capaz de arrasar el dominio en el que se ocultase aquella zorra. No estaba dispuesta a permitir que Miska sufriese como en Ciudad de Jade. Me acurruqué contra él y le pasé la pierna sobre el muslo y, con sus dedos todavía entrelazados en mi cabello, ambos nos quedamos dormidos.

La gruta se desmoronaba a mi alrededor y el suelo era una telaraña de grietas y fracturas. Las estalactitas caían con estrépito y se hacían pedazos.

El mundo de Gathrriel se estaba viniendo abajo. Inspiré hondo y me dirigí al salón, donde lo encontré sentado en el trono. El cáliz todavía descansaba sobre la peana. Traqueteaba sobre la piedra, pero ni una gota del contenido llegaba hasta el borde.

—Supongo que ahora ya estás muerto de verdad —dije. Me planté frente a él de brazos cruzados.

Gathrriel se levantó sin apartar los ojos del cáliz.

—Tienes razón. Has quemado lo que quedaba de mi alma, de mi conexión con este lugar. Lo único que me quedaba de Vvive.

Quería mostrarme cruel con él para vengarme de lo que nos había hecho a Samkiel y a mí, pero el modo en que pronunció aquellas

palabras, la tristeza de sus facciones, y también saber que quizá los hubiera separado para siempre, me afectó. No era una completa desalmada.

—No tendrías que haberlo tocado —dije con sinceridad.

Gathrriel me miró por fin. La armadura empezaba a humear y a separársele del cuerpo.

—No era consciente de lo que significáis el uno para el otro —repuso, y

acarició la peana que había entre nosotros—. Un error por mi parte.

—No eres el primero, ni serás el último, en subestimar nuestra conexión.

Sacudió la cabeza. Una sombra, que ahora comprendía que era su espíritu, que abandonaba poco a poco aquel plano, brotaba de él y se arrastraba lejos de su cuerpo hasta elevarse por fin.

—No seré el último, sin duda. Lo que es él, lo que tú eres, la gente nunca lo aceptará, por muchas sonrisas de fingida alegría que os dirijan y por muchas palabras que salgan de sus bocas mentirosas. Siento pena por vosotros.

Estallé en una risotada desprovista de humor.

—¿Sientes pena por nosotros? Te acabo de quemar el alma.

Miramos hacia arriba al oír que el techo de la caverna se rompía en pedazos. Me estremecí, pero no cayó nada. Una masa oscura se formó sobre nosotros y se tragó todo lo que se quebraba y se derrumbaba.

—Parece que Muerte me ha encontrado.

No supe muy bien por qué lo dije, ni, menos aún, por qué lo sentí.

Quizá fuese una combinación de todo lo que había ocurrido, o tal vez porque percibí su profundo dolor con tanta intensidad. El caso es que hablé.

—Lo siento —me disculpé—. Siento lo que os ha pasado a ella y a ti, sea lo que sea. Siento que no te deje descansar.

Se le ensombreció la mirada, pero no de lujuria ni por alguna necesidad primaria, sino de determinación y satisfacción. Pese a que yo había anulado para siempre su capacidad de hacerse con el control de mi cuerpo, y pese a que Muerte bramaba sobre nuestras cabezas, ansioso por reclamarlo, Gathrriel sonrió.

—Encuentra mi palacio roto, Ayla. Consume todo lo que queda de mí y descubre la verdad. Entonces, y solo entonces, tendrás el poder de detener lo que yo no pude.

El viento aulló, fuerte y violento. Más fragmentos de aquella caverna onírica se desprendieron y fueron absorbidos por el vacío. La peana se hizo pedazos y se fue por el mismo camino; no quedó nada que nos separase a Gathrriel y a mí.

—Detener… ¿qué? —grité para hacerme oír sobre el estruendo. Su cuerpo se desgarró y de él brotó un espeso humo que dio vueltas por la caverna antes de canalizarse hacia aquel vacío que pertenecía a Muerte.

—A los dioses. —Me miró, como si mi ignorancia lo exasperase.

—No quedan dioses —dije. Sabía que tenía que equivocarse, pero lo dijo de forma tan clara, tan veraz, que por un segundo lo creí.

Estaba frente a mí; se movía como el humo que se arremolina sobre una llama viva.

—Oh, sí que quedan, y os harán lo mismo que nos hicieron a Vvive y a mí. Pero ya no tengo miedo de que escapen a su destino, sobre

todo en lo que concierne a vosotros.

—¿Qué significa eso?

—Os odiarán, y, cuando intenten destruiros, el dios con quien te acuestas será mi heredero. He saboreado la oscuridad que vive en su sangre. Cuando se decida a usarla, no quedará nada.

Comprendí que se refería al Olvido, pero se equivocaba. Samkiel jamás destruiría mundos hasta ese punto. Era gentil y amable, e incluso en aquel momento luchaba como un poseso para evitar una guerra universal. Antes se sacrificaría a sí mismo.

—Te equivocas. Samkiel no es así —repliqué.

Gathrriel rio mientras su tumba se derrumbaba a nuestro alrededor.

—Tú, entre todas las personas, deberías saber de lo que es capaz uno cuando lo empuja el amor. Veo que ya no necesito buscar venganza. Él me la ofrecerá. —Su voz era como un susurro en mi oído, cada vez más tenue

—. Por amor.

Eché la cabeza hacia atrás mientras lo que quedaba de Gathrriel se

convertía en un vibrante humo anaranjado que se retorció y se enroscó como una serpiente para ascender al dominio de Muerte.

Me desperté sobresaltada. Tenía la frente y el cuerpo empapados de sudor. Inspiré poco a poco para calmar el corazón desbocado. Al incorporarme, el brazo de Samkiel, que estaba sobre mi tórax, se había deslizado hacia el regazo. Él dormía sobre el estómago, imperturbable. Era su cuerpo, que necesitaba el descanso para repararse.

La fresca brisa nocturna se coló por la ventana y me produjo un escalofrío. Inspiré de nuevo, y el vapor de la respiración se condensó

en una nubecilla. Pensé que quizá hubiese nevado, y se me fueron los ojos a la ventana. No era muy probable, dado que estábamos muy cerca del océano, pero era posible. La ventana estaba abierta, y en el alféizar se había posado un pájaro con plumas de color medianoche que me miraba con ojos opacos.

Le devolví la mirada con una extraña sensación de familiaridad que no supe explicarme.

El viento frío procedente del agua agitó las cortinas, que escondieron a mi alado amigo. Cuando se detuvieron, había desaparecido.



Dianna tenía el pie sobre mi rodilla para que le atara los cordones de la bota alta que había creado para ella. Estaba sentada en el borde de la cama con cara de enfado.

—Eso es todo lo que dijo.

Enarqué las cejas y luego las relajé, sin dejar de tirar de los cordones.

—Si quedasen otros dioses vivos, te aseguro que estarían aquí conmigo y no escondidos, y menos de Nismera. Aunque ella es una

enemiga formidable, no le tenían miedo. Un puñado de nosotros podríamos acabar con ella enseguida.

Lanzó un largo suspiro.

—Ya. Tal vez se haya liado con la cronología de los acontecimientos.

—Tal vez.

Dianna se encogió de hombros.

—También dijo que tú destruirías el mundo en su lugar, porque me amas. Imagínate.

La miré a los ojos y le besé la rodilla.

—Puede que no sea tan tonto como yo pensaba.

—Samkiel. —Pronunció mi nombre con un claro tono de reprimenda.

—Dianna —la imité—. Llegas… —Me detuve y conté cuánto tiempo hacía desde que había entrado en tromba en mi vida como un vehículo sin frenos—. Un año y medio demasiado tarde para eso. Hace ya mucho que decidí que haría pedazos el mundo por ti, viva o muerta. Basta con que alguien te amenace para que empiece a sentir impulsos asesinos. Así que, para abreviar, no debiste obligarme a que me enamorase de ti.

Entrecerró los ojos, inquieta, pero sentí la calidez de nuestro amor, que se deslizaba por el vínculo.

—¿Obligarte? Cualquiera diría que te forcé.

—Lo hiciste. No me quedó otra opción. Eres una mujer muy muy malvada. —Me encogí de hombros—. Y yo no soy más que una víctima inocente.

Soltó un gruñido juguetón y me dio una patadita en la rodilla. Me eché a reír y luego terminé de atarle los cordones y le bajé el pie al suelo. Le di un golpecito a la otra pierna, y ella me la ofreció de buena gana. Le enfundé la otra bota y, con un ligero meneo, tiré de ella y se la subí hasta la mitad de la pantorrilla.

—¿Qué más dijo, antes de su muy oportuna desaparición? —continuó Samkiel.

Volvió la cabeza hacia mí y, al mirarme, el pelo largo y moreno le tapó el hombro como una cortina.

—Quiere que encuentre el cáliz. Dice que voy a necesitar ese poder adicional y, la verdad, en parte me siento tentada. Sobre todo, si con eso descubrimos cosas del pasado y nos da una pista acerca de qué quería decir.

Cogí un cordón y lo enhebré en los ojales de la bota.

—¿No has vuelto a tener ensueños de sangre?

Negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Pero quizá eso ayude…

—Me parece —dije mientras le ajustaba la bota— que ya tenemos bastantes líos ahora mismo como para preocuparnos por un cáliz antiguo en

alguna caverna escondida.

Me levanté y tiré de ella para ponerla en pie. Me miró y asintió.

—Tienes razón.

—¿Me lo puedes dar por escrito?

—No. —Frunció el ceño, burlona.

Cuando pasó a mi lado, rumbo al espejo circular de la pared, le di un cachete en el culo. Se pasó los dedos por el cabello largo y moreno y lo separó en varios mechones.

—¿Y si me hago crecer cuernos? ¿De forma permanente? —Mientras se trenzaba el pelo para quitárselo de la cara arrugó la nariz, como si se estuviese imaginando cómo quedarían.

Ladeé la cabeza y la observé.

—Depende —dije.

—¿Depende de qué? —Cruzamos las miradas a través del espejo.

Me encogí de hombros y me acerqué a ella por detrás. Perderla había sido una tortura, y me sentía incapaz de aguantar que estuviésemos separados lo más mínimo.

—¿Cómo de grandes? ¿Me podría agarrar a ellos?

Tardó unos segundos en comprender a qué me refería y, cuando por fin lo pilló, las manos que trenzaban el pelo se detuvieron en seco. El ceño fruncido se convirtió en una sonrisa burlona, y lanzó el pie hacia atrás con intención de atizarme en la espinilla.

—Hablo en serio, pervertido.

Esquivé la patada y sonreí.

—Y yo —dije, con mi expresión más inocente—. Hablo muy en serio de sujetarte para que me des placer; pero, con cuernos o sin cuernos, te voy a querer igual.

Entrecerró los ojos y se mordió el interior del labio.

—¿Y una cola?

Le puse las manos en las caderas y le besé la mejilla.

—Factible —respondí con un encogimiento de hombros.

Resopló.

—Me alegra saber que conmigo no te pones ningún límite.

—Ninguno en absoluto.

Me miró de reojo y arrugó la nariz.

—Ligón.

Terminó de arreglarse el cabello y se echó la larga trenza por encima del hombro.

—Me muero de hambre.

Le besé la nuca y me aparté.

—Vamos a desayunar algo, y luego podemos dar una vuelta y ver si encontramos a alguien que haya estado alguna vez cerca del palacio de Nismera.

—¿Qué comen aquí? —preguntó, y me adelanté a ella para indicar el camino.

—Tienen unos rollos de carne rellenos con lo que prefieras. Una especia que suelen usar aquí en la comida es ilegal en otros dominios porque muchas especies no pueden comerla. Les resulta venenosa. Por suerte, no corremos peligro: a nosotros nos sabe a pimienta picante.

Le sostuve la puerta para que pasara, y la cruzó con un brillo de excitación en los ojos.

—Por el momento, me encanta lo que oigo.

Al cruzar el pequeño vestíbulo, me paré para darle unas cuantas monedas al propietario mientras Dianna salía. Le di las gracias de nuevo al hombre y me apresuré a salir tras ella; no me gustaba perderla de vista.

Dianna se había detenido en la curva del camino, justo a la salida del hotelito, y le brillaban los ojos de asombro. La luz del sol se filtraba por la gigantesca entrada de la caverna y sus rayos se hundían en el agua que dividía Whitcliff. La ciudad tenía un aspecto casi delicado; estaba excavada en las paredes de la gruta, con un diseño que se centraba tanto en la belleza

como en la función. Los locales comerciales y las residencias se apilaban unos sobre otros, conectados por calles recurvadas, aceras y escaleras en espiral. Las puertas y las ventanas arqueadas creaban sombras y recovecos y los edificios terminaban en cúpulas y en agujas afiladas que se elevaban casi hasta el techo. Los brillantes toldos y las coloridas casetas contrastaban con el blanco inmaculado de la piedra. El flujo y el reflujo del océano añadían una continua nota de sonido.

—Teniendo en cuenta las mercancías que pasan por aquí y lo que se vende, no me esperaba que este lugar fuese tan bonito —dijo Dianna, que observaba a la gente con que nos cruzábamos. Había parejas y familias, además del tipo de transeúntes que uno esperaría encontrar en un puerto comercial tan transitado.

—Creo que invierten mucho dinero en la ciudad y —señalé a unos cuantos encapuchados que fingían estar de compras o echando un vistazo—

en seguridad.

—Ah.

—Además del comercio, este es un lugar excelente para desaparecer, si es lo que uno desea.

—Ah, ¿sí? —Sacudió las cejas arriba y abajo—. Así que, si un día quisiéramos, ¿podríamos?

—Haré lo que quieras. Solo tienes que pedirlo.

—En ese caso —sonrió—…, aliméntame.

Extendí la mano, palma arriba.

—Acompáñame, mi reina de las llamas y de la destrucción.

Soltó una risita y me cogió la mano. Luego se mantuvo pegada a mí mientras yo tiraba de ella. Apenas habíamos recorrido unos cuantos metros cuando de repente me frenó de un tirón. Al volverme vi que se había quedado inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¿Dianna? —pregunté con cautela.

Parpadeó, como si oír su nombre la hubiese traído de vuelta al presente.

—¿Sucede algo? —le pregunté. Me picaba la piel. El Olvido, anticipándose a una amenaza, despertó, ansioso por protegerla—. ¿Es Gathrriel?

Dianna negó con la cabeza y me apretó la mano. Se giró y miró por encima de mi hombro, como tratando de ver qué la había sobresaltado.

—No es… No es nada.

—¿Estás segura?

Se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa.

—Puede que mi cuerpo todavía se esté asentando después de la posesión.

Asentí con parsimonia y, al volverme, estudié lo que nos rodeaba. La atraje junto a mí y caminamos lado a lado, con el paso sincronizado.

—Vamos a conseguirte algo de comida.

Dianna asintió mientras nos acercábamos al restaurante, pero seguía con el cuerpo en tensión.

—Tengo que investigar si la posesión deja algún efecto residual —

comenté. Al abrir la puerta sonó una campanilla. La sostuve abierta con una mano para que entrase antes que yo, sin dejar de vigilar ni un instante lo que nos rodeaba. Había mucha gente, pero cualquier posible amenaza se encontraría con un rápido final. Dianna estaba tensa y, por tanto, yo también. Puede que, tras la visita de Gathrriel, necesitásemos dormir más.

—Por supuesto, pero cada cosa a su tiempo —dijo, y pasó delante de mí—. Tenemos que encontrar a Miska.

Asentí. Sabía que los recuerdos la estaban destrozando. Llevaba muy mal perder a aquellos a quienes consideraba suyos; pero, además, Miska ocupaba un espacio en su corazón muy similar al que antes llenaba Gabby.

Y, si a eso se le añadía que se la había llevado Kaden, no me cabía duda de que para ella toda la situación era una pesadilla.

Dianna se detuvo tan de repente que casi choqué con ella.

—¿Ves lo mismo que yo? —susurró con los ojos muy abiertos.

Volví la cabeza al instante, preguntándome a qué se debía el temor que detectaba en su voz. El pequeño comedor estaba lleno de mesas. En algunas había grupos de gente, otras solo tenían un ocupante. Pero lo que atrajo mi mirada fue la niñita de piel rosada. Balanceaba las piernas y bebía un vaso de agua. Tenía la ropa sucia y se la veía cansada, pero estaba viva. Estaba allí.

Miska.

Me invadió la incredulidad, seguida de alegría.

—Sí.

Mi voz debió de resonar por la sala, porque en un momento dado estaba perdida en su propio mundo y al siguiente saltaba de la silla, casi como si el cuerpo hubiese reaccionado antes de que la mente tuviese tiempo de saber la razón. Abrió unos ojos como platos, que al instante se le llenaron de lágrimas. Corrió hacia nosotros y Dianna se adelantó y, en cuanto chocaron una con la otra, la abrazó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Dianna con una voz ronca en la que se entremezclaban el alivio, el miedo y el amor. Estrechó a la niña con fuerza, como si temiera que no fuese real o que desapareciese si la soltaba.

Miska respondió entre sollozos; hablaba tan deprisa que casi no entendí lo que decía.

—Creía que nunca os encontraría, y luego me perdí, y ellos dijeron que me iban a vender, y yo…

Dianna se apartó y la sujetó por los hombros.

—¿Qué?

Le puse la mano en la cabeza a Miska para ofrecerle el consuelo y la seguridad que necesitaba, pero las palabras tranquilizadoras que iba a pronunciar se convirtieron en un sordo gruñido de rabia. Nunca había odiado de verdad a nadie, ni siquiera a los monstruos que había matado para proteger a otros. Claro, a veces había rencor, pero odio y aversión… No. Al parecer, ese sentimiento lo había reservado para los dos hombres que

acababan de salir de la trastienda. Tenían la boca limpia, pero podía olerles la sangre en los labios. Acababan de alimentarse.

Dianna se irguió con la gracia de un depredador y empujó a Miska para ponerla detrás de nosotros. Kaden e Isaiah se detuvieron en seco, con ojos que se habían tornado carmesíes. Retrajeron los labios y extendieron los colmillos, y de los pechos les brotó un rugido profundo. Dianna respondió con un gruñido. Habían cometido un error. Le habían quitado a la niña y habían despertado su instinto protector, y estaba más que dispuesta a hacerles pagar por ello.

Me había acostumbrado a ver el miedo en las caras de aquellos que se enfrentaban a mí. Sabía qué aspecto tenía, y en aquel momento lo vi en los ojos de ambos cuando me miraron. Solo fue un instante, y enseguida quedó enmascarado por el asco y el odio más intensos.

—Llévate a Miska a algún sitio seguro —le dije a Dianna.

—No —gruñó.

Habría discutido con ella, pero, la verdad, no podía enfrentarme a los tres a la vez. Así que me decanté por tenerla en mi bando en el conflicto.

Chasqueé los dedos, y mi poder envolvió a Miska, que chilló de sorpresa, y la arrastró hacia la puerta.

—Vete. Escóndete hasta que vayamos a buscarte —ordené, con un tono que acalló cualquier posible discusión. Nos quedamos todos mirándonos unos a otros, congelados en algún extraño limbo, mientras Miska huía. La puerta se cerró de un golpe y, con el sonido de la campanilla, Kaden e Isaiah atacaron. Isaiah fue a por Dianna, y Kaden a por mí.

Al ver que Kaden se abalanzaba sobre mí, la gente huyó entre gritos.

Chocamos y caí de espaldas, debajo de él, sobre una mesa que se hizo pedazos. Me dio tres buenos puñetazos antes de que pudiese bloquearlo. Al siguiente le sujeté el puño, me incorporé y le di un

cabezazo en la cara. El crujido de la nariz al romperse me resultó muy agradable. Se me apartó de encima y me levanté de un salto.

Me aguardaba, sin preocuparse en absoluto por la fractura. No tuve tiempo de pararme a pensar en que la sangre que le brotaba de la nariz era negra. Oí que Dianna gruñía de dolor en algún lugar a mis espaldas y cerré la mano. Los ojos de Kaden se fijaron en mi puño, y su rostro adquirió una palidez cadavérica.

No tenía un anillo que me ayudase a invocarlo, pero, por la razón que fuese, cuando Dianna estaba cerca, o en peligro, eso no parecía importar. El Olvido respondió a mi llamada, se me enroscó en la muñeca y se acumuló en la palma, hasta solidificarse en un puñal.

Kaden tragó saliva, tembloroso y empapado en sudor, mientras sus ojos saltaban sin cesar entre el puñal y yo. Había visto una mirada idéntica en hombres que se habían meado de miedo y habían huido del campo de batalla. Isaiah siseó al recibir un golpe de Dianna, y a Kaden se le fue la mirada hacia ellos. Vi que la determinación de protegerlo se imponía al miedo y comprendí que, de alguna forma retorcida, se me parecía. Yo no abandonaría a Dianna, y él no abandonaría a Isaiah.

Kaden se movió primero. Abatí el arma sobre él, pero se echó atrás y la esquivó. Le di un puñetazo en las costillas, con fuerza suficiente para romperlas. Kaden siseó y se apartó tambaleándose, con una mano en el costado. Se irguió y me gruñó, con los colmillos brillantes y las garras extendidas, preparado para hacerme pedazos. Las costillas rotas dolían, pero conocía el poder de Kaden y sabía que se curaría nada más recibir cualquier daño que le hiciese. Sin embargo, por el modo de ladear el cuerpo para proteger aquel costado, supuse que yo no era el único con secuelas de heridas anteriores. Aquel era su punto débil. Era bueno saberlo.

Dio una patada con la intención de alcanzarme el tórax. La paré y volví a mi posición defensiva. Aprovechó el impulso para girar y lanzarme una patada circular a la cabeza. El cuerpo de Kaden era

pesado, cargado de músculos abultados, pero eso no lo frenaba en absoluto. Era rápido y golpeaba fuerte. Le rompió una pata a la mesa más cercana y la tiró como

una lanza. Se clavó a fondo en la pared que yo tenía detrás. Comprendí que, en sus manos, cualquier arma sería peligrosa. Solo un guerrero inexperto pecaría de exceso de confianza e ignoraría la amenaza que representaba.

Tenía que reconocérselo. Esquivaba mi cuchillo con habilidad y con una gracia feral. Nos atacábamos el uno al otro como en una danza salvaje.

Algunos puñetazos y patadas alcanzaban el objetivo, pero la mayoría fallaban. En todo caso, consiguió esquivar mi arma una y otra vez.

Necesitaba encontrar un hueco para entrarle y, cuando Isaiah gritó, lo hallé.

Tras el grito, algo pequeño y metálico rodó por el suelo. Al volvernos, Kaden y yo vimos que Isaiah se limpiaba una ceja ensangrentada y Dianna sonreía con los dientes y la barbilla llenos de sangre. Le había arrancado el aro de la ceja con los dientes.

No dudé y, cuando Kaden se volvió a mirarme, ya era tarde. Cargué, con la hoja apuntándole al tórax. Se echó a un lado, justo donde yo lo quería. Con el otro puño le aticé un golpe en la mandíbula. Se tambaleó, y yo me eché encima, lo sujeté del otro brazo y me lo tiré sobre el hombro con tanta fuerza que lo dejé sin respiración. Le clavé el puñal del Olvido en el pecho, y lo miró con los ojos muy abiertos, horrorizado.

—Procuremos no encontrarnos de nuevo —dije, burlón, y retorcí el puñal en la herida.

Kaden abrió la boca y me cogió la mano con las suyas, como si quisiera sacar el puñal y salvarse, pero ya era tarde. Su cuerpo se

desintegró en un millar de partículas negras que quedaron suspendidas en el aire.

—¡No! —El grito de Isaiah fue espeluznante.

Apartó a Dianna de un empujón y, mientras ella recuperaba el equilibrio, cargó hacia mí con las garras extendidas, pisando con fuerza, consumido por una cólera absoluta, cegadora y plena de odio. Me levanté y giré el Olvido, listo para terminar también con él.

Isaiah echó atrás la mano, preparado para golpearme. Rugió, pero de la garganta le salió un sonido titubeante. Se detuvo con paso inseguro y, con

ojos desorbitados, se llevó la mano al corazón.

Lo observé con inquietud, sin moverme.

Sus ojos, llenos de pánico, se cruzaron con los míos, y con la boca formó una palabra que no llegó a pronunciar; a continuación, estalló en el mismo humo de color obsidiana que su hermano.

Boquiabierto, me quedé mirando la ceniza que flotaba en el aire. ¿Qué había ocurrido? Ni siquiera lo había tocado. Bajé el arma y me volví a mirar a Dianna, que tenía la vista clavada en el punto que había ocupado Isaiah. A juzgar por su expresión, estaba tan confusa como yo.

—¿Qué está pas…?

Se me atascaron las palabras en la garganta al ver que abría mucho los ojos y se llevaba la mano al pecho. Entonces lo sentí. El vínculo que unía nuestros corazones se tensó hasta romperse. Estiró la mano hacia mí mientras la agonía se apoderaba de su mirada.

—Sami. —Se le doblaron las rodillas y, antes de tocar el suelo, su cuerpo se convirtió en una pila de ceniza color obsidiana que revoloteaba en el aire.

Fue mucho peor que todos los miedos y todas las horribles pesadillas que me habían atormentado. Los recuerdos se despertaron, y con ellos aquella fuerza destructiva que vivía en lo más profundo de mi ser. Me habían torturado, y me había enfrentado a la muerte. Creía saber lo que era el verdadero dolor, un dolor imperecedero, pero las palabras no podrían describir lo que sentí al ver morir a Dianna delante de mí y notar cómo los últimos retazos de ella se desvanecían de mi alma. El corazón se me iba a salir, y una agonía inmensa y desgarradora me hizo pedazos. El viento aullaba, gritaba la angustia que yo era incapaz de expresar. El calor se me extendió por las venas y activó mis *adyin*. Me llegaron gritos del exterior; el océano se había tornado violento y golpeaba con fuerza la caverna. El sol huyó y el día se trocó noche mientras algo antiguo, horrible, que yacía en mi interior, se despertaba con un rugido y enseñaba los dientes. Caí de

rodillas en el suelo, junto a las cenizas que habían remplazado a mi alma.

Ni siquiera me di cuenta de que el mundo se detenía.

—Menudo. Mal. Genio. —A mis espaldas, una voz masculina pronunció las palabras una a una.

Giré la cabeza al instante. Había algo en su tono que me exigía prestarle atención. Estaba sentado en una silla, a pocos metros, envuelto en una túnica negra escotada, una chaqueta acampanada que le llegaba hasta la pantorrilla y pantalones a juego. La oscuridad fluía de él, casi como un segundo manto. Pero no era solo oscuridad, sino el Olvido, en cuyo vacío se movían de aquí para allá unas partículas de luz púrpura. Un frío, más intenso que cualquier hielo, se coló en el salón y trajo consigo un entumecimiento que, en el fondo, agradecí. Nunca lo había visto en persona, al menos que yo recordase, pero no tuve ni la más mínima duda de a quién tenía delante.

Muerte.



–¿Por qué tienes mi aspecto? —gruñí. Me estaba esforzando por no pensar en el dolor casi insoportable de lo que había perdido.

—¿Esto? —Tiró de la solapa hacia fuera y bajó la mirada para contemplar los complejos patrones purpúreos bordados en el tejido —. Esto es lo que tú eres, quién eres y lo que en realidad cruzó mis puertas. O, al menos, lo que trató de impedir tu padre. —Sin esforzarse, ni doblar ninguna articulación, se puso en pie con un único movimiento firme e imposible.

Pasó de estar sentado a ponerse de pie sin solución de continuidad—. De todos los hermanos, jamás pensé que tú fueses a ser el peor, ¿sabes?

Me levanté, con un pie delante del otro, y ladeé el cuerpo para atacar.

—¿Quién eres? —exigí. Lo sabía, pero necesitaba que él lo dijera, que lo enunciase en voz alta, y me diese esperanza.

—Ya sabes cómo me llamo. —Sonrió, y fue una sonrisa antigua—. Te he acompañado en cada campo de batalla bañado de sangre. He vivido en tu sombra cada vez que has alzado una espada. Algunas

noches, entre los fragmentos de tu viejo hogar, cuando los recuerdos gritaban demasiado alto, me rogabas que te llevase conmigo. Tú y yo llevamos en este baile muchísimo tiempo y, cuando por fin llegaste a mi reino y tuve la

oportunidad de reclamar tu corona, ella me la quitó.

Señaló detrás de mí con un gesto de la mano, pero no me sentí capaz de volver a ver sus restos. Me negaba a aceptar la realidad de su pérdida, y menos aún al ver que aquel ser estaba jugando conmigo. Había acudido allí por alguna razón; quería algo. Lo obligaría a devolvérmela y, si no lo hacía, lo lamentaría. Mi cólera se desencadenó y el viento aulló a nuestro alrededor. En el exterior, la presión descendió al formarse un huracán sobre la caverna. Los elementos respondían a mi angustia y mi dolor.

—Tráela de vuelta —exigí con voz ronca.

—En realidad —Muerte alzó un frío dedo—, ella no ha salido de esta sala. O quizá debería decir «ellos». Piensa en ello como una siesta, una forma de estasis que yo puedo controlar. Si no llegamos a un acuerdo, haré que sea permanente.

Parpadeé y el corazón me dio un vuelo al oírle decir eso. No estaba muerta, o no del todo. Todavía no, al menos.

—Creía que nada podía sobrevivir al Olvido —escupí, con los dientes apretados. Me invadía la furia al pensar que aquel ser estaba negociando con la vida de Dianna.

—¿De verdad crees que un dios tiene más poder sobre la muerte que yo? Yo soy Muerte.

Un giro del anillo, y un arma ardiente me apareció en la mano. La giré sobre la palma para que la hoja del cuchillo se me apoyase en la muñeca.

Solo un loco haría lo que hice a continuación, pero, tratándose de Dianna, yo lo era. Me adelanté de repente, sujeté la nuca de Muerte y le puse en el cuello el metal ardiente.

Me miró y sonrió.

—Ahí está. Toda esa calma desaparece cuando la amenazada es Dianna.

Conozco tu alma, Samkiel. Sé lo que acecha bajo tu piel, y por qué Dianna te reconforta. Tu padre lo temía tanto que creó un anillo para contenerlo. Y, ahora, tú lo empuñas sin dudar, aunque te podría salir muy caro. Siempre te

han presentado como el paradigma de la bondad, la rectitud y la nobleza, con una resolución más firme que el acero de cualquier espada. Sin embargo, con la presión adecuada, hasta el acero se quiebra. Y, cuando eso ocurre, temo por los que estén cerca de ti.

Le presioné el cuello con la hoja y le hice levantar la barbilla. Era muy extraño mirar mi propio rostro, ver el Olvido arremolinarse alrededor de mis hombros y saber que no lo controlaba yo.

—Tráela de vuelta, o lo usaré contigo.

Muerte enseñó los dientes en una mueca burlona.

—Roccurrem tenía razón al hablar de vosotros y del amor desesperado que compartís. Deberían haberse esforzado más por manteneros separados.

En verdad, no podrías vivir sin ella, ¿no es cierto? El gran y poderoso Samkiel ha caído ante una simple mujer.

—Dianna es mucho más que eso, y tú lo sabes. Ella es el motivo por el que me dejaste escapar. Así que hazlo de nuevo. Toma mi alma, si es necesario, pero tráela de vuelta.

—Ella es mi parte favorita del universo —replicó Muerte con una imperturbable sonrisa burlona.

—Cuidado con lo que dices —mascullé.

—¿Quieres saber por qué? —Muerte presionó contra el cuchillo, sin mostrar ningún temor—. Porque te convierte en alguien fácil de controlar.

Eres como un perro que acude a la llamada. Harás lo que yo quiera sin dudarlo un instante.

Apreté los dientes y le clavé una dura mirada. Podía seguir enfadado, pero la cruda realidad era que Muerte tenía poder sobre mí. Por muy poderoso que yo fuese, o que pudiese contar con los dioses, o con el Olvido, era incapaz de resucitar a los muertos. Mi peor pesadilla se había hecho por fin realidad. Miré de reojo el suelo cubierto de cenizas donde había estado ella y me costó respirar. Bajé el cuchillo y, con la fuerza de voluntad que me quedaba, lo hice desaparecer.

—¿Qué quieres? —pregunté con tono seco y brusco.

—Los necesito, y no puedo permitir que interrumpas mis planes continuamente. Así que o todos ellos viven, o todos mueren. La elección es tuya y de nadie más. Ese es el regalo que te doy —dijo, y me sacudió una brizna de ceniza de la camisa.

—¿Regalo? —casi grité—. Atas el amor de mi vida a ellos y pretendes… ¿qué? ¿Que te esté agradecido?

—No, pero sí espero que tú, igual que tu hermano, hagas lo que te pido.

Lo cogí de la camisa y tiré de él para acercar su rostro al mío, aunque mirar a mis ojos era más que desconcertante.

—Si no me la traes de vuelta, nada me impedirá encontrar una forma de destruirte —amenacé.

Muerte rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Menuda arrogancia. Los dioses sois todos iguales. Os creéis en posesión del poder sobre mis parientes y sobre mí. Es muy molesto. ¿Sabes cómo morirás, noble hijo de Unir? ¿Tu auténtica muerte? Porque yo sí.

También he visto la de Dianna. Sé por qué viviréis y por qué moriréis. No es el momento aún, pero podría serlo.

Gruñí, enfadado de que se atreviese a pronunciar su nombre, pero Muerte no me temía. Sonrió. De hecho, incluso sin tener en cuenta su poder, los ojos totalmente negros demostraban que era un Sin Forma engendrado en los confines del tiempo.

Muerte sabía que me tenía cogido por las pelotas y que yo no podía hacer nada por evitarlo. Mientras ella viviese, ellos también. Era muy consciente de cuál sería mi elección.

Sacudí la cabeza y lo aparté de un empujón.

—Eres cruel por vincular sus destinos con el de ella.

—¿Cruel, o inteligente?

Si las miradas matasen, Muerte tendría un cuchillo enorme clavado en el cráneo.

Despreocupado, se balanceó sobre los talones con las manos en los bolsillos.

—Es el plan perfecto. Si los matas, ella muere, y ambos sabemos que tú jamás le harías daño a tu preciosa *akrai*.

Hundí los hombros, derrotado, y me volví hacia la pila de cenizas que antes había sido mi alma y mi corazón. Tenía razón. Por los dioses del cielo, tenía razón. Por salvar a Dianna me clavaría mi propia espada. Convertiría los mundos en pavesas si la amenazasen. Dioses, había

cortado cabezas en su nombre, por herirla, incluso antes de que estuviésemos juntos. Lo que albergaba hacia ella en mi interior era más que amor. Ella lo era todo para mí. En lo tocante a ella, yo no tenía límites.

—¿Con qué objetivo? —pregunté mientras lo miraba de nuevo.

Me señaló y agitó el dedo.

—Por fin haces las preguntas correctas. Hay una bruja que lleva un medallón, y tu hermana lo busca con desespero. Al que la protege se le da muy bien ocultarla. Tanto que no logro encontrarlos, pero creo que todos vosotros, si trabajáis juntos, lo conseguiréis.

—¿Y por qué querría ninguno de nosotros hacer algo así?

—Porque sería un error tomarse ese medallón a la ligera. Si tu hermana se hace con él, podría exponer los dominios a guerras a escala galáctica. El número de muertos sería incalculable.

Me estremecí e inspiré hondo.

—¿Y eso es lo único que quieres? ¿Y luego ella será libre?

Muerte encogió un hombro.

—Más o menos.

—¿Qué significa eso? —gruñí, enfadado.

—Hay un dicho de los mortales que he oído a muchos hombres decirse a sí mismos. Me encanta. —Muerte sonrió; los dientes serrados eran visibles bajo la piel translúcida—. Quienes buscan venganza deberían cavar dos tumbas. En vuestro caso, yo diría que tres. Encontrad el medallón, o

empezad a cavar.

Mis pulmones se negaban a respirar; mi cuerpo entero repudiaba conectarla con el hombre que casi la había destruido. Pero sabía que no tenía elección.

—¿Y cómo lo voy a encontrar? —pregunté con los dientes apretados.

Muerte se miró las uñas con calma.

—Yo empezaría por el Altermundo —dijo.

Una masa oscura y giratoria irrumpió en la sala y circuló por ella con un sonido chirriante. Me agaché y me tapé la cabeza mientras arrastraba todo el contenido de la habitación; sillas, mesas y papeles daban vueltas en un pequeño vórtice que se detuvo tan deprisa como había comenzado. Miré hacia la luz del sol que se colaba por la ventana intacta. El tiempo se reinició y el restaurante recuperó el aspecto inicial, como si jamás hubiésemos peleado allí. Me volví de inmediato, esperanzado, mientras las cenizas se transformaban en carne y hueso. Posé los ojos en Dianna a tiempo de verla jadear. Me lancé a abrazarla con fuerza y le sujeté los brazos a los costados. Nuestro vínculo se restauró de inmediato, se abrió con un fogonazo y me llenó el pecho; me inundó de calidez el corazón, las venas, el alma misma.

Me rodeó con los brazos y estuve a punto de sollozar. Apartó la cara y me miró, sorprendida.

—¿Qué ha pasado?

—Yo —respondió Muerte detrás de nosotros. Nos volvimos. La mano de Dianna, que me sujetaba la manga, se cerró en un puño al ver que llevaba mi apariencia. Muerte le dedicó una mueca burlona, pero no dijo nada, sino que se volvió hacia Kaden e Isaiah. Kaden tragó saliva y se frotó el cuello con aire distraído.

—Me preguntaste con qué propósito te traje de vuelta. Ahora ya sabes al menos una parte de la razón. Si mueres, tu hermano y la

mujer a quien amas morirán contigo. De forma permanente. —Le sonrió mientras Kaden

tragaba saliva con dificultad—. Y ambos sabemos que para ti ese destino es peor que la muerte.

Muerte se encaró hacia mí.

—Cuidad los unos de los otros y encontrad el medallón, o la próxima vez que nos veamos arrastraré a tu esposa más allá del velo. Créeme, rey dios. Yo gobierno mi reino, y ya no la volverás a ver.

El corazón me golpeaba el pecho, como si se desgarrase con cada latido. Deseaba exterminarlo allí mismo, pero me tenía en su poder, y lo sabía. Jamás la pondría en riesgo a ella. Muerte me había comparado con un perro, y lo era. Para conservar a Dianna haría las cosas más inimaginables.

Si Muerte me pidiera que, por ella, terminase con el mismo universo, lo haría. Y su sonrisa me dijo que él también lo sabía. Su figura cambió y colapsó sobre sí misma, y un pájaro de ojos opacos y plumaje de color medianoche graznó. Pasó volando junto a nosotros y se fue por la puerta, y nos dejó a todos mirándonos unos a otros.



Samkiel cerró de un portazo y me giró hacia él.

—Quítate la camisa —ordenó.

—Desde luego —dije, y me pasé el top por la cabeza—, no me lo vas a tener que repetir.

Me quedé plantada frente a él, con los pechos sujetos por el sostén sin aro, pero sus ojos no mostraban lujuria. Samkiel se acercó a mí con la mirada fija en el esternón, como si me hubiese clavado un puñal en él.

Extendió la mano y deslizó los dedos con suavidad sobre la piel; el contacto me produjo un escalofrío.

—¿Duele? —Rebuscó en mis ojos, desesperado.

—Más bien lo contrario —murmuré.

—Es muy astuto al usarte contra mí. Eres mi única debilidad —dijo con una sonrisa melancólica, sin dejar de mirarme a los ojos—. Moriste, *akrai*.

Vi cómo te convertías en cenizas.

—Estoy aquí, contigo.

Me miró; tenía la respiración entrecortada y parecía a punto de hiperventilar.

—Muerte ha vinculado tu vida a las de Kaden e Isaiah. Te ha devuelto a

la vida, pero solo si trabajamos con ellos.

Asentí, no muy segura de cómo reconfortarlo, ni reconfortarme a mí misma. Eso lo cambiaba todo, y nos imponía una conexión que no sabía cómo podríamos romper ninguno de nosotros. Pero en ese momento tenía otra preocupación. Me importaba más el hombre que tenía frente a mí, y los chisporroteos del Olvido que se le arremolinaban en los hombros y de los que no parecía ser consciente en absoluto.

—Ya veremos qué hacer —dije. Le deslicé la mano por el antebrazo para tratar de controlar el torbellino que se le estaba formando en los ojos.

—No lo sé…

Posé los labios sobre los suyos para interrumpir las siguientes palabras.

Cuando me aparté, el ambiente de la habitación había cambiado. Ya no era la presión invasiva de una tormenta incipiente, sino algo muy distinto. Un destello de plata brillante le asomó a los ojos, y luego me posó la mano en la cara y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Tenemos que pensar qué haremos con ellos —dijo con un rugido sonoro y profundo.

Me puse de puntillas y lo cogí de la nuca.

—Después —susurré. Mi aliento le hacía cosquillas en los labios.

Me besó, con suavidad al principio, hasta que el efecto de haberme perdido se adueñó de él. Me pasó los dedos por el pelo y sujetó los largos mechones de detrás; luego tiró de mí hacia él, con pasión. Se adueñó de mi boca, su lengua me invadió y los dientes me mordisquearon los labios. Ceñí el cuerpo contra el suyo y respondí a sus besos con la misma ferocidad; las lenguas, desesperadas, luchaban entre sí. Comprendí la necesidad que sentía, el hambre, el deseo de demostrarse a sí mismo que yo estaba allí, indemne. Necesitaba sentir que yo estaba viva. Y, por los dioses, yo también lo necesitaba.

Traté de apartarme un poco para que pudiésemos quitarnos la ropa, pero se negó a soltarme. De un instante para otro, los tejidos volaron de nuestros

cuerpos y nos quedamos desnudos. Sus *adyin* resplandecían, y no me cupo duda de que los ojos también. Me besó con un hambre voraz, y noté su aliento caliente en la barbilla, las mejillas, los oídos, donde quiera que llegase. Se me escapó un chillido cuando bajó los brazos, me agarró de la parte posterior de los muslos y me levantó sin esfuerzo. Se desplomó en la cama conmigo, y el colchón se hundió bajo el peso. Los labios me encontraron de nuevo; yo le acaricié cada parte de él a la que alcanzaba.

«Mía. Viva. Intacta. Mía. Mía. Mía».

Me llegaba la voz a través del vínculo, como un canturreo grave y gutural; cada pensamiento suyo rebosaba desesperación y terror. Sus emociones sobrepasaban las mías, y supe que, si nos quitásemos los anillos, seguiría sintiéndolas.

Gemí.

—Sí. Tuya —susurré, para que se convenciese de que estaba allí, con él.

Gruñó sin apartar los labios de los míos y me deslizó la boca por la mejilla y después por la parte más sensible del cuello. Gemí e incliné la cabeza para que alcanzase mejor. Los dientes rozaron la vena que latía con fuerza, y yo levanté las caderas y le presioné el miembro, grueso y duro. No lo quería ahí fuera, lo quería dentro de mí. Me retorcí bajo su peso y metí las manos entre los dos, decidida a tenerlo donde yo quería. Pero, antes de que pudiese agarrarle la polla, algo tiró de mis manos y me las levantó sobre la cabeza. Miré de reojo las muñecas cruzadas y di unos cuantos tirones de prueba. Había usado su poder para atarme, y el contacto familiar me puso el vello de punta. Esa nueva sensación me produjo una emoción extraña, oscura. A Samkiel le confiaría la vida; no me daba miedo dejarlo que tomase el control para que hiciera de mí lo que quisiese. No me asustaba, oh, no. De hecho, me excitaba.

Abrió la boca y la cerró sobre un pezón.

—Sami —dije, ronca y sin aliento. Aplastó la lengua contra el pezón y

luego lo lamió, y yo arqueé la espalda y le empujé la teta hacia la boca.

Yo frotaba las caderas contra él, buscando la fricción y satisfacerme, pero apartó el cuerpo; se negaba a darme lo que yo buscaba con tanta desesperación. Lo que hizo fue mordisquear una teta y luego la otra, y después descender. Me llovieron besos en el esternón y en las costillas.

Gemí cuando deslizó la boca sobre el estómago y las caderas. Miré hacia abajo, creyendo que se aventuraría entre mis piernas, pero no lo hizo. Me acarició los muslos y los estrujó y luego las manos siguieron pierna abajo, seguidas de la boca, que dejó un rastro de excitación a su paso. Al besarme la rodilla, comprendí que no solo intentaba ponerme cachonda. Me estaba adorando, a mí, cada parte de mi cuerpo, como si tocarlos, besarlos, los hiciese más reales.

Oh, mi amor. Cuánto daño te había hecho Muerte.

Su peor pesadilla se había hecho realidad, y ahora buscaba asegurarse de que yo era real, que estaba viva e intacta. Era algo que podía entender a la perfección. Sentí una opresión en el pecho y se me humedecieron los ojos. Nunca me habían amado así, y sabía que nadie más lo haría.

Posó los labios en el pie y pasó a la otra pierna. Me mordisqueó el tobillo y luego subió por la pantorrilla. Aplanó la lengua y trazó un camino por el muslo antes de agachar la cabeza y morderme la carne suave del culo.

Chillé y sus ojos saltaron a los míos. Detrás de ellos no había ningún hombre, solo un dios salvaje, en estado puro.

Samkiel se levantó sin dejar de mirarme; en la oscuridad de la sala, los ojos le brillaban como plata fundida. Me cogió los muslos y me abrió de piernas; los jugueteos habían hecho que mi sexo reluciese de humedad.

Gemí y contuve el aliento cuando se metió entre las piernas, con la polla colgando entre ambos.

—Fóllame —supliqué. Tironeé de las manos que seguían atadas por su magia—. Por favor, te necesito dentro de mí.

No me hizo caso, pero el poder que me sujetaba las muñecas se

desvaneció. Intenté metérmela dentro, pero me sujetó por las piernas y rodó para ponerse de espaldas, conmigo encima. Durante un segundo me pregunté qué diablos hacía, pero luego me agarró el culo y me deslizó sobre su cuerpo hasta que el coño le quedó sobre la boca.

—Cariño. Joder. —Eché la cabeza hacia atrás, con un profundo gemido, cuando me metió la lengua entre los pliegues. Me acaricié las tetas mientras él me sujetaba las caderas y chupaba el clítoris con la húmeda calidez de su boca. Un espasmo de placer me hizo

contraer el coño. Sacudí las caderas para montarle la cara. Él no se detuvo ni cambió de posición.

Clavó los dedos en el culo y me dejó follarle la boca mientras él chupaba y lamía. Yo gemía cada vez más fuerte a medida que la presión se me acumulaba en el bajo vientre. Dioses, qué gustazo. Follarlo era un gustazo.

Iba a morir así, y me parecía perfecto.

Cambió de posición y me levantó de encima de él. Protesté, pero él solo sonrió. Me cogió con tanta fuerza como para hacerme moratones y me volvió a sentar sobre su cara. La lengua se me clavó en las profundidades del coño.

—¡Sami! —grité.

Aquella cálida intrusión me hizo poner los ojos en blanco, y el coño se cerró alrededor de su lengua. Me levantó otra vez y me volvió a estampar contra la cara, follándome con la lengua hasta casi hacerme perder el sentido. Con cada empujón, la nariz me rozaba el clítoris. Yo le agarraba las muñecas con fuerza para tener un punto de anclaje.

—Oh, dioses. Oh, dioses. Oh, dioses. —A esas alturas, no sabía si gritaba o lloraba, y me daba igual. Lo único que me importaba era que no parase. Sacudí las caderas para follarle la cara, y la desesperación me hizo gemir y retorcerme, suplicar más y más. Le presioné la boca con el coño.

Necesitaba más. Lo necesitaba a él, entero, dentro de mí.

«Por favor, Sami. Por favor», supliqué a través de nuestro vínculo; dejé que la voz mental se empapase de toda la necesidad, el deseo y el amor que

sentía.

Al oír lo desesperada que estaba, gruñó, y el sonido me reverberó en el clítoris. No necesité más para llegar al límite. El orgasmo estalló con la fuerza de una tormenta de llamas.

Grité y un espasmo me hizo cerrar los muslos. Le apreté la cabeza con fuerza suficiente para asfixiarlo. Me temblaba el cuerpo por el orgasmo; él seguía devorándome y el placer era abrumador. Quise apartarlo, pero no pude; me sujetaba los muslos. Otra ola de éxtasis me recorrió y sentí un cosquilleo en los dedos de los pies. Detrás de los párpados veía estallar las estrellas, y no existía nada excepto él y el placer que me atravesaba de punta a punta.

Sentí el contacto de la cama en la espalda y, cuando me besó, poco a poco recuperé la visión de la habitación. Le devolví el beso y, al juntar las lenguas, el sabor de mi coño me hizo necesitarlo de nuevo. Samkiel deslizó las manos por debajo de mí y me cogió los hombros. Tiró hacia abajo a la vez que me clavaba la polla con fuerza. La metió hasta dentro en la primera embestida, y yo dejé de besarlo para gemir de placer. No iba despacio ni era juguetón, como solíamos hacer. No, me estaba reclamando como suya.

Algo se había apoderado de mi marido. No tenía nombre, pero era algo antiguo, primordial, salvaje.

Samkiel me enterró la cara en el cuello; las manos que me sujetaban los hombros apretaban hasta dolerme. Me retuvo en aquella posición debajo de él y las caderas se empotraron en mí con un ritmo salvaje y brutal. Subí las rodillas hasta su cintura para abrirme más, y me quedé con la boca abierta, de la que escaparon una sucesión de gemidos y jadeos silenciosos mientras me follaba hasta el fondo. Cada acometida me sacudía las piernas y me llevaba más cerca del orgasmo.

El fuego se deslizó por las venas y arrasó cualquier recuerdo de todos mis anteriores amantes. Solo estaba él. Y solo estaría él, para siempre. Alzó la cabeza y me miró desde arriba. Le corría el sudor por la sien. El amor, en

su forma más pura y sincera, me invadió cuando nuestros labios se juntaron de nuevo, con una sensación tan sobrecogedora que no supe cómo reaccionar. Lo único que me salvó fue que pude saborear en su beso la misma emoción abrumadora. Claro que pude. Él siempre estaría a mi lado.

Yo era suya, y él era mío.

Samkiel besaba igual de bien que follaba. Dedicaba el cuerpo y la mente por completo, empujado por una necesidad cruda y cegadora. Y, dioses, los sonidos que hacía, los gemidos, los gruñidos… Solo con eso ya me correría. El orgasmo me hizo echar la cabeza para atrás, me resonó a través del cuerpo mientras el placer estallaba en todas las terminaciones nerviosas. Tensé el coño sobre la polla y la estrujé entre espasmos mientras cabalgaba la ola del orgasmo.

Con la respiración entrecortada y los bíceps tensos, Samkiel empujó para meterse aún más adentro. Echó la cabeza hacia atrás y tensó los músculos del pecho y del cuello.

—Joder, *akrai* —siseó, y luego estampó la polla una vez más antes de correrse él también y acompañarme en el placer.

Nos quedamos tumbados, con los miembros entrelazados, Samkiel todavía dentro de mí; pero el mundo, con sus realidades imposibles, volvió a nosotros en tromba. De buen grado nos quedaríamos allí horas, días, quizá más, pero el mundo no lo iba a permitir. A medida que nuestras respiraciones volvían a la normalidad y los latidos del corazón se ralentizaban, el silencio se adueñó del dormitorio. El aire que soplaba desde el balcón era como un susurro que refrescaba los cuerpos sudorosos. Le acaricié el cuero cabelludo con los dedos mientras ambos tratábamos de procesar las últimas horas.

—Odio que me amenacen —dijo por fin.

—Lo sé.

Inspiró hondo, sin dejar de rodearme con los brazos.

—Un perro que se tiende a los pies de su amo, fue lo que dijo. Y joder

si tiene razón. No tengo ni idea de qué tiene planeado para nosotros, pero por el momento le seguiré el juego, porque no puedo perderte.

—Oye —dije. Lo cogí del pelo y tiré de la cabeza para obligarlo a mirarme—. Estoy aquí, a salvo. Viva.

Se incorporó sobre los brazos y me miró desde arriba. Respiraba tan rápido que casi no podía seguir el movimiento de su pecho.

—Pero, por culpa mía, dejaste de estarlo.

—No. —Le sujeté la cara—. No por culpa tuya, sino porque Muerte está enfrascado en un juego enfermizo. Jamás podría ser culpa tuya. Tú me amas. Nunca me harías daño.

Los ojos destellaron y recuperaron el color gris tormenta habitual. Las *adyin* se desvanecieron y en su lugar solo quedó una piel firme y bronceada.

—No creo que esté destinado a gobernar este mundo —dijo, muy serio.

Como si, en lo más profundo de su ser, aceptase esa idea como verdadera

—. Creo que por eso nos mantuvieron distanciados, por eso pelearon y manipularon durante siglos, para asegurarse de que nuestros caminos no se cruzasen.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño, confundida.

—Pues que, si al final tengo que decidir entre el mundo y tú…, siempre vas a ser tú. He vivido y he muerto por la espada. Y nada de

ello mereció la pena. Tú sí la mereces. Siempre te voy a escoger a ti, y mis enemigos lo saben.

—Nunca tendrás que tomar esa decisión. Juntos, somos lo bastante poderosos para enfrentarnos a cualquier tormenta que se abata sobre nosotros. —Le apoyé la mano en el pecho y me incorporé. Le di un beso fugaz en los labios—. Incluso las que tú mismo provocas.

Sus labios esbozaron una tenue sonrisa. Le sequé la lágrima que le corría por la mejilla y él me sujetó la muñeca con dulzura y me besó la palma de la mano.

—¿Fue muy malo? —preguntó, dubitativo, como si decirlo en voz alta

lo hiciese realidad. Necesitaba saberlo, y no me sorprendía—. ¿Lo que sentiste?

—¿La verdad? —Me encogí de hombros—. No, solo fue un segundo.

Creo que no me marché el tiempo suficiente para que mi cerebro lo procesara. Fue como un parpadeo.

Agachó la cabeza y asintió con solemnidad.

—Nunca me lo perdonaré.

—Tú no hiciste nada malo.

Me miró como si no me creyese.

—Estás vinculada a ellos —dijo—, y ellos a ti. Odio toda esta situación, pero, por mucho que los odie, no puedo ponerte en riesgo.

—Lo sé —asentí.

—Y, así, mis enemigos se convierten en amigos —dijo con un leve atisbo de malicia—. Por ahora.

Le apoyé la mano abierta en el bíceps y dejé que los dedos bailasen sobre el poderoso músculo.

—Entonces, ¿qué quiere Muerte? ¿Cuál es el plan?

Me contó todo lo que le había dicho Muerte, las burlas, las amenazas.

Cuando terminó de hablar, yo reía entre dientes.

—No tiene gracia —dijo con el rostro inexpresivo.

—Oh, sí que la tiene, sí —repuse—. ¿Así que vamos al Altermundo a por ese estúpido medallón y ya está, Muerte nos deja en paz? No me lo trago.

Samkiel frunció el ceño.

—Yo tampoco, pero cada cosa a su tiempo. Tenemos que ver a Killium.

Entonces me llegó el turno de sentirme confusa.

—¿Por qué?

—Necesito el anillo. El Olvido es cada vez más inestable y, por lo que me ha dicho y me ha mostrado Muerte, no puedo arriesgarme. —Samkiel se miró el hueco vacío en el dedo—. Sin él, soy demasiado impredecible.

—-De acuerdo —dije. Lo empujé para intentar quitármelo de encima

—. Empezaremos por ahí.

Se apartó de mí y se tumbó a mi lado, pero me siguió reteniendo con el brazo.

— ¿A dónde vas? —quiso saber.

Apreté los labios.

—A ducharme y a interrogar a nuestros prisioneros. Luego iremos a ver a tu amigo mágico. Ya sabes el plan.

—Todavía no. —Me atrajo hacia él, pecho contra pecho, y me dio un beso lleno de amor y desesperación.



Un sordo zumbido mecánico me hacía vibrar los pies mientras el buque de guerra en el que viajábamos surcaba el cielo. Estaba encerrada en el vacío de mi mente; hacía ya mucho que había cejado en el empeño de recuperar el control de mi cuerpo. Cuando la luz de Samkiel rasgó el cielo, vinieron unos guardias, e Isaiah desapareció. Hice un gesto mental de desagrado al darme cuenta de lo mucho que me hería que Isaiah me hubiese abandonado tras decir que me protegería. Tal vez yo no era para él más que otro juguete, y ya se había cansado de mí. Me odiaba a mí misma por dejar que me importase. Era un asesino, lo peor de lo peor, y cómplice de la muerte de Samkiel. No debería sentir por él más que desprecio; pero, cuando me acarició la cara con los nudillos y me ajustó un mechón tras la oreja, fue la primera vez que sentí algo desde mi captura.

Mientras ellos hablaban, permanecí de pie, con la espalda recta y los brazos a los lados observando unas alas de un blanco purísimo moteado de oro. Eran de Milani, la reina de Trugarum. Tenía la flota más grande que hubiesen visto jamás los dominios, y con esa enorme armada gobernaba el cielo, todos los cielos. Nismera estaba encantada de otorgarle a Milani

riquezas, joyas y regalos, entre ellos venderme a ella como si fuese un perro guardián. Esa generosidad se reflejaba en el lujo extravagante y en la tecnología que nos rodeaba.

El buque era su principal residencia, y tenía el tamaño de una ciudad pequeña. Las enormes ventanas de su cuarto ofrecían una visión del hermoso cielo y de las nubes. La luz del sol que se derramaba en el interior parecía sentirse atraída por Milani; bailaba con el oro de sus alas y resaltaba su irreal belleza. Sería asombrosa, si no me acordase de lo zorra que había sido cuando no era más que la princesa mimada de su papá. Eso fue en la época en la que tuvo un breve lío con Samkiel; de allí salieron las lealtades que nos habían conducido a la situación actual. Ojalá Samkiel hubiese sabido lo que le ofrecía a ella a cambio.

—¿Por qué la conservamos? —preguntó Ennis, el insano y retorcido hermano de Milani, después de mirarme de reojo. La sonrisa de ella era pura y angélica, y por tanto una completa mentira. No tenía nada de angélica, y la idea de que pudiese ser pura era hilarante. El cabello castaño estaba recogido a los lados con dos pinzas emplumadas que imitaban la complejidad de los diseños de la armadura. La coraza se abría sobre el pecho y terminaba en punta sobre los hombros. Dos alas blancas y estilizadas, similares a las de su cabello largo y abundante, estaban grabadas en las hombreras de oro. Las alas de Milani se agitaron cuando descendió del enorme estrado.

—Órdenes de Nismera. Parece ser que la están buscando y, si está aquí con nosotros, bueno… ¿Cómo se caza a cualquier fiera? —Se detuvo frente a mí y me pasó la uña por la barbilla—. Le tiendes una trampa.

El estómago me dio un vuelco.

—Me sorprende que no le hayas hecho ningún daño —dijo Ennis.

La sonrisa de Milani sería dulce y bonita para quien no supiese que era una zorra vengativa.

—Ya no es a ella a quien quiero hacer daño.

—Ah, cierto. La esposa —comentó Ennis con una sonrisa cruel; luego mordió una fruta redonda y purpúrea.

Milani lo taladró con la mirada y lo señaló con un dedo amenazador.

—No vuelvas a decir eso jamás. Ambos sabemos que no es real.

Él puso los ojos en blanco y se rio, sin dejar de morder la fruta.

Milani me acarició un lado de la cabeza, como si me ajustara el cabello.

—Creíste de verdad que me lo habías robado, hace ya tantos años. Te odié muchísimo. Por culpa tuya, ni siquiera me contestaba las cartas. Y

ahora descubro que a ti también te ha dejado de lado. Te tengo lástima.

Somos prácticamente hermanas.

Si hubiese podido recular, lo habría hecho. Ojalá pudiese hablar, o apartarle la mano de un cachete, o explicarle que Samkiel la abandonó y dejó de hablar con ella porque era una psicópata ambiciosa y sedienta de poder que intentó seducirlo para garantizarse un trono.

Ennis se echó a reír al oír la insensatez y casi se atragantó. Oh, lo mucho que deseaba que cayese muerto, sin más.

Milani me acercó la cara a la mejilla y susurró.

—Ahora, será mío. Y esta vez para siempre, porque Nismera me ha dado un regalo muy especial.

Se apartó y chasqueó los dedos, y después extendió la mano, a la espera. Ennis clavó los dientes en la fruta para sostenerla con la boca, sacó de la armadura un puñal envainado y se lo entregó. Ella lo

sujetó y, al desenvainarlo, las alas se agitaron de excitación. La hoja brillaba; el arma entera latía de pura magia.

No tenía la más mínima idea de la función del puñal, pero, si quería usarlo con Samkiel, seguro que no era nada bueno. Mi cuerpo permaneció impasible, pero mi cerebro se inundó de miedo por él. Ojalá pudiera avisarlo. Aquello estaba mal; era un destino peor que cualquier tortura. Ni siquiera me dejaban morir.

Y así, mientras los odiosos hermanos parloteaban y yo permanecía allí,

como un centinela silencioso, permití que acudiese a mi mente el recuerdo del asesino de piel cálida y ojos de color avellana, y por un momento deseé que volviese a encontrarme.

XLIV
SAMKIEL

–¿Y secuestrar a Miska?

El rostro de Kaden no mostró el más mínimo remordimiento. Tampoco lo esperaba.

—Digamos que fue un daño colateral.

Apreté los puños. Las pocas horas que Dianna y yo habíamos pasado perdidos el uno en el otro no habían rebajado aquella frustración que me hacía hervir la sangre. Quería hacerlos pedazos, hacer pedazos al mismo Muerte por ponernos en esa situación, por ponerla a ella. Me había esforzado por enfriar el odio letal que sentía, pero, en cuanto bajamos las escaleras y llegamos a las mazmorras bajo el palacio, volvió a alzar la cabeza como una víbora lista para atacar.

—Eres asqueroso. —La voz de Dianna era un susurro suave y lleno de odio. Clavó las uñas en las mangas de la camisa oscura que llevaba. Había insistido en estar presente, conmigo, aunque verlos, o estar cerca de ellos, casi la superase. Mi chica fuerte y hermosa. Muerte tenía razón. Para mantenerla a salvo, reduciría el mismo mundo a fragmentos.

—¿A qué viene esta gilipollez de interrogatorio? —gritó Isaiah desde una celda del otro lado—. No puedes matarnos.

Clavé la mirada en Kaden. Estaba sentado al fondo de la celda, entre las sombras. La oscuridad era algo vivo que se desprendía de él y lamía los muros.

—Tiene razón. No puedo mataros, pero apuesto a que ese vínculo que os une a los tres solo se refiere a la muerte. Y a que puedo haceros mucho daño, y durante mucho tiempo, sin que Dianna sienta nada.

Isaiah se irguió.

—Ah, ¿sí? Probémoslo —dijo con furia apenas contenida.

Mostré los dientes en una amplia sonrisa.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Por qué os llevasteis a Miska, y por qué estabais los tres en Whitcliff? Han pasado semanas. Ya deberíais haber vuelto con Nismera —insistió Dianna con una voz tan furiosa que todos nos sobresaltamos.

Los ojos de Isaiah se posaron por un instante en Kaden, pero él nos miraba a nosotros. Dianna y yo nos habíamos duchado antes de bajar, pero el odioso orgullo masculino me hacía desear que pudiese olerme en ella, que mi aroma la cubriese como una segunda piel. Dioses, ojalá eso lo pusiera enfermo.

—¿No volvisteis con ella? —preguntó Dianna con la cabeza ladeada.

Kaden permaneció en silencio, y a mí me faltó medio segundo para sacarlo a rastras y poner a prueba mi hipótesis sobre estar cerca de la muerte.

—Os ha traicionado —susurró Dianna, pensativa.

Al volverme hacia Dianna, vi que Kaden y ella se miraban a los ojos.

Isaiah estaba rígido y había dejado de burlarse. El silencio se adueñó de la sala.

—¿Cómo? —pregunté.

—Os ha traicionado —repitió Dianna, y dio un paso al frente—. Por eso estabais en Whitcliff con Miska. Eso es lo que sentí —dijo, y volvió la vista hacia mí—. Cuando me secuestraron, sentí un dolor punzante en el

vientre. Creí que era otra cosa, pero el vínculo de Muerte ya se había activado.

Apreté los dientes al oír esa palabra. Cómo odiaba que Kaden tuviese un vínculo con ella, aunque fuese a la fuerza.

—Nismera intentó mataros. A los dos. ¿No es cierto? —pregunté.

Los ojos de Kaden se posaron en los míos por un instante.

—Necesita nuestra sangre para algo, e intentó tomarla en contra de nuestra voluntad. Lo que pasa es que la mía está… contaminada.

«¿Su sangre?», preguntó Dianna. La voz fue como un bálsamo en mi mente.

«A menos que esté haciendo alguna magia oscura, no sé para qué la necesitaría, ni por qué tendría que tomarla por la fuerza».

—¿Qué se siente cuando alguien te usa con la misma indiferencia con la que tú has usado a tantos otros? —preguntó Dianna—. Duele, ¿verdad?

Espero que sí.

En su honor, diré que Kaden guardó silencio. No hizo ningún comentario sarcástico ni gruñó como cuando le corté la cabeza. No, solo nos clavó la mirada como si pudiese ver a través de nosotros.

—Ya lo pillamos. —Isaiah suspiró—. ¿Y qué? ¿A eso habéis venido?

¿A burlaros? ¿Podemos hablar de una vez de lo que sea que os ha hecho bajar hasta aquí?

Dianna y Kaden se miraban de nuevo el uno al otro, cosa que yo odiaba. Entonces me di cuenta de que ella tenía las manos recogidas frente a ella, y mostraba con orgullo el anillo que yo le había puesto en el dedo.

Brillaba como un escudo que la protegía de él, un tótem que le demostraba a Kaden a quién amaba ella, y a quién pertenecía, en aquel momento y para siempre.

Isaiah seguía despotricando sin parar, pero yo solo tenía ojos para Dianna. Cuando llegué hasta ella a través de nuestro vínculo, no me cerró la puerta. Me amaba y confiaba en mí hasta el punto de dejar caer sus

defensas. Tras ver los recuerdos y los sentimientos que le corrían por la mente, casi deseé no haberlo hecho.

Un millar de emociones distintas le inundaron el cerebro mientras me lo mostraba todo. Dianna me dejó ver al hombre que la había salvado en el desierto, el intento de tener una relación y los muchos fracasos a lo largo de los años. Me permitió ver cómo la vergüenza y el dolor se manifestaron en forma de cólera cuando el hombre al que creía conocer la manipuló y le hizo daño. Se abrió por completo y compartió conmigo las heridas que le había infligido en el alma cada vez que usó la promesa de mantener a su hermana con vida para obligarla a hacer lo que él quería. Lo peor fue el corazón hecho pedazos cuando todo aquello resultó ser en vano. Sentí que su dolor se alzaba desde una tumba tenebrosa y llegaba hasta la superficie para arrastrarla de nuevo al frío abismo. Y vi cómo intentaba aplacarlo en la medida de lo posible.

Muerte había usado a Dianna como un ancla; había basado el vínculo entre los tres en la conexión débil y rota que ella ya tenía con Kaden. La había entretejido con sus emociones, y ella no solo se acordaba ahora de lo malo, sino también de los buenos momentos, los recuerdos de antes de que él se volviese cruel.

Sabía que no era una respuesta racional, pero en alguna parte primitiva de mi mente me dolía saber que en una época se había sentido cómoda y en paz con él. Saber que él había tratado de ganarse el corazón que yo apreciaba y había hecho mío me reconcomía de celos. Quería para mí a Dianna entera, sus primeras experiencias, las últimas, todo.

Tenían mucha historia en común. Por eso su traición le había hecho un daño tan atroz y la había convertido en la mujer que era ahora. El odio que sentía hacia él solo podía proceder del amor, aunque fuera fugaz y se hubiese desvanecido eones atrás. Después de siglos en los que él alimentó el rencor de ella, y ella lo cultivó y lo atesoró, su furia brillaba con más intensidad que la más salvaje de las llamas, templaba su dolor y lo trocaba

en cólera. El tiempo que pasaron juntos estaba colmado de violencia y crueldad. Ahora, cuando ella lo miraba, solo veía a un mentiroso, a

un manipulador y a su mayor enemigo.

Kaden había sido un idiota. Se había ganado su amor y su atención y, en vez de ponerse de rodillas y dar gracias a los dioses, lo repudió y la rechazó. Cuando ya era demasiado tarde, intentó imponerle lo que él llamaba amor, y estaba dispuesto a usar las armas o la magia para recuperarla. Y, como colofón y traición definitiva, le había destrozado el corazón al matar a su hermana y cortar el último lazo que la unía su propia mortalidad. Y ahora, por si fuera poco, un vínculo la ataba al único ser de todos los dominios del que ella quería librarse. Aquello era de una crueldad sin límites. La ira me invadió. Estábamos atrapados en una situación imposible, y el hecho de que yo no pudiese matar a Kaden me hacía odiarlo todavía más.

En su mente vi unos ardientes ojos rojos que se volvían hacia mí. Una bestia enorme y negra como la tinta se alzó con gracia felina y caminó hacia mí, pisando con las inmensas patas el suelo de su mente. Embelesado, la vi acercarse; las sombras le daban solidez al cuerpo en un instante, y al siguiente era una nebulosa que se arremolinaba.

Sabía que yo estaba allí y no había dudado en mostrarme todo lo que sentía. Era un ofrecimiento de auténtica confianza, de devoción absoluta. La alegría me desbordó el corazón. No se escondía de mí, por muy desagradables que le pareciesen algunas cosas que me mostraba. En algún momento había decidido arrancarse la armadura y derribar las murallas; se esforzaba por abrirse a mí, pese al dolor que había experimentado a manos de Kaden. Ahora, aquella bestia magnífica y letal me rondaba el alma y se acurrucaba cerca de mí en busca de seguridad y bienestar, como si suplicase protección frente a los demonios que se habían alzado de nuevo para arrastrarla con ellos al abismo.

Dianna podría enfrentarse a ellos por sí sola. Ambos lo sabíamos. Era

poderosa de sobras, fuerte de sobras, pero buscaba refugio en mis brazos y me permitía darle cobijo. En un acto de valentía inigualable,

exponía sus pesares frente a mí y confiaba en que yo la mantuviese a salvo. Mi poder la envolvió como un par de alas, y juré sin palabras que, por muchas cosas que el mundo nos echase encima, ella era y siempre sería mi prioridad. Agachó las orejas, se acurrucó contra mí y se durmió.

Por los dioses del cielo y de la tierra, cuánto la amaba. Por ella reduciría los dominios a polvo y cenizas. Extendí la mano y entrelacé los dedos con los suyos.

—Tenemos que ir al Altermundo —dije.

Isaiah resopló.

—No pienso ir a ningún sitio con vosotros.

—Sí que irás —estallé. El poder se me acumuló bajo la piel y las *adyin* adquirieron un brillo suave—. Porque no tienes otra opción. No me fio de ti como para dejarte encerrado en mi casa. Así que o vienes de buen grado, o te ato, te amordazo y te arrastro todo el puto camino.

Los ojos de Isaiah emitieron un fulgor carmesí.

—Atrévete, si tienes…

—El Altermundo no te permitirá entrar —interrumpió Kaden.

—No queda más remedio. Muerte dijo que tenemos que ir allí a encontrar información sobre ese maldito medallón. Una vez que se lo llevemos a él, todos seréis libres. —Sonreí—. Y entonces podré volver a mataros, pero mientras tengáis un vínculo con Dianna… —Suspiré hondo y me froté la frente—. Odio tener que decirlo, pero estáis bajo mi protección.

Isaiah dejó escapar una carcajada amarga.

—¿Tu protección? Pues no es que sea gran cosa, visto cómo se te ha dado hasta ahora… —comentó con una mirada de soslayo a las otras celdas.

Me enojé.

—Si no recuerdo mal, eso —señalé hacia donde estaban Logan y Nev

— es culpa vuestra. Fuisteis vosotros dos los que ayudasteis a trazar el plan

que hizo realidad esa situación, no yo. Es otra razón más por la que preferiría que ambos fueseis poco más que un mal recuerdo, una página olvidada de la historia, y por buenas razones.

Isaiah sacudió la cabeza y se acercó a Kaden.

—¿Y a ti te parece bien todo esto?

Kaden, sentado en un rincón, con las manos sobre las rodillas, nos observaba mientras discutíamos unos con otros. Me hervía la sangre solo de verlo. No soportaba que siguiese vivo. Incluso cuando estaba sentado y tranquilo, era una figura imponente, y no mostraba la menor vacilación a la hora de obligar a quienes tenía bajo su mando a inclinarse ante él. Me sorprendía no haberme dado cuenta antes, pero su parecido con Unir era perturbador; otra cosa más que teníamos en común y que yo odiaba. Otro tajo profundo en mi alma, que se sumaba a la herida infectada que había dejado mi padre. Había mentido y había guardado tantos secretos que, incluso muerto, no me sentía capaz de perdonarlo. La confianza era algo tan frágil que, una vez que se rompía, era casi imposible de reparar.

La mirada de Kaden se fue hacia nuestras manos. Me pregunté si le molestaba ver que ella se me acercaba con naturalidad y me dejaba tocarla de buena gana. ¿Le requemaba la visión del anillo que simbolizaba nuestra conexión y nuestro amor? Ojalá fuese para él

como una espada rota y oxidada en las tripas, como ácido en las venas.

—No estamos negociando. No os estoy ofreciendo ninguna alternativa

—dije. Al ver que Kaden permanecía en silencio, desvié la mirada hacia Isaiah—. Lamento informarte de que esto no es una democracia.

Isaiah rio y se dispuso a insultarme de nuevo, pero Kaden lo interrumpió.

—Iré.

—¿Hablas en serio? —Isaiah se lo quedó mirando, boquiabierto.

—Sí —respondió Kaden—. Ya no os guardo rencor a ninguno de vosotros, y menos aún a Dianna.

Solté un bufido.

—¿Y por qué vamos a creerte? Desde el principio no has hecho nada más que herirla e intentar arrebatármela.

Kaden le clavó los ojos una vez más, y me interpuse para que no pudiera mirarla. Mi Dianna era muy fuerte, pero estar en presencia de alguien que le había causado tanto dolor desgastaría a cualquiera, por mucha fortaleza que tuviese.

—¿Sabes lo que ocurrió en aquel campo de batalla? ¿Lo que pasó en el restaurante? —preguntó Kaden.

—¿Cuando te maté, quieres decir? —repuse—. Parece que nada, en vista de que estás aquí.

—No tienes ni idea de lo que empuñas. Del poder que has creado. —

Kaden soltó una seca carcajada, pero apretó los labios en una mueca de dolor y prosiguió—: Ese día, completaste tu misión. Hiciste justo lo que pretendías hacer. El Olvido me seccionó el cuello, y morí. Me mataste. No había nada, ni sonido, ni luz, ni dolor… Nada. Ya no existía en absoluto.

Un silencio incómodo se extendió por la habitación. Incluso Isaiah se contuvo; escuchaba con atención, como si aquello fuese una novedad para él.

—No busco compasión —continuó Kaden, y me miró—. Pero te ofrezco mi ayuda, desprovista por completo de segundas intenciones, a cambio de la vida de Isaiah.

—¿Qué? —saltamos Isaiah y yo al mismo tiempo.

Kaden no apartó la mirada de mí.

—Tú vas de ese rollo, ¿no? ¿Paz y justicia para todos? Eso es lo que quiero. Mátame una vez que hayamos terminado, o tortúrame todo lo que te apetezca, pero quiero que Isaiah sea libre.

—Estás mal de la puta cabeza.

—Puede, pero eso es lo que quiero. Hazlo, libéralo cuando terminemos.

Te juro que jamás volverá a molestaros a ninguno de los dos.

Me reí con ganas. Dianna no; ella solo se quedó mirando a Kaden, o más bien el cascarón de lo que en tiempos había sido un hombre temible.

—No hablas en serio —dije cuando logré controlar mi risa.

Me miró sin decir nada.

—¿Crees que os merecéis la libertad cuando todo termine? ¿Con todo lo que habéis hecho? ¿Secuestrado, mutilado, matado? Enviaste a la hermana de Dianna al otro mundo, ¿y crees que voy a perdonar a tu hermano? Creo que te haces una idea equivocada de hasta dónde llega mi compasión. Si piensas que…

—Dice la verdad.

Me volví hacia Dianna. Si no lo hubiese percibido a través de nuestro vínculo, pensaría que no había dicho ni palabra. Me estrechó la mano mientras clavaba una mirada de odio en Kaden.

—¿Qué?

—Que es verdad.

—Dianna, es un mentiroso. —Lo señalé con la mano libre—. Nos lo ha demostrado una y otra vez. No cabe duda. Es incapaz de decir la verdad, ni de sentir remordimientos.

Los ojos de Dianna se posaron en los míos.

—Y yo te digo que ahora mismo no miente.

Clavé la mirada en ella durante un buen rato, con las aletas de la nariz dilatadas. La cogí del codo con suavidad, la saqué de la celda y la llevé fuera de las mazmorras. En cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros, la volví hacia mí.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté en voz baja.

—Dice la verdad —repitió—. Conozco a Kaden. Sé cuándo miente, y ahora no lo hace. De verdad te dejará que le hagas lo que quieras una vez que se rompa el vínculo. Creo que quiere obligar a Isaiah a exiliarse.

—Con todo lo que ha pasado —pregunté—, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Porque puedo sentirlo. Lo siento a él —respondió con sinceridad, y otra vez me hirvió la sangre.

—¿Qué significa que puedes «sentirlo»? ¿Sientes algo por él?

El rostro de Dianna se retorció en una mueca de asco.

—Dioses, no.

No pude ocultar el alivio que sentí. Pero él había intentado usar aquel cuchillo con ella. ¿Y si le había hecho un rasguño y no nos habíamos dado cuenta?

—No de esa forma, no, pero… —Se encogió de hombros—. Puede que, en el fondo, haya sido… consciente de él todo este tiempo. Después del ataque, noté que algo no iba bien, y ahora ha cobrado sentido. Cuando regresó, fue como si algo volviese a encajar en su lugar, y ahora puedo sentirlo. No está mintiendo, y parece una persona diferente.

Me mordí la lengua para mantener a raya mis emociones. De una forma u otra, nunca conseguía librarme de ese hombre. Me crucé de brazos para no volver a la celda como una tromba y darle una paliza por atreverse a tener un vínculo con ella.

Dianna se me acercó y me cogió la cara para obligarme a mirarla a los ojos. La rabia que ardía en mí se aplacó al sentir su contacto.

—No es como lo nuestro. No lo siento así. —Esbozó una sonrisa—. No te he mostrado el pasado que compartimos porque aún sienta algo por él. La única emoción que siento hacia él es odio, y es algo salvaje y desgarrador, un dolor constante que lleva el nombre de Gabby. Te lo he mostrado para que puedas entenderlo, porque confío en ti más que en nadie. Te amo más que a nada o a nadie. Todo mi amor, todo lo que soy, te pertenecen. Para siempre. Con alma o sin alma. —Se puso de puntillas y me posó los labios en la boca; después

se apartó y bajó la mano—. También siento a Isaiah, la furia y el rencor que hay en su interior.

Se me escapó un gruñido que no pude evitar.

—Cómo odio todo esto —respondí con una aspereza que no iba

dirigida a ella, sino a la situación—. No quiero que «sientas» a ninguno de ellos.

Mi cólera no hizo mella en Dianna; su única reacción fue sonreír un poco más, como si disfrutase de mi ataque de celos. Me acarició el pecho para tranquilizarme y así detener la tormenta que volvía a despertarse debajo de mi piel.

—Me parece que no tengo muchas alternativas —dijo.

—¿Por qué ahora? —quise saber—. ¿Por qué antes no pasaba?

—Yo también me lo he preguntado. Creo que puede ser un efecto de las emociones intensas. O porque hemos visto a Muerte. Quizá ese viejo cabrón haya hecho algo para activarlo. Pero ahora mismo, aquí, contigo, solo te siento a ti y tu poder, y una furia callada y mortífera.

Apreté los dientes hasta casi romperlos.

—Estoy muy harto de que todo el mundo quiera alejarte de mí. Mi padre muerto, Gathrriel, y ahora hasta el propio Muerte se cree con el derecho. Y, para rematarlo todo, reaparece el puto Kaden y te hace ojitos.

—Dianna soltó una risita. Me froté la cara, frustrado—. No le veo la gracia.

—Pues la tiene —dijo—. ¿De verdad crees que hay alguien con el poder de separarme de ti? Me gusta acariciar muchas partes de ti, pero tu ego no es una de ellas, así que créeme si te digo que no hay

ninguna fuerza en estos dominios, ni en ningún otro, más poderosa que tú, mi amor.

Torcí las comisuras de los labios.

—Eso me ha gustado. Hazlo otra vez.

Me dio un golpecito juguetón en el bíceps.

—No.

Bufé, y a continuación me pasé el pulgar bajo el labio.

—¿Qué te parecería un confinamiento solitario? Te escondo en algún sitio y te reservo solo para mí.

Enarcó las cejas y una mueca burlona se le asomó a los labios.

—¿Estás pensando en atarme otra vez?

Se me calentó la sangre, y no precisamente de furia; más bien fue la imagen de Dianna inclinada y atada mientras yo la penetraba la que me cruzó por la mente.

—No estaba pensando en ello, pero ahora sí.

Se echó a reír.

Bajé la cabeza y apoyé la frente en la suya.

—Dianna, sé que estoy siendo irracional y emocional, pero en lo tocante a ti soy incapaz de controlar esa parte de mi ser. Lo he sido desde que nos conocimos. No me gusta que tengas vínculos con ellos, sean del tipo que sean, y más después de todo lo que han hecho. ¿Qué hay de lo que sientes cuando estás cerca de él?

—Te acabo de decir…

—No me refiero a eso.

Se le ensombreció la mirada. En los restos de Rashearim me había mostrado el dolor que sentía. Habíamos trabajado en ello, juntos, y yo había conseguido apartarla de aquel abismo violento y brutal. A través de los gritos de dolor, de la furia sobrecogedora, nos habíamos esforzado por limpiar la herida hasta que por fin empezó a sanar. Era muy consciente de que, para ella, solo estar cerca de él ya era una fuente de dolor. Le era imposible mirarlo y no pensar en los últimos momentos de su hermana. El maldito vínculo que había entre ellos le impedía matarla, pero había destinos peores que la muerte.

—Amo a mi hermana, y sé que él me la quitó, pero ahora mismo hay cosas más importantes de las que preocuparnos. —Se mordisqueó y chupó el labio inferior, y las lágrimas se le asomaron a los ojos—. Duele. Siempre va a doler. Pero te tengo a ti, y cuando estás conmigo no le temo a nada. Ni siquiera a un corazón roto.

Me incliné para darle un beso suave.

—Te protegeré frente a todo, con mi vida.

—Lo sé, amor mío. —Me sonrió—. A mí tampoco me gusta ese

vínculo que tienen conmigo —añadió. Suspiró y se apartó un poco—. Pero admito que lo que me pone más nerviosa es el porqué.

Giré la cabeza en dirección a las mazmorras.

—Y a mí. ¿Qué puede asustar tanto a Muerte como para resucitar a Kaden, y no solo eso, sino vincularlo contigo para que yo no los mate a los dos?

—No lo sé, y eso me inquieta más que el hecho de que esté vivo.

—No importa. No lo estará mucho tiempo. En el momento en que se rompa esa marca o ese lazo entre vosotros, lo volveré a matar.

Dianna sonrió, pero vi el dolor y la tristeza que escondía tras la sonrisa.

Si no tuvieran ese vínculo, lo atravesaría con la espada una y otra vez hasta que sintiese al menos una fracción del dolor que le había causado a ella.

—Te amo. —Me cogió la mano y me pasó el pulgar por los nudillos—.

No te preocupes por mí.

Resoplé con suavidad.

—Oh, *akrai*, creo que para eso llegas un poco tarde, amor mío. A estas alturas es mi principal ocupación.



Miska se había duchado, y las dos estábamos escondidas en su dormitorio, sentadas en la cama mientras le terminaba de trenzar el pelo rosa. Era la primera ocasión de hablar que teníamos, y ella necesitaba que la escuchase. Miska había pasado por tantas cosas en su corta vida que parecía mayor de los once años que tenía en

realidad. Me daba la sensación de que a menudo nos olvidábamos de que aún era una niña.

Me lo contó todo. Todo lo que había visto, oído y experimentado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para controlar mi mal genio y, cuando me dijo que Nismera le había pegado, tuve que soltarle el pelo para no quemárselo.

Ya no tenía el rostro hinchado ni amoratado; aun así, pensaba despellejar viva a Nismera por atreverse a hacerle daño a mi niña. Había que ser muy ruin para pegarle a alguien más débil o pequeño que uno mismo.

Aún no me había recuperado de la sorpresa de descubrir que Kaden la había curado, pero no dije nada. No podía explicarlo, pero le mostré a Samkiel lo que sentía. Kaden era distinto. ¿Lo había moldeado el Olvido como una persona nueva? ¿O enfrentarse a su auténtico final le había cambiado la perspectiva?

Se volvió hacia mí cuando solté el extremo de la trenza y me levanté de la cama.

—Me acordaba de todo lo que me dijiste, y fui valiente.

Le sonreí y aparté las mantas. Samkiel le había hecho unas nuevas. No, mentira. Le había hecho una habitación nueva, con más espacio, y había añadido más plantas y enredaderas, de entre las favoritas de Miska. Tenía más manualidades de las que pudiese necesitar, y una amplia colección de animales de peluche. Hasta la ventana era más grande y le ofrecía una visión mejor de las impresionantes montañas, y le permitía ver los pájaros que cantaban alegres por las mañanas.

No se nos iba de la cabeza que, al salvarla de Ciudad de Jade, le habíamos dibujado una diana en la espalda. Samkiel se sentía tan mal como yo por que la hubiesen secuestrado y le hubiesen hecho daño. Era demasiado joven e inocente para tener que enfrentarse a monstruos; sin embargo, lo había hecho con astucia y coraje. Me

dolía pensar por lo que había pasado, pero a la vez no podría estar más orgullosa de ella.

—Muy valiente —dije, y ella asintió con firmeza y luego se arrastró bajo las mantas. La arropé y me senté en el borde de la cama—. Muchos se habrían desmayado de miedo, pero tú sobreviviste en uno de los sitios más aterradores, y rodeada de monstruos. La gente debería temerte a ti.

Sonrió, pero fue una sonrisa contenida. Me recordó a cuando la conocí, en Ciudad de Jade, y el impulso de descargar mi furia sobre Kaden e Isaiah fue casi irresistible. Le habían arrebatado a Miska la sensación de estar a salvo que tanto le había costado asumir, la idea de que su hogar era un lugar seguro.

—Creí que serían más malos conmigo —dijo con un hilo de voz.

Sabía a quiénes se refería.

—¿No lo fueron?

—Bueno, aparte de intentar venderme, no —respondió—. Lo que les pasó con Nismera en el palacio tuvo que ser muy malo. No paraban de

discutir, se gritaban y peleaban, y no me hacían mucho caso.

Asentí y le acaricié el pelo. Así que mi teoría era correcta. No creía que nos fuesen a contar jamás lo que había ocurrido en realidad, pero, fuera lo que fuese, había hecho saltar por los aires la tregua de siglos que había entre los tres.

—¿Sabes a dónde te llevaron? ¿Recuerdas dónde estaba? —Quizá, si se acordaba, pudiésemos terminar la guerra antes de que empezase.

Negó con la cabeza.

—No. En cuanto atravesamos sus fronteras, todo se volvió confuso.

Luego, es como si mi cerebro no quisiera ni pensar en ello y, por mucho que intente concentrarme, no logro imaginar cómo volver allí.

—No te preocupes. —Sonreí—. Tengo que decirte otra cosa.

Miska recogió las manos sobre la mullida manta rosa y esperó.

—¿De qué se trata?

—No te voy a mentir ni te voy a tratar como si fueses una cría. Has visto y has experimentado cosas que no deberías, y de verdad que lo siento.

Pero te prometo construir un lugar en el mundo donde tú, y la gente como tú, podáis vivir y disfrutar de la vida. Nada de guerras ni de peleas.

La sonrisa le arrugó las comisuras de los ojos.

—Lo sé.

—Pero parece que Kaden e Isaiah no se van a ir a ninguna parte, al menos por un tiempo.

—¿Por qué?

—Digamos, para no complicarlo, que alguien muy poderoso ha creado un vínculo que los une a ellos dos conmigo. Lo que significa que tengo que trabajar con ellos y mantenerlos cerca, porque, si mueren, yo también muero.

Abrió los ojos como platos y se incorporó en la cama.

—¡No!

—Tranquila, te entiendo. Yo siento lo mismo —le aseguré—. Pero no

tengo pensado dejar que eso suceda, y sabes que Samkiel tampoco. Te lo cuento porque sé que te hirieron. Han hecho daño a mucha gente aquí, y quiero que te sientas cómoda mientras están aquí. Sé que tienes muchas amigas en la ciudad, así que puedo arreglarlo para que te quedes con…

—¡No! —Me cogió la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor, no me alejes. Puedo ser fuerte como tú. Si tú puedes soportar estar con ellos, yo también. Lo juro. Seré buena.

Se me rompió el corazón. ¿Cuántas veces la habían rechazado, abandonado y dejado de lado? Yo solo quería asegurarme de que estaba a salvo y se sentía cómoda. Me partía el corazón que creyese que yo podría apartarla de mí.

Le tapé la mano con la mía y apreté.

—Miska, no te estoy echando de aquí, te lo prometo. Solo pensé que quizá te sentirías más tranquila lejos de ellos. Te quiero mucho, Miska.

Todos te queremos, y tu seguridad y tu bienestar son lo más importante.

Se inclinó hacia mí y me abrazó.

—Solo me siento a salvo con vosotros. Con nadie más. —Sus sollozos suaves me conmovieron. Le puse la mano en la espalda para reconfortarla

—. Por favor, no me dejes sola nunca más.

—No lo haré —prometí mientras la abrazaba con fuerza.

Se apartó.

—Entonces, ¿puedo quedarme?

Le cogí la cara y le sequé las lágrimas con los pulgares.

—Miska, este es tu hogar. Tu lugar está aquí, con nosotros. Para siempre jamás.

Temblorosa, inspiró y luego parpadeó para contener las lágrimas que todavía amenazaban con derramarse. Se sonó los mocos y se recostó en la cama.

—Samkiel nunca dejaría que te pasase nada, así que ya no tengo miedo.

Arrugué la nariz.

—No, no lo permitiría, y por eso él también va a permanecer muy cerca de mí.

Asintió y trató de contener un bostezo, pero se le escapó de todos modos.

—Gracias por contarme la verdad. Significa mucho para mí que confíes en mí y no me trates como a una niña pequeña. Gracias por no mentirme ni ocultármelo.

Dioses, esa niñita me derretía el corazón.

—Si pudiese quemar Ciudad de Jade hasta los cimientos una vez más por lo que te hicieron, Miska, lo haría.

Soltó una risita.

—Lo sé.

—Bien, es hora de ir a dormir.

Le di un golpecito en la nariz y luego bajé las luces; las piedras encantadas brillaban con un resplandor suave. Sabía que esa noche

no querría quedarse a oscuras. Me siguió con los ojos mientras me dirigía a la puerta.

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche? —se le escapó, con tal incertidumbre en la voz que me quedé clavada donde estaba.

Me pregunté cuántas noches se habría acurrucado en la oscuridad, sola y asustada. Y cuánto valor y confianza habría necesitado para atreverse a pedir algo tan sencillo. Había pasado por una experiencia aterradora, así que no me costó entenderlo; yo tampoco habría querido estar sola en una noche así.

—Por supuesto.

Su sonrisa, en la penumbra de la habitación, fue casi cegadora. Se arrastró bajo las mantas para hacerme sitio, como si la cama no fuese ya tres veces mayor de lo necesario. Me metí dentro, a su lado, y ella se acurrucó contra mí, con una mano bajo la barbilla. Al rodearla con el brazo y atraerla hacia mí, fui consciente de lo pequeña que era en realidad. La vida ya le

había demostrado que podía ser brutal. Aquella niña fuerte, valiente y amable había sufrido tanto… Me negaba a permitir que le ocurriese de nuevo, y no solo a ella, sino a otros como ella. Aquella no era forma de vivir. Se merecía reír y pasar el rato con sus amigos, no planear cómo apuñalar a alguien que la había amenazado.

—¿Puedes cantarme algo? —susurró en la oscuridad—. Cuando era pequeña, mi madre me cantaba para que me durmiese, y lo echo de menos.

—De acuerdo, pero como te burles de mí…

Se echó a reír.

—Te prometo que no.

—Vale. A ver qué te parece esta. Gabby y yo la tarareábamos por las mañanas, cuando íbamos al mercado con nuestra familia. —Comencé a canturrear mientras me esforzaba por relajarme. Cada nota de la canción me traía un recuerdo de risas, amor y días soleados. Dejé que me inundasen y, aquella noche, mientras sostenía en mis brazos a aquella niña adorable, no me dolieron. Hasta que no llegué al final y comencé de nuevo no se quedó dormida.

Se puso a roncar, y yo me quedé allí un buen rato, escuchando aquel sonido tranquilizador. Ya no agarraba las mantas con miedo, y tenía una expresión de paz en el rostro. Me alegraba de poder brindarle algo así.

Gabby siempre había dicho que yo era una protectora, y en aquel momento lo sentía así.

Unas pisadas suaves se acercaron por el pasillo, y la única razón de que no estallase en un ataque de furia defensiva fue la calidez familiar que se me derramó por el corazón. La puerta de Miska se entreabrió y un rayo de luz se adentró en el dormitorio. Samkiel se asomó y nos contempló unos instantes con una mirada llena de amor.

«Me preguntaba dónde te habías metido», dijo a través de nuestro vínculo, para no despertarla.

«Me ha pedido que me quede con ella —expliqué—. Todavía está un

poco alterada».

«No me extraña».

«Y tampoco quiere quedarse con nadie más que con nosotros».

Asintió.

«Eso tampoco me extraña, pero se merecía poder elegir».

«Estoy de acuerdo».

«Cameron y Reggie pueden quedarse con ella cuando nos vayamos —

dijo—. Por mi propia salud mental, me aseguraré de que haya seguridad extra mientras no estemos aquí. Trabajaré en ello esta noche, y estará lista antes de que nos vayamos».

«Eres mi héroe —dije, sabiendo que él captaría mi risa por el vínculo.

La acompañé de una oleada de calidez—. ¿Crees que podrás sobrevivir una noche sin mí?».

«Por supuesto que no. Es muy probable que perezca».

Sonreí de buen humor. Samkiel me envió un beso por el enlace, y podría jurar que lo sentí en el alma.

—Buenas noches, *akrai* —se despidió. Cerró la puerta con suavidad y se fue.



Menos mal que no habíamos llevado a Cameron y a Reggie. Los quería con locura, pero, si estuvieran todos juntos, las peleas habrían

sido insoportables. Solo llegar hasta allí ya había sido todo un reto. Los hermanos se pasaron todo el camino discutiendo, hasta que me harté y me lie a gritos. Además, me quedaba mucho más tranquila sabiendo que Miska seguía en casa con ellos, y que estaban todos a salvo. Nuestra ciudad era un oasis floreciente, a diferencia de la ciudad fantasma en la que nos hallábamos ahora. Las tiendas vacías se extendían a ambos lados de las calles llenas de basura, la mayoría con los escaparates rotos y las puertas reventadas. Inspiré hondo. Casi podía oír los gritos que habían resonado en aquel lugar. Y la causa no había sido una bestia del Altermundo, sino algo muchísimo peor.

Cerré los puños al ver los estandartes que ondeaban en las puertas.

Nismera los había dejado para que cualquiera que pasara supiese que ella había estado allí. Había castigado a la ciudad por sus delitos, como un ejemplo para cualquiera que se atreviese a desafiarla. Yo tenía muy claro cuál sería el resultado de la visita, aunque Samkiel se negase a creerlo.

Nos guio por un callejón que olía a basura acumulada en cada recodo.

Ni siquiera salían alimañas corriendo a nuestro paso. Cuando llegamos al escalón del fondo, comprendimos por qué. Nismera no había tirado abajo la puerta, había volatilizado la pared entera. El agujero era tan grande que ni siquiera tuvimos que agacharnos para pasar.

—Es el local más inmundo que he visto en mi vida —dijo Isaiah; al caminar, sus botas hacían crujir los restos de vidrio y madera.

—Tienes un talento inigualable para las obviedades. ¿Qué tal si cierras la puta bocaza? —me burlé con la mirada clavada en él. Enarcó una ceja y me miró con el ceño fruncido. Decir que su presencia me resultaba cada vez más irritante sería quedarme muy

corta. Tenerlo rondando era un incordio, pero aún era peor ver a Kaden cada día.

Samkiel avanzó en silencio por el burdel destruido. Se adentraba cada vez más, como si algo tirase de él, y yo lo seguía. Sabía que no se esperaba lo que habíamos encontrado, y ahora yo me preparaba para lo peor.

Nos detuvimos junto a una pared que, tiempo atrás, debió esconder un pasaje oculto y un ascensor ahora destrozado. Samkiel llegó al borde del pozo y, sin la menor vacilación, saltó y aterrizó en cuclillas. Yo salté detrás, y Kaden e Isaiah nos siguieron. El impacto de nuestros cuerpos levantó una nube de polvo. Inspeccionamos con cuidado la destrucción que nos rodeaba.

Samkiel, con la respiración entrecortada, se irguió en toda su altura y se adentró en la habitación.

—¿Killium? —llamó mientras pisaba los escombros—. ¿Jaski?

Lo seguí en silencio. Las herramientas y las baratijas estaban hechas pedazos, y los fragmentos, dispersos por todas partes. Nismera había saqueado el lugar.

—Puede que se los haya llevado —sugerí. Me detuve en medio de la sala y estudié el mapa tallado en el techo. Los orbes que colgaban de él parecían planetas, y las líneas que los conectaban quizá fuesen rutas

comerciales. Me di la vuelta para preguntarle a Samkiel qué era, pero me detuve al ver que estaba de rodillas detrás del banco de trabajo roto. Me abrí paso con cuidado entre los cascotes hasta llegar junto a él. Estaba agachado al lado de una pila de algo que parecía polvo, pero, al acercarme más, descubrí que eran cenizas oscuras. Se le escapó un sollozo ahogado y se llevó la mano a la boca. Me apoyé en su espalda y le apreté el hombro.

—¿Podemos irnos ya, ahora que sabemos que tu amigo es un montón de ceniza? —llamó Isaiah desde más atrás.

Me volví, furiosa con él por hacer esto todavía más difícil para Samkiel. Isaiah se apoyaba en una encimera destruida, con las manos en los bolsillos y Kaden a su lado; ninguno de los dos mostraba el menor atisbo de remordimiento ni de compasión.

Las luces crepitaron cuando Samkiel se levantó y fue hacia ellos con un solo movimiento fluido. Creía que yo era rápida, pero no lo fui lo suficiente para evitar que levantase a Isaiah por el cuello.

—¿Te parece gracioso? —le gritó a pocos centímetros de la cara.

Isaiah no pareció intimidado en lo más mínimo. De hecho, como era un cabrón arrogante y engreído, su reacción fue sonreír como un idiota.

—Pues sí, la verdad.

Kaden y yo nos movimos a la vez para flanquear a Samkiel. Ambos queríamos proteger a Isaiah, aunque nuestras motivaciones no pudiesen ser más distintas. Le puse la mano en el antebrazo para tratar de impedir que convirtiese a Isaiah en una pila de cenizas a juego con las que habían sido Killium.

—Samkiel —dije, y me lanzó una mirada fugaz—. Conectados,

¿recuerdas? Suéltalo antes de que tu ira te lleve a invocar el Olvido.

Fue como si hubiese pulsado un interruptor. Lo soltó, e Isaiah cayó de pie y se arregló las solapas de la chaqueta.

—¿La ayudasteis con esto? —La pregunta de Samkiel iba dirigida a ambos, pero solo Kaden respondió.

—No —dijo. Posó los ojos un instante en los míos, y ojalá no lo hubiera hecho—. Estábamos con otra cosa.

—Sami, mira las cenizas. Son iguales que las que dejas tú —le dije. No le quité la mano del brazo, para así ayudarlo a mantener a raya su genio.

Tiré de él y lo hice girar con suavidad hacia los restos de su amigo.

A regañadientes, apartó la vista de sus hermanos y por primera vez se fijó en las cenizas.

—Nismera tiene el Olvido —dijo, como si no lo hubiera notado antes.

—Tenía —lo corrigió Kaden, y todos nos volvimos a mirarlo—. Intentó usar tu anillo. Funcionó una vez, y luego se disolvió. Y ahora todos sabemos por qué.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, y paseé la mirada entre ellos.

—¿No se lo has dicho aún? —Las cejas de Kaden se alzaron un poco.

—¿Decirme qué?

Samkiel negó con un gesto mientras me miraba.

—Hemos tenido otras cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Decirme qué? —repetí.

—Tu queridísimo Destructor de Mundos no necesita el anillo para acceder al Olvido. Él es el Olvido.

La cabeza me daba vueltas. Era como si, en parte, ya hubiese sido consciente de ello, pero sin saber cómo expresarlo en palabras. Encajaba con lo que había dicho Gathrriel sobre su poder desaprovechado. Y también explicaba por qué Samkiel estaba tan desesperado por conseguir un nuevo anillo del Olvido. Buscaba algo que lo ayudase a contener su potencia destructiva. Le apreté el brazo con los dedos en un gesto de consuelo.

Entendía por qué no me lo había dicho, aunque me molestaba que me lo hubiera contado Kaden. Eso me dolía.

«Nos cuidamos el uno al otro. No me vuelvas a ocultar algo así nunca jamás».

«Dianna, no te lo estaba ocultando —dijo por nuestro vínculo, y sonó



casi como un gruñido. No estaba enfadado conmigo, comprendí, sino con Kaden, que me lo había contado, y precisamente allí—. Me preocupaba por ti».

«Hablo en serio», insistí, y le apreté más el brazo antes de soltarlo por fin. Kaden e Isaiah observaban nuestro intercambio silencioso. La cara de Isaiah estaba retorcida en una mueca de asco, como si oliese huevos podridos y no pudiese quitarse de encima el hedor.

—Vámonos. —Y entonces fui yo quien encabezó la marcha para salir del burdel derruido y abandonado.

Nadie se había molestado en limpiar aquello ni en repararlo, y sospeché que nadie lo haría. Killium y su rebelión habían traído a Nismera a sus puertas, y todos habían sufrido por ello. No se atreverían a deshacer el daño que ella había provocado. Dejarían que lo que quedaba de él se pudriese.

—Siento lo de tu amigo —dije. Dejé caer los troncos y las ramas que habíamos encontrado en nuestra pila de leña improvisada.

Samkiel me miró y esbozó una sonrisa.

—A estas alturas debería estar acostumbrado a perder gente, pero no lo estoy.

—No creo que nadie se acostumbre a ello. Ni siquiera nosotros.

Además, tampoco creo que sea algo a lo que uno deba acostumbrarse. Se merecen que alguien los llore.

Sin decir nada, Samkiel apiló la madera en posición vertical, formando un triángulo.

Me acerqué a él y lo ayudé a colocar los leños unos sobre otros.

Samkiel había excavado un pozo profundo para proteger las llamas de la nieve fundida. No podía liberarlo del dolor y la tristeza, pero podía

quedarme a su lado, en la oscuridad, y ayudarlo a combatir los demonios que lo perseguían tras la muerte de sus amigos. Deseaba ser capaz de darle un momento de alegría, de victoria, pero allá donde íbamos solo nos encontrábamos con más mierdas.

«No tienes que hacer nada. Con que existas ya me basta. Solo necesito tenerte a mi lado».

Sonreí y choqué el hombro contra el suyo.

«Siempre se me olvida que te me puedes colar en la cabeza».

«¡Oh, dioses, creía que me estaba volviendo loco! Como siga oyendo tus pensamientos, voy a perder la cabeza».

Esa no era la voz de Samkiel. Ambos nos miramos estupefactos, y yo negué con la cabeza. Samkiel se levantó con tanta premura que casi me tumbó sobre la nieve; en aquel momento, Isaiah y Kaden salieron de los árboles, cargados con más madera y tres conejos.

—¡No! ¡Ni de coña! —rugió Samkiel.

—No es culpa mía —dijo Isaiah, y dejó caer la leña.

Kaden guardó silencio, pero me observó con una mirada intrigada que me revolvió el estómago.

Samkiel los señaló a los dos.

—Si os atrevéis a pensar, aunque sea por un segundo, que cualquiera de los dos tiene permiso para meterse en nuestras mentes, os arrastraré a…

—Tranquilo —se burló Kaden. Al pasar junto a él, lo empujó con tanta fuerza que me temí que Samkiel le arrancara la cabeza y nos condenase a muerte a todos. Kaden soltó la madera junto a la hoguera y se arrodilló en la nieve. De las puntas de los dedos le brotó fuego, que modeló en una bola diminuta ante de arrojarlo al pozo. Las llamas se le reflejaban en los ojos cuando nos miró, primero a mí y luego a Samkiel.

—A juzgar por lo que me has dicho, no creo que sea el vínculo que compartís vosotros dos. Lo que haya hecho Muerte para atarnos entre nosotros parece incluir también una conexión que nos incluye a los tres,

pero a ti no —dijo Kaden con un tono engreído que irritó a Samkiel—. No te preocupes, tus queridos pensamientos están a salvo. Pero los de Dianna, no —terminó, con una sonrisa burlona.

Samkiel se tiró hacia él, y Kaden se puso de pie. Se quedaron allí, cara a cara, pecho contra pecho. Los empujé para interponerme entre ellos y apoyé la mano sobre el corazón desbocado de Samkiel. Lo cierto era que no recordaba lo grandes que eran ambos, dos gigantes en conflicto, dispuestos a destruirse el uno al otro, y de paso el mundo entero. Y a la mierda la vida.

—Ya basta —dije—. Los dos. A nadie le gusta esta situación, pero tenemos que colaborar, o todos moriremos. Los que estén a favor de vivir que levanten la mano.

Levanté la mía y saludé con aire sarcástico. Samkiel no me hizo ni caso, al igual que Kaden, pero Isaiah se encogió de hombros y levantó la mano.

Me recosté sobre Samkiel y levanté la vista para verle la cara.

—Para que lo sepas, tengo el culo apretado contra él. Quizá preferirías echarte un poco atrás.

Con un gruñido, Samkiel me rodeó con los brazos y me apartó varios pasos, pero sin quitarle los ojos de encima a Kaden.

—Te vas a escudar frente a ella y la vas a bloquear fuera de tu mente.

¿Me has entendido?

Kaden enseñó los dientes. Lo conocía lo suficiente para saber que era igual que sus hermanos. Odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Ya lo hice —replicó—. Cuando empezó a gritar tu nombre en aquel maldito palacio.

La sonrisa de Samkiel fue pura arrogancia masculina.

—Mejor. Así sabes a quién pertenece.

—Me estáis dando arcadas —dijo Isaiah detrás de nosotros.

Kaden le lanzó una mirada.

—No te preocupes. Te enseñaré a bloquearla.

—Gracias, joder —se alegró Isaiah. Kaden se apartó de Samkiel y de mí, y la exhibición de testosterona se calmó, igual que mis nervios.

Aún pegada a Samkiel, le deslicé la mano por el brazo. Pese a la poca luz que ofrecía la hoguera, y a las mangas oscuras de la chaqueta que vestía, pude ver los zarcillos de Olvido enroscados en su brazo, que se desvanecieron cuando lo acaricié.

—Oye… —Le tiré de la manga, pero Samkiel no dejó de clavarles una dura mirada. Le di otro tirón y por fin posó los ojos en mí—. Vamos a cenar y luego a dormir, ¿de acuerdo? Tenemos que estar preparados para entrar a fondo en el Altermundo; no queremos quedarnos a medias, ¿verdad?

Bufó y sacudió la cabeza al oír mi chiste espantoso, pero la tensión que le atenazaba los hombros se relajó un poco. Después de eso, nadie dijo mucho más. Samkiel despellejó el conejo, Isaiah hizo una brocheta con la madera que había encontrado; en cuanto la cena estuvo lista, todos comimos en silencio.



Nunca había sido consciente de hasta dónde llegaba la naturaleza callada y violenta de Samkiel. Algunas historias lo insinuaban y, al pensarlo, le vi el sentido. Una luz tan brillante no podía existir sin oscuridad, y el Olvido iba mucho más allá de ser una simple oscuridad. Tragué saliva, incapaz de olvidar el pánico que sentí

cuando cruzó la puerta del restaurante. Creí que era una pesadilla, que estaba soñando despierto. Los demás no reaccionaron como yo, y seguían sin hacerlo. ¿Acaso no veían que el Olvido se adhería a él como una segunda piel, que chascaba y atacaba a todo lo que se le acercase demasiado? ¿O el modo en que se sumergía bajo su piel, como un mamífero que surca las olas del océano? Samkiel era Olvido hasta el tuétano. Estaba convencido de ello. Un sudor frío me impregnó de nuevo la piel, y me froté las manos al tiempo que oía el chasquido de la nieve a mis espaldas.

—Joder, cómo odio esta mierda —gruñó Isaiah al pararse a mi lado. Lo observé mientras él lo miraba todo con el ceño fruncido. El fuego de la hoguera se había extinguido hacía ya mucho rato y de las ascuas se elevaban hilos de humo, pero las lunas del cielo inundaban el mundo de una

luz plateada.

—¿Crees que los oiremos follar? ¿O que los sentiremos?

No dije nada. Samkiel había usado la magia divina para crear tres tiendas de campaña. Puso las nuestras lo bastante cerca como para que pudieran oírnos en caso de que Isaiah o yo decidiésemos huir durante la noche. Por desgracia, la noche casi no había caído aún cuando… Me levanté y me alejé, sin muchas ganas de aguantar la tortura de oírlos juntos.

No lo culpaba. Samkiel actuaba empujado por el odio que sentía hacia nosotros, y todos sus instintos lo incitaban a reclamar lo que era suyo frente a quienes habían amenazado con arrebatárselo. ¿Cómo podía convencerlo de que ya no era una amenaza? El grande y malvado Kaden había caído en aquel campo de batalla y, cuando regresó, las piezas ya no encajaban en su lugar.

—Oírlos, sí. Sentirlos, no. —Un resoplido se me escapó por la nariz—.

Vamos a seguir practicando, a ver si aprendes a bloquearlos.

—Menos mal que no sentimos… eso…, pero, por los dioses, también preferiría no oírlo —bufó Isaiah. Se abrazó a sí mismo. El vapor de la respiración se le arremolinaba al salir de la boca. La noche era cada vez más fría.

—Sin duda —coincidí. Me crucé de brazos.

Me miró con cautela.

—Para ti debe de ser muy duro, ya que sigues enamorado de ella.

Seguí examinando la extensión helada sin decir nada más. Una hilera de gigantescos mamíferos ascendía la colina, el más pequeño al frente, mientras los otros lo empujaban. Los vi desaparecer en una de las inmensas cavernas que salpicaban la zona. Nevaba cada vez más fuerte, y todas las bestias sensatas buscaban refugio.

—Kaden.

—¿Sí? —pregunté, y lo miré a los ojos. A juzgar por su gesto expectante, supuse que me había perdido algo.

—Te estaba hablando.

—Perdona. —Sacudí la cabeza, como si fuese así de fácil despejar de la mente los pensamientos que me atormentaban—. ¿Qué me decías?

—Decía que me sorprende que Samkiel quiera visitar el Altermundo.

Allí todos odian a los dioses. —Se frotó la barbilla—. Tal vez tengamos que abrirnos paso luchando.

Yo había pensado lo mismo. Las tensiones no se habían aplacado aún en el Altermundo. Seguían sus propias reglas y tenían sus propias razones, y a veces rechazaban con violencia a los dioses y sus interferencias. El único motivo por el que Nismera no lo había invadido era porque sabía que la lucha sería larga y ardua, así que

ofreció un tratado de paz. Ellos le enviaban algunos soldados para rellenar las filas de la legión, y ella se mantenía al margen. Los príncipes del Altermundo aceptaron el trato; pero eso no significaba que se cayesen bien unos a otros. Eran enemigos que colaboraban por un objetivo común.

No iba a ser una visita fácil para ninguno de nosotros, y no solo por los príncipes y sus hordas. En los rincones más profundos y oscuros del Altermundo habitaban bestias grandes como soles. Cada ser con el que nos cruzásemos querría matarnos en cuanto nos viera. Tendríamos mucha suerte si no desatábamos una guerra, así que tracé varios planes de huida.

—¿Confías en mí? —Me volví para intercambiar una mirada firme con Isaiah.

—Sí —respondió sin la menor vacilación.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —dije—. Pero voy a ser sincero contigo. No subestimes a Samkiel. Que lo odiemos no cambia el hecho de que es volátil e impredecible. Por algo fue rey de Rashearim durante tanto tiempo. Casi todo el mundo preferiría rajarse la propia garganta antes que enfrentarse a él en el campo de batalla. Hasta Nismera ha evitado luchar con él, porque ella también lo sabe. Para hacerle la guerra, la fuerza bruta no sirve. Él ganaría siempre.

Isaiah asintió con los dientes apretados.

—Lo odio, pero no le tengo miedo.

—Creo que él no es el único que debe preocuparnos.

El vínculo que nos había impuesto Muerte no solo nos daba acceso a la mente de Dianna, sino también cada uno a la del otro. Las emociones de Isaiah atravesaban la mía como un fuego sin control. La traición de Nismera le había hecho mucho daño, pero lo

disimulaba con algo todavía más mortífero. El ig'morruthen de vibrantes colores rojo y negro se agitaba bajo la piel. Chasqueaba las mandíbulas y suplicaba que lo liberasen para ir en busca de venganza. Cuando lo traicionaban, Isaiah tenía un temperamento mucho peor que el mío. Era más amable que yo, más moderado, pero a veces me temía que fuese mucho más brutal.

—Bueno, da igual. Nos tenemos el uno al otro.

—Eso es verdad.

Me puso la mano en el hombro, pero la retiró como si se hubiera quemado.

—Pero ¿qué cojones…?

Me giré hacia él. Me miraba con una expresión de asombro y preocupación. Sabía con exactitud lo que había sentido. Sacudí la cabeza y me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Estás helado. Más que helado. ¿Por qué? —Los ojos de Isaiah me examinaron de arriba abajo, frenéticos.

¿Estaba helado? Era una forma de decirlo, pero lo que yo sentía iba mucho más allá. Estábamos parados frente una vasta llanura nevada, pero el frío ni siquiera me calaba los huesos. Me temía que nada pudiese. Cuando llegamos no sentí escalofríos ni se me puso el vello de punta, aunque fingí lo mejor que pude que el frío me afectaba. Quizá cuando morí Muerte me siguió a través del velo. O quizá no fue él, sino alguna otra cosa que residía en el otro lado. Yo solo sabía que me había envuelto y que me robaba la luz

y el calor.

—No creo que sea posible morir, llegar al Olvido y volver igual que te fuiste, hermano —dije mientras contemplaba de nuevo el horizonte.

—Pero yo lo hice, y no me siento así —dijo Isaiah.

—¿Moriste de verdad? Porque yo, sí. Cuando Samkiel me mató en la isla de Detremn, estuve fuera durante mucho más tiempo que esta última vez. No creo que fuese lo mismo.

—Joder —maldijo Isaiah con los ojos llenos de ansia y preocupación

—. Es ese maldito vínculo —resopló, y señaló con un gesto vago en dirección al pequeño campamento donde Dianna y Samkiel se habían sumido por fin en el sueño—. Te pondrás bien cuando sepamos cómo escapar de él. Solo hay que esperar y, hasta entonces, aguantar que nos arrastren de las putas pelotas.

—No lo creo —dije con tranquilidad.

—¿A qué te refieres? —Isaiah se cruzó de brazos y me taladró con la mirada, pero capté la inquietud en su voz—. Sé que quieres salvarme, pero eres idiota si crees que me voy a ir y te voy a dejar atrás para que te torturen o te maten. Aunque siempre estemos a la gresca, yo soy el único con derecho a patearte el culo.

Aparté la vista y posé los ojos sobre el paisaje, ondulado y cubierto de nieve, y las montañas coronadas de blanco. Antes daba por sentada tanta belleza, pero ya no. Ahora sabía hacia dónde me encaminaba: de vuelta a aquel rugiente pozo de vacío.

—Me refiero a que morí, y no solo eso, sino que además fue la muerte verdadera. —Suspiré y le sostuve la mirada—. El poder que empuña Samkiel es una nada vacía, oscura y espantosa. Es la ausencia de vida, y, aunque Muerte me sacó de aquel vacío, me siento… distinto.

Isaiah calló unos instantes. Solo se oía el murmullo reconfortante del viento que se colaba entre los árboles.

—Distinto, ¿en qué sentido?

Me froté la nuca mientras buscaba las palabras adecuadas.

—No me siento como debería. O, al menos, no como solía. Es como si estuviera aquí y, a la vez, no. Quiero decir…, sé que la amo. Y que te amo a ti, y odio a nuestro padre. Esas cosas parecen ser constantes, incrustadas en mi ADN, y trascienden la vida o la muerte, pero es lo único que queda.

Nos miramos de nuevo el uno al otro y dejé que viera que hablaba en serio. Tragó saliva al comprender que era una herida que no se podría curar jamás. Estiré las piernas y crucé los tobillos mientras me acomodaba en la corteza nevada del árbol que tenía detrás.

—La verdad, creo que ese vínculo es lo único que me ata a este mundo, y una vez que se rompa… —Chasqueé los dedos—. No creo que quede un cuerpo que puedan torturar. Así que, cuando el vínculo se rompa, huye y no mires atrás. Escóndete, cambia, encuentra algo distinto, Isaiah.

—No —respondió sin vacilar. Se frotó la frente. Él siempre buscaba una alternativa. Cuando nos encerraron en Yejedin, se pasó meses tratando de encontrar una forma de que pudiésemos escapar. Aunque no servía de nada, se negó a rendirse; y sabía que ahora, por mí, haría todo lo que estuviese en su mano.

—Cuando todo haya terminado, deberías formar una familia —le dije, con la vista fija en la entrada de la caverna vacía en la que se habían refugiado los animales para dormir.

—¿Qué? —se sorprendió Isaiah.

—Sé que suelo burlarme de ti. Es casi mi deber. Pero tú te mereces algo mejor. Cuando todo esto pase, busca alguien con quien compartir tu vida.

—No aparté la vista del paisaje—. Esto… —Me señalé a mí mismo, y luego el campamento que teníamos detrás—. Ha ocupado toda tu

vida hasta ahora. Yo he ocupado toda tu vida. Pero un día morirás, como he muerto yo, y querría que ese día no tuvieras nada que lamentar. Así que vete, y haz algo con tu vida, aparte de la guerra y de la muerte, aparte de mí. Busca a alguien que vaya a llorar a tu tumba.

—Kaden…

Lo miré de soslayo y, por una vez, el amor que sentía por mi hermanito infundió calidez a lo que quedaba de mi alma oscura y rota.

—Siento mucho lo que ocurrió, y todo lo que te dije. Fue culpa mía que tú estuvieses en aquel maldito campo, culpa mía que nuestro abuelo se enterase. Yo era descuidado, imprudente, y, mientras viva, siempre voy a lamentar haberte puesto en peligro.

—No fuiste tú. —Isaiah negó con la cabeza.

Junté las cejas.

—Sí, fui yo. No tuve cuidado al transformarme y alguien me vio…

—No. —Suspiró—. Tú tenías razón. En lo tocante al amor, y a desearlo, siempre fui descuidado. Por eso me enfado cuando bromeas al respecto. Creo que una parte de mí quería sentirse necesitada.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Essa.

Curvé los labios.

—¿Essa? ¿Tu ligue celestial? Eso fue hace eones.

Isaiah se miró las botas y le dio una patada a la nieve.

—Creí que podía confiar en ella, y lo hice, sobre todo después de que me prometiera que estaríamos juntos para siempre. Como bien me dijiste, soy muy inocente. En eso no te equivocabas. Quería lo que todo el mundo tenía, con lo que crecimos. Creí que con ella lo tendría. Éramos jóvenes y estúpidos, y yo creí que el amor verdadero jamás mentiría.

—¿Qué hiciste?

Se encogió de hombros mientras nuestro pasado se me desplegaba en la mente.

—Se lo conté todo. Quién era. Se lo mostré, y me odió por ello. Se lo dijo a su padre, que se lo dijo a nuestro abuelo, pero yo no me enteré. Essa usó una nota para tenderme una trampa; me dijo que quería que

hablásemos, pero él me esperaba con sus guardias. —Isaiah posó la mirada en mí—. Luego tú y tus generales me salvasteis, y después se deshicieron de nosotros.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunté, incapaz de mantener el dolor y la cólera fuera de mi voz.

Se encogió de hombros y se miró las manos mientras se frotaba los nudillos con el pulgar.

—Creía que me odiarías por hacer que nos exiliaran. Que me abandonarías a la primera de cambio.

Nunca habíamos hablado de aquel día. Yo había salvado a Isaiah, había desmembrado a nuestro abuelo por atreverse a tocar a mi hermano. Y, al hacerlo, nos condené a ambos a Yejedin. Siempre creí que había sido una metida de pata mía, pero era suya. Arrastraba esa carga, que se había convertido en su propia tortura personal. Pero

era idiota por culparse a sí mismo. Cualquiera que fuese su parte de responsabilidad en el asunto, la culpa de que estuviésemos allí fue mía. Yo era el hermano mayor. Se suponía que tenía que protegerlo. Y, en vez de eso, la cagué y no solo me puse una diana en la espalda a mí, sino también a él.

—No es culpa tuya —dije en voz baja.

Levantó la cabeza con brusquedad; era obvio que esperaba que lo maldijese o que le gritase.

—¿Cómo puedes decir eso, después de lo que te he contado?

—Porque tienes razón —repuse—. Eres tonto e inocente. Pese a todo lo que has hecho, todas las muertes y las mutilaciones, sigues siendo mi hermano pequeño. Es mi deber cuidar de ti. Si alguien tiene la culpa, es Essa por llevarte allí, y mía por cargármelo. No te culpes a ti mismo.

Reaccionó como si llevara varias vidas esperando esas palabras. Me dio la espalda y se llevó la mano a la cara. Lo oí sollozar, pero, cuando se volvió de nuevo, en su rostro no había el menor rastro de emoción.

—Sabes que no hablaba en serio, y que no preferiría que siguieses

muerto. Todo lo contrario, en realidad. Sin ti estaría perdido. Lo estuve, mucho tiempo. Solo tenía a Nismera. Creo que tan solo estoy… dolido.

Tal vez ese fuera mi castigo por todas las cosas que había hecho.

Nismera me había dado instrucciones, y yo había seguido sus órdenes sin vacilar. Ahora recibía por fin la justa recompensa que merecía por haberle seguido el juego con tanta despreocupación. Estaba atado a la mujer a quien amaba, pero que jamás sería mía. Y tenía que aguantar verla enamorada del hermano a quien yo tanto

detestaba. Y la única otra persona a la que creía que importábamos nos había traicionado y abandonado. Estaba viviendo mi Iassulyn particular.

—Sí —respondí—. Yo también.

Dio un paso y la nieve crujió bajo sus botas. Se paró a mi lado y ambos contemplamos las nubes grisáceas que acariciaban las laderas de las montañas.

—Hallaremos una solución. Siempre lo hacemos.

Asentí en silencio.

—Entonces, ¿el plan de mañana? —preguntó.

—Asegúrate de comer bien antes.

Isaiah asintió y se sentó en el suelo frío, cerca de mis pies. La nieve que lo rodeaba se empezó a fundir y dejó expuestas las rocas quebradas que había debajo. El calor que emitía conquistaba incluso aquel terreno helado.

Guardamos silencio mientras los elementos descargaban su furia y nosotros los contemplábamos desde la relativa seguridad de los árboles.

Cuando el sueño se abrió camino en el bosque, Isaiah me dio una palmada en el hombre y se retiró a dormir. Le prometí que haría lo mismo, pero no lo cumplí. Me quedé allí, en la montaña, mientras la noche daba paso al día, pero no estaba solo. Posado en las ramas, un pájaro de color medianoche hacía guardia; sus ojos fríos y muertos me vigilaban. Hablar con Isaiah me brindaba un poquito de paz, pero nada más. Buscar penitencia era como extraerse un millar de cuchillos mellados, que te cortaban en mil pedazos, y

recomponerte para estar completo de nuevo era una especial agonía. Quizá una versión más joven de mí habría intentado sanar aquellas

heridas que tocaban el hueso. Pero, para el hombre que era ahora, curarlas era una tarea aterradora.

Prefería sangrar.



Nunca le había visto la gracia al senderismo. Me gustaba correr, desde luego, pero subir una montaña escarpada después de atravesar un pozo de lodo negruzco me ponía de mal humor. Claro que podría haber sido mucho peor. Samkiel, como el amor de mi vida que era, posó los ojos en la ciénaga, arrugó la nariz y luego me llevó a cuestas por el barro sin la más mínima protesta. Podría haberlo hecho yo sola, pero tampoco iba a desperdiciar una oportunidad de estar en sus brazos. Kaden e Isaiah se lo habían quedado mirando, entre confusos y asombrados, pero él solo les sonrió con petulancia y los regañó por no saber cuidar a las personas a quienes uno ama de verdad. Eso desató otra discusión acalorada entre los hermanos.

Las riñas continuas me ponían de los nervios. A ese paso, me iban a matar antes de que completásemos aquella aciaga misión, y ellos se iban a hacer pedazos el uno al otro sin que hubiésemos llegado al Altermundo.

Los poderes de Samkiel venían muy bien para mantener a raya el olor y las salpicaduras del pantano, pero no se podía decir lo mismo de Kaden e Isaiah. Samkiel se reía por lo bajo cada vez que los miraba, pero por fin

logré convencerlo de que los limpiase un poco, aunque solo fuese para librarnos de su hedor. Lo hizo, pero apenas lo justo; les dejó las salpicaduras de alquitrán.

—¿Por qué no nos hemos teletransportado? —pregunté—. O…, no lo sé…, también podríamos volar.

Isaiah me dedicó una mirada de desagrado.

—¿Qué te pasa, princesa? ¿Te duelen los pies?

Le hice una peineta y él se rio entre dientes y se apresuró a reunirse con Kaden, que conocía el camino y se había puesto a la cabeza. Eso me hacía sentir incómoda, pero era inevitable, por supuesto. Estaban mucho más familiarizados con el Altermundo que nosotros dos.

—No queremos que sepan que llega Samkiel —respondió Kaden sin mirarme—. Y abrir un portal, o llegar volando, es lo más parecido a anunciarse con un coro de trompetas.

Suspiré, con los ojos en blanco. Vale. Si lo hacíamos para proteger a Samkiel, caminaría. Aunque era como subir una puta montaña… y, cuando los árboles nevados dieron paso a los claros, comprendí que, en efecto, eso era lo que hacíamos. Me sorprendió que estuviésemos tan alto. Llevábamos horas caminando y habíamos pasado demasiados malditos árboles, pero ahora por fin lo veía.

—Guau —dije de puntillas para ver mejor. El paisaje que habíamos dejado atrás estaba cubierto de colinas onduladas, pero lo que le daba la cualidad etérea a la escena era el bosque milenario. Los rayos del sol jugueteaban entre las ramas nevadas y los diminutos

cristales de hielo resplandecían como gemas. La caminata había sido un coñazo, pero el camino al Altermundo era bonito de narices.

«Ven —susurró una voz—. Baja aquí. Salta. Es muy divertido».

«Ven a pasarlo bien con nosotros», siguió otra voz cantarina.

Miré de soslayo a los chicos, pero estaban a varios metros y caminaban montaña arriba. Las voces me seguían llamando, así que me volví y di un

paso más, hasta que mis pies llegaron al borde.

«Ven, ven ya», susurró de nuevo la vocecita, alegre, y a eso le siguió una risa suave. Parecían pasárselo muy bien, y yo, mientras tanto, sufriendo. Quizá si…

—No te caigas —me susurró Samkiel al oído. Me sobresalté, y al volverme me encontré entre sus brazos. El hechizo, o lo que fuese que quería apoderarse de mi mente, se había desvanecido. Resoplé y le di un cachete de broma. Él rio, me cogió de la cintura y me apartó del borde.

Señaló el camino con un gesto de la cabeza.

—No te quedes rezagada, Dianna.

—¿No los has oído?

—Oír, ¿a quién? —preguntó con una mirada de incomprensión.

—No era nada, supongo. —Volví a mirar el borde del bosque. Ya no brillaba, y no sentía ese tirón; me pareció que la magia que me había llamado había corrido a esconderse.

Me pasó la mano sobre la cabeza para inspeccionarme.

—¿Te está afectando la altitud?

Negué con un gesto.

—No, no, estoy bien.

Miró detrás de mí una vez más, con la vista clavada allí, como si con eso bastara para que los seres de esa tierra se lo pensasen dos veces antes de acercarse. Lo que, muy probablemente, era cierto.

—Ya he tenido que enfrentarme con todas las fuerzas de los dominios que tratan de separarnos. Si este bosque intenta apartarte de mí, lo reduciré a astillas.

Inclinó la cabeza y me besó bajo el oído; luego me frotó la nariz en el cuello y la barba de varios días me rozó la piel sensible, y se me llenó la mente de recuerdos muy inapropiados de la noche anterior, y de la sensación de esa misma barba sobre el interior de mis muslos. Yo quería chuparle la polla, porque sabía que eso aquietaría la cólera de la discusión,



pero se negó, y prefirió lamerme hasta que se me fundió el cerebro. Al parecer, comerme el coño lo ayudaba a estar de buen humor, y yo no pensaba protestar.

—Vale, vale. —Reí, y él se apartó y me sonrió. Después entrelazó los dedos con los míos y me guio de vuelta a la subida. Isaiah nos vio acercarnos con una expresión que no supe si era arrepentimiento o nostalgia. Tampoco es que fuese a usar el vínculo para saber lo que sentía.

Me daba absolutamente igual.

Samkiel miró a los hermanos, enfadado.

—¿Seguimos, o qué?

Sin una palabra, Kaden se volvió y echó a caminar.

No llevaba reloj, pero, cuando Kaden se paró por fin, el sol ya se había ocultado detrás de los árboles. Más adelante se oía el rumor del agua, y las mariposas multicolores revoloteaban por el aire. El puente que cruzaba el río terminaba en la sombra, bajo los árboles, y más allá solo se extendía la oscuridad.

—Si esto es el Altermundo, es realmente bonito, como un bosque encantado.

Kaden e Isaiah se volvieron a mirarme, muy despacio, como si me hubiesen crecido cuernos.

—¿Qué pasa? —Suspiré—. Sois unos listillos y seguro que estáis deseando decirme algo.

Kaden ladeó la cabeza.

—No, enseguida vas a ver la verdad —dijo, y, antes de que pudiese preguntarle a qué se refería, avanzó hacia el agua y el mundo tembló. Me quedé boquiabierta. La ilusión se desvaneció y el hermoso bosque

encantado se convirtió en algo salido de una pesadilla.

Todos los verdes y los colores vibrantes murieron, como si una mano de fuego los hubiese arrasado. Los árboles eran feos, retorcidos y con las raíces marchitas. Algunos troncos estaban deformados y burbujeaban; había enterrados en las cortezas lo que parecían cráneos. Y las mariposas… Los dioses sabían que yo odiaba los bichos, pero aquellos seres de triples alas, no más grandes que mi mano, me iban a provocar pesadillas. Las cabezas pequeñas y circulares estaban cubiertas de dientes afilados que chasqueaban, y

un aguijón capaz de taladrar el hueso sumaba al menos la longitud de un dedo a los cuerpos largos y retorcidos.

Ni siquiera reparé en que me había aferrado al brazo de Samkiel hasta que él acarició el mío.

—Tranquila, estás a salvo —dijo.

—Tiene razón —añadió Kaden. Samkiel y él intercambiaron una mirada que no supe descifrar—. A ti no te van a hacer daño. Pero ¿a él?

Como si hubiese sido una señal, los bichos desagradables se lanzaron sobre nosotros, como una nube de alas y aguijones mortales. Invoqué las llamas para reducirlos a polvo, pero no hizo falta. Un muro de Olvido nos rodeaba, y cada insecto que chocaba con él se convertía en cenizas. Abrí mucho los ojos, sorprendida, y las llamas de las manos se extinguieron con un chisporroteo. Nunca lo había visto usar así el Olvido, y, a juzgar por cómo me miró, él tampoco se lo esperaba.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté mientras la muralla oscura se desvanecía.

—No lo sé. —Frunció el ceño—. Quería invocar una espada, pero por lo visto el poder decidió que era preferible un escudo. —Se miró las manos

—. Tengo la sensación de que aquí es más fácil usar el Olvido.

Lo miré y parpadeé.

—Habrá que añadirlo a la lista, entonces.

Arrugó un lado de la boca.

—Lo haré.

Se hizo el silencio, y vi que algo cruzaba los rostros de Kaden e Isaiah.

Quizá se preguntaban lo mismo que yo. ¿Por qué era más fácil usar el Olvido aquí? Tal vez el Altermundo alimentase su oscuridad.

—Y ahora, ¿qué? ¿Estamos ya en el Altermundo? —Estudié el bosque oscuro y amenazador que nos rodeaba.

Kaden negó con la cabeza.

—Todavía no. Primero tenemos que cruzar eso. El Altermundo está al otro lado. —Señaló lo que antes era un hermoso puente de madera. A este lado del velo, o lo que fuese que habíamos atravesado, era una inhóspita extensión de piedra. Mi bosque encantando era, en realidad, un bosque de muerte. De las balaustradas se alzaban antorchas a intervalos regulares, y la luz de las llamas se extendía hacia la oscuridad. En un extremo había gárgolas que vigilaban un imponente arco cubierto de runas, con las bocas abiertas en un rugido y las alas retorcidas desplegadas tras ellas.

—¿Qué pone ahí? —Estudié el arco con los ojos entrecerrados.

—«Abandonad toda esperanza, vosotros que atravesáis el arco» —leyó Kaden en voz alta.

—Vaaaale. —Exhalé—. No da mal rollo ni nada.

Isaiah suspiró, molesto, y Samkiel se rio en voz baja. Me acerqué más al puente; podía sentir que Samkiel me seguía de cerca. Miré el río de reojo.

Ya no era una hermosa corriente de agua pura y cristalina, sino un lodazal ancho y serpenteante. Al fijarme mejor, vi que bajo la superficie se agitaban miles de anguilas.

—De acuerdo, pues. Adelante —dije. Intenté obligar a mis pies a avanzar.

—Te seguimos —respondió Kaden.

Me quedé sorprendida. Desde el comienzo del viaje, habían participado de mala gana, pero por una vez parecía que no tendríamos que discutir con ellos. Durante un breve instante lo agradecí, pero, al volverme hacia

Samkiel para tomarlo de la mano, me di cuenta de lo equivocada que estaba. Más rápido de lo que debería ser posible, Isaiah sujetó la cabeza de Samkiel por detrás y le cogió la barbilla. Con un giro brutal, le partió el cuello.

Fue algo tan inesperado que, por un brevísimo instante, me quedé inmóvil. Luego, horrorizada, vi que Samkiel caía y las rodillas golpeaban el suelo con fuerza antes de que se derrumbase. La rabia me recorrió de punta a punta y de las manos me brotó fuego. Me volví con la intención de enviar a Kaden al negro río que corría debajo, pero estaba preparado, esperándome. Le di un puñetazo, pero me atrapó la muñeca y me acercó a él con un tirón seco.

—Te mataré —dije. Gruñí y los colmillos se extendieron.

—Es la única manera —respondió. Me dio una patada en la rodilla que me hizo caer al suelo, y luego me partió el cuello con las manos.



–¿Y si huyésemos juntos? —Sonreí a Samkiel. Los dos estábamos tumbados en el suelo. Me encantaban esos días en los que teníamos unos minutos para encerrarnos en nuestro cuarto antes de enfrentarnos a lo que hubiese en el exterior. Además, Samkiel había diseñado nuestros aposentos tan insonorizados que ni los viejos dioses muertos me habrían oído cuando le suplicaba que me llevase al orgasmo. El dormitorio era un verdadero caos, pero no me importaba. Él lo arreglaría todo, como de costumbre, para que pudiésemos destrozarlo de nuevo.

Samkiel reía con un sonido fuerte y alegre, tenía el pelo revuelto y entre los rizos se veían pequeños trozos del plumón de un cojín que rompí durante nuestros jugueteos. Era una versión de él que me encantaba, una de mis favoritas, cuando estaba libre de los fantasmas que lo perseguían.

Me alegraba de poder darle momentos así. A veces me miraba como si yo fuese lo único que lo mantuviese de una pieza. Dioses, menuda tonta cursi y enamorada estaba hecha. No lo cambiaría por nada en el mundo.

—Y si lo hacemos, y por supuesto es solo una hipótesis, ¿a dónde querrías ir?



Me di unos golpecitos con el dedo en el labio hinchado. Estaba tumbada en el suelo, boca abajo, y agitaba los pies en el aire.

—A ver, me gusta mucho nuestra ciudad, así que no quiero marcharme.

Quizá podríamos esconderla del mundo, y a nosotros con ella. Una vez que hayas terminado de salvarlo, ya sabes.

El tono burlón de las últimas palabras me granjeó una mirada de fingida cólera. Se abalanzó sobre mí y me rodeó con los brazos. Las manos encontraron el punto donde tenía más cosquillas y estallé en risas. Él también rio, y fue un coro de felicidad. Recé a cualquiera que me escuchase para pedirle que me dejara disfrutarla.

Me incorporé con un gruñido y me llevé la mano al cuello dolorido. El dolor se calmó un poco. En la habitación sumida en sombras se oían unas voces.

—… un idiota por traerla aquí.

—No tenía elección —dijo Kaden.

Los ojos se adaptaron por fin y, a través de la penumbra, entreví a Kaden. Lo que fuese a decir murió en sus labios, porque me lancé a por él.

Kaden chocó con el suelo; le di la vuelta, me senté a horcajadas sobre él y se quedó sin aire en los pulmones. Lo golpeé con el puño una vez, dos, tres, hasta que reaccionó y me sujetó.

—Lo decía en serio —gruñí—. Te voy a matar.

—Si muero contigo encima, al menos lo habré disfrutado —dijo Kaden, que me sujetó la otra mano y tiró de ambas sobre su cabeza para obligarme a pegarme más a él. Me resistí, y él gruñó, con una sonrisa cada vez más engreída a medida que mi cuerpo se frotaba con el suyo. Con una mueca de asco, intenté apartarme de él.

Una risita suave llegó del otro lado de la sala, y comprendí que no estábamos solos. Giré la cabeza con brusquedad y me fijé por primera vez en un hombre de pelo corto y moreno. Estaba de pie junto a una pared llena de cráneos, y los pálidos ojos amarillos con pupilas rasgadas y verticales brillaban bajo la escasa luz.

—Seguid, por favor —dijo, y la mano bronceada nos hizo un gesto para continuar—. Aunque mejor desnudos, si no os importa.

Me zafé del agarre de Kaden y me alejé de él tan rápido que el pelo me cayó por la cara. Me lo aparté y me puse en pie; al hacerlo, me aseguré de darle una buena patada en las costillas. Retrocedí un poco y me giré para poder vigilarlos a los dos a la vez. Ahora que ya no estaba en el suelo, lo veía todo un poco mejor. Eché un vistazo rápido a mi alrededor y tragué saliva al comprender que estábamos en un puñetero mausoleo. Había hileras e hileras de cráneos, de formas, tamaños y especies diferentes, empotrados en todos los rincones. Estábamos en una catacumba.

—Ni lo sueñes. Tú no me has llevado nunca a sitios bonitos —le reproché a Kaden, y le clavé los ojos mientras él se levantaba del suelo—.

¿Dónde está Samkiel?

Kaden se llevó la mano a las costillas y me miró con cara de pocos amigos. Me giré y busqué a Samkiel por toda la sala. Había antorchas en los muros que derramaban una luz dorada en la habitación. El sofá elegante en el que me había despertado se apoyaba en la pared

más lejana; las gruesas patas que lo sostenían estaban talladas con serpientes enroscadas. Entre la colección de cráneos había baratijas desperdigadas, y la decoración de la sala se basaba en el anaranjado oscuro. Supuse que sería su color favorito.

Había monedas de oro desparramadas sobre la mesa grande y pesada.

Una pila de joyas ocupaba todo el lado derecho de la mesa; algunas incluso habían caído al suelo. Sentí náuseas, y me pregunté si esas riquezas habrían pertenecido a los antiguos propietarios de esos cráneos. La pregunta recibió una rápida respuesta en cuanto me fijé en los dos esqueletos que hacían

guardia detrás de él. De los huesos les colgaban harapos. A uno le faltaba la mandíbula, y el otro llevaba un escudo abollado. No se parecían a los que animaba Tobias. No había carne sobre los huesos, y no les quedaba ni un atisbo de vida. Lo único que los mantenía en pie era la magia oscura que estuviese generando aquel ser.

Kaden estaba de pie al otro lado de una tarima circular, en cuyo centro se alzaba algo que en tiempos debió de ser un altar. Pero al parecer alguien lo había usado como banco de trabajo; por toda la superficie había desparramados textos antiguos, huesos y frascos extraños.

—Bienvenida al Altermundo, Ayla Deyanira —dijo el poderoso extraño.

Al fijarme en él por primera vez, me quedé sin aliento. El hombre poseía una belleza exótica que casi dolía mirar. Tenía el pelo oscuro, corto y erizado. La barba incipiente cubría una mandíbula aún más afilada que la de Samkiel. La túnica oscura se fundía con las sombras, y no me había dado cuenta de lo alto que era hasta que se apartó de ellas.

Me fastidió tener que echar la cabeza atrás para mirarlo a la cara. Me sentía como si me sometiese a un depredador que creía contar con ventaja sobre mí. La túnica se abría casi hasta el ombligo y exponía un torso bien esculpido y más abdominales de los que se podrían esperar en cualquier hombre. Llevaba varias cadenas alrededor del cuello, de diversas longitudes. El oro hacía que le reluciese la piel. En las muñecas llevaba brazaletes gruesos y pesados, y en los dedos, anillos a juego. Tenía un enorme atractivo, en el estilo del Altermundo, y se movía con la confianza de quien sabe cuál es su lugar en el mundo, y ese lugar era la cima.

—¿Deyanira? —pregunté—. Yo no me llamo así.

Extendió la mano y entrelazó el dedo en un mechón de mi cabello.

—Sí te llamas así. Y, por los dioses, menudo poder posees. —Dilató las aletas de la nariz, como si absorbiese mi olor, y los ojos se desviaron hacia Kaden—. ¿Siempre huele así?

No quise volver la vista atrás para ver su respuesta, pero, por cómo se amplió la sonrisa del hombre, supuse que Kaden había asentido con la cabeza. Fruncí el ceño y le aparté la mano de una palmada. Los ojos reflejaron asombro, como si nadie le hubiese levantado nunca la mano, y mucho menos dado un manotazo.

—¿Qué tal si mantenemos las manos quietecitas? —Lo taladré con la mirada—. Y, si ahora mismo apesto, es por el paseo que nos hemos dado por este dominio de locos, lleno de ciénagas repugnantes.

—Oh, no pretendía ofenderte —dijo con una sonrisa que me revolvió las tripas—. Hueles a poder, Ayla Deyanira. A poder puro y absoluto.

—No me llamo así —insistí con los dientes apretados—. Mi apellido es Martinez.

—Sí que te llamas así —respondió el hombre. Señaló con un gesto el enorme techo—. En estos dominios susurran tu nombre como una

maldición, Ayla. La niña que, contra todo pronóstico, sobrevivió y regresó.

Estabas destinada a tanta grandeza que atemorizaba a los propios dioses.

Nacida celestial, transformada en ig'morruthen.

Apreté la boca mientras me tiraba a la cara mi linaje y mi pasado. Y lo hacía con el cabrón que me había convertido presente en la misma habitación.

—Me encanta saber que tengo esa fama.

—La tienes, sin duda. —La mirada saltó de mis ojos a los de Kaden—.

¿Y tú? Me has traído tu posesión más preciada. ¿Por qué?

—No soy suya —salté.

Ambos me hicieron caso omiso, como si no fuera merecedora de su atención.

—No estamos aquí para eso.

—Ah. —El hombre frunció el ceño—. Pues cuéntame. ¿Acaso quieres la corona para ti? He oído que en Onuna te proclamaste rey del Altermundo.

Al observarlos, noté que la tensión entre ellos se hacía más palpable.

Las miradas chocaban, fuego contra fuego. Kaden se había presentado con ese título, y la gente de Onuna no había dudado en aceptarlo de buena gana.

Supuse que, para quienes de verdad ostentaban el título, aquello sería como mínimo una traición. Tragué saliva. Ni me apetecía ni estaba dispuesta a pelear con aquel hermoso nigromante. Si moría

en una pelea para tratar de salvar a Kaden, en la otra vida iba a estar muy, pero que muy cabreada.

—Sí, un título ante el que se inclinan los mortales. Les encantan esos numeritos teatrales —respondió Kaden.

La tensión se mantuvo, intensa y sofocante. Joder. Extraje las garras. Si estallaba una pelea, primero me encargaría de los tres esqueletos de la izquierda, dos con espadas astilladas y uno con una lanza de aspecto frágil.

Era factible. Seguro que podría coger algo del altar y usarlo como arma. La mayor amenaza sería aquel hombre extraño; mis instintos me gritaban que pelear con él no sería tarea fácil.

Sin siquiera pensarlo, me moví para adoptar una mejor postura defensiva. Pero, en ese momento, el hombre sonrió con sorna y parpadeó.

—Y yo que creía que intentabas remplazar la corona que nunca tuviste porque tu padre te veía más como una mascota que como a un hijo.

Kaden se enfureció. El hombre, pese a la astucia que reflejaban sus ojos, no se dio cuenta, pero yo sí. Conocía a Kaden. Si yo tuviera un corazón, uno que no estuviese magullado, que no hubiesen destrozado y del que no hubieran abusado tanto tiempo, que él no me hubiese roto una y otra vez, quizá habría sentido lástima por Kaden. Por suerte para todos, no lo tenía.

—Y ahora ya no usas ese título, supongo —prosiguió el hombre; me fijé en que todos los esqueletos que rodeaban la enorme sala tallada miraban a Kaden, y de ellos fluía una magia extraña e inquietante. No era como la de Camilla, pero la sentía. Los animaba la voluntad de aquel hombre. Me pregunté cuántos más habría fuera del alcance de la vista.

—Por supuesto —respondió—. No pretendía faltarte al respeto. —

Kaden tragó saliva y habló con evidente temor. Fuera quien fuese aquel hombre, tenía tanto poder que incluso Kaden se sentía cohibido. Nunca había visto nada parecido.

—Sé que no lo pretendías. Te aprecio, Kaden. Me diste a Dahlia.

—¿Dahlia? —le pregunté a Kaden.

—Una de sus esposas —respondió, sin molestarse en desviar la mirada hacia mí. No, centraba toda la atención en aquel tipo apuesto que, al parecer, no sabía abrocharse la camisa. ¿Qué tenía ese hombre, que provocaba en Kaden la reacción de un depredador al encontrarse con otro?

Miedo a exponer el cuello y que se lo rajasen—. Fue hace mucho tiempo.

—Desde luego.

La cabeza me dio vueltas. Espera…

—¿«Esposas»? ¿En plural? —le pregunté al hermoso extraño—.

¿Cuántas tienes?

—Tres. —Me lanzó una sonrisa demasiado brillante, que mostró cuatro dientes en cada lado y colmillos afilados.

—¿Tres? —me sorprendí—. ¿Y a ellas les parece bien compartir?

Ambos me miraron. No había sido consciente de formular la pregunta en voz alta. ¿Tres? Yo incineraría a Samkiel hasta dejar solo las botas si llegara siquiera a sugerir que hubiera otra esposa. Era demasiado posesiva y territorial.

—Te aseguro que es en beneficio mutuo. —Sonrió con indisimulada arrogancia masculina—. ¿Te apetece averiguarlo en persona? No diría que no a una cuarta. Y menos a una tan hermosa y poderosa como tú.

—No, gracias —respondí—. Y no te hagas ilusiones. Que alguien tenga múltiples parejas no es nuevo para mí. —Esperaba que esas palabras le doliesen tanto a Kaden como aún le dolían a una pequeña parte de mí—. Lo que me sorprende es que Kaden haya sido capaz de encontrarle una pareja a alguien.

Rio entre dientes y luego miró a Kaden.

—Me gusta. El fuego no solo le arde en la sangre, sino también en la boca.

—He venido a pedir un favor —dijo Kaden, sin hacer caso del comentario—. Con la esperanza de saldar la deuda que compartimos.

El hombre se giró poco a poco, con un movimiento tan depredador que me preparé, a la espera de su ataque.

—Ah, sí. Bueno, verás, tenemos un pequeño problema.

—Por supuesto —bufé. Me crucé de brazos. ¿Y si para variar alguna vez tuviésemos una solución fácil para algo? Por variar.

—¿Qué problema? —preguntó Kaden.

—Bueno, verás, no puedo otorgar favores del Altermundo. Solo lo puede hacer el rey, es decir, Umemri.

Kaden se quedó desconcertado, y me pregunté por qué. Yo había supuesto que habría un rey. El dominio era muy amplio, y Samkiel me había hablado de los príncipes que gobernaban el Altermundo. Tenía sentido que respondiesen ante un rey.

Kaden tragó saliva.

—¿Umemri?

El hombre se encogió de hombros, como si Kaden no hubiese cambiado de cara solo con oír ese nombre.

—Sí. Es él quien ocupa ahora el trono de Icnima.

Kaden inspiró con fuerza. Y yo estaba harta de que me dejaran de lado y hablaran como si no estuviese presente. Me incliné hacia el desconocido y le agité la mano delante de la cara.

—Hey, hola. Me llamo Dianna, por cierto, no Ayla. Está claro que te faltan modales, pero ¿cómo te llamas?

Los dos me miraron, y todos los esqueletos presentes se volvieron hacia mí. Fue tan inquietante que casi deseé no haber abierto la boca. El hombre parecía sorprendido de que le dirigiese la palabra, pero la mueca burlona

demostraba que le encantaba mi insolencia verbal.

Se llevó una mano al pecho e hizo una ligera reverencia.

—Te pido disculpas —dijo, y se irguió—. Me llamo Eryx, y soy un príncipe del Altermundo.

—Oh —fue lo único que pude decir. Mi sarcasmo se extinguió junto con cualquier otro pensamiento. Joder, eso explicaba la ingente cantidad de poder que lo rodeaba. De pronto quise estar en cualquier sitio, excepto allí.

Kaden no solo me había arrastrado al Altermundo. Además, me había llevado ante la presencia de uno de sus gobernantes más peligrosos.



El dolor me quemaba la base del cráneo. Me desperté con un gruñido.

¿Dónde cojones me había quedado dormido para…? Los recuerdos volvieron en tromba y me quedé rígido. ¡Ese cabronazo me había partido el cuello! Intenté incorporarme, y me cabreé al ver que mi cuerpo se negaba a moverse. Cuando pude enfocar la vista y mirar hacia abajo, vi que estaba atado con lianas desde el pecho hasta los pies.

—Ah, por fin has despertado —dijo Isaiah, que se miraba las uñas, recostado sobre la retorcida corteza de un árbol partido. En el bosque oscuro e inquietante que se extendía a sus espaldas no se movía ni un alma

—. Llevas inconsciente mucho más de lo que me esperaba. ¿Tenías sueño atrasado?

—Desátame y no te mataré a golpes.

Isaiah soltó una risita.

—Digamos que… no.

—¿De verdad piensas que esto me va a retener? —pregunté con los dientes apretados.

Se apartó del árbol con un empujón y caminó hacia mí.

—Tienes razón. Debería romperte el cuello una y otra vez hasta que



vuelvan, y así no podrás usar el Olvido para escapar.

El temor me fluyó por las venas y se me fueron los ojos hacia el puente, a pocos metros de distancia. Kaden se había llevado a Dianna, me la había robado y la había arrastrado al Altermundo. Los iba a matar a ambos. En cuanto Dianna estuviese libre de ese maldito vínculo, iba a destrozarlos a los dos.

—Suéltame —insistí mientras porfiaba con mis ataduras. Moví el pulgar sobre el dedo, pero estaba vacío. Mierda. Me había quitado los malditos anillos. Ni siquiera podía invocar un arma.

—De acuerdo. —Isaiah se detuvo delante de mí y me sujetó la cabeza, con una sonrisa burlona y arrogante. Menudo cabrón—. Era broma.

Otro giro brutal y…

Recuperé la conciencia poco a poco; lo primero que noté fue un murmullo suave, y lo segundo, que el cuello se estaba curando y me ardía. Fingiendo estar dormido, entorné los ojos y escuché con atención para asegurarme de que Isaiah no estaba cerca.

Se seguía oyendo el zumbido y, al mirar de reojo al punto de donde procedía, vi que Isaiah estaba recostado sobre el mismo árbol, con pinta de aburrido. Tiraba una piedra al aire y la volvía a atrapar. Necesitaba un plan y, si me debatía para romper las ataduras, solo

conseguiría que me volviese a partir el cuello. Me había quitado los anillos, así que no podía invocar un arma ardiente, pero quizá no la necesitase. Aquí me había resultado muy sencillo usar el Olvido. Seguro que podía volver a hacerlo, y más aún por ella. Mientras fingía que dormía y me aseguraba de mantener el ritmo de la respiración, me concentré en aquello que me permitiría invocar el Olvido con rapidez.

Dianna.

El Olvido brotó de mí como un puñado de víboras furiosas. Giré la cabeza hacia Isaiah, que se puso en pie de un salto. Pero ya era tarde. Ya estaba sobre él.

Rodamos por el suelo entre un torbellino de golpes; las hojas podridas y la suciedad se nos pegaban al cuerpo. Le di un puñetazo que le rompió los dientes y le partió el labio, y luego me aparté de él. Una vez en pie, eché a correr hacia el puente. Antes de alcanzarlo, Isaiah me embistió, y el topetazo me dejó sin aliento y me tiró de espaldas. Cuando me golpeó la cara con los nudillos, me oí crujir la nariz.

—Si entras ahí, conseguirás que nos maten a todos —exclamó—. El Altermundo te odia; se han puesto de parte de Me… Nismera. Al menos, déjalos poner en práctica su plan. De lo contrario, no nos enfrentaremos solo con la ira de Nismera, sino con la de ellos.

—Me da igual.

Isaiah se movió para cerrarme el paso hacia el puente. El desafío arrancó un destello de los ojos de las gárgolas, casi como si estuviesen atentas. El bosque se sumió en el silencio, pendiente de la opción que yo iba a elegir. Pero no había ninguna elección. Siempre iba a escoger a Dianna.

—Apártate de mi camino —ordené.

—No.

Lo embestí. La fuerza del impacto nos dejó a los dos jadeando, pero Isaiah estaba preparado. Rodó y me tiró por el borde del puente. Caímos por la empinada pendiente dando tumbos. Él fue el primero en ponerse de pie mientras yo atravesaba el follaje húmedo. Me dio una patada en las costillas, pero, cuando intentó repetirla, lo cogí del tobillo y se lo partí.

Chilló y cayó de rodillas. Le aticé un puñetazo que le abrió la mejilla. Me levanté para correr hacia la entrada, pero me puso la zancadilla.

Isaiah se abalanzó sobre mí, con el tobillo ya curado. Se sentó a horcajadas sobre mí y me dio dos rápidos puñetazos en la cara.

—Eres un cabrón egoísta y lo vas a joder todo —gruñó.

—Nunca has estado enamorado —dije. Le atrapé el puño y tiré de él para acercarlo.

Le estampé la cabeza en la nariz recién curada. Se llevó las manos a la cara y la sangre le corrió entre los dedos. Lo aparté de un empujón y me puse en pie.

—¡Si lo haces, nos condenarás a todos! —gritó, sin molestarse en atacarme de nuevo—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Cómo vas a protegernos a todos a la vez? Basta con que uno de nosotros caiga, y te quedas sin ejército, Samkiel. Sé listo, por una puñetera vez. Piensa con la cabeza, y no con la polla.

Me volví hacia él, jadeante.

—No estoy pensando con la polla, sino con el corazón. Algo de lo que tú careces. —Por la cara de Isaiah, cualquiera diría que le había dado un puñetazo. Supuse que no era la primera persona que se lo decía; pero ni lo sabía con certeza ni me importaba—. Sé que te resulta casi imposible de comprender. Dudo de que hayas experimentado siquiera

una fracción de lo que yo tengo, pero déjame que te lo explique con palabras sencillas. Dianna no es para mí una simple consorte o una conquista, ni un recipiente en el que me vacío cuando lo necesito y a quien luego no dedico más pensamientos. Para mí, ella lo es todo, la mismísima sangre de mis venas.

La gente sueña con el paraíso, con la dicha eterna cuando mueran y dejen este mundo, pero eso es lo que ella representa para mí. No puedo imaginar un mundo sin ella y, solo de pensar que Kaden la ha arrastrado a un sitio que no puedo pisar, estoy a punto de estallar. Necesito estar a su lado. No para protegerla, sino por mi propia salud mental.

Se le fueron los ojos hacia mis manos y mis brazos. No tuve que mirar para saber que el Olvido se enroscaba en ellos. Me cantaba, alimentaba el miedo y la cólera mortífera, me empujaba a matarlo, a correr hacia ella y acabar con todos los demás. Me sentí tentado, pero entonces un viento

helado me rodeó, como si Muerte me susurrase un recordatorio. No podía hacerlo. Y, peor aún, Isaiah tenía razón. Si ponía el pie allí, iba a comenzar algo más que una guerra. Pero ¿cómo podría no hacerlo? Se trataba de Dianna, la otra mitad de mi alma.

—No te pido que la dejes pudrirse ahí dentro, pero dales tiempo. Kaden no te está robando la puñetera esposa. Sabe tan bien como yo que, si ella muere, nosotros también —dijo Isaiah, algo menos enfadado—. ¿No es lo que hacen los caballeros? ¿Probar con la paz antes de recurrir a la destrucción? ¿Qué clase de gobernante vas a ser, Samkiel? ¿Uno al que quieran seguir, o uno que reinará sobre un cementerio porque no pudiste esperar cinco puñeteros minutos?

Creí que el gruñido sordo era suyo, pero en la penumbra sentí que me ardían los ojos, y vi cómo reaccionaba.

—¡Joder! —grité. Le di la espalda y subí a zancadas el pequeño talud por el que habíamos caído. Los árboles retorcidos y cubiertos de

moho parecían alimentarse de mi cólera y desesperación. Me alejé de él, con el cuerpo lleno de suciedad y hojarasca—. Joder.

Oí que soltaba una risita y luego se ponía en pie y me seguía hacia la entrada del puente. La luz de las antorchas me tentaba, me suplicaba que actuase mientras yo daba vueltas de un lado a otro de la entrada como una fiera enjaulada. Me tironeé del labio inferior, con el ceño fruncido, y maldije las puertas.

—Como tenga un solo pelo fuera de sitio… —amenacé a Isaiah, que se limpiaba la sangre de la nariz, que se estaba curando.

—¿Qué harás? —Escupió sangre—. ¿Nos matarás? No puedes, y Kaden también lo sabe. No la pondrá en peligro.

Mi risa burlona carecía de humor.

—Hace mucho tiempo que no convives con él. Ya no lo conoces.

—Ah, ¿no? —me retó. Enarcó una ceja perforada—. Sé que la ama.

—No la ama —dije. Di un paso al frente, e Isaiah retrocedió otro paso a

su vez.

—Oh, te aseguro que sí, y créeme si te digo que mi hermano nunca había amado así a nadie, ni volverá a hacerlo.

—Casi la hizo pedazos para forzarla a volver con él —le grité, tan alto que mi voz de barítono resonó por todo el bosque—. Y eso sin mencionar que mató a su hermana para vengarse.

—Siguiendo órdenes de Nismera —rebatió Isaiah.

Solté un bufido.

—Menuda gilipollez de excusa. Eso no es amor.

Isaiah frunció el ceño. Se le había curado la mandíbula, y lo siguiente era el labio partido.

—No sabes nada de amor, ¿verdad? —pregunté con brutal sinceridad, sin gritar ni chillar.

Por una vez, Isaiah guardó silencio y evitó mirarme a los ojos, lo que me dijo todo lo que necesitaba saber.

—En ese caso —seguí—, déjame que te ilumine, «hermano». Amar significa que jamás te doblegarás a la voluntad de nadie si eso implica hacer daño a la persona que dices querer, sea de modo físico, emocional o mental.

No es un ultimátum ni un castigo. A las personas que amas no les haces daño. Las proteges con todo lo que tienes, con todo tu ser. El amor son las decisiones inimaginables que tomarías por ellos, sean cuales sean las consecuencias. Si él la quisiera de verdad, como dices, le habría dicho a Nismera que se fuese a la mierda. La habría puesto a ella por delante de cumplir las órdenes, por delante del mundo, de los dioses y, con toda probabilidad, incluso de ti. Lo sé, porque yo lo haría. Así que préstame atención cuando te digo que, si en una hora no ha vuelto conmigo, la guerra de Nismera será lo último de lo que tendréis que preocuparos, tú y los dominios. Para siempre. Porque acabaré con todo. Y, cuando haya terminado, no quedará en este universo un guijarro en el que puedas hacer pie.

Por el aspecto de Isaiah, parecía que le hubiese estampado en la cara alguna verdad terrorífica. Tragó saliva. No me cupo duda de que había oído mis palabras y las creía.

—No sé cómo funciona el tiempo aquí, pero te juro que ella volverá.

Los dos. Si estás tan desesperado por saber cómo está, habla con ella por tu puto vínculo.

Me tiró los anillos a los pies. La alianza resplandeció sobre el oscuro y marchito suelo del bosque. No dijo nada más, solo se dio la vuelta y se sacudió la ropa para quitarse la suciedad de la pelea. Me arrodillé y cogí el anillo de boda. Los otros creaban armas, pero, para mí, aquel era sagrado.

En cuanto me lo deslicé en el dedo pude sentirla, como una llama cálida y tranquilizadora que me engullía y ahuyentaba cualquier frío.

« *Akrai*».

Me inundó una ola de calor, como si me hubiese excitado.

«Sami, cariño —respondió—. ¿Estás bien?».

«No soy yo quien me preocupa, eres tú. ¿Estás herida?».

El breve silencio fue una tortura.

«No, pero estoy con un príncipe del Altermundo».

Me puse en pie al instante.

«Voy a por ti».

«Espera. Te lo contaré todo —dijo, recalcando las palabras—. Pero, antes de que vengas a por mí y comencemos otra guerra, quiero ver si podemos conseguir algo de información. Necesito que confíes en mí».

Inspiré hondo, estremecido.

«Confío en ti, de verdad. Pero, si te toca o te amenaza, la guerra va a ser la menor de sus preocupaciones».

La sentí sonreír, y luego el vínculo se llenó de voces. Me callé y escuché.



Cuando la voz de Samkiel se desbordó sobre mi mente, sentí un escalofrío de alivio. Era como estar ahogándose y tragar por fin una bocanada de aire.

Me sentí otra vez llena de confianza. No porque no pudiera valerme por mí misma, sino porque, por una vez, en un mundo abarrotado de monstruos, tenía, y siempre tendría, alguien que me apoyase. Juntos éramos imparables.

«¿Con qué príncipe estás hablando?».

«Eryx».

Se hizo el silencio, pero percibí la calma letal en la que se solía sumir.

«¿Qué pasa?», pregunté.

«Es antiguo y poderoso. Ten cuidado».

«Lo tendré».

Kaden inclinó la cabeza ante Eryx.

—No era consciente de que Icnima había abdicado el trono. Te pido disculpas una vez más.

Me sentí tan agitada que Samkiel creyó que estaba en peligro.

«¿Qué pasa?».

«Kaden… ha hecho una reverencia».

«Los príncipes del Altermundo son temibles. Pero yo jamás me inclinaría ante ellos, y tú tampoco debes. En esos dominios, es una señal de sometimiento. Los gobernantes no se inclinan ante otros gobernantes, ni los reyes ante otros reyes. Tú, Dianna, no eres solo la reina de Rashearim; pronto lo serás también de esos dominios. No te arrodilles ante nadie,

¿comprendido?».

Esas palabras me hincharon el pecho de orgullo. Suyo y mío.

«No pensaba hacerlo. Ya sabes que yo solo me arrodillo para ti».

Una risotada profunda atravesó el vínculo, pero me mantuve impasible y seguí atenta a los presentes.

—No hace falta que te disculpes. Llevas mucho tiempo lejos de estos dominios. Las cosas han cambiado.

—¿Cómo? —se interesó Kaden.

Eryx se encogió de hombros, como si lo que iba a contar no fuese gran cosa.

—Estalló una guerra civil entre nosotros. Cuando Nismera invadió los dominios, todo el mundo se aferró al poder que pudo acaparar. Los siete príncipes de antaño ahora solo somos tres, y Umemri se sienta en el trono en sustitución de Icnima. Y, créeme, no tiene la menor intención de abandonarlo.

A Kaden le tembló un músculo de la mandíbula. Lo conocía bien, me había pasado mil años siendo su marioneta. Pese a la máscara impasible que adoptaba, conocía cada gesto y cada postura, y podía adivinar en qué pensaba. Las palabras de Eryx habían preocupado a Kaden. Capté su miedo y su aprensión; que hubiera menos príncipes no le parecía una buena noticia.

Tenía sentido. Cuando el poder que gobernaba un imperio caía, el nuevo poder solía surgir de sus propias filas. Savees nos lo había dicho, hacía ya muchos meses, cuando estábamos encerrados en la prisión.

Samkiel y yo sabíamos que habían luchado para acumular poder y aferrarse a él, y de ese modo proclamarse como nuevo epicentro de sus reinos. Sin embargo, a juzgar por la reacción sutil de Kaden, esa ruptura en el Altermundo debía de ir más allá de lo que imaginábamos.

«Yo estaba pensando lo mismo», me transmitió Samkiel.

«Si lo que dijo Savees es cierto, esto lo demuestra —añadí al tiempo que fingía escuchar a Kaden y Eryx—. Pero lo que me preocupa es que esté colaborando con Nismera. Sabemos que ella tenía a muchos bajo control y, si el Altermundo odia tanto a los dioses, ¿por qué molestarse en declarar una tregua?».

Samkiel guardó silencio un rato largo y luego habló de nuevo.

«Nismera es tan odiosa como algunas de las bestias más infames de aquí. Y, de todas formas, puede que conserven cierto grado de afinidad.

Como dijo Savees, ella les ofreció la oportunidad de derrocar un imperio que ellos ya odiaban. Y a mí me odian. Formo parte de los mismos dioses que los subyugaron y que los dejaron pudrirse tras sus propios muros. Sabes que he enterrado a guerreros y bestias por

igual. Donde antes se alzaba Rashearim, mi reputación es excelente, pero para los monstruos soy un ser de pesadilla».

«No para todos los monstruos —dije—. Para mí eres como un sueño».

«Y tú para mí».

Una suave calidez se me derramó por el cuerpo, como una manifestación física de su amor. Me concentré de nuevo en la sala al ver que Eryx me miraba con cautela. Fingí mirar los esqueletos que permanecían inmóviles detrás de ellos, y luego la decoración de las paredes, como si no les estuviese pasando información a sus enemigos.

—Has dicho que sois tres. ¿Quiénes más? —preguntó Kaden, lo que atrajo la atención de Eryx.

El príncipe se encogió de hombros; como si pronunciar el nombre de seres que hacían sudar al resto de los dominios no fuese gran cosa.

—La bestia de mi hermano, Aeron. Dudo que haya nada capaz de matarlos a él y a sus orcos. —Con los ojos muy abiertos, traté de imaginarme la apariencia de tales seres—. Y, por supuesto, Morana. Cada día está más insoportable —dijo Eryx.

—¿Morana? —interrumpí—. Creía que habías dicho «príncipes».

«Los títulos masculinos tienen más poder en esos dominios —me resonó la voz de Samkiel en la mente—. Y, antes de que digas nada, ya lo sé, ya lo sé».

Eryx repitió casi palabra por palabra lo que había dicho Samkiel. Me costó mucho no responder con algún comentario mordaz, y, dadas las circunstancias, inadecuado. Eryx me miraba con una ligera sonrisa burlona, como si supiese con precisión con quién hablaba yo y que me mordía la lengua para no decir según qué cosas.

—Pero ya basta de hablar de mí y de mi dominio. Quiero que me hables de ti, señorita Ayla.

—Es «señora» —lo corregí.

Las rendijas de sus pupilas se dilataron de diversión.

—Ah, ¿sí? Eso explica por qué has rechazado mi propuesta de matrimonio.

«¡¿Qué?!», aulló Samkiel en nuestro vínculo; sentí un fogonazo de Olvido en las paredes de mi mente, como si quisiera protegerme.

Eryx pareció notarlo. Sonrió de oreja a oreja y le brillaron los ojos. Me pregunté si era capaz de oírnos. Imposible…, excepto porque Eryx dio un paso para acercarse a mí. Pero, para mi completa sorpresa, no tuve que hacer nada para defenderme. Fue Kaden quien se interpuso, y un hombro enorme impidió que Eryx se me acercase más.

—A esa distancia ya está bien —dijo Kaden. Comprendí que no me protegía de Eryx ni tampoco trataba de proclamar su dominio sobre mí. Lo que quería era evitar que el torbellino que sacudía el vínculo entre Samkiel y yo se desencadenase sobre el Altermundo.

—Qué protector. —Eryx sonrió, con los colmillos brillantes.

—Te aseguro que es por tu bien.

La tormenta que azotaba el vínculo pareció amainar al oírlo, pero solo un poco.

—Bueno, ya sé que no se acuesta contigo —añadió Eryx, que miró a Kaden de arriba abajo con lástima—. Cuando te mira, solo huelo odio. Así que, respóndeme, Ayla, ¿quién es el afortunado por el que rechazas a un príncipe?

Me eché a un lado para esquivar la barrera que representaba el cuerpo de Kaden y levanté una mano por encima de la cabeza.

—Oh, mide dos metros o así, tiene unos ojos preciosos, un cuerpo maravilloso, y le gusta destruir mundos.

Capté la risa de Samkiel.

«Te quiero».

Pero no aparté la vista de Eryx, que tenía las manos en los bolsillos.

—Me preguntaba si los rumores eran ciertos, y ahora lo has confirmado. Un dios enamorado de una ig'morruthen. —Eryx chasqueó la lengua y dio un paso atrás—. Menuda tragedia.

—Yo no lo veo así —me defendí.

—¿No? —Chasqueó la lengua de nuevo—. ¿No sabes lo que pasó la última vez?

Eso me llamó la atención.

—¿Qué?

Eryx descartó el tema con un gesto que dejó claro que no tenía interés en desarrollarlo.

—En estos momentos yo no me preocuparía por la historia antigua.

Creo que tenéis problemas mucho mayores —dijo. El tono de sus palabras hizo que Kaden y yo nos irguiéramos. Ambos reconocíamos una amenaza al oírla.

—¿Es eso cierto? —preguntó Kaden.

Eryx sonrió y se pasó el pulgar por el labio inferior. Al mirarme, la hendidura vertical de sus pupilas relució un poco más.

—Me pregunto si sentiríais lo mismo por vuestro Destructor de Mundos si supieseis lo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho? —solté—. ¿Te refieres a batallas antiguas, que empezaron otros que ocupaban puestos más altos? ¿O a la carga que arrastra en forma de una corona que no pidió para sí? Vas a tener que concretar más.

Por el vínculo me llegó otro estallido de emoción, esta vez teñido de gratitud y sincera admiración.

«Solo mi esposa me defendería en un dominio extraño, rodeada de enemigos. Chalada mía, mi amor por ti no conoce límites».

«Es idiota si cree que no le puedo destrozar la garganta. Tú no te mereces que te falten al respeto, pero puedo mostrarle a alguien que sí».

«Compórtate, amor mío —me amonestó con dulzura—. Las palabras no significan nada a menos que respetes a quienes las pronuncian. Para nosotros, él no es nadie. Lo único que quiero es que vuelvas sana y salva».

—Parece que sientes el impulso de protegerlo. —Los ojos de Eryx brillaban de diversión.

Kaden soltó un resoplido y me miró de reojo.

—Ni te imaginas.

—Mira, lo entiendo —dije—. La primera vez que nos vimos, no nos caímos muy bien. De hecho, intenté aplastarlo con un edificio. Pero no tolero que se le falte al respeto, por muchas disputas antiguas e infracciones del pasado que haya pendientes. Sí, ya sé, mató monstruos, etcétera, pero…

Eryx sacudió la cabeza y me interrumpió.

—Sí, mató a muchísimos, pero creo que su primer error fue cortarle la cabeza a la esposa de Umemri.

—¿Qué? No. Sin duda te equivocas. No hemos matado a nadie. Nos hemos enfrentado…

Joder. Bestias del Altermundo. De pronto lo entendí, y se me hizo un

nudo en la garganta. La visita no iba a ser nada productiva. A juzgar por la horda que se acercaba y cuyo sonido retumbaba en la caverna, y por la expresión del rostro de Eryx, estaba resuelto a que todo esto acabase en violencia.

—Sigue, sigue —me pidió Eryx—. ¿Con qué os habéis enfrentado, dices?

—Cualquier monstruo al que mi marido haya matado, o bien nos atacó primero, o bien estaba arrasando ciudades y pueblos llenos de inocentes. Y

ninguno de ellos tenía rostro de mujer.

—Tú y yo sabemos que no todos los monstruos necesitan cuernos y colmillos para serlo, Ayla. Algunos se las arreglan a la perfección sin ellos.

Apreté los labios mientras oía detrás de nosotros el claqueteo de hueso sobre piedra. Era un sonido desagradable y repulsivo.

«Dianna».

«Espera —respondí—. Quiero ver a dónde lleva esto antes de que entres en tromba y causemos más mal que bien. No creo que Muerte nos haya enviado aquí para morir. Necesita algo de nosotros, y quiero averiguar por qué».

«Necesito que entiendas qué difícil me resulta lo que me pides».

«Lo sé —dije—. Y te pido disculpas por ello. Pero, por favor, espera».

«Cinco minutos».

Le envié una risita; me hacía gracia la cantidad de veces que me había dado ese mismo margen de tiempo.

«Cuatro minutos —corrigió—. O convertiré el Altermundo en un erial».

«Cabezota hasta el final. —Solté un bufido—. Sí, amor mío».

Las dos hojas de la puerta, de acero y cubiertas de complejos grabados, se abrieron. Kaden se volvió a mirar. De pronto comprendí que Eryx no tenía unos cuantos esqueletos en el armario. Tenía un puñetero ejército.

—Yo de vosotros los acompañaría sin resistirme —sugirió Eryx. Cruzó

las manos a la espalda y el movimiento agitó las solapas de la túnica y mostró con orgullo la musculatura del pecho. Cabrón arrogante. Me daban ganas de incinerarlo, solo para borrarle de la cara aquella sonrisa de satisfacción.

«Vamos, pero nos comportamos como es debido, ¿de acuerdo?».

Ese mensaje era para Kaden, que me lanzó una extraña mirada de reojo.

Supuse que lo había recibido, pero no entendí el significado de su expresión. No dijo nada, pero me respondió con un breve asentimiento, para indicarme que seguiría mis instrucciones.

Las tropas de esqueletos nos condujeron fuera de la tumba y a lo largo de un pasillo largo y serpenteante que atravesaba las catacumbas. Había antorchas, colgadas muy por encima de nosotros, que iluminaban el camino, y las telarañas dibujaban filigranas de encaje en las esquinas y entre los cráneos. Había más y más cráneos

incrustados en los muros y, mientras nos llevaban cada vez más adentro, me pregunté quiénes serían. ¿Cuánta gente se había cruzado en el camino de Eryx y había terminado como decoración de las paredes?

Las lanzas que teníamos detrás nos espoleaban a avanzar. Conté al menos veinticinco esqueletos, algunos por delante para guiarnos y otros detrás. Tal vez pudiéramos aniquilar la horda entera, pero no me apetecía mucho pelear con un príncipe del Altermundo. Además, si peleábamos, no me cabía duda de que Samkiel se presentaría y comenzaría otra guerra. No necesitábamos algo así, y menos cuando yo misma podía encargarme.

«Pídelo, *akrai*, y abriré la tierra en canal para llegar hasta ti».

«Deja de coquetear conmigo —respondí—. No es buena idea excitarme cuando me dirijo hacia una probable perdición».

No se rio, pero sentí una chispa de humor en la tormenta furiosa que se estaba desatando en su interior.

«Confía en mí», insistí.

«Más que en nada o en nadie».

«Esto va a ser pan comido».

La catacumba dio paso a una sala. La única palabra que me vino a la mente fue «gigantesca», pero no le hacía justicia. Ni tampoco la palabra

«sala». Era una caverna tan grande que casi no lograba divisar la pared opuesta. Muy arriba, el techo se curvaba para formar una imponente cúpula.

De un profundo agujero del suelo brotaba un calor cuya intensidad distorsionaba el aire. Me acerqué al borde y eché un vistazo. Era una caída de al menos cien metros, y en el fondo distinguí el resplandor

anaranjado de la lava que burbujeaba. Suspiré. Cómo no. Uno de los principales supervillanos del Altermundo tenía un minivolcán en su guarida de las catacumbas. Lo típico.

«Todos los caminos confluyen en uno», había dicho Reggie, y al recordarlo su voz me resonó en la mente. ¿Era una premonición fallida, que intentaba abrirse paso para avisarme? Joder.

Miré a un lado. En la pared del fondo se abrían varias puertas. Siete, en concreto; supuse que serían portales al territorio de cada príncipe. El ejército de esqueletos nos empujó a Kaden y a mí para que avanzásemos, hasta llegar a una plataforma de piedra que, mediante la magia, flotaba sobre la roca fundida y viscosa del fondo. Los soldados muertos nos obligaron a ponernos en el centro y luego se dispusieron en círculo alrededor de nosotros. Eryx caminó hasta el único trono vacío y se sentó, con la mirada fija en el ser que se sentaba frente a él en un trono enorme.

Nadie tuvo que aclararme que era el trono de Icnima.

—Arrodillaos —tronó una voz grave y poderosa a nuestra derecha—.

Arrodillaos ante el rey del Altermundo.

El ser que tenía frente a mí se presentaba con los atavíos de un hombre, pero nada podría estar más lejos de la verdad. Vestía un traje oscuro que hacía que los hombros pareciesen increíblemente anchos. Tamborileaba con los dedos en el brazo del trono, que se elevaba para quedar por encima de los otros, pero el ser era tan grande que los pies seguían plantados con

firmeza en el suelo. Debía de ser tan alto como Samkiel, pero cuando se inclinó hacia delante vi no que no eran comparables. Por los profundos pozos negros de sus ojos, la piel pálida y lisa y la corona de puntas afiladas que le ceñía la cabeza, supe sin la menor duda de quién se trataba.

Umemri.

«Retiro hasta la última palabra de lo que he dicho», susurré en nuestro vínculo, y sentí que Samkiel desataba por completo la furia de la tormenta.



–Lo siento, pero no soy una de esas chicas que se ponen de rodillas a la primera de cambio. —Y me encogí de hombros.

Me llegó un siseo desde la izquierda, y al mirar comprendí que debía de tratarse de Morana. Era de una elegancia etérea, y la envolvía lo que se podría describir como un poder antiguo y primordial, que fluía de ella en oleadas. Su vestido, oscuro y ajustado, ceñía unas curvas que me dieron envidia. Tenía el pelo negro recogido a ambos lados, y el resto se derramaba sobre los hombros y le llegaba casi al ombligo. Me miró con dureza, pero la expresión severa no le restó ni un ápice a su exquisita belleza. Tenía un cutis del color de la nieve y unos pómulos que podrían cortar el cristal.

Agitó las uñas largas, negras y afiladas, y fui incapaz de saber dónde terminaba la cutícula y empezaba la uña. No tenía ni idea de cuáles serían sus poderes, y la verdad era que no me apetecía averiguarlo.

—Es tan arrogante como su compañero, que en estos momentos merodea en nuestras fronteras —dijo Eryx. Apoyaba la barbilla en una mano, y en los labios le bailaba una sonrisa a juego con la diversión que le brillaba en los ojos. El muy cabrón se lo estaba pasando bien.

Aeron nos clavó la mirada. Los colmillos gemelos tenían grietas en el lado exterior, como si hubiera usado su enorme cabeza a modo de ariete.

Tenía el cabello oscuro afeitado por los lados, pero tan desigual que no supe si era a propósito o el resultado de algún combate. En la parte superior, el pelo formaba trenzas apretadas contra el cráneo y los extremos caían sobre los hombros. Estaba recostado en el trono, con las piernas abiertas y el enorme cuerpo relajado. Los ropajes reales que vestía debían de estar hechos a medida y, aun así, cada vez que se movía los bíceps tensaban las costuras.

—Ya lo veo —dijo Umemri. Al oírlo hablar volví hacia él toda mi atención. Él me sostuvo la mirada, sin quitar los ojos de mí en ningún momento—. Eryx, haz venir a los demás invitados.

Eryx no se movió, pero los ojos adquirieron un fulgor más intenso e inquietante. Se oyó un golpeteo de metal y varios esqueletos que había a mis espaldas abandonaron la caverna.

Umemri se acomodó en el trono y cruzó las manos una sobre otra. Se le movieron los hombros, y me di cuenta de que, aunque estaba forrado de músculos, no era eso lo que se agitaba bajo la túnica. Como una fiera que se estira bajo el sol, unos tentáculos gruesos y poderosos se alzaron tras él, con las puntas curvadas. Se me debieron de notar el asombro y el asco, porque Umemri sonrió y se levantó.

Se metió las manos en los bolsillos y caminó hasta detenerse delante de mí; la túnica de color esmeralda oscuro resplandecía a cada paso que daba.

Levanté la vista hacia él y supe al instante que su esposa era la murrak que habíamos matado. Umemri era tan alto como Samkiel, pero no era un hombre, o, al menos, no del todo. La chaqueta le llegaba hasta las rodillas, y los pantalones oscuros y las botas eran idénticos a los que usaría un humano. Pero no había nada de humano en el rostro ni en los ojos. La cara era un conjunto de ángulos y hendiduras en sitios donde no debería haber ni lo uno ni lo otro. Me acordaba perfectamente de las pinzas de la murrak que

se extendían hacia mí.

Umemri ladeó la cabeza para estudiarme mientras un grueso apéndice se inclinaba hacia mí para tocarme la cara. No aparté la vista mientras se acercaba. La idea de que me tocase me parecía repugnante, pero me negué a retroceder. De pronto, un poder hizo acto de presencia en la sala, tan querido y familiar que de inmediato me volví hacia la puerta.

Oí que los dos guardias esqueléticos regresaban por el túnel, caminando al unísono. No eran más que sombras entre la penumbra, pero yo no veía nada excepto los ojos plateados que desprendían un brillo inquietante en la oscuridad. Me sentía tan feliz de verlo que se me aceleró el corazón. Cierto, era una tontería, solo llevábamos unos minutos separados, pero, por los dioses, cuánto lo había echado de menos. No era solo mi marido y mi mejor amigo; también era parte de mí, y, mientras me invadía la alegría, comprendí que un segundo lejos de mi amata bastaba para volverme irritable.

—Si la tocas, será lo último que hagas —dijo Samkiel con un tono de voz en el que no cabían dudas respecto a la sinceridad de sus palabras.

Entró, con paso firme y arrogante y la cabeza muy alta, en la caverna, un antro lleno de bestias voraces dispuestas a hacerlo pedazos solo por existir.

Era, de los pies a la cabeza, el intrépido y temible Destructor de Mundos del que hablaban las leyendas. Nunca lo había amado tanto.

Era evidente que Samkiel e Isaiah habían tenido algún tipo de encontronazo violento. Samkiel los había limpiado a ambos, porque las ropas que vestían parecían recién salidas del sastre, pero los hematomas a medio curar y los nudillos pelados estaban a la vista.

—Lo acostumbrado es inclinarse ante el rey —dijo Eryx mientras Samkiel se ponía a mi lado e Isaiah se detenía junto a Kaden.

—No veo aquí a ningún rey —respondió Samkiel. Posó en Kaden e Isaiah una mirada que combinaba la advertencia con la irritación—. Y, aunque los hubiese, los reyes no se inclinan ante otros reyes. Así que mis

hermanos y yo nos mantendremos erguidos. No nos agachamos ante nadie.

Usó la palabra «hermanos» y, por mucho que Kaden e Isaiah trataron de ocultarlo, al oír esa proclamación sentí un fogonazo de alguna emoción indescifrable por los filamentos del vínculo que nos unía a los cuatro, como un suave tirón que se extinguió tan pronto como había llegado. Sabía que Samkiel lo había dicho para presentar un frente unificado y no por amor fraternal, pero el simple hecho de que la palabra saliese de su boca había provocado algo, aunque la llama se hubiera extinguido de inmediato.

La tensión en la sala creció hasta hacerse tan peligrosa como un arma, y Umemri apretó los labios.

—Ah, ahí está —dijo—. La famosa arrogancia de los dioses, y la exhibes sin pudor frente a quienes de buena gana te cortarían la cabeza. ¿Es acaso soberbia, portador de luz?

Samkiel taladró a Umemri con una mirada intensa y mortífera.

—Prefiero considerarlo confianza.

El poder rebotaba del uno al otro, una fuerza de tal magnitud que me revolvía las tripas. ¿Cuán fuerte era Umemri? Samkiel respondía al menosprecio igual que respondía a las amenazas. Fatal. Le puse la mano en el brazo para ayudarlo a centrarse y así evitar que le separase la cabeza del cuerpo a alguno de aquellos príncipes.

—Destructor de Mundos. —En la voz de Umemri sonó como una maldición—. Qué nombre tan peculiar te han otorgado los dioses. Sobre todo, para alguien destinado a traer la paz.

—Recuérdalo la próxima vez que alguno de tus parientes coquetee con mi esposa —le espetó Samkiel, furioso.

Abrí mucho los ojos y suspiré, exasperada. Cómo no iba a ser eso lo primero que sacase a colación al presentarse frente a la corte del Altermundo. Umemri se volvió poco a poco para mirar a Eryx, que levantó las manos y se encogió de hombros para quitarle importancia.

Morana se echó a reír, un sonido lento y seductor que emanó de ella y

podría jurar que me llegó hasta el tuétano.

—Parece que es tal y como cuentan las historias, hermano. Que también hablan de tu belleza, hijo de Unir. —Se inclinó para apoyar la barbilla en la mano; tenía una pierna esbelta cruzada sobre la otra—. Es un placer comprobarlo en persona —ronroneó.

La muy zorra. ¿Estaba coquete…?

Samkiel ni siquiera se dignó a mirarla.

—No puedo decir lo mismo —respondió, con los ojos clavados en Umemri.

Eryx estalló en una carcajada oscura y maliciosa. Morana siseó al oír el insulto y taladró a su hermano con la mirada. Por lo visto, hasta los hermanos del Altermundo se peleaban.

—Ya basta —cortó Umemri, y el humor se desvaneció al instante. Los tentáculos de la espalda se retorcían, agitados, mientras nos miraba.

Samkiel desplazó el cuerpo con sutileza, tanto para darme espacio como para servirme de escudo. El poder de Samkiel se derramó y provocó el inicio de una tormenta.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo Umemri a Samkiel—. He intentado atraer tu atención, pero eres un hombre difícil de encontrar.

—Ah, ¿sí? —repuso Samkiel con un tono tan calmado que casi sonaba a aburrido.

—Sí. ¿No te gustaron mis regalos?

Ambos dedicamos unos instantes a recordar las marcas de incendios y las runas en el bosque.

—Perdóname. He estado ocupado. Lo normal es que sean mis oponentes quienes tengan el coraje de venir a verme, en vez de enviar a sus lacayos.

Entonces fue Morana quien rio mientras Umemri se encolerizaba. La fulminó con la mirada, pero ella ni siquiera dejó de sonreír.

—Te considera débil, hermano —ronroneó—. ¿Le demostramos lo que

les pasa a los dioses que visitan el Altermundo?

Giré la cabeza hacia ella con brusquedad y de la garganta se me escapó un rugido sordo.

—Sí, por favor —dije con los colmillos extendidos—. Inténtalo.

—Has usado el Olvido en el Altermundo. —Umemri tamborileó con las uñas sobre el muslo—. Ha sido una declaración de guerra.

—No, no lo ha sido. Estaba defendiéndonos, a mi esposa y a mí. —

Samkiel apretó los dientes al decir eso. Sabía que para él era algo más que un anuncio de lo que yo representaba para él. Les decía que, si me amenazaban o me ponían la mano encima, respondería con sangre—. No era una declaración de guerra, pero, si estáis buscando una excusa, puedo daros una.

Aeron se removió en el trono al oír hablar de guerra, y yo le lancé una mirada de advertencia. Adoptó una postura relajada y siguió la conversación con aire de aburrimiento, pero tuvo la sensatez de quedarse callado.

—Bueno, bueno, ya habrá tiempo para eso. Por desgracia, tengo que cumplir una promesa que le hice a tu hermana —dijo Umemri.

Sentí el roce de Samkiel en nuestro vínculo, en señal de confirmación.

Los dos teníamos razón, y lo que nos había contado Savees era verdad. Al parecer, no solo había un tratado con Nismera, sino que, además, el rey del Altermundo trabajaba para ella. Percibí la creciente desazón de Samkiel.

Aquello era una prueba de que Nismera tenía entre sus garras a cualquiera que blandiese poder en los dominios. Era muy posible que el Ojo fuese nuestro último recurso, pero los rebeldes habían estado muy callados desde que la luz de Samkiel ardió en los cielos.

—Eso he oído —señaló Samkiel—. ¿Por qué otro motivo el Altermundo enviaría a los suyos a trabajar con ella? Supongo que habéis firmado algún acuerdo y os ha prometido que reinaréis para siempre. —

Samkiel soltó una risilla siniestra, y Kaden e Isaiah lucieron idénticas

muecas burlonas—. Odio tener que deciros esto, pero, una vez que obtenga lo que necesita de vosotros, os aniquilará a todos, del primero al último. Y

luego se quedará el Altermundo para ella.

—Llevas mucho tiempo fuera —le contestó Umemri, y lo señaló con un dedo acusador—. Te perdiste la parte en la que nos quedamos con todo, tanto arriba como abajo. Este tratado mantiene el *statu quo*, y, cuando ella termine de destrozarte, me llegará el turno a mí.

Kaden soltó un bufido.

—Eres un idiota si te crees una sola palabra que salga de la boca de Nismera.

Lo miré de reojo. Me sorprendía el regocijo de sus palabras, pero aún más que fueran sinceras. Había dicho lo que pensaba. Lo que hubiese ocurrido en el palacio de Nismera no solo había abierto una brecha con los que le eran más leales, sino que, además, había sido una auténtica ruptura.

Umemri no iba a cambiar de opinión; al parecer, no le preocupaba mucho. Paseó la mirada entre Samkiel y Kaden.

—¿No te molesta que todo lo que disfrutas de «tu esposa», tu hermano se lo haya enseñado antes?

El cuerpo de Samkiel vibró y los músculos se tensaron, dispuestos a abalanzarse sobre Umemri. Me puse a su lado y le planté la mano en el pecho para obligarlo a retroceder varios pasos.

Aeron se levantó y sus pies chocaron con el suelo de piedra con la fuerza de un terremoto. Con un rugido sordo, desenfundó dos espadas serradas gemelas. Morana se elevó como la niebla y

desenrolló un látigo fino como un cabello y dejó que se amontonase a su lado. Mientras tanto, Umemri reía y reía.

—Te cortaré la lengua por lo que has dicho —amenazó Samkiel.

—No creo que sea de la mía de la que tienes que preocuparte —dijo Umemri, y miró de nuevo a Kaden—. Además, cuando Nismera haya terminado con tu linda esposa, no va a quedar ni un cráneo que te puedas

follar. Obtendré mi venganza, y tú pagarás un alto precio por ella.

Ni con todo mi poder pude detener la tormenta que amenazaba con estallar tras la grosera amenaza de Umemri. Pero no era el relámpago lo que me restallaba bajo la mano, dentro del pecho de Samkiel, sino el Olvido, puro y absoluto. Los muros que usaba para contener lo peor de su poder se habían quebrado, y el Olvido se asomó a nuestro vínculo dando dentelladas, como un centenar de serpientes hambrientas. Miré a mi marido con los ojos muy abiertos. No iba a quedar nada del Altermundo.

—Samk…

—¿Sabes? Tienes una imagen muy elevada de ti mismo, para ser alguien que controla a puñeteros insectos —interrumpió Isaiah; nos pilló a todos tan de sorpresa que incluso sacó a Samkiel de aquella calma asesina.

¿Acudía Isaiah en mi defensa, o solo escogía bando en la batalla?

La cara de Umemri se abrió y dejó a la vista las mismas pinzas que tenía su esposa murrak. No habían vendido a una bestia cualquiera. Era su compañera. Y ahora él quería la cabeza de Samkiel.

—Mi ejército es inmenso y está por todas partes. Entre las filas de Nismera ya han corrido las noticias de vuestro intento de derrocarla.

Ahora, todos sabrán que sois unos fracasados. ¿Qué tenéis que decir a eso, traidores a la corona?

«¿Derrocar?», envié por el vínculo para que solo lo oyese Samkiel.

«Lo dudo —retumbó la tormenta que tenía por marido—. Sea lo que sea lo que haya pasado, Nismera habrá contado una versión que la deje en buen lugar. Cuando los encontramos en Whitcliff, ya habían recibido una buena paliza».

—Digo que tu ejército puede arder con tanta facilidad como tú y esos otros que tienes aquí —respondió Kaden, y se puso al otro lado de Samkiel.

No se me pasó por alto el detalle de que los tres estaban un poco por delante de mí, ni que percibían la amenaza creciente de Samkiel y reaccionaban a ella. Pero ya me ocuparía de eso más tarde.

—Hazlo, entonces —lo provocó Umemri—. Declárale la guerra al Altermundo. Tú —señaló a Samkiel—, rey caído, no me das miedo. No tienes reino, ni título, ni corona, ni trono. ¿Qué ejército vas a reunir, si nadie te sigue? Sería como golpear a un animal herido y proclamar que he destruido a una bestia. No hay honor ni orgullo en ello. Hasta ese poder del que presumes es limitado, como todos los poderes. Ninguno de vosotros me asusta. Si acaso, siento lástima por los hijos de Unir, antaño temibles —

añadió con sorna. Luego posó otra vez la mirada sobre mí—. Es bonita, Samkiel, eso lo acepto. Más que muchas otras que has hecho tuyas. Pero amarla es de tontos, y más con todos los enemigos que te has granjeado. La conviertes en un blanco, y les enseñas a todos con suma claridad cuál es tu punto débil.

—Si la tocas, no quedará nada de ti para que tus hermanos puedan llorarte en el funeral —amenazó Samkiel, colérico.

El poder presionaba los muros como un huracán. La cólera protectora de Samkiel anegaría el mundo si me movía. Aeron, el enorme príncipe orco, gruñó para defender a Umemri y cruzó los brazos gruesos y musculosos.

Entre los labios le asomaba un diente grande y solitario.

Kaden se rio. Sin ningún disimulo.

—Tus tácticas intimidatorias son chapuceras, y eso siendo generoso.

No asustarías ni a un bebé. Deja de ponerte en ridículo —dijo con frialdad.

En aquel momento era, de pies a cabeza, el hombre que yo recordaba.

—¿Qué vas a hacer, Umemri? —preguntó Isaiah. Se plantó delante de Samkiel y de mí, y en su voz había el mismo descaro, la misma arrogancia sin límites que en la de su hermano—. ¿La próxima vez nos enviarás una nube de moscas? ¿Una horda de escarabajos? No eres más que una alimaña, Umemri. Una alimaña que ha tenido suerte. Tus otros hermanos envejecieron, se debilitaron con el paso de los años, y por fin te llegó la oportunidad. Anda, chúpamela. O, mejor aún…, ¿podría Eryx resucitar a tu esposa? Así me lo podría hacer ella. ¿Cómo funcionan esas pinzas? Sería

una experiencia nueva para mí.

Umemri estaba furioso; las pinzas se abrían y cerraban a tal velocidad que debía de imaginarse cómo le aplastaba la cabeza a Isaiah.

Kaden se cruzó de brazos y se echó a reír. Se lo pasaba en grande escuchando la conversación.

—Isaiah. No lo avergüences. Ya sabes que no va a ser el primero en atacar, porque, por mucho que presuma de ejército, se imagina el

daño que sufrirían todos si Samkiel desata el Olvido. —Kaden se adelantó para ponerse junto a Isaiah, con los ojos clavados en Umemri—. Y lo hará, te lo aseguro. Si la tocas o la amenazas, nos amenazas a todos, y él os destruirá a ti y a tu dominio. Y algo me dice que, en parte, temes que sea así.

Umemri y los demás soltaron una carcajada.

—No veo ningún anillo, y por lo que he oído…

Una espada de Olvido se materializó en la mano de Samkiel, y todos los allí presentes jadearon, asombrados. Parecía forjada a partir de la mismísima oscuridad, y la rodeaba un halo púrpura. El poder le fluía de la palma de la mano y alimentaba la espada hasta hacerla brillar con fuerza. Si la espada tuviera voz, estaría suplicando que la liberasen. Umemri se esforzó por guardar las apariencias, pero lo vi tragar saliva.

—Adelante —dijo Samkiel con una voz ronca y espesa que atravesó la sala como una espada—. Vuelve a amenazar a mi esposa y a mis hermanos.

Me moví, inquieta, bajo el sofocante poder de la sala y pensé en lo feroces que serían los hermanos si se llevasen bien. Si fuesen capaces de colaborar, desatarían sobre el mundo un poder tan abrumador que nada podría rivalizar con ellos. Nismera también lo sabía. Por eso se había esforzado tanto por crear divisiones entre ellos. No nos aguantábamos y solo estábamos allí juntos porque nos habíamos visto obligados. Pero, por el momento, en aquella sala, rodeados de enemigos, estábamos unidos, y eso era algo que todos deberían temer.

Umemri miró con odio a Samkiel, Kaden e Isaiah, uno por uno, y luego

me posó los ojos encima.

—Abandonad el Altermundo y no regreséis. Esta es la última advertencia.

—Si vuelvo al Altermundo será para llevarme tu cabeza —replicó Samkiel, y reabsorbió el Olvido.

—En ese caso, celebraré tu retorno —dijo Umemri con una sonrisa maliciosa. Y ya no estábamos allí. En un momento dado nos hallábamos en las profundidades del Altermundo y, al siguiente, fuera de él.

Eryx nos acompañaba. Tenía una mano en el bolsillo y la luz del sol hacía transparentar la piel morena y dejaba entrever el monstruo que se escondía debajo. Por eso la mayoría permanecían bajo la superficie. La luz revelaba el monstruo interior. Eryx le dirigió un gesto de asentimiento a Samkiel y le tiró una moneda de oro a los pies.

—El Altermundo sigue a Umemri. Es nuestra ley más sagrada, grabada y sellada en el mismísimo trono. Solo quien se sienta en el trono de Icnima y se ciñe su corona gobierna el Altermundo. Y los demás lo seguimos sin hacer preguntas. Te tememos, y tememos tu poder, pero aquí no hallarás ayuda.

—Ya me he dado cuenta —repuso Samkiel.

—Un cuervo me visitó y me pidió que te dijera que busques a una bruja. Es ella quien tiene el medallón ahora —reveló Eryx.

—¿Una bruja? —preguntó Samkiel—. Eso no reduce mucho la búsqueda.

—Una de tu pasado —aclaró Eryx, y sus ojos se posaron en los míos.

«Camilla», le susurré a Samkiel.

«Eso parece».

—Ayudo a ese viejo amigo, no a ti. —Eryx lanzó una mirada de reojo hacia Kaden. Quizá fuese una de esas deudas imposibles de saldar, con o sin esposa de por medio—. Soy fiel al Altermundo. Y siempre lo seré —insistió Eryx, pero, al cruzarse nuestras miradas, la suya me hizo sospechar que

quizá desearía que las cosas fuesen distintas.

—Al menos eres leal a algo —observó Samkiel.

—Tenía que avisarlo. Sea cual sea la amenaza, Samkiel, mi familia es lo primero. —Miró de soslayo a Kaden e Isaiah—. Quizá lo entiendas algún día —añadió, y el suelo tembló y se abrió bajo sus pies. Eryx desapareció y tras su marcha solo quedó un humeante círculo de runas.

Samkiel cogió la moneda y le pasó el pulgar por encima. Yo me acerqué a mirar.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una ficha para Paso de Oro —dijo, y me mostró la silueta de una ciudad, estampada en el metal.

—¿Paso de Oro?

—Un puerto comercial, una ciudad muy grande y renombrada, en el corazón de los dominios septentrionales —respondió Kaden—. Si Camilla va a allí…

—Está con el general —completó Isaiah. Kaden asintió.

—¿El general? —me interesé.

—Sería la única manera de escapar de Nismera y huir con el medallón.

—Kaden me miró primero a mí, luego a Samkiel—. Tenía el rango suficiente para saber a dónde huir y cómo evitar durante tanto tiempo a la legión de Nismera. Pero vosotros lo conocéis con un nombre mejor.

Vincent.

Torcí la boca en una mueca de ira y repugnancia.

—Puto Vincent.



El sol se derramaba entre las nubes que surcaban el cielo y teñía el patio de un resplandor cálido. La niebla se deslizaba por la ladera de la montaña y cubría de rocío los árboles y las colosales estatuas de los dioses. Los pájaros cantaban y revoloteaban entre las copas. La escena transmitía una sensación de paz; pese a todas las cosas que echaba de menos, empezaba a considerar aquello mi hogar. Max aterrizó en la colchoneta de entrenamiento y se quedó tumbada, maldiciendo, mientras trataba de recuperar el aliento.

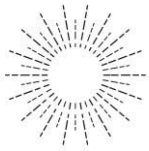
—Dioses, eres demasiado bueno —dijo entre jadeo y jadeo.

—Ya te lo dije —añadió Jaycee, que iba hacia ella—. Me ha enseñado una luxación excelente…

Otro celestial cayó en una colchoneta cercana y se estrelló con un fuerte golpe. Aquel sitio nunca estaba vacío. Siempre había alguien entrenándose.

Estaban en guardia a todas horas, preparados para un ataque, y no los culpaba, dada la amenaza a la que se enfrentaban. Sentí un escalofrío al pensar en lo que yo había soportado. Esos recuerdos aún me perseguían, tanto despierto como dormido.

Uno por uno, los ocupantes de las diversas colchonetas se callaron, y un



murmullo suave remplazó los gruñidos y quejidos habituales de los entrenamientos. Jaycee, Max y yo nos volvimos para ver qué pasaba. Al otro lado del patio, un guardia real había entrado en el campo de entrenamiento. Siguió su camino entre las columnas con los ojos fijos en mí. Se paró en seco delante de nuestra colchoneta.

—Has sido convocado —anunció.

Enarqué las cejas.

—¿Convocado?

—Por aquí, señor —añadió el guardia con una reverencia. Jaycee silbó por lo bajo.

Vi de reojo que todo el mundo me miraba, pero me encogí de hombros.

—De acuerdo —respondí.

El guardia se irguió y, tras un breve gesto de asentimiento, se volvió para abandonar el campo de entrenamiento. Lo seguí, no sin antes volverme para lanzar una última mirada de preocupación. Max, todavía en el suelo, alzó el pulgar, y Jaycee, muy animada, me despidió con la mano. Ambas sonreían de oreja a oreja.

Salí al vestíbulo. Nada más ver los colores de los guardias que me esperaban, supe quién me había convocado.

Blayne.

Las puertas se abrieron y los guardias me condujeron al interior. La sala del consejo aún me provocaba escalofríos. Por muchas veces que me invitaran allí, siempre olvidaba lo enorme que era. Pero la verdadera sorpresa no fue eso, sino que esperaba ver solo a Blayne y, en su lugar, me encontré con una sala repleta de dioses. A varios ni siquiera los conocía. Ya hacía mil años

que Samkiel se quedó encerrado fuera de los dominios, pero diría que lo que se traían entre manos no eran solo planes para una rebelión. Todos los ojos plateados se volvieron hacia mí, y el poder combinado de aquellas miradas no le sentó nada bien a mi estómago.

—Xavier —me llamó Blayne, con una sonrisa en su rostro de inhumana perfección. No tenía ni rastro de barba en las mejillas, como si se hubiese afeitado para la ocasión—. Pasa, amigo mío.

¿«Amigo»? Tragué saliva, pero asentí y avancé unos pasos. Todos los ojos seguían posados en mí, con expresiones cautelosas. Me pregunté qué habría hecho para atraer la atención de todos los presentes. Blayne me posó la mano en el hombro y me dio un apretón tranquilizador; luego me guio hasta la enorme mesa. En el centro se alzaba un mapa, de extraordinarios detalles y viveza. Nunca había visto nada igual. Daba la sensación de que uno se pudiese adentrar en la imagen y vagar por aquel paisaje durante años.

Kryella se levantó, con la magia verde enroscada alrededor de las puntas de los dedos, y miró el mapa. Athos, sentada, se tapaba la boca con la mano y observaba la imagen cambiante, que ya no mostraba montañas elevadas, espesos bosques, ciudades extensas ni pequeñas aldeas. La imagen ascendió y se estiró, y me mostró a Samkiel.

Sentí una palpitación. ¡Lo habían encontrado! Se me aceleró el corazón por la excitación y el alivio de ver que seguía vivo, pero un instante después casi se me salió del pecho por el terror y la confusión. Samkiel no estaba solo. Flanqueándolo a ambos lados, como solíamos hacer Cameron y yo, estaban Kaden y el general sangriento, Isaiah. El sudor me cubrió por completo, una reacción visceral de mi cuerpo que recordaba, mejor aún que la mente, lo que me habían hecho. Inspiré con fuerza y me recordé a mí mismo que yo estaba allí, y tenía control sobre mi cuerpo. No era una pesadilla. Pero ¿cómo podía estar Samkiel con ellos? ¿No sabía lo que yo había sufrido? ¿No le importaba? Blayne se cruzó de brazos y señaló con la

barbilla el holograma cambiante proyectado entre nosotros. Los otros dioses me miraban afligidos, como si yo fuese una víctima.

—Lo siento, Xavier, pero parece que Samkiel ha traicionado a los dominios.

Tragué saliva con dificultad.

—No, tiene que haber una explicación.

Los murmullos y los susurros se extendieron entre aquellos dioses curtidos en mil batallas.

—¿Una explicación? —Koa sacudió la cabeza y rio con aspereza; el sonido resonó por toda la sala—. Puede que se parezca más a sus traicioneros hermanos de lo que estás dispuesto a admitir. Y que por eso Zekiel esté muerto.

—No —repliqué—. Eso fue…

Kryella alzó la mano y de los dedos le brotó magia mientras el holograma se ampliaba. No encontré palabras para rebatir la verdad que apareció delante de mis ojos. Una tras otra, pasaron varias imágenes de Samkiel con Kaden e Isaiah. En una, comían alrededor de una hoguera y, en la siguiente, Samkiel le ponía una mano en el hombro a Kaden, como si lo consolara. En otra, caminaban por una calle, en un dominio lejano; se los veía relajados, sin preocupaciones. Pero la que me rompió el corazón fue la última. Cameron estaba con ellos, al lado de Samkiel, y se reía de buena gana.

El sonido de su risa me resonó en la mente y despertó incontables recuerdos atesorados. Traté de centrarme solo en él, en aquel rostro amado, y pasar por alto el hecho de que no intentaba matar al hombre que había asesinado a Presley delante de mí y convertido a su familia en soldados sin mente, que había hecho de mí una marioneta. Me esforcé por encontrar una explicación, pero no hallé ninguna. Me quedé mirando la imagen, incapaz de apartar la vista, mientras el amor y el odio combatían a muerte en mi interior. Cuando los ojos se me llenaron de lágrimas, me dije a mí mismo

que era porque me había olvidado de parpadear.

Blayne se me acercó y me puso la mano en el hombro.

—Sé que esto te resulta muy duro, pero ¿notas algo diferente en él?

Aparté la mirada de Cameron y estudié a Samkiel. Me alegraba verlos, aunque fuese así. No vi nada distinto en él, pero tampoco estaba seguro de que, si lo hubiera visto, se lo hubiera dicho. Tenía que haber un motivo.

Hacía demasiado tiempo que conocía a Samkiel. Su lealtad era incuestionable, y no se sentaría junto a traidores ni compartiría una comida con ellos. Jamás les daría la espalda a quienes consideraba su

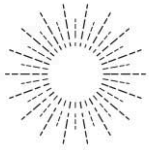
familia. Eso era indiscutible, una certeza que me calaba hasta los huesos.

Samkiel y Dianna tenían una cosa en común. Si una espada o cualquier otra arma se abatiera sobre alguien a quien amaban, desatarían la cólera y la venganza de inmediato, y una vez que emprendían ese camino, eran implacables. Tras el sacrificio de mi hermana, Samkiel había desafiado las órdenes de los dioses de quedarse donde estaba. Había ido a buscarme, y recorrió aquel planeta desolado hasta que me encontró. Me lo había demostrado una y otra vez. Tenía que haber una razón.

—No —respondí.

—Ya entiendo —dijo Blayne, y miró de reojo a los otros dioses. Se intercambiaron palabras que no pronunciaron en voz alta, y me pareció que me consideraban el único incapaz de aceptar la verdad tal y como era. Pero se trataba de Samkiel. No solo era uno de ellos; era su rey. ¿Por qué no habían ido a buscarlo, habían detenido a los traidores y le habían preguntado ellos mismos? ¿Por qué no estaban de su lado? Me daba vueltas la cabeza. Nada tenía sentido. La mano de Blayne me apretó el hombro con más fuerza—. Me temo que, respecto a tu amigo Cameron, ninguno de nosotros se ha sorprendido demasiado.

—¿Qué? —Parpadeé, sorprendido por el cambio de tema repentino. Oír pronunciar su nombre en voz alta desató un diluvio de emociones y recuerdos cuya fuerza casi hizo que me fallasen las rodillas. No lo miré,



sino que seguí concentrándome en la imagen de Samkiel. Saqué fuerzas de flaqueza y por fin pregunté con los dientes apretados—:

¿Por qué?

—Bueno… —Blayne miró a Kryella.

—Tiene que saberlo —le indicó ella con un breve asentimiento; sus ojos solo reflejaban dolor y tristeza por mí.

¿Le había pasado algo a Cameron? ¿Era la imagen una transmisión antigua? ¿Estaba…? No conseguí formular la palabra ni siquiera en la mente. No. Imposible. Lo habría sentido.

—¿Saber qué? —exigí.

Se hizo el silencio en la habitación, y de nuevo todos los ojos se posaron en mí. Blayne empezó a hablar, y, mientras lo escuchaba, deseé que Kaden me hubiese matado en Onuna.

Habría sido menos doloroso.

Mientras volvía a mi habitación, oía las voces que murmuraban, como una cacofonía que mezclaba lo viejo y lo nuevo. Me fallaron las piernas; me derrumbé con la espalda sobre la pared y me deslicé hasta sentarme en el suelo. Había entrenado, y me habían entrenado, para las peores batallas, había ayudado a matar a monstruos y bestias de todo tipo y recibido heridas que me habían dejado incapacitado durante días. Pero ¿esto? No desearía un dolor así ni a mi peor enemigo. Una herida tan profunda, tan cruel, que me desgarraba las entrañas y me destrozaba en tantos pedazos que no creía que pudiese volver a reunirlos jamás.

¿Cuántas veces se puede romper un corazón?

Enterré la cara en las manos y lloré. Todo lo que había entre Cameron y yo era una mentira. Era un idiota; un tonto imprudente y abandonado. Me

habían mostrado cosas de nuestro pasado, y de las circunstancias que rodearon nuestro primer encuentro. Era imposible que se las

hubiesen inventado. Él no me quería. Nunca me había querido. Nuestra amistad, desde el principio, era el producto de la culpa y se basaba en una mentira.

Alguien pronunció mi nombre, y comprendí que no era la primera vez.

Unas manos amables me recorrieron los brazos, y, al levantar la cabeza, vi a Jaycee arrodillada frente a mí, vestida aún con las ropas de entrenamiento de los celestiales.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

Parpadeé, con los ojos nublados por las lágrimas, consciente por fin de lo expuesto que estaba. El sol caía a plomo sobre el gigantesco patio principal. Las sombras se curvaban alrededor de las columnas de mármol, y tanto mortales como celestiales recorrían los pasillos laterales. No había llegado tan lejos como creía. Con la respiración entrecortada, me rodeé las rodillas con los brazos y me eché a llorar.

—Xavier. —Me cogió del hombro para darme ánimo—. ¿Qué pasa?

¿Algo va mal?

—Todo —logré decir con un jadeo. Temblaba de arriba abajo.

Jaycee ladeó la cabeza hacia el patio lleno de celestiales que se entrenaban, y luego me cogió del brazo y me ayudó a ponerme de pie. Me condujo, a través de un laberinto de pasillos y escaleras de caracol, hasta su habitación.

Las pieles de la cama estaban desordenadas, y el sillón mullido de la esquina del dormitorio, cubierto de cueros y libros. Suspiró y me llevó hasta la cama; luego me empujó el pecho hasta que me senté en el borde. Se aseguró de que estuviese bien sentado antes de moverse hacia una parte de la sala que era como un saliente. Me daba vueltas la cabeza, y las emociones, demasiado complicadas para ponerles

nombre, me resonaban en los oídos como golpes de tambor. «Traición» sonaba demasiado juvenil para lo que sentía.

Más allá de la ventana, los pájaros cantaban mientras volaban; medio mundo se ocultaba tras esas cortinas. La vida seguía, por muchas tragedias a las que se enfrentase cualquiera de nosotros. La naturaleza desconocía nuestro dolor, y esa era la verdadera tragedia.

Jaycee volvió con una taza de té, olorosa y humeante.

—Toma. Esto te calmará los nervios.

Sonreí con esfuerzo y sacudí la cabeza. No me veía capaz de mantenerlo dentro, visto lo revuelto que tenía el estómago. Cameron me había vuelto a mentir, y esta vez me había retorcido y destrozado el corazón, ya muy maltrecho de por sí.

Jaycee dejó la taza en la mesita de noche y se sentó a mi lado.

—Ahora viene la parte en la que te pregunto si quieres hablar de ello, tú te niegas y yo te recuerdo que es saludable.

Un dolor demasiado familiar me atenazó. Cameron me había mentido sobre tantas cosas que ya no estaba seguro de qué partes eran las que me corroían el corazón. ¿Cómo iba a hablar de algo que ni siquiera lograba definir?

—No creo que pueda.

Me posó la mano en el hombro.

—Oye, creía que éramos amigos, o al menos un poco. Los dos necesitamos amigos, y yo te he contado cosas de mí que podrían meterme en más de un buen lío.

Suspiré. Cierto, lo hizo. Y me ayudó a moverme por ese nuevo mundo en el que me hallaba, y me sacó de varias situaciones incómodas. Y la verdad era que no tenía a nadie más. Había perdido

a mi familia, quizá incluso más de lo que había imaginado hasta entonces.

—Se trata de Cameron —respondí, y yo mismo capté la tristeza en mi voz al pronunciar su nombre.

—Ah —dijo, y se le dilataron un poco las pupilas.

Ella lo sabía todo sobre la Mano. ¿Quién no? Pero, cuando hablamos,

unos pocos días después de mi llegada, enseguida se dio cuenta de que mi tono cambiaba y mi expresión era otra cuando lo mencionaba a él. Me quitó la mano del hombro y se giró para sentarse con una pierna sobre la cama y así poder encararse hacia mí.

—¿Estabais enamorados? ¿Por eso no le das a Blayne ni los buenos días?

No pude evitar que una mueca de pesadumbre me retorciese las facciones; también percibí la simpatía implícita en sus palabras.

—Oh —siguió—. Mucho peor. No hubo nada entre vosotros.

—Éramos amigos —expliqué—. O eso creía. Blayne me ha mostrado hoy que incluso eso era mentira desde el principio.

—¿Y eso cómo lo sabe? —preguntó, con el ceño fruncido.

Me miré las manos, que tenía recogidas sobre el regazo, y me pasé el pulgar por los nudillos.

—Porque Cameron trabajaba para Athos. El día en que murió mi hermana, la unidad de Cameron recibió la orden de emprender la misión en la que ella murió. Pero no fueron. Acudimos nosotros en su lugar. Conozco a Cameron. Sé que, si quiere, puede escaquearse de cualquier situación.

Mintió, dijo que estaba herido cuando en realidad tenía resaca y solo quería dormir más. Me han mostrado la documentación.

La mirada de Jaycee se volvió inexpresiva.

—Si lo mantuvo en secreto, ¿cómo pueden tener documentación?

—Athos creó informes médicos sobre la supuesta herida y, cuando luego se produjo la matanza que acabó con casi toda mi unidad, los ocultó y apoyó la mentira de Cameron. —Pronuncié esas palabras con un débil chillido, y los ojos se me nublaron aún más—. Perdí todo lo que tenía porque él fue perezoso, egoísta e irresponsable.

—Ah. —Los ojos le rezumaban compasión.

—Y la cosa no queda ahí.

Jaycee asintió.

—Cuéntamelo todo.

—Cameron y yo hemos sido amigos durante años, y quizá fuese culpa mía sentir más, querer más, pero así era. Cameron no parecía sentir lo mismo por mí, así que no insistí. Al final conocí a alguien que era dulce y amable, y que me amaba. Alguien que me quería, aunque mi corazón nunca le perteneciese del todo. Aceptar ese amor, a sabiendas de que nunca podría corresponderlo en la misma medida, estuvo mal. Lo utilicé como un sustituto de lo que no podía tener. A veces fingía amarlo también, pero no se pueden forzar los sentimientos. El corazón no miente. E, hiciera lo que hiciese, mi corazón siempre perteneció a Cameron.

—¿Se lo dijiste, o al menos lo intentaste?

Negué con la cabeza.

—Siempre estaba interesado en otra persona. Casi nunca era nada serio, solo encuentros fugaces a lo largo de los años, salvo uno.

—¿Quién era?

Inspiré hondo, tembloroso, y luego dejé escapar el aire con un resoplido enojado.

—Elianna. Una consejera de la Orden. No creo que él supiera que trabajaba para Nismera, pero, con todo lo que ha ocurrido, tampoco puedo descartarlo por completo. Cuando descubrí que se acostaban, fui a hablar con ella. No sé por qué no le pregunté a él, pero fui incapaz. Ella me confirmó la relación, y que llevaban ya cierto tiempo juntos, a espaldas de todo el mundo. Otra mentira y otro engaño. Cameron nos ocultó secretos a todos. Elianna me amenazó con todo tipo de consecuencias si me atrevía a revelarle la relación a nadie. —Movió la mano en un gesto despectivo—.

Amenazas vacías, que no significaban nada para mí, y que además eran innecesarias, porque la última y frágil esperanza que me quedaba murió ese día. Había sido incapaz de decidirme a hablar con él, y al final acabó dando lo mismo. Yo ya estaba comprometido y, cuando Cameron se enteró, estalló en cólera. Era justo lo que yo siempre había querido. Pero ahora, visto con

perspectiva, que mantuviese en secreto sus auténticos sentimientos no hace más que confirmar sus engaños. Me sentí furioso y confuso, pero también…

feliz. Fui a hablar con Presley y, cuando se lo estaba contando todo, apareció Kaden. Mató a Presley delante de mí, y luego me convirtió en…

Bueno, ya lo has visto.

—Dioses, Xavier. —Sacudió la cabeza—. De verdad que lo siento.

—Al principio de mi cautiverio, oía sonidos, más o menos, pero todo estaba oscuro. Creo que el hechizo requiere un tiempo para vaciarnos por dentro y prepararnos para ser los soldados perfectos. Cuando

recuperé el uso de los ojos, aunque no el de mi cuerpo, ya estaba en la legión de Nismera, así que no volví a ver a Cameron. No hasta hoy, que…

—¿Blayne te lo ha mostrado todo?

Asentí.

—Ha estado con Kaden todo este tiempo, incluso se ha convertido en comandante de Nismera mientras yo sufría.

Jaycee posó la mano sobre la mía y la apretó para consolarme.

—Y ahora parece que Samkiel también trabaja con él —dije—. No sé lo que ocurre, y quiero confiar en ellos, pero… No puedo perdonar a Kaden por lo que hizo y lo que me quitó. No comprendo cómo pueden estar cerca de él sin tratar de matarlo. ¿Se han olvidado de mí? Creía que me amaban.

Eran mi familia.

Jaycee tiró del cuello de la ropa y me mostró una cicatriz pálida que descendía desde la clavícula y se perdía bajo la camiseta deportiva negra.

—A veces los amigos, e incluso la familia, no son lo que prometían.

—Supongo que no —dije, y la tristeza me destrozó el corazón como una espada mellada.



Una ruidosa bocina anunció que el viejo y maltrecho carguero en el que nos colamos había atracado en Paso de Oro. Elianna, Vincent y yo nos escondíamos por completo bajo un hechizo de ocultación, y al bajar al muelle nos mezclamos con la multitud. Aferrados a los amarres había varios barcos decrépitos que deberían haber desguazado décadas atrás. Los navíos nuevos y sofisticados ocupaban el otro lado del río que dividía la ciudad; lo recorrían como si se tratase de una autopista. La gente se agolpaba a nuestro alrededor; los vendedores llamaban a gritos a los transeúntes para anunciar productos y ofertas variadas. A medida que nos encaminábamos hacia el corazón de la ciudad, dejé que el hechizo de ocultación se desvaneciera.

—Me estoy meando —dijo Elianna, de puntillas—. ¿Dónde hay un baño por aquí?

—¿En serio? ¿Y cómo cojones quieres que lo sepa? ¿Es que no puedes hacer nada por ti misma? —La voz de Vincent supuraba un ácido sarcasmo.

—¿Por qué eres siempre tan maleducado? —le preguntó Elianna con los ojos entornados.

—¿Por qué te portas siempre como una niña mimada?

—¡Vale! Ya lo busco yo —bufó Elianna. Sacudió el largo cabello rojo y le dio en la cara a propósito. Vincent gruñó, escupió los pelos que se le habían metido en la boca y apartó los mechones de un manotazo.

Sacudí la cabeza, exasperada por tanta tontería. Se llevaban un poco mejor, pero la única lengua que tenían en común parecía ser la de las riñas.

Elianna se dirigió a un centro comercial; se abrió camino entre la multitud mientras esquivaba con habilidad a los estafadores y a los carteristas.

—¿Y si alguien la reconoce? Al fin y al cabo, todo el mundo nos está buscando.

Vincent negó con la cabeza.

—No. Estamos tan al norte que no nos buscarán aquí. Demasiado cerca del Ojo.

Bueno, eso seguramente explicaba por qué Paso de Oro se veía tan limpio y saludable, y por qué la gente parecía feliz y contenta. Eran tantas las personas con joyas y ropas elegantes que habría jurado que nos habían transportado a la ciudad más próspera de todos los dominios. Y, a decir verdad, quizá lo fuese. Era uno de los mayores puertos comerciales, por el que pasaban cada día cientos de personas procedentes de todas partes. Las calles estaban cubiertas de adoquines dispuestos en hermosos y complejos diseños, y no había ni una piedra fuera de sitio.

Los edificios se alzaban hacia el cielo, como si rindiesen homenaje al sol matutino, cuyos rayos se reflejaban en las ventanas y derramaban sobre los transeúntes una gama variada de vibrantes colores. Una fuente del tamaño de una tienda pequeña adornaba lo que seguramente fuera la plaza mayor. En torno a ella, la gente ocupaba mesas y comía alimentos de olor delicioso, mientras que las parejas paseaban cogidas de la mano y las familias entraban y salían de los comercios.

De haber llegado primero aquí, jamás habría esperado que los demás

dominios estuviesen sumidos en un caos tan absoluto. Quizá se tratase de eso. A la gente se le daba bien desdeñar las verdades que no tenían un efecto directo sobre ella. Era mucho más fácil que enfrentarse a las atrocidades que soportaban otros. Se me revolvió el estómago. La falta de empatía me parecía una maldición en sí misma.

—Entonces, ¿qué es el Ojo? —le pregunté a Vincent. Se apartó el pelo que le caía por la cara. No se había acostumbrado aún a llevarlo corto.

—No lo sé, la verdad —dijo. Mientras esperábamos a Elianna no le quitaba ojo a la multitud—. Es decir, sé que son rebeldes, pero nunca me he encontrado con ninguno, y las tropas de Nismera que sí lo hicieron acabaron muertas.

Enarqué las cejas.

—Tiene sentido, supongo.

De pronto Vincent centró la atención en mí, de una manera tan intensa que se me aceleró el corazón.

—¿Cómo te sientes? Me refiero a la magia. ¿Has vuelto a tener sueños extraños? Te he vigilado mientras dormías y me ha parecido que no.

—¿Me vigilas cuando duermo? —pregunté con una risotada de diversión.

Nunca había visto sonrojarse a Vincent, pero, al comprender lo que había dicho, las mejillas adquirieron un tono rosado.

—Yo… Esto… —Tragó saliva—. Sí. O sea, quería asegurarme de que estabas bien. ¿Te parece raro?

Mi corazón se hinchó de emoción. Era muy protector conmigo, y me pregunté en qué momento había empezado a percibir su presencia como un refugio. Di un paso al frente y, al ponerme de puntillas y besarlo, contuvo el aliento. Era la primera vez que yo iniciaba un contacto así desde el palacio, y Vincent se quedó inmóvil. Sí, me había besado en las alcantarillas cuando escapamos de la armada, pero ahora no se trataba de pasión a escondidas, a puerta cerrada. Era intimidad pura y absoluta, una proclamación sobre

nosotros.

Vincent la aceptó de buen grado, como si hiciera días que se moría de ganas. Nuestros labios se encontraron y él entrelazó los dedos en

el cabello que me cubría la nuca. El beso se hizo más intenso y a mí se me escapó un gemido que me hizo ver lo mucho que lo necesitaba. Quizá pudiésemos quitarnos a Elianna de encima y liberar toda esa tensión sexual acumulada.

—¿En serio? ¿Otra vez? —bufó Elianna. Oírla fue como un jarro de agua fría.

Nos separamos y lloriqueé por lo bajo. Vincent apretó la mandíbula y puso los ojos en blanco.

—Qué visita al lavabo tan rápida.

Elianna arrugó la nariz con asco y agitó las manos en el aire.

—Puaj, y lo digo con la debida falta de respeto.

Resoplé y me eché a reír. Vincent abrió la boca con intención de soltar algún comentario ácido, pero entonces ambos nos quedamos en silencio. Lo sentimos antes de verlo. El cuerpo de Elianna se sacudió hacia delante.

Abrió mucho los ojos y la sangre se le acumuló en la boca y le burbujeó en los labios. Nos miró horrorizada, y luego sus ojos se apagaron. Alguien le había arrancado el corazón. El cuerpo cayó al suelo y al instante se convirtió en una brillante luz azul que se elevó hacia el cielo. El patio estalló en una algarabía y la gente huyó en todas direcciones, pero mis ojos permanecieron clavados en Dianna, en toda su gloriosa oscuridad, plantada allí con el corazón de Elianna en la mano ensangrentada.

Levantó la vista y nos miró con los ojos entrecerrados.

—Siempre me pregunté si tendría corazón. —Se encogió de hombros y arrojó la víscera sanguinolenta al suelo—. Supongo que ahora ya lo sabemos.

El terror se me derramó por las venas, pero no por mí. Ni siquiera me di cuenta de que me había interpuesto entre ella y Vincent hasta que los ojos de Dianna ardieron de fría cólera.

—Una cosa sí que hay que decir. —Se acercó y nos miró con asco—.

Elianna tenía razón. Puaj.



–¿Por qué la has matado? —le pregunté mientras la zona que nos rodeaba se hundía en el caos. ¿No le preocupaban las consecuencias de matar a sangre fría, o le daban igual? El pelo le caía por los hombros y las ondas morenas danzaban a su alrededor como un velo agitado por el viento.

A juzgar por su indumentaria, llevaban allí al menos un día. El conjunto de cuero oscuro que seguro que le había hecho Samkiel tenía varias correas que le rodeaban la cintura y se cruzaban sobre el pecho; tenían sujeciones para armas, pero estaban vacías. Dianna no necesitaba espadas. Ella misma era un arma, un arma de carne bonita.

—Perdona si te he transmitido en algún momento la impresión de ser dada al perdón y al olvido. —Dianna me miró como si me hubiera vuelto loca—. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Ella tuvo un papel destacado en la muerte de mi marido, un papel protagonista. No existe la menor posibilidad de que alguien que tuviera que ver con aquello sobreviva en mi presencia.

Abrí los ojos, sorprendida, y sentí que Vincent se ponía tenso. Marido.

Samkiel. Le miré la mano de reojo y allí estaba, a plena luz del día: un anillo que le brillaba en el dedo, con una gema de una belleza y un centelleo

hipnotizadores.

—¿Para eso has venido tan lejos? ¿Para cazar a todos los que te han hecho daño?

—Guau, Camilla. —Silbó—. Ni un «te he echado de menos, ¿qué tal estás?».

Trataba de ganar tiempo; imaginé que esperaba a que llegase Samkiel.

No respondí.

—De acuerdo. —Juntó las palmas de las manos y apuntó con los dos índices a Vincent—. Lo mataré primero a él. Bueno, supongo que en realidad voy a matarlo por segunda vez. Y luego os voy a sacar de aquí a ti y ese estúpido medallón que llevas, a ver si recupero un poco de paz mental.

Se me paró el corazón. ¿Sabía de la existencia del medallón? Pero

¿cómo? Era imposible que Nismera le hubiese contado a nadie que había reconstruido el medallón, y mucho menos que se le había escabullido entre los dedos y estaba en posesión de otra persona. Era demasiado orgullosa.

Fruncí el ceño.

—¿Y cómo has oído hablar del medallón?

Sonrió poco a poco; era, de los pies a la cabeza, la depredadora que yo recordaba.

—Apártate de mi camino. Déjame que mate a Vincent y así podremos largarnos de aquí y llevarnos el medallón. Es pan comido.

—No —dije, y me enderecé.

—¿No? —Su mirada vagó hacia Vincent, que estaba detrás de mí, y luego regresó, acompañada de una mueca de desagrado—. Oh, no lo dirás en serio.

—Todos luchamos por alguien. —Me planté, y no solo en el sentido de adoptar una posición de combate—. O por algo.

El humor le desapareció de las facciones, remplazado por una expresión salvaje y animal.

—No puedo dejarlo con vida.

—Lo sé —asentí.

Algo le asomó un instante a los ojos, y pensé que quizá fuesen remordimientos. Ambas sabíamos lo que aquello suponía para las dos. La guerra cambiaba a la gente, cambiaba el mundo, y en algún sitio había que trazar las líneas que dividían ambos bandos. A veces eran tan profundas que separaban amigos y los tornaban enemigos. Si Dianna y yo fuimos amigas de verdad alguna vez, aquello iba a cambiarlo para siempre, y las dos lo sabíamos. O Vincent y yo escapábamos juntos, o moriríamos juntos. No había ninguna otra salida, y ella también era consciente de eso.

—Nunca llegué a darte las gracias por devolverme el cuerpo de mi hermana, así que gracias —dijo con voz suave mientras se quitaba el

pelo de la cara—. Pero si te pones del lado de Vincent —el tono de voz cambió, un fulgor carmesí se derramó de los ojos y los colmillos descendieron—, cogeré el medallón de tu cadáver.

Se lanzó a por mí, pero fui más rápida. Mi magia golpeó y la lanzó sobre el escaparate que había a mi izquierda. La gente que, a cierta distancia, nos miraba y cuchicheaba empezó a gritar, y se desató un auténtico caos.

Vincent me cogió de la mano y echamos a correr.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dijo.

Miré hacia atrás, pero no nos había alcanzado… todavía.

—Estoy de acuerdo.

Aceleramos el paso y nos adentramos por todo tipo de callejuelas para acortar el camino. Oímos unos gritos a nuestras espaldas y, cuando miré atrás, vi que Dianna reducía la distancia que nos separaba con una expresión de furia y determinación en las facciones. Mi magia golpeó como un látigo y le tiró alimentos y carritos para intentar detenerla. El último carrito que le lancé la hizo volar por los aires. Sonreí satisfecha mientras Vincent me obligaba a doblar una esquina y tiraba de mí por un callejón a

oscuras.

Paró de repente y choqué con él.

—¿Qué haces? —me quejé.

—Tenemos que separarnos.

—Y una mierda. —Le tiré del brazo—. Seguiremos juntos.

Vincent sacudió la cabeza y me besó, pero el miedo flotaba en el aire.

Se apartó y me cogió la cara con ternura.

—Quiere mi cabeza. Puedo servirte de distracción, pero el medallón y tú debéis huir de la ciudad. No sé para qué lo quieren, y me da igual, pero Nismera no debe recuperarlo. Tú eres lo bastante fuerte para detenerla, o para romper esa cosa.

—No. —Le rodeé la cintura con los brazos y tiré de él. —No puedo hacer nada de esto sin ti.

—Camilla. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Eres una de las mujeres más poderosas de todos los dominios. Puedes hacer lo que te propongas. Tienes más poder del que ninguno de nosotros comprende en realidad.

—Y ambos sabemos lo que el poder es capaz de hacerte, lo mucho que te aísla de los demás. Vincent, cuando estoy contigo no me siento sola. Y no quiero estar sola nunca más.

Algo doloroso, brutal y maravilloso le atravesó las facciones, como si oír esas palabras curase alguna parte de él que Nismera había utilizado, torturado y casi destruido.

Sin soltarme la cara, me dio un beso intenso y fugaz.

—No es el momento ni el lugar, pero sé que no te merezco. No merezco tu protección. —Se le llenaron los ojos de lágrimas; asintió y comprobó que nadie nos hubiese seguido—. Te amo. Creo que te amo desde que te vi con ese vestido. Y, porque te amo, no puedo permitir que mueras por mí. Tienes que marcharte.

Las palabras rebotaron en el interior de mi pecho y me hicieron sangrar.

No eran solo palabras. Era como si las sintiese en el cuerpo, como si se me arrastraran por la piel y se entrelazasen con las mismísimas fibras de mi ser.

Se convirtieron en parte de mí y me cambiaron para siempre.

La determinación hizo reaccionar a la magia, y el odio la azotó hasta desatar un frenesí. Vincent estaba atado a Nismera, carecía de la oportunidad de tener su propia vida, y durante las últimas semanas no habíamos hecho otra cosa que huir para salvar la vida, escondernos de ella y tratar de mantener fuera de su alcance el maldito medallón que yo había recompuesto. Me negaba a dejarlo ir. Vincent siempre había luchado por todo el mundo menos por él mismo, a menudo sometido a órdenes que no podía rechazar. Ya estaba harta. Me caía bien Dianna. De verdad. Pero, si quería verlo muerto, yo moriría con él, porque me amaba. Me amaba. Me amaba.

—No voy a irme —dije con una voz cada vez más segura.

Se enderezó con una mirada dulce en los ojos. Me abrazó y me atrajo hacia él, me envolvió con su enorme cuerpo. Sin darme la vuelta a mirar, supe que ya no estábamos solos.

—En serio, Cami —dijo Dianna al acercarse. Llevaba los pantalones de cuero y el top cubiertos de manchurrones de fruta roja y amarilla —.

Teniendo a tanta gente entre la que elegir, ¿y te decides por él? ¿Un conspirador, una puta rata traicionera que apuñala por la espalda?

Me planté delante de él y encaré a Dianna; la magia verde perfiló la silueta de una mano, y luego la otra. Dianna apretó los labios.

—No lo conoces.

Bufó.

—Oh, sí que lo conozco. Él es yo, y yo soy él, y nosotros no cambiamos.

—Tú lo hiciste, por Samkiel.

Una sonrisa hueca.

—No, no he cambiado. Por él, haría pedazos a quien fuese. Eso no es un cambio, es una redirección.

Saltó a por mí y mi magia atacó como un látigo y trató de alcanzarla.

Me esquivó con las garras extendidas. Vincent invocó un arma ardiente y la abatió sobre ella. No sé qué me esperaba, pero desde luego no la espada que se le formó en la mano ni el guantelete plateado del brazo. Sonrió al verme la cara de asombro.

—Tengo algunos trucos nuevos —dijo. Bloqueó el golpe de Vincent y lo lanzó a través de la pared del edificio que había junto a nosotros. Lo oí agitarse entre los escombros mientras Dianna se encaminaba al gran agujero que había abierto su cuerpo en el muro. Decidida a darle tanto tiempo para recuperarse como fuera posible, corrí hacia ella con la mano en alto. Dianna se giró de repente; las manos salieron disparadas y me sujetaron las muñecas. Sentí crujir los delicados huesecillos.

—Cami, se te da muy bien la magia, pero en el cuerpo a cuerpo siempre has sido un desastre —se mofó Dianna.

Estampó la frente contra la mía, con un cabezazo tan fuerte que me lanzó de espaldas, al río. El agua fría me envolvió y el frío me caló hasta los huesos mientras me hundía. Se me llenó la nariz de agua y me empezaron a pitar los oídos. La corriente y el peso de la ropa me arrastraban hacia el fondo. Me resistí al tirón del agua y me abrí camino hasta la superficie, donde inspiré varias bocanadas de aire.

No pensaba abandonarlo. Por encima del río se vislumbraban fogonazos de luz, y desde la orilla me llegaban los sonidos de la pelea mezclados con el chasquido de metal contra metal. Pero lo que me asustó fue el siseo de dolor del hombre que amaba. Cuando me alcé sobre el agua, la luz verde de mi magia iluminó el río. Dianna

tenía razón. Se me daba muy bien la magia. Se me daba la hostia de bien.

Aún tenía los pies en el agua, y Dianna ya giraba la cabeza para vigilarme. Estaba agazapada sobre Vincent, con la mano sobre el corazón que yo había ayudado a curar. Me cabreé. Extendí las manos y la magia,

como una enredadera verde, azotó el aire. Dianna se apartó de Vincent, y él se giró de costado y se encogió para protegerse la cabeza. Mi poder estalló contra el edificio e hizo llover cascotes sobre ambos. Posé los pies en el suelo seco y corrí hacia Vincent, le cogí la mano y lo ayudé a levantarse.

Me miró con asombro.

—¿Cómo has…?

El rugido de Dianna interrumpió la pregunta. Se abría paso entre los cascotes y los restos de medio edificio. Tenía cortes y magulladuras en la cara y en los brazos, y a través de la ropa rasgada se veían cortes sanguinolentos que ya se estaban curando. Gruñó, con los ojos carmesíes clavados en Vincent, y arrugó la cara en una mueca salvaje. Se giró a mirar el fondo del callejón, y los gruñidos sordos que le salían de la garganta se aquietaron. Como el sol que se abre paso entre las nubes, Samkiel apareció en la esquina de la calle.

Tuve la esperanza de que la pelea terminase, pero él la miró y vio la sangre y los cortes y, cuando volvió los ojos fríos y penetrantes hacia nosotros, esa esperanza se desvaneció. Samkiel no había venido a ayudarnos. No, venía en su ayuda. Era una estupidez creer que Samkiel apoyaría a nadie antes que a ella.

Dianna se movió de forma casi imperceptible, pero la atención de él se dirigió de inmediato hacia ella. Hubo un intercambio silencioso entre ambos, y mi magia se activó cuando Samkiel se volvió hacia nosotros y la armadura se extendió sobre su cuerpo como una ola de

plata. El efecto era aterrador cuando se veía desde la perspectiva de ser su adversario.

—Danos el medallón, Camilla —dijo con voz atronadora—. No hace falta que peleemos. Dámelo y nos podemos ir todos a casa.

—¿Por qué te interesa tanto?

Samkiel apretó los dientes, pero la expresión dura e inexpresiva no cambió. Dianna miró a Samkiel y el carmesí de sus ojos se hizo más intenso, pero guardó silencio.

—Dámelo y ya está —exigió Samkiel.

Ni en sueños. El medallón era demasiado valioso para entregárselo solo porque él lo dijese.

—Y, si lo hago, ¿qué le pasará a Vincent?

Samkiel iba a responder, pero Dianna se le adelantó.

—Lo mataré —dijo, y enseñó los dientes.

No me hacía falta saber más. La magia salió proyectada por el aire, como bolas de fuego vivas. Samkiel bloqueó dos y Dianna se agachó y las esquivó. Oí que Vincent invocaba sus espadas.

Me concentré en atacarla a ella, porque sabía que, si llegaba hasta Vincent, lo mataría. Ella esquivaba mis ataques con gracia y agilidad, girando como una esbelta bailarina.

Vincent gruñó. Al mirar atrás vi que había parado la hoja de Samkiel con la suya y el esfuerzo casi lo había derribado. Fue un error por mi parte, porque Dianna se aprovechó de que estaba distraída y me derribó. La magia gritó y la empujó para mantenerla lejos de mí. Vincent resbaló bajo el ataque salvaje de Samkiel. No iba a aguantarlo mucho rato. Con un rugido, volqué aún más magia en el escudo; a duras penas conseguía retener a Dianna, que lo golpeaba

con furia. Con un gemido, me concentré para extraer más magia desde lo más profundo de mí. Se proyectó como un látigo: una banda esmeralda agarró a Samkiel por la cintura, lo apartó de Vincent de un tirón y lo lanzó entre las ruinas del edificio. El rugido de Dianna se asemejó al de una bestia, y sus ataques se volvieron aún más feroces.

—Corre —le dije a Vincent con los dientes apretados.

Sin hacerme caso, se abalanzó sobre Dianna. La espada cortó el aire en dirección a su cabeza. Un guantelete se interpuso y atrapó la hoja antes de que hiciese contacto, y yo me quedé boquiabierta. La sorpresa casi me hizo perder el control de la magia.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo la voz ronca de Kaden.

—No el suficiente —respondió Vincent con tono despectivo.

Isaiah saltó del tejado de un edificio al otro lado del callejón y aterrizó con estruendo al lado de Kaden.

—¿Dónde está el medallón? —preguntó mientras se abría paso por los escombros.

Kaden le dio un cabezazo a Vincent que le partió la nariz, e Isaiah corrió hacia donde estábamos Dianna y yo.

Joder. Pensé que habían venido a por Dianna y Samkiel, pero era obvio que me había equivocado. Ya me estaba costando mucho defenderme del insistente ataque de Dianna, y sabía que no duraría ni un momento si tenía que luchar con ella e Isaiah a la vez. Gruñí y tiré de mi menguante poder y, con un rugido, lo liberé como el arma que en realidad era. Su fuerza hizo que todos salieran volando, pero alrededor de Vincent y de mí se había formado una burbuja protectora. El poder aplastó a Isaiah contra el suelo y lo retuvo allí. El cuerpo de Dianna chocó con el mismo edificio en el que había

desaparecido Samkiel, y Kaden se estrelló con el muro del otro lado del callejón y se quedó allí como un insecto clavado con un alfiler.

Vincent se levantó y yo me agaché, jadeando; me sentía como si pudiese tumbarme allí mismo y dormir un año entero. Por todas partes volaban restos. Cuando miré a Vincent vi que me observaba con orgullo.

—Eres asombrosa —dijo. Se limpió la sangre de la cara.

—Luego me lo dices —respondí. Lo cogí de la mano y tiré de él hacia la boca del callejón—. No tenemos mucho tiempo. Pronto se recuperarán y vendrán a por nosotros.

Corrimos por la calle buscando alguna vía de escape o algún sitio donde ocultarnos. Vincent nos llevó hacia un puente; queríamos poner la máxima distancia posible entre ellos y nosotros. Samkiel, Dianna, Kaden e Isaiah. ¿De qué coño iba aquello? ¿Trabajaban juntos? La idea me resultaba inconcebible.

Vincent se paró en seco y choqué con él.

—Joder —exclamó, y me asomé a ver qué miraba. Creí que vería a Samkiel o a Dianna, pero era mucho peor. Una vibración sorda hizo temblar el puente, y cinco enormes buques de guerra se detuvieron sobre la ciudad.



Me quité de encima restos del edificio y gruñí. Samkiel me cogió de la mano y me sacó de los cascotes. Apenas me había puesto de pie y él ya estaba limpiándome la suciedad y comprobando si estaba herida.

—¿Estás bien?

—Físicamente, sí —respondí—. Mi ego, no tanto. ¿Quién ha enseñado a Camilla a pelear así?

Antes de que pudiese responder, un estruendo atronador sacudió la ciudad y proyectó olas sobre las riberas del río. Le lancé una mirada interrogativa.

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Yo no he sido.

Salimos corriendo del edificio destruido en el momento en que el cielo se oscurecía. Al alzar la vista, comprendí por qué y se me escapó un gemido. Lo que tapaba el sol no eran las nubes, sino buques de guerra que entraban en la atmósfera.

—Parece que ha llegado tu novia —dije con una mueca burlona.

Me dio una palmada en el culo.

—Eso no ha tenido gracia.

—Si ya habéis terminado con las cosquillas y los cachetes, estaría bien que encontrásemos a Camilla y ese puñetero medallón antes que ellos —

dijo Kaden. Se puso de pie con un gruñido y luego ayudó a Isaiah a levantarse.

Le enseñé los colmillos, pero con desgana.

—Estoy de acuerdo —dijo Samkiel.

Hizo desaparecer la armadura y nos encaminamos hacia el centro de la ciudad, donde uno de los navíos había descendido lo suficiente para permitir el desembarco de los guerreros alados. Samkiel miró a Kaden a los ojos y levantó la barbilla. Kaden asintió, e Isaiah y él se separaron de nosotros, que hicimos todo lo posible por mezclarnos entre la multitud y pasar desapercibidos. No había ni rastro de Vincent o Camilla, pero entre aquella muchedumbre era difícil localizar a nadie. La gente se movía de aquí para allá con el objetivo evidente de buscar refugio sin atraer la atención sobre ellos.

Samkiel se inclinó para susurrarme al oído.

—Diles a Kaden e Isaiah que comprueben la muralla exterior de la ciudad.

Asentí y le puse la mano en el brazo. Luego envié el mensaje por el vínculo. Sabía que él lo odiaba. Kaden e Isaiah nos miraron y, tras un gesto de asentimiento, desaparecieron.

—Ciudadanos de Paso de Oro, no temáis. Solo buscamos a unos fugitivos de la corona. —Se hizo el silencio, y del guantelete del

soldado que había hablado se proyectó una imagen—. ¿Habéis visto a estas personas?

La multitud que nos rodeaba se apartó como si estuviésemos en llamas.

—A la mierda la sutileza —dije. Samkiel gimió, y yo me adelanté con las manos en alto—. No hacía falta gritar, colegas. Solo teníais que preguntar con amabilidad.

La multitud se abrió hacia los lados y los soldados alados se volvieron hacia mí. El que había hablado, que estaba en el centro, cerró el guantelete y se volvió hacia mí, pero en quien se fijó fue en la presencia imponente que tenía detrás de mí. Era un tipo grande y hermoso. Los músculos del pecho eran gruesos y poderosos, capaces de soportar las alas y el peso de su cuerpo cuando volaba. Por su manera de moverse, no me cupo duda de que tenía una gran opinión de sí mismo, y seguro que era insufrible. Al quitarse el yelmo vi que llevaba el pelo rapado. El alto desconocido dejó caer el yelmo y dio un paso adelante para mirar a Samkiel a los ojos.

—Me alegro de verte de nuevo.

Samkiel le devolvió la sonrisa.

—Ojalá pudiese decir lo mismo.

El hombre extendió los brazos y los flexionó. La piel era más clara que la del resto del cuerpo; estaba hecha de pequeñas piezas de metal reluciente.

Parecían escamas flexibles y suaves.

—¿Te gustan mis nuevos brazos? —preguntó.

—Ennis —suspiró Samkiel—, no hay nada de ti que me guste.

Ennis rio entre dientes, se agachó para recoger el yelmo y se lo volvió a poner.

—Estoy aquí para llevarte de vuelta. No te preocupes. Se supone que tengo que llevarte vivo. Más o menos.

—Ah, ¿sí? —se burló Samkiel—. ¿Y qué tal te fue la última vez?

Ennis se echó a reír y se mordió el labio inferior mientras desenfundaba la espada. Los soldados que abarrotaban el patio hicieron lo mismo.

Me miró de arriba abajo, con las aletas de la nariz dilatadas en un gesto de desagrado.

—Así que es a esta a la que estabas tan desesperado por salvar, ¿eh?

¿De verdad? ¿Es ella?

—Sí —respondió Samkiel.

—No es demasiado guapa, y está muy delgada. Mi hermana es más

bonita, y al menos tiene tetas —dijo Ennis con el ceño fruncido.

Fruncí los labios.

—Qué asco. Cualquiera diría que te quieres follar a tu hermana.

Ennis me gruñó.

—La verdad, yo también lo he pensado —se burló Samkiel.

Debimos de tocarle una fibra sensible, porque Ennis cargó contra nosotros y los gritos llenaron el aire.



LVII
ISAIAH

Más navíos surcaron los cielos. Los soldados tocaron tierra y acordonaron la ciudad para comenzar la búsqueda. Sabía que no habían venido solo a por el medallón. Nunca entendí la obsesión de Nismera con Vincent. No era amor. Después de todo lo que había pasado, dudaba mucho que ella fuese capaz de sentir tal emoción. Por tanto, que enviase tantos buques tras él y la bruja que la traicionó me dejó clara una cosa: cualquiera que fuese el poder del medallón, para ella era muy importante y estaba desesperada por recuperarlo.

—Dianna tenía que liarla —dije.

—No creo que haya sido por Dianna —replicó Kaden con sorna—.

Debían de estar cerca de todas formas.

—Nismera quiere el medallón a toda costa.

Kaden asintió en silencio. Recorrimos la muralla exterior, pero no vimos ni rastro de la bruja ni…

Lo que estaba pensando se me fue de la mente al ver el gigantesco buque de guerra y reconocer los complejos diseños de los laterales.

Era la nave de Milani. Y, si Milani estaba allí, eso significaba que ella también. La excitación me invadió, y todo lo demás se desvaneció. No había nada más

importante.

Kaden vio lo que estaba mirando y sacudió la cabeza.

—Isaiah. No.

Le sostuve la mirada, cada vez más decidido.

—Tengo que intentarlo, Kaden.

Los soldados adrueth se abrieron paso por la ciudad, rebuscando en cada comercio y en cada hogar, dejando a su paso tan solo caos y destrucción. Kaden y yo ya habíamos discutido el tema. Ojalá pudiese hacerle entender la necesidad que tenía de recuperarla. Joder, me gustaría ser capaz de explicármelo a mí mismo. La mujer ni siquiera me había dicho nunca una palabra, entre otras cosas porque era incapaz. Pero yo no podía controlar lo que sentía. Por los dioses del cielo, ojalá pudiera. Sabía que a él le parecía una estupidez, y probablemente lo fuese. Me avergonzaba querer a alguien que, si recuperase la mente, era más que posible que me odiara y me despreciara como lo había hecho Essa. Pero hasta la última célula de mi cuerpo clamaba por Imogen.

«¡Ve! ¡Corre! ¡Ve a por ella! ¡Ve a por ella!».

Kaden me estudió el rostro varios segundos y luego soltó una maldición.

—De acuerdo —accedió con un gruñido ronco.

—De acuerdo, ¿qué? —pregunté. Se me fueron los ojos hacia el navío.

Sentía el impulso y la necesidad de encontrarla.

Levantó las manos con gesto de resignación.

—Vamos.

Enarqué una ceja.

—¿«Vamos»? ¿Vienes conmigo?

Casi no conseguí disimular la alegría. ¿Estaba de acuerdo?

—Sí —respondió con el ceño fruncido—. Ahora cierra el pico y vamos antes de que me arrepienta.

—¿Y qué pasa con el medallón? —pregunté mientras veía a los alados

soldados adrueth saltar de las naves y volar sobre la ciudad para seguir con la búsqueda. No sabíamos qué hacía el medallón en realidad, pero ambos teníamos muy claro que, si Nismera se hacía con él, estábamos todos jodidos.

Kaden me miró y se encogió de hombros.

—Si tengo que elegir entre mi hermano y el mundo, siempre vas a ganar tú.

A veces Kaden y yo nos peleábamos como bestias, y en el pasado los dos habíamos dicho cosas odiosas que no pensábamos de verdad. Pero entre nosotros había un hecho indiscutible. Desde el día en que llegamos al mundo, los dos nos habíamos cuidado el uno al otro. Kaden había renunciado a muchas cosas por mí, y ahora estaba dispuesto a hacerlo de nuevo. Si le daba un abrazo lo negaría y cambiaría de opinión. Cualquier palabra de afecto lo haría echarse atrás, de modo que solo asentí con un gesto breve y sonreí.

—Entonces, sígueme —dije, y me convertí en una bestezuela alada autóctona de Paso de Oro. Kaden puso los ojos en blanco y dejó escapar un profundo suspiro antes de transformarse a su vez. Ascendimos hacia el cielo y volamos directos hacia el navío. Las

nubes que tenía a su alrededor formaban una neblina que pudimos atravesar con facilidad sin que nos detectasen. Al acercarnos vi una compuerta abierta. Mientras los soldados se lanzaban al aire, yo atravesé la escotilla batiendo con furia las alas diminutas.

Disfrazados de pájaros, nos deslizamos dentro del buque de guerra sin dificultad. Una vez dentro, nos transformamos de nuevo para adoptar el aspecto de los soldados adrueth que llenaban la nave. Nadie nos prestó atención, todos estaban muy concentrados en las órdenes recibidas.

Replegamos las alas sobre la espalda y avanzamos por un pasillo; el interior era un laberinto de cruces y bifurcaciones. Solo había estado en el navío de Milani una vez, muchísimo tiempo antes, para una reunión. Había olvidado

lo enorme que era, como una pequeña ciudad construida para volar a la velocidad de la luz. Sería impresionante si ella no fuese una zorra quejica y egocéntrica.

Kaden esperó a que llegase otra orden por el intercomunicador, y luego se detuvo en una intersección casi despejada de soldados.

—Ve al norte. Yo buscaré en el lado este. Si la encuentras, cógela y huye. Grita por el vínculo para que yo lo sepa —dijo en voz baja.

Asentí y le apreté el bíceps cuando estaba a punto de irse.

—Gracias por ayudarme.

Suspiró, exasperado, y me clavó la mirada.

—Date prisa. No me quiero pasar aquí todo el puto día.

Le di una palmada en el hombro, esbocé una sonrisa y nos separamos al llegar al siguiente corredor.

Lo recorrí, parándome una fracción de segundo ante cada puerta que interrumpía la pared suave que tenía a la derecha. La de la izquierda era una extensión de metal sin ninguna abertura. No sentí ningún tirón, ninguna sensación. No sabía por qué esperaba sentirla; no había entre nosotros ninguna conexión real. Pero seguí adelante, deteniéndome a comprobar cada puerta. Al colarnos a bordo habíamos entrado por la parte inferior del navío, que parecía contener el puente, los centros de control, las literas y las armerías. Me detuve frente a una gran puerta blanca y dorada y entré, pero solo vi soldados adrueth sentados frente a pantallas y paneles con luces parpadeantes que trabajaban para mantener la enorme nave en el aire.

Cuando entré levantaron la vista para mirarme, pero no parecieron alarmados ni me dijeron nada. Imogen no estaba en ninguna de aquellas salas.

¿Dónde diablos estaba?

Me detuve en el pasillo y cerré los ojos. Con una profunda inspiración, me concentré en ella a la vez que me esforzaba por controlar el pánico que me consumía. En general no solía tener problemas para compartimentar mis

emociones, pero con ella me era imposible. Inspiré hondo otra vez y relajé los puños. Traté de alcanzar aquella voz anónima para ver si volvía a susurrarme o a gritar. Solo tenía que concentrarme. Me pasaron por la mente imágenes de ella en el palacio de Nismera, con el cabello rubio recogido en una coleta demasiado apretada y los ojos del color de las lilas y de la espuma de mar. Cuando logré relajarme, un relámpago me golpeó el alma y sentí un leve tirón. Abrí los ojos de inmediato y eché atrás la cabeza.

Los pies se pusieron en marcha de manera automática.

«¡Arriba! —gritaba la voz anónima—. ¡Arriba!».

Tendría que haber sido más cuidadoso, quizá ser inteligente y astuto, como Kaden o Dianna, pero aquello no formaba parte de mi naturaleza. Era más habitual que me describiesen como «impulsivo», y eso no iba a cambiar. Corrí por el pasillo, sin quitarle ojo al techo. Las alas me entorpecían el movimiento, así que, sin pensarlo, recuperé la apariencia mortal, lo que me permitió moverme tan rápido como quería. Me detuve de repente y me agaché. Con un impulso poderoso, salté en el aire y atravesé el techo para caer en la sala que había encima. Al aterrizar, los cables rotos me salpicaron con una nube de chispas. Varias personas maldijeron, pero no me volví a mirar; era incapaz de apartar los ojos de ella.

Era como un sueño viviente. Tenía el pelo como yo se lo había dejado, fuera de la cara, pero yo nunca se lo habría estirado tanto. Apreté los dientes, colérico. Sabía que a las mujeres soldado les gustaba trastear con ella. ¿No sabían que eso le debía de provocar dolores de cabeza? Claro que lo sabían, pero no les importaba. Estaba erguida, con la espalda recta y los brazos a los costados, y sus ojos de azul oceánico me miraban fijo. Quizá fue por el golpe en la cabeza al atravesar el suelo, pero, por una fracción de segundo, creí verla parpadear y que los labios se torcían en un intento de sonreír. Pero enseguida la realidad se reasentó y tres guardias se abalanzaron sobre mí.

Venían con las armas levantadas, pero no me importó. Verla me había

hecho recuperar mi centro de gravedad, y nada más me importaba. Con un gesto de la mano, la habitación se llenó de una explosión de sangre y vísceras que cubrieron de rojo el suelo que nos separaba. Desesperado por llegar hasta ella, me abrí paso con cuidado entre los restos de la masacre y le acaricié la cara para quitarle las diminutas manchas rojas que mancillaban la perfección de la piel.

—Aquí estás —dije, aunque sabía que no podía oírme. Sonriente, la moví a un lado y la rodeé con los brazos. Una vez preparado, pronuncié las palabras que la hacían relajarse, las mismas que

usaban para hacerlos dormir. Se desplomó y yo la atrapé y me la recosté sobre el pecho. Me volví, con Imogen inerte entre los brazos.

Sonó una sirena y más guardias entraron en la sala. Me encorvé sobre ella para protegerla con mi cuerpo y con la gruesa armadura. Los soldados adrueth que habían entrado a la carrera se detuvieron cuando, uno tras otro, les estallaron las cabezas y los cuerpos se derrumbaron. Las salpicaduras de sangre me mancharon la espalda, pero a Imogen no le cayó ni una gota.

—¿Te han hecho daño? —susurré al tiempo que el buque empezaba a escorarse.

Por supuesto, no me respondió, pero las pestañas se agitaron como si el cuerpo tratara de responder, pese a que era incapaz de hablar. Suspiré, convencido de que me estaba haciendo ilusiones otra vez. Imogen no tenía libertad de movimientos, y, aunque yo amaba a Kaden, lo odié por haberle hecho algo así. Sabía que era un error, que era imposible, pero no podía negar que mi cuerpo y mi corazón la anhelaban.

—Nadie volverá a hacerte daño jamás —le dije mientras me dirigía a la puerta—. Te lo juro.

Se oyó otro fuerte estallido. Miré por una ventana y vi que varios buques ascendían, y que los soldados abordaban los navíos que seguían cerca del suelo, esperando para evacuarlos. Solo se irían si habían completado la misión. Eso significaba que habían conseguido el medallón,

y quizá matado a la bruja. Pero, ahora que tenía a Imogen entre mis brazos, me daba igual.



–Ahora. —La voz de Isaiah me llenó la mente.

La había encontrado, el muy chalado. El cuello que apretaba en el hueco del codo crujió, y el soldado quedó inerte. Me había pillado mientras comprobaba una sala de comunicaciones. Eché mano de todos los documentos y chips de datos que pude y me los metí bajo la armadura antes de lanzarme hacia la ventana más próxima. Se me alargó el cuerpo y la nueva forma se cubrió de escamas, y del sitio que ocupaban los brazos brotaron de pronto alas. Abrí un agujero en el costado del buque y salí disparado hacia el cielo. El sonido de una estruendosa alarma sacudió el aire y me animó a perseguir a toda prisa la figura de mi hermano, que se alejaba.

Las calles de Paso de Oro, antes tan concurridas, ahora estaban desiertas. Isaiah recuperó la forma mortal en cuanto tocamos tierra en la plaza mayor, con el cuerpo flácido de Imogen acunado entre los brazos en un gesto protector. La estrechó contra el pecho y me miró mientras yo me transformaba a mi vez.

—Gracias.

—Vale, vale, deja de decirlo y de pensarlo de una puta vez. Yo…

El berrido de otra sirena se unió a la cacofonía que me asaltaba los oídos. Observé a un grupo de soldados adrueth que emprendían el vuelo en dirección a un buque que flotaba a poca altura sobre el río. Una silueta enfundada en una brillante armadura de plata estaba atrapada en un rayo de luz brillante, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos abiertos a los costados, inconsciente sin duda, mientras tiraban de ella hacia el navío.

Habían capturado a Samkiel.

Joder. Nos habíamos perdido una batalla, y al parecer la cosa había ido tan mal que habían derrotado a Samkiel. El miedo me corrió por las venas como si fuese sangre. Dianna nunca estaba demasiado lejos de él, así que…

Rebusqué con la vista entre los demás soldados que se apresuraban a subir a la nave, a ver si veía a Dianna. ¿Estaría ya a bordo? Era imposible que los hubiese dejado capturarlo. Decidido a ir en su busca, me puse en marcha en el momento en que las compuertas se cerraron y el buque se elevó en el aire.

Un rugido de odio y rabia tan intenso que era pura cólera concentrada me hizo dar un respingo. El golpeteo de unas alas pesadas anunció que Dianna había emprendido el vuelo.

—Estúpida —siseé.

Maldición. Dianna no tenía ni idea de la potencia de fuego de Milani.

La observé cargar hacia la nave como una idiota. ¿Quién habría imaginado que dentro de ella había esa capacidad de enamorarse con tanta locura?

Mientras me transformaba, me pregunté si hubo alguna vez un tiempo en el que ella habría luchado por mí de esa manera. De haber hecho las cosas de otro modo, ¿me habría amado con esa intensidad? Y, de ser así, ¿había ahogado yo ese sentimiento antes de

que pudiese cobrar vida? Me agaché, preparado para perseguirla y detenerla, pero era demasiado tarde.

Del costado de la nave emergió un cañón, y vi con horror que rotaba y, tras abrir su reserva de potencia, abría fuego. De él brotó un chorro de

energía chisporroteante cuyo objetivo era reducirla a diminutos fragmentos calcinados. Dianna viró, plegó las alas contra el cuerpo y logró evitar la ráfaga. Si no fuese una estupidez absoluta, sería impresionante. Otro cañón abrió fuego y, ahora que ya se conocían sus trucos, cuando Dianna fintó, se encontró de frente un muro de llamas.

El chillido me atravesó el corazón frío y muerto, y eché a correr hacia su figura, que caía, sin acordarme en aquel momento de que yo tenía alas.

Dianna daba vueltas, con un costado chamuscado, mientras se precipitaba por los aires. Mi ig'morruthen quería protegerla a toda costa y tomó el control; me agaché y salí disparado como una lanza. En unos pocos segundos estaba ya en el aire, pero casi no llegué a tiempo. La envolví con las alas un momento antes de que chocáramos con el suelo. Me llevé la peor parte del golpe y la calle se deformó bajo mi cuerpo. Derrapamos y nos detuvimos, y el dolor se adueñó de mis huesos. Gruñí y resoplé, y ambos recuperamos nuestras formas habituales.

Hacía años que no tenía a Dianna entre mis brazos; hacerlo ahora despertó en mi pecho una vieja sensación familiar. Para ser sincero conmigo mismo, la había amado un millar de años y aún la amaría durante largo tiempo. Había pisoteado ese sentimiento muchas veces, empujado por el desprecio y el rechazo que Tobias y Alistair sentían hacia Dianna y hacia el lugar que ocupaba en mi vida. Permití que las palabras de ellos, las órdenes de Nismera y mi propia debilidad lo destrozaran y tratasen de destruirla a ella. Tuve éxito,

pero en el proceso perdí aquellas partes de mí que todavía eran susceptibles de ser salvadas.

Me senté y, con cuidado, acuné en el regazo la forma inerte. Tenía un lado del cuerpo quemado, desde el cuero cabelludo a los dedos de los pies.

Me temblaba la mano cuando la pasé sobre la cabeza y los escasos mechones de pelo que le quedaban. Inspeccioné las partes quemadas de su cuerpo, y las ropas que casi se caían a pedazos, en busca de algún modo de tocarla sin provocarle más daños. Ya se estaba curando, pero no quería

causarle más sufrimiento. Eso ya lo había hecho, tanto como para que nos durase toda la vida y diez veces más.

Isaiah caminó hacia nosotros con Imogen, todavía inconsciente, acunada sobre el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí —respondí. Deslicé los brazos por debajo de Dianna con mucho cuidado y me puse en pie.

Isaiah entornó los ojos y miró el cielo, entre el humo creciente y los rayos de sol que se colaban a través, y luego a mí.

—Podemos irnos sin ellos —dijo, y no me cupo duda de que hablaba en serio—. Podemos dejar a Samkiel donde está, empezar a buscar una cura para Imogen y averiguar qué está haciendo Nismera en realidad. Joder, a lo mejor hasta encontramos un punto débil en el vínculo y podemos librarnos de él. Podemos ir a donde queramos, y desaparecer.

Podríamos. La oferta era tan tentadora que parte de mí se moría por aceptarla. Miré de reojo la forma dormida de Dianna y deseé desde lo más profundo de mi negro y marchito corazón poder quedármela.

Una voz que se parecía de forma sospechosa a la de Muerte me susurró al oído que podría. Podría repetir los mismos errores que había cometido cuando estuvimos juntos. Podría encerrarla, reservármela para mí mismo, construir una barrera tan fuerte que ni el mismo rey de los dioses pudiese atravesarla.

Incluso era posible que Milani se lo llevase a Nismera y que muriese a manos de ella.

Estreché con más fuerza a Dianna mientras la veía respirar. Luchaba por recobrar la conciencia, y las pupilas se movían bajo los párpados; las heridas de la piel se cerraban poco a poco. El corazón me gritaba que no era aquella niña perdida del desierto. Esta Dianna no era la que me había suplicado que salvase la vida de su hermana. No era la que, en cierta época, me miraba con afecto, aunque fuera tan solo una pálida imitación del modo en que miraba a Samkiel.

No. Dianna no era mía.

—No —respondí por fin. Miré de soslayo a Isaiah y abrí un portal ardiente frente a nosotros—. Regresamos.

Isaiah asintió en señal de que aceptaba mi decisión, y me siguió, como siempre. Quizá Muerte me hubiese cambiado de verdad. Sabía que, tiempo atrás, mi antiguo yo se habría lanzado de cabeza a aprovechar la ocasión de hacerme con ella. Le habría ofrecido a Isaiah la misma oportunidad que Muerte me brindó a mí, pero comprendía a la perfección que no solo había muerto en aquel planeta, sino que no había regresado entero. Me recoloqué a Dianna en los brazos y ella gruñó al sentir el tirón. Sin dedicarle ni una segunda mirada a la carnicería que dejábamos atrás, atravesamos el portal, y la ciudad en llamas quedó abandonada a su suerte.



Me desperté sobresaltada.

—¡Samkiel! —llamé, sin acordarme de la razón de que el pánico me hubiese arrancado del sueño, pero luego los recuerdos se precipitaron sobre mí. Aparté las mantas, las eché a un lado y me pasé las manos por la cabeza y por el cuerpo. La ropa era un desastre, pero la piel estaba intacta y me había vuelto a crecer el pelo. Me había curado de los efectos de aquella maldita ráfaga. Era insultante caer bajo las llamas cuando el fuego vivía en mi interior, pero, por cómo quemaba, se había tratado más bien de pura energía refinada.

Samkiel no estaba a mi lado, y aquello no era Paso de Oro.

La realidad se abrió paso entre la neblina que me ofuscaba la mente.

Salté fuera de la cama, salí corriendo de la habitación y bajé las escaleras a la carrera, siguiendo el sonido de unas graves voces masculinas. Me sentí esperanzada. Tal vez hubiese sido solo una pesadilla. Empujé las puertas de su despacho, medio esperando verlo allí, como si no hubiese visto cómo lo secuestraban.

—… lo único que pude conseguir —decía Kaden, pero se interrumpió

al verme entrar.

Todos se volvieron a mirarme. Cameron, Isaiah y Reggie, que estaban inclinados sobre el escritorio y estudiaban los documentos desparramados, se irguieron.

—Te has levantado —dijo Cameron—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondí—. Tenemos…

—Lo sabemos —me interrumpió Isaiah—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo lo han capturado?

Me froté la cabeza.

—Samkiel peleaba con aquel tipo raro, el hermano de su ex. No recuerdo cómo se llama. Yo estaba en el aire, peleando entre los navíos.

Samkiel no estaba del todo atento, porque quería asegurarse de que ningún resto cayese sobre la ciudad. Alguien se acercó con sigilo y lo pilló por sorpresa, y Samkiel cayó. Lo vi y aterricé, pero nada más hacerlo me golpeó un maldito látigo eléctrico. Se me enroscó en el cuerpo, y la descarga fue tan fuerte que todos los músculos se me agarrotaron. No me podía mover, ni liberarme. Recuerdo que Samkiel corrió hacia mí, pero algo lo golpeó por detrás. Una especie de rayo, no sé lo que era, pero se le iluminó todo el cuerpo y luego se quedó paralizado… y se detuvo. —Se me quebró la voz al pronunciar la última palabra, y me esforcé por controlar el dolor y el pánico que amenazaban con desbordarme.

Reggie asintió, pero los demás solo se me quedaron mirando.

—¿Qué os pasó a vosotros dos? —les pregunté a Kaden e Isaiah—.

Durante el combate os perdí la pista.

—Imogen ha vuelto, Dianna —explicó Cameron antes de que los dos hermanos pudiesen decir una palabra—. Gracias a Isaiah.

—Bueno, ya era hora de que sirviese para algo —dije con una mirada de pocos amigos dirigida a Isaiah.

Enseñó los dientes en una sonrisa feroz.

—Para más que tú. Al menos yo la he traído a ella a casa. Lo único que

tú has hecho ha sido permitir que capturasen a Samkiel, y perder a Vincent, a Camilla y el medallón.

—Isaiah… —dijo Kaden para tratar de poner paz.

—Cállate de una puta vez, Isaiah —exclamó Cameron—. Dianna, me he asegurado de que Imogen esté limpia. Ahora descansa abajo, en el sótano, con Nev y Logan, tan cómoda como lo permiten las circunstancias.

—Hablando de eso, no tienes ningún derecho de mantenerme alejado de ella. Quiero verla —exigió Isaiah.

—No —zanjé, sin más preámbulos y sin hacer caso de sus protestas —.

¿Qué tenemos? Sé que Milani está en el dominio meridional. Empecemos por ahí —añadí.

Kaden sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo.

—Pues voy a hacer que sea así de sencillo —dije—. Si vamos todos, podemos…

Kaden suspiró y se pasó la mano por la cara.

—Ella es la dueña de los dominios meridionales, Dianna, y, con la potencia de fuego que tiene, tú no eres más que polvo.

—¿Y? —pregunté. Alcé las manos y me dirigí al escritorio que todos rodeaban. Cogí un puñado de documentos y los agité en el aire, hacia él—.

¿Qué pretendes que haga? ¿Que me quede todo el puñetero día mirando papeles? La armada de Nismera tiene a mi compañero, lo que significa que está un paso más cerca de la propia Nismera, y si ella se hace con él…

—Lo sabemos —respondió Isaiah, que chasqueó la lengua—. Llevas un día entero durmiendo. Si Milani se lo fuese a llevar a Nismera para que lo matase, estoy seguro de que eso ya habría ocurrido.

Lo miré, asombrada. Cameron maldijo, y Kaden puso los ojos en blanco, como si tuviesen un acuerdo para no contarme ese detalle. Sabía por qué preferiría que no lo supiera. Porque me volvería imprevisible. No le faltaba razón. ¿Un día entero? Joder. Tenía que salir de allí y buscar en cada

campamento y en cada sitio que encontrase. Seguirles la pista a los navíos…

Kaden me sujetó la muñeca y me arrancó los documentos de la mano.

—Primero, eso son mapas. Segundo, ¿qué crees que vas a hacer? ¿Cuál es tu plan, atacar a una legión entera? Ah, espera, que no tienes plan. Y, aun así, quieres salir otra vez, sin un objetivo claro; conseguirás que nos maten a todos. Lo han capturado. No puedes volar más deprisa que ella, y no puedes enfrentarte a sus armas. Morirás, Dianna, y todo esto no habrá servido de nada —dijo, irritado.

Me asaltaron recuerdos de él en los que me hablaba así y me sujetaba la muñeca, y el dolor de nuestro pasado común regresó como un incendio.

Cabreada, me zafé de él y el sonido de un tortazo reverberó en la sala.

—No vuelvas a ponerme las manos encima jamás. —Pronuncié las palabras con los dientes apretados y lo empujé fuera de mi espacio personal.

En tiempos temía desafiarlo. Sabía que, si respondía a su provocación, usaría a Gabriella como una amenaza, para mantenerme a raya. Joder, le había funcionado muy bien durante años. Pero ella ya no estaba allí, ni tampoco la niña rota y asustada que creyó que la sangre y las garras podrían ocultar su corazón roto.

La habitación se sumió en un silencio letal. Isaiah no había movido ni un músculo, pero sentí que me taladraba con los ojos. Sabía que, si atacaba a Kaden, se sentiría tentado a arrancarme la cabeza, por muy atados que estuviésemos unos a otros.

—Lo siento —dijo Kaden. Se lamió la sangre de la comisura del labio.

Quizá le di más fuerte de lo que pensaba—. Las armas de esa nave no solo podrían hacerte pedazos a ti, sino también a nosotros. Por si lo has olvidado, estamos todos conectados, joder.

Ladeé la cabeza.

—¿Y?

—¿Y? —se mofó—. ¿Acaso no has comprendido nada de lo que he

dicho?

—Por supuesto —contesté—. Sé que no eres capaz de entenderlo, pero, cuando quieres a alguien, estás dispuesto a arriesgarlo todo.

Kaden apretó los dientes, frustrado.

—No piensas con claridad.

—Claro que sí. Seguí a los buques de guerra sin preocuparme de mi propia seguridad porque sabía que lo que se llevaban era más importante que yo, y no, no me preocupé de las armas que tuvieran, o de lo que me pudiera pasar a mí, y no digamos a vosotros dos. —Clavé los ojos en Isaiah.

Me sorprendió ver que casi parecía entenderme, pero Kaden solo resopló como respuesta. Volví la mirada hacia él—. No sé por qué te cuento todo esto. Nunca te ha importado nada, excepto tú mismo y lo que los demás puedan hacer por ti —dije con una voz que supuraba repugnancia.

Les di la espalda, pero antes capté la expresión de Kaden al oír mis palabras. No esperé a ver si me seguían; tampoco me importaba, en realidad. Estábamos conectados, sí, ya lo sabía. Pero habían secuestrado a Samkiel y mi cuerpo se comportaba como si se hubiesen roto todas las amarras. Me froté el pecho con los nudillos. Traté de resistirme con todas mis fuerzas, pero el dolor y el vacío se me filtraron en las células como si me faltase algo y cada una de ellas se sublevase.

—Y ahora, ¿qué te pasa? —preguntó Isaiah. Negué con la cabeza. No me había dado cuenta de que ambos me observaban con atención.

—Nada —dije. Bajé la mano y me puse a dar vueltas por la sala.

Notaba la mirada de Kaden, pero no le debía nada, y mucho menos una explicación de mi dolor.

—De acuerdo. —Isaiah me rehuyó la mirada—. Entonces, tenemos otro problema del que ocuparnos. Sospechamos que quizá hayan recuperado también el medallón.

Cameron, cruzado de brazos, resopló y se recostó sobre el borde del escritorio.

—Tíos, las misiones de reconocimiento se os dan con el culo.

Isaiah le replicó con un gesto obsceno que Cameron le devolvió. Si no fuesen enemigos mortales, y además Isaiah un psicópata de manual, estaba convencida de que serían los mejores amigos del mundo.

—¿Por qué lo sospecháis? —le pregunté a Isaiah. Me detuve con los brazos en jarras.

—Se fueron a toda prisa, y no vimos ni rastro de Camilla ni de Vincent

—explicó Kaden—. Así que supongo que los mataron a ambos y se llevaron el medallón, o que los tienen prisioneros a bordo. De una manera u otra, diría que se han hecho con el medallón.

—Ninguno de los dos me importa lo más mínimo ahora mismo. No son asunto mío. Pero ese medallón, sea lo que sea, parece ser en extremo importante. Así que, si lo tiene la flota, genial. Podemos recuperarlos a ambos a la vez. Samkiel está a solas con esa zorra psicópata, y no permitiré que tenga que aguantar saben los dioses qué antes de que se lo envíe a Nismera. —Exhalé con fuerza—. Si no lo ha hecho ya.

Isaiah abrió la boca para decir algo, pero Kaden le lanzó una dura mirada y él cerró los dientes con un chasquido perceptible.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó Isaiah, que carraspeó e hizo todo lo posible por no mirarme a la cara.

—Sabéis algo. —Bufé—. Claro que sí. Ambos erais parte del núcleo duro de su malvado régimen. Así que contádmelo.

—Ahora mismo no es importante —dijo Kaden—. Solo servirá para distraerte, y preferiría que no reaccionases sin pensar, arrastrada por una furia ciega, y nos acabases convirtiendo a todos en polvo.

—Dímelo —gruñí.

—Deberíamos concentrarnos en el medallón —insistió Kaden.

Flexioné los dedos sobre las caderas.

—A ver. Lo primero, no vamos a fingir que, de repente, te importa el bien común. Lo segundo, cuéntame lo que sea de una vez y me ahorraré tener que darte una paliza y luego encerrarte en la mazmorra.

El silencio se adueñó del despacho; el brillo del sol, a medida que ascendía en el cielo, se hizo un poco más intenso. Isaiah suspiró y le lanzó una mirada interrogativa a Kaden, que no le hizo caso. Me fijé en Reggie, que contemplaba a Kaden e Isaiah con un desprecio poco disimulado.

Cameron parecía haber disfrutado la discusión, pero creo que era porque le encantaba la idea de que los hermanos me provocasen y les diese la zurra de sus vidas.

—Kaden, se lo voy a contar. De todas formas, más pronto o más tarde lo va a averiguar —intervino Isaiah.

—Tíos, sois peores que un dolor de muelas. Suéltalo de una vez —casi supliqué.

Kaden suspiró, frustrado, y se cruzó de brazos; al hacerlo, la camisa de manga larga que llevaba se le tensó sobre los antebrazos.

—Mira, por ahora dudo que esté en peligro. Milani querrá pasar con él tanto tiempo como pueda, ya que enviárselo a Nismera es una sentencia de muerte. La mujer que posee y está al mando de la flota de Nismera es la reina de los dominios meridionales, y la ex de tu querido esposo. Él es la razón de que ella gobierne este territorio. Todas las armas que posee las tiene porque él le explicó cómo fabricarlas. El desastre que era nuestro padre le suplicó a Samkiel que negociase un acuerdo de paz entre los dos dominios, y él lo hizo. Firmó un tratado. —Me recorrió con la mirada—.

Con la polla, como casi todo lo que hace.

Parpadeé, sin hacer caso del modo en que me había mirado al decir las últimas palabras, y esperé. Nadie dijo nada más. Todos me miraban como si esperaran que yo estallase en llamas.

—Vaaaale. —Arrastré la palabra—. ¿Y qué? Todo eso me lo contó él mismo —dije, y paseé la mirada del uno al otro—. ¿Ese es el gran secreto

que me ocultabais?

Se me quedaron los dos mirando como si eso de comunicarse fuese una habilidad desconocida para ellos. Conociendo a Kaden, sabía que eso no estaba muy lejos de la verdad, pero Samkiel no era así conmigo y yo estaba aprendiendo a no serlo con él.

Levanté las manos, exasperada.

—Bueno, no creo que esté intentando desnudarlo y seducirlo.

Nadie dijo nada, y Cameron y Reggie evitaron mirarme. Me encolericé al imaginar que alguien pudiera tocarlo, pero luego hice a un lado la ira. Mi mayor preocupación era que, cuanto más tiempo perdiésemos hablando, más probable era que llegase a manos de Nismera. Y nadie que hubiese estado en su palacio sabía cómo regresar a él. Si ella se hacía con Samkiel, lo perdería para siempre. Estaba convencida de

ello desde lo más profundo de esa cáscara vacía que una vez contuvo mi alma.

Perdí los estribos, y las llamas me chisporrotearon en la punta de los dedos. Lo vi todo rojo. Me dirigí a la otra punta del despacho y empecé a descolgar armas de la pared, pero Kaden se me acercó de nuevo y me las quitó de las manos.

—¿En serio? ¿Quieres acercarte volando hasta su armada de élite que tiene, no sé, al menos mil buques de guerra, cada uno de los cuales puede hacernos pedazos? No tienes ni idea de la artillería pesada de la que disponen.

—Exacto. —Le lancé una sonrisa luminosa—. Vosotros podéis venir a mirar, o quedaros aquí trazando planes que no van a funcionar. No me importa.

—Claro que no, porque te ciega el amor. ¿No es cierto? Ese amor mágico y perfecto que siempre triunfa. El amor no te salvará. Solo te vuelve irracional, estúpida y, sobre todo, fácil de manipular —siseó Kaden.

—¿Cómo te atreves? —salté, enfadada.

—Los dos sabemos que tengo razón —replicó Kaden, concentrado, con

una mueca que me enseñó todos los dientes—. Usé a Gabby como arma, y tú me seguiste como un chucho hambriento. Van a hacer lo mismo con Samkiel y vas a conseguir que nos maten a todos. Por una vez, piensa con la cabeza y no con el corazón.

Retrocedí como si me hubiese dado una bofetada. ¿Cómo se atrevía a pronunciar el nombre de Gabby? Una llama cobró vida y parpadeó en una casa oscura y vacía, que yo, con todo cuidado, mantenía cerrada y silenciosa. Su imagen se me apareció entre un torrente de recuerdos. La sonrisa, las carcajadas, lo cómoda que me sentía en su

presencia. Recordé lo que era sentir su amor, y lo mucho que me costó aceptar su pérdida. Ahora todo aquello parecía tan fugaz…, y, por fuerte que fuese ahora, por mucho que hubiese crecido y cambiado…, seguía doliendo.

Se hizo un silencio pesado y sofocante. Odiaba a Kaden con todas mis fuerzas, y que sacase a relucir su traición definitiva y nuestro pasado en común como si no fuese gran cosa aún me hacía odiarlo más. Me habría dolido menos que me atacase; sus palabras eran más afiladas y dolorosas que cualquier espada. Me decía a la cara que me había usado, que había usado mi amor por Gabby, como si tal cosa. Lo confesaba sin el más mínimo rubor ni remordimiento.

Le lancé un puñetazo, pero me atrapó la muñeca con una manaza enorme y tiró de mí hacia él. Fruncí los labios y gruñí, y él apretó con más fuerza, hasta que los huesos crujieron. Me quitó de un tirón la bolsa que aferraba y las armas que contenía tintinearon.

—No vas a ir —dijo Kaden—. Si es necesario, te ataré a esa cama que tanto os gusta a los dos. Te volveré a partir el cuello, y lo repetiré cada vez que despiertes, hasta que hayamos trazado un plan en condiciones.

—Te odio. —Se me dilataron las aletas de la nariz y me ardieron los ojos, porque sabía, sin la menor duda, que haría lo que había dicho —. Eres un miserable —le dije, cada palabra una certeza—. ¿De qué sirve todo esto, de qué sirve vivir, si no estás dispuesto a arriesgarte por aquellos a quienes

amas? Puede que sea estúpida e imprudente, o a veces incluso descuidada, pero al menos moriría de buen grado tratando de salvar a los que amo. ¿Por qué morirías tú?

Kaden no respondió, pero me taladró con una intensa mirada que sentí a través del vínculo que Muerte nos había impuesto. De inmediato levanté todas mis barreras y me encerré tras un muro de acero blindado.

—Menudo gilipollas —dijo Cameron. Se abrió paso entre Kaden y yo y lo obligó a retroceder. Kaden me soltó, pero no apartó los ojos de los míos.

La espalda rígida de Cameron me tapó la visión de Kaden. Se había puesto en su lugar y trataba de detener el veneno que me había lanzado Kaden de modo tan casual; pero ya era tarde. El daño ya estaba hecho.

—Tiene razón —intervino Isaiah—. Milani es dueña de la inmensa mayoría del continente meridional. Los cielos están llenos de buques de guerra y navíos menores. Ni la legión de Nismera podría acercarse sin ser detectada.

Traté de sacudirme de encima las palabras que me había lanzado Kaden con tan poca consideración y concentrarme en lo que importaba. Respiraba con dificultad y me dolía la muñeca, que se estaba curando.

—De acuerdo. —Sacudí la cabeza—. Nos transformamos en miembros de la legión y nos colamos a bordo.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Kaden. No lo veía porque Cameron todavía me lo tapaba, pero tampoco quería verlo—. Samkiel no puede transformarse como hacemos nosotros. ¿Cómo vas a sacarlo a escondidas sin que ella se dé cuenta y nos siga? Lleva eones obsesionada con él. ¿De verdad crees que lo va a tener ni un segundo fuera de la vista?

—Si ninguna de mis ideas sirve para nada, dame una mejor —dije, las palabras acompañadas de gruñidos que no pude evitar soltar.

—Puede que Dianna tenga razón en una cosa —dijo Isaiah.

Todos lo miramos.

—Podríamos hacernos con el buque insignia. A modo de aviso. Aunque

solo acabemos con unos pocos, no son más que cobardes sedientos de poder. Huirán con el rabo entre las piernas en cuanto les quitemos parte de lo que tienen.

Asentí de buena gana, animada.

—Eso puedo hacerlo.

Nos llevó horas, pero por fin ideamos un plan que tenía visos de funcionar. Miré a Reggie a los ojos. Apenas había hablado; lo único que hacía era observarnos.

—¿Es una locura? —le pregunté mientras me pasaba la yema del pulgar por los dientes.

Reggie esbozó una sonrisa.

—Más bien diría que es todo lo contrario.

—Ah, ¿sí?

Reggie asintió y Cameron lo miró, sorprendido.

—Si alguien puede llevarlo a cabo, eres tú —explicó Reggie—. Este puede convertirse en un momento decisivo para ti. Una manera de proclamar quién eres en realidad y cuáles son tus intenciones. La gente corriente a la que has ayudado y que has traído aquí ya lo sabe, por supuesto, pero los dominios son inmensos. Para extender esa idea, tienes que hablar más alto.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Si hago alguna proclama enfervorizada, Nismera lo verá como una declaración de guerra.

—Para ella, tu sola existencia ya lo es —opinó Kaden.

Se me revolvieron las tripas. No sabía qué hacer. Ojalá Samkiel estuviera presente para decírmelo. Él conocía los dominios, y los politiqueos. Pero no estaba aquí, porque era él a quien yo corría a salvar. No se me daba bien todo eso, y no sabía cómo proteger a los nuestros. Sabía pelear, soltar comentarios mordaces que podrían despellejar a cualquiera, y se me daba muy muy bien destruir cosas. Joder, era capaz de dominar el

fuego y de cambiar de forma, pero no tenía muy claro cómo construir y cuidar. En el fondo, yo era simple y sin sutilezas, nada más que una *berserker*, y más aún cuando amenazaban a Samkiel.

—No lo hagas —añadió Kaden. Giré la cabeza y vi que miraba el pulgar que tenía entre los dientes. Lo bajé.

—¿El qué? —pregunté, algo cansada del toma y daca que nos traíamos

—. ¿El plan? Ya lo hemos decidido.

—No. —Negó con un gesto—. No dudes de ti misma. Ahora no.

Parpadeé, no del todo segura de haberlo oído bien.

—Quieres gobernar esos dominios a su lado, construir un reino y tener la vida que siempre has deseado, ¿verdad? Pues coge lo que es tuyo. Eres una reina, y no la reina de Yejedin, sino la reina de Rashearim. Siempre lo has sido. Es para lo que naciste y por lo que te han dado caza toda tu vida.

Sácale partido —dijo Kaden, y tras esas palabras nadie se atrevió casi ni a respirar. Nunca lo había oído hablar tan bien de mí, pero… Tampoco era idiota.

—¿Y en qué te beneficia eso a ti? —solté con una mueca despectiva. Ni por un momento me había tragado sus palabras. Me miró sin odio;

en realidad, más bien lo contrario. Me observó como si le hubiese dicho cosas odiosas a él, y no al revés—. ¿Qué pretendes sacar de todo esto? Ambos sabemos que nunca haces nada a menos que puedas obtener una contrapartida. Así que, si ese es tu plan maestro, ¿tú qué ganas?

—Que sigas viva —respondió, sin dudar un instante.



Horas antes

Magullados y cubiertos de sangre, Vincent y yo dejamos atrás la multitud que huía en todas direcciones; avanzábamos medio corriendo y medio cojeando. Las sirenas resonaban en el cielo mientras los buques de guerra flotaban por los aires o tomaban tierra y derramaban alados soldados adrueth en las calles. Unas voces atronadoras les decían a los habitantes de Paso de Oro que se detuvieran y se arrodillaran para que los inspeccionaran, o de lo contrario morirían.

Nos escabullimos por una callejuela; había casas de color de bronce alineadas a cada lado del callejón que mostraban las fachadas traseras. Un toldo se extendía desde la esquina de cada casa y se

unía en la viga que atravesaba la callejuela de punta a punta. Nos detuvimos frente a una casita.

Pese al ruido de mis jadeos, pude oír los sonidos de la familia que la habitaba. Los susurros estaban teñidos de miedo; algo comprensible, dado que el mundo que nos rodeaba se había sumido en el caos.

Vincent se alejó unos pasos y espió entre los toldos para vigilar el cielo.

Ya no llegaban más navíos. Por la cara de alivio de Vincent, supuse que solo había acudido la armada y no la legión de Nismera. Al menos, de momento.

—Tenemos que salir de aquí —susurré. Se oía ruido de botas blindadas por todas partes.

Vincent asintió; un mechón de pelo negro le caía sobre la frente.

—Hay un puerto en el otro lado de la ciudad. Tal vez consigamos llegar allí. Lo que me da miedo es que ya hayan cerrado todas las salidas. Para escapar de aquí vamos a necesitar una distracción. Algo lo bastante llamativo como para atraer su atención…

Fue como si el universo nos oyera y se echase a reír, y luego respondiera con un profundo estruendo, un fragor tan grave que, más que oírlo, lo sentí, y que fue en aumento hasta que el suelo tembló y las casas se sacudieron. Alguna parte primitiva de mi cerebro me gritaba que huyese.

Solo conocía a un ser capaz de emitir un sonido así. Dianna.

Por los huecos entre casa y casa contemplamos cómo se formaba un tornado de llamas y después ascendía en espiral hacia el cielo.

Se disipó tan deprisa como había aparecido, y lo siguieron varias bolas de fuego. Oímos gritos y algunos edificios se derrumbaron. El

cielo se llenó de figuras aladas y de buques que se dirigían a toda prisa hacia Dianna, que calcinaba soldados a diestro y siniestro.

Una ráfaga de viento me echó el pelo sobre la cara; me lo aparté y estudié el cielo, cada vez más oscuro. Lo que había sido un día soleado se convirtió en crepúsculo, y a lo lejos los relámpagos hendieron el aire. Hice una mueca burlona; Samkiel estaba con ella. Las espesas nubes grises cubrieron las naves y a los soldados adrueth, y la tormenta se los tragó enteros.

Vincent y yo cruzamos una mirada mientras empezaba a llover a cántaros.

—Una distracción —dijo. Me cogió de la mano y tiró de mí para que lo

siguiera calle abajo. Abandonamos la seguridad de los toldos y corrimos hacia los muelles ubicados al otro lado de la ciudad.

El viento arreciaba, y la gente corría a refugiarse en sus casas y a cerrarlas a cal y canto. Incluso a tanta distancia, sentía el calor de las llamas que dejábamos atrás; los truenos restallaban y la ciudad se sumergía en los sonidos del combate. No me atreví a mirar atrás por miedo a que alguien nos reconociese entre el gentío que huía.

Nuestros pasos resonaban sobre el pavimento de piedra húmeda mientras seguíamos las curvas y los giros de las calles para cruzar de punta a punta la ciudad. Vimos a la bestia arrancar navíos de las nubes y arrojarlos al suelo sin miramientos. Samkiel controlaba el viento para redirigir los buques inutilizados y que no se estrellasen contra casas o edificios atiborrados de personas. Por el momento solo Dianna los desgarraba y destrozaba, pero, si Kaden e Isaiah se unían a ella en la batalla, de la armada de Nismera no quedarían sino metales retorcidos y plumas dispersas.

Eso sería una exhibición de auténtico poder en bruto. Algo que Nismera temía en lo más profundo de su marchito corazón. Si los

hijos de Unir se unían de verdad, nada podría interponerse en su camino, ninguna maniobra militar, ninguna rebelión. ¿Era ese el futuro que habían visto los hados?

¿Tal vez Nismera los castigaba, los mantenía cautivos y los torturaba hasta que le dijesen cómo cambiarlo?

Pese a los vientos que controlaba Samkiel, una nave se abalanzó a toda velocidad hacia nosotros. Se me quedó la mente en blanco y el grito se me atascó en la garganta. A pesar de que me atenazaba el pánico y de que estaba a varios kilómetros de ella, vi que la cabeza cornuda de Dianna se giraba hacia el suelo con brusquedad. Replegó las alas contra el cuerpo y se lanzó en picado, olvidados ya los objetivos que perseguía en el aire. Algo le había pasado a Samkiel.

Los ojos de Vincent se dilataron y relucieron al ver la nave que se

precipitaba hacia nosotros. La gente gritaba y se aferraba a sus seres queridos, nos empujaban para huir y ponerse a salvo. No les iba a dar tiempo. Era tan enorme que nos aplastaría a todos. Vincent me cogió del brazo. Comprendí que quería apartarme de allí, pero los dos sabíamos que no había escapatoria. Planté los pies en el suelo y me sacudí la mano que me sujetaba. La sorpresa de mi rechazo hizo que me soltara al instante.

Levanté las manos con un gesto veloz, y los sonidos se desvanecieron; algo antiguo y poderoso me ardía en la sangre. Mi magia se activó y me inundó como una ola gigantesca, se me derramó desde las palmas de las manos y tomó forma para materializar un brillante escudo verde frente a nosotros.

El medallón que llevaba en el bolsillo zumbó y se calentó; vibraba como si mi magia lo hubiese despertado. Apreté los dientes y traté de no hacerle caso, concentrada tan solo en la nave que caía. Si fracasaba, moriríamos todos, por mucha magia que tuviésemos. El enorme buque golpeó el escudo y se detuvo en seco. La inercia del choque se transmitió hacia abajo y se me deslizaron los pies sobre el

pavimento. El cuerpo poderoso de Vincent se estrelló contra el mío; me recosté contra él mientras me sujetaba con fuerza por las caderas. Agradecida por la ayuda, me apoyé en él con un gruñido. Nunca había sentido una presión tan intensa. Se asentó contra mi cuerpo e hizo que me picase la piel y me hirviese la sangre. A nuestro alrededor, los padres estrechaban a sus hijos y todos los allí presentes se apiñaban en grupos y se lamentaban como si ya hubiesen aceptado su destino.

Yo no lo había aceptado.

Con un gruñido, sostuve aquella forma gigantesca sobre nosotros.

Tapaba toda la luz; estaba tan cerca que se había convertido en todo mi mundo. La realidad se redujo a la presión, el dolor, el flujo de la magia y la reconfortante pared de calor en la que apoyaba la espalda. Grité y doblé los codos y luego empujé con todas mis fuerzas contra el escudo. Pero mi magia no arrojó el buque a un lado, como pretendía. En vez de alejarlo de

nosotros, lo hizo arder. Flotaba sobre nosotros, a punto de acabar con todo, y un instante después el metal se había convertido en ceniza y la superficie del navío se había fragmentado en una nube de esponjosos copos negros que descendían flotando.

El cese inmediato de la presión fue casi tan doloroso como había sido resistirla. Me flaquearon las rodillas, pero Vincent me sostuvo y no me dejó caer. Parpadeé y tragué aire con grandes bocanadas; me sentía como si me hubiesen vuelto el cuerpo del revés. Poco a poco reparé en que los gritos habían cesado y todo el mundo me miraba con algo muy parecido a la veneración.

Vincent me giró entre los brazos; sus ojos saltaron de mí al cielo una y otra vez.

—¿Qué…? ¿Cómo? —preguntó, asombrado y algo asustado.

La verdad, no tenía ni idea. Solo tenía la certeza de que estaba agotada, me dolía la cabeza y me goteaba la nariz. Las piernas enviaban mensajes muy claros de que no estaban dispuestas a aguantar mucho más tiempo, así que, agradecida, apoyé más peso sobre Vincent. Desde el refugio de sus brazos vi que la multitud se acercaba entre susurros.

—Bruja.

Todo el mundo se quedó quieto. Muy despacio, Vincent y yo nos volvimos, y al ver a los soldados alados se me escapó un gemido. Hombres y mujeres que formaban una fila y bloqueaban la calle. Comprendí que habían visto la nave flotando en el aire y habían sabido de quién se trataba.

El brillo de la magia me delataba.

La ceniza seguía cayendo como copos de nieve negros que nos iban cubriendo a todos. El soldado adrueth más alto se adelantó un paso y los demás formaron tras él. El peto que llevaba no era como los otros. En el metal había grabado un enorme pájaro con las alas extendidas que le llegaban hasta los hombros. Era una clara insignia de rango. Supuse que lo identificaba como un comandante o un general. Bajo el borde del yelmo se

escapaba una barba morena, y en la mano derecha hacía girar una maza con pinchos.

—Entregadnos el medallón y acompañadnos sin oponer resistencia.

Tenía razón. Estaban allí por nosotros.

—¿O de lo contrario…? —preguntó Vincent. Se aseguró de que yo me sostuviera de pie antes de avanzar para ponerse delante de mí. Al pasar a mi lado capté el resplandor del arma ardiente que había invocado bajo el manto andrajoso.

—O, de lo contrario, cogeremos el medallón y os obligaremos a acompañarnos por las malas —explicó el adrueth barbudo.

—Voy a distraerlos —dijo Vincent con el volumen justo para que lo oyese yo y nadie más—. Tienes que largarte de aquí con el medallón tan rápido como puedas.

Di un paso al frente y me tambaleé, pero recuperé el equilibrio y me puso a su lado. La magia de profundo color esmeralda me rodeó las manos.

Dolía, pero me daba igual.

—Ni de coña.

Se enderezó. Quería discutirlo, pero no delante de nuestros enemigos.

—Inconscientes, entonces —dijo el adrueth con una sonrisa satisfecha.

Dio un paso al frente y luego se paró y tosió. Los soldados que iban detrás se detuvieron al ver que tosía cada vez más. Se miró el pecho y luego me miró con ojos desorbitados. Se llevó la mano al peto y desplegó las alas.

Levanté la mano y, despacio, la cerré en un puño. Con un sonido húmedo y repugnante tosió una bocanada de sangre y se derrumbó, muerto.

—Coged a la bruja —ordenó otro soldado enorme. Levanté las manos en dirección a él y todos cargaron. Se desató el caos. Vincent seguía delante de mí y la hoja ardiente arrancaba chispas de las armaduras. Por cada cuello que retorcía yo o cada corazón que reventaba, parecía que otros dos ocupaban su lugar. O bien alguien había enviado una señal de socorro, o bien mi exhibición de poder los había alertado. En cualquier caso, nos

superaban en número.

Estaban entrenados para atacar en formación. Yo nunca había usado la magia en combate; nunca me había hecho falta. En Onuna, tras la caída, no tuvimos que enfrentarnos a ninguna guerra. Había sido un error colosal creer que no necesitaba saber cómo defenderme a mí misma sin magia.

Había renunciado a ese conocimiento porque creía que estaba a salvo y que algo como eso no me iba a ocurrir jamás. Y ahora tal vez me saliese muy caro.

Las espadas y los martillos se abatían sobre nosotros desde todas direcciones. Me agaché y esquivé, y usé en mi defensa toda la magia que fui capaz de reunir. Aplastar un navío y detener un corazón me hacían parecer poderosa, pero la magia, como todas las cosas, tenía su límite, y yo había sobrepasado el mío con creces.

Los aceros surcaban el aire y su canción se mezclaba con los gemidos de esfuerzo y los gritos de dolor. Por el rabillo del ojo veía a Vincent desarmar a enemigos y aniquilar a cualquiera que se pusiera a tiro. Era un guerrero experto y bien entrenado, tanto por el tiempo pasado con Samkiel como por ser el lugarteniente de Nismera.

Esquivé otro barrido de las alas poderosas de mi atacante. Tres soldados me rodeaban y me obligaban a retroceder hacia un callejón. Le disparé otra ráfaga de magia al que iba a la cabeza. Se retorció con un gruñido y esquivó el orbe de energía; luego usó las alas para equilibrarse. Por sus sonrisas sardónicas comprendí que sabían que se me estaba acabando la magia. El soldado más esbelto cargó el primero, con un grito de guerra que resonó en las paredes de piedra del callejón. Le lancé un orbe esmeralda a la cara. La carga se interrumpió y, un momento después, se había desplomado. ¡Ja!

Estaba cansada, pero aún era letal.

Pero eso no detuvo a los otros dos, que me habían arrinconado. Las bajas no parecían preocuparles en absoluto. Un arma trató de alcanzarme las manos; me giré a la derecha y recibí un doloroso corte en el hombro.

Con un quejido, me arrodillé y me volví para aprovechar el ángulo y colarle un disparo de magia por debajo de las defensas. El arma se llevó la peor parte; refulgió unos instantes y luego se partió en dos pedazos. Su compañero se lanzó a por mí; quizá pensó que al estar de rodillas era presa fácil. Fue una estupidez por su parte, y comprendió el error que había cometido al ver que la mano que escondía en la espalda brillaba con una brillante luz verde y lo apuntaba a él. Se derrumbó con un agujero humeante en el pecho, y el grito de sorpresa que se le había escapado de los labios se apagó.

Fue una victoria efímera. Un soldado se plantó delante de mí, con la espada rota alzada para golpear. Levanté las manos, pero lo había previsto y me esquivó. Giró sobre sí mismo y las alas barrieron el aire en dirección a mí. Me encogí y los bordes arañaron la pared que tenía detrás y dejaron marcas profundas.

Joder, qué afiladas estaban.

Me di la vuelta, creyendo que la espada rota me iba a golpear la cara, pero el soldado se había detenido, con los ojos muy abiertos y la mirada fija en mí. Como a cámara lenta, cayó hacia delante, y vi que tenía una espada clavada en la parte de atrás del yelmo. Tras él estaba Vincent, que me miraba enojado y respiraba con dificultad.

—¿Estás bien? —Me miró de arriba abajo en busca de heridas.

Asentí y me levanté. Mi cuerpo se debatía aún en esa delgada línea que separa el agotamiento de la supervivencia.

—Sí, creo que sí. Pero tú no tienes muy buena pinta. ¿Va todo bien?

Por su aspecto, se diría que había peleado con alguien en el suelo.

Estaba cubierto de polvo y de magulladuras, y le sangraban el labio partido y un corte en la mejilla. Tenía los nudillos en carne viva y las ropas hechas jirones, pero aún llevaba el manto harapiento.

—Sobreviviré. —Me cogió de la mano y me arrastró callejuela abajo.

Unos estampidos sordos sacudieron la ciudad y las ventanas se

estremecieron en los marcos; era señal de que más navíos habían entrado en la atmósfera. Seguimos avanzando mientras nos aseguramos de permanecer cerca de las paredes, sin dejar de vigilar el cielo. Aunque Dianna y Samkiel peleaban con ellos, venían más y más, y yo sabía por qué.

—Todo esto se debe a que quiere recuperar el medallón —dije, y me aparté el pelo de la cara con gesto de cansancio.

—No solo eso. También me quiere a mí. —Vincent se pasó la mano por la frente—. Nismera nunca perdona y, desde luego, jamás olvida.

Me pregunté por un instante qué nos esperaría si lograban capturarnos; luego recordé la mazmorra bajo el palacio de Nismera, los olores y los gritos, y supe que lo que nos haría a nosotros sería diez veces peor.

—Tenemos que salir de las calles —dije mientras dejábamos atrás varias puertas que daban al callejón.

—Ya lo había pen…

La cabeza me estalló de dolor y se me revolvió el estómago. Un sonido penetrante me hizo tambalearme. Solté la mano de Vincent y me tapé los oídos, pero la reverberación me seguía llegando a los tímpanos, y las palmas de las manos se me cubrieron de humedad. Se me nubló la visión.

Caímos de rodillas, pero la energía ultrasónica seguía rugiendo y golpeándonos. Grité, aunque no me oía a mí misma, y me hice un

ovillo, con los codos en el suelo de piedra. Mi magia no reaccionó de ninguna manera; el ruido la sofocaba. Vincent trató de arrastrarse hasta mí. Movía los labios, como si me gritase algo. Me costaba distinguir su figura, que iba y venía, pero vi que sangraba por los ojos, la nariz y los oídos.

Del cielo cayeron soldados con las alas extendidas y las cabezas cubiertas por completo. Avanzaron hacia nosotros sin ninguna precaución, y dos de ellos levantaron a Vincent. El arma sónica no parecía afectarlos. Una bota se me posó en la nuca y me aplastó la cara contra el suelo de piedra mientras otro adrueth me ataba las muñecas con una cuerda delgada. Se levantó y tiró de mí con fuerza para hacerme estirar los brazos hacia

delante; estuvo a punto de dislocarme los hombros. Vi el reflejo de la luz en la espada que caía, pero aquel sonido inaguantable me había sobrecargado el sistema nervioso y me había incapacitado tanto que casi no sentí que me cortaban las manos.

Terminó tan de prisa como empezó y, cuando la mujer adrueth de las trenzas púrpura bajó un dispositivo de mano hecho de metal plateado, comprendí que lo controlaba desde la nave que flotaba sobre nosotros. El grito de horror de Vincent sustituyó al zumbido de los oídos, y se me encogió el corazón mientras el dolor me explotaba en los brazos. La visión volvió a la normalidad, ya no era borrosa y fragmentada. Me miré los muñones y contuve un gruñido de desesperación. Me brotaba sangre de las muñecas con cada latido; invoqué mi magia para ralentizar la pérdida de sangre y no morirme desangrada allí, arrodillada en el callejón.

—Llevamos un tiempo dándoos caza a vosotros dos —dijo la mujer—.

Supongo que los traidores no pueden escapar para siempre.

Vincent le escupió a los pies y ella, con una sonrisa, le dio una patada en las tripas. Vincent gimió y se encorvó. Los soldados le tiraron de los brazos para obligarlo a volver a su sitio. Enseñó los dientes

ensangrentados mientras se esforzaba por respirar. Un adrueth alto se puso detrás de Vincent con la mirada clavada en mí. Tenía la cabeza parcialmente afeitada, pero el cabello negro contrastaba por completo con las alas. Sonrió y rozó el cuello de Vincent con un cuchillo. La sangre del color del mar se derramó sobre el acero. Comprendí que con una ligera presión le rasgaría la yugular, y con fuerza suficiente incluso podría cortarle la cabeza.

Ambos estábamos cansados y maltrechos, pero el dolor de ver que le corría la sangre por el pecho, y saber que podía perderlo allí mismo, alimentó mi cólera. La magia se activó, me calentó la sangre y cubrió los muñones de las muñecas. Los ojos de Vincent reflejaron sorpresa.

—¿Dónde está el medallón? —preguntó la mujer del pelo púrpura, con las manos juntas delante de ella.

Vincent gruñó y otra oleada de sangre se deslizó sobre la hoja del cuchillo.

—¿Esperas que te lo dé y ya está? —pregunté con una sonrisa, al tiempo que levantaba los muñones temblorosos con los que antes conectaban mis manos—. Si te lo doy, nos matarás a los dos. Así pues, ¿qué te parece si hacemos un trato? Su vida a cambio del medallón —miré un instante a Vincent, y de nuevo a ella—, y de mí.

Los soldados estallaron en carcajadas, pero mis labios ni se movieron.

La diversión se tornó incredulidad al comprender que lo decía muy en serio.

—De un modo u otro, los dos estáis muertos. Lo único que necesitamos es el medallón —dijo.

La cabeza me dio vueltas. Me imaginaba algo así, pero que Nismera ni siquiera nos considerase merecedores de un castigo significaba…

—¿Por qué? Solo es un trozo de metal.

Oí risitas entre los soldados. La mujer adrueth se me acercó y desenvainó una espada ancha de la funda que llevaba colgada a la espalda.

Me pregunté cuánta práctica sería necesaria para hacer eso sin cortarse las alas. Me puso la punta en el cuello y con la parte plana de la hoja me ladeó la cabeza y me obligó a sentarme sobre los talones.

—Apártate de ella, joder —gruñó Vincent, lo que hizo que el gilipollas que tenía detrás le apretase un poco más el cuchillo contra el cuello.

La mujer me sostuvo la mirada sin apartar la punta de la espada que me pinchaba el cuello.

—Ese «trozo de metal» no solo cambiará mundos, sino que también los abrirá.

Tragué saliva.

—¿Qué he ayudado a construir? —pregunté.

—El fin del mundo —me contestó con una luminosa sonrisa.

Suspiré con fuerza.

—Pues vaya putada, porque mira que suelo evitarlo.

Noté que el poder se me acumulaba detrás de los ojos y, por el modo en que se le desvaneció la sonrisa, me imaginé que brillaban con un fulgor verde. La magia me supuró de las muñecas y, tan rápido como las habían cortado, las manos volvieron a crecer. Cerré los puños y acumulé la magia en relucientes bolas esmeralda.

Con una violenta sacudida de las manos, se las lancé. Le dieron en la cara con un ruido enfermizo. La cabeza estalló dentro del estúpido

yelmo, y los despojos nos salpicaron a mí y a todos los que tenía detrás. Cayó de rodillas antes de que nadie pudiese comprender lo que había pasado. Los soldados que había a mis espaldas retrocedieron para apartarse, pero ya era demasiado tarde. Si pensaban que con cortarme las manos me neutralizaban, eran muy idiotas.

Me giré sobre una rodilla con las dos manos extendidas. La magia rezumaba de las palmas. Tal vez no me hubiese entrenado para el combate, pero Vincent me había ayudado siempre que había podido y me había enseñado cómo usar la magia para la defensa. Era consciente de que algún día darían con nosotros. Y ese día había llegado.

Toda la bravuconería se me pasó nada más volverme. Vincent tenía el pecho atravesado por una espada y un cuchillo clavado en el cuello. La sangre le manchaba los labios.

—Un movimiento más —dijo el soldado alto y oscuro— y le perforo el corazón con la espada y le corto la cabeza con el cuchillo.

Tragué saliva. Ni siquiera yo era lo bastante rápida. Reabsorbí la magia y levanté las manos con cuidado.

—La oferta de antes sigue en pie. Te daré el medallón si lo dejas ir.

Vincent me clavó la mirada con expresión de rechazo. Si estuviese en condiciones de oponerse, lo haría, y con vehemencia. Jamás aceptaría que lo escogiese a él antes que salvar el mundo, pero ¿acaso estaba ciego? ¿No se daba cuenta de que él era ya todo mi mundo?

—De acuerdo —dijo el soldado oscuro con un breve asentimiento.

Bajé una mano poco a poco.

—Tengo que sacarlo, pero prometo que no haré trucos.

—¿Y cómo sabemos que no mientes?

—Porque tienes un cuchillo en el cuello de lo único sin lo cual no puedo vivir.

Se hizo el silencio. Nadie se movió. Después de una confesión como esa, no me atreví a mirar a Vincent a los ojos. Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Sabía que, si me pillaban, lo primero que harían sería mirarme los bolsillos. Saqué el medallón. La magia se arremolinaba en su centro y las runas en relieve que adornaban los bordes relucían con suavidad. Los ojos de los soldados lo seguían como si fuese un trozo de carne y ellos, unos perros famélicos.

Levanté la mano y arrojé aquella maldita cosa por encima de sus cabezas. Y, al igual que las bestias con las que los había comparado, se tiraron a por ella. Vincent cayó de rodillas y yo me arrastré hasta él, sin hacer caso de la búsqueda frenética del medallón. Nada más recogerlo, se marcharon sin mirar atrás y volvieron a las naves, que se aprestaban a partir.

Si creían que le iba a dar más importancia a aquel chisme que al hombre que tenía ante mí, eran idiotas. Lo envolví con la magia y lo acuné.

Vincent se llevó las manos al cuello y la sangre le corrió entre los dedos.

Puse la mano sobre la suya con toda delicadeza y cerré los ojos. El líquido caliente y pegajoso me manchó los dedos. Conocía un hechizo de curación; lo recité a tal velocidad que solo me cupo esperar que no hubiese invocado por accidente a alguna bestia del éter. Las palabras tenían poder, e incluso un pequeño desliz podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Hice acopio de magia y, con el corazón a cien, la derramé más y más sobre él. Hasta que me devolvió el apretón de mano y se agitó entre mis brazos no me di cuenta de que había funcionado. Abrí los ojos e

inspeccioné las heridas de Vincent para asegurarme. El cuello estaba curado, y la única señal que quedaba de la herida era la sangre seca.

—Cami.

—Lo sé, lo sé. —Sacudí la cabeza. Era de esperar que lo primero que saliera de su boca fuesen reproches.

Los buques se alzaron en el aire y viraron; huían, al parecer.

Contemplamos su marcha, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Los dos sabíamos que al escoger a Vincent antes que el medallón nos había condenado a todos.

Tardé unos instantes en reparar en la sombra que se movía y la oscuridad que se deslizaba y brotaba de todas las esquinas. Sujeté con más fuerza a Vincent y él trató de moverse y de protegerme con el cuerpo al ver que una figura esbelta salía de las sombras y caminaba hacia nosotros. La sombra de la capucha le ocultaba las facciones y el color negro de las prendas de cuero ajustadas parecía una extensión de las sombras de las que había emergido. Las armas que llevaba en varias fundas a lo largo de los brazos, las piernas y el torso relucían, sin una gota de sangre. Estaba claro que había llegado con la batalla concluida.

Se arrodilló frente a nosotros y la magia se activó para defenderme. La mujer levantó una sola mano. Miré a un lado y a otro del callejón y vi que la oscuridad se agitaba y se retorcía, no porque me temiese, sino como un aviso a otros para que se retirasen. Me pregunté cuántas espadas se alzaban en la oscuridad.

—No soy enemiga tuya, Camilla. —Pronunció mi nombre con una voz suave y melodiosa, como una brisa que acariciase los pétalos de una flor, pero yo reconocía el poder cuando lo tenía delante. Había convivido con él toda mi vida.

—Entonces, ¿quién eres? —pregunté.

En vez de responder, señaló con un gesto de la barbilla mi piel expuesta y a Vincent, que yacía entre mis brazos. Ambos estábamos cubiertos de sangre, que se había secado en grandes cantidades alrededor de nuestros ojos, orejas y bocas.

—Ese impacto sónico que ha usado con vosotros no es nada bueno.

Tenéis suerte de que no se os haya derretido el cerebro, pero vais a necesitar a una sanadora de Ciudad de Jade que trate esas heridas, aunque solo sea por precaución.

Se me escapó una carcajada breve y fría.

—Ciudad de Jade fue destruida.

La mujer miró de soslayo al hombre alto y delgado que salió de las sombras detrás de ella. Dioses, llevaba sujetas al cuerpo aún más armas que ella. Las empuñaduras de dos espadas gemelas le formaban una X sobre los hombros y en el cinturón llevaba lo que parecían bombas de humo diminutas. ¿Quiénes eran? Cuando se volvió a mirarme otra vez se me revolvieron las tripas.

—Sí, está en el fondo del océano. Una ig'morruthen la redujo a piedras y cascotes.

—Lo sé, y por poco no os cruzáis con la responsable.

—Soy consciente de ello. —Curvó los labios en algo que no llegó a ser una sonrisa—. Y tú me vas a ayudar a reunirme con ella.

Fruncí el ceño, algo confusa.

—¿Y por qué voy a hacerlo?

Vincent trató de incorporarse, sin éxito. Las heridas que yo no le había curado eran leves, pero también muy dolorosas, y seguía

perdiendo sangre.

—Veamos. Debe de haber otro modo —respondió la mujer con cierta precipitación. Se cruzó de brazos—. Si me ayudas, os llevaré a Sumaril.

Eso me interesó, y ella se dio cuenta.

—¿Tan desesperada estás por encontrarte con Dianna? —pregunté.

La respuesta fue una sonrisa letal y depredadora.

—No tienes ni idea de lo que se ha puesto en marcha. Ni siquiera comprendes lo que has sacrificado. Quiero estar en el bando ganador y, para eso, ella es la clave.

Me reí, con un sonido áspero y enfermizo. Agité la mano para señalar

los escombros y el caos.

—Por muy fuerte que sea, echa un vistazo a tu alrededor. Me temo que no ha salido victoriosa.

La bella mujer misteriosa se inclinó sobre mí y me miró a los ojos como si buscase algo. Vincent hizo un ruido ronco; no le gustaba que se me acercase tanto.

—¿No lo sientes? ¿No te canta tu magia? Esa sensación de lo que está por venir, lo que ella traerá consigo. No es a Nismera a quien debes temer.

Se perfila un reajuste de poderes en el horizonte. Se están trazando las líneas que dividen a ambos bandos y todo el mundo se apresura a escoger uno. Dianna controla ahora mismo a tres de los seres más poderosos de esos dominios. Quiero estar en su bando.

Iba a responderle, pero se levantó con un movimiento grácil. Frunció los labios y emitió un silbido áspero. Las sombras oscuras se

retiraron, y solo permaneció la que estaba frente a ellos dos. Esbozó una tensa sonrisa, y ambos se dieron la vuelta para irse.

Cerré las manos sobre la camiseta destrozada de Vincent, tiesa debido a la sangre seca.

—Espera.

Se detuvo y volvió un poco la cabeza. El hombre que la acompañaba ya tenía un pie en el mundo de sombras de donde habían llegado.

—Te ayudaré, pero tú tienes que ayudarlo a él.

Me respondió con una sonrisa casi juguetona, como si quisiera transmitirme tranquilidad. Pero me era imposible sentirme tranquila, y más cuando las sombras volvieron a crecer, y de ellas brotó gente que se acercó a ayudarnos. Me sentí como si acabase de hipotecar mi vida a algún ser poderoso.



El gorjeo de los pájaros me estaba dando dolor de cabeza. Me llevé la mano a la nuca, sorprendido de no hallar heridas ni sangre. Paso de Oro. La mirada de pánico de Dianna cuando me cayó el chorro de luz desde lo alto en medio de la batalla y… Ya no recordaba nada

más. Joder. Me habían capturado. Abrí los ojos con esfuerzo y, al ver el techo de la hermosa habitación, gruñí. Me incorporé sobre los hombros y al mirarme vi que vestía un cómodo pijama blanco con ribetes dorados.

Salté de la cama y me dirigí hacia el gran ventanal. Al apartar las cortinas que cubrían las ventanas de dos metros y medio, la luz del sol se derramó por la habitación y casi me cegó, pero me protegí los ojos con la mano. Odiaba lo que veía. Grandes buques de guerra dorados flotaban en el aire, y las nubes se estrellaban contra ellos como un oleaje que a ratos oscurecía los gigantescos navíos. Cuando me di cuenta de dónde estaba me froté la cara. Joder, no me podía estar pasando. Dianna se iba a poner hecha una furia. Conocía aquel mundo, aquel dominio en el que me hallaba. Lo había visitado eones atrás. Era Trugarum, el hogar de Milani.

Eso solo me dejaba dos opciones. Podía o bien hablar con ella y convencerla de que me dejase ir antes de que apareciera mi esposa y

redujese el cielo a ascuas, o bien tratar de escapar por mí mismo. Los buques de guerra eran casi como un reto, a ver si me atrevía a intentarlo.

Joder. Necesitaba otro plan. Conocía a Milani. Sabía que, aunque era quizá un poquito demasiado posesiva, no era una líder guerrera. Quizá hubiese una forma de hablar con ella y de descubrir si estaría interesada en cambiar de bando. Sentí un atisbo de esperanza.

Haría todo lo que estuviese en mi mano por evitar la guerra. Mi padre me enseñó, hacía ya mucho tiempo, que algunas batallas se pueden ganar con palabras y con tratados, sin tener que desenfundar una espada.

La guerra no servía a nadie, excepto quizá a los gobernantes que se sentaban en sus tronos y sacaban provecho de ella mientras los soldados y los ciudadanos vertían su sangre. En mis largos años de vida había descubierto que era inútil. En la guerra no había

vencedores. Los que no morían salían de allí con tremendas cicatrices, un trauma que ni siquiera una generación conseguía borrar. La guerra era lo último que deseaba.

Oí un siseo en el aire, y la puerta de la sala se abrió. Me volví y me aparté de las ventanas para ver los soldados adrueth que entraban en la habitación, con las brillantes alas de oro blanco extendidas. Flanqueaban a Ennis.

—Parece que la bella durmiente ha despertado por fin —dijo Ennis, sonriente.

Intenté acercarme a él, pero un dolor agudo y cegador me explotó en el cuello, se me distribuyó por todo el cuerpo y me hizo caer de rodillas. Me estremecí y, cuando por fin cesó la agonía, tragué aire a bocanadas. Alcé una mano temblorosa y recorrí con el dedo el collar con puntas que me rodeaba el cuello.

—¿Qué es esto? —siseé.

—Una medida de precaución —respondió Ennis con un gesto distraído.

Pulsó de nuevo el botón y el dolor me recorrió el sistema nervioso. Me sacudí como si me hubiese electrocutado y lo miré con cara de pocos



amigos. Sonrió y levantó el pulgar del botón.

—Yo no he hecho nada —dije con los dientes apretados y preso de una ira incontrolable.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Oh, lo sé.

Maldito cabrón.

Me puse de pie como pude; aún me temblaban las piernas. Ennis sostenía el mando a distancia que controlaba el collar. Los guardias observaban, impasibles.

—¿Dónde está? —pregunté. Sabía que me llevaría a reunirme con la chalada de su hermana, y quería acabar con eso lo antes posible.

Mucho antes de que Dianna y yo estuviésemos juntos, había aceptado que ya nadie me excitaba. La tentación había comenzado en mi juventud y siguió siempre presente. Había complacido a los que se me echaban a los pies, a veces literalmente, fuesen hombres o mujeres, para intentar llenar un vacío que amenazaba con consumirme. A veces ayudó, pero el vacío creció y se hizo demasiado grande. Puede que la depresión empezase mucho antes de la caída de Rashearim, y que yo, con la corona en la cabeza y con el oro y las joyas y toda la parafernalia, no hubiese sido consciente de ello.

Tras la muerte de mi mundo y la pérdida de mi reino, me encerré en una prisión autoimpuesta. Supuse que mi falta de deseo era un síntoma de la depresión, pero luego la conocí a ella y volví a sentir, volví a desear, de un modo más feroz que nunca. Ella era mi corazón, mi amor, mi otra mitad. La mera idea de tocar a cualquier otra persona me provocaba un escalofrío de asco. Por tanto, la imagen de Milani, que exhibía lo que yo antaño habría considerado toda su belleza, con los pechos apuntando al cielo, no me

produjo el más mínimo efecto.

—¿Me has hecho venir para esto? —pregunté, esforzándome sin mucho éxito por disimular la repugnancia.

Extendió las alas y las agitó, lo que hizo que las plumas de punta dorada reluciesen y los pechos se alzasen más.

—Se te ve todavía más apuesto de lo que recordaba, y más aún vestido con los colores de mi casa —ronroneó—. Nunca pensé que te cortarías aquellos rizos tan seductores, pero no puedo decir que me desagrade. Eres un sueño.

Arrugué los labios y bajé la vista para mirarme a mí mismo.

—¿Hiciste que tus soldados me vistieran?

—No te preocupes. —Jugueteó con un mechón de pelo—. No te quité ojo de encima. Estuviste a salvo en todo momento.

Tardé una fracción de segundo en controlar el mal genio para no perder los estribos.

—Llamarlo «violación» es quedarse corto.

—No había nada que no hubiera visto y saboreado antes. —Sonrió—.

No pongas esa cara de pena. Te he echado de menos, y se me ha ocurrido que podríamos seguir por donde lo dejamos. —Trazó círculos perezosos con las uñas sobre las sábanas revueltas de la enorme cama. Parecía que se hubiese dado un revolcón placentero en ellas antes de mi llegada.

—Milani —dije con calma, consciente de que tenía un carácter muy voluble—. Lo nuestro se acabó hace eones. Te dejé. ¿Acaso no fui lo bastante claro?

—Típico de los amantes —ronroneó—. Se pelean y luego se reconcilian.

Suspiré hondo.

—Esperaba que pudiésemos hablar de un tratado de paz.

—Eso es muy aburrido —respondió con un mohín de disgusto—.

Dejémonos de charla —siguió. Bajó de la cama. Se echó el pelo por encima

de los hombros y agitó las alas como un pájaro exótico que tratase de atraer a una pareja. Se me acercó con un movimiento de caderas seductor. Pero no era Dianna, y nunca lo sería.

Se detuvo frente a mí y me pasó los dedos por los hombros. Apartó la mano al instante con un chillido y se apretó los dedos contra el pecho.

Entrecerró los ojos y miró con desagrado el collar que me rodeaba el cuello.

La minúscula cantidad de electricidad que había usado para darle una descarga ni siquiera lo había activado.

—¿Cómo es posible? —exigió saber.

—El collar amortigua mi poder, pero no lo controla. No puedes retenerme, Milani. —Apreté los dientes—. Dianna es la dueña de mi corazón y de mi polla. Tú no vas a tener ni una cosa ni la otra, y, si vuelves a tocarme, dejaré de pensar en tratados de paz. Ahora, vístete. Me insultas y te pones en ridículo.

Retorció el rostro en una mueca colérica y tensó tanto la mandíbula que temí que se rompiese un diente. Se envolvió con las alas para tapar su desnudez.

—Te has vuelto muy desagradable —dijo con tono despectivo.

—Muy poco, en comparación con mi esposa. Ella te arrancaría la carne calcinada de los huesos por una indiscreción así —solté, con un tono que no permitía dudar de que hablaba en serio. Me incliné hacia ella—. Y yo se lo permitiría de buena gana —le susurré.

Apretó los dientes y torció la boca, encolerizada, al oírme hablar de Dianna y de lo que significaba para mí; le palpitaba una vena en la

frente.

Milani no llevaba demasiado bien el rechazo, y odiaba no conseguir lo que quería. Lo había demostrado cuando se anunció por todos los dominios mi compromiso pactado con Imogen, y ella amenazó con declarar la guerra.

Por suerte, su padre y sus consejeros le hicieron ver que sería un error absurdo. En aquel momento no tenía poder. Pero ahora tenía demasiado. Lo que sucedió después fue culpa mía, por olvidarme de que era una niña

malcriada.

—¡Guardias! —gritó, y un segundo después las puertas se abrieron de par en par. Me sostuvo la mirada—. Creo que Samkiel está listo para volver a su alojamiento.

Dos lanzas de doble punta se cruzaron delante de mí formando una X, y enseguida me sacaron de allí a empujones y me llevaron a mi cuarto.

Me pasé el resto de la tarde buscando puntos débiles en mi habitación.

Era enorme y lujosa, pero no contenía nada útil. El mobiliario estaba sujeto a las paredes y las ventanas no se podían abrir. Podría usar el Olvido, pero con el collar no estaba seguro de poder controlarlo y no acabar con todos los que había allí. Cuando salió la luna y la noche cubrió el cielo, ya me había rendido. Me senté en el borde de la cama a suspirar y a mirar las estrellas. No tenía dudas de que Dianna me encontraría. Lo único que me preocupaba era cómo y cuándo llegaría. Era muy astuta e inteligente. Pero esperaba que no les prendiese fuego a las estrellas para anunciar su llegada, porque, por muy poderosa que fuese mi *akrai*, la información que yo le había dado a Milani hacía que su artillería fuese casi imparable.



Los días se sucedieron uno tras otro y, con ellos, los intentos de seducción de Milani. Aparecía por dondequiera que yo estuviese y se exhibía desnuda ante mí. En el comedor, los pasillos o, dioses, hasta en mi dormitorio. No había ningún lugar seguro. Si la rechazaba con demasiada crueldad y la hacía llorar, Ennis me venía a buscar y activaba el maldito collar que me rodeaba el cuello.

En varias ocasiones traté de hacerla hablar de sus armas y artilugios.

Sabía que estaban construyendo algo, porque los oía trabajar en ello, pero la única vez que lo mencioné ordenó que me escoltasen de inmediato a mi dormitorio. Mis esfuerzos por hacer las paces y convencerla de que rompiese su alianza con Nismera fracasaron. Yo era partidario de usar la diplomacia siempre que fuera posible, pero ella parecía disfrutar con la idea de ser un poder maléfico que controlaba los cielos. Como si no le interesase nada excepto desatar el fuego y la destrucción. Y, por desgracia, eso era justo lo que iba a recibir.

Un sirviente me puso delante una bandeja de comida y el estómago me rugió, pero suspiré y le indiqué con un gesto que se la llevase.

Sabía que Milani era muy capaz de envenenar los alimentos con tal de arrastrarme a la

cama. Tanto parloteo y tanta coquetería me sacaban de quicio. Estaba cansado y hambriento, y echaba tanto de menos a Dianna que me dolía. Me sentía cada vez más inquieto; peor aún, empezaba a perder la esperanza.

El estallido de un trueno sacudió la nave e hizo temblar el contenido de las copas. Milani y los guardias miraron por la ventana, pero apenas había unas cuantas nubes planas y desiguales, no las masas burbujeantes que señalaban una tormenta incipiente. Luego sentí algo, y me costó un gran esfuerzo esconder la oleada de alegría que me calentó la sangre.

Milani se encogió de hombros y siguió comiendo, sin parar ni un segundo de parlotear. Yo apenas le prestaba atención. Se me iba la mirada a la ventana, una y otra vez.

—¡Samkiel! —La voz de Milani sonó autoritaria, pero con cierto tono estridente.

Aparté la vista de la ventana y, muy despacio, la miré. Enarqué una ceja en un gesto interrogativo, pero mantuve la expresión insulsa y aburrida.

Al ver que no decía nada, resopló.

—¿Me estás escuchando? —preguntó con una sonrisa fingida y las manos sobre la mesa, con los puños apretados. No soportaba no ser el centro de atención.

—No —respondí, indiferente.

Enrojeció de ira.

—¡Préstame atención! —gritó, fuera de sí.

—¿A qué, en concreto? —pregunté. Bajo la mesa, no podía tener las piernas quietas. Me iban a estallar los nervios y me costaba un enorme esfuerzo no reaccionar. Me moría de ganas de ver a la persona que acababa de llegar.

Volvió la vista hacia su psicópata hermano. Ennis sonrió, luego levantó la mano y pulsó el botón del maldito dispositivo. Una violenta descarga de energía se me enroscó en los huesos. Gruñí y me incliné hacia delante.

Mantuvo el botón apretado hasta que empecé a sudar, y entonces Milani le

ordenó que parase.

—Y ahora, ¿te apetece escucharme? —preguntó. Al comer arañó el plato con el tenedor. Mantuve la cabeza agachada, pero levanté los ojos para mirarla mientras se metía un trozo de fruta entre los labios pintados de dorado y me sonreía.

Ennis se acomodó en la silla y me apuntó otra vez con el dispositivo.

Inspiré, tembloroso. Era consciente de que tenía que hacerle caso, pero me juré que, en cuanto tuviese oportunidad, le iba a meter a Ennis esa cosa por el culo tan adentro que iba a saborearla en la boca.

Hice a un lado el orgullo y me incorporé en la silla, con el cuerpo dolorido.

—Te escucho —resoplé.

—Así me gusta. —Le dio otro mordisco a la comida—. Creo que, si hablamos con Nismera, podríamos forjar una alianza.

Tenía que estar chiflada para creer que Nismera aceptaría jamás aliarse conmigo. La única «alianza» que le interesaba era ejecutarme en público para que todo el mundo lo viera. Nismera quería que

todos los dominios fuesen testigos de su poder para que a nadie se le ocurriera cuestionar de nuevo su derecho de nacimiento.

—Milani, dudo que Nismera esté muy interesada en aliarse conmigo y todo eso. Creo que me quiere ver muerto y nada más —dije.

—Estaba pensando en un matrimonio.

Hice una mueca de repugnancia. La primera vez que habló de matrimonio fue durante la semana que pasamos juntos cuando fui a negociar un tratado. Por aquel entonces yo era joven, atolondrado, y le habría dicho lo que hiciera falta para que se abriese de piernas. Tal vez mi idiotez de entonces acabase por condenarnos a todos.

—Dudo que funcione —comenté—, puesto que ya tengo pareja y estoy casado.

El tenedor se detuvo antes de llegar a la boca, y Ennis se removió en el

asiento. Me daba igual. Era una línea que no pensaba cruzar. Podía aceptar cualquier crítica sobre mi reino o sobre mí. Pero ¿Dianna? La menor falta de respeto conllevaría que alguien perdiese la cabeza, y me daba igual qué título tuviera o qué posición ocupase.

—¿Te refieres a Daphne?

Por la forma de mover el tenedor al decirlo, supe que sabía a la perfección cómo se llamaba.

—Dianna. —Pronuncié el nombre con toda claridad—. Y más vale que te aprendas el nombre, ya que será tu reina cuando yo reclame estos dominios y vuelvan a estar bajo la autoridad de su legítimo gobernante.

Pero, si eres incapaz de recordarlo, puedo enseñarte a deletrearlo.

Dejó el tenedor en el plato y se levantó. La cólera le deformó las facciones y las alas se desplegaron. Estrelló las manos en la mesa con tanta fuerza que la diadema de oro que llevaba se sacudió.

—La única reina que tenemos y necesitamos es Nismera, y cuando haya acabado con tu Dehlia volverás a rastras conmigo.

—Nunca me arrodillé por ti, Milani, y no voy a empezar ahora.

—¡Guardias! —gritó. Su voz no era ya más que un chillido estridente.

Dos guardias abrieron la puerta. Me levanté, contento, mientras se me acercaba un tercer guardia, que me cogió del codo y me sacó de la habitación. Ennis me vio marcharme con el dedo sobre el interruptor del maldito mando a distancia, como si lo pusiera cachondo o algo así. Sacudí la cabeza al salir, y el guardia me condujo de nuevo a mis habitaciones.

Cruzamos el amplio y extravagante vestíbulo sin decir palabra. Solo se oían los pasos sobre el suelo de mármol y el zumbido constante de los motores.

Cuando llegamos a mi estancia, el guardia, por primera vez, no me metió dentro de un empujón y me dejó solo.

Me siguió al interior y, en el instante en que la puerta se cerró, me volví. Le sujeté la cabeza y lo besé. Su figura se fundió y se encogió. La armadura que encajaba a la perfección en aquel enorme bruto ahora le venía

grande a una figura mucho más pequeña y esbelta. Me aparté lo justo para quitarle el yelmo y verle los ojos a Dianna. Arrojé a un lado aquella cosa ridícula y alada y le metí los dedos en el cabello y sujeté con fuerza los mechones morenos.

—Te sentí en cuanto llegaste. —Tiré de ella para darle otro beso, porque estar separado de ella, aunque solo fuese unos días, era una

eternidad para mi alma y mi corazón—. ¿Cómo te has colado aquí sin que te detecten?

Me recorrió con los ojos y se lamió el labio inferior.

—Es una historia larga de contar. Me costó un poco convencerlos, pero los demás también están aquí. Se han dispersado y esperan mi señal.

—Tienes un plan.

—Siempre.

Asentí y junté la frente con la suya. Dianna se apoyó en mí un instante, pero luego se apartó. Se dirigió a la cama y se arrancó las piezas de armadura que ahora le venían grandes hasta quedarse solo con el elegante bodi negro de manga larga que llevaba debajo.

La observé mientras comprobaba cada ventana y cada esquina para asegurarse de que no nos vigilaban.

—Ya lo había hecho yo —dije—. Parece que Milani se fía de mí, incluso después de tantos años. Ni siquiera hay micrófonos.

—¿«Milani»? —preguntó Dianna, que me lanzó una mirada de desagrado antes de regresar al centro de la habitación—. ¿Ahora os tuteáis?

¿Habéis reanudado vuestra amistad?

—No es eso.

—¿Seguro? Porque apestas a ella —dijo Dianna con una mirada sombría mientras se cruzaba de brazos.

Por su actitud comprendí que no prestaba atención mientras yo le decía a Milani lo que ella significaba para mí. Cuando Milani llamó a los guardias, debía de estar recién llegada.

Tiré de la camisa para olerme a mí mismo y fruncí los labios con desgrado.

—Puaj. Bueno, lleva tres días queriendo follarme.

Dianna se irguió y, sin pensárselo un instante, pasó a mi lado y se dirigió a la puerta.

—Pasamos directos al plan B. Voy a matarla.

La sujeté del brazo y la hice girarse hacia mí. Le acaricié la mejilla y le apreté la barbilla con el pulgar para que levantase la cabeza.

—Todavía no. Tenemos que averiguar lo que sabe…

—Ya, ya. Lo sé —dijo Dianna. Puso los ojos en blanco y proyectó el labio inferior hacia fuera en un mohín de enfado.

Sonreí con picardía ante tal exhibición de celos y le mordisqueé aquel labio tan adorable. Dianna resopló y me apoyó el puño en el estómago para separarme un poco.

—¿Sabes cuántos buques de guerra tiene? —preguntó—. Cuando he llegado, el cielo estaba abarrotado, y no creo que estén todos. Ni siquiera he podido contar las portillas que he visto al entrar.

—No del todo, no. —Levanté un hombro—. Tenía la esperanza de averiguarlo, discutir acuerdos y todo eso.

Enarcó las cejas.

—¿Acuerdos? Lo pregunto para saber cuántos me tengo que cargar cuando nos vayamos, ¿y tú quieres negociar?

—Sí —respondí—. No veo por qué no. Su armada es la fuerza más poderosa de los cielos. Si la tuviésemos de nuestro lado, eso no solo debilitaría a Nismera, sino que también nos daría una tremenda ventaja sobre ella.

Se puso todavía de peor humor. La pequeña chispa de jovialidad presente unos segundos antes murió con mis palabras.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —preguntó Dianna sin apenas contener el sarcasmo—. ¿Se lo vas a pedir con amabilidad? Me parece que solo

aceptaría semejante posibilidad con tu polla en la boca, y entonces yo os mataría a los dos, así que sería irrelevante.

Suspiré, y esa vez fui yo quien puso los ojos en blanco.

—No voy a meter la polla en ninguna boca excepto la tuya, así que déjalo.

Frunció el labio.

—Odio la idea de negociar con ella. Los gobernantes no han querido ayudarnos, y apuesto a que ella tampoco querrá. Al menos, no sin exigir un precio que no permitiré que pagues.

—Tenía la esperanza de utilizar nuestro pasado en común para hacerla entrar en razón. —Los ojos de Dianna relucieron con un color rojo brillante, y alcé las manos para aplacarla—. No me refiero al sexo.

Dianna se apartó de mí y se pasó la mano por las largas trenzas.

—¿No es mi deber buscar la paz antes de sumir los dominios en la guerra? —le pregunté a la figura que iba y venía por la habitación.

Dianna se volvió a mirarme, con los labios fruncidos. Levantó las manos y luego se las estampó en las caderas.

—Supongo.

—¿Supones? —pregunté—. Dianna, no quiero meter a estos dominios en una guerra. Esa es la última opción. Ya lo sabes. Sobre todo si hay

otra solución. Tengo que intentarlo.

Soltó un bufido.

—¿Otra solución? Así que tu plan es colaborar con la psicópata de tu ex, la misma que te ha secuestrado, ¿y crees que eso va a funcionar, cuando puedo literalmente oler en ti sus intenciones?

—Me dan igual sus intenciones. Hablamos de incontables vidas perdidas en un baño de sangre insensato. Es una guerra que, una vez que estalle, podría durar décadas. No se acabará con una o dos batallas. No es tan sencillo. Una vez que se desenvainen las espadas…

—Ya lo pillo, Samkiel —me cortó—. No tienes por qué contarme las

cosas como si fuese una puñetera cría.

Me la quedé mirando, asombrado. Estaba acostumbrado a los estallidos emocionales de Dianna, pero aquello era excesivo. Algo iba mal, algo que no me había dicho. Entrecerré los ojos y ladeé un poco la cabeza para mirarla. Traté de llegar a ella con la mente, pero me encontré una muralla impenetrable.

—¿Qué te pasa? —exigí saber.

—¿Aparte de lo obvio? —respondió, malhumorada.

Sabía que los celos de Dianna eran una llama inextinguible. Por mucho que supiese lo comprometido que estaba con ella, tenía dificultades con cualquier cosa que amenazase sus derechos sobre mí. No le había dado ninguna razón para dudar, para alimentar esa ira que sentía. Me adentré en su espacio personal y metí la mano en la cadera, bajo la ropa, y luego la deslicé más abajo, hasta tenerla cogida por el centro del culo. Las puntas de los dedos juguetearon con el calor de su entrepierna. La atraje hacia mí hasta que nuestros pechos se tocaron. Tenía el corazón desbocado, pero no era solo

lujuria o excitación. Conocía a mi Dianna y casi podía saborear la cólera que sentía.

—Sami —jadeó, y el sonido me incendió el cuerpo entero.

—¿Necesitas poseerme? —le susurré sobre los labios—. ¿Servirá para apagar tu ira?

Se le dilataron las aletas de la nariz y un ligero olor a humo nos envolvió cuando exhaló y me enseñó los dientes.

—Sí, pero no es eso lo que va mal. Al menos, no del todo.

Le sostuve la mirada y contemplé cómo su parte dañada y herida levantaba de nuevo la fea cabeza. Se alimentaba de su miedo de no ser suficiente, de ser remplazada. Bajó los ojos, pero la besé antes de que pudiese apartarse de mí. Todo lo que tenía en la mente, la diplomacia, estar en territorio enemigo, todo se apartó para dejar paso a la necesidad de cuidarla. Sin los anillos, Dianna no conocía mis pensamientos, mis

sentimientos y emociones, pero necesitaba saber que ella iba a ser siempre lo primero, y al infierno los reinos y la política.

—Te quiero. —Me aparté y nuestros labios se separaron unos centímetros—. Solo a ti. Hasta que no quede nada de mí. E, incluso entonces, mi alma seguirá reconociendo a la tuya.

Se relajó, con el cuerpo apoyado sobre el mío, y saboreé el alivio que sentía, como si aquello fuese lo que necesitaba oírme decir. Era algo muy sencillo, y para mí era un privilegio ofrecérselo.

—Lo sé —respondió, y se apartó de mí, pero sin retirar la mano abierta que me descansaba en el pecho.

—Cuéntame —pedí al tiempo que entrelazaba los dedos con los suyos.

Sacudió la cabeza.

—No es importante. Tenemos que…

—Dianna. —Había acero en mi voz. Tiré de ella para atraerla de nuevo hacia mí.

Se mordió el borde del labio, como si le resultase difícil encontrar las palabras adecuadas.

—Es que Kaden me saca de quicio. Siempre se le ha dado bien. Si te pasas mil años con alguien, acaba por conocer todos tus tics, todo lo que te hace temblar.

Entrecerré los ojos de forma casi imperceptible.

—No me refiero a eso —me aseguró al momento.

—Pero, en el fondo, sí. Aunque odie admitirlo en voz alta, él te tuvo antes que yo y, como tú misma has dicho, os pasasteis mil años juntos.

Negó con la cabeza.

—No importa. Nuestro único año juntos ha sido mejor que mil años con él.

—Y tenemos por delante toda la eternidad —dije con presunción mientras se me pasaba un poco el mal genio.

—Exacto. —Me sonrió—. Creo que estoy estresada por todo lo que ha

pasado, y sigue pasando, y además estaba preocupada por ti. Antes de venir aquí tuve una pelea con Kaden.

—¿Te ha hecho daño? —No pude evitar alzar la voz. La recorrí con la mirada en busca de cualquier marca en la piel.

—No en sentido físico. —Apretó los labios como si estuviese conteniendo un diluvio de emociones.

—¿Qué te dijo?

Me miró a los ojos y, al ver el brillo de las lágrimas, se me revolvieron las tripas. Allí mismo, en aquel momento, juré a todos los viejos dioses que, cuando deshiciéramos el vínculo mortal que los unía, lo iba a despellejar vivo.

—No me he olvidado de ella, ¿sabes? De Gabby. Su muerte es una herida que nunca se curará. Algunos días no duele, otros es una agonía. Y él sabe dónde pincharme para hacerme sangrar.

La rabia se me acumuló bajo la piel como una bestia viviente. Lo iba a matar poco a poco.

—¿Habló de Gabby?

—Sí —asintió—. Y de ti. De lo temeraria que soy cuando tiene que ver contigo, o con ella. Y, la verdad, no le falta razón al hablar de lo que siento por vosotros dos. Cuando te amenazan pierdo el control, igual que me pasaba con ella. No puedo cambiar mi forma de amar. Sé que lo hago todo mal y que soy una tonta. Pero…

—Mi hermosa, hermosísima *akrai*. —Le rocé la barbilla con los dedos para que levantase la cara—. No hay nada malo en ti ni en tu forma de amar. Es un regalo que yo atesoro más que un reino o una corona. Así que, si tú eres una tonta, yo también lo soy. No hay límites a lo que haría para protegeros, a ti y a tu corazón.

—Somos dos tontos, entonces. —Se le iluminó la cara con una sonrisa torcida y se le escapó una risita. Asintió y una lágrima le corrió cara abajo, y luego otra más. Le acaricié la mejilla y se las sequé.

—Lamento no haber estado allí.

La presa que había construido, el muro impenetrable de su mente se derrumbó. Se mordió el labio y contuvo un sollozo. Cayó sobre mí y me envolvió entre los brazos. Percibí las emociones que amenazaban con ahogarla. Kaden las había sacado a la luz con aquellas palabras que le había lanzado como puñales. ¿Cómo podía decir que ella le importaba y luego hacerle algo así? Él no se hacía a la idea de todo lo que había sufrido Dianna en los restos de Rashearim, pero yo jamás podría olvidar el horror ni el dolor que había soportado para superarlo y ser capaz de pensar en algo más allá de la tristeza. Habíamos trabajado codo con codo para sacarla de aquel pozo oscuro en el que había estado viviendo, pero no había desaparecido del todo. Se había reducido, pero acechaba para consumirla de nuevo.

Me apoyó la mejilla en el pecho y la sostuve con fuerza, la estreché contra mí, para que nuestra conexión nos uniese y nos sostuviese. Le besé la coronilla y le pasé una mano por la espalda para tranquilizarla. Se relajó encima de mí como si fuese justo lo que necesitaba. Los dioses sabían que yo lo necesitaba. Sentí que nuestros corazones se sincronizaban, y la sostuve contra mí como si ella fuera lo único que me anclaba a la vida.

—Te he echado de menos —murmuró sobre mi pecho.

—Y yo a ti.

—Procura que no te vuelvan a secuestrar —sollozó.

Se me escapó una risita. Le apoyé la barbilla sobre la cabeza y le peiné el pelo con los dedos.

—Haré lo que pueda.

La arrastré a la cama conmigo y la sostuve mientras me contaba su plan y lo que necesitaba de mí. Me resultaba casi imposible soltarla, pero sabía que cada uno tenía que jugar su papel si queríamos escapar de allí. Dediqué unos largos instantes a darle un beso de

buenas noches y luego dejé que se fuese de mi dormitorio. Y al día siguiente, mientras amanecía, tracé un plan

para matar a mis hermanos sin perder al amor de mi vida.



Dianna extendió el mapa que había robado y nos indicó a dónde ir.

—Si tu plan tiene éxito —interrumpió Kaden, aún disfrazado como uno de los guardias—, y no morimos todos, esa no es la mejor ruta para escapar.

Será la primera que cierren.

Dianna apretó la mandíbula. La tensión de días atrás aún rebullía bajo la superficie. Me preguntaba cuánto tardaría ella en arrancarle la cabeza si pudiese hacerlo sin dañarse a sí misma. De buen grado pagaría lo que fuera por verlo.

—Tiene razón —dijo Isaiah—. Tiene varios puertos por todo el planeta, cada uno de los cuales lleva a un dominio distinto. Yo escogería una ruta comercial. Nos llevará más tiempo volver, pero será el último lugar donde mire.

Se hizo el silencio mientras Dianna sopesaba las opciones. Vi que se preguntaba hasta qué punto podía fiarse de ellos. Lo entendía, y estaba de acuerdo con ella. La única razón para que hubiese siquiera una pizca de confianza era que todos sabíamos que querían vivir.

—De acuerdo —dijo. Cogió el mapa de la mesa y lo enrolló—.

Limitaos a seguir plan.



Suspiré hondo para liberar parte de la tensión que había acumulado. No estaban todos en el mismo bando. No eran más que tres poderosos depredadores enjaulados que se gruñían unos a otros y chasqueaban los dientes.

—Solo porque seas mi reina no significa que puedas darme órdenes a tu antojo —dije, y me crucé de brazos.

Dianna se sobresaltó, como si se hubiese olvidado de que yo estaba presente. Luego, con una mueca burlona, me dio un golpecito en la cabeza con el mapa enrollado.

—En realidad, es justo lo que significa. —Me pasó el mapa y se encaminó a la puerta—. Ahora me toca a mí. Sed buenos. —Miró a Kaden e Isaiah—. Todos. Por favor.

Asentimos y nos apartamos de la mesa.

—Nos vemos en el otro lado. Ten cuidado, excelencia —dije con un florido saludo.

No se volvió, pero me hizo una peineta mientras salía por la puerta.

Nunca creí que Kaden fuese capaz de impresionarme, pero, mientras vagábamos por el nivel inferior de aquella maldita nave nodriza, tuve que admitir que estaba impresionado. Los tres teníamos la apariencia de los tres tripulantes de bajo rango que nos habíamos comido. Llevábamos las alas muy replegadas contra el cuerpo y vestíamos monos oscuros, guantes y cascos. Los guardias de aquel nivel ni se molestaron en mirarnos; pero, incluso con los disfraces, me pregunté cómo no reconocían a Kaden e Isaiah. Que caminasen con paso firme mostraba que, incluso en aquellas formas menores, se tenían a sí mismos en gran estima. Contenían tal poder

que solo la estupidez justificaba que yo no hubiese sabido o sentido la relación con Samkiel. El poder omnímodo no era el único rasgo de Unir que les corría por la sangre.

—Esperamos y seguimos el plan de Dianna —dijo Kaden, y por una vez no sonó a sarcasmo absoluto. Isaiah, para variar, tampoco puso los ojos en blanco.

—No me lo trago.

—¿Qué es lo que no te tragas? —preguntó Kaden, con el rostro inmovilizado en lo que parecía una mueca permanente.

—Todo este cambio —dije, y me crucé de brazos—. ¿Qué crees? ¿Que te va a servir para abrirte paso de nuevo bajo sus pantalones?

Isaiah enarcó las cejas, pero no dijo nada. Kaden se volvió hacia mí con un movimiento que me recordó con quién estaba hablando.

—¿Es eso lo que piensas?

—Pienso que sigues enamorado de ella. —Chasqueé los dientes—. Lo que es muy raro, ya que no paras de sacar a colación el asesinato de su hermana.

—No se… —Se mordió la lengua al ver que pasaban unos trabajadores, y luego se me acercó más para que nadie nos oyese—. No se lo dije por crueldad.

Entrecerré los ojos.

—La verdad es que no creo que sepas actuar de otra forma.

—Oye —dijo Isaiah, y se me acercó—. Cuidado con lo que dices.

Le sostuve la mirada, para nada impresionado por enfrentarme a los dos a la vez.

—Y tú también.

Isaiah abrió la boca para contestar, pero levanté la mano y lo interrumpí. No me daban miedo. Si no le partía la puta cara a Kaden por hablarle a Dianna como lo había hecho era porque, con el vínculo que tenían, no sabía si también le haría daño a ella.

—He visto cómo miras a Imogen —seguí—. Lo mucho que te importa, y que quieres estar cerca de ella en aquella celda bajo el palacio —dije.

Isaiah cerró los dientes con tanta fuerza que debía de dolerle—. ¿De verdad crees que cuando recupere el control de su cuerpo te va a ver como algo más que el cruel general sangriento? Todos sabemos lo que has hecho para ganarte ese apodo.

Me taladró con la mirada. En el silencio que se hizo entre nosotros solo se oía el runrún de las diversas máquinas.

Reí entre dientes y me balanceé sobre los talones.

—Los dos actuáis como si el mundo os hubiese condenado a ser los mayores cabrones de todos los dominios. ¿Se os ha ocurrido pensar que quizá nadie quiere estar cerca de vosotros porque habéis dejado aparte a todo el mundo de la peor forma posible? No estáis solos

porque el mundo os odie… Espera, ahora que lo pienso, puede que sea por eso. Pero hay algo más. Nunca cambiáis. Para que seáis capaces de intentarlo siquiera os han tenido que imponer ese vínculo. Os compadezco. Odiaría morir tan solo como vosotros, sin que le importe a nadie de verdad porque no le habéis dado ninguna razón para que así sea. Menudo desperdicio —añadí, con los brazos cruzados—. Puede que sea un ig'morruthen como vosotros, pero jamás escogería ser un monstruo.

Aguardé, a la espera de comentarios burlones o de gruñidos, pero ninguno de los dos respondió. Disfrazados y todo, los dos reaccionaron como si mis palabras tuviesen sentido. Sabía que mi enfado era consecuencia del impulso de defender a Dianna y de la aversión que despertaban en mí. No creía que fuese a tener un verdadero efecto, pero se miraron entre sí y luego apartaron la vista, como si no fuese la primera vez que sentían el filo de esas palabras.

—Lo que yo creo —dijo por fin Kaden, con un gesto de asentimiento dirigido a Isaiah— es que tenemos que terminar lo que hemos venido a hacer.

Ninguno de los dos me dedicó ni una mirada más. Ojalá les doliesen mis palabras. A lo mejor se me había ido la mano con las bromas, pero lo veía todo; captaba indicios que los demás creían que no veía, y sabía que con aquellos dos no me equivocaba. Cada uno se fue en una dirección y yo me quedé en el centro de la sala. Me ajusté el frontal del mono y me dirigí a un grupo de trabajadores reunidos junto a unos contenedores. Uno por uno, cogieron lo que parecían pesadas planchas de metal y bajaron por una amplia escalera. Esperé que me llegase el turno y, tras cargar unas cuantas planchas, seguí al joven que me precedía con las alas muy pegadas a la espalda.

Al bajar las escaleras de hierro forjado hasta el nivel inferior vi saltar chispas. Los hombres se gritaban órdenes y les pasaban las planchas de metal a los trabajadores que las soldaban a lo largo de los costados del navío. Mantuve la cabeza gacha y repetí una y otra vez el trayecto escaleras arriba y escaleras abajo.

Me llevó un buen rato averiguar qué estaban reparando; no sabía qué había dañado la nave, pero lo queríamos de nuestro lado. Cuando por fin me pude acercar comprendí que no reparaban, sino que reforzaban. El buque no había entrado en combate… aún.

Fuera cual fuese el plan final de Nismera, todavía no lo había puesto en marcha, pero sospeché que pronto se haría realidad. Dioses, si daba rienda suelta a una monstruosidad como esta, daría igual a donde fuese. Vencería.

No era solo un inmenso buque de guerra; era también un transporte de tropas. Milani podría hacer desembarcar miles de soldados, que descenderían sobre un territorio y se harían con el control en minutos. Pero no sería una guerra; sería un exterminio.



Una luz cálida llenaba los pasillos decorados con elegancia. Pronto me había dado cuenta de que aquel no era el buque insignia de Milani, sino su casa. Ennis entró en el comedor pisándome los talones y cerró la puerta. El olor del desayuno hizo que me rugieran las tripas, pero no había ido allí por la comida. Milani me había hecho llegar la noticia de que por fin quería hablar de paz. Tenía la

esperanza de que no se tratase de otro truco para intentar llevarme a la cama.

Los guardias formaban a lo largo de las paredes, en silencio y con la mirada fija al frente, pero atentos. Si había algo que uno podía dar por cierto sobre Milani era que le encantaban los lujos. De los altavoces ocultos brotaba una música suave y las flores olorosas ocupaban el centro de la enorme mesa en un despliegue de color. La luz se derramaba en el interior de la sala y creaba una ilusión paradisiaca. Los pajarillos gorjeaban y volaban entre las recargadas lámparas florales y luego salían veloces por la ventana abierta.

Parecía un paraíso, pero yo sabía que ella era una serpiente. El padre de Milani le había enseñado que lo único que importaba era el poder, y sin duda ella había aprendido bien la lección. El lema familiar siempre había

sido «el poder ante todo». Era de alta cuna, la heredera de su dominio, y no iba a dejar que nadie lo olvidase. Una vez creí que podíamos tener algo en común, al ser ambos dos personas nacidas entre la realeza, con responsabilidades que no habíamos pedido, pero con una sola conversación comprendí que estaba muy equivocado.

Milani me dedicó una sonrisa. Ennis se sentó a su lado, como el perro fiel que era. Llevaba una camisa blanca que parecía una pintura que mostrase y realzase cada plano y cada músculo abultado. Los ribetes dorados hacían juego con el complejo tocado. Estaba tan harto del color que me planeé prohibirlo en los dominios.

—¡Kiely! —gritó Milani. Dioses del cielo y de la tierra, cómo odiaba ese apodo. Pero tenía que atenerme al plan. Me lo repetí a mí mismo una y otra vez como un mantra. Atente al puto plan.

Se levantó de la silla y corrió hacia mí con los brazos abiertos, como si yo fuese un amante largo tiempo ausente que regresa de la guerra, cuando, en realidad, nos habíamos visto el día anterior. El vestido blanco y demasiado ajustado se le subía por los muslos y la pequeña

cola rozaba el suelo a cada paso que daba. Me dio un abrazo y las grandes plumas que le decoraban el corpiño se me clavaron. Mantuve los brazos en los costados; me negaba a devolverle el abrazo.

Ennis pulsó el botón y activó el collar. Un chispazo de fuego ardiente me atravesó los nervios. Maldije entre dientes y lo miré con odio por encima de la cabeza de Milani. Con una sonrisa burlona, señaló a Milani, que esperaba. De mala gana la rodeé con un único brazo. No apreté, pero al parecer a ella le bastó. Retrocedió con una luminosa sonrisa y me invitó a sentarme. Nada más hacerlo, arrastró la silla para acercarla a la mía, y las patas chirriaron al deslizarse por el suelo.

—Buenos días —canturreó al tiempo que batía palmas—. ¿Has dormido bien?

Ojalá. Aunque había visto a Dianna, no podíamos arriesgarnos a

acostarnos juntos, por miedo de que pudiesen detectar su olor en mí. Así que podíamos besarnos, pero todo lo demás tendría que esperar a que terminase la maldita misión. En cuanto se marchó, me metí en la ducha y me alivié yo solo, y luego me froté el cuerpo entero para quitarme todo rastro de su olor.

—He dormido bien —dije. Me costó cierto esfuerzo esconder la irritación—. ¿Y tú?

Ladeó la cabeza, pensativa, y se levantó. Me puse tenso. No se me había escapado el repentino cambio de expresión.

—Hummm. Más o menos. No dejaba de pensar en lo que dijiste, lo de la paz, y la verdad es que querría algo así.

Fruncí el ceño. Qué inesperado. Pero no era idiota, y no me fie del cambio de actitud ni por un segundo. Milani era inteligente, pero no se le daban bien ni la manipulación ni la táctica, y desde luego la sutileza no era su fuerte. Lo suyo era la ciencia. Mezclaba

compuestos, creaba venenos mortíferos y también había inventado esas malditas armas sónicas que ponían de rodillas a dioses y bestias. Siempre había tenido ese talento. Solo había necesitado una mano amiga que la ayudase a comprender cómo se le podía sacar partido. Su padre le enseñó mecánica, y yo, en mi estupidez juvenil, le mostré cómo convertir la energía.

El intento repentino de convencerme de que había cambiado de parecer no encajaba con la Milani que yo conocía, y eso me ponía muy nervioso; sobre todo, tras negarme a acceder a sus demandas. Algo iba mal, pero aún no sabía de qué se trataba.

—Me alegro de oírlo —dije, inquieto—. ¿Por dónde empezamos?

Se puso la mano en el corazón, en un gesto de fingida inocencia.

—Siempre quise ser como mi padre, ¿sabes? Gobernaba toda nuestra ciudad antes de que el volcán se la tragase. Y ahora lo tengo todo, gracias a ti.

Parpadeé.

—Yo no te enseñé a construir armas.

Agitó el dedo hacia mí.

—No, pero me enseñaste a sobrevivir. Como Nismera. Se trata de ser el más grande, el más peligroso, porque, si no —juntó las manos en una palmada—, cualquiera puede retarte. Eso es lo que tú hiciste.

—No, no lo hice —respondí con el ceño fruncido.

—Oh, desde luego que sí. Tu nombre se canta en todos los dominios.

Tu poder es aterrador. Eres una auténtica leyenda. Yo también quiero serlo.

Antes de que pudiese reaccionar, se puso frente a mí. Abrió las piernas y se sentó a horcajadas. Me moría por darle una descarga, solo un poco de electricidad, lo justo para que se apartase. Lo único que me detenía era Ennis y el maldito collar. No me podía permitir que me incapacitasen, y tenía la sensación de que, cuantas más descargas me daban, más me costaba luego reactivar los poderes.

Como si me leyera la mente, Milani pasó el dedo bajo el collar.

—Es una neurotoxina —explicó—. Se te filtra en la sangre, aprende, y luego, ¡bum!, una vez que alcanza cierto nivel en el organismo, atenúa los poderes. Y está diseñada para activar los receptores de dolor de forma específica a cada individuo. ¿No es maravilloso?

Sonrió y me puso las manos en los hombros.

Lo cierto es que me impresionó, pero también me preocupó. ¿Cuántos habría fabricado? ¿Los tendría también Nismera?

—Siempre fuiste muy inteligente, Milani. Lo que no me esperaba es que eso te convirtiera en una psicópata.

Se inclinó como si me fuera a besar, y yo giré la cabeza tan deprisa que casi me rompí el cuello.

Los labios se posaron en la mejilla.

—¿Acaso no es eso lo que más te gusta de mí? —me susurró.

—No —dije con absoluta convicción. Se me revolvió el estómago—.

No hay nada de ti que me guste ni poco ni mucho.

Se echó atrás, pero todavía la tenía sentada en el regazo, y mucho más cerca de lo que me gustaría.

—Mentiroso. —Sonrió—. Recuerdo que te pasaste dos semanas sin salir de mi dormitorio.

—Solo fue una.

Levantó dos dedos.

—Dos.

—Vaya —respondí con los labios fruncidos—, pues no debió de ser gran cosa, dado que no me acuerdo.

Se le fue la sonrisa, y un dolor intenso me quemó la mejilla. No del collar, sino del bofetón. Me apretó la mandíbula y las uñas se me clavaron.

—Pero qué maleducado eres. A ver si podemos arreglarlo. —Asintió —.

Ennis.

Su hermano sonrió y apretó el botón, y mi cuerpo se sacudió y cayó hacia delante. Las manos de Milani me sostuvieron mientras yo sufría convulsiones; se portaba como si fuese mi salvadora, o como si me consolase del dolor que ella misma me infligía. Cuando por fin se detuvo el dolor, tardé unos instantes en recuperar el aliento. Tenía la piel empapada de sudor y los nervios aún sentían punzadas de dolor.

—Estas no son maneras de negociar la paz, Milani —dije con la respiración entrecortada.

La mano que me acariciaba el pelo de forma absurda se detuvo, y enseguida me agarró los mechones y tiró de ellos con fuerza para echarme atrás la cabeza. Me miró con odio. Toda la dulzura había desaparecido, y solo quedaba una rabia ciega.

—Sí que lo es.

Me pasó la mano libre por el abdomen.

—¿Qué te había dicho acerca de tocarme?

No me hizo el menor caso. Una sonrisa juguetona se le dibujó en los labios carnosos.

—Cuando te conocí te quise durante mucho tiempo, pero solo te tuve durante un periodo muy breve. Juntos, podríamos gobernar los cielos. Tus tormentas y mis navíos. Nada podría detenernos. Así debería ser, Kiely. Es el destino.

—Desde luego que no.

Se apoyó sobre mí.

—Sí que lo es. Yo lo veo, y tú también lo verás.

—¿Qué significa eso?

La única respuesta que recibí fue un dolor en la tripa, intenso y cegador.

Al bajar la vista me sorprendió ver el cuchillo que me había clavado en el vientre. La empuñadura brillaba con un fulgor suave, y entonces comprendí lo que sostenía, y de dónde lo había sacado.

—Nismera me hizo un regalo —explicó Milani. Retorció el cuchillo como si eso ayudara a la magia a infiltrase en la sangre, y quizá fuese cierto.

Un dolor fuerte y profundo se adueñó de mi cabeza, y se me nubló la vista.

Milani se inclinó hacia mí mientras el veneno seguía filtrándose—. Solo me amarás a mí, solo me querrás a mí. Para toda la eternidad. —Mis pensamientos eran cada vez más confusos, pero la oí susurrar aquel cántico.

Lo repitió una y otra vez con la esperanza de que pronunciar las palabras en el momento adecuado me atase a su voluntad.

Nismera no solo le había dado un regalo. Le había dado el cuchillo de los recuerdos que había fabricado Kaden para robarme a Dianna. Milani se echó atrás y con el mismo gesto me extrajo el cuchillo. La empuñadura ya no brillaba ni relucía; la magia que había contenido ahora estaba en mi interior. Ennis soltó una risita burlona mientras la habitación se oscurecía.

Lo último que vi fue la sonrisa cruel de Milani, y enseguida algo frío y maligno se deslizó sobre mí en busca de lo que yo más quería.

Los recuerdos de Dianna.



–¿Seguro que estás bien? —me preguntó Cameron mientras fingíamos hacer la ronda. Habíamos averiguado qué le tocaba hacer a cada uno en su turno y nos asegurábamos de cumplirlo.

Seguimos avanzando al unísono, y no me volví a mirarlo. Milani parecía más paranoica de lo habitual, y eso era mucho decir, con lo chalada que estaba la muy zorra.

—Por enésima vez, sí —dije—. Deja de preguntármelo. Pareces una niñera sobreprotectora.

No se rio ni hizo ningún comentario jocoso, y tampoco lo esperaba.

Desde que habían secuestrado a Samkiel me miraba como una madre preocupada, y tras la discusión con Kaden había decidido que era mi guardia personal. En ese mismo instante sentía que sus ojos me taladraban y buscaban grietas en mi armadura, y no precisamente en la que llevaba puesta.

—Lo sé. Con todo lo que está pasando, y lo que dijo Kaden, yo solo…

—¿Me adoras? —Le ofrecí una sonrisa fugaz mientras doblábamos una esquina. Sabía que sí, y me encantaba cómo se había desarrollado nuestra

relación. Pese a haberle rajado las tripas, nos habíamos hecho muy amigos

—. Lo sé, y yo también te adoro. Te prometo que estoy bien. Pero la principal prioridad es que el plan funcione. Y después necesitaré beber algo.

Disimuló la carcajada con una tos.

—Llévame contigo cuando lo hagas, por favor.

—Siempre.

Nos detuvimos frente a una gran escalera. Las luces superiores brillaban, cargadas de poder. Esperamos en silencio hasta que pasó el siguiente grupo de guardias, y luego me volví a mirarlo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Asintió.

—Hora de jugar, colega.

—Ten cuidado.

—¿Sabes? Si no fuese porque te morirías, me encantaría usar a Kaden e Isaiah como escudo —dijo Cameron con una sonrisa maliciosa.

Se me escapó una risita.

—Adiós, Cameron.

Se escabulló por el pasillo y de vuelta al casco, donde los demás seguían trabajando. Sabía que iba a funcionar. Solo hacía falta encontrar el momento adecuado. Si se me escapaba la oportunidad, estábamos todos jodidos. Subí las escaleras de nuevo y saludé con un ligero asentimiento a los soldados que me crucé, y cuyos nombres me había preocupado de aprender. Me alegraba de que nadie me hubiese hecho preguntas, pero, por todos los dioses, ¿cómo era posible que no se hubiese colado nadie antes?

La seguridad era una mierda. No habíamos encontrado ninguna cámara ni otras formas de vigilancia tecnológica. ¿Tan grande era el ego de su alteza zorrísima?

Necesitaba echarle el guante a una última cosa, y tenía muy claro dónde conseguirla. Doblé una esquina y, tras asegurarme de que nadie me seguía, cambié de forma. En mi lugar, un ratoncito echó a correr hacia la rejilla de

ventilación y se metió allí. Las patitas me impulsaron a toda velocidad de rejilla en rejilla. Me llegaban las voces de las salas y centros de comunicación que dejaba atrás. Seguí adelante hasta que no quedó nada que rompiese el silencio excepto el minúsculo golpeteo de mis patas. Al mirar por el hueco de ventilación vi la bodega de carga principal. La sala estaba vacía, a excepción del puñetero dispositivo gigantesco de metal reluciente situado en el centro. Parecía una mesa redonda, pero los botones demostraban que había localizado mi objetivo. Me colé por la hendidura y aterricé sobre los dos pies tras recuperar de nuevo mi forma habitual.

Miré a mi alrededor con precaución antes de acercarme al dispositivo circular. Estudié el panel para tratar de decidir qué botón pulsar. Empecé por los más gastados y corroídos por el sudor, y probé un código tras otro.

De pronto se oyó un pitido y se encendió una luz verde, y a continuación apareció una pantalla. Sonreí, contenta, e hice una pequeña danza de victoria. Luego pasé la mano por la pantalla.

Aparecieron primero las armas, y ahí estaban los malditos cañones con los que me había atacado. Desplacé la lista y vi la red con la que había tenido un encuentro íntimo. Aquella puta cosa quemaba a base de bien.

Pasaron unas cuantas imágenes más. Navíos enormes, de tamaño similar al del buque insignia, pero con perfiles distintos y erizados de armas que no había visto jamás. ¿Para qué demonios se estaba preparando? ¿Todo eso lo había hecho ella? Joder. Diría que Milani no era solo la comandante de la armada de Nismera, sino también su experta en armamento.

La puerta se abrió con un silbido. No tuve tiempo de esconderme ni de evitar que me vieran. Pulsé el botón con el triángulo rojo y la pantalla se apagó. Tenía el corazón desbocado, pero quien me miraba desde la puerta no era un guardia.

—Samkiel —dije en voz baja, aliviada. Corrí hacia él—. Me alegro de que estés aquí. Creo que he encontrado…

Me paré en seco. La mirada impasible que me seguía me provocó un



escalofrío y me dejó sin palabras. La había visto antes. Era la de la gente que se ha cansado de ti, que ha pasado a otra persona, a otra

cosa. Que te ha olvidado. Era esa mirada. Samkiel siempre me miraba como si yo fuese el centro de su mundo. Y ahora no era él.

—¿Qué te pasa? —quise saber, con la voz ronca de miedo.

Me miró sin decir nada. Estiró la mano y me agarró el cuello. Debería estar acostumbrada; de hecho, muchas veces se lo había pedido yo misma.

Pero en ese momento, mientras me asfixiaba, sentí miedo y dolor, y no por el agarre de sus dedos. Le di un codazo en el brazo y me soltó. Traté de esquivarlo y alejarme, pero me cogió de la camisa y me lanzó sobre la consola. Le di un fuerte golpe con la espalda, y se me escapó un siseo de dolor. Samkiel se detuvo un instante, pero, cuando nuestros ojos se encontraron, en los suyos solo vi una furia mortífera y asesina.

Mientras se acercaba me puse de pie y luego le di una buena patada en el pecho que lo envió volando al otro lado de la sala.

—Oye, si querías una pelea y luego un polvo para descargar la frustración, solo tenías que pedirlo —le dije. Se levantó con un movimiento fluido, con plata fundida en la mirada. Oh, dioses, la falta de calidez cuando me miraba era devastadora.

No respondió con una broma, solo se me acercó de nuevo.

—Yo que tú no me resistiría demasiado. —Me llegó una suave voz femenina desde la puerta—. Ya no es tu novio.

Me volví para corregir a Milani; darle la espalda a Samkiel no me preocupaba. Un momento después, él me demostró que había pecado de exceso de confianza, porque me cogió del pelo y me estampó la cabeza contra la consola. Caí inconsciente.

Me desperté oyendo risitas y, cuando abrí los ojos, deseé seguir inconsciente. Milani se sentaba en el regazo de Samkiel y le daba de

comer algún tipo de bayas. Él le rodeaba la cintura con las manos y ella reía mientras él le frotaba la nariz por el cuello y la mejilla, y sus hermosos y fuertes labios dejaban un rastro de besos por su piel.

—Oh, dioses —gemí—. Por favor, arrancadme los ojos con un tenedor.

Ambos pararon y se volvieron a mirarme. El cabeza de chorlito del hermano, Ennis, dio un paso al frente, encantado de satisfacer mi petición.

Menudo cabrón retorcido.

Milani levantó la mano y él retrocedió con una expresión confundida.

Me llevó un tiempo evaluar lo que me rodeaba. Estábamos en un enorme comedor. La pared de la derecha era una sucesión de ventanas abiertas, y varios arreglos florales añadían brillantes manchas de color a lo que ya era de por sí un exceso de decoración. Había mucho brillo, y tampoco ayudaba el que todo fuese blanco con putos toques de oro y crema por todas partes. Noté un peso en el cuello y sentí el pinchazo de unas pequeñas púas cada vez que intentaba moverme. Sospeché que se trataría de un collar como el que llevaba Samkiel. Intenté mover las extremidades, pero paré al sentir las ataduras suaves que me sujetaban las muñecas y los tobillos.

—¿Son de seda? —le pregunté a Milani, con el cuello doblado para mirarlas.

—Sí. ¿Te gustan? —Sonrió mientras, a todos los efectos, montaba a Samkiel delante de mí. Apreté los puños al ver la mano de Samkiel en su cadera. Me estremecí y el calor me corrió por las venas, pero me tragué el fuego salvaje que amenazaba con devorar la nave y a todos sus ocupantes.

—Sí, son encantadoras. A ver, estaba yo pensando que… ¡No, imbécil!

—me burlé—. Como villana eres un desastre. ¿A quién se le ocurre usar seda? Necesitas algo más fuerte. Oh, dioses… ¿De verdad te has acostado con esa idiota? —Este último comentario iba dirigido a Samkiel, que me

miraba con una expresión vacía.

La sonrisa de Milani vaciló, y su hermano agitó las alas y gruñó para salir en su defensa. Ah, sí, que eran de la realeza. Se suponía que debía hacerles una reverencia o alguna mierda por el estilo, pero lo único que me venía a la mente era meterle aquella extraña corona de hilos de oro por el culo. Miré a Ennis con desprecio, pero el capullo solo me sonrió.

—Oh, las ataduras no te retendrán —dijo Ennis, y levantó un pequeño dispositivo—. Pero esto sí.

—¿Y qué coño es…?

El dolor me atravesó y golpeé con la cabeza hacia atrás. Apreté los dientes. El collar me lanzaba olas de pura agonía que me llegaban a los huesos. Fuera lo que fuese lo que me atravesaba el sistema nervioso, quemaba más que la electricidad. Era como si obligase a mi cuerpo a usar su propio poder y lo volviese contra mí. El dolor cesó tan deprisa como había empezado. Jadeé. Me temblaba el cuerpo por los espasmos residuales.

Me aparté el pelo de la cara y los miré.

—Qué presentación tan fascinante —dijo Milani. La luz que se derramaba desde las ventanas alcanzaba las motas de marfil de sus alas y las hacía relucir. Serían muy hermosas si no estuviesen adheridas a semejante zorra chalada—. Me alegro de conocerte por fin, Dehlia. —Estiró el nombre y terminó con una risa burlona.

—En realidad es Dianna. —Sonreí a mi vez—. O, «por favor, no me quemes vivo», según a quién le preguntes.

—No tienes la menor gracia —dijo. Pasó los dedos por la nuca de Samkiel, bajo el pelo, sin quitarme la vista de encima. Me miraba a los ojos, y comprendí que veía la furia posesiva que yo no era capaz de ocultar.

Sonrió de una forma que me dejó sin aliento, y supe que yo iba a odiar lo que ella pretendía hacer a continuación. Se volvió, y el largo cabello castaño le cayó por la espalda como una manta de seda. Horrorizada y dolorida, vi cómo le daba un beso, pero lo peor fue cómo sonó.

Aparté la mirada, asqueada y con el calor de mil soles en el pecho.

Unos pasos se me acercaron y una mano fuerte me cogió de la barbilla y me giró la cara hacia ellos. El cabrón enfermizo de Ennis quería que los viese.

—¿Tienes pensado follártelo delante de mí, o me has secuestrado por alguna razón? —pregunté, pese al dolor de la mandíbula.

Milani se volvió hacia mí con los labios hinchados y húmedos.

—Buena idea. Creo que lo voy a hacer, una vez que hablemos de lo que necesito de ti. Aunque quizá esté falta de práctica. Hace mucho que no me la mete, y, si recuerdo bien, entra bastante justo. Tendremos que follar muy muy despacio. Ennis, hazle un hueco a Dianna en mi cuarto para después.

Quiero que lo vea.

Ennis me soltó la cara, pero solo se apartó unos centímetros.

—Eres una puta psicópata.

Milani se bajó de Samkiel y él se levantó y se puso detrás de ella. Me pregunté si a mí se me veía así cuando lo tenía detrás, protegiéndome y escudándome como si fuese su bien más preciado. Pero ahora no se trataba de mí. Milani me leyó los rasgos y torció los labios en una sonrisa lenta y cruel, que se hizo más intensa cuando se movió alrededor de él y al hacerlo le deslizó la mano por el abdomen. Tuve que hacer un esfuerzo para que la ig'morruthen de mi interior no reaccionase. Con extrema violencia.

—Gracias por devolvérmelo —comentó al tiempo que le apoyaba la cabeza en el bíceps—. Nismera me dijo que, sin ti, los dominios no se habrían abierto.

—Ah, sí —me burlé—. Solo hizo falta matarlo.

Me miró, inexpresiva.

—Oh, lo siento —seguí—. ¿Se olvidó de contarte esa parte?

—Mientes —respondió. Miró a Samkiel y luego otra vez a mí.

Me encogí de hombros.

—No tengo ningún motivo para mentir. Ya tienes lo que más me importa en esta vida o en cualquier otra.

Entrecerró los ojos mientras lo acariciaba y le recorría el brazo con la mano.

—Bueno, pues ahora es mío, como siempre debió ser.

—A la fuerza —repliqué—. Porque has usado un puñal cutre que fabricó el psicópata de mi ex, que pretendía utilizarlo conmigo. Por los dioses, si tú eres el cerebro que hay tras la armada de Nismera, no me extraña que sea un desastre. ¿Es que no eres capaz de hacer nada por ti misma?

Su sonrisa se volvió siniestra, pero solo la vi de reojo antes de que se me arquease la columna y me sacudiese contra las ataduras. El grueso collar que me rodeaba el cuello chisporroteó y siseó sobre mis clavículas y el fuego de mi interior chisporroteó bajo la piel. Apreté los dientes y, entre siseos, me esforcé por respirar pese a la agonía. Cuando terminó me quedé flácida, jadeando y tratando de recuperar la respiración. Joder.

Se plantó delante de mí y estampó las manos en la mesa.

—¿Acaso no has visto mi flota? ¿Ni mi ejército? Yo soy la fuerza tras Nismera, como pronto veréis, tú y todos los demás.

Puse los ojos en blanco.

—La tiranía es una idea muy tonta y aburrida.

Milani resopló y se irguió.

—¿Tiranía? Más bien la mayor conquistadora de la historia del universo, y, cuando haya terminado aquí, no solo gobernará esta esfera, sino las estrellas que están más allá de nuestro alcance. Me llamarán diosa por el poder que mis buques de guerra brindarán al nuevo orden de Nismera.

Hasta los soberanos reconocerán su poder y temblarán.

¿Soberanos? Me sentí confusa. No sabía de qué estaba hablando, pero el poder que decía anhelar iba más allá de nuestras fronteras. ¿Había allí algo que se me escapaba? ¿O era Milani tan psicópata que se creía todo lo que le contaba Nismera? ¿Tendría algo que ver con el medallón? Tenía la impresión de que me faltaba poco para conectar todos los malditos puntos,

pero aún había algo que desconocía.

—Si crees que Nismera no se librará de ti en cuanto dejes de serle útil, eso significa que eres aún más tonta de lo que pareces —me

burlé.

—No lo hará —saltó, irritada por mi insulto—. Soy su puta mano derecha, y él será la mía. Vamos a gobernar el cielo juntos. —Milani sonrió con dulzura y se dirigió hacia Samkiel con un contoneo exagerado. Se puso de puntillas y lo besó. Le apretó las mejillas con tanta fuerza que le estrujó la cara. Los labios de él se movieron sobre los de ella y tuve que apartar la vista. Cada vez que Milani lo tocaba tenía que controlar el impuso repentino y violento de mutilarla. Necesitaba más información, pero en aquel preciso instante lo único que me apetecía era arrancarle la piel de los huesos.

—Genial —me burlé, con el tono de aburrimiento más exagerado que pude—. Pero ¿soberanos? Nunca he oído hablar de ellos. ¿Seguro que no se lo ha inventado? Sabes que le encanta decir mentiras, ¿verdad?

Milani se apartó de Samkiel y me lanzó una mirada irritada por encima del hombro.

—Me olvidaba de lo tonta que eres. Te criaste entre mortales, así que supongo que es normal que tengas una perspectiva tan limitada. ¿Crees que esta es la única esfera que existe? Más allá de ella gobiernan los soberanos; son temibles, y cada uno reina sobre su propia esfera. Piensa en el universo.

Eso es lo que gobiernan los soberanos. Nismera será la dueña de esta, y luego saldrá a conquistar otras más allá de las estrellas. Cuando ella las abra, se inclinarán ante ella, o morirán.

Parpadeé, sorprendida. Qué equivocada estaba. Todos nos habíamos equivocado, y mucho. Ese era su plan desde el principio. No gobernar solo aquí; también mucho más allá, al parecer. ¿Tanta hambre de poder tenía?

¿Devoraría las estrellas del cielo para saciar su apetito?

—¿Otro grupo de gobernantes, por encima de nosotros? —Se me aceleró la respiración. Como si no tuviésemos bastante con los de aquí—.

¿Y cómo piensa hacer algo así? Dudo que tus buques de guerra tengan la

potencia de fuego ni la magia necesarias para abrir esas esferas.

Se rio mientras trazaba pequeños círculos con el dedo sobre el pecho de Samkiel.

—Mis navíos no están pensados para abrir las esferas. Su objetivo es llevar allí el ejército entero para devastar mundos. Los rayos de energía que he creado podrían competir incluso con el Olvido que blande mi hermoso Destructor de Mundos. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, y luego se acomodó, con la espalda vuelta hacia mí y la cabeza apoyada en el pecho de Samkiel—. El medallón abre la puerta, evidentemente —siguió, con un gesto de la mano que sugería que yo era una tonta. Pero para que me lo contara todo me bastó con burlarme hasta cabrearla.

Jaque mate.

Asentí, y se me escapó un pequeño bufido.

—Ah, así que el medallón lo necesita para eso —dije, y miré a Samkiel a los ojos.

—Eso parece —respondió él. Se limpió la boca con la mano.

Milani nos miró a los dos con la boca abierta; le estaba costando asimilarlo.

—¿Qué pasa aquí?

Las ataduras de seda chisporrotearon, y me levanté y me sacudí la ceniza de la piel. Ennis me apuntó con el mando a distancia y pulsó el

botón una y otra vez.

—¿Esto? —le pregunté, y me lo arranqué del cuello—. Es una estratagema, o, si la palabra es muy larga para ti, una mentira.

Los ojos de Milani, llenos de horror, cólera y tristeza, casi se le salieron de las órbitas cuando Samkiel se apartó de su lado. Ya no la miraba con adoración, sino que le ardían los ojos con un odio ciego.

—¡Kiely! —exclamó Milani, y apuntó con el dedo al suelo como quien llama a un perro—. Ven aquí ahora mismo. Te lo ordeno.

—No se llama así —dije, altanera. Levanté la mano y le enseñé el

anillo para cabrearla todavía más—. Y no te pertenece, así que no puedes darle órdenes. Solo responde ante una reina, y no eres tú.

Samkiel se me acercó a grandes zancadas y me besó la sien para señalar a su verdadera reina frente a la impostora que intentaba apoderarse de él. Se agarró el collar y tiró, y los trozos de metal se desparramaron por el reluciente suelo de piedra. Las armaduras a juego nos cubrieron a ambos, y supuse que parecíamos dos dioses vengadores. Milani abrió los ojos como platos al comprender todo lo que había perdido. Dio una patada en el suelo como una niña enfadada. Estaba roja de ira y la furia le agitaba las alas con puntas de oro.

—¡Guardias! —gritó llena de cólera, pero no vino nadie.

—Imaginé que los llamarías, así que esta mañana puse algo en el suministro de agua. No recuerdo cuánto me dijo Miska que debía echar.

Con cierta dosis les da sueño, con otra se duermen para siempre. —Imité el gesto despectivo que había hecho ella antes—. Tantos detalles…

Ennis cargó contra mí, y yo levanté la mano.

—Antes de pelearte conmigo, yo que tú iría a por tu hermana.

Se detuvo en seco con un gruñido y miró a Milani, confundido.

—¿No hueles ese olor rancio? —seguí—. Ayer abrí varias fugas; pequeños agujeros en las tuberías de gas. No tan grandes como para que os dieseis cuenta de inmediato, pero sí lo bastante para llenar todas las habitaciones. Es un truco que usé cuando maté a Tobias en Yejedin.

Samkiel se detuvo detrás de mí y me puso la mano en la cadera. Milani tenía los ojos muy abiertos. Ennis se lanzó hacia ella, pero ya era tarde.

—Dime, Milani. ¿Tu hermano y tú sois a prueba de fuego? —Tragó saliva y se le llenó la frente de sudor—. Porque yo sí.

Levanté la mano y, al chasquear los dedos, una llama se encendió en la punta.

Y la habitación voló por los aires.



Dianna no solo había saboteado la nave insignia de Milani, sino también otros buques de su armada, en especial los más grandes. Las explosiones sacudieron el cielo, y las brillantes llamaradas anaranjadas, el humo y las cenizas se abrieron paso entre las nubes. Había acudido a rescatarme, pero, además, para proclamar algo. La reina legítima había regresado a esos dominios y, bajo su reinado, se arrodillarían ante ella o arderían. Por todos los dioses del cielo y de la tierra, cómo amaba a esa mujer.

Cameron, Isaiah y Kaden tomaron los cielos e hicieron pedazos cada navío que acudió a ayudar a la reina caída y a sus camaradas. Recorrían el cielo con sus alas oscuras, mortíferos, saltando de buque en buque y destrozando todo lo que podían con las garras, los dientes y las llamas.

Dianna y yo sabíamos que no podíamos acabar con todos, pero queríamos destruir los más grandes y los que llevaban las peores armas. Por eso ella y yo nos encontrábamos en uno que acarreaba maquinaria variada y un centenar de guardias.

Otro puñetazo y una mujer adrueth cayó dando vueltas por la compuerta abierta y acabó en las fauces abiertas de un ig'morruthen que pasaba por debajo. Un grito de batalla precedió el ataque de un soldado, y

yo alcé el arma para detener el golpe.

—¿Estás enfadada conmigo? —grité por encima del fragor de la batalla.

Dianna le partió el pescuezo a otro soldado y luego se volvió hacia mí con las manos medio levantadas.

—¿Qué?

Gruñí y, algo impaciente, le rebané el cuello a mi adversario para acabar con él. Luego me acerqué a Dianna pisando los cuerpos

desmembrados de los adrueth que se habían enfrentado a ella.

—Por el beso y todo eso. Sé que lo habíamos planeado, pero…

Suponía que los celos la harían estar furiosa. No dejaba de esperar que le brotase fuego de las manos, pero no fue así. Me miró, confusa, como si yo tuviese que estar enfadado con ella.

—Samkiel, no. Esa estúpida idea fue mía. ¿Me gusta verte besar y tocar a otra? Por supuesto que no. Odio que la cosa fuese tan lejos, pero no te culpo a ti.

Fruncí el ceño, confuso e inseguro de lo que Dianna necesitaba.

—No ha significado nada.

Dianna le dio una patada al cuerpo inerte de un adrueth y lo lanzó por la escotilla lateral reventada; después se volvió hacia mí. Estaba enmarcada en la puerta, con las manos sobre las caderas acorazadas. El viento le agitaba el cabello como una llama negra, y la sangre manchaba el cuerpo de mi hermosa reina guerrera. Semejaba una antigua y oscura diosa de la venganza.

Suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—En realidad, sí, pero no como tú crees. Nadie debería tocarte a menos que tú lo pidas. —Sacudió la cabeza—. Así que no, no estoy enfadada contigo. Si acaso, lo estoy conmigo misma. A veces me parezco a él más de lo que me gustaría.

Eso me llamó la atención, y casi tropecé en mi prisa por llegar a ella. La

cogí del codo y la aparté del borde.

—Tú no eres como Kaden.

—¿No lo soy? —preguntó con una mirada triste y culpable—. En esa habitación te he utilizado para mi propio interés, como él hizo conmigo.

—Nuestro —aclaré—. Nuestro interés.

Se obligó a sonreír, pero se mordisqueaba el labio inferior.

—Oye, mírame. —Le rocé la barbilla con los dedos para que girase la cara hacia mí—. A veces tenemos que hacer ciertas cosas, cosas horribles, que no querríamos hacer, pero es por el bien común. No había otro modo de que ella bajara la guardia y nos contase lo que nos contó. Te amo, Dianna.

—Me aseguré de que las palabras le llegasen—. Hasta el último rincón de ti, y ninguno de esos rincones se parece a Kaden. Eres mucho mejor que él, y ni que decir tiene que mucho más bonita.

Soltó una risa débil y carente de humor. No me gustó.

—Aun así, lamento haber dejado que la cosa llegase tan lejos. No ha sido justo, y no quiero que pienses jamás que me parece bien que te sientas violado, por importante que sea la información que obtengamos. Eres mi prioridad, Samkiel. No volverá a ocurrir. Lo juro.

La preocupación se me pasó en gran parte; ahora, toda mi atención se centraba en ella. Me incliné para darle un beso suave en la frente.

—No creo que me hayas usado, Dianna. Era información vital que podría salvar incontables vidas. Y yo sabía lo que iba a pasar —respondí.

El inmenso navío se agrietó y se sacudió, y empezaron a llover trozos.

La sujeté por los brazos, para equilibrarnos a los dos. Las llamas consumían el interior y se extendían hacia nosotros, pero jamás podrían tocarnos.

Me miró, y, al sentir la inquebrantable firmeza de su amor y su devoción, terminé de tranquilizarme.

—Cuando Isaiah encontró ese estúpido cuchillo, me pareció el elemento que nos faltaba para completar el plan. Ahora me siento como una idiota por haber pensado en usarlo.

—¿Por qué? —le pregunté, y le empujé la barbilla hacia arriba—. Ha funcionado.

—Era un riesgo estúpido —dijo—. Ojalá hubiese sido lo bastante lista para pensar otra alternativa, pero al encontrar la daga supe que era nuestra mejor opción. Pero no era lo mejor para ti. Tenía la esperanza de que me amases tanto como yo a ti, y ni siquiera la magia se podría interponer. Pero lo siento, Samkiel. Si tengo que ponerte a ti por encima del mundo, de tu corona y de lo que quieran de nosotros, pues, joder, que así sea. Dejaré que todo arda sin pensarlo dos veces, Samkiel, y lo digo en serio. Puede que tú seas su campeón, pero yo soy tu espada y tu escudo tanto como tú eres los míos.

La iba a amar hasta que mis huesos se convirtieran en cenizas. Cuando mi alma dejase este dominio, y si Muerte fuese tan amable de dejarnos empezar de nuevo, la encontraría en cada nueva vida y la volvería a amar.

—Puede que haya sido un riesgo, pero tenías razón —dije. Le posé una mano en un lado el cuello y le acaricié la mandíbula con el pulgar. Con la otra mano le estreché la suya—. Cuando entró sentí algo, como un líquido frío que se extendía por mi cuerpo y me recubría la mente, empeñado en borrar cada pensamiento que tenía. Quería sustituir lo que yo era con la magia que vivía en el puñal. Pero no funcionó, porque tú no eres solo recuerdos, *akrai*. Para mí eres algo más que carne y hueso. Has dejado una huella en mi alma. Mi corazón late por ti. Respiro por ti, y no hay fuerza ni magia en este mundo que pueda borrarte de mí. Así que no hace falta que te preocupes ni que te sientas celosa jamás. Si te hubiese encontrado

antes, nunca habría habido nadie más. Nadie que pudiese ser objeto de tus celos, ni despertarlos. Tú eres, y siempre serás, mi perdición.

Pese al caos ardiente de la batalla que tenía lugar a nuestro alrededor, esbozó una dulce sonrisa. Era la cosa más hermosa del mundo.

—¿No me odias? —preguntó, y comprendí que temía que la viese como un monstruo. Pero nunca la había visto como tal, y nunca lo haría.

—Jamás podría odiarte —respondí.

—¿Incluso si te uso como arma? —Lo dijo con un hilo de voz, como si se odiase a sí misma por lo que había planeado.

—Puedes usarme siempre que quieras, y como quieras. —Alcé un hombro, con una mueca burlona—. No eres como Kaden, Dianna. No me has usado en contra de mi voluntad. Lo discutimos juntos y tomamos una decisión. Una que elegimos juntos. Nadie me engañó ni me coaccionó, y esa es la diferencia. Además, ya me has hecho cosas peores. Me has gritado y maldecido. Me has derrumbado edificios encima y me has lanzado fuego que habría incinerado a casi cualquiera. Si no recuerdo mal, incluso me apuñalaste alguna que otra vez.

Dianna me dio un cachete juguetón en el pecho. Ahora me encantaban, los quería a diario. Siempre que Dianna riese o sonriese, mi mundo seguiría en su eje. Se le dulcificó la mirada y entendí que comprendía con perfecta claridad que hablaba en serio. Sentía sus emociones a través del vínculo. La culpa y el odio hacia sí misma, que la consumían, se desvanecían poco a poco. Me habría gustado echarlos del todo, extraerlos de su mente para siempre. Conocía y amaba a Dianna. Las cosas habían cambiado de una forma drástica desde que nos conocimos, y sabía sin la menor duda que ella me amaba y que jamás me haría daño. Moriría por mí, igual que yo por ella.

Así que lo que había ocurrido no significaba nada para mí.

—Como te he dicho ya innumerables veces, sigo aquí. Siempre permaneceré a tu lado, en la vida y en la muerte. Soy tuyo hasta que se acabe la eternidad. —Le acaricié la cara mientras el humo y el fuego nos rodeaban con su furia. Pero yo había dejado de preocuparme por el mundo en el instante en que ella entró en mi vida. Ella era lo único que yo veía, o que vería jamás—. Con magia o sin magia, te quiero más que a nada en esta vida o en cualquier otra.

Me dio un vuelco el corazón cuando el vínculo se encendió con una emoción que me golpeó como un rayo. Sentí que las piezas rotas del

corazón se le recomponían con tanta fuerza que me sacudió. Como si mis palabras hubiesen curado una parte rota y dañada de ella que yo no me había dado cuenta de que era una herida abierta y sangrante.

La nave emitió un crujido inquietante. Sabía que podía estrellarse con nosotros dentro, pero, mientras me inclinaba para darle un beso, eso dejó de tener significado. El mundo que nos rodeaba era una ruina humeante, pero a ninguno de los dos nos importó. Me rodeó el cuello con los brazos y me devolvió mi deseo multiplicado por diez. Los labios de ella cedieron ante los míos, y mi cuerpo despertó, deseando poseer y ser poseído. Necesitaba quitarme de la boca el sabor de Milani, y Dianna accedió de buen grado, ya que sentía la misma necesidad.

«Nunca he hecho el amor en una nave en llamas, pero me estás dando ganas de probarlo», le envié por el vínculo mientras nuestros deseos se encontraban.

Una risa pícara atravesó el vínculo. La mano de Dianna se apartó de mi cuello y…

Se oyó un golpetazo contra el casco seguido del chirrido del metal al rasgarse. De mala gana me aparté de Dianna, creyendo que la sala se había partido en dos por fin. Pero lo que vi fue un ig’morruthen

que entraba arrastrándose por la compuerta. Nos miró, asombrado, y se transformó. La cabeza gigantesca y cornuda disminuyó y las alas y la cola desaparecieron para dejar a la vista a Cameron, de pie, cubierto de suciedad y de hollín.

Levantó los brazos, enfadado.

—Todo lo que nos rodea es presa de las llamas, y vosotros dos no paráis de meterlos la lengua en la garganta el uno al otro. Diría que me sorprende, pero la verdad es que ni siquiera un poquito.

Dianna le sonrió y luego me dio una palmada en el hombro.

—¡Es culpa suya! No para de decir cosas bonitas y me distrae —se quejó.

Cameron puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza como un padre

decepcionado.

—Por los dioses, Dianna, acepta tu parte de responsabilidad.

Ella le hizo una peineta, lo que le arrancó una gran risotada al curtido guerrero. Luego miró hacia el gran agujero que había abierto Cameron.

—¿Cuántos han caído?

—Buena parte de ellos. Kaden e Isaiah están acabando con los pocos que quedan, pero muchos huyeron cuando redujisteis la nave insignia a un millón de fragmentos.

—Estupendo —dijo Dianna, la viva imagen de una reina que alababa a uno de sus soldados. Nunca me había sentido más orgulloso de ella que en ese momento. Siempre afirmaba que no era una líder y que no podía gobernar, pero, en el breve tiempo que la conocía, me había sobrepasado en ese rol. Cada hermosa idea que se le pasaba por la mente, fuese o no una locura, funcionaba. Se enfrentaba a todos los

conflictos en primera fila, señalando el camino, y, al hacerlo, inspiraba confianza en quienes la rodeaban. Incluso Miska mantenía la cabeza más alta desde que conoció a Dianna. Estaba destinada a mandar. Todas las escrituras lo decían, pero lo que nadie podría prever era que los que servían bajo su mando la amasen.

Los dioses del cielo y de la tierra sabían que yo mismo me sometería a ella.

No solo era poderosa, y fuerte, y hermosa; en su mano estaba crear y destruir imperios, y yo sería su humilde espada, ordenara lo que ordenase mi reina—. Los supervivientes huyen, pero tenemos que destruir tantos como podamos. Quiero que su armada quede desmantelada, y que lo poco que sobreviva vuelva a Nismera con el rabo entre las piernas.

Cameron asintió.

—Sí, alteza.

Dianna entrecerró los ojos.

—Ya está bien, ¿no?

Cameron se echó a reír y se giró para salir por el gran agujero que había abierto. Se lanzó al vacío, y el cuerpo empezó a transformarse nada más

saltar. Un gran ig'morruthen rugió y regresó al cielo en el que la batalla seguía su curso.

—¿De qué iba eso? —pregunté.

Suspiró y me miró con cansancio. Sonrojada, se dirigió hacia el hueco del costado del buque.

—No lo sé, diría que es Cameron haciendo el idiota. Desde que te fuiste no ha parado de usar este título y otros parecidos. Incluso ha conseguido que Reggie le siga el juego, y ahora lo hacen los dos. Creo que pretende asegurarse de que Kaden e Isaiah sepan con quién están hablando cuando se dirigen a mí con cierto tono.

Dianna regresó al cielo en un torbellino de alas y llamas. Comprendí lo que aquello significaba, aunque ella no se diese cuenta. Cameron era leal hasta la médula, y había intervenido para asegurarse de que, durante mi ausencia, la tratasen como era debido. Dianna era mi reina. Si alguien le faltaba al respeto, me lo faltaba a mí, y eso significaba que, si abusaban de su poder, tendrían que atenerse a las consecuencias.

Yo era las consecuencias.

Apreté los labios al sentir cerca un poder familiar que saltaba de navío en navío. Todavía tenía que encargarme de un último asunto.



Dianna, Isaiah y Cameron derribaban tantos buques a la fuga como podían, y el rugido de los ig'morruthens era un fragor constante. El fuego, las alas y las garras abrían en canal los navíos y los reducían a fragmentos de metal arrugado que caían hechos pedazos y estallaban en llamas al golpear el suelo.

Un rayo rasgó el cielo y alcanzó una nave que avanzaba. Cuando posé los pies en el lado que se escoraba, del casco brotó una humareda. Recorrí toda su longitud a la carrera y salté por la popa en dirección a otro navío que volaba por debajo. Las nubes se abrieron a mi paso cuando me giré para descender como un cohete, con los pies por delante. Golpeé la parte superior de la nave y atravesé el casco de metal hasta llegar al puente.

Ningún guardia se abalanzó sobre mí. Me sorprendió encontrarlo vacío, pero luego oí gruñidos y ruidos de pelea al otro lado de la puerta. En vez de interrumpirlos, hundí el puño en el panel de control. Al coger los cables y enviar un rayo de energía a través del sistema sentí el pinchazo de las descargas en la piel. Satisfecho, vi que todas las pantallas explotaban y las llamas lamían las paredes.

El navío se escoró a estribor con brusquedad y yo me tambaleé.



Recuperé el equilibrio y me dirigí a la puerta mientras el buque se precipitaba en picado. Gracias a mi intervención, todos los sistemas electrónicos estaban fuera de servicio, así que abrí la puerta por la fuerza.

Me detuve y me apoyé en la pared para contemplar la carnicería. Había alas rotas y arrancadas por el suelo, y las plumas manchadas de sangre flotaban en el aire. Los guardias, apilados en montículos, formaban un círculo macabro alrededor de un único hombre, que resoplaba, medio agachado y cubierto de sangre. Me arrojé sobre él.

Caímos enzarzados el uno con el otro y, al atizarle un puñetazo en la cara, gruñó.

—Pero ¿qué haces? ¡Estamos en el mismo bando, idiota! —me gritó mientras trataba de esquivar mis puñetazos.

—Te voy a dar una lección sobre cómo tratar a mi esposa.

Me moví para sentarme a horcajadas sobre él. Trató de zafarse de mí y abrió la boca, supongo que para soltarme algún comentario corrosivo. No le di la oportunidad. Lo sujeté de la mandíbula y se la sostuve abierta. Y luego le cogí la lengua y se la arranqué.

Me levanté de entre los restos de la aeronave y me puse de pie; la arena se me pegaba a las manos cubiertas de sangre. Al caminar, las botas se me hundían en el suelo. Tosí para sacarme de los pulmones el humo que ensuciaba el aire; me dolía todo el cuerpo. Me retorcí para estirar la espalda y los hombros, y contemplé a Kaden, que salía a rastras de debajo de los restos.

—No te podías esperar, ¿verdad? —gruñí. No había terminado con él.

Tenía los ojos carmesíes, y una mirada furiosa y asesina. Ambos estábamos hechos polvo, pero la boca ya le había dejado de sangrar.

—Oh, por un segundo creí que el puñetero cuchillo de los recuerdos había funcionado —dijo Kaden con torpeza mientras le volvía a crecer la lengua—. Me alegro de ver que eres el mismo cabrón estirado de siempre.

—Te habría encantado, ¿verdad? Que la olvidara, y así tener el camino despejado. Lo siento, Kaden, pero ella no follaría contigo ni en tu mejor momento.

—Que te jodan —gruñó Kaden. Pero no se lanzó sobre mí. Por desgracia para él, yo tenía rabia de sobra para los dos.

Estaba frente a él antes de que pudiese salir del todo de entre los restos.

—Me preguntaba cuándo ocurriría, en qué momento intentarías de nuevo abrir una brecha entre nosotros.

—Cúlpame todo lo que quieras, pero tu esposa tenía derecho a saberlo

—respondió Kaden, con la lengua ya recuperada del todo—. Yo no tengo la culpa de tus antiguos pecados.

Ni había terminado de pronunciar la última palabra cuando yo ya había caído sobre él. Los dos nos cruzamos puñetazos en aquel desierto de arena y buques de guerra estrellados. Lo tiré al suelo y me senté a horcajadas sobre él, y de un puñetazo le hice un corte en la mejilla.

—Antiguos pecados que cometí porque tú y mi malvada y odiosa hermana me despojasteis de lo que era mío —grité, y le di otro puñetazo en la cara. Luego lo cogí por el cuello de la armadura y lo levanté en el aire—.

Si crees que no se lo había contado ya, eres un imbécil. Ella lo sabe todo de mi pasado. De lo que estoy hablando es de que le hicieras revivir la historia de su hermana de forma tan brutal. Fue como retorcer un cuchillo en una herida que no se cura jamás. —Otro puñetazo—. Apagaste el fuego de sus ojos y en su lugar solo dejaste odio. No tienes ni idea de lo mucho que la has herido. Todavía lleva en su interior las piezas rotas y cortantes que dejaste a tu paso, con tantos años de mentiras y engaños. ¿Te imaginas cuánto tiempo tardó en permitirme que la ayudara, a que tratase de curarle las heridas infectadas que dejaste detrás? Y que todavía se reabren de vez

en cuando, y todo por tu culpa.

Le golpeé la nariz. Sé que lo vio llegar, pero no se resistió. La parte lógica de mi cerebro se activó y, más allá de la furia protectora que siempre se alzaba con violencia si Dianna estaba implicada, comprendí que él lo buscaba. Quería el castigo. Y yo no pensaba darle la absolución que necesitaba. Me aparté de él y me limpié la arena sangrienta adherida al peto de la armadura.

Kaden se incorporó y escupió sangre con un brillo en los ojos. No me importaba tanto como para preocuparme de su significado, pero ojalá le doliese. Le di la espalda y me alejé del navío con el que nos habíamos estrellado. Las consolas todavía pitaban y humeaban a causa de la descarga eléctrica que había forzado a través de la nave.

—¡Solo lo saqué a colación porque, en su necesidad de salvarte, era incapaz de ver los peligros! —me gritó Kaden—. Era imprudente.

Ahogué una risotada cruel y me volví hacia él. Estaba medio incorporado sobre la arena y se limpiaba la sangre de la cara.

—¿De eso se trata? ¿Sentiste celos porque le importo tanto que quería salvarme?

Frunció el ceño y gruñó.

—Me preocupaba que se lanzase de cabeza contra una flota de buques de guerra y muriésemos todos.

—Oh, vamos —estallé, y levanté los brazos, frenético—. ¿Crees que estoy ciego? ¿O sordo? Veo cómo la miras cada puto día. Cuando estás en su presencia, oigo cómo se te acelera el pulso. Nunca le quitas los ojos de encima, aunque a veces lo finjas. He visto la forma en que te comportas cuando estás con ella. Eres un mentiroso, y ambos lo sabemos.

Kaden apretó los dientes, como si algo lo empujase a negarlo, pero luego inspiró hondo. Al parecer, no tenía ganas de discutir.

—Tienes razón.

Dejé caer los hombros y suspiré.

—Ya lo sé. Tengo razón porque tú crees que sientes por ella lo mismo que yo. Pero tú no la amas. No como yo. Uno no hace lo que tú le has hecho a ella, le quitas lo que tú le has quitado, y luego a eso lo llamas amor. Eso no es amor.

Por un momento, pareció volver al viejo yo de siempre. Se levantó de un salto y se dirigió hacia mí a grandes pasos.

—¿Crees que no lo sé? Pero no sé de qué otro modo llamarlo. No puedo… —Se detuvo y bajó la mirada al darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Ojalá no sintiese nada por ella. Pero lo siento, por mucho que haya intentado evitarlo. Nismera me envió a matarla, y no fui capaz. ¿Sabes por qué?

—Porque eres un cabronazo enfermizo que quiere algo que siempre estuvo destinado a ser mío.

—No. —Soltó un bufido—. Por cómo es quien es. Tú también lo sentiste. Sé que fue así. Sé el despojo miserable en el que te

convertiste cuando te quedaste encerrado. Yo también, joder. Dianna tiene ese efecto.

Aparece y, por los dioses del cielo y de la tierra, se niega a irse, a rendirse.

Ella es luz, Samkiel. Sé que tú lo sentiste, porque yo también lo sentí.

Cuando la conocí, fue como si hiciese huir a todos los malditos demonios que me hostigaban. Y me enamoré. Del todo. En un instante, y…

No dije nada. Él se quedó callado, buscando las palabras adecuadas, o quizá esperaba que le volviese a pegar, pero no pude. No pude porque no mentía. Fue exactamente como me sentí. Dianna se coló en mi vida y me salvó de varias maneras. Me despertó y me hizo volver a reaccionar, a preocuparme. Me hizo amar.

—Hubo momentos en los que deseé que no me importase si estaba viva o si lloraba, porque tenía que ser cruel con ella —siguió Kaden—. Sé que le hice daño. Me lo ordenaron, y no tuve elección. Puede que no me creas, pero, la verdad, no me importa porque es la puta verdad. La aparté de mí de la única forma que sabía, y mentí, y la utilicé. A veces recé para que me

dejara y se salvase a sí misma. La enviaba a ver a su hermana, creyendo que la separación me ayudaría, pero seguí arrastrándome tras ella como un maldito perro. Sé que lo que siento no es real para ti, ni para ella, ni para nadie, pero para mí era, y es, real. Al parecer, soy incapaz de enterrar esos malditos sentimientos, o de librarme de ellos, igual que no puedo morir.

Vuelven una y otra vez y devoran mi alma maldita y corrompida.

Kaden dio otro paso e invadió mi espacio personal. Nos miramos cara a cara, pero no vi cólera, solo… dolor. Arrancó un cuchillo de la correa del pecho, me cogió la mano y me plantó en ella la empuñadura. La

empujó hacia delante para apoyar la punta del cuchillo sobre su corazón.

—¿Crees que quiero esos sentimientos? Por favor, hermano, arráncamelos del pecho. Sácame el corazón que todavía late solo por ella.

Te lo suplico.

No dije nada, no hice nada. Solo sostuve el cuchillo.

—Sé que es tuya —dijo por fin—. Lo sé. Todo el mundo lo sabe.

Estaba escrito en las puñeteras estrellas. Creí que podía desafiarlas. Pero no pude, y ya no quiero. Has ganado, Samkiel. —No lo dijo como una maldición, sino resignado—. ¿Es lo que querías oír? No trataré de quitártela nunca más. Esa parte de mí también ha muerto.

Kaden esperó, como si esas palabras me fueran a obligar a actuar, pero no fue así. Ni lo sería. Kaden tragó aire y me dio la espalda, y yo me quedé allí, sosteniendo el cuchillo que había apuntado a su propio corazón. Bajé el brazo.

—¿Qué pasó con Nismera? —le pregunté mientras se alejaba. Algo más lo había empujado a cambiar, aparte de su muerte. Liberó a Isaiah y se llevó a Miska, y sabía que habían vuelto al palacio de Nismera. Pero, desde que los encontramos, ninguno de los dos hablaba de ella. Tampoco intentaron comunicarle la ubicación de nuestro hogar ni llamaron a la legión para que viniese a por nosotros. Algo había sucedido.

Kaden se detuvo con tal brusquedad que las botas hicieron volar la

arena. Me miró por encima del hombro; vi en sus ojos que se sentía dolorido y traicionado. Fue solo un instante, pero suficiente para que prestara atención a sus palabras.

—Isaiah y yo os ayudaremos hasta que la marca letal desaparezca. Es lo único que Dianna y tú necesitáis saber.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que lidiar con un asunto de mucho más calibre que unas cuantas emociones sin resolver.

Arqueé las cejas.

—No me trago este nuevo tú. Creo que eres una bestia, y que la correa de Muerte te sujeta y es lo único que te mantiene bajo control.

Kaden evitó devolverme la mirada, pero la cólera le asomó a las facciones, como si supiera que cualquier intento de refutarlo sería inútil.

—Digamos que estoy recogiendo lo que sembré, y dejémoslo así.

Me dio la espalda y se alejó. Me puse a su altura y caminé al mismo ritmo que él.

—Pues ya era hora, ¿eh? —me burlé.

Se detuvo, y yo hice lo mismo.

—Para mí, sí. Pero no para Isaiah.

Puse los ojos en blanco sin poder evitarlo.

—Te refieres a Escarnio Sangriento. El comandante que convertía en ríos de sangre las calles de las ciudades que Nismera quería conquistar.

Kaden tragó saliva.

—Nos culpas por todo lo que hemos hecho a las órdenes de alguien a quien creíamos importarle; sin embargo, no exiges que Dianna se responsabilice de sus actos.

—No… —fue todo lo que dije.

—No, ¿qué? —Kaden arqueó una ceja—. ¿No quieres admitir la verdad? Los monstruos te parecen bien, siempre que sea el monstruo adecuado. Pero ¿en qué se diferencian la furia de Dianna y la nuestra? ¿No

haría ella lo mismo para proteger a su familia? ¿Y a ti?

—No intentes retorcer las cosas para escapar de lo que has hecho. Tú eres el causante de la cólera de Dianna. Ella se sacrificó por su familia desde el principio, y tú utilizaste ese sacrificio para convertirla y controlarla. ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Que sienta lástima por ti?

¿Acaso por él?

Kaden negó con la cabeza.

—Lástima no, pero quizá una pequeña dosis de comprensión. Una vez más, te suplico que dejes que Isaiah tenga la vida y la libertad que nuestro padre nos negó. Yo estoy condenado, y no me merezco ningún perdón, ni de lejos. Me he ganado lo que me pase. Pero él, no. Toma de nuevo mi vida, y que ese sea el pago por la suya. No busco una salida para mí. Es demasiado tarde para eso, y ya he aceptado lo que pasará después. Pero te lo ruego por él. Se merece una oportunidad.

Se me hizo un nudo en la garganta. Por un momento, comprendí a Kaden, el despiadado, el cruel y malvado Kaden, que me suplicaba de nuevo que perdonase la vida de Isaiah. Ofrecía su vida para salvar la de su hermano, igual que hizo Dianna eones antes.

—Pides misericordia para él como si sus propias acciones no lo condenasen. No es bueno ni inocente.

Kaden me lanzó una sonrisa sarcástica, y parte de la sangre seca que le cubría el lado izquierdo de la cara se cayó.

—Con el tiempo aprenderás que muy pocos lo son. Pero no fue culpa suya, sino mía. Yo lo arrastré, igual que a ella, a los rincones más oscuros, y él me siguió porque es leal y me ama. Vino conmigo porque soy su hermano mayor. Si alguien merece que lo castiguen por ello, soy yo.

El humo se arremolinó alrededor de nosotros y se hizo cada vez más espeso; los restos del navío se agrietaron y se doblaron, y el metal crujió con estruendo. Entre nosotros se hizo el silencio. Esperaba de mí una respuesta que no podía darle. Caminamos hacia el embarcadero. A nuestro

alrededor, las naves caían y se estrellaban mientras la armada de Nismera era destruida. El navío que teníamos detrás explotó, y eso me llevó a pensar si habría esperado hasta que acabase nuestra conversación. ¿Era tan importante el resultado de nuestra disputa que el tiempo se había detenido para ver si daríamos forma al mundo o lo destruiríamos? Me pregunté qué camino habríamos escogido sin saberlo.



Unos días después

–Varios buques de guerra y naves menores fueron destruidos. Milani y Ennis están en la enfermería. Si despiertan del coma, las quemaduras tardarán en curarse.

—¿Cómo es posible?

Las manos del hombre se movieron sobre las solapas de la vestimenta del consejo. Por fin reunió valor para hablar.

—Ayla es muy calculadora y posee una fuerza increíble. Es inteligente.

Por lo que vimos los otros consejeros y yo en los restos de Rashearim, es muy poderosa. Ella sola casi logró acabar con la Mano y con Samkiel tras el asesinato de su hermana, y ahora ya no está sola.

—¿Está la bruja con ella?

Rolluse negó con la cabeza.

—Por lo que he oído, no. La acompañan los hijos de Unir, mi señora, y también el caótico celestial rubio que convirtió Kaden. Un único ig'morruthen es una contrariedad, pero cuatro son una destrucción

inimaginable.

Bajé las manos y entrelacé los dedos mientras sacudía la pierna bajo la mesa. Mis traicioneros hermanos no solo vivían, sino que además habían cambiado de bando. Los tendría que haber asfixiado de pequeños.

—Con tiempo suficiente, el poder que posee y los que se han puesto de su lado, temo…

Levanté la mirada y Rolluse se calló. Vi con satisfacción que la frente se le perlaba de sudor.

—¿Temes…?

Abrió la boca y la cerró. Se me tensó la espalda mientras esperaba la respuesta.

—Adelante —insistí—. Dilo.

—Que su poder sea capaz de rivalizar con el de los dioses —contestó

—. Que se equipare al tuyo —continuó con un susurro casi inaudible.

La sala del consejo se sumió en un silencio mortal. Todo el mundo me miraba, hasta el recién ascendido. El ascenso se debió a un estallido de cólera cuando un consejero dijo lo que no debía, pero ya conocían las reglas. Desafiarme significaba la muerte y, si tenía que enviarlos a todos al otro lado del velo, lo haría. No eran nada, excepto sacos de huesos, sangre y tejido dotados de la capacidad de hablar, y los cuerpos se podían remplazar.

No me importaban lo más mínimo.

Rolluse me sostuvo la mirada mientras se le hinchaban las venas del cuello, llenas de sangre que se esforzaba por llegar al cerebro. Debería arrancarle la cabeza y terminar con todo eso.

—¿Cuántos buques de mi armada quedan? —pregunté. Leviatán, tuve que reconocer, no se asustó cuando lo miré. No se me escapó el detalle de que Rolluse suspiró aliviado cuando dejé de centrar la atención en él.

Leviatán plegó los dedos viejos y gastados y paseó la mirada alrededor de la mesa, sobre los miembros de la orden y de mi consejo interno.

—Ha sobrevivido alrededor de un treinta por ciento de la armada, y

solicitan refugio.

Ningún consejero dijo nada. Cerré las manos con más fuerza y me concentré en frenar la rodilla, que seguía moviéndose bajo la mesa. Todos me miraron, ansiosos, a la espera de una respuesta.

—Muy bien. Lo permitiré. Despejad el patio trasero, cerca del bosque, y estableced un campamento para ellos. Pero que nada de esto llegue a mi ciudad. Si creen que es todo lo que me queda… —No terminé la frase. La cólera y el odio ardiente, como un centenar de bestias salvajes, ladraban y daban dentelladas en mi cabeza, pero mantuve una expresión fría y controlada.

—Por el lado positivo, te hemos conseguido el medallón —dijo Rolluse

—. Ordenaremos a Quill que comience los preparativos.

Eso me quitó un peso de los hombros. Había supuesto que había desaparecido con las naves caídas.

—¿Y qué hay de la bruja y de Vincent? —Procuré no mostrar el desdén que sentía.

Todos los consejeros, uno tras otro, me miraron y negaron con la cabeza.

—No hemos encontrado ningún registro que indique que estuviesen a bordo, y no quedaba ni rastro de ellos en Paso de Oro —respondió Leviatán.

Agité la mano y unos cuantos consejeros se sobresaltaron, creyendo que le iba a arrancar la cabeza a Leviatán.

—De acuerdo. No me importa. Centrémonos en poner a prueba el medallón.

Alguien carraspeó, y los miembros supervivientes de la Orden se cruzaron miradas de reojo, intranquilos, antes de mirarme a mí.

—¿Qué pasa? —quise saber, harta de su timidez. Eran mi consejo. ¿De qué me servían si no se atrevían a hablar?

—Por el respeto que te debemos, tu excepcional gobierno y los



generosos regalos que nos has otorgado a nosotros y a la ciudad, debemos hablarte con sinceridad.

Observé a Rolluse con la cabeza ladeada y él se calló, como si fuese incapaz de continuar. Me dio asco ver que le caía el sudor de la calva. Eran todos débiles, muy débiles. Tora, más ciega que un murciélago, continuó por él.

—Solo queremos expresarte nuestra preocupación.

—Suéltalo de una vez —gruñí—. Antes de que me harte y desparrame tus órganos sobre el suelo recién pulido.

—Si me permites hablar con libertad… —dijo Tora—. Los gobernantes bajo tu mando se han enterado de lo ocurrido a la armada. Nos envían mensajes para preguntar si deberían blindar sus fronteras. Si el Ojo se entera de lo que ha hecho Ayla, o de lo que puede hacer, y se unen a ella, se producirán deserciones. Y, si eso ocurre, la guerra podría terminar antes de haber empezado.

Apreté los dientes. Tora se sentaba muy erguida, con los ojos vacíos enfocados al frente, y su piel no desprendía ningún olor a miedo. Valiente, había que reconocérselo.

Relajé las manos y puse una sobre la mesa. Todos se irguieron, temerosos y expectantes, pero no me enfadé, porque me habían dicho la misma verdad que expresaban entre lamentos los hados que mantenía prisioneros bajo el palacio.

Por cada una de mis victorias, sufría una derrota a manos de aquella zorra miserable.

Mientras Ayla viviese, mi reino estaría condenado.

La noche había caído, y las reuniones y los planes de batalla habían

terminado. Me encontraba frente a la estatua que ocupaba el puesto central del ala oeste. Apuré la copa de vino, aunque casi ni noté el sabor en la boca.

Me crucé de brazos y tamborileé con las uñas en el cáliz mientras daba vueltas frente a la estatua de piedra de Nydmjir.

—Tú también fuiste un idiota —dije—. Creíste que quería estar contigo. —Hice una mueca de asco. Allí, bajo el palacio, podía ser yo misma y dar rienda suelta al odio y a la ira—. Te miraban como miraban a Unir. Te dieron todo ese poder, ese respeto, sin que tuvieses que mover un dedo, y todo por esa cosa que te colgaba entre las piernas. Tenías el poder, y te rebajaste a aceptar un

puñetero tratado. No pasa nada. Yo terminaré lo que tú fuiste demasiado cobarde para conseguir.

Nydmjir había sido pusilánime porque quería lo que Unir le ofreció.

Convenció a los demás primigenios y a los dioses para que colaborasen, aunque con el medallón podría haber desafiado a las estrellas. Patético. Así que lo más lógico era librarme de él y hacerme con el medallón. Ni siquiera vio el cuchillo divino que le clavé en el corazón después de engañarlo y llevármelo a la cama.

Fue muy fácil culpar a otro por su muerte y desatar de nuevo la guerra.

El único fallo de mi plan fue no pensar que Unir destruiría el medallón antes de que cayese en mis manos. Debería haberme hecho con él antes de matar a Nydmjir, pero en aquel entonces era joven y atolondrada. Pero ya no, y nunca más. Tendría mi reino. Y a los dioses del cielo y de la tierra, que les diesen.

Seguí dando vueltas, cada vez más agitada.

—Yo también tengo poder. He reunido los dominios bajo mi nombre.

Pero ellos solo saben hablar de Ayla.

Tiré el cáliz, que se hizo trizas contra la estatua. El vino tinto le manchó la cara de piedra y le goteó por la barbilla.

—¡Es mi destino! —grité—. Mi reino.

Me pasé la mano por el pelo, y los largos mechones me cayeron sobre

la espalda.

—Ella no tiene consejo, ni corona, ni hogar. ¿Por qué es una amenaza todavía?

Me detuve y clavé la vista en la estatua. Luego me tapé la cara con las manos. Ayla amenazaba todo aquello por lo que yo había matado, robado y destruido. No había trabajado tanto para ahora perderlo todo. No pensaba aceptarlo.

Una energía chisporroteó en el aire, y no era mía. Unas manos fuertes me rodearon la cintura, y los dedos se entrecruzaron sobre mi bajo vientre.

Un pecho de duros músculos y poder en estado puro me presionó la espalda. Agachó la cabeza hacia mi cuello y yo ladeé la cabeza mientras me besaba la curva del hombro y después junto a la oreja.

—Te pido disculpas por llegar tarde —dijo Blayne. Era el tercer dios más poderoso, tras Athos y Kryella, y mi consejero, confidente y amante—.

¿Has llorado durante mi ausencia?

—Siempre. —Volví la cabeza hacia él para responderle. Medias verdades y medias mentiras, así jugaba yo siempre ese juego, y con Blayne no era diferente.

—Qué hermosa mentirosa eres. ¿Qué te preocupa? —preguntó. Separó los labios de mi piel para mirarme.

—Mi armada está hecha trizas.

Sentí que se ponía rígido y cerraba los dedos sobre mi camisón.

—¿Cómo?

—Ayla. —Escupí el nombre como si fuese ácido—. La acompañan mis hermanos y ha logrado reducir mis fuerzas.

Guardó silencio unos instantes.

—No tiene importancia. Sobre todo, después de tu última captura.

Al menos las brujas servían para algo. Castigarlas por su fracaso con Camilla había valido la pena. Gruñí, irritada, y su aliento me hizo cosquillas en el cuero cabelludo. Sabía tan bien como yo que mi nuevo prisionero se

negaba a hablar.

—También tenemos el Olvido —añadió.

Negué con un gesto.

—Creía que el Olvido estaba en el anillo, pero solo tenía un poder residual. Dejó de funcionar en cuanto maté a Killium. Luego se convirtió en cenizas.

Me abrazó, con la boca sobre mi sien.

—No temas. Todavía les llevas ventaja.

—¿Seguro? —dije con ironía—. Mi propio consejo teme mi caída, las casas poco a poco la empiezan a mirar con buenos ojos y mis hados…

—¿Qué les pasa?

—Los hados se han vuelto locos. —Suspiré.

—¿Qué quieres decir?

—Las cosas que susurran, lo que dicen, no tiene sentido. No son más que tonterías sin fundamento. Me sorprende que no se les caiga la baba. —

Cerré las manos sobre sus brazos y contemplé la estatua de mi antiguo amante, incapaz de contener la repugnancia que sentía—. Gritan y chillan, murmuran palabras oscuras y desesperadas. La guerra acecha y los mundos se destruyen. Y el nombre de ella.

Cuando los hados estaban juntos, al menos decían frases coherentes, pero no le conté lo que habían dicho y que aún me ponía los nervios de punta.

«Mientras Ayla viva, tu reino estará condenado».

Cuando Catori lo dijo, le di tal paliza que ninguna de las dos hermanas volvió a pronunciar esa frase. Pero las profecías no mentían, y esa me perseguía y no lograba sacármela de la mente. Si los hados cantaban y gritaban acerca de la inminente oscuridad y la guerra, así sería. Pero yo sabía que había una solución sencilla. Ayla tenía que morir. La mano que llevase la devastación a los dominios no sería la suya, sino la mía.

Pero, a juzgar por cómo iban las cosas, me temía que tendría que

hacerlo yo misma. ¿Tan difícil era librarse de una puta persona?

Blayne hizo un ruido con la garganta, ignorante por completo de lo que realmente me preocupaba.

—¿De verdad crees que Ayla puede matarnos?

Volví la vista hacia él, irritada.

—Bajo ningún concepto. Pero, con la ayuda que tiene, puede ser una molestia.

—Una molestia que podemos solucionar con rapidez —me aseguró Blayne—. Tú tienes las armas y, con mi ayuda, pronto el Ojo también les estará dando caza.

Suspiré mientras sus manos me acariciaban los brazos con pereza.

—¿Tu candidato? —me interesé—. ¿Qué tal va?

Ahora fue él quien suspiró con irritación.

—Tenemos una relación estrecha, pero me temo que, incluso con tu sugerencia, no nos va a ser de mucha ayuda.

Me giré un poco hacia él.

—¿La seducción no ha funcionado?

—Lo he intentado en un sinfín de ocasiones. —Se encogió de hombros

—. Nunca había tenido tantos problemas, pero parece que Xavier está demasiado apegado a su antigua vida.

Puse los ojos en blanco y resoplé, molesta. Aun así, me sorprendía. La Mano no era más que una colección de tontos sin valía que Samkiel había recogido y a los que había intentado convertir en guerreros. Ahora resultaba que aún eran más idiotas de lo que creía. Tenía la esperanza de que Xavier, al menos, fuese un poco más inteligente. Pero ¿rechazaba a un dios, y encima por Cameron? Me daba la sensación de que, a la postre, lo único para lo que servían era como perfectos soldados sin mente.

Apreté los labios y le pasé las uñas por la mandíbula. Se estremeció y los ojos plateados se oscurecieron, y sentí en el culo que se le endurecía la polla.

—No temas, amado mío —ronroneé. Me apoyé en él—. Hemos pasado de la seducción a la manipulación. Las imágenes que fabriqué tendrían que hacerlo susceptible a la fase de corrupción que empezamos ahora.

Recuérdaselo como solo tú puedes, mascota mía. No permitiré que el Ojo decida que es hora de unirse por completo a la lucha.

—Aunque lo decidan dará igual. Nuestra superioridad numérica es avasalladora. Me aseguraré de que gobiernes Arcelia como su legítima heredera. Tus temores son innecesarios.

—Yo no le temo a nada —respondí con veneno en la voz y una dura mirada.

Blayne era la mismísima definición de poder y belleza masculina.

Ladeó un poco la cabeza y clavó en mí aquellos ojos irresistibles.

—Samkiel todavía es una amenaza. No dejes que el consejo te confunda con la cháchara de que la única amenaza es Ayla.

—¿Crees que no lo sé? —Enseñé los dientes y lo miré con una mueca de enfado—. Él y mis medio hermanos sufrirán. Me aseguraré de ello.

Destruiré de forma sistemática todo lo que ama Samkiel, hasta que me suplique que lo mate a él también, y, cuando me lo pida, le negaré esa misericordia.

—Siento que estés de mal humor, amor mío, pero me temo que te lo voy a empeorar. —Blayne me besó la sien y luego me susurró al oído —: Umemri envió anoche un mensajero a mi habitación.

La cólera se reavivó. Cerré las manos sobre los antebrazos que me rodeaban la cintura. Ese idiota… Si alguien se hubiese dado cuenta, todo podría haberse ido al garete.

—Lo avisé de que…

—Se trataba de algo importante —me interrumpió Blayne—. Samkiel todavía empuña el Olvido. Umemri me informa de que invocó la espada.

De la nada.

Fruncí el ceño mientras absorbía esas palabras, y luego esbocé una

lenta sonrisa. De pronto, una nueva perspectiva me inundó el pecho de esperanza. Claro que lo blandía. Eso explicaba por qué el anillo no

me había funcionado. No tenía poder por sí mismo; no era más que un conducto. Samkiel era el Olvido. Y eso facilitaba mucho las cosas.

—Reconocería esa sonrisa maligna en cualquier parte. —Blayne me deslizó la mano que tenía en el abdomen cuerpo arriba, de forma lenta y deliberada. Agarró el camisón por el cuello y lo rajó para dejar mis pechos a la vista. El aire fresco se arremolinó sobre mis pezones, que se endurecieron y se pusieron tiesos. Se me escapó un gemido ronco cuando me rozó con los dedos los montículos doloridos y luego subió la mano y me cogió del cuello. La otra mano se deslizó bajo el camisón y me acarició la cadera antes de seguir bajando.

—Tendrás que hacer una demostración pública. Muéstrale a la ciudad, a la corte y al consejo quién eres, y lo que eres —dijo. Sus labios rozaron los míos. Le sujeté la muñeca para dirigir los dedos que se afanaban en mi cuerpo—. Recuérdales por qué a los guerreros se les hiela la sangre al oír mencionar tu nombre. Por qué las legiones responden ante ti y por qué tu nombre se susurrará con reverencia por todos los dominios y hará realidad la leyenda que en realidad eres.

—Voy a tener que —froté la nariz contra la suya y jadeé— manchar para siempre su reputación.

—No te preocupes, Nismera. Hoy has tenido un día agotador, y eres demasiado dura contigo misma —dijo, y mi cuerpo se plegó a su voluntad.

No me besó, ni siquiera cuando levanté la otra mano y la metí entre los cabellos que le cubrían la nuca. No, su aliento jugueteaba sobre mis labios, y lo dedos se movían entre los muslos. Me vibraba todo el cuerpo, pero él retiró la mano antes de que yo alcanzase el clímax. Al oír que se desabrochaba los pantalones, me incliné hacia delante y agarré el dobladillo del camisón. Apenas tuve tiempo de subírmelo por encima de las caderas cuando una mano enorme se me posó entre los hombros y me dobló hacia

delante. Se colocó detrás de mí y me penetró con un empellón brutal. Cerré los ojos y saboreé la quemazón, y el placer se derramó sobre mí.

Nadie iba al ala oeste. Era mi espacio personal, donde solo se permitía la presencia de aquellos a quienes yo invitaba. Así podía conspirar y odiar y desahogarme a gusto, pero, sobre todo, podía gritar tan fuerte como quisiera. Y eso hice.

Me sujetó por el cuello y con los dedos me obligó a levantar la cabeza mientras me follaba por detrás.

—Abre los ojos —me dijo al oído, mientras las caderas seguían con sus acometidas—. Míralo mientras te follo —ordenó.

Abrí los ojos y miré la estatua de Nydmjir. Aquel era el único momento en el que tenía poder sobre mí, el único momento en que se lo permitía.

—Míralo y acepta que él nunca te habría podido dar lo que necesitas.

No como te lo doy yo. —Sus palabras se entremezclaron con el placer que me recorría el cuerpo, y me llevaron más cerca del éxtasis. Se movió del modo justo para alcanzar un punto dentro de mí que hizo que se me nublase la visión, y mi jadeo se mezcló con su gemido ronco—. Nismera, tú y yo somos conquistadores. Es aquello para lo que nos hicieron, y lo que siempre seremos. No estamos hechos para el fracaso. Nuestra victoria está escrita en las estrellas.

—Sí. —La palabra sonó como un gemido. Empujé contra él para obligarlo a penetrarme más a fondo.

Me cogió la mandíbula con tanta fuerza que me hizo moratones, y tiró de la cabeza para que nuestras miradas se cruzasen.

—Dilo —exigió.

—Lo conquistaremos todo.



El agua chapoteaba en la pequeña bañera mientras me frotaba la suciedad de los brazos. Era un baño diminuto, aunque no iba a quejarme. Hacía mucho tiempo que no estaba en un sitio donde me sintiera tan cómoda y a salvo. Entre la suciedad y la sangre, el agua había adquirido un tono marrón claro. Me seguía doliendo la cabeza, pero nos habían dicho que los dos nos pondríamos bien, solo necesitábamos unos días de descanso. Al oír que la puerta del baño se abría y se cerraba, mi magia no se inmutó, pero el corazón sí.

Vincent había vuelto. Compartíamos habitación, ya que la ciudad de Sumaril estaba casi al límite de su capacidad. Vincent me dijo que usara yo el baño antes mientras él iba a por comida, pero yo no estaba hambrienta.

Tenía el estómago revuelto, tanto por la pérdida del medallón como por la cantidad de poder que había consumido, pero sobre todo porque nunca me había importado tanto alguien como para mandar el mundo a la mierda por él.

Era consciente de que cualquiera que no hubiera pasado por lo que habíamos pasado nosotros en los últimos meses lo vería como una reacción

irracional, pero ¿cómo explicarles lo que sentía por él? Habíamos sobrevivido juntos en un palacio que no era más que una prisión. Me cuidaba, y yo a él. No éramos dos caras de la misma moneda; éramos la misma cara. Nunca había comprendido lo sola que me sentía todos esos años hasta que conocí a Vincent. Era como si algo de él hubiese despertado una parte de mi interior. Se había visto obligado a hacer cosas horribles porque estaba atado a un ser poderoso, y a mí me había pasado lo mismo.

Era un enemigo de los dominios, pero a mí me brindaba más consuelo y me hacía sentir más segura que un millar de soldados.

Y, además, me amaba.

Alguien nos había dejado ropa en la cama. La habitación que nos habían ofrecido perteneció antaño a una pareja que falleció mucho tiempo atrás. No hice demasiadas preguntas, y los asesinos de las sombras que nos acompañaron al dormitorio tampoco me parecieron muy dados a conversar.

Solo nos dijeron que descansáramos, y que nos llamarían cuando la reina desease hablar. Estaba demasiado cansada para preocuparme o insistir.

Saqué las manos del agua y las gotitas me corrieron por la piel. No había cicatrices en las muñecas, pese a que me habían cortado las manos.

Mi magia me había curado, pero sentía en los huesos lo agotada que estaba.

Puse la mano palma arriba e intenté invocar una bola de magia. Brotó una luz esmeralda, pero se apagó como quien sopla una vela.

Me levanté y salí de la bañera. Cogí una toalla de los gastados toalleros que había junto al lavamanos y me sequé. Me puse los pantalones, que me iban grandes; tuve que darle tres vueltas a la

cintura antes de que se me aguantasen sin caerse. La camiseta sin mangas me dejaba el vientre al aire y me quedaba un poco justa sobre los pechos.

Me planté delante del espejo y me miré. Me pasé el dedo por las mejillas hundidas y por las ojeras. Hasta ese momento no fui consciente de cuánto peso había perdido desde que huimos del palacio. La comida no era la principal prioridad cuando tratabas de mantenerte con vida; además,

también habían influido el cansancio y el estrés. Aún me sobresaltaba con cada golpe y cada llamada a la puerta, temerosa de que Nismera nos encontrase de nuevo. No sabía si alguna vez volvería a sentirme segura, pero lo dudaba mucho.

Con un pequeño suspiro, le di la espalda al espejo y salí del baño.

Vincent estaba sentado en el borde de la cama con dosel, con las piernas abiertas, los codos en las rodillas y las manos cogidas entre los muslos.

Llevaba unos pantalones grises de estar por casa y un jersey grueso que se tensaba sobre su figura musculosa. Al parecer, teníamos problemas opuestos con la ropa prestada.

La luz se derramaba por la ventana y teñía de un color azulado la sencilla habitación. No era luz natural, ya que el sistema de cavernas estaba a gran profundidad, pero habían encontrado un modo de simular la luz de la luna y del sol y así mantener el ciclo de día y noche. El aroma de la comida que había llevado Vincent llenaba la pequeña habitación. Había dejado la bandeja en la cómoda que había junto a la puerta. Eso y la cama era todo lo que cabía en el cuarto.

Vincent me observó con atención, pero no vi en sus ojos el hambre y el calor habituales en ellos; más bien estaban nublados por la preocupación.

—¿Qué tal te sientes? ¿Sigues mareada?

—No, ya se me ha pasado. Lo que me queda ahora es cansancio. —Me ajusté un mechón húmedo tras la oreja—. ¿Y tú?

—Agotado —dijo con un pequeño encogimiento de hombros.

—¿Te han dicho algo cuando has ido a por comida? —pregunté. Sentía curiosidad por nuestros secuestradores.

Vincent sacudió la cabeza y enseguida bajó la vista y la clavó de nuevo en las manos. Un muro impenetrable parecía haberse erigido entre nosotros.

Lo odiaba, pero a la vez estaba demasiado cansada para buscar una forma de atravesarlo. Suspiré y fui a por la comida que había traído.

—La guerra se asoma al horizonte —dijo Vincent, y sus palabras me

detuvieron a pocos centímetros de la cómoda—. Morirá muchísima gente, nosotros incluidos.

Asentí. La verdad era como una piedra atada a mis pies, que tiraba de mí para hundirme bajo la corriente.

—Lo sé. No puedes enfadarte conmigo por entregar el medallón.

—¿El medallón? —Vincent me miró como si estuviese chalada—. No es solo el medallón, Cami. Nismera planea esa conquista desde hace miles de años. El medallón no es más que una herramienta. Ahora que lo tiene, lo usará, pero no es eso de lo que debemos preocuparnos. En realidad, no.

Fruncí el ceño y lo miré. La comida, olvidada ya, se enfriaba sobre la cómoda.

—Pues yo diría que es nuestro mayor quebradero de cabeza.

—¿Crees que todo esto terminará con ella? Mira a toda esa gente que ha reunido a su alrededor, a los que la siguen. Si su conquista tiene éxito, los dominios seguirán jodidos mucho después de que sus huesos se hayan convertido en luz. —Vincent se miró las manos y se pellizcó los callos de las palmas—. Los ideales violentos no mueren con quienes los pusieron en marcha.

—Bueno, yo no puedo controlar las mentes de las personas —dije.

No respondió. Ya imaginaba que se enfadaría conmigo por mi decisión.

Percibía la tensión entre nosotros desde que nos capturaron; aun así, me alegraba que ambos siguiéramos vivos. Lo que no me esperaba era que me rechazase como lo estaba haciendo.

Aparté la vista y extendí la mano para coger la bandeja de comida.

—No debiste rendirte —dijo con poco más que un susurro—. No por mí.

Me detuve cerca de los postes de la cama.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—Porque eres inteligente. Estuviste cientos de años sometida a Kaden y a sus malvados planes, igual que yo. Nismera es mucho peor. Ambos

sabemos lo que el poder les hace a seres como ellos, y tú se lo entregaste, lo arrojaste a un lado como si no fuese nada. Podríamos haber…

—Oh, perdona. ¿Te has olvidado del cuchillo que tenías en el cuello?

¿Y de las otras heridas graves? Habrías muerto.

—Entonces, deberías haberme dejado morir —estalló, y me quedé sin aliento. Por eso estaba enfadado—. Así, mi insignificante vida habría tenido un propósito, al menos al final.

Los ojos se me llenaron de lágrimas sin poder evitarlo. Yo había pensado lo mismo tras mi mayor traición, cuando murió Gabby. Fue una de las razones por las que me llevé su cuerpo. Quería que Dianna tuviese la oportunidad de despedirse, y una parte de mí tenía la esperanza de que, si se vengaba y no dejaba de mí más que cenizas, eso aliviaría mi culpa. Pero no lo hizo.

—No es insignificante —dije—. No para mí.

Bufó y me dio la espalda al tiempo que se pasaba la mano por la cara.

Lo miré con los labios apretados y di un paso para ponerme entre sus muslos. Le cogí la cara con las manos y lo obligué a mirarme.

—No tengo a nadie, ni familia ni amigos, nadie en todo el maldito mundo, por culpa de mis actos. Incluso con los poderes que tengo, temía dar la cara por nadie. Pero decidí que no quería ser así, nunca más. Y por eso elegí darla por ti. Desde el principio, tú no has tenido opciones, Vincent.

Nismera te las quitó. Y me niego a permitir que el mundo te encasille en el papel del villano que yo sé que no eres en realidad. Para mí no hay nada de ti que sea insignificante, y entregaría ese puto medallón mil veces para demostrarlo.

Guardó silencio unos segundos, y yo me preparé para seguir defendiendo mis actos, pero en sus ojos no había ni un ápice de cólera; solo compresión y tristeza. Estiró el brazo, me cogió de la cintura y me atrajo hacia él. Sentí el calor de su contacto, pero lo único que hizo fue moverme para que quedase entre sus piernas. Bajó las manos hasta mis muslos y,

aunque la magia estaba agotada, algo se encendió dentro de mí.

Levantó la mirada y me retuvo allí, como si temiera que las palabras que iba a pronunciar me empujasen a huir.

—Creo que morí en la montaña, luchando con Dianna. Al menos, durante un breve instante. Y todo lo que vi, todo lo que pensé, fue cómo volver contigo. No sé cómo funcionan los vínculos entre parejas. Solo he estado esclavizado por una diosa, pero creo que, si se nos permitiera tener una, serías tú.

Me quedé boquiabierta al oír la confesión sincera de un hombre a quien una vez tuve que rogarle que fuese mi amigo.

—Tú eres la mujer de mi vida, y lo eres desde hace mucho tiempo —

siguió—. Desde el momento que te vi, aunque aquella noche tú no me dedicaste ni una mirada. Pero yo te vigilé, te seguí como un fantasma oculto en las sombras. Creo que llevo toda la vida siguiéndote, esperando con desesperación que te dieras la vuelta y me vieses.

Le acaricié la cara y me perdí en aquellos ojos profundos. Oh, dioses, lo que me hacía sentir aquel hombre. El corazón me latía desbocado y sentía que me había olvidado de respirar. Vincent me sostuvo la mirada y me abrió su alma para dejarme ver todo lo que había en su interior.

—Pasaron los años —siguió—, y me sentía cada vez más atormentado.

Quería estar cerca de ti, pero mis mentiras se interponían. El tiempo no significaba nada, no cambiaba nada, y tú me seguías rondando por la mente.

Sé que es ridículo odiar tanto a Dianna solo porque estuvo contigo antes que yo, pero la odio. Odio que tuviese lo que yo no me atrevía

ni a pedir.

Sacudí la cabeza, a punto de protestar, pero me apretó con los muslos para detenerme.

—Luego, cuando nos obligaron a ambos a vivir en el palacio de Nismera, aquella prisión de piedra pulida y pesadillas, sentí alivio por primera vez, porque tú estabas allí. Dime lo que quieres, Camilla. Dime a dónde quieres ir y te seguiré, a gatas si es necesario. Mi vida, mi espada…,

son tuyas. Te serviré a ti, y solo a ti, hasta que ya no me necesites más, o hasta que la muerte nos reclame.

A veces olvidaba que era un guerrero antiguo y poderoso. Solo conocía el honor y la sangre, y jurar lealtad era para él mucho más que unas palabras bonitas. Eché la cabeza atrás, solo un poco, posé los labios en los suyos y le di un beso apasionado. El muro que nos separaba ya no era de cólera, sino de aquel temor omnipresente, de la sensación de que la vida avanzaba demasiado deprisa, con demasiada violencia, y la estábamos perdiendo.

Me aparté un poco.

—Entonces, yo te prometo lo mismo. Aunque, ahora que lo pienso, yo no tengo espada.

Vincent soltó una pequeña carcajada que casi me rompió el corazón y luego tiró de mí y me apoyó la cabeza en el estómago. Lo abracé y le pasé la mano por el cabello corto y suave. El aliento de Vincent me rozaba la franja de piel desnuda entre la camiseta de tirantes y los pantalones colgados en las caderas. Me apretaba la parte trasera de los muslos para reconfortarme, pero su contacto me cortaba la respiración sin poder evitarlo. Me miró a los ojos y vi que él también lo sentía.

Inspiró con fuerza y su aliento me puso el vello de punta e hizo que se me endurecieran los pezones. Me pasé la lengua por el labio inferior y contuve un gemido mientras saboreaba el regusto persistente de su beso.

Me pasó la nariz por la piel, al tiempo que inhalaba con fuerza, y me besó debajo del ombligo. El corazón me dio un vuelco, y puede que me apretase contra él por instinto, o quizá por necesidad, pero dejé de pensar en cuanto sentí que sus labios me besaban justo encima de la pelvis y que las manos me subían hasta el culo. Y más arriba.

—Vincent.

No tenía ni idea de si había vecinos cerca, ni si las sombras de la habitación ocultaban asesinos para asegurarse de que no intentábamos huir,

ni robar nada, ni… Perdí el hilo de los pensamientos cuando sentí la lengua que se me posaba en el bajo vientre. Adelanté las caderas sin querer, en un gesto de invitación inconfundible, y dejé de preocuparme por esas tonterías.

Me cogió los laterales de los pantalones y tiró de ellos hasta que quedaron amontonados alrededor de los tobillos. La boca de Vincent me encontró.

Cuando la lengua me rozó el clítoris con un único lametón, eché la cabeza atrás y abrí la boca en un gemido silencioso.

—Déjame que te sirva —dijo, con la boca apoyada en mi carne.

Levanté un pie y lo apoyé en el colchón, al lado de su cadera, para abrirme mejor a él.

Vincent quizá no tenía hambre de comida, pero estaba famélico de mí.

Le cogí el cabello con ambas manos y moví el coño contra su boca. Gruñó y me lamió mientras las manazas me sujetaban el culo y me empujaban hacia él para que pudiera darse un festín conmigo.

Con una mano me tiré de la camiseta y dejé una teta al aire para amasarla y pellizcarme el pezón. Las descargas de placer me atravesaron e hicieron huir los temores que me habían consumido durante tanto tiempo.

Mis suspiros se convirtieron en gemidos cuando me chupó el clítoris. Me cogió la pierna y se la pasó por encima del hombro, como si así me pudiese llegar más adentro. Me chupó y me lamió el clítoris, y yo grité; me tembló el cuerpo entero bajo su toque magistral. Sacudí las caderas para empujar contra su cara, y, cuando la lengua se metió más adentro, tensé el coño.

—¡Vincent! —jadeé su nombre como si fuese una plegaria mientras me estremecía de los pies a la cabeza—. Me voy a….

Me temblaron las piernas, y estiré una mano para aferrarme al poste de la cama y mantenerme erguida. Bajé la cabeza hacia el brazo y me clavé los dientes en la piel mientras el orgasmo me sacudía entera. Me sujetó el culo con fuerza para que no me apartase de la cara, y empujó más y más; a mí, hacia el placer y a mi alma, fuera del cuerpo. Otro orgasmo me recorrió, y mientras echaba la cabeza atrás y gritaba oí crujir la madera. Noté un

hormigueo en los dedos de los pies, todo mi cuerpo se sacudió y me sentí como si cayese.

Hasta que Vincent no me atrapó entre sus brazos y me sonrió no me di cuenta de que seguía dentro de mi propio cuerpo, y de que en efecto me había caído. No hicimos ningún comentario, pero él soltó una risita de orgullo masculino bien ganado. Me miró con algo tan hondo y suave en los ojos que supe que sus palabras de antes eran ciertas. Eran emociones antiguas, y muy profundas.

Vincent me levantó y nuestros labios se encontraron en un beso tan tierno que se me llenaron los ojos de lágrimas. Separé los labios, y mi sabor en los suyos, y en la lengua, fue tan íntimo y erótico que me hizo sentir un nuevo dolor. Se apartó de mí con suavidad, me ayudó a subirme los pantalones y luego me sentó en la cama.

Se puso de pie, y no pude evitar ver el grueso bulto que le estiraba los pantalones ajustados. Hice ademán de sacársela, pero dio un paso atrás y negó con un gesto.

—Quiero dedicar esta noche solo a adorarte. Estás agotada y necesitabas cariño. Ya habrá tiempo para otras cosas más adelante.

Hice un mohín, pero no insistí, y él se acercó a la cómoda y cogió la bandeja de comida que había traído. Mientras rodeaba la cama recordé que había oído crujir la madera. Un poste estaba partido por la mitad. Quizá me hubiese vuelto la magia. Se sentó en la cama, a mi lado, y me depositó la bandeja en el regazo. La comida ya estaba fría, pero contenía varios trozos de carne y algo que parecía un platito con algún tipo de tubérculo. Fruncí el ceño al darme cuenta de que solo había comida para una persona.

—¿No tienes hambre? —le pregunté.

—Acabo de cenar —respondió con una sonrisa presuntuosa.

Puse los ojos en blanco y choqué el hombro con el suyo en un gesto juguetón. Le ofrecí parte de mi cena, pero la rechazó. Lo que hizo fue coger los cubiertos y alimentarme trocito a trocito. Hablamos en susurros, y nos

reímos por lo bajo cuando no me acertó en la boca con un trozo de fruta demasiado grande para un mordisco. Ninguno de los dos sacó a colación el medallón, ni la guerra.

Por una noche, podíamos fingir que el mundo no se acababa.

Aunque fuese mentira.



Acababa de pasarle el plato Miska cuando estallaron los gritos.

—¡He dicho que no! —tronó Samkiel.

Miska y yo nos miramos, y me encogí de hombros. Me senté frente a ella con una taza en la mano. Miska me estudió unos instantes, pero, al ver que no estaba preocupada, cogió el tenedor y atacó la pila de comida humeante del plato.

—Ni siquiera me estás escuchando —dijo Isaiah, que siguió a Samkiel a la cocina.

La mirada sombría de Samkiel reflejaba enfado y frustración, y tenía pinta de haberse pasado las manos por el pelo. Se giró en redondo y levantó un dedo admonitorio mientras los dos se miraban a pocos centímetros de distancia.

—No se va a quedar contigo. Suerte tienes de que os haya dado habitaciones a Kaden y a ti.

—Oh, por favor —se burló Isaiah—. Como si lo hicieras por la bondad de tu corazón. Lo que pasa es que te daba miedo que, si nos congelábamos de frío o estábamos incómodos abajo, a Dianna le pasase lo mismo.

Samkiel se cruzó de brazos, y ni siquiera intentó ocultar la sonrisa arrogante.

—Vaya, resulta que no eres tan tonto como pareces.

Sorbí ruidosamente el café aderezado con sangre animal mientras Miska comía y contemplaba la discusión como si fuese un evento deportivo. Los dos se giraron como si hasta ahora no se hubieran dado cuenta de que había alguien más en la cocina.

—¿Qué está pasando, muchachos? —pregunté con voz animada.

—Nada —cortó Samkiel con una mirada de advertencia a Isaiah, que no le hizo caso y se volvió hacia mí.

—Le he pedido que deje que Imogen se quede conmigo —explicó.

Me atraganté con el café y tosí, con la garganta irritada. Miska me miró, preocupada, con la boca medio llena de comida. En cuanto recuperé el aliento, le quité importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Estoy bien —le aseguré. Luego me dirigí a Isaiah—: Desde luego que no.

—¿Ves? —dijo Samkiel, que me saludó con la mano.

—No se trata de eso —replicó Isaiah, con las aletas de la nariz dilatadas de frustración—. ¿Quieres que duerma en el duro suelo de una celda bajo el palacio? Por muy cómoda que sea, no deja de ser una cárcel.

—No lo es —barbotó Samkiel—. ¿Dónde quieres que los ponga? No hablan ni comen. Dioses, por culpa vuestra ni siquiera pueden parpadear. Y, si pasase algo, el único que puede abrir las barras de las celdas soy yo. No volveré a perder a mi familia. Y, para que quede claro, tú no tienes voz ni voto sobre Imogen, ni sobre lo que hace.

—Dioses, pensaría que te estás poniendo celoso si no estuvieras todo el día lloriqueando y gritando el nombre de Dianna como un perro apaleado.

Los labios de Samkiel se doblaron en una mueca.

—Te voy a matar.

Carraspeé, y ambos hombres se volvieron a mirarme, con las manos

levantadas, a punto de enzarzarse. Ladeé un poco la cabeza para señalar a la niña que se sentaba detrás de mí y que los escuchaba sin aliento y con ojos muy abiertos y atemorizados.

—¿Y si no matamos a nadie antes del desayuno? ¿Creéis que seremos capaces?

Samkiel inspiró con fuerza y luego dejó escapar el aire. Los dos bajaron las manos y cambiaron de postura. Me pregunté si tenían más miedo de enfrentarse conmigo que entre ellos, pero, antes de tener tiempo de sopesar la idea, otra nueva me cruzó la mente.

—Espera, espera… —Bajé la taza—. Has dicho «que duerma».

¿Pueden dormir?

—Sí, tú… —Samkiel lanzó un gruñido de aviso, e Isaiah resopló, irritado, antes de continuar—. Sí, pueden. Las palabras que se usan para controlarlos lo permiten.

Samkiel y yo intercambiamos una mirada. No solo había palabras para controlarlos, sino que, además, Isaiah, al parecer, las conocía

todas. Vio cómo nos mirábamos y pude ver con claridad la idea que se formaba en la mente del muy gilipollas.

—Os las enseñaré si me dejáis quedarme con ella —dijo.

Lo que suponía.

—Bajo ningún concepto —cortó Samkiel, con la autoridad que uno esperaría de un rey.

—¿Por qué? La mantuve viva y a salvo en la legión de Nismera. No tienes ni idea de…

Samkiel cruzó los brazos sobre el pecho; tenía los músculos tensos por el esfuerzo de no coger a su hermano del pescuezo y estrangularlo.

—Oh, créeme, me hago a la idea. Y, aunque te agradezco que la hayas protegido y que la hayas rescatado, sigo sin confiar en ti.

Isaiah sacudió la cabeza y luego me miró con ojos de súplica.

—Dianna, mírame, léeme o lo que sea que haga el vínculo ese. Dile que

mis intenciones no son las que él cree.

Suspiré y, de mala gana, dejé que se me encendieran los ojos y recorrí el hilo que nos unía. No se parecía al vínculo con Samkiel. Aquel me recordaba una manta cálida en una cumbre nevada. Era calidez, protección, seguridad. Tan fuerte que parecía irrompible, permanente, y de naturaleza orgánica, como si fuese algo innato, parte de nuestro ser. El lazo entre Kaden, Isaiah y yo era frágil, se diría que cualquier tirón podría romperlo.

Me requirió cierto esfuerzo, pero busqué a Isaiah, porque sabía que no reinaría la paz en nuestro hogar hasta que se resolviera el asunto. Al conectar con él, lo sentí como llamas vivas y oscuridad, tenso y

retorcido hasta el punto de doler. Su agitación interna no estaba dirigida a nosotros.

Dioses, ¿qué le había pasado con Nismera?

Seguí adelante, en busca de cualquier cosa relacionada con el nombre de Imogen. Como una vela diminuta en una taberna a oscuras, su imagen parpadeó entre el caos de aquella mente, y el nombre flotó en el ambiente como una dulce melodía. Encontré una sala acogedora y protegida del frío, como si esperase que alguien la habitara y la convirtiese en su hogar. No había malas intenciones ni malicia, pero sí había algo. Un rescoldo de esperanza y de paz calentaba el lugar y lo convertía en un refugio seguro, protegido de los horrores que se arremolinaban en el exterior. Solo era una llamita, pero que ardería como un incendio si se le daba la oportunidad.

Parpadeé, y me encontré de nuevo en la cocina. El aroma a huevos y a pan recién horneado llenaba el aire, y sentí a Miska cerca de mí. Samkiel e Isaiah seguían en el mismo lugar y me observaban. Miré a Isaiah a los ojos.

—No —dije.

Tragó saliva, con la expresión de quien ha recibido una bofetada, pero comprendí que no se iba a rendir. Me pregunté hasta dónde sería capaz de llegar, y estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿De verdad preferís que se quede en una mazmorra fría y oscura mientras nosotros dormimos en colchones de plumas?

Samkiel y yo ladeamos la cabeza y lo observamos, a él y a su torpe intento de convencernos de que lo que proponía era una buena idea.

—No va a dormir contigo —repitió Samkiel—. Fin de la discusión.

—Ya ha dormido conmigo otras veces.

—¡¿Qué?! —saltó Samkiel, y creí que le iba a estallar una vena. La torpeza de Isaiah al escoger las palabras hizo que emanase de él tal cantidad de poder que podía acabar destruyendo la cocina. No me sentía celosa en absoluto por el modo en que Samkiel defendía y protegía a Imogen. Una versión anterior de mí los sentiría, aquella que estaba rota y herida, pero habían cambiado muchas cosas, y en esto podía contar con todo mi apoyo.

La idea de que Milani lo hubiese tocado me volvía loca, pero sabía que, pese a su pasado común, lo que había entre Samkiel e Imogen terminó muchísimo tiempo atrás. Imogen era parte de la familia, y yo haría cualquier cosa por la familia que él me había dado. Daría la vida por ellos, y no haría falta ni preguntar.

Además, Samkiel había gemido mi nombre aquella mañana antes de vaciarse en mi garganta, así que eso tal vez influía en que me sintiese bastante segura en aquel momento.

—No, no como piensas —corrigió Isaiah al instante—. Joder. —Soltó un gruñido sordo, como si se plantease la conveniencia de defender su honor, o lo que tuviese en su lugar, pero al final solo me lanzó una mirada, levantó los brazos con exasperación y se marchó enfadado.

La taza tapó la sonrisa que me provocaba el impulso protector de Samkiel. Él, como yo, haría lo que fuese para proteger a quienes amaba. A Isaiah parecía que le estaba costando un poco entenderlo.

Samkiel se pasó los dedos por el cabello, que se le quedó un poco de punta. Se me acercó y se sentó a mi lado.

Miska esbozó una sonrisa y le ofreció parte de su comida. Él negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—La necesitas —dijo—. Seguro que te han estado alimentando con



restos, como los perros que son. —Esa última parte la gritó hacia la puerta, y su voz resonó por el pasillo.

—¡Que te jodan, Samkiel! —llegó la respuesta de Isaiah.

Sacudí la cabeza y di otro sorbo al café.

—Desde luego, no podría estar más claro que sois todos parientes.

Samkiel gimió y apoyó los codos en la mesa con un golpe.

—¿Dónde están Cameron y Reggie? —Miró a Miska—. Necesito que vayas a tu cuarto y te pongas ropa para nadar.

El tenedor cayó sobre el plato, y a Miska se le iluminaron los ojos.

—¿Por qué?

—Porque todos nos merecemos un día de descanso, y vamos a ir a la ciudad —respondió Samkiel, y me sonrió.

Cameron hizo una especie de danza de la victoria en la orilla de la playa. Se le sacudieron los hombros y su risa se alzó sobre el sonido de las olas. No sabía que aquello se parecía tanto a mi hogar. La ciudad terminaba al otro lado de un puente, cuyas piedras pálidas estaban cubiertas con macetas de flores de vivos colores. Se abría a un camino bordeado de espesa vegetación que conducía a la parte de la costa donde nos encontrábamos. Era evidente que estaba muy transitado, pero no era fácil de encontrar, a menos que supieras que estaba allí. Al parecer, Samkiel había descubierto aquel rincón cuando se instaló en el palacio, pero se lo reservó para un día especial.

La ciudad prosperaba, y sus habitantes se acomodaban a una vida de paz y felicidad. Los dioses sabían que todos lo necesitábamos. Había gente dispersa por toda la playa; algunos se relajaban al sol con sus familias, otros jugaban en el agua. Un grupo de adolescentes más mayores estaban enfrascados en los preparativos de una hoguera para la noche. Delante de un

puesto de venta había una hilera de niños que se movían de un lado para otro mientras esperaban su turno para comprar una chuchería helada.

Samkiel había creado todo aquello. Les había brindado paz en tiempos de guerra, y las ciudades que habíamos visitado, la gente a la que habíamos ayudado, por fin podían reír y bromear y disfrutar en paz. Se estaban construyendo casas junto al acantilado y en el centro de la ciudad, y las tiendas de la periferia ofrecían todo tipo de ropas, baratijas y comida. Todos querían ayudar a hacer crecer la ciudad para protegerla, y esa sensación me abría en canal el frío y muerto corazón. Conocía a la perfección esa sensación de encontrar por fin un lugar que te perteneciese, un sitio al que llamar tu hogar. Rebosaba alegría, y supe que a Gabby le habría encantado.

En nombre de ella, de él y de mí misma, moriría para proteger todo aquello.

—Estás jugando con niños —le grité a Cameron, que dejó de bailar—.

Les sacas dos metros de altura. Vale ya de bailecitos triunfales.

—Una victoria es una victoria, colega. —Cameron me señaló con el dedo y guiñó un ojo.

Samkiel, que estaba a mi lado, suspiró. Llevábamos bañadores a juego, como en Rashearim, pero esta vez yo había querido ponerme uno rosa y a él le pareció bien darme el capricho. Los niños, con edades comprendidas entre los nueve años y bastante más de los trece de Miska, se reían de sus payasadas. Cameron cogió otra vez la

pelota y la lanzó por los aires con una patada suave, para presumir delante de su audiencia.

—¿Lo dejamos en ridículo? —me preguntó Samkiel con los brazos en jarras.

—Me encanta que me digas cochinadas. —Le guiñé un ojo y sonreí con picardía.

—Ja, ja, ja —respondió Samkiel. Se puso serio—. De acuerdo, escoged equipos.

Los niños se dispersaron en todas direcciones. Miska, por supuesto, corrió hacia nosotros.



—¡Traidora! —le gritó Cameron.

Miska, riéndose, se detuvo entre Samkiel y yo, y luego copió mi postura y plantó los pies en la arena.

—Eso es hacer trampas. No me engañas.

—Bueno, si alguien no hubiese celebrado sus victorias con tanto escándalo… —me quejé, y lancé a Cameron una mirada acusadora.

Los dos colgábamos de un hombro de Samkiel y nos cruzábamos insultos como niños pequeños. Miska, aferrada a una pierna de Samkiel, se reía como una loca mientras él nos acarreaba hasta cruzar la línea de meta.

Cameron, que trataba de desequilibrar a Samkiel, resopló.

—Si tuviese problemas de autoestima, esto me haría pedazos el ego.

En cuanto los pies de Samkiel atravesaron la línea de meta trazada en la arena, dejó caer de culo a Cameron. Se sacudió para librarse también de mí y se rio cuando me estrellé en la arena. Miska lo soltó de inmediato, todavía muerta de risa, y luego se levantó de un salto y corrió hacia un grupo de niñas que eran parte de nuestro equipo. Chillaron, y luego hablaron del juego entre susurros. Era muy agradable ver que hacía amigos de su edad, sobre todo después de cómo la trataron en Ciudad de Jade.

—Hemos ganado —le dijo Samkiel a Cameron con una sonrisa triunfal, sin soltar la pelota improvisada.

—Claro, claro —respondió Cameron con el ceño fruncido.

Los miembros de su equipo aullaban y se reían y daban saltos de excitación. Parecía que toda la ciudad estuviese en la playa. Algunos reían y jugaban con las olas mientras otros veían el partido, y luego estaban los que solo sonreían y se relajaban, quizá por primera vez en su vida.

—Y Reggie ha sido testigo —dijo Cameron para que le oyese.

Nos pusimos tan pesados con Reggie que al final decidió acompañarnos y relajarse por una vez. Incluso llevaba bañador, aunque al principio protestó con gran energía. Hasta que no se lo pidió Miska no se dio por vencido. Ahora esbocé una sonrisa al ver allí al hado, que miraba a Cameron con el ceño fruncido, como un padre decepcionado. Intimidaría, de no ser porque Miska les había pintado las uñas a los dos. Al parecer, durante mi ausencia había decidido que tenían que ir conjuntados, así que uñas azules para todos.

Reggie levantó las manos.

—Yo solo soy un espectador inocente.

Cameron le lanzó un puñado de arena, aunque sabía que no lo alcanzaría.

—A eso me refiero. Se suponía que eras el árbitro.

Reggie apretó los labios, como si se hubiera olvidado.

—Ah, cierto.

—Quería que perdiese. Estoy seguro —se quejó Cameron.

Samkiel les lanzó la pelota a los críos, que esperaban para seguir jugando, y luego se volvió y me tendió la mano. Se la cogí, y tiró de mí para levantarme. Cameron se dirigía al hado con paso firme. Samkiel me limpió la arena del culo mientras fingía ser un perfecto caballero, pero sabía que, si pudiera, aquel hombre no me quitaría las manos de encima jamás.

—Se pelean como si fuesen familia —dije, y me recosté sobre él.

Samkiel sonrió mientras los veíamos discutir.

—A los dos les viene bien, y más ahora.

Asentí.

—¿Cuánto tiempo tenemos, antes de volver a centrarnos en los planes de guerra?

Samkiel contempló el horizonte con los ojos entrecerrados.

—Hasta que vuelvan Kaden e Isaiah.

Le froté la nariz en el pecho y deseé que el plan de Samkiel funcionara,

y que nos ayudase, aunque solo fuera un poco.



La ciudad abandonada de Sumaril

Isaiah pescó en el bolsillo una moneda de oro y me lanzó el gastado disco.

Lo atrapé en el aire y estreché en la palma aquella forma familiar.

—¿Todavía sigues enfadado por que te hayan dicho que no? —

pregunté.

Isaiah gruñó.

—Todo el mundo espera de mí lo peor.

Negué con la cabeza.

—No es eso. Ella es su familia, y, por mucho que trabajemos juntos, no se fían de nosotros.

—Tienes razón —respondió con un suspiro, y la determinación se le reflejó en los ojos—. Solo han visto lo peor de nosotros, y agradezco

que la protejan todo lo que puedan. Es solo que… No lo sé.

Sabía a qué se refería, porque yo me sentía igual respecto a Dianna.

Isaiah solo quería estar cerca de Imogen. Era la explicación más sencilla.

También sabía que Isaiah anhelaba tener una familia y sentirse parte de

algo. Por eso los dos nos habíamos aferrado a Nismera con tanta desesperación. Pero teníamos que recordarnos a nosotros mismos que, aunque nos viésemos forzados a trabajar juntos, Samkiel y Dianna debían lealtad a la Mano y a su familia, y eso no nos incluía a nosotros. Teníamos que valernos por nosotros mismos, como siempre habíamos hecho, y mi trabajo consistía en asegurarme de que Isaiah sobreviviera a la experiencia.

La ciudad no era más que una sucesión de edificios que se caían a pedazos y carreteras con la calzada hecha trizas. La plaza principal en la que nos hallábamos estaba rodeada de bancos de piedra tallada muy desgastados y de arbustos mustios y retorcidos. La pieza central de la plaza era una fuente en honor de Sumaril, cuya agua estancada estaba tan turbia y sucia como las calles que recorríamos. La antaño orgullosa reina, muerta hacía ya mucho tiempo, miraba al frente, con la cara y el cuerpo cubiertos por completo, a excepción de los ojos. Tenía las manos recogidas, y cualquiera que no la conociese supondría que era una santa o algo similar.

Quizá alguien a quien pagar tributo por traer la paz, la salud y la fortuna.

Pero era mentira. El precio que se pagaba allí era de sangre. Era lo que defendían sus seguidores, y la razón de que estuviésemos allí.

—Hay quien dice que la fuente está encantada, porque no se rompe ni se desgasta —dijo Isaiah mientras contemplaba a la reina.

—No está encantada, está protegida —repuse mientras lanzaba al aire la moneda con el pulgar. El disco de oro dio vueltas en el aire y aterrizó en el agua con un chapoteo. La oscuridad cayó, y los segundos se convirtieron en minutos. Para un ojo desnudo, allí solo estábamos Isaiah y yo. Era difícil advertir los cientos de asesinos mortíferos que nos rodeaban, salvo que uno supiese lo que buscaba. Cada rincón oscuro de la ciudad, cada sombra, contenía a un asesino entrenado. Y todas sus miradas se clavaban en nosotros.

—¿Podéis verme, pero yo no puedo veros a vosotros? —Silbé y me balanceé sobre los talones, con las manos en los bolsillos—. A nadie le

gusta que le tomen el pelo.

Las sombras que había en el lado izquierdo de la fuente se alzaron y una esbelta figura femenina salió de ellas. Tenía el pelo del color del chocolate fundido, peinado en ondas que le enmarcaban la cara. La piel expuesta era suave y de un color marrón claro, pero casi toda ella iba cubierta con cuero negro que le marcaba las curvas.

Un corsé oscuro con cierres plateados le ceñía el pecho, y la capucha unida a la parte trasera le cubría la cabeza y sumía su rostro en sombras más profundas. Las armas que llevaba en los brazos desnudos, enfundadas y sujetas con correas oscuras, daban credibilidad a la realidad de su letal belleza. Aunque no debería, no pude evitar apreciar los músculos torneados de aquellas piernas que se movían con suave elegancia mientras caminaba hacia mí. Como era de esperar, mi mirada ascendió por su cuerpo, una silueta de curvas elegantes y líneas provocativas. Por muy muerto que estuviese, todavía era un hombre.

—Los hijos de Unir —dijo mientras nos evaluaba con la mirada—. Sois tan guapos como vuestro padre.

—¿Conoces a nuestro padre? —Isaiah silbó—. No pareces tan vieja.

Ella enarcó una ceja.

—Tienes suerte de ser tan atractivo, porque, si esa es tu forma de coquetear, siento lástima por tus parejas. —Se me escapó una risotada que la hizo mirarme un momento—. Y sí, lo conozco —respondió a la pregunta de Isaiah.

—¿Conoces, en presente?

—¿No sabéis que recorre este plano? —preguntó, con la cabeza un poco ladeada.

Los dos nos quedamos inmóviles.

—¿Qué? —exigí saber.

—Volvió, pero como un fantasma. Y, bueno, digamos que atravesé nuestros portales y cobré una deuda. Aquella que tú creaste lo sabe. Ella era

parte de la deuda.

Por el rabillo del hombro vi que Isaiah hundía los hombros. Comprendí lo que sentía. Ambos sabíamos por qué Dianna y Samkiel no nos lo habían contado. No confiaban en nosotros más que nosotros en ellos. Pero, para Isaiah, era algo peor. Unir había vuelto a este plano y no había intentado contactar con nosotros. Yo, a diferencia de Isaiah, había dejado mucho tiempo atrás de sentir afecto hacia el hombre que me creó. Pero él… Isaiah se escondía tras una fachada bravucona, pero, cuando amaba, era hasta la muerte, por mucho que le hicieran o dijeran. Esa debilidad, pensé con frecuencia, acabaría por ser su ruina.

—¿Y dónde está ahora?

La mujer se sentó en el borde de la fuente y cruzó las piernas esbeltas.

—Ni idea. Hace semanas que no lo veo. Puede que el otro lado lo haya recuperado.

Apreté los dientes. No por mí mismo, sino porque esa información le hacía daño a Isaiah.

—Así que decidme —ronroneó la hermosa asesina—. ¿Qué trae aquí a los hijos de Unir?

No escondí nada. Le expliqué por qué estábamos allí y qué hacíamos.

Cuando terminé, se me quedó mirando y, a juzgar por su expresión, no muy impresionada.

—Y queréis que nos inclinemos ante Samkiel, ¿me equivoco? ¿El rey de los dioses? —Ladeó la cabeza—. Eres un rey. ¿No quieres reclamarnos para ti? Tanto tu hermano como tú sois de la realeza, con el mismo linaje y poderes similares. Tener a las sombras a tu entera disposición sería una ventaja muy notable. Podrías hacerte con nosotros y trabajar para crear tu propio reino, uno que rivalizase incluso con el de tu hermana.

La plaza quedó en silencio.

—Tú también tienes el poder de hacerlo. He oído hablar de Onuna —

dijo, y me revisó de arriba abajo como si quisiera devorarme—. Podrías

construirlo aquí, empezar de nuevo. Yo te podría ayudar.

Las palabras rezumaban una promesa que, en parte, reconocía. La disposición de un depredador a hacer lo que fuese necesario para sobrevivir.

Sangre, dientes y garras contra un mundo que te traicionaría en cuanto dejases expuesto el cuello. En cierta época, habría aceptado

la oferta, pero en aquel momento no despertó el menor interés en mí. Que fuese muy hermosa no cambiaba nada.

—¿Crees que lo voy a traicionar?

La sonrisa lenta que me dedicó fue la de un gato jugando con un ratón.

—Está en tu naturaleza.

—Antes, quizá —reconocí, casi con tristeza—. Tal vez la gente cambie.

Me estudió el rostro con tanta intensidad que casi me sentí incómodo.

Fue como si atravesase todas mis barreras y viera el verdadero núcleo de mi ser.

—Él te rodea por todas partes, ¿no es así? —Parpadeé, y de pronto la tenía frente a mí, como si las sombras la hubiesen devorado y luego la hubiesen escupido junto a mis pies. Levantó la vista hacia mí, pero no me inmuté. Tiró del borde del pasamontañas y me mostró la mitad inferior del rostro.

—¿Quién? —preguntó Isaiah, que se había acercado un poco más a mí con gesto protector. Pero yo ya sabía a quién se refería.

—Muerte. —Aunque respondió a la pregunta de mi hermano, no apartó los ojos de los míos—. Has cruzado el velo, y has vuelto. —Levantó la mano y me puso la palma en el pecho. Sentí el calor de su piel, que intentaba calentar la mía a través de la camisa. La sensación me produjo un hormigueo en los nervios—. Pero muy sólido, al parecer.

La sujeté de la muñeca y le aparté la mano con un gesto violento.

—No me toques.

Las sombras se habían acercado, listas para atacar a su señal. Les indicó que se retirasen, pero no se movieron. Sabía que cada charco de oscuridad

contenía una hoja emponzoñada, en manos de alguien dispuesto a atacar.

—Muy bien. Esperaré a que lo pidas. —Los ojos saltaron a Isaiah y luego de vuelta a mí, y por fin enarcó una ceja—. Entonces, ¿tú tampoco quieres la corona?

Isaiah negó con la cabeza.

Se estudió las uñas como un gato doméstico aburrido.

—Hummm. Y Samkiel quiere usar las espadas de Sumaril. Sabe a qué nos dedicamos, ¿verdad? Cuando hablamos de justicia, no lo hacemos en el mismo sentido que él. Aquí no hay bueno ni malo, blanco ni negro. No vemos el mundo con esos colores.

—Es consciente de ello.

Bajó la mano.

—¿Y, aun así, lo pide?

—En realidad —tragué saliva—, fue idea mía.

—Eso no me cuesta creerlo. ¿Y por qué lo has hecho? —me preguntó entonces, mientras una sonrisa lenta y seductora se le formaba en el rostro.

—Sois una de las pocas facciones rebeldes que quedan; Nismera no ha podido domesticaros, y os odia. ¿Cómo podéis controlar la sombra, si no se puede tocar? También sé que vuestros números superan de sobra los de la legión y, como tú misma has dicho, no habéis intervenido debido a la moralidad de la que todos vosotros carecéis. Mi hermano, bondadoso por naturaleza, cree que puede

ganar las guerras mediante la información, la estrategia y los antiguos juramentos. Pero nosotros sabemos que aquí esas cosas ya no tienen validez. Samkiel no será el primero en desenfundar la espada. Diga lo que diga, nunca será el primero en derramar sangre. Exuda justicia por todos los poros, así que necesita un ejército que no sea así. Así que ¿qué hará falta para que lo sigáis?

Las cejas se alzaron y bajaron al instante, y de la nariz se le escapó un bufido suave.

—Vaya, tú sí que sabes cómo seducir a una chica. —Miró a Isaiah—.

No como tu hermano.

Me costó reprimir la sonrisa burlona. No había ido allí a coquetear, pero se diría que para ella era casi su lengua nativa, y mentiría si no dijese que era a la vez halagador y divertido.

—Pero te equivocas sobre algo —dijo, y nos dio la espalda.

—¿El qué?

—Su reputación perfecta y su prestigiosa corona. —Nos arrojó las palabras por encima del hombro. Un haz de luz le iluminó la cara. Los labios carnosos se curvaban en una sonrisa, y los ojos de color avellana resplandecían—. Por ella, las mancillaría.

Nos dio la espalda otra vez, y las sombras que bordeaban la fuente se prepararon para recibirla.

—Espera —pedí—. No me has respondido.

En vez de detenerse, se giró, de forma que siguió caminando, pero de espaldas. Se subió el pasamontañas para taparse la cara otra vez.

—Ya he jurado fidelidad, pero no a Samkiel. A su reina. A ella la seguiré. Por ella lucharé. —La mirada de la asesina cayó un instante sobre una sombra cercana a un banco, y la dulce expresión me

reveló que escondía a alguien que le era muy querido—. A ella le debo una vida.

Se adentró en la sombra que había junto a la fuente y desapareció como si la oscuridad fuera algo físico. Cuando la reina de los asesinos se fue, las sombras se evaporaron. La plaza ya no estaba sumida en la oscuridad.

—Vaya —suspiró Isaiah—, qué divertida es.



Samkiel tarareaba para sí, totalmente satisfecho, mientras me paseaba los dedos por la espalda desnuda.

—Si me estropeas el bronceado, te mato.

Se rio.

Las olas rompían en la orilla, los juegos se sucedían y la gente nadaba y se lo pasaba bien. Después de ganar un último partido, Samkiel y yo nos escabullimos. Me llevó a una zona apartada y la bloqueó con un muro de viento para que disfrutásemos de ella a solas. Agradecí disponer de un tiempo de descanso y me quité el

bikini para broncearme lejos de miradas curiosas. Samkiel se movió, y, a través de las pestañas medio cerradas, vi que se tumbaba de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, y cerraba los ojos.

—Me alegro de que Miska tenga amigos aquí —murmuré.

—Y yo —dijo él—. Aunque no me esperaba tantos.

Ni yo tampoco, hasta que un grupo de chicas de su edad se puso a gritar al verla llegar y luego corrieron hacia ella. Después de la última victoria, se marchó a toda prisa para ir a pasear con ellas y a hablar de los dioses

sabrían qué.

—Merece ser una niña tanto tiempo como el mundo se lo permita —

añadí—. Todos ellos, y ya les ha quitado mucho —zanjé, y me incorporé sobre un codo para mirarlo.

Abrió un ojo y ladeó un poco la cabeza para devolverme la mirada.

—Estoy de acuerdo. Pero quedan más ahí fuera. Tenemos que traerlos.

—Lo sé. —Suspiré—. Pero ya nos preocuparemos de eso mañana.

—Mañana tendremos un montón de cosas de las que preocuparnos, sobre todo si Kaden vuelve con las respuestas que esperamos.

Asentí.

—¿Crees que es un buen plan? O sea, hablamos de contratar a asesinos para ver si son capaces de colarse en un sitio que, de algún modo, desaparece de la memoria en cuanto uno sale de allí. Ni siquiera sabemos dónde está. Y, una vez que lleguen allí, queremos que se escabullan y esquiven a la chalada de tu hermana y roben un medallón que podría hacer trizas los dominios.

—Contado así, suena como una idea estupenda —comentó con la voz teñida de sarcasmo.

Solté una risita y me encogí de hombros.

—Podría ser peor. Al menos nos hemos librado de Gathrriel, y es posible que Muerte se llevase de vuelta a tu padre a rastras, así que es poco probable que tengamos que lidiar de nuevo con ellos.

—Cierto —asintió Samkiel.

Se hizo el silencio. Soplaba una brisa. Lo miré como tenía por costumbre, como si yo fuese una artista, y él, mi musa. Estudié los rizos suaves y rebeldes que le bailaban sobre la frente y las líneas que delimitaban el hermoso rostro masculino. No había parte de él que no adorase y venerase, pero lo que me llamaba en aquel momento era el corazón poderoso que le latía en el pecho.

Lo último que quería Samkiel era una guerra. Ya la había

experimentado demasiado, y yo había besado cada cicatriz que le había dejado. Me gustaría ahorrárselo, pero tenía la corazonada de que no evitaríamos lo que se avecinaba. Si me necesitaba, yo podría acaudillar, y ayudarlo, pero no sería capaz de proteger de sus consecuencias aquel corazón sensible que sentía demasiado. Me sabía incapaz de parar el mundo y mantener ese momento de paz para toda la eternidad, pero, por los dioses del cielo y de la tierra, iba a luchar con todas mis fuerzas para que al menos fuese nuestro futuro.

Me incliné y lo besé en los labios, y me aparté al momento. Abrió los ojos, sonriente, y me posó la mano en la espalda.

—¿A qué ha venido eso?

Lo besé de nuevo.

—Es solo que te amo, y creo que no te lo digo lo suficiente.

Una sonrisa pícara le asomó a los labios suaves.

—Me lo podrías demostrar ahora mismo.

Resoplé, sin apartar la vista de las olas y del horizonte que se extendía más allá.

—¿Qué? ¿Quieres que te monte hasta que se ponga el sol?

—Bueno, ahora que lo dices, desde luego que sí. —La lujuria le oscureció los ojos.

Intentó incorporarse, pero le puse la mano en el pecho y lo detuve.

—Puede que cambies de opinión cuando oigas lo que te quiero decir.

La expresión juguetona se desvaneció, pero no apartó los ojos de los míos.

—De acuerdo. —Me senté, y se le fue la mirada a mis pechos—. Si vamos a discutir, ya he perdido, y te daré lo que desees.

Me eché a reír.

—¿Solo con tener los pechos al aire ya me vale?

Me miró como si estuviese loca y asintió.

—Soy débil frente a ti, *akrai*.

—Me alegro de saberlo —dije con una sonrisa, y cogí la camiseta sin mangas.

Extendió la mano para detenerme.

—No hace falta. Sigue, por favor. Prestaré atención.

Se me escapó una risita, pero solté la camiseta.

—Sigo pensando que tenemos que encontrar el cáliz de Gathrriel —

dije.

Por un instante no dijo nada. Se lamió los labios y me miró con expresión pensativa.

—¿Por qué? —preguntó por fin.

—Si me equivoco, me comes el coño —respondí. Samkiel se echó hacia atrás y se rio, algo escandalizado. No le iba gustar lo que tenía que decir, así que tenía que plantearlo en unos términos que no pudiese rechazar de inmediato. Y, para eso, el humor era una herramienta de gran valor—.

Mirémoslo de la forma más objetiva posible. Si la cosa no funciona, los asesinos y todo eso, nos hará falta más fuerza. No tenemos un ejército, y, aunque en conjunto somos fuertes, lo vamos a necesitar. Nismera ya es temible, poderosa hasta decir basta, tanto por sí misma como por aquellos a los que lidera. Pese al daño que le causamos a su flota, tengo la sensación de que solo conseguimos cabrearla más. Si encontramos el cáliz, tal vez pueda darme un empujón, servirnos de algo.

—Dianna.

—No digo que tú no seas poderoso y capaz, pero seguir adelante nada más que a base de fuerza bruta te costará las vidas de muchos que juraste proteger. Vidas que se merecen más que los retazos que les han dejado hasta ahora. Sé que no siempre he sido muy partidaria de soluciones pacíficas, pero ahora intento hacer lo correcto; por ti, y por Gabby. Y sé que ella no querría una guerra.

Creí que discutiría más, que se opondría un poco, pero sonrió y se incorporó para besarme, un beso que me hizo pedazos y luego me

recompuso, como todos los suyos. Era una de mis actividades favoritas.

Podría besar a Samkiel hasta el día de mi muerte, y ser feliz haciéndolo. Me aparté, y los dioses deberían haber recompensado mi fuerza de voluntad.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté mientras jadeaba para recuperar el aliento.

—Te amo —repitió mis palabras de un rato antes—, y creo que no te lo digo lo suficiente.

Me lamí los labios para apurar su sabor, y él siguió el movimiento con los ojos.

—¿Y ya está? ¿Sin discutir?

—Si lo que estamos haciendo no funciona, entonces sí, iremos a por el cáliz.

—¿De verdad? —Me aparté un poco, asombrada, y no del todo convencida de haberlo oído bien—. Necesitamos un plan de contingencia, tengamos o no tengamos asesinos —añadí—. Además, no me quito de la cabeza la sensación de que lo que Gathrriel intentaba decirnos puede sernos útil.

—Por supuesto, *akrai*. Confío en tus instintos, y creo que tienes razón.

Estoy de acuerdo con el plan, siempre que yo vaya contigo. Toda ayuda nos vendrá bien. —Se estiró y después se sentó—. El único problema es que no tenemos ni idea de dónde está su caverna, ni el cáliz.

—Cierto. —Contemplé la puesta de sol—. Supongo que habrá que buscarlo.

Suspiró.

—Cada cosa a su tiempo.

El viento nos trajo voces y risas, que disminuyeron a medida que la gente empezaba a recoger. Había sido un gran día, pero la puesta de sol demostraba que no iba a durar para siempre.

Me volví a mirarlo y vi que él me clavaba la mirada.

—Protegeremos la ciudad —dije—. Cueste lo que cueste.

—Por supuesto. —No le hizo falta decir nada más.

—Tiene que haber un refugio seguro para la gente, en caso de que estalle la guerra. Hemos hecho enfadar a Nismera, y, cuando mueva ficha, sea ahora o dentro de varias semanas, necesitaremos un sitio donde ella no pueda alcanzarlos.

—Estoy de acuerdo.

—Tal vez más adelante podríamos practicar lo que hiciste con el Olvido en el Altermundo —sugerí—. Crear un escudo alrededor de nuestro hogar.

Una barrera.

Asintió, y le leí la determinación en las facciones. Conocía bien a mi hombre, y sabía que se esforzaría por hacerlo realidad.

—Podemos empezar mañana —dijo—. Ahora que estamos aquí, tenemos que volver a entrenar con regularidad. Hay enemigos por todas partes, y seguro que no se han tomado un día libre. Me temo que nosotros tampoco podemos permitírnoslo.

—Mañana, pues —dije. Lo besé.

Se apartó unos centímetros y me acarició la cara mientras se le oscurecían los ojos. Miró de soslayo el sol poniente.

—Aún disponemos de unos minutos, si todavía quieres montarme.

Me reí a carcajadas y le rodeé el cuello con los brazos. Pero, antes de responder, un trueno rasgó el cielo y ambos levantamos la vista. Sabíamos que no era un fenómeno atmosférico, sino el golpeteo de las alas de los ig'morruthen. Samkiel chasqueó los dedos, y de pronto no solo tenía puesto el bikini, sino que además le había añadido un pareo. Se puso en pie y miró al cielo, donde Kaden e Isaiah daban una última vuelta antes de dirigirse hacia el palacio.

Al verlos pasar, me levanté y lo cogí de la mano.

—Vamos a ver si tienes asesinos.



Lancé un puñetazo y Jaycee lo esquivó.

—Te está creciendo el pelo —observó con una sonrisa de complicidad

—. ¿Quieres que te lo vuelva a cortar?

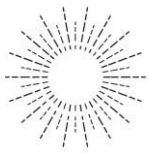
Lancé otro puñetazo, y esta vez lo bloqueó.

—Sí.

Hacía un tiempo que lo llevaba muy corto. Imogen me dijo una vez que el cabello también podía guardar recuerdos, y que por eso los antiguos dioses lo llevaban tan largo; para recordar las batallas que habían luchado, y para honrar a los caídos. Yo no quería recordar nada.

Jaycee trató de darme un puñetazo y, en cuanto lo bloqueé, comprendí que había cometido un error. Nada más tocar el suelo, barrió con la pierna y me tiró de culo. Quizá fue por la falta de sueño, o porque tenía mil cosas en la cabeza, pero el golpe me acertó de pleno y caí de espaldas contra la piedra oscura del patio. Me quedé tumbado, abierto de brazos, mientras el sol se ocultaba tras las espesas nubes. A nuestro alrededor se oían gruñidos; celestiales que se entrenaban desde el amanecer.

La cara de Jaycee me tapó la visión por completo. Se limpió la frente



con una mano vendada.

—Te has dejado.

—Puede —respondí, sin hacer ningún esfuerzo por moverme.

Sacudió la cabeza, con la coleta pegada al cuello.

De pronto, los pájaros que descansaban en los árboles del borde del patio emprendieron el vuelo. Un zumbido mecánico, audible pese a los chillidos de alarma de las aves, hizo vibrar el aire. Algo empujó las nubes, las deformó hasta que se abrieron para dejar paso a unos

buques de guerra más grandes que el patio en el que nos hallábamos. De los costados les brotaban cuatro macizos motores que deformaban el aire a su alrededor mientras los buques flotaban en el aire. Los enormes navíos de color bronce dorado y gris latían, cargados de energía; los celestiales se taparon los ojos para protegerse del polvo que se había levantado, o huyeron, atemorizados por la repentina aparición.

—Joder, no puede ser —maldijo Jaycee.

Me incorporé y me llevé la mano a la frente para hacer visera.

Contemplé los navíos con los ojos entornados.

—¿Qué es eso?

—Nismera —dijo Jaycee.

Jaycee y yo nos pusimos las túnicas del consejo y corrimos por el enorme pasillo. Blayne nos había convocado, junto con otros dos celestiales, para que nos reuniésemos con él en el gran salón. Se me encogía el corazón cada vez que pasaba junto a las estatuas y las plantas colgantes. La piedra de color crema con toques dorados me recordaba muchísimo a Rashearim antes de la caída.

Doblamos la esquina con pasos silenciosos. Los dioses y diosas del alto consejo iban llegando poco a poco, seguidos de sus lugartenientes. Me fijé en el bulto de las espadas bajo los ropajes y me pregunté por qué Blayne no nos había pedido que nos armásemos.

Me erguí todo lo posible mientras entrábamos detrás de Neth y sus guardias celestiales. La gloria de la gran sala del consejo me dejó sin aliento. El centro estaba abierto, y sobre él se elevaba un techo muy alto de forma ovalada. El perímetro estaba formado por varios niveles, sostenidos por columnas cubiertas de complejos grabados. Las estatuas de diosas y dioses fallecidos hacía mucho tiempo se

intercalaban por toda la sala, y de cada superficie colgaban plantas y flores.

Blayne ocupó su asiento en la gran mesa del consejo. Las sillas eran tan enormes que parecían pequeños tronos con mullidos brazos y cojines de color crema. Cada silla estaba adornada con un diseño diferente, que se adecuaba al dios que la ocupaba. Blayne era el dios de la caza, y del respaldo brotaba una cornamenta.

Jaycee y yo lo flanqueamos unos pasos por detrás de él, como debía hacer un buen guardia. Las grandes puertas dobles se cerraron y Athos se levantó mientras los dioses y diosas se acomodaban en sus asientos.

—He solicitado esta reunión de urgencia para discutir la inesperada visita —dijo, con un gesto que abarcaba el patio y el cielo atestado de navíos.

—Es una declaración de guerra. —Koa fue el primero en hablar.

Llevaba el pelo, largo y moreno, recogido hacia atrás, apartado del rostro de llamativa belleza.

Athos levantó la mano.

—Nismera ha solicitado una reunión, y me ha parecido que debemos escuchar lo que tenga que decirnos.

Koa calló, pero vi que le temblaba la mandíbula y las mejillas se le enrojecían de furia. No hubo más comentarios. Nadie podía hacer valer su

autoridad sobre Athos, excepto Kryella, y esta jamás traicionaría a su amiga y aliada más duradera. Ellas eran las más antiguas; Othello y los demás estaban a mucha distancia de ellas. Así que, cuando Athos hablaba, los dioses obedecían.

—Lo único que pido es que, vaya como vaya la conversación, mantengamos un frente unido —dijo Athos. Desplegó sus vestiduras y regresó a su asiento.

Del vestíbulo llegó el sonido de botas acorazadas y la tensión cundió en la sala. Por el ruido, se diría que Nismera había llevado con ella a un pequeño ejército. Las puertas se abrieron, y se me revolvió el estómago.

Dos comandantes con armadura pesada entraron primero y sostuvieron la puerta; entonces entró ella, y yo lo vi todo rojo. Me esforcé por mantener la compostura, pero el cuerpo entero me vibraba con el impulso de atacar.

Nismera entró con paso firme, como si fuera la dueña del lugar, con la cabeza bien alta y ceñida por la corona de Unir. El pelo plateado estaba trenzado y recogido en un gran moño en la nuca. El vestido oscuro le envolvía las curvas, y la armadura dorada de los hombros, pechos y abdomen aún resaltaban más su belleza femenina.

Me pregunté cuán rápida sería mi muerte si me lanzase hacia ella espada en mano. ¿Llegaría lo bastante cerca para cortarle la cabeza? Se me tensaron los hombros; una parte de mí se moría de ganas de averiguarlo.

Jaycee me lanzó una mirada, y el ligero gesto de negación me hizo retroceder.

Nismera se detuvo al borde de la mesa y la legión formó detrás de ella.

Traía al menos una veintena de soldados, y les costó encontrar espacio en la sala. Paseó la mirada por la mesa y se detuvo en cada uno de los presentes.

Esbozó una sonrisa e hizo un pequeño saludo, dos gestos que no encajaban con quien era ni con la tensión que se palpaba en el

ambiente.

—Perdonad mis modales. Sé que no soy bienvenida, por lo que habría sido estúpido no acompañarme de mis amigos más íntimos y letales. —

Señaló a los soldados que tenía detrás y pronunció las palabras finales con un ligerísimo énfasis.

—Por supuesto —dijo Athos. Esbozó una sonrisa y le indicó con un gesto que se adelantase.

Los dos guardias más cercanos apartaron la silla dispuesta para ella y, una vez sentada, la acercaron a la mesa. Nismera le dio las gracias a Henri, el soldado alto que había abierto las puertas a su llegada, y me pareció ver que Blayne daba un respingo.

—Bienvenida a Arcelia, Nismera —saludó la diosa Neth con una dulce sonrisa. Todos sabíamos que era fingida, pero me hizo adorarla aún más. Se sentó bien erguida, sin dejarse intimidar por Nismera en absoluto, y me pregunté si esta envidiaría su belleza.

En mi opinión, Neth eclipsaba a todos los presentes. La había maquillado una mano experta, con los labios oscuros y los ojos aún más oscuros, y nadie con un mínimo de experiencia dudaría en reconocerlo como una pintura de guerra. La túnica del consejo, blanca y dorada, hacía juego con su piel morena y con las finas correas doradas que le rodeaban los brazos musculosos. Observé cómo la sonrisa se desvanecía y dejaba ver el acero de su mirada, lo que le daba aspecto de ser muy peligrosa…, como lo era, en realidad. Se apartó un mechón de la cara, y la reunión dio comienzo.

—Tu llegada ha sido sorprendente, como poco —empezó Athos—.

Hemos contactado varias veces contigo con la esperanza de establecer algún acuerdo de paz.

Nismera apartó los ojos de Neth antes de hablar.

—Bueno, ahora estoy aquí, y por un asunto de gran importancia.

—Yo lo que veo es una reina que acude a rendirse porque una gran parte de su flota ha sido desmantelada. Hemos tenido noticias de la destrucción de los navíos de Milani, en el sur. Una gran parte de su armada ya no existe, y tus ejércitos se han reducido —intervino Koa, que la miraba pensativo.

Todos guardaron silencio, a la espera de la respuesta de Nismera. Me tensé, preparado para el estallido de poder que precedería a un ataque, pero no se produjo. La única señal de que estaba molesta fue que tensó las manos al inclinarse sobre la mesa del consejo.

—Tienes razón, hubo un ataque. Pero quien diezmó mi flota no fue Samkiel. Lo hizo Ayla.

La sala se sumió en un silencio intranquilo.

—¿Sois conscientes de que ha vuelto a estos dominios?

Athos puso las manos en la mesa, una sobre otra.

—Lo somos.

—¿Y no la teméis? —preguntó Nismera.

—Eso queda entre nosotros —respondió Athos—. ¿Para eso has venido? ¿Para hablar de Ayla?

Nismera y Athos se miraron, empeñadas en una silenciosa batalla de voluntades.

—Seré clara, entonces. Todos sabemos quién es, y que su destino es gobernar junto a Samkiel. Pero Ayla ya no es solo una celestial. Es una ig’morruthen, y muy poderosa.

—También lo sabemos, y es una situación que pretendemos vigilar con atención.

—Ah. Vigilar. —Nismera ladeó un poco la cabeza en dirección a Athos

—. Sois idiotas si creéis que ella seguirá nuestras reglas y nuestras costumbres. No lo hará. ¿Creéis que os respetarán cuando se presenten a reclamar este trono? Su sangre es ig'morruthen. ¿Queréis seguir a alguien así? ¿Habéis olvidado la guerra desesperada que luchamos contra ellos? No os enfrentáis con las estrategias de un guerrero regido por el código de honor. Ayla no es más que un animal. Pero esa bestia se ha rodeado de guerreros curtidos y experimentados.

—Entonces, ¿deberíamos olvidar la guerra que tú has empezado? —

preguntó Kryella, erguida y relajada. Kryella no temía a nadie; confiaba en

sí misma y en sus habilidades. Su magia era poderosa, pero su habilidad con la espada aún lo era más.

—La guerra que empecé para reclamar mi corona. La que me robaron con el nacimiento de Samkiel.

—Todos sabemos que la línea de sucesión recae en el primer nacido.

—Yo fui la primera. —La sonrisa de Nismera solo prometía muerte.

—Ah, ¿sí? —preguntó Kryella, que levantó la mano y se toqueteó las uñas—. ¿Nacida?

Los músculos de la mandíbula de Nismera se tensaron, la única señal aparente de que la pulla de Kryella le había tocado la fibra sensible.

—¿Cuestionas mi legitimidad?

Kryella bajó la mano.

—Cuestiono a quienes buscan una alianza por miedo cuando no han hecho otra cosa que someter a otros y demostrar su brutalidad.

—No ha sido así —replicó Nismera—. Le he dado a todo el mundo, en todas partes, la oportunidad de unirse a mi ciudad y quedar bajo mi protección. ¿Y los que se niegan? Bueno, no voy a preocuparme por lo que ocurra más allá de mis fronteras.

De nuevo se hizo el silencio. Todos estaban atentos al intercambio de palabras a un lado y otro de la mesa, pero yo no le quitaba los ojos de encima a Athos. Sin perder la calma, analizaba cada palabra que se decía. Si alguna vez hubo alguien que encarnase la viva imagen de una reina serena, era ella. Athos exhaló con lentitud y entrecruzó los dedos. Ese pequeño movimiento bastó para que todas las miradas se volviesen hacia ella.

—Nismera, no me preocupa tanto tu presencia como lo que buscas y el momento de tu visita.

Ambas se miraron a los ojos. Los soldados que protegían a Nismera no movieron ni un músculo, y no lo harían a menos que ella se lo ordenase. Me pregunté si había acudido allí en busca de pelea y, en tal caso, ¿sería capaz de vencer?

—En verdad, no soy vuestra enemiga —dijo Nismera—. Somos iguales. Mi sangre es como la vuestra.

Athos tragó saliva, y creí que iba a decir algo, pero se mantuvo en silencio y dejó que Nismera continuase.

—Yo solo quiero lo que siempre ha sido mío. La corona. Podemos colaborar al respecto.

—¿Colaborar? —se mofó Koa—. Has diezmado el este, llevas mil años conquistando y esclavizando, y ahora buscas un tratado de paz. ¿Por qué?

—Samkiel. —Fue Athos quien respondió con un susurro, pero su voz calmó la ira de los dioses.

Nismera no lo negó.

—¿A vosotros no os asusta? —preguntó, y puso una mano enguantada de acero sobre la otra.

—¿Por qué debería? —habló por fin Renah, la diosa pelirroja. Tenía la túnica del consejo recogida sobre un hombro esbelto y musculoso salpicado de pecas, y asegurada con un broche grabado con una imagen en miniatura de su famosa hacha capaz de dividir mundos.

—Va acompañado de sus hermanos, además de la ig'morruthen que creó Kaden —respondió Nismera. Se me encogió el corazón y, sin querer, se me fueron los ojos a Blayne. Él ya se había vuelto hacia mí, y asintió de forma casi imperceptible. Con ese gesto confirmó todo lo que me había dicho; lo que me había mostrado parecía cada vez más cierto, lo que solo me destrozó aún más.

—¿Y si crea más? —añadió Nismera—. ¿Queréis otra Guerra de los Dioses? Esta no la ganaríamos. Solos no, al menos.

—Tal vez no seamos tan antiguos como tú —intervino Davian. Su lengua rebelde habría hecho que lo matasen mucho tiempo atrás si no fuera por su linaje de alta cuna—. Pero recordamos las historias. ¿No fuiste tú quien usaste a esas bestias en la Guerra de los Dioses? ¿Y ahora resulta que les tienes miedo?

Nismera posó los ojos en él y, si las miradas matasen, su cabeza habría rodado por el suelo.

—Como he dicho, quería mi corona. No era idiota, y él tampoco lo es.

Es imposible enfrentarse solo a los dioses. Los ig'morruthens, aunque son fuertes, pueden ser controlados. Y eso hice. No voy a pedir perdón por mi pasado ni por lo motivos de mi lucha. Se trataba de

sobrevivir y reclamar mi derecho de nacimiento. —Se inclinó hacia delante y obsequió a Davian con una semisonrisa que habría dejado los colmillos a la vista si los hubiese tenido—. Nunca subestimes a tu enemigo. Como tú mismo has dicho, eres joven. Así se ganan las batallas en realidad. En la guerra, utilizas todas y cada una de las herramientas de que dispones para garantizar la victoria por todos los medios. Tu arrogancia demuestra que eres demasiado joven para tratar un asunto tan delicado. Nunca has estado en una verdadera guerra, y, cuando te veas en una, lo más probable es que te mees encima. Sobre todo si te enfrentas con Samkiel.

Davian decidió no responder con un comentario sarcástico, como acostumbraba, aunque le temblaban los músculos de la mandíbula.

—He venido a ofreceros un tratado de paz frente a lo que se avecina —

continuó Nismera, que se irguió en la silla. Sostenía la inmaculada cabeza tan alta que era fácil imaginar cómo se la cortaban—. Todos los presentes saben quién posee auténtico poder aquí. Tengo la legión bajo mi mando, una armada que, incluso tras los recientes acontecimientos, podría bloquear el sol, y las últimas siete casas me siguen. El Ojo —pronunció el nombre con tal desdén que casi lo escupió— lleva eras tratando de frenar mi avance, sin éxito. Ahora podemos unirnos frente a un enemigo común y poner fin a este ridículo intento de rebelión. ¿No es ese tu objetivo final, Athos? ¿Volver a los viejos tiempos de Rashearim, cuando gobernábamos y todos se inclinaban ante nosotros? Mira lo divididos que estamos ahora.

—¿Y quién provocó esa división? —preguntó Athos con voz aterciopelada; no había en ella ni el menor ápice de aspereza, solo una

implacable verdad.

—Quiero arreglarlo —afirmó Nismera—. Aquí y ahora, os ofrezco mis legiones. Permitid que se queden en vuestra ciudad como muestra de mi buena voluntad.

El resoplido burlón de Koa sonó tan fuerte que todas las cabezas se volvieron hacia él.

—Bajo ningún concepto. ¿Un ratón le abriría su casa a una serpiente bienintencionada? Digas lo que digas hoy aquí, eres y siempre serás ponzoñosa.

No decía más que la verdad, pero, al pasear la vista por la mesa, tuve la sensación de que yo era el único que estaba de acuerdo con él. Nadie lo miró siquiera. Me empezaron a sudar las palmas de las manos, y, aunque Jaycee seguía en su asiento al otro lado de Blayne, vi que fruncía el ceño con recelo. ¿El regreso de Samkiel los intranquilizaba tanto como para preferir una alianza con ella?

—Aunque tus intenciones parecen sinceras, no se han despejado las dudas —dijo Athos con tono precavido—. Samkiel quiere su trono. El que tú le quitaste. Ese es su auténtico objetivo.

—¿Lo es? —preguntó Nismera—. ¿O busca algo más?

—¿Más? —quiso saber Athos.

Se hizo el silencio.

—Samkiel y Ayla. ¿Qué pasa con ellos? —inquirió Nismera para ahondar en las grietas que adivinaba con tanta facilidad—. ¿Qué ocurrirá cuando él se haga con el trono y yo ya no esté? ¿Creéis que volveréis a gobernar otra vez, con el orgullo y la rectitud con que lo hacíais en Rashearim? Yo no lo creo. Si se hacen con el poder, seréis menos que celestiales, y su descendencia mancillará nuestro linaje. Será el final de los dioses. Sus descendientes se reproducirán más y más hasta que nosotros no seamos más que páginas de un libro gastado.

Koa resopló.

—Ese fallido intento de inspirarnos miedo no nos impide ver tu pasado ni todo lo que has hecho.

De nuevo fue el único que habló, y nadie lo respaldó. Nismera se dio cuenta, por supuesto, y el miedo me invadió las entrañas.

—¿Y si no es solo miedo? —preguntó Wren al tiempo que tamborileaba con los dedos en la mesa—. ¿Y si es cierto lo que dice?

—Como mucho, se trataría de una posibilidad —replicó Koa, y por una vez los otros dioses se mostraron de acuerdo.

—Koa tiene razón. Sin pruebas, esta oferta de paz parece una excusa, si no directamente un engaño —intervino Lina, y todos los ojos se volvieron hacia ella. Su actitud tranquila no la hacía menos amenazadora. Entre Koa y ella dirigían los mayores ejércitos de celestiales. Tenía el cabello rubio oscuro recogido en un peinado intrincado y algunos pequeños mechones se balanceaban al inclinarse.

Nismera la contempló con los ojos fruncidos y asintió de modo casi imperceptible, pero suficiente para saber que el destino de Lina estaba sellado. Nismera se volvió hacia la cabeza de la mesa, donde se sentaba Athos. La extensión de piedra veteada de oro que separaba a ambas era tan vasta como un océano. Eran dos facciones en guerra, en extremos opuestos, que luchaban por restaurar unas tierras devastadas y desoladas.

—Sé razonable, Athos. Piensa lo que dirán de ti. Que fuiste la reina más gentil y que salvaste los dominios de una amenaza creciente.

Athos apretó los dientes.

—Tú lo ves como una amenaza, pero Samkiel jamás ha alzado la mano movido por la cólera. Aunque dispone del Olvido, nunca lo ha

usado para obtener una ganancia maliciosa.

—Lo hará —dijo Nismera, con tal confianza que varios dioses resoplaron—. Por ella, lo hará. Por los hijos de ambos, lo hará.

Abrí los ojos de par en par, y varios dioses soltaron exclamaciones en voz alta y se pusieron a hablar unos con otros. Athos alzó una mano, y la

sala quedó en silencio.

—¿Qué estás diciendo, Nismera? —preguntó, y todos los ojos la buscaron—. ¿Tienes alguna prueba de esos hijos de los que hablas?

—No tengo pruebas de que hayan engendrado descendencia —admitió Nismera—. Pero ¿eres tan idiota como para creer que no la tendrán? Y, cuando eso ocurra, ¿qué? Unos hijos con poderes incomprensibles, mezcla de dios y de ig'morruthen. Nada podría competir con ellos, ni siquiera nosotros. Sus poderes sobrepasarían a los tuyos y a todos los que hayamos conocido. El poder no solo de cambiar de forma a voluntad, sino también de blandir el Olvido. Serían imparables. El consejo entero estaría en peligro si les llevasen la contraria. El poder debería estar en manos del consejo, y esa posibilidad debería preocuparos a todos. —Nismera clavó la mirada en Athos y algo rápido e imposible de captar pasó de una a la otra—. Eres tonta, Athos, y lo eres desde el reinado de Unir. Nunca he comprendido cómo Kryella y tú pudisteis ver a un muchacho con tanto poder, y el título de Destructor de Mundos, y creer que sería el artífice de la paz.

Un nuevo silencio. Al principio me preguntaba cuánto tardaría Nismera en derrotarlos si decidía pelear con ellos, pero en ese momento comprendí que ya lo estaba haciendo. Incluso en una sala llena de dioses y diosas, sabios y experimentados, trazaba las líneas de batalla con sus palabras, y no tuve muy claro si ellos eran conscientes de lo que hacía. El miedo me atenazó el pecho y me lo estrujó. Nunca había estado tan cerca de ella, y nunca había sentido

el poder desnudo y estremecedor que llevaba en las mismísimas células. Me daban ganas de arrancarme la piel para escapar de él.

Athos se puso en pie, y con ella todos los dioses y diosas del consejo, Kryella a su izquierda y Othello a su derecha. Eran sus dos partidarios más acérrimos, más leales y de máxima confianza. Nismera también se levantó, y la legión se preparó.

—Examinaremos tu oferta —dijo Athos con las manos cogidas frente a

ella.

La tensión creció en el aire, y vi que Koa apretaba los puños con tanta fuerza que las chispas de poder se arremolinaban a su alrededor.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. —Nismera se llevó una mano al vientre y otra a la espada e hizo una pequeña reverencia. Luego se irguió. Jaycee me lanzó una mirada que denotaba inquietud.

—Lo niego —intervino Koa, incapaz de morderse la lengua por más tiempo. Estampó el puño en la mesa y la piedra se quebró. Los iris le brillaban como plata fundida, al compás de las pulsaciones de las marcas divinas que tenía bajo los ojos—. Por culpa de tu asedio, he perdido amigos y familia. Jamás colaboraré con una odiosa…

Athos alzó la mano, y Koa, con la respiración entrecortada, le hizo caso. Odiaba a Nismera, pero le había jurado fidelidad a Athos, de palabra y con sangre.

Al concluir la reunión, el consejo se dispersó. Nismera y sus soldados fueron escoltados hasta los navíos y se marcharon. Hasta que las nubes no recuperaron sus formas y anocheció y todos volvieron a sus habitaciones, no caí en la cuenta. Aunque algunos habían mostrado su desacuerdo, la mayoría de los dioses no intervinieron. No hicieron

más que observarlo todo con gesto inexpresivo, pero con el horror en la mirada. Y yo conocía esa mirada. La había visto en los ojos de las bestias al comprender que se enfrentaban a una amenaza mayor de la que podían manejar. Y lo que me ponía enfermo es que no se trataba de Nismera.

Contemplé la noche estrellada con el corazón en un puño. Nismera era una diosa de la guerra, pero también una maestra de las palabras y de la manipulación. Había hecho lo que había ido a hacer. Había plantado las semillas de la duda en el consejo de los dioses, y, si Samkiel blandía el Olvido, aunque fuese como autodefensa, sellaría su destino. Ya no verían a Nismera como una amenaza, sino como una aliada que los había avisado de lo que se avecinaba. Y entonces darían caza a Samkiel.



Samkiel me besó en la cabeza, me pasó las manos por el pelo y salió del dormitorio en busca de Cameron. Mientras terminaba de arreglarme sentía en las entrañas una cierta inquietud. Me parecía que todo había sido demasiado fácil, aunque me alegraba de que los asesinos quisieran colaborar de buena gana con nosotros. O conmigo, más bien. No salvé al hermano de Faye para que estuvieran

en deuda conmigo, y en parte creía que ella también lo sabía. Por eso no entendía aquella repentina lealtad.

No los habíamos visto desde que regresó Kaden, pero seguíamos tratando de contactar con ellos. El palacio de Nismera estaba descartado. Al parecer, lo buscaban desde hacía siglos, sin éxito. Por tanto, la siguiente opción era la horripilante caverna de los huesos y el maldito cáliz. Según los rumores, la mejor forma de contactar con un asesino de Sumaril era dejar tu petición o tu lista de objetivos en la parte más oscura de la habitación. En teoría, responderían, pero llevábamos varios días esperando.

Como aquello era una tortura, para entretenerme me dedicaba a pensar en la ubicación del cáliz. Gasté mucho tiempo mirando nuestra hermosa ciudad por la ventana, con el temor de verla arder algún día. Vigilaba los cielos y las nubes a la espera del momento en que sus buques de guerra restantes

nos encontrasen. Pero no lo hicieron.

La noche anterior, por fin, despertamos al sentir el poder que se infiltraba en nuestro hogar. Encontramos el mapa en el despacho de Samkiel, clavado en la pared con un puñal en la esquina más oscura; las sombras eran tan espesas que las sentía sobre la piel, como si algo se deslizase por encima. Pero no le presté atención; estaba ansiosa y excitada por tener al fin una esperanza de encontrar el puñetero cáliz.

Suspiré y me dirigí fuera de la habitación y pasillo abajo. Solo íbamos a ir Samkiel, Reggie y yo. A Reggie le quedaban suficientes poderes de hado como para vigilar a la vez la ciudad y a nosotros en caso de que tuviésemos que volver con prisas.

Unos cuantos escalones y giros después, llegué a la planta baja. Seguí el sonido de susurros hasta el gran comedor, pero se apagaron en cuanto pisé el umbral. Isaiah sostenía una cuchara sobre el cuenco y miraba detrás de mí, probablemente para comprobar si

Samkiel me seguía. Al no verlo, miró a Kaden y se relajó sobre la silla de madera maciza que ocupaba.

—Tengo que hablar con él —dije con un gesto en dirección a Kaden —.

A solas.

Isaiah enarcó las cejas, pero se encogió de hombros y se levantó. Cogió su comida, salió y cerró la puerta tras él. Esperé a que sus pasos se alejasen por las escaleras, en dirección a la mazmorra y a Imogen. Por mucho que hiciéramos o por muchos discursos que le diera Samkiel, Isaiah era incapaz de permanecer lejos de ella. Cada noche se convertía en una gran bestia peluda y dormía en el exterior de la celda. No había usado su cama ni una vez desde que trajo de vuelta a Imogen.

La noche anterior, cuando bajé para ver cómo seguían, Isaiah abrió los ojos carmesíes y me miró; luego resopló y se enroscó sobre sí mismo otra vez. Puede que fuese el cansancio, o el estrés de las últimas semanas, que me pasaba factura, pero al volverme para subir las escaleras habría jurado que vi parpadear a Imogen.

No necesitaba preguntarle a Isaiah por su obsesión casi desesperada por Imogen, porque ya había visto antes esa mirada. Pero eso era una conversación para otro momento, y no iba a entrar en ese tema con Samkiel.

Solo le provocaría una migraña.

Kaden me contemplaba con los brazos cruzados.

—Déjame adivinar. Dado que no me has hablado desde entonces, supongo que has venido a regañarme por lo que te dije.

Dioses, ¿llevaba la cuenta? Negué con la cabeza.

—No, yo…

—Mira, eso ya lo hizo tu marido. —La palabra sonó a maldición—. Y

te aseguro que es muy incómodo que te vuelva a crecer la lengua.

—¿Me podrías dejar hablar antes de empezar a hacer suposiciones?

Dioses, siempre… —Me callé y fruncí los labios. Tardé un segundo en comprender que se refería a la discusión que tuvimos antes de ir a rescatar a Samkiel. No me había dicho que había hablado con Kaden sobre lo que me dijo, pero tampoco me sorprendía mucho. Sacudí la cabeza y avancé hasta detenerme a dos sillas de distancia de él.

—Sí y no. No he venido para regañarte. Yo también dije algo malicioso, para hacerte daño —expliqué.

Kaden frunció el ceño, como si le sorprendiera que admitiese que lo había herido a propósito. Gruñó y estiró las piernas, con los pies cruzados.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó. Los músculos que tapaba la camisa de manga larga se tensaron.

—Samkiel cree que tenemos una conexión —dije.

Kaden suspiró, exasperado, y se cruzó de brazos.

—Estupendo, tu juguetito sexual está celoso. Como si no lo supiera.

Por mí se puede…

—Y tiene razón —lo interrumpí.

Eso lo dejó callado, y recordé una vez más que él también era hijo de Unir. A la expresión de asombro le siguió un torrente de emociones caóticas

y casi palpables. Quizá fuese la primera vez que le provocaba una reacción así. Sorprendida, vi que tragaba saliva, y me acerqué un

poco más, con las manos colgando de los costados.

—Me sacas de quicio —dije—. Desde siempre, y lo sabes. Aquel día arremetí contra ti, y tú respondiste. Siempre has sabido cómo herirme, dónde golpear para hacerme sentir inferior. Ese día me hiciste daño, como muchas veces antes a lo largo de los años. Todavía llevo tus cicatrices, una dificultad para confiar que se extiende hasta lo más profundo de mi alma, y tardarán años en curarse.

Kaden dio un respingo, como si mis palabras sinceras fueran peores que un bofetón. Se levantó tan deprisa que por poco tiró la silla.

—No tengo tiempo para esto —gruñó.

Estaba a punto de irse, pero lo retuve por el brazo.

—Pero eso no es todo.

Miró la mano que lo sujetaba antes de enfrentarse a mis ojos.

—Llegaste a mi vida —continué— cuando necesitaba con desesperación alguien que me salvase, así que me aferré a ti y a lo que tú me ofrecías. Era muy inocente. Pero ya no soy aquella niña. Cuando conocí a Samkiel, lo herí del mismo modo que tú me habías enseñado a herir a otros. Pero él no se merece las partes rotas y magulladas de mí. No voy a ser tú. No lo voy a amar con crueldad.

Esperaba que reaccionase de forma violenta, brutal. Me había acostumbrado a esperar algo así del hombre que en tiempos tuvo tanto poder sobre mí. Pero solo me miró como si no me reconociera, y quizá fuese así. Ninguno de los dos habría podido predecir cómo me iba a desarrollar, y tenía la sensación de que él, a esas alturas, sería incapaz de reconocer o relacionarse con la nueva versión de mí.

—Todo ha cambiado, Kaden. Estamos atados por Muerte, y lo que nos pasa a nosotros afecta a aquellos a quienes amamos. Tenemos

que dejar de hacernos daño el uno al otro.

Kaden no dijo nada.

—No sé qué os pasó con Nismera, y sé que no me lo vas a contar, pero tú te resististe, salvaste a tu hermano. Y ahora, aunque sea con el vínculo, intentas ayudar.

—No tengo otra elección —admitió, y me miró a los ojos con intensidad.

—Eso no es cierto.

Soltó un bufido, a punto de hacer algún comentario que seguro que me iba a irritar.

—Lo he visto —dije antes de que lo estropease todo.

Frunció el ceño.

—¿Qué has visto?

—Algo que siempre pensé que estaba dentro de ti. Un potencial.

—Dianna. —Se le dulcificó la mirada.

—Está ahí, enterrado en lo más profundo de ti, escondido a causa de lo que ella os hizo a Isaiah y a ti. Está en ti, y creo de verdad que, si ella no os hubiera retorcido, si no os hubiera roto con tanta crueldad, habrías sido un buen hombre. —Me encogí de hombros y sonreí con un lado de la boca—.

Bueno, quizá no tanto como bueno, pero al menos… ¿medio decente?

Kaden me miró, y comprendí que quizá nuestras piezas rotas fueran similares. Provocadas por personas distintas, y aun así irregulares y lo bastante afiladas como para herir a todos aquellos a quienes

tratábamos de acercarnos. Le solté el brazo y esbocé una sonrisa antes de darle la espalda para irme. Entonces oí que Kaden suspiraba por fin.

—Dianna —llamó. No era más que mi nombre, pero estaba cargado de emociones sin expresar. Me detuve con la mano en el pomo y me volví para encararlo.

—Por si te sirve de algo… Te pido disculpas. —Calló un instante y movió la mandíbula, como si estuviese masticando las palabras para encontrar la adecuada—. Por todo.

No tenía alma. La había sacrificado de buena gana para salvar al amor de mi vida, pero me pregunté si, en caso de tenerla, sentiría lástima por el antaño cruel y temible Kaden. Con todo lo que me había hecho y me había arrebatado, lo dudaba.

—No, no me sirve —me limité a responder.

Los ojos de Kaden perdieron parte de su calidez, y supe que el momento había pasado. Levantó la vista para fijarse en algo que había detrás de mí. Yo no necesité darme la vuelta para saber quién tenía a mis espaldas. Él siempre estaba ahí. Mi fiel centinela.

Samkiel me puso la mano en la cintura y me besó la coronilla.

—¿Lista para partir?

Asentí y me giré entre sus brazos al tiempo que lo cogía de la mano.

Casi no habíamos cruzado el umbral cuando Kaden nos llamó.

—Cuidado con dónde te metes, hermano —le dijo a Samkiel—. A veces, buscar a los muertos te acerca a la otra vida más de lo que te gustaría.



Tenía que admitir que la cofradía de asesinos quizá se hubiese convertido en uno de mis sitios favoritos. Era una fortaleza subterránea, y la única forma de entrar o salir era a través de las sombras. Los muros se curvaban y retorcían, miles de hogares apilados unos sobre otros o excavados en el suelo a gran profundidad. Hacía mucho tiempo que no me sentía segura, y era muy extraño recuperar esa sensación en una ciudad de asesinos.

Vincent y yo ocupábamos una mesa en medio de la plaza. Faye, la reina de los asesinos, evitaba las puertas cerradas y las habitaciones que contenían secretos. Ostentaba el título de reina, pero no le interesaban las jerarquías. No ocultaba nada a los hombres, mujeres y niños que vivían allí.

—Que sepáis —dijo mientras se tocaba las uñas— que, si rompéis la cama que os hemos ofrecido, la pagáis.

Los asesinos que la flanqueaban rieron por lo bajo. Aquellas risas masculinas me sacaban de quicio. Me sonrojé, pero no dije nada. Vincent me rozó la pierna con la suya en un gesto de consuelo.

—Qué risa, ¿no? Si os parece una broma, siento lástima por vuestras parejas —atajó Vincent mientras paseaba los ojos por los hombres altos que

había a cada lado de la reina—. Si no os ha pasado nunca, puedo daros algunos consejos.

De inmediato dejaron de reírse y sacaron cuchillos de las correas que les entrecruzaban el pecho. Faye alzó una mano para detenerlos.

—¿Por qué nos habéis ayudado? —pregunté para tratar de atraer la atención de todos de nuevo hacia mí. Apreté la pierna con firmeza contra la de Vincent para que se centrase en la sensación y no saltase de nuevo.

Faye se encogió de hombros y mordió una fruta crujiente.

—Quiero algo. Plantéatelo como una ofrenda de paz. Os entrego y vuelvo a estar a buenas con ella.

—Dianna.

Faye asintió.

—Es maravillosa. De verdad. Había oído historias de cuando estaba en Onuna. Nismera intenta silenciarlas, pero la gente habla. Oímos que quemó una dimensión entera, que arrasó una ciudad, que peleó con Samkiel y ganó. —Dejó escapar un largo silbido—. Además de eso, se planta aquí y sacude a Nismera hasta lo más profundo de su ser, aunque jamás lo admitiría. Deletrear su nombre con los cadáveres de sus soldados fue una jugada atrevida, que se tornará leyenda y se contará mucho después de que todos hayamos muerto.

—Sí que lo es. —Asentí con la cabeza.

—Se enfrentó a los hermanos y, por lo que he oído, les dio lo que se merecían. Y luego… Luego inutilizó los buques de guerra de Milani.

¿Has visto alguno de cerca? —preguntó Faye, cada vez más emocionada. Había subido la voz y movía las manos con entusiasmo.

—Sí, nos han perseguido —ironizó Vincent.

—Oh, no. Eso son hormiguitas comparadas con su buque insignia. Hay quien dice que lo estaba preparando para cruzar dimensiones. ¿Y sabéis dónde está ahora? —Enarcó una ceja y nos miró a los dos, que aguardamos sin decir nada—. Desperdigado por el suelo en un millón de fragmentos. A

ese ser, a ese poder es a quien yo quiero seguir.

—Bueno, pues me alegro —repuse, un poco irritada con tantas loas a Dianna. Le podría decir a Faye que también era a veces una zorra psicópata, pero estaba segura de que entonces le gustaría aún más.

—Haces bien —dijo. Los asesinos de las sombras se distribuyeron a nuestro alrededor; nos vigilaban con cautela—. Porque ¿a que no adiviná is quién llamó a mi puerta mientras dormíais?

La mano de Vincent me acarició la rodilla, y yo lo miré.

—Eso es. Los hijos de Unir, en carne y hueso. Iba a cortarles la cabeza, pero un pajarito negro me dijo que ya no están con Nismera.

—¿Qué? —preguntó Vincent. Se inclinó hacia ella.

Bueno, eso explicaba por qué acompañaban a Samkiel y Dianna, pero también me generaba un montón de preguntas. Dianna los odiaba. Samkiel también.

—Sí. Nadie sabe lo que ha pasado, pero ahora parecen tener algún tipo de vínculo con Samkiel y Dianna.

Me daba vueltas la cabeza. ¿Qué podía haber en los dominios tan poderoso como para forzarlos a trabajar juntos? Y entonces recordé el medallón que todos querían.

Le dio otro mordisco a la fruta, y el corazón quedó a la vista.

—Lo que no me esperaba es que estuviesen tan buenos en persona.

Arrugué los labios con gesto asqueado.

—No creo que en eso nos pongamos de acuerdo.

Sonrió de oreja a oreja y mordió la fruta, con la boca llena.

—En todo caso, lo que digo es que Dianna se enfrenta a las fuerzas más poderosas del mundo y, en vez de dejarse intimidar, les escupe.

Necesitamos un líder así. Nismera y sus aliados nos han tenido bajo su bota durante eones, y nadie la ha desafiado. Lo han aceptado y ya está. Dianna será la llama que encienda una puta revolución, y yo quiero estar allí y sostenerle la maldita antorcha.

Suspiré. No podía negar lo que decía.

—En ese caso, harás bien en seguirla. Vuestro plan solo tiene un pequeño defecto.

—¿Y cuál es?

—No le caemos bien. Entregarnos a ella como oferta de paz no os ayudará.

Dejó la fruta en la mesa y se levantó con una sonrisa en la cara. Un asesino se adelantó y le entregó un diario sucio y gastado. El corazón me dio un vuelco. Era de Elianna.

—Oh, justo por eso os voy a entregar a ambos. Y, además, esto. Será un bonito regalo para sellar nuestra nueva alianza. ¿Qué mejor modo de ganarse una plaza permanente a su lado que presentarse en su puerta con los enemigos que se le escaparon?

—No intentabas ayudarnos, ¿verdad? —Por fin lo comprendí—. En la batalla de Paso de Oro. Estuvisteis todo el tiempo observando lo que pasaba.

—Quería saber qué podía hacer para ayudarla. —Faye se encogió de hombros—. La idea era capturaros a los dos con el medallón y entregaros a ella, pero me tendré que conformar con esto.

Vincent estaba de pie antes de que yo reconociese la amenaza. Las sombras de los muros se hicieron más oscuras y de ellas brotaron asesinos, ataviados de negro de los pies a la cabeza y armados hasta los dientes.

La magia se me arremolinó en las manos, pero se extinguió en cuanto recibí un golpe en la nuca. Todo se volvió negro.



Cuando nos tapamos la cara con los pasamontañas, arrugué la nariz.

Reggie estaba a mi lado, vestido igual que yo, con la mirada fija al frente.

Llegamos a Aldmoor, la tierra de la decadencia, cubiertos de pies a cabeza con ropa oscura y con los mantos bien atados.

—¿Sabes? —dije, con los brazos en jarras—. Cuando lo escribió en el mapa creí que exageraba o que quería asustarnos, pero… —En vez de terminar la frase, dejé escapar un profundo silbido mientras contemplaba el humo que cubría la atmósfera como fango. En aquel lugar, la polución por sí sola acabaría con un mortal en segundos. Era un planeta echado a perder.

Contemplé la sucesión de colinas cubiertas de vegetación muerta y retorcida, el paisaje recubierto de ceniza y los numerosos volcanes que derramaban gases tóxicos en el cielo.

Un chillido taladró el aire y Samkiel y yo nos agachamos para esquivar una bestia, con cuatro alas y sin pelo, que volaba por encima. Pasó sobre nosotros sin dejar de chillar, y trazó círculos alrededor de otras bestias iguales.

—¿Ves, Reggie? —Le di un golpecito en el hombro—. Y tú que te



quejas de que nunca te llevamos a sitios bonitos.

—Me mimáis demasiado —respondió con un hilo de voz.

Samkiel soltó una risita.

—¿Cómo puede vivir algo aquí? —pregunté—. Dioses.

Se encogió de hombros.

—Puede que ya viviesen aquí antes de que se convirtiera en un yermo, y la evolución se haya encargado del resto.

Fruncí el ceño y observé las bestias que daban vueltas en aquella atmósfera espesa como una sopa.

—Intentemos no ser parte del menú.

—Me lo apunto —respondió.

Samkiel materializó una tienda de un tejido tan gris como la ceniza que flotaba en el aire como nieve sucia. Una ráfaga de viento abrió la solapa, lo justo para mostrar el interior, espacioso pese a la modesta apariencia del exterior.

—Quédate aquí a salvo. Si oyes algo, teletranspórtate hasta nosotros,

¿de acuerdo? —le dijo Samkiel a Reggie.

Menos mal que aún conservaba ese poder. Por el momento, sus visiones eran casi inexistentes.

Reggie asintió y me miró.

—Ten cuidado.

—«Cuidado» es mi apodo —dije con un guiño.

Samkiel ahogó una risa y me rodeó con un brazo para sacarme de allí.

—Te prometo que no tardaré —le dije a Reggie. Me despedí con la mano mientras él se metía en la tienda.

Estuvimos caminando por el bosque muerto, fuera del alcance de las bestias

voladoras, hasta que llegamos al punto marcado con una X en el mapa. Sin embargo, al levantar la vista no vi nada fuera de lo corriente, tan solo rocas irregulares y cavidades poco profundas. De los charcos nauseabundos de lodos tóxicos surgían monstruosas

protuberancias que burbujeaban y derramaban todavía más gases en el aire.

—La X marca el punto, pero no veo ninguna entrada —dije.

Me volví hacia Samkiel, que tenía el ceño fruncido. Se paró delante de mí, se agachó y empezó a apartar tierra y ramas podridas. Lo observé mientras se manchaba las manos cada vez más, y esperé.

—¿Ves? —comenté—. Te lo he dicho.

—¡Ajá! —dijo, y se levantó a toda prisa.

—¿Qué? —pregunté. Me puse a su lado, y la excitación y el alivio me inundaron al ver lo que había desenterrado. Lo cogí de los bíceps y le sacudí los brazos con suavidad—. ¡Buen trabajo!

Fingió que lo tenía claro desde el principio, pero ambos sabíamos que, como mucho, había sido una buena suposición.

—He aprendido de la mejor. —Me guiñó un ojo.

—Pero qué listo eres… —Sonreí—. A mí me parecen runas, o algo así.

¿Entiendes lo que dicen?

Los dos las miramos con la cabeza ladeada, como si eso pudiese ayudarnos a descifrar la inscripción.

—Hummm. —Se frotó la barbilla—. La verdad es que no.

Suspiré, con los brazos en jarras, y él me miró.

—Hemos llegado hasta aquí. No nos vamos a quedar ahora atascados por…

Un chillido poderoso ahogó mis palabras, y Samkiel me derribó.

Golpeé el suelo con fuerza, con la masa de Samkiel encima de mí. Cuando el polvo se asentó, me asomé sobre su hombro y vi una gran bestia de cuatro alas que nos gritaba.

El único rasgo que se distinguía era el pico, que sobresalía de una cara

lisa, sin ojos ni oídos, al menos que yo pudiera ver. La piel gris, sin pelos ni plumas, estaba suelta y arrugada, excepto sobre las alas membranosas.

Rodamos para esquivar su ataque y nos pusimos de pie mientras el animal se arrastraba hacia nosotros sobre las alas. Samkiel y yo nos tiramos en direcciones opuestas, y el ser se cruzó entre nosotros, moviéndose con dificultad. Samkiel se levantó y corrió a mi lado. Me levantó de un tirón y retrocedimos hasta la pared rocosa.

—¿Quieres ser el cebo, o lo soy yo? —preguntó Samkiel sin quitar los ojos de la fea bestia.

—¿Y me lo preguntas ahora? —siseé con los dientes apretados.

—Yo seré el cebo —dijo, y me empujó a un lado.

La bestia rugió y, al ver que nos separábamos, se lanzó a por mí. Al carajo lo de que él fuese el cebo. Me tiré al suelo y, al rodar hacia la izquierda, me hice una rozadura. Unas alas terminadas en garras trataron de alcanzarme, pero fui muy rápida. La bestia chilló y giró la cabeza, con el enorme pico abierto de par en par. Las llamas que me brotaron de la punta de los dedos atrajeron la atención del animal. Estaba tan concentrado en mí que ni siquiera se fijó en los ojos plateados que emitían un fulgor siniestro entre la desolación que nos rodeaba.

Samkiel cargó contra él. La bestia solo tardó un segundo en reaccionar, pero fue un segundo de más. Rugió, y al mismo tiempo

Samkiel invocó una espada ardiente y la abatió sobre ella; la cabeza rodó por el terreno desigual.

El muñón del cuello rezumó una sangre verde que formó un charco alrededor de los restos.

—Qué divertido —dije, y me limpié la suciedad de la ropa mientras Samkiel me ayudaba a levantarme—. Estoy de coña, claro.

Samkiel suspiró hondo y me examinó de pies a cabeza.

—Me apetecía ser el cebo.

Le pinché los abdominales con gesto juguetón.

—Demasiado músculo. Seguro que no hay quien te trague.

Abrió la boca para responder, pero la cerró al notar que el suelo temblaba. Me sujetó y tiró de mí hacia él para protegerme, como si creyera que la montaña se iba a derrumbar sobre nosotros. Pero lo que temblaba no era la montaña. Nos giramos y vimos que, a medida que la sangre de la bestia llenaba los surcos profundos, las runas se iluminaban una a una. La pared de roca que había junto a nosotros se abrió con un silbido y reveló la entrada de una oscura caverna.



–¿Estás segura de que es igual que en tu sueño? —le pregunté mientras avanzábamos pegados a la pared de la cueva y seguíamos un camino rocoso en espiral. Las estalactitas del techo rezumaban humedad.

—Sí. Y, ahora, sígueme —dijo Dianna, que me miró por encima del hombro, exasperada. El aire no era tan punzante como en el exterior, así que nos habíamos destapado la cara. Me dio la espalda de nuevo y reanudó el paso. Cada vez nos internábamos más en la montaña. Tenía la esperanza de que el camino no nos llevase al corazón de uno de aquellos volcanes.

—He de decir que estoy disfrutando la vista.

Lanzó una breve mirada a su alrededor.

—¿Este lugar? —preguntó, y me miró de reojo, con cara de incredulidad.

Sonreí y dejé que la expresión lasciva le dijese a dónde miraba en realidad. Sacudió la cabeza y se rio. El sonido de la risa llenó la caverna, y creí sentir que algo se movía como respuesta. Como si las

paredes hubiesen recordado por fin que antaño fueron testigos de tiempos más felices. El estrecho camino nos escupió en lo que parecía una antecámara circular.

—¿Cuántos momentos de nuestra relación acaban bajo tierra? ¿Te lo has planteado? —pregunté cuando nos detuvimos en el centro de la sala.

Suspiró, puso los brazos en jarras y giró sobre sí misma, despacio, para estudiar las altas paredes.

—Con esta, ¿cuántas veces llevamos? ¿Tres?

—Sí. —Miré alrededor y observé las bocas abiertas de tres túneles.

Sobre cada uno había runas talladas. Ojalá supiese lo que significaban.

—No veo más monstruos por aquí, en caso de que haga falta sangre para abrirlos —comenté.

Frunció el ceño y se quedó unos instantes pensativa.

—Están sobre las tres puertas. Puede que sea otra prueba para encontrar el cáliz, pero distinta. Dudo que quien lo haya escondido tan bien luego ponga una pista tan sencilla.

—Genial, más pruebas —suspiré—. Cómo odio todo esto.

Esbozó una sonrisa.

—Y yo —se mostró de acuerdo—, pero la pregunta es: ¿por dónde vamos?

Se mordió el interior de la mejilla y dio golpecitos con el pie al tiempo que paseaba la vista de una puerta arqueada a otra. Podía sentir sus recelos a través de nuestro vínculo y sabía con exactitud lo que estaba pensando.

—No lo digas —pedí.

—Esto no estaba en mi sueño —dijo con la nariz arrugada de concentración. Dioses, era adorable, pero sospeché que su plan no me iba a gustar.

Inspiré hondo y luego dejé escapar el aire con un suspiro.

—¿A qué te refieres?

Dianna señaló alrededor con un gesto de las manos.

—En mis sueños, al llegar aquí encontramos la sala del trono. Y es obvio que aquí no hay una sala del trono.

—Hummm —dije. Me acerqué a los túneles, uno tras otro, y traté de

ver algo en la oscuridad. No parecía haber ninguna diferencia. Todos eran igual de lúgubres y retorcidos.

—Bueno, no podemos dividirnos —comenté.

—¿Y si es una prueba? —me preguntó.

—¿No habíamos acordado que, en efecto, lo era?

—No, me refiero a una prueba para mí. —Tragó saliva—. Él quiere que quien venga en busca del cáliz, sea yo u otra persona, demuestre su valía.

¿Y si es un laberinto, que sigue y sigue y sigue mientras vayamos juntos?

—No me gusta lo que sugieres —dije, poniéndole mala cara. De ninguna forma pensaba dejarla sola ahí dentro.

Cruzó la distancia que nos separaba y me puso la mano en el pecho.

—Lo que digo es que aquí estamos a salvo. Nadie nos ha seguido. Si mi sueño es correcto, deberíamos estar en la sala del trono. Pero no es así, de modo que quizá este lugar mágico esconde el vaso mágico a propósito.

—Me da igual —respondí muy serio—. No pienso separarme de ti.

Levantó la mano y agitó el dedo; el anillo relució en la penumbra.

—Y no lo harás. Mira, lo sigo llevando puesto.

Inspiré con fuerza y, sin quitarle los ojos de encima, grité:

—Te lo juro, Gathrriel, si esto es un truco, te encontraré en la otra vida y te haré sufrir.

Dianna frunció los labios al oír que mi voz reverberaba por toda la gruta, cada vez más tenue a medida que se perdía en los túneles. Asentí, convencido de que quien quiera, o lo que quiera, que aún permaneciese en este lugar había recibido mi mensaje.

—Te amo —dijo Dianna. Se me pegó y se puso de puntillas para darme un tierno beso.

Retrocedió y dejó escapar un suspiro agitado al tiempo que examinaba los túneles.

—Cinco minutos o aplano la montaña para encontrarte.

Puso los ojos en blanco.

—No puedo encontrar el cáliz en cinco minutos.

—Cuatro —dije mientras la seguía a la boca del túnel que había elegido. Me paré sin cruzarla.

—Animal sobreprotector —se quejó con un bufido.

Se adentró en la oscuridad del túnel. En el momento en que nuestras manos se separaron tuve que hacer un esfuerzo para no salir corriendo detrás de ella. Me crucé de brazos, planté los pies en el suelo y vigilé la oscuridad que se había tragado su silueta. Trastabillé y retrocedí cuando los tres túneles desaparecieron, remplazados por una pared lisa de roca. Corrí hacia la pared y pasé las manos por ella, en busca de cualquier cosa, una ranura o un relieve irregular.

—Joder —les dije a la sala vacía y a la gruta que se había tragado a mi esposa—. Tenía razón.



«¿Sami?», pregunté, y de inmediato me respondió una ola de calidez que me anegó la mente.

«Joder, menos mal», dijo con evidente alivio. Yo bufé.

«¿Qué le ha pasado a la puerta?».

«Parece que mi chica hermosa e inteligente tenía razón. Es un truco, pero solo para quienes lo merecen».

«¿Estás bien?», le pregunté; el sonido de su voz en la cabeza me brindaba una sensación de paz.

«Mientras tú lo estés, sí, *akrai*».

Sabía que podía notar mi inquietud, así que le envié todo mi amor por el vínculo. Era la única persona con la que yo compartiría esa debilidad.

«Estoy bien, pero con ganas de terminar con todo esto».

«Te esperaré. Grita con todas tus fuerzas si me necesitas. Ya he empezado a excavar la maldita pared».

«Los cinco minutos no han pasado aún», dije con tono divertido.

«La cuenta atrás acabó nada más desaparecer la puerta».

Sacudí la cabeza, pero no pude evitar que el amor y la alegría

atravesaran el vínculo. Avancé por el largo túnel; las pisadas cada vez sonaban más fuertes. Reduje el paso y traté de ver algo a través de aquella oscuridad infernal, y me di cuenta de que caminaba sobre una capa de viejos huesos que mis botas reducían a polvo. Me detuve y examiné los muros con sorpresa, y solo entonces reparé en que cruzaba una tumba.

Por los dioses. No solo acabábamos siempre bajo tierra, sino que, además, las tumbas empezaban a convertirse en un decorado temático de nuestra relación. Ya estaba un poco harta, pero decidí no decírselo a Samkiel. No hacía falta que nos traumatizásemos los dos. Suspiré y seguí adelante. Ojalá el sigilo no fuese necesario, porque cada paso que daba resonaba por los túneles. El que yo seguía se abrió a una gruta y, cómo no, aparecí en el sitio a donde solía guiarme mi sueño.

En realidad, era la misma caverna, pero esta estaba abandonada y todo lo que contenía daba fe del paso del tiempo. El trono estaba

agrietado y caído de lado, los enormes cráneos de las paredes se desintegraban ante mis propios ojos. El suelo estaba agrietado y se desmoronaba, y la piedra de las paredes tenía profundas marcas de garras. Daba la impresión de que Gathrriel había destruido su dominio, o lo que fuera ese sitio, con sus propias manos. La ira y el dolor que sentí cuando me poseyó persistían en el ambiente.

«¿Qué pasa? —preguntó Samkiel—. Pareces inquieta».

«Todo está hecho pedazos —expliqué—. Diría que él mismo, en su dolor, lo destrozó todo».

Guardó silencio unos instantes.

«Supongo que pronto averiguaremos por qué. ¿Has conseguido el cáliz?».

«Casi —dije—. Déjame concentrarme, por si hay más trampas. Ya te avisaré de lo que encuentro».

«Ten cuidado», me advirtió. Lo oía gruñir mientras se afanaba en atravesar el muro, y luego nuestro vínculo cesó.

Me adentré más en la caverna, mirando la oscuridad en busca de amenazas. El silencio escondía un millar de gritos, y su peso resultaba opresivo. Me sorprendió ver que la tarima y el pedestal aún perduraban entre los restos de la sala. El cáliz que ocupaba el pedestal me llamaba. Subí los escalones con cuidado. En la realidad era más bonito que en el sueño, con enrevesados diseños ig'morruthen en el tallo y en la copa.

Le acerqué la mano muy poco a poco y rocé un lado con los dedos.

Esperaba que algo me perforara la carne o la quemara y me la arrancase de los huesos, pero no pasó nada. Miré a mi alrededor, inquieta, y, con los hombros encogidos, rodeé el cáliz con la mano. Lo alcé una fracción de centímetro, a la espera de que una roca

gigantesca cayera del techo y me aplastase. Pero, de nuevo, no pasó nada. La escasez de drama me resultó casi anticlimática.

—Hum.

Lo levanté de su lugar de reposo y me fijé en que había una runa grabada debajo, similar a las que había fuera. Yo no podía leerla. Quizá no fuese más que un sello para contener lo que acechaba dentro del cáliz. Bajé de la tarima y miré lo que tenía en la mano. Como en el sueño, estaba lleno de un líquido oscuro que se arremolinaba. Me lo acerqué a la nariz y lo olfateé, y el olor de la sangre me llenó las fosas nasales. Era inconfundible.

Y no parecía tener nada añadido. Era exactamente lo que Gathrriel había dicho que era.

Lo que hice a continuación fue una verdadera estupidez, y, de haber estado allí Samkiel, habría tratado de disuadirme, pero tenía que hacerlo. En parte por el poder, sí. Los dioses sabían lo que me gustaba un buen chute de poder. Pero también porque necesitaba saber lo que Gathrriel no nos había contado. Mi mismo ser se retorcía de ganas de saber la verdad, la pieza que faltaba en el rompecabezas. Necesitaba esas respuestas. Así que levanté el cáliz en dirección al viejo trono, a modo de saludo, y me bebí el contenido de unos cuantos tragos.

La sangre de Gathrriel me golpeó como sidra especiada que me quemó el gaznate mientras se abría camino por mi cuerpo. Me atraganté y tosí, y el cáliz cayó con un tintineo sobre el suelo de la gruta. En un instante yo estaba allí, en el presente, y, al siguiente, los recuerdos de otra persona se derramaron como un torrente por mi cerebro.

No retrocede cuando mis soldados se echan a reír, sino que cuadra los hombros y aprieta los dientes.

—Me dijeron que eras un gran general, pero lo único que veo aquí es una bestia.

Por toda la sala se oyen gruñidos, y numerosos pares de ojos se iluminan de rojo. Y, aun así, aquella mujer guerrera no se estremece, ni siquiera cuando mi figura se alza sobre ella.

—Acostúmbrate a las bestias, princesa, porque no vas a salir de aquí.

Un dolor me recorrió la mente y perturbó por un momento la visión.

Sentía que la cabeza me iba a estallar por toda la información que recibía.

Los jirones de recuerdos se doblaron y se plegaron.

El fuego que chisporroteaba derramaba una luz tenue sobre la sala. Yo la cogí de la mano y, por primera vez en mi vida, supliqué.

—¿Me prometes que volverás?

Se inclinó para acercarse y, con una mirada dulce y cálida, me besó la mejilla. Un ascua se me encendió en el pecho, y quise poseerla, retenerla…, amarla. Yo, y nadie más. Quizá fuese una bestia, como ella había dicho.

Los recuerdos se derramaron uno tras otro en mi mente, repletos de reuniones secretas, pensamientos apenas susurrados e información compartida. Me llenaron la cabeza hasta que ya no pude soportarlo más, pero luché e hice todo lo posible para seguir con ellos, en el pasado.

Una discusión acalorada en el exterior de una caverna mientras la lluvia amortiguaba las palabras. Brazos en alto y acusaciones arrojadas de uno a otro hasta que la presa se rompió y el calor de la discusión se transformó en besos apasionados. Los gemidos, ahogados por la tormenta,

dieron paso a promesas susurradas que se extendían mucho más allá de un mundo devastado por la guerra.

Detalles de acuerdos alcanzados y tratados sellados. Vvive y Gathrriel eran fuerzas de la naturaleza cuando se elevaban en el cielo. Las batallas que lucharon fueron legendarias. Vi que la guerra daba un vuelco a favor de los dioses.

Lágrimas y Muerte. Lo vi parado junto a un Gathrriel destrozado mientras Vvive desnudaba su alma y creaba la primera marca de Dhihsin.

Con la nueva alianza, las cosas cambiaron, pero una cosa siguió igual.

Aunque se toleraba una relación, no se permitiría que fuera más que eso.

Vvive fue devuelta al reino de su padre, y Gathrriel se marchó con las manos vacías, excepto una carta escrita no con la letra de Vvive, sino de su padre.

Un dolor agudo hizo que me pitaran los oídos, y el recuerdo se desvaneció. Tiré de él una vez más, y las visiones volvieron como un torrente.

—Pero, padre, yo lo amo.

—¿Lo amas? Te ha retorcido la mente y te ha utilizado. ¿Es que acaso no lo ves?

Vvive se llevó las manos al estómago y alisó el fino vestido sobre el bulto de la barriga, pequeño aún pero creciente.

Su padre retrocedió.

—¡Es una abominación! —escupió.

Sentí que me latía la cabeza y que los colores de la visión se fundían unos en otros, y luego cambió.

La oscuridad envolvía el cielo, y se hacía más y más profunda con cada aleteo. El miedo me corría por las venas y tornaba mi sangre espesa y caliente. Ella llevaba fuera demasiado tiempo, y yo sentía… No podía expresar con palabras lo que sentía. Lo único que sabía era que había desaparecido. ¿Cómo podía haber desaparecido?

Recuperé mi forma natural antes de que los pies se posaran en la tierra. Los guardias de armaduras de plata gritaron y se dispersaron mientras yo subía a la carrera las escaleras de marfil y me adentraba en mi propia pesadilla privada. La sangre formaba un charco sobre el suelo de baldosas y goteaba de las paredes, mancillando la prístina belleza de aquella habitación. Detuve la mirada en la pequeña figura desplomada a los pies de los soldados. El dolor me atravesó, me explotó en la garganta como un rugido de angustia. Los soldados, con las espadas aún en la mano, no tuvieron tiempo de reaccionar. Las llamas se derramaron sobre ellos y convirtieron en cenizas todo lo que tocaron; lo cubrieron todo. Todo, excepto a ella. Vvive yacía en el suelo ensangrentado, y la mano pequeña y quebrada le descansaba sobre el estómago. Comprendí que había tratado de proteger a nuestra hija hasta su último aliento.

Una agonía desmesurada, sin límites, me consumió la piel, los huesos, la mismísima alma. No reparé en que había caído de rodillas y la sujetaba entre los brazos, pero estreché a mi amata y a mi hija contra el pecho. Eché la cabeza atrás y a gritos juré vengarlas.

Empezó la guerra. Bueno, la empecé yo, en toda su gloria impía. Me sumergí en la violencia, alcé hordas de ig'morruthens y las lideré en una batalla tras otra contra los dioses. Vencimos, y perdimos, en un ciclo interminable de muerte; pero, por mucha sangre que sacrificase en su nombre, el dolor nunca remitió. Hasta que no sostuve en mis manos la cabeza de su padre, con el rostro inmovilizado por la muerte, no comprendí lo profundas que eran mis heridas. Por fin

había matado al ser que me había arrebatado todo aquello que amaba, y, aun así, no era suficiente.

Regresé a mi dominio y a sus pozos ardientes para refugiarme en el único hogar que había conocido, pero allí tampoco hallé consuelo. Mi auténtico hogar era Vvive. Su presencia había llenado el mundo de amor, paz y bienestar. Sin ella, no había más que huesos y piedra cubierta de cenizas.

Cuando Muerte acudió por fin, y las rodillas me fallaron durante la batalla, todavía no había terminado. Mientras los dioses vivieran, yo no descansaría. Tenía que vengarlas, a ella y a nuestra hija. Con mi último aliento, maldije aquel dominio y mi sangre para, algún día, regresar y terminar lo que había empezado. Y, al hacerlo, me sentencié a mí mismo al limbo, a no existir en ningún dominio o dimensión, sino en algún punto intermedio. Estaba allí, pero, a la vez, no. Como si mi alma estuviese en un mundo diferente, y mirase aquel a través de un portal. Era un dolor y una tortura como nada que hubiese experimentado en el plano de los vivos, y, con todo, para mí era el paraíso.

Unir y… Oh, dioses. Dos figuras lo acompañaban. Todos vestían los mismos atuendos con capucha.

Me volví hacia la mujer de los brillantes ojos verdes, que me taladró con la mirada. La bruja. Me había ayudado.

—Mancillarán tu linaje.

El mundo en que se hallan es cálido y brillante, y totalmente nuevo.

—Y lo reconstruirán de nuevo.

Un bebé lloró, y vi que Unir envolvía a un recién nacido en una manta suave; una bebé diminuta de pelo plateado.

El corazón se me iba a salir del pecho, y sentía que la cabeza me iba a estallar en pedazos. Tenía que decírselo a Samkiel. La caverna se deformó y se agrietó; la magia que la sostenía se vaciaba como el agua que se vierte de una copa.

Oí a mis espaldas el sonido de unas pesadas botas sobre la piedra que se acercaban por el túnel. Como si mi sufrimiento lo hubiese invocado, Samkiel se abrió paso en la caverna. Estaba cubierto de polvo y suciedad; por su aspecto, se diría que había peleado con la mismísima montaña para llegar hasta mí. Se detuvo en seco al llegar a mi altura y yo le sujeté los brazos para que su presencia me brindase estabilidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué problema hay? —preguntó, frenético,

mientras me examinaba en busca de heridas.

—El cáliz —balbucí por fin, con un gesto hacia la copa caída. Estaba vacía; no quedaba en ella ni una gota de sangre.

—¿Te lo has bebido? —preguntó—. ¿Todo?

Asentí, enloquecida.

—Lo he visto. Oh, dioses. Lo he visto todo.

—Frena un poco y cuéntamelo —pidió.

Pero no podía. Jadeaba, y todavía sentía el dolor de haberlo revivido todo, a pesar de que no fuera mi pasado. Era el de Gathrriel, el de Vvive. Y

también el de Unir. Era su historia. Oh, dioses. ¿Qué había hecho?

—Vvive estaba embarazada. —Se me escapaban las palabras más deprisa de lo que podía procesarlas—. Cambiaron las historias. Todas. Son todas mentira. Le robaron a Vvive, y a su hija. Los dioses los

mataron, porque temían lo que era la niña, el poder que llevaba en su interior.

—¿Es todo lo que te ha mostrado? —preguntó Samkiel—. ¿Todo lo que has visto?

—Sí y no. Vi una figura, una bruja, y a Unir, que sostenía un bebé en brazos. Un bebé… de pelo plateado. Creo que era Nismera, pero no sé qué significa.

Me pasó las manos por el cabello, para consolarme, mientras me inspeccionaba la cabeza y el rostro con la mirada.

—Tranquila —dijo, y se inclinó para besarme.

En cuanto nuestros labios se rozaron, retrocedí de un salto y le sujeté el cuello con la mano.

—Tú no eres mi marido.

—No. —Sonrió, como si no le preocupara que lo tuviese cogido del cuello. Entonces los ojos grises se volvieron rojos y me apartó la mano de un manotazo. Sentí que un puñal se me clavaba en el abdomen. Lo retorció, y la sangre me subió por la garganta y me inundó la boca con su sabor.

¿Kaden? ¿Nos había traicionado? No. Por fin reconocí los ojos. Los

había mirado en uno de los peores momentos de mi vida. La figura de Samkiel se retorció y se transformó, se hizo menos alta y corpulenta. Unos largos rizos plateados remplazaron el cabello moreno.

Nismera.



Un poco antes

A medida que excavaba el muro, las rocas y el polvo se acumulaban a mis pies. Le había dicho que lo haría, como precaución. Di un paso atrás, suspiré y puse los brazos en jarras. Cerré el puño y besé el anillo brillante que me rodeaba el dedo anular. Cómo me alegraba de haberlo hecho antes de perder a Killium. Simbolizaba nuestra promesa mutua, el compromiso que nos unía por toda la eternidad, y agradecía de verdad que me sirviese para hablar con ella. Mentiría si dijese que no estaba contando cada segundo que permanecía fuera de mi vista, pero lo llevaba haciendo desde el momento en que había irrumpido en mi vida.

—La verdad, creía que te dejarías ver antes —dije, de espaldas a la entrada, sin dejar de mirar el anillo.

—Esperaba el momento oportuno —repuso Umemri.

Las botas chirriaron sobre la piedra cuando cambié de postura y le ofrecí mi perfil; luego incliné un poco la cabeza para mirarlo. Su figura imponente ocupaba la entrada entera. El cuerpo se retorcía y se agitaba bajo

el largo abrigo oscuro. Los pozos de sus ojos eran insondables y casi tan oscuros como el abismo del que había salido arrastrándose.

—¿A eso te ves reducido? ¿El rey del Altermundo envía sus diminutos insectos a cumplir sus órdenes?

—Ah. —Sonrió—. Así que los has visto.

—Los he visto todos y cada uno de ellos desde que abandonamos el Altermundo —dije, y por fin me volví del todo para encararme a él—. En cada alféizar de cada pensión en la que nos hemos alojado, en cada barandilla, en cada lugar de acampada. Pensé que tendrías las pelotas de hacer acto de presencia. Nunca creí que fueras tan cobarde.

La risa ronca y profunda casi tapó el sonido del tejido que se rasgaba.

Las sombras que lo rodeaban se estremecieron, y de la espalda se le proyectaron gruesos apéndices, largos y oscuros. Un poder turbio e insidioso brotó de él, y en la cabeza se le formó una corona. Las afiladas púas de hueso se elevaron hacia el techo, y el aro descendió hasta detenerse sobre la frente.

«Quien se ciñe la corona de Icnima gobierna el Altermundo».

Era lo que había dicho Eryx, lo que significaba que podía invocar lo peor de los pozos del Altermundo si lo deseaba. Por lo que recordaba de los libros y las historias de mi niñez, aquello no presagiaba nada bueno. No podía arriesgarme a que trajese nada a la superficie mientras Dianna estaba atrapada dentro. Necesitaba un nuevo plan, uno que le hiciese mantener la atención centrada en mí. Dianna había sido una buena maestra, y era hora de copiar una de sus tácticas favoritas. Lo iba a cabrear.

—Esperaba más de ti, oh, poderoso rey del Altermundo, el ser al que otros dioses evitan por miedo a su venganza. Y luego resulta que

necesitas insectos para que te hagan el trabajo sucio y nos vigilen. —De mis labios se escapó un silbido grave—. Puede que mi teoría fuese errónea. Tal vez no matases a Icnima. Quizá se suicidó para no sentir vergüenza ajena por tu culpa.

Como esperaba, me lanzó un apéndice largo y oscuro, pero fui más rápido. La plata refulgió entre las sombras, aunque invoqué el arma con tal rapidez que el brillo apenas se notó. Me eché hacia la izquierda y descargué un golpe. El apéndice carnoso cayó al suelo de la caverna, amputado, y Umemri siseó.

Fue una victoria pequeña y fugaz. Los tentáculos se abalanzaron sobre mí y me cogieron del cuello, el torso y las piernas, y me sujetaron los brazos a los costados. Me sacudió por los aires y me estrelló contra el techo.

Choqué con un golpe sordo y se me escapó el aire de los pulmones. Me golpeó contra el techo, las paredes y el suelo. Cada golpe poderoso contra la piedra hacía que me zumbasen los oídos. Dejé caer la espada. Se aprovechó de que estaba desorientado y me ató las manos; luego me dejó caer y recogió los apéndices.

La caída me arrancó un resoplido; me quedé tumbado un momento para recuperar el aliento. Al parecer, los tentáculos no se regeneraban. Era bueno saberlo. Era muy probable que el resto de él tampoco lo hiciese.

—Eres idiota por venir a por mí. —Escupí y me puse de pie, con todo el cuerpo dolorido. Invoqué otra espada ardiente desde el éter de mi anillo y la sostuve paralela a mi cuerpo—. Tu enemiga es Nismera, Umemri. Fue su legión la que hizo prisionera a tu mascota.

Los tentáculos se enroscaron detrás de él, como serpientes listas para atacar, pero no se tragó el anzuelo.

—¿Lo soy? Nismera me la iba a devolver cuando llegase. Tú la asesinaste.

Negué con la cabeza.

—La vendieron en una subasta. Se escapó de la jaula, arrasó la ciudad e intentó matar a Dianna. Hice lo que debía.

Arrugó los labios, y las líneas de las mejillas se extendieron y se abrieron. La bestia que se escondía tras aquella fachada se moría de ganas de que la lanzasen sobre mí.

—Se escapó del rey de Quinural, que la había secuestrado y la obligaba a mantener la forma de bestia. Ahora, él y su ciudad se pudren, y allí no vive nada excepto gusanos.

Un tentáculo largo y negro salió disparado hacia mi cabeza. Me agaché, y una grieta apareció en la piedra que tenía detrás. Levanté la espada, pero había aprendido, y esta vez reaccionó con mucha mayor rapidez.

—Uf. Ya estás otra vez con esos asquerosos insectitos. Tu obsesión es un poco antinatural —dije. Del techo nos cayó una lluvia de polvo.

—Qué lástima que los de tu raza os convirtáis en luz cuando morís —

comentó Umemri—. Me encantaría tener tu cráneo como trofeo permanente en mi salón del trono.

Me sacudí el polvo del hombro. Las amenazas me traían sin cuidado.

—No te hagas ilusiones. Los dos sabemos que no me podrías matar, ni aunque fuese tu día de suerte.

—Tu arrogancia será tu perdición, y me muero de ganas de verlo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Esperas que me disculpe por la muerte de tu murrak? —Nos medimos el uno al otro con la mirada, y una pequeña mueca burlona me asomó a los labios. Empezamos a dar vueltas en torno a la sala.

Por cada paso que yo daba, él respondía, sin quitar los ojos de mi espada.

No quería perder otro tentáculo.

—Se llamaba Sth —dijo, con tal virulencia que si las palabras fuesen espadas me habría hecho pedazos.

—No me importa una mierda cómo se llamase. Debería haber sido más cuidadosa a la hora de atacar a nadie.

—Claro que no te importa, oh, gran Destructor de Mundos. ¿Cuántas parejas sexuales has tenido en toda tu vida? Seguro que los nombres se confunden unos con otros. —Soltó una odiosa risita. Arrastraba el muñón del tentáculo por el suelo de la caverna.

—Más o menos —dije, con un gesto de indiferencia.

—Pero ella, la mujer por la que luchas y sangras… Para el rey de los

dioses su nombre es como una plegaria, ¿verdad?

Lo estudié. Sabía que me estaba manipulando con alguna finalidad, pero no sabía cuál. No había vuelto a atacarme, y, cuando me provocaba con lo único que yo amaba, me costaba hasta el último ápice de entrenamiento y fuerza de voluntad no reaccionar.

—Pretendo hacértelo pagar —siguió—, y cuando te la arrebaten quiero oírte gritar su nombre. —La forma de decirlo, y las palabras que eligió, como si fuese algo incontestable, hicieron que se me erizase el pelo de la nuca.

—Solo quieres ganar tiempo. —Me erguí; defenderme ya no me preocupaba—. No intentas matarme. ¿Por qué?

Levantó las manos y una sonrisa arrogante retorció aquella boca alienígena.

—Me has pillado.

Apreté con tanta fuerza el puño de la espada que me sorprendió que no se quebrase.

—Si crees que puedes enviar a tus bichos a por ella mientras me tienes aquí distraído, te equivocas. Si la tocas, será lo último que hagas en esta vida. Y me da igual si estamos en guerra o no.

Los ojos oscuros de Umemri relucieron, y la sonrisa se ensanchó y dejó a la vista demasiadas filas de dientes. Los oscuros tentáculos azotaron el aire y llegaron hasta la parte superior de la pared de la caverna.

—No son mis insectos lo que te debería preocupar que la tocasen.

Relajé un poco el agarre de la espada, pero ya era tarde. Umemri proyectó los tentáculos hacia arriba y los estrelló contra las grietas que había abierto mi cuerpo en la sólida roca del techo. La montaña se desmoronó sobre mí y me enterró vivo.

Enormes piedras presionaban cada parte de mi cuerpo, aplastándolo y rompiendo huesos. Gemí y traté de abrirme camino entre los escombros.

Joder, tenía que salir de allí. Tenía que llegar hasta Dianna. No sabía

cuántos soldados había traído Umemri consigo. Si la tocaban, reduciría el Altermundo a puñeteras cenizas. Solo pensarlo hizo que el miedo y la cólera me corrieran por las venas. Tenía que llegar hasta ella. El poder se me enroscó bajo la piel como una bestia viva al imaginar que él llegase a tocarla. Di golpes y puñetazos hasta que las rocas se rajaron y se quebraron y me cubrieron de polvo y guijarros.

Cuando salí a la superficie, una tos húmeda se me escapó de los labios.

Que me enterrasen vivo era una de las cosas que menos me gustaban, y más aún debajo de una puta montaña. El aire me llenó los pulmones y se me aclaró la visión. Nismera se había presentado y había arrasado el lugar.

Dianna.

Empujé para quitarme de encima los cascotes. En cuanto liberé las piernas, deslicé el pulgar por el anillo para sentir el vínculo. Me estremecí al sentir la calidez familiar de nuestra conexión. Gracias, joder. Pero el alivio duró poco, y mis esperanzas se ahogaron en la más absoluta agonía.

Me senté y me sujeté el abdomen. Un dolor fantasma, intenso y ardiente, me atravesó las tripas.

«¡Dianna! —grité. Nismera debía de haberla encontrado. Al apoyarme en la piedra para ponerme de pie, me hice una rozadura en la mano —.

¿Estás bien?».

La única respuesta fue el silencio. Desesperado, me esforcé por oír su voz, por sentir su esencia a través del vínculo.

Nada.

Mierda.

Rebusqué con la mirada, enloquecido, para intentar encontrar un modo de excavar y llegar hasta ella. Ni siquiera estaba seguro de dónde estaría. La caverna había colapsado, al parecer. Media montaña había desaparecido, y sobre mí se vislumbraba aquel cielo pestilente. Un gran estallido sacudió el suelo y me hizo caer de rodillas.

Me tapé los oídos y me volví a mirar el acantilado por donde habíamos

entrado en la caverna. Los buques de guerra cobraron vida y, mientras se elevaban hacia el cielo, dispararon los cañones a las bestias aladas. Los navíos desaparecieron tras las nubes con un fogonazo de luz cegadora, y supe que no solo se habían llevado a

Dianna. También habían capturado a Reggie. Los había perdido a ambos.



–La verdad… —dijo Nismera. Me sacó el cuchillo del estómago y lo volvió a clavar con fuerza. Después me dio un puñetazo en la cara con tanta fuerza que me dolió todo el cuerpo—. He de admitir que el beso no hacía falta, pero quería saber qué tenía Ayla para que mis medio hermanos se volviesen locos con ella. —Me cogió del pelo y tiró hacia atrás, lo que me arrancó un gemido—. Te seré sincera, entre nosotras, no ha sido nada especial.

Reuní hasta la última gota de energía que me quedaba y le di un cabezazo.

Me soltó, con mechones de cabellos todavía entre los dedos; el tirón súbito los había arrancado. El golpe apenas le hizo daño, pese a la fuerza con que lo di. Ni siquiera le sangró la nariz, y su única reacción fue echarse a reír.

—Me has pegado —dijo, tan sorprendida como si jamás se le hubiera ocurrido pensar que alguien pudiese atreverse.

Me aparté el pelo de la cara.

—En las peleas, suele ocurrir.

Me sacó el puñal de las tripas por segunda vez, y yo retrocedí, tambaleándome y jadeando. Estaba jodida, y lo sabía. Nismera no era solo una diosa. Era medio ig'morruthen, y no tenía ni idea de en qué punto de la escala de poder la ponía eso, pero muy por encima de mí. Si quería salir de allí, tenía que pensar y ser inteligente. Tiré de la magia de mi alianza de boda para invocar un cuchillo. Ella lo miró de reojo, y luego sonrió sin darle importancia y se dirigió hacia mí con paso perezoso.

Los pantalones de cuero oscuro y la camisa le moldeaban el cuerpo de un modo fantástico, y la armadura de escamas de plata le colgaba de las hombreras como un manto. Las botas acorazadas solo le llegaban a las rodillas. De buena gana admiraría el atuendo que llevaba si no me sintiese ofendida. Había decidido que para enfrentarse a mí no necesitaba la armadura completa. Aunque, visto por el lado positivo, eso dejaba un montón de puntos débiles a los que apuntar.

Levanté el cuchillo para atraer su atención, y cuando lo miró le di tal puñetazo en la cara con la otra mano que le echó la cabeza a un lado. Al girarse hacia mí para contraatacar, los rizos plateados le golpearon la cara.

Levanté el brazo para bloquearla. Esperaba que doliese, pero no estaba preparada para lo fuerte que era. No solo no conseguí bloquearla, sino que me partió la muñeca. El cuchillo cayó al suelo y yo salí despedida por la caverna. Choqué de espaldas contra el trono y reboté mientras los fragmentos caían por el suelo. Estaba acostumbrada al dolor, pero joder…

Casi ni me había sentado cuando ya la tenía encima y me sujetaba del pelo otra vez.

—Te lo reconozco. Has conseguido darme un golpe. La mayoría no llegan ni a eso —dijo mientras tiraba de mí para levantarme. Le golpeé la mano para que me soltase el pelo. De acuerdo, nuevo plan. Libérate y no dejes que te vuelva a tocar. Gemí cuando me puso en pie y me miró la muñeca flácida—. Pensaba que aguantarías más, dado que eres la que se ha profetizado y todo eso, pero diría que te he roto la muñeca.

—Por suerte para mí, me curo rápido —me burlé. La muñeca volvió a su sitio con un chasquido y le descargué el puño en mitad de la cara. La mano que me sujetaba el pelo perdió fuerza, y de un tirón me liberé.

Aproveché el impulso para saltar y echar la rodilla hacia atrás; luego le di una patada, directa a la barriga. La fuerza del impacto la hizo tambalearse, y yo caí de espaldas con un buen golpe que me arrancó un resoplido. Inspiré hondo y me puse en pie de un salto.

Nismera se miró la camisa, donde se veía con claridad la marca de la bota. Me gruñó, y por primera vez pareció cabreada.

—¿Qué pasa, zorra? ¿No estás acostumbrada a que te toquen?

Avanzó. Necesitaba concentrarme y no permitir que las preocupaciones y las emociones me abrumasen. Era muy rápida, más que Samkiel.

Bailamos una en torno a la otra mientras los puños y los pies volaban. Evité recibir ningún impacto directo, esquivándolos antes de que me rompiese un hueso. Cada golpe y cada patada que le lograba dar solo la cabreaban más.

Adopté un ritmo de adelantarme, golpear fuerte y retirarme antes de que pudiese responder, pero quizá me pasé de arrogante. La siguiente vez que me acerqué, ella lo había previsto, y de un puñetazo me lanzó deslizándome por el suelo. La tarima me frenó y el costado se llevó la mayor parte del impacto.

Me agarré a la tarima para ponerme en pie y procuré no respirar demasiado fuerte. No iba a ganar este combate. Mis golpes ni siquiera la afectaban. No tenía cortes ni hematomas, y, mientras tanto, yo me sentía como si me hubiese atropellado un camión. Diez veces seguidas.

Me miró con desprecio.

—Toda esa fuerza, ese poder, las profecías orales y escritas que decían que me ibas a destronar, ¿y esto es todo? —Frunció los labios —. Eres patética, y ni siquiera lo bastante patética como para que tenga gracia.

Los dientes me rozaban el labio partido.

—De toda la puta familia disfuncional que tienes, solo hay una persona

a la que quiera complacer, y no eres tú. —Y tenía que encontrarlo.

Se me acercó, amenazante.

—Tú…

—Sí. Se acabó la charla.

Levanté las manos y derramé por las palmas un torrente de fuego que la envolvió y la lanzó hacia atrás. Nismera atravesó la pared y desapareció en la oscuridad del otro lado. No le dediqué ni una segunda mirada, sino que me sujeté la muñeca mientras los músculos y los tendones se reparaban. Me volví y, forzando mi cuerpo más allá de sus límites, cojeé hacia la puerta.

Enseguida vendría a por mí, y, dado que era en parte ig’morruthen, supuse que mi fuego no la afectaría, pero al menos me daría tiempo para salir de allí y encontrar a Samkiel. No había muerto; si ocurriese, me daría cuenta.

Necesitaba llegar hasta él.

Derrapé para frenar en la boca del túnel al ver que una figura alta y corpulenta surgía de la oscuridad. Por un momento tuve un destello de esperanza, pero se apagó al instante, porque quien me cerraba la salida no era mi rey. No, era el puto rey del Altermundo. Miré a Umemri con odio.

Las ropas oscuras que vestía estaban manchadas de polvo y tierra, y la corona pesada y afilada que le ceñía la cabeza se podría usar como una puta arma. De la espalda le brotaron unos tentáculos negros y espinosos que se lanzaron a por mí y me envolvieron con la fuerza de una prensa. Me apretaron con fuerza el cuello, los brazos y las piernas, y me levantaron del suelo. Me sostuvo en el aire, pero a quien miraba con atención era al monstruo que yo tenía detrás.

—Tendrás mi ejército a tu disposición cuando lo necesites —dijo Umemri—. El Altermundo acudirá en tu ayuda, en cualquier lugar y en cualquier momento, siempre que me jures que él la verá morir. —Desvió la mirada hacia mí—. Con violencia.

—Dalo por hecho —ronroneó Nismera, satisfecha.

—Eres un idiota —le dije, furiosa—. Os utilizará a ti y a tu ejército, y



cuando termine se librará de ti como quien tira la basura.

Umemri me miró con odio, pero me dejó en el suelo, de pie. La sonrisa de Nismera parecía salida de una pesadilla, y eso fue lo último que vi antes de que me diese una patada en la cabeza.

Unos días después

Me dolía la cabeza y notaba la sangre que me corría por el lado de la cara y me goteaba por la barbilla mientras los guardias de Nismera me hacían bajar a rastras los curvos escalones de piedra. Las piernas me arrastraban por el suelo, pero el dolor que anegaba el resto de mi cuerpo sobrepasaba con creces la molestia de unas rodillas magulladas.

Cuando desperté y me encontré un collar muy familiar alrededor del cuello y las cadenas que me ataban las muñecas con fuerza, suspiré. Era un recordatorio de que, por mucho poder que tuviese, era posible someterlo.

Aunque el collar en sí no era una amenaza, como habíamos demostrado Samkiel y yo en el navío de Milani, las malditas cadenas negras lo cambiaban todo. Nismera me golpeó hasta que caí inconsciente, esperó a que despertase y me volvió a dar otra paliza, una y otra vez. Repetimos el proceso durante días.

Cuando se cansó, los guardias ocuparon su lugar. Competían entre ellos a ver quién conseguía romperme antes. Ninguno tuvo éxito. Que te den una paliza duele, desde luego. Pero no les iba a dar la satisfacción de oírme gritar. Cuando se hartaron de que no gritase, y de las lindezas que me salían de la boca, empezaron a cortar.

Los guardias se detuvieron por fin. Alcé la cabeza y parpadeé para

quitarme el sudor de los ojos. Traté de ver algo a través de los mechones pegoteados de sangre, y por fin se me aclaró la visión. La desesperación me estrujó el corazón y sacudí la cabeza, sin fuerzas, para que me soltasen.

Los guardias apenas repararon en mis tímidos intentos de liberarme.

Tiraron de mí para echarme a un lado y me dejaron caer al suelo. El impacto me sacudió los huesos e hizo que una nueva oleada de dolor me recorriera. Mientras me esforzaba por respirar hasta que pasase

la agonía, sujetaron la cadena unida a las esposas en un anillo clavado en el suelo.

Pero casi no me di cuenta, porque con el ojo que no tenía hinchado vi a la persona que menos esperaba encontrar ahí. Reggie, sentado en el centro de un círculo de runas y atado con las mismas malditas cadenas. Joder. Si lo habían capturado a él, ¿también a Samkiel? No. No era el momento de pensar en eso. Tenía que concentrarme. Necesitaba un plan. Samkiel estaba bien. Tenía que estarlo. No pensaba aceptar nada menos.

—Como comenzó, así acabará —cantó una voz de mujer.

—Como comenzó, así acabará —repitió otra voz femenina—. Así es como acaba el mundo.

—No dejan de repetirlo —dijo un guardia, que señaló con un gesto a las dos mujeres atadas que acompañaban a Reggie en el círculo. Debía de tratarse de los otros dos hados, lo que explicaba cómo se había enterado Nismera.

—No les hagas caso. Nuestro rey dice que están tan idas que la mitad del tiempo solo hablan de cosas del pasado.

El otro guardia chasqueó la lengua con desprecio y luego los dos se dieron la vuelta y se marcharon. La puerta chirrió, y nos quedamos encerrados. Me moví para tratar de acercarme a Reggie, pero el dolor de las heridas más graves me hizo chillar.

Reggie levantó la mano para detenerme.

—Estoy bien, pero tú…

Nunca había visto a Reggie expresar dolor, pero ahora retorció los

rasgos y los ojos se apagaron.

—¿Qué? —Sonreí como pude—. ¿No te parezco bonita?

Frunció el ceño como un padre que prepara una regañina, pero, pese a tener solo un ojo sano, vi lágrimas en los ojos del hado.

—Lo siento muchísimo.

—No te preocupes. —Tosí, y deseé no haberlo hecho. Estaba bastante segura de que tenía una o dos costillas rotas que me perforaban algún órgano.

—Dianna, ¿qué te ha hecho? —preguntó con la voz rota.

—Mira, es mejor que no lo sepas, y espero que tus visiones nunca te lo enseñen.

No pensaba contárselo, pero era imposible ocultar el estado físico en el que me encontraba, y Reggie no era idiota.

La mirada se posó sobre mi mano izquierda; me habían cortado los dedos y estaba cubierta de sangre.

—¿Tu anillo? —preguntó Reggie—. ¿Lo tiene ella?

Miré la puerta de reojo para asegurarme de que seguía cerrada y bajé la voz.

—No. En cuanto tuve oportunidad, me lo quité y me lo tragué.

Abrió un poco los ojos.

Me encogí de hombros, aunque me fastidió que solo se moviese uno, y también la punzada de dolor que me produjo.

—Trabaja con inteligencia, para ahorrarte trabajo —dije con los dientes apretados.

No dijo nada, pero intercambiamos una mirada de entendimiento. Poco a poco, dolorida, me cambié de posición y me aparté un poco de él. Luego me metí los dedos de la mano buena en la garganta. Me

dio una arcada; el estómago estaba deseoso de vaciar su contenido. El anillo cayó en el suelo de piedra entre un charco de jugos gástricos. Lo cogí y lo limpié como pude en los andrajos que llevaba. Nismera me había dado un saco viejo, más o

menos, y ya estaba roto y asqueroso.

Me rodeé el cuerpo con los brazos y, con la mano destrozada, empujé el anillo hasta ponérmelo en el meñique. El anillo iba grande y entró sin mucha resistencia; aun así, di un respingo de dolor al tensar los músculos bajo los nudillos mutilados.

«Estoy viva. —Envié las palabras por nuestro vínculo—. Estoy viva, y con Reggie. Espérame. Tengo un plan. No es un gran plan, pero es un plan.

Recuerda que te quiero».

Su presencia me inundó la mente, como una calidez que fue un bálsamo para mis nervios. La fuerza mayor y más poderosa que hubiese sentido jamás me acarició la piel, los huesos, la misma alma, y luego su voz se derramó por mi mente.

«Di…».

Me arranqué el anillo con un sollozo reprimido. La agonía de cerrar la conexión entre nosotros y de perder esa calidez me dolió más que todas las heridas y torturas, pero, si no lo hacía, sabría dónde estaba y vendría a por mí. Y aún no estaba lista. Si venía demasiado pronto, jamás averiguaríamos lo que buscábamos ahí. Estaba viva. Eso lo tranquilizaría un poco. Era mucho más fuerte de lo que Nismera creía. Me hiciera lo que me hiciese, lo soportaría. Tenía que hacerlo.

Sin dejar de vigilar la puerta, me afané en aflojar una piedra del suelo y escondí debajo el anillo. Puse la piedra en su lugar y la encajé para que no se notase que alguien la había tocado. Nismera volvería más pronto o más tarde, y, si me pillaba con la alianza, la destruiría,

o algo peor. No podía permitirle que la usara para encontrarlo, y además era mi única conexión con él.

—Así que la joya funciona incluso a esta distancia —dijo una voz profunda detrás de mí.

Gemí. Benditos dioses, creía haberme librado de él. En verdad, lo último que me apetecía era lidiar con él en aquellos momentos. Me volví a

mirarlo y me sorprendió verlo dentro de una burbuja dorada; donde la burbuja tocaba el suelo, había un anillo de runas que latían con intensidad.

Vaya sorpresa. No se lo había llevado Muerte, como yo creía, sino Nismera.

—Hola, Unir. —Lo saludé con la mano ensangrentada—. No te lo vas a creer. He conocido a tu hija.



Unos pasos amortiguados entraron en la sala, y luego algo cayó al suelo y se oyó un golpe y un ruido metálico de armas. Cameron suspiró. Me pasé el dedo por el labio inferior, pensativo, sin levantar

los ojos del mapa. Llevaba estudiando esa maldita cosa desde ni sabía cuándo, con la esperanza de que me ofreciese algunas respuestas. Cómo había conseguido Nismera mantener su fortaleza secreta todo este tiempo era un puto misterio para mí.

—Miska me ha ayudado a envolverlas —dijo. Abrió la cremallera de la bolsa y depositó las armas en la mesa. Había tantas armas ardientes, con las empuñaduras forradas, que Cameron, Kaden e Isaiah podrían cubrirse con ellas desde el pecho a los muslos. Era lo único que se me ocurría que podría matar a los miembros de la legión, sus contrapartidas del Altermundo o incluso herir a Nismera si se ponía a tiro; pero ya les había dicho que Nismera moriría por mi espada. Sentir el dolor de Dianna era más de lo que podía soportar. Iba a despellejar viva a Nismera por lo que le había hecho.

—Cameron. —Me levanté y, antes de dirigirme hacia él, me aseguré de que la puerta del despacho estuviese cerrada—. Tengo algo para ti —le dije al detenerme frente a él.

—¿ *Okey*? —Enarcó una ceja.

Saqué del bolsillo un grueso anillo de plata y se lo entregué.

Ladeó un poco la cabeza.

—Mira, sé que somos amigos desde hace la hostia de tiempo, pero no te veo como nada más, colega. A ver, no me malinterpretes, eres una pasada.

Es solo que…

—Si le pasa algo a Dianna, úsalo. Os transportará, a ti y a quienes tengas alrededor, a una distancia suficiente como para que podáis escapar.

—¿Qué?

—Lo he probado. Tendremos que reforestar un trozo del bosque en el extremo norte. Es lo bastante poderoso como para transportaros al menos dos o tres kilómetros. Es lo mejor que he podido hacer, dado el poco tiempo que he tenido.

Cerró la mano sobre la mía para formar un puño.

—¿De qué me hablas?

—Es un plan de emergencia —dije.

—Sí, eso ya lo pillo. Pero solo si se produce una emergencia —

respondió—. Vamos a entrar, recuperarla y volver a casa antes de que anochezca, ¿de acuerdo? Quédate el anillo.

No aparté la mirada ni liberé la mano de la suya.

—No te lo estoy pidiendo. Como tu rey, te lo ordeno. Coge el anillo.

—No me vengas con mierdas de reyes, ni con tirar de rango. No voy a perderla, y no voy a perderte a ti. Guárdate el puto anillo, Samkiel.

—Cameron. —Puse la otra mano sobre la suya; quería que viese lo aterrorizado que estaba—. Cuando ella está involucrada, no puedo controlar el Olvido. Por favor. Cógelo.

Le tembló el labio. Como si le estuviese pidiendo demasiado a mi amigo listillo y divertido. Mi hermano, escogido y más auténtico que cualquier lazo de sangre. Nuestra relación se había fraguado sobre siglos de lealtad y de apoyo mutuo.

—Yo… Yo…

El sonido de un carraspeo nos hizo girarnos a los dos hacia la puerta.

Kaden e Isaiah, recortados contra la entrada, nos observaban. Solté la mano de Cameron, que dio un paso atrás.

—¿Dónde os habíais metido, idiotas? —preguntó. Intentaba usar el humor para disimular lo que sentía, pero le noté en la voz la angustia y el miedo.

Isaiah se encogió de hombros y le sonrió con condescendencia.

—Estábamos alimentándonos. Necesitamos la energía, ya que parece que vamos a asaltar el castillo. —Los ojos se posaron un instante en el mapa.

Aparté a Cameron de un empujón y le metí el anillo en el bolsillo antes de que pudiera protestar. Me importaba una mierda lo que pensaran mis hermanos.

Kaden, indiferente, se adentró en la sala y señaló el mapa con la barbilla.

—Ya hemos explorado los dominios occidentales.

Cameron me miró con cara de pocos amigos, pero no sacó el anillo del bolsillo.

—Eso pensaba yo, pero el oeste es muy extenso y hay numerosos planetas, mucho inexplorados. Y eso sin contar todas las lunas. Se podría esconder durante eones.

—Nismera —Isaiah pronunció el nombre completo con énfasis; aún le costaba librarse del apodo cariñoso de siempre— no se oculta, y menos de ti. No te ofendas.

Me encogí de hombros.

—No me ofendo. Pero el hecho es, Isaiah, que se está ocultando. Se ha tomado muchas molestias para evitar que localicen su palacio, así que quizá no la conozcas tan bien como crees. Creo que está esperando el momento oportuno, mientras trabaja en su proyecto, y que no quiere que la encuentren hasta no estar preparada.

Cameron empezó a meter cuchillos en las correas de cuero que le cruzaban el pecho, y luego siguió con el cinturón.

Isaiah suspiró y se acercó a la mesa. Cameron le fue pasando armas, e Isaiah se las fue colocando. Por fin alzó los ojos para mirarme.

—Podemos intentarlo, pero…

Levanté la mano para detenerlo.

—Lo sé. —Y así era, pero no teníamos tiempo para eso.

En un momento dado, yo estaba mirando a mi hermano y al instante siguiente cogí un cuchillo de la mesa y lo lancé al otro lado de la habitación. Una mano esbelta salió de las sombras y lo atrapó por la empuñadura con gran habilidad. Una mujer vestida de negro por completo se apartó de la oscuridad. La única chispa de color de su vestimenta eran los cordones plateados de las botas. Giró el cuchillo entre los dedos y luego hizo una reverencia, con una mano a la espalda y la otra cruzada sobre la cintura. El hombre alto que había entrado a la sala tras ella hizo lo mismo.

El movimiento agitó los mantos oscuros que completaban su atuendo.

—Le ofrecemos nuestra espada y nuestra fidelidad a la reina verdadera

—dijo la mujer. Ambos seguían con la cabeza agachada.

—Alzaos —exigí con tono de autoridad.

Se levantaron al unísono. Mis sentidos se pusieron en alerta. Se movían con total fluidez, como si fuesen humo, pero lo que me intranquilizaba era el silencio absoluto. Si no hablaban, costaba darse cuenta de que estaban en la misma sala. Se trataba de los famosos asesinos de Sumaril.

—¿Ahora os dejáis ver? —Las luces de la sala parpadearon, afectadas por el peso de mi poder. Tratándose de Dianna, era incapaz de controlarme, fuese en el amor o con el poder.

—Te hemos estado vigilando. Temimos que tras tu regreso fueses el mismo de siempre, como los demás. Pero luego nos enteramos de que te habías casado con la ig'morruthen.

—Tiene nombre. —Las palabras sonaron como un gruñido.

—Lo sé. Ella es la razón de que estemos aquí, y de que te diésemos la ubicación del lugar de descanso del primer ig'morruthen. Tuvo la oportunidad de matarnos, a mi hermano y a mí. —Señaló con un gesto al hombre que tenía a su derecha—. Pero no lo hizo. Nismera nos habría matado, o algo peor, solo porque sí. Dianna es la única reina a la que vamos a seguir. A nadie más.

—¿Porque os perdonó la vida? —pregunté, dubitativo.

—No —intervino el hermano—. Porque ha demostrado una y otra vez que no es como los demás.

Me crucé de brazos.

—¿Y tengo que creer que ahora me vais a ayudar a rescatarla? Ya os pedimos que buscaseis el palacio de Nismera, y dejasteis una nota que decía que nadie sabe dónde está.

—Ahora lo sabrán —respondió la mujer con una sonrisa lenta y engreída—. Todos lo sabremos.

Chasqueó los dedos y apareció un sobre. La letra del anverso era limpia y elegante. Intenté cogerlo, pero lo arrojó de nuevo a las sombras.

—Primero, tengo alguien que puede ayudarnos. Pero quiero asegurarme de que estamos todos en el mismo equipo, porque

vamos a necesitar toda la ayuda que encontremos. Digamos que es una cláusula de seguridad.

Nismera ha hecho sangrar los dominios. Se encogen de miedo ante su brutalidad y su traición. Con este regalo, espero asegurarme un puesto permanente en el gobierno de tu reina.

Sonrió y silbó con suavidad. Un humo negro llenó la habitación.

Cameron e Isaiah maldijeron en voz baja. Noté que Kaden se movía, pero, antes de que ninguno de nosotros pudiera reaccionar, el humo se disipó y todos volvimos a ver. Me quedé inmóvil cuando la habitación se despejó y vimos que estábamos rodeados de asesinos anónimos.

Cameron carraspeó.

—Buen truco para una fiesta —señaló.

—Pues no has visto lo mejor —le respondió la mujer con un guiño.

Sacó un colgante de debajo del manto y lo apretó con el puño cerrado. A mi izquierda se formó un portal que emitía un zumbido suave. Camilla y Vincent lo cruzaron.

La habitación se volvió un borrón, pero no por la sorpresa ante lo que había traído la reina, sino por lo rápido que me moví.

—Cinco minutos es todo lo que tienes antes de que acabe lo que mi esposa empezó. —Gruñí a pocos centímetros de la cara de Vincent. Lo sujetaba contra la pared, con un cuchillo en el cuello, y él jadeaba y trataba de respirar—. Camilla, si siento el menor atisbo de tu magia te arrancaré ese corazón traicionero.

El poder que había empezado a sentir se disipó al instante.

—Hemos venido a ayudar —suplicó Camilla. Vi por el rabillo del ojo que Isaiah y Kaden la retenían.

—¿Ayudar? —me burlé—. ¿Como has ayudado a crear el medallón?

¿O como la vez que nos lanzaste a Dianna y a mí a través de un edificio?

—Vosotros atacasteis primero —arguyó.

Apreté el cuchillo con más fuerza sobre el cuello de Vincent.

—¿Y por qué no vamos a atacaros en cuanto os vemos, Camilla? Dame una sola razón convincente. Por si lo has olvidado, él es el culpable de que yo estuviese a punto de morir, y de que las mentes de nuestros familiares estén prisioneras y las tropas de Nismera los hayan usado como armas.

Vincent ha escogido su familia, y no somos nosotros.

—Siendo estrictos —logró decir Vincent—, las palabras las pronunció Kaden.

Apreté el brazo con más fuerza.

—Kaden es un monstruo, pero nunca ha mentido al respecto. —Kaden se mostró de acuerdo con un ruido casi inaudible—. Nunca ha fingido que era nuestro amigo, que nos amaba, no se ha reído con nosotros ni ha luchado a nuestro lado. No nos ha mentido a la cara día tras día mientras

colaboraba y se confabulaba con Nismera. ¡Él nunca nos ha traicionado!

—No tuve elección —dijo Vincent. La garganta se movió contra el cuchillo a cada palabra.

—Es la verdad, Samkiel. No tenía control sobre lo que hizo.

Incliné la cabeza, pero no le quité ojo a Vincent.

—Excusas —gruñí.

—No, no lo son. —La voz de Camilla era una súplica—. Nismera lo ató a su voluntad. Es una maldición mortal. No puede estar cerca de ella porque, si oye una orden suya, tiene que cumplirla.

Vincent me sostuvo la mirada, con los dientes apretados. En sus ojos leí que Camilla no mentía. Conocía a Vincent, o eso creía. Jamás querría que nadie le tuviese lástima. Lo veía como una debilidad, algo que Nismera le había enseñado desde el principio. Me pasé eones tratando de mostrarle otro camino, pero ahora por fin comprendía que solo se puede ayudar a quienes de verdad buscan ayuda.

—No siento compasión ninguna por ti, ni remordimientos —le dije, y lo solté. Cayó de rodillas y se frotó el cuello—. ¿Estás con nosotros o contra nosotros? Porque necesito una respuesta, y si creo que mientes te destriparé aquí mismo.

—Estoy —tosió— contigo.

—Inclínate ante mí —dije, y la tensión de la sala se incrementó. El Olvido cobró vida; los zarcillos se curvaron y se movieron alrededor de mi mano hasta formar una espada. Me volví para mirar a todos los presentes.

Odiaba que la gente me hiciera reverencias, y jamás lo había exigido antes, pero esto no trataba de mí. Trataba de la persona sin la cual no podía vivir.

Para ella, necesitaba obediencia ciega y absoluta. Sin excepciones—.

Arrodillaos y jurad fidelidad a Dianna, la reina verdadera, o morid por la falsa reina en este mismo instante.

Uno por uno, los asesinos salieron de las sombras y se arrodillaron.

Luego Cameron, Kaden e Isaiah hicieron lo mismo. Vincent miró a todos

lados y luego cruzó la mirada con la de Camilla, como si le hubiese ofrecido su espada a ella y necesitara su bendición. Camilla hizo un ligero gesto de asentimiento, y ambos se arrodillaron.

Me acerqué a la reina de los asesinos mientras todo el mundo permanecía arrodillado.

—Levántate —le ordené, y ella me miró a los ojos y se puso de pie—.

Y, ahora, dime. ¿Cómo es que de pronto, después de tantos eones, tu cofradía y tú habéis encontrado el palacio de Nismera?

Levantó la mano y la oscuridad se coaguló sobre la palma, dio varias vueltas y luego se disipó como humo dejando a su paso un sobre. Me lo entregó. Rompí el sello de cera roja, pero no lo abrí. Leí las palabras escritas en el sobre con una letra demasiado compleja y recargada, y el corazón me resonó en el pecho como un trueno.

—Porque ya no es un secreto, mi señor —dijo la reina de los asesinos

—. Ha enviado invitaciones a todas las esquinas de los dominios para que acudan a presenciar la ejecución de la aspirante a reina.



Dos días después

Tragué la sangre que se me acumulaba en la boca, e incluso ese leve movimiento me hizo dar un respingo de dolor. Me moría de sed, pero no había muchas esperanzas de que ella me diese agua. Tenía los ojos cerrados, ensangrentados y molidos a golpes, pero aun así me esforcé por ponerme de pie.

—Diría que es la gobernante más estúpida que haya visto jamás. Envía a sus lacayos para que me intenten someter a golpes, como si creyese que voy a contarle algo.

—Deja de provocarlos —dijo Unir. Le hice una peineta con la mano buena y logré abrir los ojos un poco.

Los guardias no le hicieron caso. Uno de ellos hizo crujir los nudillos, blindados y manchados de sangre, y luego me estampó el puño en la cara otra vez. Me caí al suelo y me rocé la mejilla contra las piedras. El fornido guardia me dio la vuelta, me levantó por la camisa y me dio una bofetada del revés. Los hados aullaron sus lamentos y el guardia miró detrás de mí y

sonrió con una mueca cruel.

—Les caes bien a los hados —observó.

—¿Qué puedo decir? Soy muy sociable —repliqué, y sonreí a mi vez, con los labios ensangrentados.

Me dio otro puñetazo.

—A mí me parece que hablas demasiado —se burló, y tiró de mí.

Hice acopio del poco poder que me quedaba, con la esperanza de que me viera brillar los ojos de color carmesí, aunque solo fuese un segundo.

—Y a mí me parece que me voy a alimentar de ti hasta dejarte seco, pero primero voy a arrancarte ese brazo con el que no dejas de golpearme y se lo voy a meter por la puta garganta a la sonrisitas de tu novia. —Hice crecer los colmillos y le gruñí para que disfrutase de una buena vista de ellos—. Atrévete a ponerme a prueba.

Abrió mucho los ojos, y supe que había conseguido justo el resultado que buscaba.

—No le haga caso, Tortie —dijo la mujer, y pulsó el botón del pequeño dispositivo que portaba. Me doblé de dolor, pero apreté los dientes para no gritar con tanta fuerza que temí rompérmelos. Cuando no usaban los pies o las manos, utilizaban el maldito collar. Lo desactivó, y yo inspiré entre jadeos—. ¿Ves? No es más que una bravuconada. Los dos sabemos que, cuando Nismera termine con el medallón, ni a ella ni a los hados les quedará mucho tiempo en este dominio.

Las palabras de ella parecieron convencerlo, y se le pasó el temor, pero, cuando me golpeó de nuevo y caí, supe que era más para hacerme callar que para seguir maltratándome. Escupió sobre mi figura caída y luego oí las botas que se alejaban.

Me quedé un rato en el suelo, concentrada en el cuerpo magullado y amoratado, en los huesos doloridos y en los cortes que me escocían. Traté de alejar de mí el dolor, de convencer a mi mente de que ya estaba superado. Las cadenas que me retenían eran idénticas a las que había usado

Samkiel para sujetarme en la cofradía, y el maldito collar debía de ser un regalo de la destrozada armada de Milani. Lo único que tenía que hacer era ser más fuerte que la magia que contenían. Lo cual, dado el charco de sangre que se estaba formando bajo mi cabeza, era más fácil de decir que de poner en práctica.

—Te pasas de la raya —me llegó la voz de Reggie, dulce en medio de aquella mazmorra fría y oscura.

—En eso estoy de acuerdo —añadió Unir.

—Todo es parte de mi plan maestro —dije. Como pude, alcé la mano buena y les enseñé el pulgar hacia arriba, sin molestarme en levantar la cabeza ni moverme más de lo necesario—. Confiad en mí, colegas.

A mi suegro se le escapó una risotada.

—¿Ese es tu plan? ¿Que te den una paliza y que te dejen al borde de la muerte?

—Mira, uno de esos bestias tiene que llevar encima la llave de las putas cadenas. —Inspiré, temblorosa—. Solo tengo que cabrearlos hasta que aparezca ese tipo.

—Y luego, ¿qué? ¿Vas a huir? —quiso saber Unir—. Si tenemos en cuenta tu estado, y el de los hados, me temo que eso será un fracaso.

Gruñí y me puse de pie. Las costillas se rebelaron, pero me dolían demasiado los brazos como para rodearme el cuerpo con ellos o intentar aliviar la quemazón.

—No he dicho que fuese un plan inteligente —dije con los dientes apretados.

Reggie se acercó a mí todo lo que pudo; solo nos separaban unos centímetros. Los grilletes de Nismera nos limitaban los movimientos, pero había cierto margen.

—¿Podrías dejar de hacerlo? —me preguntó en voz baja—. Hazlo por mí, por favor.

—Sí. —Asentí y le cogí la mano y le estrujé los dedos para consolarlo.

Íbamos a salir de allí, aunque tuviese que reducir aquel puto sitio a escombros. Reggie sonrió, como si me pudiese leer los pensamientos

—. No hay nada que Samkiel y yo no haríamos por nuestra familia, y creo que Nismera subestima ese detalle.

—Así es —respondió—. Ella no siente como tú o como él. Sus emociones solo están vinculadas con su necesidad de conquistar. Cuando termine aquí y se aburra, intentará hacerse con otros sitios lejanos.

—Sí, sí, ya he oído el monólogo de la villana —dije. Miré a Reggie mientras me esforzaba por respirar—. Cualquiera diría que…

Las hermanas de Reggie lloriquearon y los dos nos volvimos a mirarlas.

Se cogían la una a la otra, con el pelo revuelto, y se sacudían adelante y atrás. Se dieron golpes en la piel como si quisieran apagar unas llamas fantasmagóricas. Reggie no compartía con ellas las visiones ni las reacciones, y mentiría si dijera que eso no me preocupaba. ¿No estaba conectado a la misma fuente? Las cabezas cayeron hacia atrás, y los seis ojos de cada una brillaron de forma inquietante. Luego las cabezas volvieron a su posición inicial, y por fin se giraron hacia mí.

—La profecía permanece.

—Uno cae.

—Uno se eleva.

—Fue anunciado y permanecerá.

—Uno tallado en la oscuridad.

—Uno tallado en la luz.

—El mundo se estremecerá.

—El fin comienza —dijeron las dos al unísono.

Las hermanas jadearon, y sus ojos volvieron a la normalidad cuando cesó la visión. Se pusieron a lloriquear como si lo que habían visto les provocase dolor. De nuevo se cogieron la una a la otra y se sacudieron adelante y atrás.

Miré a Reggie.

—¿Las torturas a las que las ha sometido Nismera han hecho que se queden atascadas en una visión del pasado? Parece que hablen de algo que ya ha ocurrido.

Reggie me devolvió la mirada mientras sus hermanas repetían las mismas palabras entre susurros; cada una enterraba la cara en el cuello de la otra.

—¿Qué quieres decir?

—Todo eso de la luz y la oscuridad. «Así es como acaba el mundo».

Samkiel me contó lo del crujido estremecedor y todo eso. Que se refería a Gabby.

Los ojos de Reggie se llenaron de tristeza.

—Yo nunca dije que esa profecía se refiriese a tu hermana.

—¡Oh! —exclamé, y me lo quedé mirando, al menos lo que podía con la hinchazón de los ojos—. Espera… Entonces, ¿de qué va?

Reggie me miró, y luego al fantasma atrapado con nosotros. Pero no fue Reggie quien contestó, sino Unir.

—Si Samkiel no llega a tiempo, si Nismera tiene éxito, será el fin, no solo de los mundos, sino de todo. Ese es, y siempre será, su destino.

Me estremecí y clavé la mirada en mi suegro, que no apartó la vista. En sus ojos solo había sinceridad y algo que quizá era tristeza. Por

supuesto que conocía la profecía. Era él quien había encerrado a Reggie. Me pregunté si no sería esa la razón, al menos en parte.

—Ah, o sea que no te dio por llamarlo Destructor de Mundos solo para hincharle el ego —comenté, con los labios fruncidos—. ¿Quién se lo habría imaginado?



–Destructor de Mundos no era solo un título, sino un aviso para que todos… —Unir resopló—. Ni siquiera me estás escuchando, ¿verdad?

—No. —Estaba tirada de espaldas, tan quieta como podía. No quería oír nada más de la profecía ni del destino de Samkiel. Creía en él más que en mí misma. Mi marido era muy obstinado y haría todo lo que estuviese en su mano para salvarnos, a mí y a todos. Lo conseguiría y, con dioses o sin dioses, en cuanto yo estuviese libre, les iba a enseñar cómo era de verdad el fin del mundo. Me concentré en el techo mientras tarareaba para mí misma y contaba las piedras.

—¿Te niegas a escuchar lo que tengo que decir? —preguntó Unir.

—Oye, a ver. —Gemí y me incorporé sobre los codos para lanzarle una dura mirada. Él se sentaba en el suelo de su burbuja y me

observaba—. Para una vez que llego a doscientas, vas y me distraes. De nuevo.

Se le fue la mirada al techo durante un segundo.

—Está claro que llevas demasiados golpes en la cabeza.

Asentí.

—Es probable.

Con cuidado, me cambié de posición para tumbarme por el lado bueno, el que tenía menos costillas rotas, y quedé encarada hacia Unir.

—¿Por qué tarda tanto? Creí que Nismera bajaría aquí y nos amenazaría, nos contaría su plan maestro y luego escaparíamos en el último momento.

Unir enarcó las cejas y me contempló durante unos segundos.

—Eres muy extraña.

Resoplé, pero me hizo daño en la nariz y di un respingo. Me la apreté con la mano.

—¿Sabes lo que me parece a mí superextraño?

Ladeó la cabeza y aguardó.

—¿Sabes que tu hija puede cambiar de forma, como yo, y que sus ojos plateados a veces se vuelven rojos?

Unir tragó saliva.

—Pues sí —seguí—. ¿Y si me cuentas por qué? —Sacudí una mano encadenada para señalar la sala oscura y maloliente—. De alguna forma tenemos que matar el tiempo.

Había visto retazos en los ensueños de sangre, que por fin habían regresado, pero no eran lo bastante claros para extraer respuestas concluyentes. Y, ya que íbamos a estar allí atrapados los dioses sabrían cuánto tiempo, ¿qué mejor manera de descubrir la verdad que preguntarle al responsable de todo el follón?

Unir suspiró y desvió la mirada.

—Ella fue creada para terminar guerras. Todas ellas. No era su destino empezarlas.

—Me atrevería a decir que eso fue una cagada monumental.

—Por usar tus palabras, sí, enorme. —Carraspeó—. Aunque los primigenios no eran los más fuertes de los dominios que había más allá de los nuestros, sí lo eran lo bastante como para recorrer la distancia. Su misma naturaleza los empujaba a conquistar, y llegaron aquí con la

intención de reclamar estos dominios y declararse soberanos de todos ellos.

Invadieron los confines más alejados de nuestros dominios y poco a poco reunieron un ejército. Lograron arrasar más de un planeta antes de que nos llegase la noticia. Los dioses se alzaron, y yo me puse al mando de nuestras fuerzas para detenerlos. Vencimos al más fuerte, y, cuando estaban al borde de la derrota, contactaron con nosotros con la esperanza de negociar la paz.

Guardó silencio y se frotó la cara. Miraba al vacío, perdido en aquellos viejos recuerdos. Los hados se habían callado y, cuando los miré de reojo, me di cuenta de que clavaban la vista en Unir con tanta atención como yo.

Me moví un poquito para aliviar el dolor constante que se me había instalado en los músculos. El roce suave contra la piedra pareció

sacarlo de su ensoñación del pasado, y de nuevo centró en mí aquellos ojos plateados.

—Las guerras son algo terrible, y en particular las guerras entre dioses.

El tratado se mantuvo durante un tiempo, pero los primigenios, como todos los seres, no podían renunciar a su naturaleza. Cuando empecé a tener sueños, vi la auténtica destrucción; los mundos se hacían pedazos, el tiempo se desgarraba y una figura oscura rodeada de bestias gobernaba mientras todo ardía. No estaba claro quién era, o qué, pero temí que fuera el fin de todo. Había visto a qué nos tendríamos que enfrentar y sabía que necesitaríamos un ejército capaz de derrotarlo. Así que busqué la sangre de Gathrriel, porque sabía que la magia que contenía permitiría crear a otros como él.

—Nismera —dije—. Fue la primera que hiciste.

Unir asintió.

—No tendría que haber mezclado su sangre con sangre divina. Era demasiado poder, y desató en ella una sed insaciable de adquirir más. Eso es lo que la empuja y todo lo que desea. Así que lo intenté de nuevo, para hacer algo que pudiese detenerla, o al menos equipararse a ella, pero los volvió contra mí cuando todavía eran críos. Hasta los dioses pagan por su arrogancia.

Tragué saliva, sin decir nada, y él continuó.

—Ya sabes cómo salió todo eso. Pero, con Samkiel, vi un rayo de esperanza. Quizá, por fin, se pudiese alcanzar una paz duradera. Se podría equiparar a ella en fuerza y poder, pero él también tuvo dificultades para contener y controlar su oscuridad.

—¿Te refieres al Olvido?

—Sí —respondió Unir—. El Olvido ha acompañado a Samkiel desde que era niño.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo? Creía que no se había manifestado hasta que murió su madre.

—Oh, sí, se hizo visible entonces, pero lo acompaña desde su nacimiento. Zasyn y yo nos dimos cuenta la primera vez que abrió los ojos.

Eran dos pozos negros en cuyas profundidades daba vueltas un remolino púrpura. Luego se transformaron en la plata intensa de ahora.

El corazón me latía con fuerza. Unir, incluso muerto, lo oyó y esbozó una sonrisa. Pero no latía porque sintiese miedo por mi marido; lo que sentía era cólera. Sabía que el Olvido vivía bajo su piel, lo había visto de primera mano, pero suponía que había despertado después de su ascensión.

Una vez más, habían engañado y confundido a Samkiel.

—¿Por qué no se lo contaste? —No me quedaba ni rastro de humor en la voz.

—Pensé que no era nada, y tampoco tenía nada con qué compararlo.

Era mi primer hijo. Zasyn y yo acabamos por no prestarle atención, pensamos que no era nada, solo el desarrollo normal de un dios recién nacido. Pero pronto empezamos a ver señales que no pudimos ignorar. Una vez, cuando tenía seis años, estábamos en el jardín que le había hecho a Zasyn. Era una tarde como otra cualquiera, que habíamos reservado para estar en familia. Samkiel jugaba cerca de un arbusto. Se le enganchó el tobillo en unas raíces, cayó de bruces y se dio un golpe en la cara. Sollozó,

y el Olvido reaccionó. Unos zarcillos oscuros salieron disparados y atacaron a lo que le había hecho daño. En un radio de casi un metro alrededor de él, todo quedó reducido a cenizas. Zasyn y yo corrimos a por él, y todo se detuvo cuando ella lo cogió en brazos. —Se encogió de hombros—.

Supongo que no le haría daño, al menos a propósito, a nadie a quien él amase. Yo nunca lo percibí, y Zasyn tampoco. No reapareció hasta llegada la pubertad. Entonces fue cuando se descontroló. Cada vez que se excitaba, el Olvido se activaba.

—Nunca me ha contado nada de eso —dije con un susurro. Tampoco lo había visto en su pasado cuando me alimentaba de él.

—No se acuerda.

Fue como una bofetada. Ni siquiera el dolor que sentía por todo el cuerpo pudo superar el que me produjeron esas palabras.

—¿Qué le hiciste? —Me costó contener el desagrado.

—Lo que tenía que hacer. —Sus facciones expresaban remordimiento

—. Conocía a una bruja muy poderosa.

Sacudí la cabeza y, cuando hablé, no oculté mi desprecio.

—No me lo puedo creer. Entonces, ¿qué? ¿Te preocupaba, así que hiciste lo que siempre haces? Lo escondiste, ¿verdad?

—¡Lo hice para protegerlo! —saltó Unir—. A veces la oscuridad no se crea. Nace.

—Por eso lo presionaste tanto e intentaste imponerle esa rectitud a la fuerza. Quisiste ponerle una corona porque temías lo que vivía bajo su piel.

Con lo anciano que eres, y todavía eres un idiota. No se puede enjaular o domesticar a una bestia. Si lo intentas, solo la vuelves más salvaje. Y ahora él no tiene ni idea de cómo controlar el Olvido porque tú le negaste la posibilidad de aprender a conocerlo.

Unir se puso de pie de un salto y me respondió con voz tajante.

—Me hablas como si yo fuese capaz de hacerles daño a mis hijos. Pero lo protegí, los protegí a todos, lo mejor que supe.

—Lo mejor ¿para quién? —repliqué. Me daba igual que fuese un dios o un fantasma. No me importaba. En cuanto me librase de las cadenas le iba a dar una paliza.

Unir me señaló con un dedo acusador, como si yo fuese una niña que se ha ganado una reprimenda.

—Tú no conoces a los dioses. Temen todo aquello que no pueden controlar, y lo que más temen es su propia aniquilación. Hay algo que ansían aún más que el poder, y es la persistencia. De haberse enterado, lo habrían matado cuando era niño.

Me quedé sin palabras. ¿Cómo le iba a decir a Samkiel algo así?

¿Cómo mostrárselo sin crear una nueva herida en su corazón, ya bastante herido y maltratado? Sacudí la cabeza.

—Así que forjaste una telaraña de mentiras para atrapar ese poder en su interior y nunca se lo contaste.

Unir guardó silencio.

—¿Tengo razón?

No dijo nada.

—Admítelo. Dilo en voz alta —insistí, enfadada—. ¿Tengo razón?

Unir se encolerizó; su parte divina reaccionaba a que lo tratasen de ese modo.

—No respondo ante ti.

—No respondes ante nadie, porque estás muerto. Estás muerto, y por culpa de todo eso no puedes descansar. Anda, dime que me equivoco.

Por primera vez desde que lo conocí, me dio la espalda.

—Tú no lo entiendes.

—Te equivocas. Lo entiendo. Eres un cobarde —dije con toda sinceridad.

Unir se giró en redondo, con una expresión como si le hubiera dado un tortazo. En ese momento comprendí lo mucho que se parecía a su hijo.

Nunca le habían hablado así, y no sabía muy bien cómo procesarlo.

—Yo…

—Un cobarde —repetí. Las cadenas se me clavaban en la carne maltrecha y me dolían los huesos, pero me levanté con un esfuerzo. La ira y la firmeza de mis creencias me dieron el impulso suficiente para ponerme de pie—. No tienes ni idea del daño que les has hecho a esos hombres.

Daño que yo he visto de cerca, y cuyo peso, en ciertos casos, he soportado.

Daño que he aliviado y tratado de curar. Hay amor en todos ellos. Dioses, incluso en Kaden. Lo vi al principio, lo sentí antes de que el dolor, el trauma y la cólera reapareciesen. Eres como los otros dioses. No los entendías, así que te daban miedo. En vez de cuidarlos, a ellos y al amor que había en su interior, lo transformaste en algo

espantoso. En vez de proteger a los seres que habías creado, permitiste que el miedo dictase tus actos y los abandonaste. ¿Los otros dioses te amenazaron? ¡Pues los amenazas tú a ellos! ¡Eres su padre! Tienes los hijos más fuertes del universo, y van por todos los dominios con el corazón ensangrentado a causa de un dolor que se podría haber evitado.

Unir me miró, asombrado, y echó atrás la cabeza, como si le hubiese pegado. Genial. Era mi intención usar mis palabras como un arma, y quizá el único modo de hacerle comprender fuese obligarlo a enfrentarse a lo que había hecho.

—No les hice nada a Kaden e Isaiah —respondió Unir, desafiante—.

Ellos me abandonaron.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo? —le reproché—. Los encerraste en Yejedin y dejaste que se pudriesen allí cientos de años. ¿Cómo creías que iban a reaccionar? ¿Pensaste que volverían al sitio que había sido su hogar, a una familia que se había olvidado de ellos y había seguido adelante?

Gritas mucho y hablas de monstruos, pero tú creaste a dos de los más peligrosos, y la sangre de los inocentes, y de mi hermana, mancha tus manos tanto como las de ellos.

Las aletas de la nariz de Unir se dilataron.

—Yo jamás los encerré. Asesinaron a su abuelo y se marcharon sin dejar ni una nota. Así que, por muchas mentiras que te hayan contado, no te olvides de decirles que los busqué durante siglos. Lloramos y sufrimos por su pérdida, y seguimos cada indicio y cada pista, pero sin resultado.

Me quedé asombrada por su confusión. No porque no lo creyese, sino porque lo creía. Si todavía respirase, en ese momento estaría jadeando. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, y de pronto los

dos lo entendimos a la vez. Ninguno de los dos se equivocaba, porque ella nos había engañado a todos.

De la puerta llegó un aplauso lento.

—Guau —dijo Nismera.

Tragué saliva y me recosté sobre las cadenas mientras ella entraba en la celda con un repiqueteo de tacones sobre la piedra. Ya no iba ataviada para el combate, sino con un hermoso vestido de seda roja y dorada. Hasta el maquillaje era inmejorable, rematado por la sombra de ojos y el lápiz de labios dorados. De algún modo, esa perfecta elegancia era más terrorífica que cuando se vestía para la guerra.

—Bravo —siguió—. Creo que nadie le había plantado cara así a mi padre. Ya era hora de que alguien le cantase las cuarenta a ese vejestorio —

dijo. Se me acercó con los ojos de plata brillantes como los de una bestia.

Me fijé en la lanza que llevaba, pero lo que me dejó pensativa fueron los fragmentos del medallón incrustados donde la punta afilada de la lanza se unía con el asta.



Los dedos de Nismera tableteaban sobre la larga asta de la lanza.

—¿Te ha gustado su historia? —preguntó—. El padre cumplidor que se confiesa y busca redimirse de los pecados del pasado.

—Fuiste tú. Todo lo que pasó fue cosa tuya, ¿verdad? Mentiste, sembraste en él las semillas de la duda y del miedo hacia sus propios hijos.

Nismera se encogió de hombros.

—Más o menos. Pero, para ser sincera, no habría funcionado tan bien si no hubiese tenido ya esos pensamientos para que yo pudiera retorcerlos. —

Jugueteó con la lanza y chasqueó los dientes en dirección a su padre.

Llamarla psicópata no le hacía justicia.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué motivo tuviste?

Nismera sonrió, pero Unir la interrumpió antes de que pudiese contestar.

—La hice mal.

La expresión de confianza desapareció. Arrugó las facciones y mostró la crueldad y la amargura de su verdadero rostro. Convirtió lo que podría ser una belleza irresistible en algo feo y horrible. Se volvió a mirarlo. Y

Unir, fantasma o no, le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Fue culpa mía —siguió Unir. Al mirar a Nismera se le dulcificó la expresión—. Al crearla no le puse ni un ápice de amor. Solo poder. La concebí como un arma.

Nismera apretó con fuerza la lanza y las venas de la mano se hincharon.

—Y me arrepiento de veras —añadió Unir con la voz llena de remordimientos—. Eso es, y siempre será, de lo que más me arrepiento. Y

por eso he vuelto del más allá.

Aflojó la mano que sostenía la lanza, y sentí un ramalazo de esperanza.

¿Buscaba consuelo Nismera? Los pasos resonaron sobre las baldosas cuando se acercó a su padre. Se detuvo frente a él, con los tacones de puntas doradas casi tocando el anillo de runas mágicas que latía en el suelo. La burbuja relucía, como un velo que separaba padre e hija.

—¿Has vuelto por mí? —le preguntó.

Paseó los dedos por la jaula salpicada de runas que contenía el espíritu de Unir. Por un instante no vi a una diosa colérica y malvada, sin a una niña que solo quería tener un padre, una familia.

—Eres mi hija. Tendría que haberte tratado como tal. Ese peso no me lo voy a quitar jamás. Sé que todo esto es una estratagema —señaló la mazmorra—. Intentas llenar el hueco que dejaron aquellos a quienes llamabas tu familia. No hay amor en lo que has construido, porque ansías el poder, que te alimenta. Pero ¿qué pasará después? Cuando te hayas rodeado de legiones, guardias y comandantes que te temen, pero no te aman ni les importas, entonces, ¿qué? No te sirve de nada hacerte con un trono y un reino, porque no van a llenar ese vacío. El poder nunca te va a servir de consuelo.

Nismera arrugó el rostro, y me pregunté si se iba a poner a llorar. Pero de pronto estalló en carcajadas. Se llevó la mano a la barriga y se le rio en la cara. Unir retrocedió.

Se abanicó la cara con la mano y se calmó.

—Dioses, hablas igual que ella —dijo con voz aburrida.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Tu dulce adelfia. —Nismera sonrió—. ¿No la llamabas así? Un apodo cariñoso de tiempos pasados.

El rostro de Unir se ensombreció y entre ellos hubo una especie de momento de comprensión.

—Ella lo intentó, ¿sabes? Buscó partes de mí que pudiese cuidar, curar, abrazar. Y eso me hizo odiarla. Lo más divertido es que, después de tantísimos años, sigas creyendo que yo soy como tú, como ellos. Sois tan débiles que da asco. Solo queréis cosas sencillas: amor, familia y bla, bla, bla. Por eso sois presa fácil para la manipulación. Y todo este tiempo el poder ha estado llamando a vuestra puerta para que lo dejéis entrar.

Vosotros no tenéis ambiciones, pero yo sí. Siempre las he tenido, e iba camino de cumplirlas hasta que Zasyn y tú lo creasteis a él. En cuanto me enteré de que estaba embarazada, lo supe. Podía librarme

de Kaden e Isaiah, pero siempre habría algo que se interpondría entre el trono y yo. Ella.

Me dolía el pecho. Me había preguntado si Nismera tuvo algo que ver con la muerte de Zasyn, y ahora ella lo había confirmado. El dolor del rostro de Unir era desgarrador.

—¿Qué hiciste? —le preguntó con voz hueca.

Lo obsequió con una sonrisa venenosa y cargada de odio.

—Le seguí el juego y fingí que me importaba, que quería cambiar, ser lo que ella y tú queríais. Y la envenené, cada noche y cada día. Las doncellas no paraban de darle mejunjes para ayudar a su cuerpo a soportar el crecimiento de aquel diosecillo. Y ella también ayudó. Cultivaba en el jardín; eso me facilitó mucho el acceso. Solo hacía falta una pequeña cantidad, casi indetectable. Pero él estaba allí y me causó problemas. Hasta que Samkiel nació no me di cuenta de ya entonces me estropeaba los planes; la curaba desde dentro de ella. Por fortuna, cuando nació, ella pudo morir por fin. —Nismera sonrió, como si no acabase de confesar que había

matado a la amada de Unir. Pasó una uña por la jaula que lo retenía —.

¿Duele saber que la hija que creaste te arrebató a tu único amor?

Me preguntaba si la jaula que había fabricado para él sería capaz de contener a un dios, y averigüé la respuesta. Unir se convirtió en un torbellino de palabras, puños e ira desencadenada, un espíritu que se rebelaba contra la burbuja que lo retenía. Nismera lo observaba con regocijo, sin dejar de reír. La cólera de Unir se agotó por fin y él cayó de rodillas, con las palmas sobre los ojos.

Nismera se agachó junto a él.

—En una cosa tienes razón. No hay amor en mí. —Se mordió el labio inferior—. Pero tengo que admitir que he disfrutado mucho viéndote así. —

Soltó una risita y se levantó. Todavía tenía la lanza en la mano. Se volvió hacia nosotros, sin preocuparse por darle la espalda a Unir.

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que eres u…

—¿Un qué? —me interrumpió—. ¿Un monstruo?

—Creo que eres una sociópata chalada que se merece la muerte —me burlé—. Pero «monstruo» también sirve.

La sonrisa no vaciló. Creía que me golpearía, como otras veces, pero solo se me quedó mirando.

—He estado pensando formas de hacerte pagar, ¿sabes? —Me lanzó una sonrisa cariñosa y se encogió de hombros un poco—. Cuando apareciste, desde luego le prendiste fuego al mundo. Destruiste muchas legiones, y te has cargado una buena porción de mi flota. De monstruo a monstruo, creo de verdad que podrías convertirte en una amenaza, y por eso voy a dar ejemplo contigo.

Nismera levantó la rodilla, y de una patada en las tripas me dejó doblada. Echó el brazo atrás y me dio un puñetazo en la cara. Me tambaleé; a duras penas me mantenía en pie. Con una risa húmeda, me limpié la sangre de la barbilla y esperé a que se me curase el latigazo del cuello y

dejasen de zumbarme los oídos. Me aparté el pelo de la cara y le escupí a los pies.

—Crees que estás por encima de todos, pero aquí se ve. Solo te atreves a enfrentarte conmigo cuando carezco de mis poderes. Eres débil y cobarde, poco más que un matón fanfarrón.

Los ojos se convirtieron en fragmentos helados de plata cuya mirada ardiente me atravesó.

—No, mi dulce Ayla, me temo que esta vez has encontrado un rival a tu altura. No puedes quitarme nada para hacerme daño. —Miró a un lado de reojo—. Pero hay algo que puedo quitarte a ti, y te dolerá.

El corazón me dio un vuelco al verla dirigirse hacia los hados. Los centímetros que nos separaban de pronto parecían kilómetros. Me incliné hacia delante y las cadenas me mordieron las muñecas. Me dije a mí misma que no había nada que temer. Un dios no podía matar a un hado. Pero eso no evitó que el terror me atenazase el pecho y la bestia de mi interior se retorciese.

Se agachó delante de Reggie y me lanzó una sonrisa por encima del hombro, con la mortífera lanza en la mano.

—¿Quieres oír una historia, Ayla? ¿Acerca de cómo se creó el universo?

—Preferiría oír cómo te mueres, la verdad.

Su sonrisa se ensanchó.

—Según ha sido anunciado, los que están por encima de nosotros, más elevados que mortales, dioses, primigenios y soberanos, tienen un propósito. Y, si se desvían de ese propósito, serán castigados.

No sabía de qué estaba hablando, pero al parecer Reggie sí.

Nismera apuntó la lanza al corazón de Reggie y yo salté como una bestia furiosa y me debatí contra las cadenas para tratar de llegar hasta él.

—No te atrevas a tocarlo —escupí.

—¿Quieres oír lo más triste? Un hado vio que una bebé podía cambiar

el mundo. Sus hermanas le susurraron que el cambio tenía que ocurrir por sí solo. Que él debía observar, pero jamás intervenir. Sin embargo, el hado no pudo evitar amarla, como un padre que ama a su hijo. La vio crecer, la vio caer y, cuando el caos no miraba, la ayudó a levantarse de nuevo. El hado desafió las órdenes, y, cuando un dios se enteró, se lo llevó a un sitio seguro para que nadie pudiera encontrarlo. No fue hasta que aquella niña, ya una mujer, se aventuró a presentarse ante él que lo supo. Ella se lo llevó, lo hizo carne, pero eso no fue todo. El hado la quería tanto que le creció un corazón mortal. —Nismera chasqueó los labios al ver que se me habían llenado los ojos de lágrimas—. El amor es una maldición, Ayla, y tú eres quien la empuña.

Me dolía el pecho. Reggie me miró como si siempre lo hubiera sabido.

—¿Reggie? —le pregunté, sin dejar de tirar de las cadenas y con las muñecas en carne viva.

—Venga, cuéntaselo —dijo Nismera. Le dio un pinchazo con la punta de la lanza.

Reggie siseó, pero no dejó de mirarme.

—Tiene razón —concedió—. Después de salvarte, mis visiones cesaron, y sentí que mi cuerpo era diferente. Hace un tiempo que lo sé, pero, hasta que Gathrriel no te secuestró, no me empezó a latir el corazón de miedo por ti. Te he jurado lealtad y te he amado desde mucho antes de que nos conociéramos, y amarte ha sido el mayor regalo de mi existencia.

No cambiaría nada, y no quiero que seas otra cosa que lo que eres. Sé en qué te vas a convertir, Dianna, y es glorioso. Créeme, por favor, si te digo que, pase lo que pase, lo haría todo de nuevo sin dudar.

Al mirar a Reggie me quemaban los ojos. Era más que un hado; para mí, muchísimo más. Era mi familia. Me dolió el corazón al recordar la primera vez que me sonrió. Se quedó totalmente confuso, como si

fuese la cosa más extraña y ajena. Me hizo compañía en las noches brutales tras perder a Gabby. Reggie había sido una presencia serena y constante, que

nunca me juzgó ni me respondió cuando el sufrimiento se hizo insoportable y le dije cosas horribles porque necesitaba que compartiese mi dolor.

Reggie era como un padre para mí. Había compartido conmigo los peores momentos de mi vida, pero también había celebrado conmigo los mejores.

Me había llevado al altar para entregarme al hombre que lo era todo para mí, y había sido un testigo orgulloso de nuestra unión.

—Ooooh —entonó Nismera, con una mano en la barbilla y sujetando la lanza contra el pecho con la otra.

Miré a Nismera y me erguí.

—Mátame a mí en su lugar —me ofrecí—. Castígame, haz lo que quieras, pero déjalo fuera de todo esto.

—No, Dianna —dijo Reggie, con la espalda rígida y voz insegura.

—Quieres demostrar algo, ¿no? Pues no lo necesitas para eso. Tómame a mí y a él déjalo en paz.

Nismera frunció los labios, y luego asintió con lentitud, se levantó y dio un paso atrás para apartarse de Reggie. El alivio me inundó como una ola.

—La verdad, esperaba más de la reina legendaria enviada para arruinarme. Menuda decepción.

Las burlas me traían sin cuidado; solo sentía alivio porque por fin había apartado la lanza de Reggie. Exhalé un suspiro que se me atascó en los pulmones al verla darse la vuelta. Se alejó de nosotros

y luego levantó las manos y se puso a aplaudir. Ambos nos sobresaltamos, lo que la hizo reír.

—Qué patética.

No me importaba. Nismera amenazaba con arrebatarme alguien a quien amaba, y no sabía si podría soportarlo. Por Reggie, no me importaba ser patética. Era un precio barato. Él era infinitamente más valioso que mi orgullo.

Nismera inclinó la cabeza hacia los guardias. Las botas rascaron el suelo cuando se giraron al unísono y ascendieron la escalera de caracol.

Esperamos en silencio hasta que llegaron arriba. Desde allí no los veía, pero

oí que se abría la puerta de las mazmorras. Supuse que Nismera estaba a punto de irse, pero esa esperanza se desvaneció cuando oí murmullos. La lúgubre celda se llenó con el olor del perfume y la colonia, y los miembros de la realeza llegaron en tropel, vestidos de los pies a la cabeza en ropas elegantes, joyas y alhajas brillantes. Contemplé a las damas y los caballeros de los siete dominios restantes y me di cuenta de lo tontos que habíamos sido. Habían acudido todos. Todos aquellos a los que visitamos Samkiel y yo, todos los que nos rechazaron. Sonrieron mientras descendían la escalera detrás de los guardias.

Nismera quería dejar algo claro, y nos exponía a Reggie, a Unir y a mí para demostrar su poder. Retenía a un hado, a un dios anciano y poderoso y a mí, el objeto de su odio y sus temores. Para ellos, Nismera no podría ser más poderosa. Sabían que era más seguro arrodillarse que enfrentarse a ella.

Los contemplé con desprecio. Eran idiotas y cobardes, del primero al último.

Los trajes chillones y lujosos no pegaban en absoluto con la mazmorra.

Era un mar de azul, esmeralda, oro y blanco; parecía que fuesen a un baile de gala. Por cómo arrugaban la nariz con asco comprendí que el olor de la celda no era mucho mejor que su aspecto. Uno por uno, me miraron a los ojos, todos ellos acompañados de sus parejas.

—Bienvenidos. —Nismera los saludó con una sonrisa y ellos respondieron con una pequeña reverencia. Lord Iver se aseguró de mirarme a los ojos. Su sonrisa era tan ancha que sentí ganas de arrancársela de la boca y hacérsela tragar. Su temblorosa esposa no lo acompañaba, sino que había traído con él a otra mujer. Cabrón de mierda—. Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador.

Lo dijo con la máxima dulzura, y todos se lo tragaron como ratas. Con una sonrisa cálida y acogedora incluso, como si no fuese el peor bicho que hubiese existido jamás en todos los dominios.

—Como podéis ver aquí detrás, he capturado a la mayor amenaza para

la corona. Tengo en mi poder a la falsa reina, a su hado caído y deshonrado y a sus conspiradores.

Los nobles jadearon y cuchichearon entre ellos tapándose la boca con la mano mientras nos contemplaban con desprecio. Los guardias se nos acercaron y yo cerré los puños, pero no se detuvieron frente a mí, o Reggie, sino que fueron a por sus hermanas. Nismera siguió paseándose frente a los presentes y hablando, pero mi atención se centró en los hados. Los guardias las cogieron y toquetearon las cadenas para separarlas de Reggie y volver a sujetarlas juntas.

—¿Se puede saber qué hacéis? —les pregunté a los guardias, pero no me hicieron caso. Las hermanas se aferraron la una a la otra. Por la forma en que gemían, más parecían espectros que hados. Los

guardias las empujaron a un lado, y Nismera golpeó el suelo de piedra con el regatón de la lanza.

Volví la cabeza al instante. Seguía pontificando, con la mano extendida hacia nosotros.

—… unidos, hemos tenido éxito. Pensad lo que podríamos lograr si alcanzamos un nuevo nivel de cooperación —dijo—. Quiero mostraros lo que me habéis conseguido y cómo cambiaremos el mundo. Solo faltan unos días para la fiesta y pronto todo el mundo verá la auténtica dimensión de nuestro poder. Poder que me otorga vuestra lealtad a la corona.

Cuando se volvió hacia nosotros, con toda la realeza tras ella, mirándonos con asombro, casi se me salió el corazón del pecho.

—Con este medallón —continuó—, trascenderemos los mundos e incluso el propio tiempo. Ya no seréis los reyes y reinas de vuestros dominios. Seréis dioses.

¿Eso les había prometido? ¿La divinidad? ¿Por eso la seguían sin dudar? Qué tontos habíamos sido al creer que se unirían a nosotros para enfrentarse a ella. No querían tratados de paz. Querían el poder para conquistar mundos, igual que ella. ¿Por qué no le iban a ser fieles? Al fin y

al cabo, el poder engendra poder.

—Y, ahora, la demostración.

Nismera se encaró a nosotros. El poder le emanó de la mano e impregnó el asta de la lanza. Las piezas del medallón enterradas en ella empezaron a brillar, y la punta emitió un fulgor intenso, como un latido. La sala entera se sacudió, como si le costara contener la fuerza temible que se acumulaba en la lanza. Oh, dioses. Con un arma así, vencería. Estábamos todos condenados.

Posé los ojos en Reggie. Sabía lo que iba a hacer Nismera, pero quizá no importase. De todas formas, cuando yo muriera, Samkiel haría pedazos el mundo.

—Te quiero —le dije a Reggie, porque sabía que me apuntaría primero a mí. Él asintió con los ojos cerrados, como si el hado creyese que nunca iba a oír esas palabras, y menos dirigidas a él.

—Te qui…

La lanza cortó el aire con un silbido, y el impacto fue tan rápido y brutal que no hubo forma de seguirlo. Emitió un fogonazo de luz intensa y brillante, una ola de calor abrasador. La cabeza de Reggie rodó por el suelo y vi, horrorizada, que el resto del cuerpo se convertía en ceniza.

Grité.

Las cenizas de Reggie flotaron en el aire. Al ver que los nobles aplaudían y lanzaban vítores, decidí que los mataría a todos. Nismera les había mentido, les había hecho creer que con aquel poder podía matar incluso a un hado, pero Reggie era en parte mortal. Porque me amaba. No lo había matado Nismera. Había sido yo.

Me observó con una mortífera sonrisa de diversión mientras me debatía contra las ataduras como un animal salvaje y enloquecido, listo para arrancarle la cara a tiras con las garras.

—¿Veis como es un animal salvaje? —Se volvió hacia los presentes—.

Feral, como todas las bestias. Y el falso rey pretende que la veneréis, que os

inclinéis ante ella. ¿Seguiréis los pasos de los animales o reinaréis como los dioses que podéis llegar a ser?

—Seguimos al único rey verdadero —dijeron todos, y sus voces se mezclaron mientras gritaban sus alabanzas y su devoción a ese

monstruo.

Los hados alzaron los rostros hacia el cielo y gimieron al unísono. Lo que hubiesen visto en el momento de la muerte de Reggie había logrado atravesar su locura. Se aferraron la una a la otra y sus gritos perforaron el velo del tiempo y del espacio. A un gesto de la mano de Nismera, los guardias las sacaron de allí. Entraron más guardias, que guiaron a los nobles fuera de la mazmorra. Los estudié con los ojos llenos de lágrimas para memorizar cada rostro. No iba a dejar nada a mi paso, excepto cenizas.

—¡Puta zorra! —grité cuando Nismera se detuvo frente a mí, sin dejar de sacudir las cadenas y tirar de ellas.

Sonrió, satisfecha, y me estampó la bota en la cara. El impacto rompió huesos y la boca se me llenó de sangre. Caí de espaldas con un fuerte golpe y las cadenas me drenaron la rabia y el poder. Me quedé tumbada, disfrutando del entumecimiento, mientras ella se reía.

—Gracias, Ayla, por darme lo que siempre he querido: poder. —Se agachó a mi lado y me cogió del pelo para obligarme a mirarla—. Te debo mucho dolor, Ayla, y pienso pagártelo. Sécate las lágrimas, reina caída.

Mañana tenemos programado para ti un gran acontecimiento. —Me apartó la cabeza de un empujón y luego se levantó y salió de la sala a grandes zancadas—. Duerme bien —dijo antes de irse.

Unir trató de hablarme, pero no le hice caso, y al final se calló. Ya no oía más sonidos que el goteo del agua y mi propia respiración jadeante.

Cansada, volví la cabeza hacia las cenizas que había en el suelo y contemplé la marca de quemaduras donde Reggie había estado arrodillado.

Las cadenas que lo habían retenido, chamuscadas, yacían inertes por el suelo. Dioses, todo aquello era culpa mía. Era mi mejor amigo, y había hecho que lo matasen.

Se me escapó un sollozo ahogado. Me picaban los ojos y en mi pecho se había desbordado una presa. Aunque no tuviese alma, lo sentí. Andando a gatas, me arrastré hasta el círculo y me arrodillé a su lado. Reuní con manos temblorosas las cenizas, rascando la piedra con las palmas. Una parte irracional de mí creía que, si lograba reunirlas todas, podría hacer que volviese a estar completo. Era una insensata necesidad de aferrarme a lo que quedaba.

Quería gritar, dejarme llevar por la furia y maldecir a los dioses, pero solo me salían gimoteos. Tenía la boca abierta en un grito silencioso, y las lágrimas me corrían por la cara y se mezclaban con el fino polvo. Era todo lo que quedaba. Como Gabby. A Reggie también lo había perdido. Otra persona cuyo único error era amarme y preocuparse por mí. ¿Es que yo solo servía para eso?

La firmeza y la determinación me golpearon con más fuerza que ninguna patada o puñetazo de Nismera. Quizá tuviese mis dudas respecto a convertirme en reina y gobernar aquellos dominios junto a Samkiel, pero, por los dioses del cielo y de la tierra, no iba a permitir que aquella zorra psicópata ni nadie como ella ostentase el título por más tiempo. Ya no me importaba lo que pensasen de mí o de nuestra unión. Si tenerme como reina hacía que otros se rebelasen, que así fuera, pero los dominios se iban a ver libres de ella, aunque tuviese que hacerla pedazos con mis propias manos.

—¡Muerte! —llamé.

No hubo respuesta.

—Muerte. —Mi invocación fue casi una súplica.

Un viento gélido llenó la mazmorra y de pronto ya no estábamos solos.

No lo veía, pero no tenía duda de que estaba allí.

—Haz algo —exigí.

—No puedo —respondió, y su voz hizo que me dolieran los huesos.

—Sí que puedes. Lo hiciste una vez por Samkiel. Vuelve a hacerlo —

dije. Levanté la mirada, con las manos llenas de restos pulverizados.

Se apareció, una figura envuelta en un manto, como si a la oscuridad le hubiese crecido un cuerpo. La capucha le ocultaba el rostro, y el único rasgo que podía distinguir era el brillo de los ojos. Me parecía bien; no sabía si estaba preparada para ver la auténtica cara de Muerte.

—No puedo, porque no lo hice. —Los ojos vacíos se encontraron con los míos—. Fuiste tú.

—Entonces, permíteme hacerlo de nuevo —supliqué—. Enséñame cómo.

—Entregaste tu alma por uno. No te queda alma que dar por el otro.

Otra vez se me rompió el corazón en mil pedazos.

—Entonces llévate otra cosa, lo que sea.

Los ojos de Muerte se clavaron en los míos, y algo en su mirada inhumana me hizo preguntarme si a él también le importaba Reggie.

—Ya has dado demasiado, y él no me perdonará si le hago daño a su muchachita.

Un aullido resonante envolvió la sala, y de repente ya no estaba allí.

Solo me quedó el vacío, un frío aún más cortante que la presencia de Muerte. Cogí la esposa calcinada que llevaba Reggie en la muñeca y

la estreché contra el pecho. Luego me tumbé sobre las cenizas. El mundo parecía más apagado ahora.

«Dianna».

La voz interrumpió mis sollozos.

« *Akrai* —dijo Samkiel por el vínculo, como si intentase determinar si lloraba porque me habían torturado y me desangraba o algo peor—. Dime dónde estás».

No podía sentir, no podía pensar. Ni siquiera recordaba haberme vuelto a poner el anillo.

« *Akrai*, cariño. Siento tu dolor. Dime algo, lo que sea. Por favor».

Las lágrimas salieron más rápidas, más ardientes, y mis sollozos se tornaron silenciosos. Respirar era demasiado difícil. Conocía ese dolor. Era

una agonía que creía que nunca más tendría que afrontar de nuevo. Qué idiota había sido.

«Es Reggie. —Mi voz, a través del vínculo, sonaba rota e inexpresiva, vacía como el agujero que tenía en el pecho—. Está muerto».

La sorpresa de Samkiel me atravesó la mente como un golpe de viento que se volvió gélido a medida que se transformaba en dolor, y quizá rabia.

«Voy a por ti —dijo, y ahora las palabras acarreaban una orden inconfundible—. Voy a…».

Las palabras de Samkiel se interrumpieron, como si alguien lo hubiese sacado de sus pensamientos. Su rabia alimentó la mía, y agradecí tener otra emoción en la que centrarme, igual que su presencia en mi mente y el sonido de su voz me reconfortaban y me daban fuerzas. Pese a que él tenía su propio dolor y su propia

tristeza, compartir esta carga con él era un alivio, y estaba segura de que ambos salíamos ganando. Nismera se equivocaba. Samkiel y Gabby me habían enseñado que el amor no te hacía débil. Te hacía poderoso.

Un dolor renovado me devoró, y supe que ella debía de haber oído mis gritos. No los oculté. No pensaba menospreciar la vida de Reggie con gimoteos. Había sido amado y se merecía que lo llorasen. Me tomaría mi tiempo para hacerlo y, después, haría lo que se me daba mejor, porque también se merecía ser vengado. Esa noche lloraría, pero, con las primeras luces del alba, llegaría la furia.

Samkiel percibió que mi aflicción resurgía y trató de calmarme, y me prometió que venía de camino, pero yo estaba demasiado sumida en mi dolor para responderle. A lo lejos oí que Unir me llamaba, pero era la última persona con quien quería hablar. Cerré los puños para aferrarme a los restos de uno de mis mejores amigos y me acurruqué en posición fetal. Con cada sollozo que sacudía mi cuerpo, con cada lamento, mi determinación crecía. Nismera no había ganado, y no tenía ni idea de quién era yo ni de lo que era capaz. Jamás conseguiría romperme. Pero yo iba a destruirla a ella.

Mientras dejaba que el dolor y la tristeza me arrastrasen a la oscuridad, un recuerdo del pasado se abrió camino.

—¿De qué está hecha una hoja desolada? —le pregunté a Kaden.

Miró de reojo por encima del hombro mientras yo jugueteaba con la hoja serrada que tenía en la mano.

—De hueso de ig'morruthen.



–Esto va a funcionar —repitió Cameron.

No le hice caso. Mirábamos a la multitud apretujada. El sol, alto en el cielo, derramaba una luz brillante sobre la enorme ciudad de oro y blanco.

El confeti de colores flotaba en el aire, y la plaza mayor estaba decorada con serpentinas. Había millares de personas, todas ellas vestidas como si fuesen a celebrar el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad.

Kaden, Isaiah y yo compartíamos la misma sensación. Todo aquello era una estupidez. Nismera había organizado un desfile para la muerte de mi esposa, pero terminaría con la suya. No teníamos pensado salir hacia allí tan temprano, pero los tres habíamos sentido la angustia de Dianna en nuestros vínculos. La muerte de Reggie la había afectado tanto que hasta Kaden e Isaiah lo sintieron, y se volvieron de inmediato hacia mí, como si creyesen que había muerto y que ellos serían los siguientes.

Respiré hondo, estremecido, mientras nos abríamos paso entre el gentío que gritaba y reía. Todos se volvieron al oír los cascos de los

huroehes que golpeaban el suelo. La muchedumbre retrocedió, y nosotros con ellos, para dar paso a aquellas grandes bestias.

—Mirad y contemplad a la falsa reina ante vosotros —se oyó una voz

por encima del bullicio.

La multitud se quedó boquiabierta. Unos cuantos se pusieron de puntillas y empezaron a saltar para ver mejor. Gruñí desde el fondo de la garganta y me adentré más entre la gente, no para llegar al frente, sino para colocarme más atrás. Kaden e Isaiah me siguieron. Los mantos verdes y marrones nos ayudaban a pasar desapercibidos, y procuramos tener las capuchas echadas en todo momento. Logramos salir de la plaza y subimos los escalones que llevaban a una pasarela elevada muy por encima de la plaza. La gente se apoyaba en la barandilla y miraba la aglomeración de debajo. Nos hallábamos encima del camino que seguirían los huroehes al recorrer la carretera que los llevaba al palacio enorme y resplandeciente.

Me fijé en que el sol se reflejaba en los barrotes de una jaula hecha de hierro y de acero templado por los dioses. Estaban cubiertos de pequeñas puntas afiladas como navajas, para que se cortase las manos si se agarraba a ellos. El corazón me dio un vuelco. Todo mi ser quería llegar hasta la mujer que había estado buscando toda mi vida. Dianna estaba tumbada en el centro de la jaula, con el cuerpo magullado y ensangrentado, para que todo el mundo la viera. La gente señalaba y se reía. La ropa andrajosa y harapienta que le habían dado estaba tan sucia y manchada como ella misma, pero al menos no estaba desnuda.

Aquello no era un acontecimiento, era una exhibición con el objetivo de mostrar el poder de Nismera y asegurarse de que la gente de todas partes supiera quién era el enemigo. Las chispas de las bengalas se elevaban en el cielo con una profusión de luces y colores. La gente gritaba y vitoreaba para celebrar la derrota del mal, cuando, en realidad, el mal estaba a cargo del maldito festival.

Me abrí paso a empujones entre la gente que atestaba la pasarela para seguir la jaula a medida que se movía por debajo de nosotros. La electricidad estática me bailaba en la piel y daba descargas a la gente cuando chocaba con ellos. Chillaban y me maldecían. Oí que Kaden siseaba



mi nombre mientras Isaiah y él me seguían.

Bajo ningún concepto iba a dejarla sufrir sola. No podía permitirles pasearla por las calles en una jaula para bestias cuando Dianna se habría desangrado y habría muerto por esas personas, cuando había entregado su maldito corazón por ese libro.

Le tiraban cosas, la pinchaban, le escupían y maldecían su nombre; cientos de voces, cientos de personas odiosas. Los miembros de la realeza de los dominios supervivientes se habían traído a sus ciudadanos, y una parte de mí se preguntaba si se merecían que los salvasen.

Dianna no cambió de forma. Ni rastro de colmillos, rugidos o fuego.

Solo estaba allí, tirada, sin quejarse, y eso me asustó. Aunque no estuviese tan débil y maltratada, el metal forjado por los dioses que formaba la jaula la habría obligado a permanecer en su forma mortal, pero me dolía ver que lo aceptaba todo con resignación.

«Cariño. Escúchame, siénteme, como has hecho antes. Sabes que no estás sola». Derramé todo mi amor desesperado en el vínculo; necesitaba que me oyese.

No desvió la vista en dirección a mí, y en mi mente solo hubo silencio.

Miraba el mar de rostros, todos los que se burlaban de ella y la ridiculizaban. Degollaría a cada noble y cada plebeyo que se riese de esa monstruosa exhibición. Dianna, que había demostrado una y otra vez lo mucho que amaba. La mujer que le había entregado su vida a un extraño en el desierto para salvar a su hermana, a quien le habían arrancado el corazón para salvar el mundo, que había vendido su alma para que yo viviese. No era un monstruo. Era un sueño, y, por ella, yo sería una pesadilla.

¿Por qué no la veían como la veía yo?

¿Por qué no la amaban como la amaba yo?

Seguimos la jaula hasta que llegó a las puertas del palacio. No se permitió entrar a ningún plebeyo, otro cruel recordatorio de que para Nismera no significaban nada. Kaden, Isaiah y yo seguimos al asesino a las sombras y nos cambiamos de atuendo para mezclarnos mejor con los disfraces extravagantes del baile de máscaras.

Eché un vistazo sobre la barandilla, aunque me aseguré de permanecer fuera de la vista. El gran salón de baile de debajo era como un lienzo de oro con un conjunto de dibujos pintados en el suelo reluciente. En él se arremolinaban muchos nobles emperifollados que se saludaban unos a otros con fingido entusiasmo. Todos los presentes querían demostrar que eran merecedores de la invitación, y trataban de reflejar su sofisticación y refinamiento en los vestidos elegantes y en los trajes oscuros con adornos dorados que vestían. Había demasiado oro y demasiadas joyas. Todo era excesivo y de mal gusto. Dianna lo odiaría.

La música flotaba en el aire. Un niño que no parecía ser mayor que Miska tocaba una melodía suave. Las ropas no podían ocultar las cadenas de muñecas y tobillos, y, cuando levantó la vista y me miró, sin dejar de rasguear el instrumento de cuerda que le colgaba del hombro, detecté un brillo inconfundible en sus ojos. Una musa, prisionera. Arrugué los labios con desprecio. Por supuesto. ¿Cómo no iba a esclavizar todo lo que tocaba?

El sonido de las conversaciones me llevó a centrarme de nuevo en el salón de baile. Todas las casas que habíamos visitado y a quienes habíamos pedido apoyo y ayuda estaban allí. Los líderes charlaban y sus risas y sus voces me llegaban desde las escaleras. Nismera era una puta tirana, y allí estaban ellos, en su fiesta, bebiendo, charlando y mostrándole su apoyo.

Inspiré hondo y, al apretar los dientes, la media máscara que me tapaba los ojos se me clavó en los pómulos. Nismera los había hecho venir porque quería convertir a mi esposa, y el hecho de haberla capturado, en un puñetero espectáculo. Por ella y por Reggie tenía la esperanza de pillarla por sorpresa y librar a su cuerpo del peso de la cabeza antes de que cayese

la noche.

Faye había robado una invitación de una familia que habían estado vigilando, y me la entregó junto con Camilla y Vincent. No podía negar que la traición de Vincent era una herida abierta en el corazón, y, pese a hablar hablado con Camilla y con Vincent durante horas, me seguía doliendo. No sabía que Nismera lo había atado a ella, y no tenía tiempo de procesarlo. En aquellos momentos, Dianna era mi principal preocupación, y ellos me estaban ayudando a llegar hasta ella, así que me lo tomaría como un buen comienzo. No sabía a dónde nos llevaría eso, y tampoco si sería capaz de convencer a Dianna de que lo dejase vivir, pero ya lidiaríamos con todo eso una vez que estuviésemos de vuelta en casa.

—Si no funciona, necesito que todos os ciñáis al plan.

—Os dejé atrás una vez, y ahora no pienso irme sin ti —dijo Cameron, con la mano en mi bíceps—. Ni sin ella. Nunca más.

Busqué su mirada a través de la complicada máscara de oro que llevaba.

—Apenas soy estable, Cam. Mis poderes son, como mínimo, impredecibles. Es por tu seguridad y la de todos.

—Pienso quedarme —insistió—. Hasta el final.

Le respondí con una sonrisa sincera y cerré la mano sobre la suya.

Isaiah subió las escaleras. Iba ataviado con un traje y una media máscara como la mía. Se apoyó en la barandilla, a nuestro lado. Alzó la copa y, cuando la vació de un trago, capté de reojo un destello de verde en el líquido ambarino. Camilla había creado una poción para ocultar nuestro poder. Solo tenía un problema: había que beberla con frecuencia. Pero mentiría si dijese que no me alegraba de contar con ella en mi equipo.

—Kaden ya está en posición y yo he comprobado el piso superior. Está vacío. Percibo a los otros reyes de Yejedin, pero no los veo. Le encanta el drama, así que seguro que piensa usarlos para hacer una entrada a lo grande.

Asentí.

—De acuerdo. Estaremos preparados.

—Ha llegado Faye —añadió—. Ha repartido a sus asesinos por la ciudad y se dirige a reunirse con Kaden.

—Perfecto.

Cameron silbó por lo bajo.

—¿Seguro que no habrá problemas? Si alguien le toca las narices, igual termina sin cabeza.

Sabía a qué se refería. Tanto Kaden como Isaiah estaban muy tensos desde que sentimos el dolor de Dianna a través de los vínculos. Lo que los mantenía en marcha era la adrenalina, el estrés y el instinto de supervivencia. Me daba la impresión de que creían tener más

control sobre el vínculo, pero el dolor de Dianna los había dejado casi incapacitados y les había demostrado que se equivocaban. Su pena había desbordado los vínculos, como si su mente lo hubiese hecho de forma instintiva para protegerse. Y, como resultado, ya había tenido que parar a Kaden dos veces para impedir que le gruñese a la gente que lo miraba durante demasiado tiempo.

—Todo irá bien. Si se pasa de la raya, Faye es lo bastante fuerte para frenarlo hasta que yo los alcance, pero no creo que lleguemos a eso. —Me incliné sobre la barandilla para vigilar el salón y comprobar cada puerta y cada salida—. No va a meter la pata —dije en voz baja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cameron.

De pronto cesaron la música y la cháchara y todos nos volvimos en busca del motivo de ese silencio.

—Porque él también la ama —afirmé.

Ni Cameron ni Isaiah dijeron nada, peo comprendí que les preocupaba que, tras admitir algo así, los poderes se me descontrolaran. No entendían que mi único afán era mantenerla a salvo. El amor y la obsesión de Kaden hacia Dianna eran una ventaja a la hora de conservarla con vida. No confiaba en él, y lo odiaba con toda mi alma, pero sabía que no permitiría

que nada la matase, y eso me reconfortaba.

Las luces se atenuaron poco a poco y sumieron la sala en un suave resplandor. Los guardias hicieron su entrada, perfectamente sincronizados.

Nismera avanzaba detrás de ellos, con un atuendo real y la corona de mi padre ceñida en la cabeza. La legión se desplegó y solo quedaron a su lado dos de los tipos más corpulentos. Sentí la tentación de saltar por la barandilla y atacarla, pero dominé el impulso y me obligué a no reaccionar.

Los presentes alzaron las copas y aplaudieron con cortesía mientras ella los saludaba y ascendía los escalones hasta el escenario como si fuese una gobernante querida y benévola. En realidad, lo que los retenía allí era el miedo y el hambre de poder.

—Me alegro mucho de que hayáis podido asistir tras avisaros con tan poca antelación —empezó. Los labios pintados de dorado sonrieron —. Sé que, en tiempos como estos, es mejor que me presente ante vosotros en persona. Ha habido rumores y señales preocupantes, pero esta noche estoy aquí para acallarlos por completo.

Dio una palmada y las gruesas puertas dobles que tenía a su izquierda se abrieron de par en par.

La luz se derramó por la sala. Se oyeron jadeos y exclamaciones de sorpresa entre la muchedumbre al entrar los guardias que arrastraban la figura ensangrentada, sucia y renqueante de Dianna. La barandilla crujió bajo mis dedos.

Cameron me tocó el brazo.

—Espera. Cíñete al plan.

Lo estaba intentando, de verdad, pero no sabía si sería lo bastante fuerte.

Dianna alzó la cabeza con una mirada desafiante mientras los guardias la arrastraban entre la multitud. Los nobles se apartaron para dejarle paso.

—Contemplad a la usurpadora ig'morruthen. La que ha quemado ciudades, asesinado el ganado y derribado mi flota del cielo. Todo eso, para

tratar de hacerse con el poder. Un poder que nunca ha sido suyo.

La gente chillaba y le gritaba insultos a mi esposa.

—Esta noche —siguió— os mostraré que no pienso permitir que nadie os amenace ni os haga daño, por muy poderosos que crean ser. Nadie puede detenernos ni arrebatarnos lo que hemos construido aquí. Ya no luchamos solo para sobrevivir. Unirnos ha sido nuestra salvación y nada podrá derrotarnos mientras tengamos un objetivo común. —La vitoreaban como los ciegos sicofantes que eran—. Os he traído la paz. He peleado y he sangrado para conseguirla, la he forjado con mis propias manos para poder ofrecérosla y derramaré de nuevo mi sangre para garantizar que la conservéis. Por vosotros. Por vuestras familias. ¡Por todos nosotros! —gritó Nismera.

Los guardias arrastraron a Dianna entre la nobleza. Intentó levantarse, y la golpearon para hacerla caer y obligarla a gatear. Dianna gimió y yo me moví a toda prisa hacia las escaleras. Los iba a matar a todos. Isaiah me placó. Me cogió por la cintura y me empujó contra la pared con tanta fuerza que, si la muchedumbre no estuviese gritando, abucheando y escupiendo a mi esposa, lo habrían oído.

—Suéltame —dije con una voz que no era la mía.

Traté de darle un puñetazo. Tenía que llegar hasta ella. Kaden apareció a nuestro lado y me sujetó del brazo para sumarse a los esfuerzos de contenerme. Me retuvieron contra la pared y me inmovilizaron, y yo me debatí. Tenía que salvarla, que ayudarla.

—Samkiel —siseó Kaden—. Si sigues adelante, lo estropearás todo y la pondrás aún más en peligro.

—Cíñete al puto plan —gruñó Isaiah con los dientes apretados mientras se esforzaba por sujetarme.

—Pero… —Me faltaban las palabras—. Me necesita.

—Todos te necesitamos —dijo Kaden—. Como te desvíes del plan, te rompo el puto cuello y lo termino yo mismo. ¿De verdad quieres que sea yo

quien salve la situación y que ella se enamore de mí como una loca?

Tamaña ridiculez cortocircuitó mi furia. Resoplé.

—Como si eso fuera a pasar.

—Por fin —dijo Kaden al tiempo que se apartaba de mí—. Ahora, vamos a terminar con todo este asunto.

Me esforcé por controlar la respiración, con el corazón dolorido. Isaiah y Kaden me flanquearon de regreso a la barandilla, atentos por si perdía los papeles de nuevo. Querían que no hiciese nada, pero ¿cómo no iba a reaccionar? Nismera la exhibía para humillarla.

Quería demostrar lo muy equivocados que estaban quienes hubiesen llegado a creer que Dianna era una amenaza y que podía llegar a hacerse con su corona. La despojaba de poder para demostrarle a todo el mundo lo débil que era, y, a juzgar por la reacción de la multitud, por las miradas casi de adoración, comprendí que estaba funcionando. Nismera tenía un talento magistral para extinguir toda esperanza.

Dianna se volvió a caer, pero los guardias, sin hacer ademán de detenerse, la arrastraron por las cadenas que la sujetaban del cuello y las muñecas.

El Olvido se me deslizó sobre los brazos, y supe que, por mucho que Kaden tratase de impedirlo, iba a reducir aquel lugar a cenizas. Me encolericé, pero luego me calmé un poco al verla alzar la mano, no para detener a quienes la arrastraban, sino para tranquilizarme. Sentí una opresión en el pecho. Me percibía. Sabía que yo estaba allí y quería detenerme. Me tragué la cólera y la rabia con gran esfuerzo. Me estaba diciendo que tenía un plan. Por supuesto. ¿Cuándo no lo tenía mi chica hermosa e inteligente?



Casi me eché a llorar al notar la calidez que me inundó el corazón y la sensación eléctrica que me recorrió los nervios y que me hizo hervir la sangre. Lo percibí, incluso sin llevar la alianza. Lo percibí, como me había ocurrido siempre desde el día que pisé aquel edificio del consejo en Onuna.

Samkiel había llegado, y, como siempre que estaba cerca, mi alma buscaba la suya. No me atreví a buscarlo entre la multitud. Bastaría una mirada para que echara a correr y arruinara cualquier plan que pudiese tener. Me conformaba con sentir que estaba ahí, pero me moría de ganas de sacar el anillo de su escondrijo en el sujetador y ponérmelo para poder oír de nuevo su voz. Pero eso tendría que esperar.

Por la razón que fuese, Nismera no parecía percibir su presencia. Nadie sabía que estaba ahí. De lo contrario, ya se habría desatado el caos. Debía de estar ocultando su poder para moverse entre la multitud como uno más de ellos. Se me escapó un gemido, pero no de dolor. No solo había venido a búscame, sino que había llegado a tiempo.

Me hicieron andar a gatas, me tiraron comida y me escupieron. Lo hacían por ella, y, con cada inspiración, planeaba sus muertes; una venganza

no solo en mi nombre, sino también en el de Reggie. Si tanto querían seguirla a ella, podían acompañarla en la muerte. Por fin llegamos al escenario de piedra un poco elevado, y los guardias me levantaron en volandas.

Nismera me miró con desdén.

—Por fin pareces la escoria que eres en realidad —me dijo en voz baja.

Levanté la cabeza y le escupí; le dejé toda la cara llena de saliva. Un jadeo colectivo se escapó de la multitud, pero recuperó su respeto con un revés tan fuerte que vi las estrellas.

—¿Veis? Es repugnante, menos que un animal. —Se adelantó y me cogió por el cabello—. Mirad.

Su poder se derramó por las esposas. No me quemó, pero sentí que mi cuerpo se transformaba. De los dedos brotaron garras, y los colmillos se desplegaron. Por cómo me cambió la visión, supe que los ojos se habían vuelto rojos.

—¿Veis? Es un animal. ¿Queréis que algo así proteja a vuestros hijos, a vuestras familias?

Gritaron, chillaron y me maldijeron. Más de mil personas presentes en el salón de baile y todas las miradas de odio confluyeron en mí. Comprendí que se los había ganado. Lo supe sin ninguna duda. Se aprovechaba de la preocupación por sus familias y del miedo a lo desconocido. Temían lo que no comprendían, y no sabían qué pensar de Samkiel y de mí. Los asustábamos, y ella usaba ese miedo para presentarse como su salvadora. Se habían tragado sus mentiras y sus

engaños como si eso los sustentase. Me veían como a una bestia impredecible cuando el auténtico monstruo era muy parecido a ellos.

Por ahora.

Tiró para levantarme más, hasta que casi dejé de tocar el suelo con los pies magullados.

—Ninguno de nosotros estará a salvo de verdad hasta que ella, y el

régimen que la ha enviado a acabar con nosotros, dejen de existir.

Un guardia musculoso se adelantó con un arma ardiente de hoja ancha.

Otros dos trajeron un grueso tajo de plata y lo depositaron frente a mí. Tenía que reconocerlo. No solo quería una ejecución pública, sino que también me iba a cortar la cabeza delante de todos ellos para dar el espectáculo.

Lloriqueé y me desplomé en sus brazos mientras trataba de apartarla, casi sin fuerzas. Quería que creyese que me había abrumado el miedo, que había perdido toda esperanza y por fin había conseguido quebrar mi espíritu. Quería que yo sirviese de escarmiento, pero era ella la que iba a terminar escarmentada.

—Arrodíllate, reina traidora —ordenó—. Arrodíllate frente al legítimo heredero.

—Ya lo hago, pero no eres tú.

Le di un cabezazo y la cabeza de Nismera cayó hacia atrás con un satisfactorio crujido de huesos. Deslicé la mano entre los tejidos enrollados que usaba de sujetador y saqué la hoja desolada que había fabricado. Se oyeron jadeos, pero ya era tarde. Me giré mientras Nismera trataba de recuperarse, sorprendida por mi fuerza repentina. Sonreí y le clavé el cuchillo desolado en el ojo; empujé con tanta fuerza que salió por el otro lado de la cabeza.



El caos se apoderó de la sala. Las luces parpadearon y luego adoptaron un ritmo intermitente, similar al sonido de una alarma. La habitación se llenó de humo negro y los nobles estallaron en gritos. Algunos trataron de abrirse paso hacia la salida mientras que otros invocaron portales y huyeron. No querían arriesgarse a sufrir sus represalias ni poner en peligro su propia seguridad. Aunque Samkiel tenía pocos seguidores, no dejaban de ser muy poderosos, y, pese a que la habían apoyado antes de forma casi fanática, eran conscientes de que no dudaría en sacrificarlos.

Unos fuertes brazos me cogieron de la cintura y tiraron de mí para sacarme del escenario. No me resistí, porque sabía quién me había cogido.

Reconocería su contacto en cualquier circunstancia, así que me deleité en la sensación de estar entre sus brazos.

Samkiel me alejó de la refriega y no se detuvo hasta que estuvimos a cubierto bajo el voladizo de piedra de un balcón. Me depositó en el suelo con suavidad y mis labios, cortados e hinchados, se encontraron con los suyos. Hice caso omiso del dolor, y a él tampoco

pareció molestarle mucho que estuviese cubierta de mugre. La emoción me invadió como un intenso

oleaje cuyo eco pude percibir en él. Dejamos de besarnos, pero no nos apartamos. Apoyó la frente en la mía y me acarició la cara con tanto amor y delicadeza que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Estaba muy preocupado por ti —jadeó mientras me acariciaba las mejillas con los pulgares—. Pero también estoy muy enfadado contigo.

Parpadeé, sorprendida, pero luego me adentré en sus emociones. Capté el amor abrumador que sentía por mí, pero también, casi igual de intensa, una rabia oscura y extraña cuyo objetivo era yo. Tardé unos momentos en comprenderlo y, cuando por fin lo entendí, me sentí avergonzada. Le había negado nuestra conexión, y, peor aún, no le había permitido ayudarme. Lo había despojado de la capacidad de actuar mientras me torturaban y abusaban de mí, y eso casi lo había roto.

—Samkiel, lo siento de veras. Tenía un plan —me justifiqué. Sacudí la cabeza, incapaz de contener un sollozo, cuando su dolor se derramó sobre mí.

Samkiel apartó las manos y miró de reojo el caos que se había adueñado del salón de baile. Acto seguido, aferró el maldito collar que me rodeaba el cuello; sentí que liberaba su poder, y el Olvido, siempre dispuesto, se deslizó sobre el metal. Vimos con satisfacción que las cadenas se desintegraban en una ceniza oscura, y la magia violácea, juguetona, me lamía la piel.

El alivio de librarme de la viscosa presencia de esas ataduras fue instantáneo. Me erguí un poco más recta y el cuerpo empezó a sanar.

Samkiel se subió una manga oscura, invocó un cuchillo y se hizo un corte en el antebrazo; brotó la sangre, abundante y poderosa. Me

cogió por la nuca, levantó el brazo y me empujó la boca sobre la herida.

—Come —ordenó—. Para huir necesitarás energía. Estamos en el centro de su imperio.

No discutí. Si lo rechazaba, eso solo le provocaría más dolor. Acuné el brazo y cubrí la herida con la boca abierta. El sabor del primer trago casi

me hizo desmayarme. Puse los ojos en blanco. Hasta ese momento no había sido consciente de lo famélica que me sentía. Se me curaron la piel y los huesos. Samkiel me volvía a salvar una vez más.

A lo lejos se oían gritos, y el palacio se caía a trozos, pero seguí bebiendo y no me aparté hasta que sentí temblar el suelo. Alguien había derribado uno de sus buques de guerra. Samkiel me intentó bajar la cabeza para que siguiera bebiendo.

—No —dije con un gesto de la cabeza.

—No es suficiente —insistió.

—Sí que lo es. —Me limpié la boca e hice girar el hombro. No se había curado del todo y el dolor solo se había reducido en parte, pero teníamos que ponernos en marcha—. Hay que irse de aquí. Reagrupémonos y ya nos preocuparemos de la legión y del resto de su armada otro día.

Samkiel asintió y se bajó la manga. Miró hacia el cielo al tiempo que un rugido desgarraba el aire.

Le seguí la mirada.

—Tiene dos ig'morruthens —dije.

Me miró a los ojos.

—Yo tengo tres, pero el primer paso de nuestro plan es que el maldito anillo no se mueva de tu dedo.

Di un respingo y enseguida lo saqué del sujetador. Me lo puse en el dedo y cerré el puño.

—No podía tenerlo puesto, Samkiel. Aunque Nismera no supiera para qué servía, lo habría destruido por puro despecho. Y entonces nunca me habrías encontrado. Te lo juro, tenía un plan. Yo…

—Lo sé —me interrumpió. Había una nota de enfado en la voz, pero los ojos, sobre todo, reflejaban tristeza—. Siento lo de Reggie, *akrai*.

—Ahora no es el momento. —Sacudí la cabeza; las lágrimas me nublaban la visión.

Asintió y me besó para ofrecerme alivio y consuelo. Se apartó y me

miró de arriba abajo para evaluar las heridas restantes. Al quitarme las cadenas, las heridas empezaron a curarse con rapidez, y ahora mi cuerpo se aprovechaba del poder de la sangre de Samkiel.

—¿Cómo has conseguido un arma desolada? —quiso saber.

—La fabriqué en la mazmorra —expliqué—. Es un hueso de mi brazo.

No iba a permitir que Reggie muriese en vano. Lo mató delante de mí, así que me dije que ojo por ojo.

Se me quedó mirando; pude ver que sufría un conflicto emocional.

Cólera porque tuve que recurrir a hacerme daño para sobrevivir, pero también un profundo orgullo.

—Dioses, cuánto te quiero.

—Lo sé. No paras de decírmelo. —Sonreí, lo besé una vez más y enseguida me aparté de sus brazos. Después de alimentarme, tenía

la mente mucho más despejada. Miré a mi alrededor para comprender el verdadero alcance de la caótica situación. Hasta entonces no había sido del todo consciente de la cantidad de gente que había asistido a la pequeña reunión de Nismera.

—La armada. —Señalé los navíos—. Nismera destruirá todo esto antes que permitir que cualquiera de ellos se crea capaz de arrebatarle el trono.

—Eso no me preocupa. Camilla se encarga de cualquier nave que pueda presentarse. Su poder ha crecido enormemente.

Lo miré boquiabierta de asombro.

—¿Camilla?

Asintió.

—Es una bruja muy poderosa.

—¿Cómo has conseguido que se una a nosotros?

—No lo he hecho. Se presentó con nuestros amigos de la cofradía de asesinos —explicó. Me cogió de la mano y se dirigió hacia el fragor de la batalla.

—El humo —comprendí de pronto—. Claro.

Como si la hubiésemos llamado, una figura alta y esbelta se separó de las sombras con la mayor facilidad. Estaba cubierta de pies a cabeza con una elegante ropa negra. Se bajó la tela que le tapaba la boca de labios carnosos y curvados. Los brillantes ojos de color ámbar con destellos dorados se clavaron en los míos.

—Sí, creo que ya conoces a su líder. —Samkiel la señaló—. Dianna, te presento a Faye.

—¿Líder? —Silbé con suavidad—. Ahora la cosa tiene sentido.

—Los miembros de la realeza huyen, mi rey. Kaden e Isaiah han localizado a los dos reyes de Yejedin y se están encargando de ellos.

Cameron y mis compañeros están sacando a los civiles fuera de la zona de destrucción

—De acuerdo, perfecto —dijo Samkiel. Me empujó hacia ella—.

Llévatela a casa. Ayudaré a Kaden e Isaiah a derribar más navíos.

Faye me cogió del brazo y yo le dirigí una dura mirada a Samkiel.

—No pienso irme.

—Ya has hecho suficiente. Y has pasado por una horrible experiencia.

Ya me encargo yo del resto. —Su mirada no fue menos dura que la mía.

Abrí la boca para discutir, pero me callé al ver una espada de plata que me brotaba de repente de las tripas.

—¿Estás seguro?



Nismera arrancó la espada de nuestros cuerpos, y Faye y yo caímos al suelo. Me llevé las manos a la herida; la sangre me burbujeaba entre los dedos. Nismera, que todavía llevaba el cuchillo clavado en la cara, levantó la espada y me gruñó. Un rayo salido de la mano de Samkiel la golpeó y la lanzó por los aires. El fogonazo de luz fue casi cegador, pero logré ver a tres asesinos que salían de las sombras y se abalanzaban sobre Faye.

—¡Sacadla de aquí! —gritó Samkiel. La armadura fluyó y lo cubrió.

Sin perder un instante, cargaron a Faye, que sangraba, y desaparecieron en la oscuridad.

—Odio las cuchilladas —me quejé sin quitar aún las manos del tórax, que se estaba curando.

—Y yo —convino Samkiel. Se me acercó con los ojos como ascuas—.

Vamos a tratar de limitar las cuchilladas, ¿de acuerdo? —Cerró las manazas sobre mis brazos y me levantó con cuidado—. ¿Cómo es que sigue viva? —

me preguntó. Le dio un golpecito a mi anillo—. La armadura, Dianna. No tengo ganas de ver cómo te hieren otra vez.

—No estoy segura, pero se me ocurre una idea, y no creo que te guste

—respondí. Pasé el pulgar por el anillo y la armadura me cubrió el cuerpo de pies a cabeza. Era una versión femenina de la suya.

—¿De qué se trata? —preguntó. Retiró un guantelete y me pasó el pulgar por el labio inferior.

En vez de perder el tiempo en contárselo mientras Nismera rondaba por ahí, le mostré a través del vínculo lo que había dicho Unir. Al enterarse, maldijo, y luego volvió a maldecir.

—No me importa —exclamó—. Nismera va a morir hoy.

—Estoy de acuerdo. —Mi espada se materializó con un zumbido, y juntos volvimos al salón de baile. La sala estaba llena de humo, que daba vueltas y se enroscaba en las corrientes de aire. En la sala reinaba el silencio. Demasiado silencio.

«Recuerda lo que te enseñé —dijo por el vínculo. Ambos nos movíamos en silencio entre el humo mientras la buscábamos—. Usa todo lo que has aprendido, y nunca des por supuesto que has vencido».

Asentí. Dimos vueltas uno alrededor del otro, con las espadas listas.

Una ráfaga de plata pasó a toda velocidad entre el humo, a nuestra izquierda, y nos volvimos hacia allí. Un mechón de cabello nos golpeó desde la derecha. Daba vueltas alrededor de nosotros como un depredador que juega con su presa. El mundo estaba sumido en el silencio, como si ese día estuviese predestinado desde el principio de los tiempos y el universo vigilase, a la espera, en anticipación del clímax de la historia.

Se me activaron los instintos. Giré sobre mí misma y allí estaba, con el rostro lleno de furia. Samkiel apareció a mi lado justo cuando la espada de Nismera chocaba con la mía. Atacó y ella lo paró y respondió con una patada en el pecho que lo hizo salir volando de espaldas. Chocó con un fuerte impacto, y la pared se resquebrajó y se derrumbó sobre él.

Gruñí y golpeé con la espada, pero el acero solo cortó el aire. Reina contra reina, ambas sangrientas y brutales, pero con objetivos muy distintos.

Si el tiempo que había pasado allí había servido de algo, era para aclarar

quién era yo. Una reina olvidada, que había regresado para reclamar sus dominios junto a Samkiel. Mi cólera superó a su fuerza y la aparté de mí con un empujón de la espada. Chocamos de nuevo, como una danza; cada golpe y cada giro tenían su respuesta equivalente.

—¿No te preocupa lo que le pase a tu marido? —La última palabra sonó como una maldición.

Me encogí de hombros.

—Está acostumbrado a que se le derrumben edificios encima. Te lo aseguro.

No hacía falta que supiese que sentía el latido de su corazón, acompasado con el mío. Se estaba abriendo paso entre los escombros, muy muy furioso.

Nismera cargó de nuevo y yo levanté la espada. Ella se lo esperaba; lo que no se esperaba era lo sucio que yo podía llegar a pelear. Le estampé el puño en la cara, con tanta fuerza que se oyó crujir un hueso. Nismera se tambaleó y se llevó la mano a la nariz. Cuando la retiró, la sangre manchaba los dedos del guantelete. Me miró asombrada y en su cara se dibujó un gesto de odio mortífero.

Sonreí y mantuve la posición, sin parar de jadear.

—¿Qué te pasa, zorra? ¿No estás acostumbrada a sangrar?

Nismera gruñó con un sonido primitivo y potente. Samkiel ya me había avisado de lo rápida que era. Se movía tan deprisa que costaba seguirla, pero a mí me habían entrenado Kaden y Samkiel. No peleaba con un enemigo cualquiera. Me enfrentaba a la razón de que no hubiese crecido con mi familia, de que Samkiel y yo hubiésemos estado separados tantísimo tiempo. Ella era la zorra traicionera que había envenenado a su madre, que había enfrentado a hermanos con hermanos y que había sometido el mundo a su voluntad desde que

aspiró la primera bocanada de aire. No era una pelea entre gobernantes. Era el justo castigo por todo lo que se había llevado.

Di un paso atrás. Era una sociópata poderosa; aun así, tenía sentimientos que yo podía pinchar, botones que podía pulsar. Solo tenía que encontrar los adecuados.

«Muévela hacia delante».

«Estoy en ello», respondí mentalmente.

«Usa tu linda bocaza de sabelotodo», sugirió Samkiel; sentí que su poder iba en aumento.

—Al principio creí que toda esa movida del poder absoluto se debía a que no te habían querido lo suficiente. Ya sabes, los típicos problemas con papá.

Nismera frunció los labios y luego soltó una risa seca.

—Por favor. Si crees que eso me preocupa, todavía eres más tonta de lo que pensaba.

Di otro paso atrás, lento y meticuloso, mientras hacía girar el arma.

—Me muero de ganas de reclamar mis dominios y borrar tu nombre de la historia. Todo tu trabajo, todo lo que has hecho… No lo recordará nadie.

Me aseguraré de ello.

El odio le desfiguró la cara y los ojos brillaron de color rojo. Sonreí y, doblando la muñeca, agité la espada delante de mí.

—Voy a disfrutar arrancándote la cabeza de los hombros —dijo, y se abalanzó sobre mí con una cólera mortífera y veloz.

El suelo estalló, y un relámpago salió de debajo con un estruendo atronador. Nismera gritó y su figura ardió con un doloroso brillo plateado.

El trueno rugió y cientos de rayos puntiagudos chocaron con el techo y las paredes, consumieron la piedra y dejaron el cielo al descubierto. Me giré y caí de rodillas tapándome los ojos; el calor me quemaba la piel.

Samkiel apareció a mi lado, cubierto de hollín y piedra pulverizada. Se abrió el yelmo; tenía el pelo oscuro pegado a la cabeza por el sudor y los ojos de plata fundida rebosaban poder. Extendió la mano y yo la cogí para que me pusiera de pie.

—Eso ha sido genial —dije mientras me volvía a mirar los restos de la sala. Medio edificio había desaparecido, y el viento fresco de la tormenta que había creado nos azotaba. El sonido de los truenos se mezclaba con el de la batalla que seguía en el exterior.

—Gracias —dijo. Me besó el dorso de la mano—. En realidad, te he copiado la idea.

—¿Cómo? —resoplé—. Yo jamás he excavado un túnel bajo un edificio.

Se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que hiciste algo parecido. No me acuerdo. —Se pasó la mano por la cabeza—. Creo que me he llevado un buen golpe.

—Pobrecito —canturreé. Puso los ojos en blanco y me llevó hacia las cenizas—. ¿Eso es todo lo que queda de ella? —Lo miré de reojo—. No te enfades conmigo, pero esperaba algo más.

Su rostro se volvió inexpresivo.

—Juro a los dioses, Dianna, que si tú…

Y, de pronto, el universo se rio de nosotros.

Las cenizas plateadas que teníamos a nuestros pies se alzaron y nos rodearon, se condensaron para sujetarnos por el cuello y levantarnos. La figura de Nismera se reconstruyó, huesos, músculos y luego la piel, hasta que, una vez más, estaba ante nosotros entera e indemne, y nos sostenía a ambos en el aire.

—¿Creéis que podéis matarme? —se mofó—. Idiotas. Nada puede matarme.

Nos arrojó lejos, y chocamos con una de las paredes que aún quedaban en pie.



Al recuperar el conocimiento, me dio un ataque de tos. Después empecé a excavar para salir de debajo de los cascotes. El sonido de acero contra acero me espoleó; Nismera y Samkiel peleaban. El palacio se sacudía bajo la fuerza de sus golpes, y, en el momento en que me asomé, ella le había dado un empujón para apartarlo. Las botas acorazadas de Samkiel se deslizaron por el suelo y él clavó la espada en la piedra para frenarse. Dioses, era asombroso, pero comprendí que a duras penas se podía enfrentar a ella.

Se apoyó con esfuerzo en la espada y, cuando intentó erguirse, trastabilló y cayó con una rodilla en el suelo. Me había alimentado un rato antes, y ahora yo olía la sangre que se le escapaba bajo la armadura.

Nismera le había hecho una herida, y, si no se había curado ya, debía de ser profunda. Joder.

Corrí sobre las losas y luego me tiré de rodillas y me deslicé hacia ella con la espada desenvainada. Se volvió hacia mí y me esquivó en el último momento. Mi espada cortó el aire. Me giré en redondo y me puse en pie de un salto mientras nuestras espadas chocaban. Nismera se inclinó y, sabiendo lo que iba a hacer, levanté la rodilla y se la estampé en la cara. La cabeza

cayó hacia atrás mientras ella me maldecía. Alzó la espada, y yo dejé caer la mía y me tiré al suelo. Las palmas chocaron con el suelo de piedra pulida y ella abrió un poco los ojos, sorprendida. Aproveché el impulso para darle una patada en el pecho con ambos pies. Su espada resonó al caer en el suelo, y ella salió volando y se estrelló con una gruesa columna. El arco que había encima se rajó y se desmoronó sobre ella.

Sin perder un instante, me di la vuelta y corrí hacia Samkiel. Cuando llegué a él ya se había puesto en pie. Me volví para vigilar el sitio donde Nismera había desaparecido bajo los cascotes. Se recuperaría pronto, pero el techo abierto nos serviría de vía de escape.

—Cariño, estás sangrando —le dije. Le toqué el costado que se apretaba con la mano.

Gimió y esbozó una media sonrisa.

—Estas cosas pasan cuando uno pelea con espadas.

—Capullo.

Le aparté la mano para ver la herida. Si era demasiado grande, quizá fuese incapaz de agarrarse a las púas de mi espalda para salir de allí. La armadura de plata que yo creía casi indestructible tenía una raja enorme.

Joder, menudo golpe le había dado Nismera. Pero lo que me preocupaba era la sangre que brotaba de la herida. Quizá me había alimentado demasiado de él.

—Tenemos que irnos enseguida —dije—. El combate ha estado bien, pero no podemos derrotarla. Aquí y ahora, no.

—Si dejamos a un lado el orgullo, estoy de acuerdo —convino.

—Sujétate el costado —le indiqué, y luego le rodeé la espalda con el brazo—. Déjame que te ayude…

Era muy rápida. Samkiel me lo había repetido una y otra vez, pero yo nunca aprendía. Solo hacía un segundo que había mirado los cascotes, pero fue un segundo de más. Nismera estaba a pocos metros de nosotros, cubierta de polvo y suciedad, y empuñaba la lanza dorada. Abrí mucho los

ojos y el corazón me golpeó el pecho con fuerza. El tiempo se ralentizó. La sonrisa, retorcida y cruel, dejó a la vista los dientes, que relucían sobre la cara cubierta de sangre. Apuntó la lanza a la espalda de Samkiel, y el poder se acumuló a lo largo del arma.

Sabía lo que iba a hacer, el precio, lo rápido que lo consumiría. ¿Era eso a lo que dedicaban sonetos los poetas? ¿A lo que se refería Gabby cuando hablaba de un amor que te sobrepasaba?

Fuera lo que fuese, dejé que mi corazón decidiese por mí. Me giré de forma casi instintiva. Samkiel me miró, asombrado, mientras yo lo sostenía en brazos. Luego se le dilataron los ojos de rabia y terror. Había visto a Nismera, y la lanza. El poder que emanaba del arma hacía temblar el aire, pero ella lo sostenía, lo controlaba, lo dirigía.

Samkiel me miró a los ojos y supo lo que iba a hacer, y me odió por ello.

Extendió la mano, pero no para bloquear el chorro de energía que brotó de la lanza, sino para empujarme a un lado. Lo vi todo como en cámara lenta, y supe que ya era demasiado tarde.

La luz se hizo más brillante al alcanzar mi cuerpo. La espada de Samkiel resonó sobre las baldosas. El calor me taladró la espalda, y vi que su boca formaba una palabra. Tal vez fuese «no». Idiota. Era un idiota si pensaba que dejaría que le pasara algo. ¿Acaso no sabía cuánto lo amaba?

Me alegraba de dejar este mundo así. Era lo que habría escogido. Morir en brazos de mi amado, sabiendo que sacrificaba mi vida por alguien sin el cual no podría vivir. Memoricé sus ojos y su rostro, y supe que él sería lo último que viese jamás. Era tan hermoso, y lo iba a echar tanto de menos…

Creía que me quemaría, que, cuando mi cuerpo se redujera a cenizas y desapareciese, sería una agonía de dolor. Pero la verdad es que no sentí nada, ni un chispazo, ni un rescoldo, ni un atisbo de dolor. Estaba allí, y de repente ya no estaba.

Le envié un último pensamiento con la esperanza de que sirviese para impedirle que destruyera el mundo.

«Recuerda que te amo».

Ojalá fuese así.



El viento me azotaba, se abría paso entre las montañas y atravesaba el boque. Los rayos perforaban el suelo uno tras otro, y en el cielo los truenos se sucedían como el rugido de una bestia hambrienta. Joder con Samkiel. Y

luego decían que yo tenía problemas para controlar la ira.

La sonrisa de Ittsaré se ensanchó y le corrió la sangre por la barbilla. Yo lo sujetaba con un pie en el cuello. Mi cuerpo se sacudió, y me detuve. Me quedé con el codo echado hacia atrás y el puño en alto. Miré más allá de la muchedumbre aterrorizada y localicé a Isaiah. Se inclinaba hacia delante como doblado por el dolor. Nuestras miradas se cruzaron y él frunció las cejas. Los dos sentimos la ausencia de… algo.

Oí un graznido que me perforó los oídos pese al estruendo del caos, luego unas alas que se plegaban y un pájaro hecho de medianoche se posó en el cartel de una tienda a pocos metros de Isaiah.

—No —susurré. Muerte había venido. Pero ¿en busca de quién?

Los ojos opacos y vacíos de Muere me miraron, y la tristeza en su mirada hizo que se me licuasen las entrañas de terror.

Se oyó un chasquido en el cielo, seguido de un profundo aullido de

angustia. Todos los presentes, tanto los que peleaban como los que huían, se detuvieron y miraron hacia la fuente del sonido. Tenía el corazón desbocado. El día se tornó noche; las estrellas que se extendían más allá de la atmósfera parpadeaban, como si también quisieran esconderse de lo que iba a ocurrir. Las nubes oscuras se espesaron y se movieron, y adquirieron un profundo color púrpura.

Los rayos restallaban en su interior, cortaban el aire como un látigo la piel. El viento rugió y nos hizo rodar a todos por el suelo. Me incorporé pese a las fuertes ráfagas. Muchos de los que me rodeaban ni siquiera lo intentaban, y se limitaban a arrastrarse en busca de refugio. Las nubes empezaron a girar y a adquirir velocidad, hasta que se proyectaron hacia el suelo formando una columna de violencia y destrucción. A medida que aquellos vientos mortales arreciaban, el cielo gritaba como si sintiese dolor.

De la nada aparecieron los tornados, que chocaron con el suelo. Al desplazarse lo destruían todo a su paso. Nada se salvaba, y nada se iba a salvar, porque la tormenta no era solo la manifestación de la cólera de un dios. Los tornados llevaban en su seno la devastación que era el Olvido.

Estalló el caos.

Soldados y civiles, el Olvido los devoró a todos y no dejó a su paso más que el eco de sus gritos. Las cenizas se dispersaron en el viento destructor, como una ofrenda a su cólera. Los edificios se reducían a polvo, y el oscuro poder golpeaba al azar, sin motivo aparente; buscaba devorar el mundo entero. El suelo temblaba y se agrietaba; los salvajes tornados destrozaban el planeta. Los que eran demasiado viejos para correr se abrazaron unos a otros mientras el Olvido los

devoraba. Otros intentaban correr, cogidos de la mano de sus seres queridos. Pero ¿cómo escapar de la completa aniquilación?

¿Era aquello el poder auténtico de un dios? ¿O algo mucho peor? Me había equivocado. Muerte no había venido a por uno de nosotros. Venía a por todos.

Volví la mirada hacia Isaiah y vi que mi miedo y mi ira se reflejaban en sus ojos; ambos sabíamos lo que pasaba.

Samkiel no había desatado el Olvido, se había desatado a sí mismo. Él era una tormenta salvaje y violenta. Toda su vida había albergado en su interior la muerte y la destrucción; de algún modo, las había mantenido a raya bajo la piel, pero solo aguardaban una oportunidad, el momento en que perdiese el control. Solo había una cosa que pudiese provocar algo así.

—Dianna —dijimos al unísono, y nuestras voces se perdieron entre el gemido del viento.

Cameron aterrizó a nuestro lado. Tenía sangre en la armadura y en un lado de la cara, y a los ojos le asomaban el terror y la desesperación. Sabía que solo había una cosa capaz de empujar a Samkiel a desatar el Olvido sobre el mundo con tanta violencia.

La muerte de Dianna.

Isaiah esbozó una sonrisa triste mientras el mundo se hundía en el caos.

—Lo sé —dije mientras su piel se agrietaba y las fisuras brillaban con una luz intensa.

Su figura se desmoronó en una nube de cenizas, y después la mía, con una sensación que casi me resultó familiar.



Un eco me resonaba en los oídos. Me dolía el alma como si el mundo se hubiese quedado sin aire. La oscuridad iba en aumento y el ruido me sacudía, pero solo sentía y oía la ausencia de Dianna. Me preguntaba si ese dolor me había abierto en canal. Quizá me hubiera despellejado y me hubiera taladrado el cerebro. Eso explicaría la agonía que sufría. Otro pulso de energía se desprendió de mí, y me sentí como si por fin me hubiera quitado de encima el peso del mundo. Fue una liberación deliciosa, como una bestia famélica que se estiró tras escapar de la jaula y lo único que hizo fue aullar.

Nismera soltó una risita.

—¿Qué van a decir, ahora que ven cómo es de verdad el orgulloso rey coronado de antaño? —preguntó Nismera con regocijo—. Por fin dirán lo que yo siempre he sabido. Que eres un ser creado solo para la destrucción.

No reparé en que me había movido, me había arrodillado, hasta que tuve los dedos cubiertos de sus cenizas. Hice una copa con las manos para recoger sus restos, que me tiñeron la piel de un mortal tono grisáceo. Todo cuanto quedaba de mi amor me cabía en las palmas

de las manos. Unas gotas cayeron sobre el suelo polvoriento. No eran lágrimas, sino lluvia.

Creía que perder a Dianna desataría una furia violenta en mi interior.

Que sentiría ese vacío, esa soledad que me reconcomería como antes, y que estallaría en un arrebato de cólera, de gritos y de rabia, pero mi violencia no se manifestó de esa forma. Emergió en silencio, un silencio absoluto, despiadado, asesino, mientras los restos de todo lo que amaba se me escurrían entre los dedos.

Una bota pesada se estampó contra el suelo, y luego la otra. Poco a poco, me puse de pie. Un resplandor iridiscente recorrió la espada plateada y luego adquirió un color negro obsidiana. Me volví hacia Nismera, y la punta arañó el suelo de piedra y le arrancó chispas. Inspiré poco a poco, una vez, luego otra, y la mente se me vació de sonidos. Observé que los ojos de Nismera se posaban en los restos de Dianna y luego regresaban a mí.

—Alto —dijo mientras los generales de la legión inundaban la sala. Me señaló la mano con un gesto y ellos se dispersaron a nuestro alrededor. No me hizo falta mirar. Sabía que el Olvido me zumbaba en el puño.

La sala se sumió en la oscuridad, y un trueno retumbó en el aire. El viento sopló con furia, como un eco de la angustia que rugía en el hueco que antes ocupaban mi alma y mi corazón. Era el comienzo de una tormenta viviente, y no tenía la menor intención de detenerla.

La piedra se rajó y se hizo pedazos y lo que quedaba del techo desapareció. Los generales de Nismera gritaron al ser arrastrados por la fuerza del viento, que los destrozó en el aire. En el cielo se alzaban unas nubes densas, espesas. Largos zarcillos negros del mismo poder que creaba mi espada salieron proyectados de las nubes como látigos y devoraron con avidez cada edificio y cada árbol que tocaron. Los lagos se secaron y los animales acuáticos se agitaron moribundos sobre el suelo desnudo.

El final de un mundo. Si me pusiera a escuchar, casi podría oír el grito de pánico y terror del planeta, pero no me importaba. Nismera me había quitado hasta el último motivo que pudiera tener para que me importara.

La rabia y el odio me hervían en las tripas y daban paso a mil y una

emociones, ninguna de ellas buena. Levanté la espada, que cortó el aire, y vi que el Olvido reptaba sobre el metal oscuro. La negrura se arrastró y se retorció, absorbió la luz hasta que mi famosa armadura plateada se volvió negra. Con la cabeza aún agachada, levanté los ojos hacia Nismera. El poder latía en ellos con tanta intensidad que me calentaba el rostro. Estaba ansioso por que lo liberase, y yo acababa de darle un objetivo perfecto.

—Ahí está. —Nismera sonrió, con los brazos extendidos. Gritaba para hacerse oír sobre el fragor de la tormenta—. La parte de ti que es igual que nosotros, «hermano». ¿La vas a usar? ¿Vas a destruir este mundo, como hiciste con Rashearim? Aquello también lo recuerdo. Para nosotros no eres un salvador, y nunca lo has sido. Te cubres con un manto de justicia y una armadura plateada para ocultar lo que siempre has sido. Un Destructor de Mundos.

—Te mataré. —La voz sonaba tensa y ronca, como si llevara todo ese tiempo gritando y no me hubiera dado cuenta.

—Hazlo, hermano. —La sonrisa tensó la cicatriz irregular que le atravesaba la cara, y desnudó los dientes en un gesto feroz—. Muéstraselo.

Muéstrales a todos la verdad sobre ti y sobre tu poder. Creen que el mío es maligno, pero tú eres el mismísimo Olvido, y tu viejo y querido papaíto ya no está aquí para ocultárselo a todos. Destruye este mundo y luego cuéntame si todavía bendicen tu nombre o se inclinan ante ti. Sospecho que no.

—No importa. No quedará nadie para saber lo que ocurrió aquí de verdad. —Volteé la espada y ataqué con intención de golpearla en la cabeza.

La sonrisa se desvaneció y Nismera abrió mucho los ojos. Se agachó y el Olvido cortó la pared que había detrás de ella. La destrucción se expandió formando ondas y devoró a su paso todo lo que tocó. Parecía disfrutar de su libertad. Un general no se apartó con suficiente velocidad y el Olvido le devoró el brazo y después el hombro. Se giró y se lanzó hacia la tormenta con un grito. Un zarcillo de poder lo atrapó casi como jugando

y luego se retiró.

En la mano se me materializó un cuchillo tras otro. Se los tiraba todos a la figura que se alejaba a toda velocidad. Nismera huía mientras el mundo se sacudía y se desmoronaba; su risa era un sonido perverso y enfermizo.

Por lo visto, mi desolación le causaba un gran regocijo.

Le tiré otro cuchillo mientras corría, que se clavó en la pared hasta la empuñadura. El mundo se sacudió, o quizá no fuese más que mi cuerpo, que trataba de adaptarse a la pérdida de mi corazón y de mi alma. Dianna se los había llevado a los dos. Tenía sentido, supuse, dado que le pertenecían, como todo el resto de mí.

La cólera me sacudió de nuevo; se negaba a permitir que me hundiera en la desesperación. No habíamos terminado aún y ya estaba harto de ser el chivo expiatorio de los actos de Unir. Me había tocado a mí, como siempre.

Se habían vengado en mi persona, aunque yo no lo mereciese. Siempre me hacían responsable de los pecados de mi padre. Me habían quitado a mi familia y a mi *akrai*, y lo iban a lamentar. Ya no era un niño, para dejarme castigar por los delitos de mi padre, ni alguien a quien pudieran manipular a voluntad.

Me aseguraría de que mi nombre fuese lo último que pronunciaran, y mi rostro lo último que vieran, antes de enviarlos al Olvido. El cielo gritó y la luz se desvaneció. El Olvido se abrió sobre mí como un enorme bostezo, invocado desde las profundidades de mi alma para vengar a la persona sin la cual no podía vivir. No solo lo disfruté, lo devoré y dejé que, a la vez, me consumiera. Se derramó desde la herida abierta en el cielo y lanzó tentáculos que alcanzaron los edificios y a las personas y los redujeron a cenizas oscuras.

Aquella parte de mí que se sentía perdida y agotada le suplicaba que me tomase a mí también. Tal vez de esa forma hallaría algo de paz. Buscaría en la otra vida cualquier rastro de Dianna. Pero, antes, tenía que enviar a Nismera al Olvido.

Levanté la cabeza al oír unos chillidos que llenaban el aire. Un gran contingente de guerreros de la legión montados en rifores surcaban el cielo en dirección a su reina. Di un golpe con la mano y los zarcillos del Olvido se lanzaron ansiosos desde las nubes y alcanzaron a unas cuantas bestias que no lograron esquivarlos. Sus cenizas llovieron sobre el suelo. Levanté el brazo y accedí de nuevo a aquel poder oscuro y primario. Sentí el dolor de la llamada y la alegría de la respuesta, y luego moví el brazo para apuntar a las bestias y a sus jinetes. Nismera ya no se me escaparía nunca más. Una hoja plateada me perforó la mano y me empujó el brazo a un lado; la sangre goteó en el suelo.

Con un gruñido, invoqué un tornado de viento y de poder salvaje.

Jugueteó por un momento, devorando lo que quedaba del palacio, y luego lo apunté al ser que me había robado tan por completo.

El castillo se convirtió en cenizas arrastradas por el viento, y ella rio, con un sonido cruel y enloquecido. Caímos sobre el suelo desnudo. El Olvido tocó tierra y el suelo siseó mientras el Olvido también lo devoraba.

Di un paso atrás mientras el mundo se sacudía. Nismera levantó las manos, pero no para apuntarme con un arma. Un rifor pasó junto a ella con un rugido agudo. De algún modo, había escapado a los zarcillos que azotaban el aire. Nismera atrapó las riendas que colgaban y se subió a la bestia de un salto, preparada para huir. La señalé, con los dientes apretados, y un zumbido fuerte me resonó en la cabeza. Era una señal de que se me agotaba el poder, pero me daba igual. No me detuve, sino que permití que la cosa viva y putrefacta en que se había convertido mi dolor brotase de mí. El rifor lo esquivó, y el Olvido golpeó con las rocas y las colinas y salieron fragmentos volando en todas direcciones. La mataría, aunque tuviese que destruir el mundo entero.

Algo pesado chocó con mi espalda; me tambaleé y caí de bruces al suelo. Lo que me retenía era tan fuerte que me sentía como si me hubiese caído un edificio encima y me aplastara. Salté sobre los pies y me giré para

sacudirme de encima a quien quiera que me estuviese sujetando y distrayéndome de mi presa. Un puñetazo me golpeó la cara y se me nubló la visión.

El rostro de Cameron, con el ceño fruncido, entró en mi campo visual.

Vi que me gritaba algo, pero aún me zumbaban los oídos y solo oí una parte.

—i… tás matando gente! ¡Inocentes!

Me golpeó de nuevo, y yo parpadeé muy rápido y volví la atención hacia todo lo que me rodeaba. La ceniza flotaba en el aire, como si estuviésemos en una ventisca formada por los restos oscuros de las personas que había matado el Olvido. Llovía a mares, y en la tormenta se empezaba a formar un nuevo tornado. Por eso huía Nismera. Por eso se reía. En verdad, me había convertido en el

monstruo que todos creían que era. Alcé las manos, pero ya era tarde. Parte del acantilado se desmoronó y la avalancha nos enterró.



La lluvia torrencial nos empapó al abrirnos paso entre los restos de la avalancha. Me arrastré fuera del barro y escupí tierra mientras recuperaba el equilibrio. El mundo en el que nos hallábamos era un páramo, no quedaba nada excepto cenizas húmedas y cielos oscuros. Busqué a Cameron con la mirada y cargué sobre él. El puño le golpeó la mandíbula y casi lo derribó.

Había perdido el entumecimiento que me servía de escudo, y el dolor y la furia me estaban destrozando. Cameron era el motivo de que hubiese recuperado los sentidos, así que se merecía saborear mi dolor.

Lo lancé al suelo y lo golpeé de nuevo mientras él trataba de bloquear los puñetazos.

—¿Por qué lo has hecho? —le grité por encima del ruido de la lluvia y de la tormenta desatada sobre nosotros—. ¡Me has apartado de ella!

No quería estar ahí. Quería morir con Dianna, y él me lo había impedido. Quizá debería golpearlo hasta matarlo, o bien hasta que él me matase a mí. Me estampó el puño en la cara con tanta fuerza que me hizo un corte en la mejilla. Agradecí el dolor físico; era una distracción momentánea de la abrumadora agonía emocional. Se zafó de mí y se me subió encima para ganar ventaja. Nos convertimos en una masa caótica de

sangre, barro y puños, hasta que consiguió ponerme la rodilla en el cuello.

—¡Yo también te necesito! —me gritó a la cara; el rugido del cielo desatado añadió fuerza a las palabras. Algo se rompió en mi interior y me quedé inerte, hundido en el barro, mientras la lluvia seguía cayendo sin cesar. Los dos jadeábamos por el esfuerzo. Nos miramos a los ojos.

—Déjame morir —rogué, con la voz rota y la respiración entrecortada.

Dejó escapar tal sonido de angustia que me costó creer que procediese de Cameron. Cuando se agachó y me cogió del cuello de la camisa creí que me iba a pegar de nuevo. Pero solo tiró para atraerme hacia él.

—No puedo —sollozó.

Las lágrimas que me brotaban de los ojos se mezclaron con la lluvia.

—Se ha ido, Cameron. He visto…

—Lo sé —dijo, como un padre que mima a un hijo—. Lo sé.

De lo alto nos llegó el retumbar de un trueno poderoso, un sonido como el choque de dos mundos. Cameron y yo nos pusimos en pie al instante y estudiamos el cielo. Unos fogonazos plateados rasgaron las nubes, se abrieron paso entre la tormenta y arrojaron luz sobre la

oscuridad. Uno tras otro, los dioses surcaron el cielo a toda velocidad. Me dio un vuelco el corazón. Gathrriel no se equivocaba ni estaba loco. Los dioses vivían, y me habían abandonado.

Los contemplé aterrizar, asombrado, y no comprendí lo que iba a pasar hasta que fue demasiado tarde. Sin decir una palabra, desataron su ardiente poder plateado para atacar. Un sonido penetrante perforó el aire. Caímos de rodillas y nos tapamos los oídos. Se me nubló la visión. Unas manos me sujetaron y me obligaron a tumbarme en el barro, y unos pies me pisaron la espalda mientras tiraban de los brazos y me los ataban a la espalda con otro par de esas malditas esposas. En cuanto me cerraron el collar en el cuello, la conexión con mi poder se interrumpió.

Seguía lloviendo a mares. Parpadeé para sacarme el agua de los ojos y contemplé a los dioses, que me clavaban sus ojos plateados llenos de odio.

Por lo visto, ya me habían acusado, juzgado y declarado culpable. El siseo de Cameron a mi lado me dijo que también lo habían encadenado. Volví la cabeza para mirarlo y gruñí.

—¡No os atreváis a tocarlo! —grité, con la cara y la boca cubiertas de barro.

Una ágil diosa pelirroja me golpeó la cara con la empuñadura de su hacha y el impacto me hizo girar la cabeza. Me miró con odio.

—Eres repugnante. ¿Cómo has caído tan bajo? —me preguntó.

—Anda y que te den —me limité a responder.

Miré de soslayo a Cameron. Tenía la cara ensangrentada y estaba empapado y cubierto de barro. Un dios al que no reconocí le apoyaba un pie en la espalda para impedir que se moviese. Le gruñí al dios desconocido con la esperanza de que mi mirada transmitiese la rabia que sentía. Aunque no estuviésemos atados, no podríamos salir de

allí peleando. No me iba a arriesgar a que le hiciesen daño a Cameron.

Otro dios aterrizó cerca con un chapoteo. Era mucho más alto que los demás.

—Blayne —llamó la diosa pelirroja—. El área está asegurada.

—¿Supervivientes? —preguntó Blayne. Se quitó el yelmo y se pasó la mano por el pelo oscuro y muy corto.

Nada más hacer la pregunta, otra diosa tomó tierra, seguida muy de cerca por un celestial. El yelmo le cubría la cara por completo, pero el poder de la diosa me resultaba familiar.

—No —dijo con sequedad.

La voz… Conocía esa voz. ¿Kryella?

Abrí los ojos de par en par y el corazón se me puso a cien; el latido me resonaba en los oídos. Kryella se echó el yelmo hacia atrás y dejó a la vista las largas trenzas. Deslizó sobre mí una mirada de puro desprecio. El dios que estaba a su lado tenía la cabeza afeitada y la piel morena. No lo reconocí, pero el hombre que estaba al otro lado de Kryella me trajo

recuerdos muy dolorosos. Xavier, vivo, indemne e incapaz de mirarme a la cara. Sabía dónde se habían posado sus ojos, lo que estaban mirando. Los lazos que nos unían se hicieron pedazos. Aunque no podía leérselo en los ojos ni en la postura, lo conocía desde hacía eones. Él también creía que lo habíamos traicionado.

Kryella extendió unos zarcillos mágicos de aspecto engañosamente frágil que me envolvieron el cuerpo y me sometieron por completo. Tiró, y las putas cadenas mágicas con las que me habían atado se tensaron con fuerza.

—Llevadlos a Arcelia. Allí los interrogaremos —ordenó Kryella, y por la mirada de odio supe que no se trataría de un interrogatorio agradable. Los ojos de Xavier, sumidos en el dolor, fueron lo último que vi antes de que el dios calvo se me acercase y me golpease la cabeza con un martillo plateado.

La verdad es que la oscuridad que se apoderó de mí fue un dulce descanso que me sacó del dolor lacerante de la magia de Kryella, y de la infinitamente peor agonía que había creado en mí el vacío de la pérdida de Dianna. Por un segundo sentí que caía y caía y que atravesaba el aire, y las nubes, y luego hasta el mismísimo tiempo.



Hasta la última terminación nerviosa ardió de dolor, y me sentí como si me arrancasen la piel capa por capa. Era como que te arrojasen al interior de una estrella, para ser hecho y deshecho, nacido y renacido. Hueso a hueso, músculo a músculo, mi cuerpo se recompuso y cobró vida con un grito. ¿O

era yo quien gritaba? El suelo apareció ante mis ojos. Tragué aire a bocanadas, entre jadeos. Lo primero que percibí sin que me doliese fue un aroma cálido y suave que me recordó el de las galletas. Luego oí el dulce canto de los pájaros. Sin dejar de jadear, miré en torno a

mí y traté de aclarar la visión, que seguía borrosa. Me llevó unos instantes, pero por fin vi que tenía debajo una pequeña alfombra multicolor.

Pero ¿qué cojones…?

No, tenía que ser un error. ¿Se trataba de un sueño? Estaba con Samkiel y peleábamos con Nismera. Me necesitaba y yo…

Levanté la mirada y parpadeé, sorprendida. En una mesita baja había dos tazas de café y varias revistas desperdigadas. Traté de ponerme de pie, pero caí de nuevo al suelo con un golpe seco; a mi cuerpo le costaba mantener el equilibrio. Me sentía como un bebé que se tambalea sobre sus

piernas recién estrenadas. Lo intenté de nuevo. Tardé unos minutos, pero por fin conseguí mantenerme erguida y que las rodillas dejaran de temblarme. Con la mano en la pared para estabilizarme, eché un vistazo a la habitación. No era muy grande, pero el blanco roto le daba una apariencia más amplia. Era evidente que alguien vivía allí. Las fotografías y los diplomas enmarcados estaban dispuestos con cuidado en las paredes. Un televisor descansaba en un largo mueble marrón y blanco, y desde donde me hallaba veía una cocina bien pertrechada.

Tenía el corazón desbocado. Sin pensar, corrí hacia la ventana y aparté las cortinas. El sonido de una ajetreada ciudad se filtró a través del cristal.

Los coches hacían sonar el claxon, la gente caminaba y hablaba, por teléfono o entre ellos.

No. No estaba con Samkiel, porque aquello era Onuna. Oí una llave en la cerradura y la puerta principal se abrió.

—Sí, luego te llamo.

Me di la vuelta y me olvidé de respirar. Gabby entró con las compras del supermercado y la mejilla en el hombro para sujetar el móvil. Me miró a los ojos y los labios esbozaron una sonrisa distraída.

—¿Dianna? —preguntó. Arrugó la nariz—. ¿Qué llevas puesto?

Era una pregunta lógica, dado que aún vestía una armadura sucia y abollada. Pero yo estaba demasiado concentrada en el hecho de que mi hermana estaba viva, sana y salva, y me hablaba, como para preocuparme demasiado por mi atuendo.

Me acerqué a ella, incapaz de mantenerme alejada. Tenía que asegurarme de que todo aquello era real. Pero ¿cómo podía ser real? La envolví con los brazos y le di un fuerte abrazo mientras la estrechaba contra mí. El golpe con la armadura le arrancó un gruñido, y dejó caer la bolsa. Su olor me resultaba casi irresistible. La aparté un poco y le miré los ojos, que me contemplaban con confusión.

—¿Estamos en Asteraoth? —pregunté.

Me miró como si hubiese perdido la cabeza y luego me puso la mano en la frente.

—¿Estás enferma? ¿Se pueden poner enfermos los ig'morruthens?

Sacudí la cabeza y la abracé otra vez.

—Oh, dioses, cuánto te he echado de menos. Pero…

Samkiel. Si yo había muerto y estaba en Asteraoth… No. Él… No.

Gabby ladeó la cabeza y me sonrió, feliz, pero a la vez un poco perpleja por mi comportamiento. Le iba a hacer más preguntas, pero luego me fijé en su flequillo. Fruncí el ceño, porque sabía cuándo nos los habíamos cortado.

Estábamos viendo una serie y decidimos copiar a un personaje cuyo aspecto nos gustó. Joder. No necesitaba el calendario de la nevera para confirmar lo que ya sabía.

No estaba en Asteraoth. Aquello era el puñetero pasado.

Del pasillo llegó un fuerte estampido acompañado del ruido de la madera y el cristal que se rompían. De no ser por las maldiciones en voz alta, habría creído que había aparecido una bestia en el apartamento que pugnaba por escapar. Me moví por instinto para tener a Gabby a mis espaldas.

—¿Qué es eso? —preguntó. Se asomó un poco para mirar con cautela.

—Chis. No lo sé, pero quédate detrás de mí —dije, e invoqué una espada.

—¡Guau! ¡Eso es nuevo! —exclamó Gabby, emocionada.

Al oír las pesadas botas que se acercaban por el pasillo, me preparé, pero jamás habría podido prever lo que apareció en el umbral. Kaden e Isaiah entraron en la habitación. Estaban manchados de sangre y suciedad, y trozos de ropa de colores brillantes les colgaban de los pinchos de la armadura de combate. A juzgar por la apariencia, diría que se habían materializado en el guardarropa de Gabby.

Nos miramos los unos a los otros durante un buen rato, y luego hundí los hombros.

—Oh, mierda.

SE HA ALZADO UN HÉROE, Y AHORA CAERÁ…

Ag□decimientos

Lo primero y más importante: ¿qué tal, gente? ¿Cómo vamos? ¿La cosa mejora o empeora? ¿Quién sabe? Desde luego, yo no…

Y, ahora en serio, quiero dar las gracias a todos mis lectores. Que hayáis escogido leer este libro significa mucho para mí. Gracias infinitas. Gracias también a todas las personas que he conocido y con las que he entablado amistad en este viaje. Espero que hayáis disfrutado esta entrega de la épica aventura de Samkiel y Dianna.

Después, quiero dar las gracias al equipo de Rose & Star Publishing, por creer en mí. No pasa un solo día en el que no agradezca todo lo que habéis hecho por mí. Gracias por permitir que floreciera una niña mestiza que nunca pensó que se vería reflejada en las historias. Mi corazón os pertenece. Gracias por permitirme reventaros los móviles con miles de mensajes y llamadas de FaceTime. Samkiel perdió su hogar, pero con vosotros yo he hallado el mío.

Gracias a Kensington y Hachette, por creer en mí y brindarme una oportunidad con estos libros y esta serie. Jamás podré agradecéroslo lo suficiente. Ha sido una aventura, y soy afortunada por tener un hogar para mis locos, adorables y caóticos personajes.

Mikayla, mi mejor amiga y ayudante; de verdad que no podría hacer esto sin ti, y espero que lo sepas. Si descontamos las diecisiete llamadas de teléfono diarias y los ratos de cotilleo sobre la serie, me has ayudado

muchísimo, y ahora ya tienes por escrito lo mucho que te quiero y te adoro.

Mi increíble editora, Aisling, gracias por ver mi mundo y amarlo tanto.

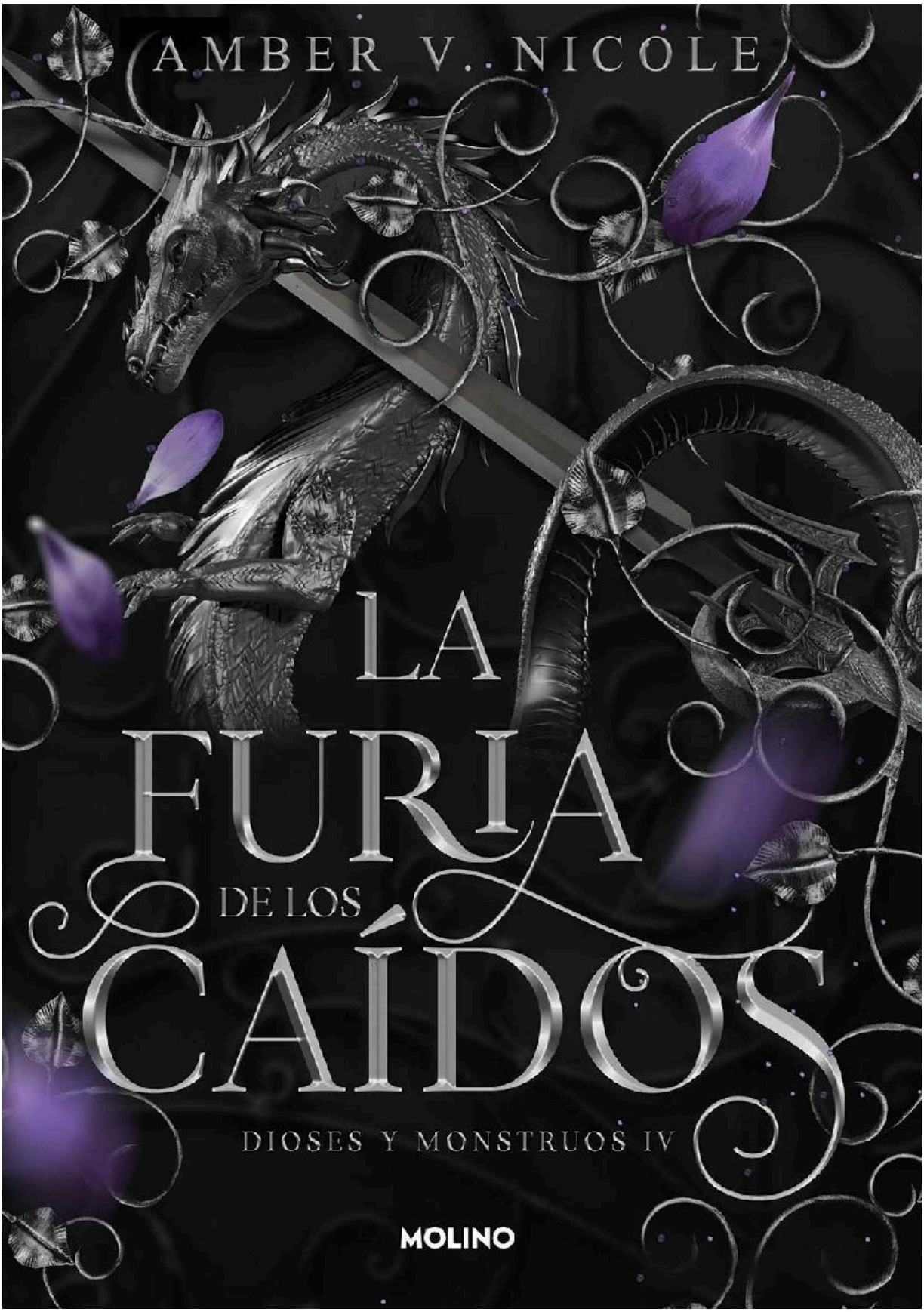
Gracias también por creer en mí y no tenerles miedo a Dianna y sus costumbres caóticas. Te pido disculpas de antemano por el resto de la serie.

También quiero dar las gracias a los miembros de mi familia de elección, que me dejan desahogarme y llorar y me aceptan como soy. Yo también le prendería fuego al mundo por vosotros. ¡Gracias por amarme!

Me gustaría darles las gracias también a mis lectores beta (vosotros sabéis quiénes sois). Gracias por ser los mejores betas que una chica podría desear. Vuestros comentarios son muy importantes para mí. Sois un tesoro.

Gracias a mi mamá y a mi hermana, a quienes tanto quiero. Los vínculos familiares de toda la serie son un reflejo de ellas: el amor imperecedero y la capacidad de hacer lo que haga falta por aquellos a quienes amas. Juntas hemos pasado de todo, y espero que sepáis lo mucho que os quiero.

Por último, quiero dar las gracias de nuevo a los lectores. Sois los mejores, y agradezco cada comentario, cada publicación, cada mensaje directo y cada meme. Sin vosotros no habría Samkiel ni Dianna. Lo sois todo para mí, y os merecéis el mundo, y espero que, si aún no es el caso, encontréis a alguien que también esté dispuesto a acabar con el mundo por vosotros. ¡Muchas muchas muchas gracias!


AMBER V. NICOLE
LA FURIA DE LOS CAÍDOS
DIOSES Y MONSTRUOS IV
MOLINO

Llega la esperada sexta entrega de la saga de

***romantasy* que arrasa en TikTok.**

«Extendí la mente hacia la suya para tratar de apaciguar la tormenta que se estaba desatando. ( ) Lo que me recibió fue la pura oscuridad del Olvido, hambriento y expectante».

Mientras la rebelión dobla los esfuerzos por derrocar a Nismera, Dianna ahonda en su pasado y descubre las consecuencias de hechos que se pusieron en marcha en la época de los primigenios.

Una vieja arma reaparece para amenazar el futuro de Samkiel y Dianna, y robarles su pasado.

¿Podrán cambiar el desenlace de aquellos actos desencadenados tanto tiempo atrás, o serán ellos quienes cambien para siempre?

Cuando los dioses bailan con monstruos el mundo tiembla.

Cuando no está escribiendo, **Amber V. Nicole** trabaja como asistente veterinaria y juega a videojuegos. Se pasa el día soñando con dragones, magia y espadas. Le encantan los villanos y tiene la intención de escribir muchas historias sobre ellos.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *The Wrath of the Fallen*

Primera edición: marzo de 2026

© 2025, Amber V. Nicole

Original English language edition published by Rosa and Star Publishing, LLC.

4144 Commonwealth Ave, La Cañada California 91011, USA Arrenged via Licensor's Agent: DropCap Inc. All rights reserved.

© 2025, Dewi Hargreaves, por el mapa

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Cristina Macía Orio, por la traducción

Ilustraciones de los arranques de los capítulos: iStockPhoto Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Cloé Porqueres Imagen de portada: © Patcas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita

reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5646-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: editorialmolino

X: @EdMolino

Instagram: @editorialmolino

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La furia de los caídos

Prólogo

1. Samkiel

2. Dianna

3. Dianna

4. Nismera

5. Camilla

6. Camilla

7. Isaiah

8. Samkiel

9. Dianna

10. Dianna. Gathrriel

11. Dianna

12. Kaden

13. Xavier

14. Dianna

15. Cameron

16. Dianna

17. Dianna

18. Dianna

19. Dianna

20. Roccurrem

21. Camilla

22. Miska

23. Kaden

24. Dianna

25. Kaden

26. Dianna

27. Kaden

28. Kaden

29. Kaden

30. Miska

31. Kaden

32. Dianna

33. Dianna. Gathrriel

34. Samkiel

35. Miska

36. Samkiel

37. Miska

38. Samkiel

39. Dianna

40. Samkiel

41. Samkiel

42. Dianna

43. Imogen

44. Samkiel

45. Dianna

46. Dianna

47. Kaden

48. Dianna

49. Dianna

50. Samkiel

51. Dianna

52. Dianna

53. Xavier

54. Camilla

55. Camilla

56. Dianna

57. Isaiah

58. Kaden

59. Dianna

60. Camilla

61. Samkiel

62. Samkiel

63. Cameron

64. Samkiel

65. Dianna

66. Samkiel

67. Samkiel

68. Nismera

69. Camilla

70. Dianna

71. Kaden

72. Dianna

73. Xavier

74. Dianna

75. Camilla

76. Dianna

77. Samkiel

78. Dianna

79. Samkiel

80. Dianna

81. Samkiel

82. Dianna

83. Dianna

84. Dianna

85. Samkiel

86. Dianna

87. Dianna

88. Dianna

89. Dianna

90. Kaden

91. Samkiel

92. Samkiel

93. Dianna

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Amber V. Nicole

Créditos

Document Outline

- La furia de los caídos
- Prólogo
- 1. Samkiel
- 2. Dianna
- 3. Dianna
- 4. Nismera
- 5. Camilla
- 6. Camilla
- 7. Isaiah
- 8. Samkiel
- 9. Dianna
- 10. Dianna. Gathrriel
- 11. Dianna
- 12. Kaden
- 13. Xavier
- 14. Dianna
- 15. Cameron
- 16. Dianna
- 17. Dianna
- 18. Dianna
- 19. Dianna
- 20. Roccurrem
- 21. Camilla
- 22. Miska
- 23. Kaden
- 24. Dianna
- 25. Kaden
- 26. Dianna
- 27. Kaden
- 28. Kaden
- 29. Kaden

- 30. Miska
- 31. Kaden
- 32. Dianna
- 33. Dianna. Gathrriel
- 34. Samkiel
- 35. Miska
- 36. Samkiel
- 37. Miska
- 38. Samkiel
- 39. Dianna
- 40. Samkiel
- 41. Samkiel
- 42. Dianna
- 43. Imogen
- 44. Samkiel
- 45. Dianna
- 46. Dianna
- 47. Kaden
- 48. Dianna
- 49. Dianna
- 50. Samkiel
- 51. Dianna
- 52. Dianna
- 53. Xavier
- 54. Camilla
- 55. Camilla
- 56. Dianna
- 57. Isaiah
- 58. Kaden
- 59. Dianna
- 60. Camilla
- 61. Samkiel
- 62. Samkiel
- 63. Cameron
- 64. Samkiel
- 65. Dianna

- 66. Samkiel
- 67. Samkiel
- 68. Nismera
- 69. Camilla
- 70. Dianna
- 71. Kaden
- 72. Dianna
- 73. Xavier
- 74. Dianna
- 75. Camilla
- 76. Dianna
- 77. Samkiel
- 78. Dianna
- 79. Samkiel
- 80. Dianna
- 81. Samkiel
- 82. Dianna
- 83. Dianna
- 84. Dianna
- 85. Samkiel
- 86. Dianna
- 87. Dianna
- 88. Dianna
- 89. Dianna
- 90. Kaden
- 91. Samkiel
- 92. Samkiel
- 93. Dianna
- Agradecimientos
- Sobre este libro
- Sobre Amber V. Nicole
- Créditos